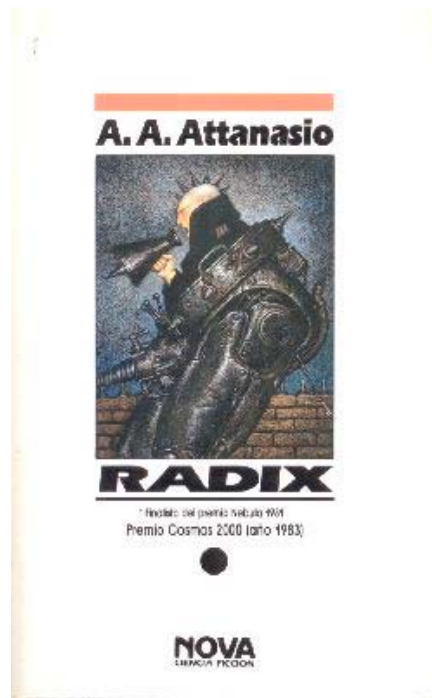


RADIX



A. A. Attanasio



A. A. Attanasio

Título original: Radix
Traducción: Rafael Marín Trechera
© 1981 by A. A. Attanasio
© 1990 Ediciones B
Rocafort 104 - Barcelona
ISBN: 84-406-1346-6
Edición digital: Elfowar
Revisión: Umbriel
R6 02/03



Índice

Presentación

DISTORS

Primeritud

Imágenes del universo real

Sueños dentados

VOORS

Los misterios

El vaciado

El horizonte de la sangre

MENTEDIÓS

Destino como densidad

Puerto trance

Lo inenarrable

Epílogo

APÉNDICES

La línea del mundo

Perfiles biográficos

Argot

Presentación

RADIX es uno de los libros más sorprendentes que han aparecido en la ciencia ficción en los años ochenta. Tiene devotos y detractores casi irreconciliables. Sin duda se trata de un libro desmesurado e irreplicable, que hace gala de una inventiva sin límites al proponer un futuro sorprendente para nuestro planeta en un marco épico y a la vez metafísica-místico en el que destaca la riqueza de la creación de una nueva mitología del futuro. Algunos críticos han comparado *RADIX* con *EL SEÑOR DE LOS ANILLO*: de Tolkien y con *DUNE* de Herbert por su valor emblemático y, en palabras de Gerard Klein, por «su ambición espiritual».

Quien primero me habló de *RADIX* fue Annick Béguin. Annick es la propietaria de la librería *Cosmos 2000*, la mejor entre las que se especializan en ciencia ficción en la ciudad de París. Su interesante librería se encuentra en el número 17 de la rue de l'Arc du Triomphe, muy cerca de la place de l'Etoile. Desde 1982, Annick organiza el premio Cosmos 2000, una votación entre sus lectores que eligen el mejor de los libros editados cada año en el país vecino.

Junto a algunos autores franceses como Jeury (*LORBE ET LA ROUE*, 1983) y el novísimo Simonay (*PHENIX*, 1987), los premios suelen recaer en títulos de autores muy conocidos como Silverberg (*SHADRAC EN EL HORNO*, 1982), Asimov (*LOS ROBOTS DEL AMANECER*, 1985), Herbert (*HEREJES DE DUNE*, 1986), Card (*LA VOZ DE LOS MUERTOS*, 1988). El año indica el de la concesión del premio Cosmos 2000, siempre uno posterior a la aparición de la edición francesa del libro.

La seriedad de Annick Béguin y la especialización e interés de sus lectores y votantes por la ciencia ficción han otorgado ya un gran prestigio al premio Cosmos 2000, cuyos vencedores no suelen nunca decepcionar. De este modo, dicho premio se configura como una selección muy válida de cuáles son los libros de ciencia ficción mundial que satisfacen también a sensibilidades distintas a la norteamericana, que es, en definitiva, la que impulsa y otorga los premios mayores de ciencia ficción: Hugo, Nébulas y Locus.

Por ello es francamente curioso constatar que, junto a esos autores reconocidísimos y ya muy famosos, los lectores franceses seleccionaron en 1984 a *RADIX*, del desconocido A. A. Attanasio, como el mejor libro de ciencia ficción editado en Francia en 1983. No era el único reconocimiento obtenido por este novel autor radicado en Hawai. Su novela había sido finalista del premio Nébulas de 1981 en Estados Unidos y mereció de la exigente crítica de *The Washington Post Book World* el calificativo de «*An instant classic*», que podríamos traducir como «un clásico desde el primer momento».

Hay que destacar que el reconocimiento popular francés ha sido muy superior al recibido por *RADIX* en Estados Unidos, donde inicialmente agradó a las élites lectoras pero que sólo a partir de la edición de bolsillo de 1985 ha alcanzado cierto favor popular. En una reciente visita a Barcelona, Robert Silverberg bromeaba conmigo sobre el contraste que puede darse en esta colección *NOVA ciencia ficción* entre libros tan populares como *EL JUEGO DE ENDER* y *LA VOZ DE LOS MUERTOS* de Orson Scott Card y el entonces previsto *RADIX* de A. A. Attanasio. El mismo Silverberg, influido por el punto de vista habitual en Norteamérica, consideraba que *RADIX* es un libro «difícil» pese a haber sido él quien primero dio a conocer parte del trabajo de Attanasio al publicar la versión inicial de un capítulo de *RADIX* en su antología *New Dimensions* en 1977. Me atreveré a disentir de Silverberg y pensar que en España *Radix* puede ser, además de una obra importante para los lectores de élite, una obra tan popular como lo ha sido ya en Francia.

En mi opinión, es la posible metafísica y el carácter un tanto místico de ciertas aventuras narradas en *RADIX* lo que hace difícil el reconocimiento popular de esta novela en Estados Unidos. El *american way of life* está excesivamente imbuido del pragmatismo más atroz que, por otra parte, ellos mismos no dejan de exportar a todo el mundo a través de una evidente colonización cultural. Pero es posible que en Europa, poseedora además

de una cultura más asentada y pluriforme, se puedan apreciar otros valores, que son los que se muestran en *RADIX* y que, con toda seguridad, merecieron el interés de los votantes del premio Cosmos 2000. Mi esperanza es que merezca también el interés del lector en castellano como ha obtenido el mío propio.

El esquema central del libro es engañosamente simple. En un futuro cercano la Tierra entra en la Línea, el rayo de energía radiante tal vez procedente de un lejano agujero negro en el centro de la galaxia. En el aura de ese extraño y misterioso poder, la Tierra resulta alterada para siempre, sometida a una mutación sorprendente. La humanidad se distorsiona en una gran variedad de formas y la realidad, tal y como la conocemos hoy, resulta abierta a una conciencia nueva y mucho más amplia. Seres procedentes de los abismos del tiempo se encarnan en algunos humanos a los que prestan su inimaginable poder.

El protagonista, Sumner Kagan, es un urbano marginal que realizará un viaje iniciático hasta convertirse en un casi-dios y transformar el futuro de la humanidad. Sus primeros momentos recuerdan al Ignatius Reilly de *LA CONJURA DE LOS NECIOS* de John Kennedy Toole, con quien comparte, entre otros rasgos, la obesidad, la amoralidad y el carácter vengativo. Poco a poco, Sumner se eleva hasta la posición de un superhombre especial, un casi-dios de capital importancia para la construcción del futuro. Lo que sorprende de un autor novel como Attanasio es que haya sabido dosificar perfectamente este cambio y que, expresado en palabras de Jeff Frane, crítico de Locus:

... Attanasio tiene el sentido de lo que realmente eleva a un ser humano por encima de lo normal y también una idea clara de las fuerzas y el tiempo necesarios para esa transformación.

Y ésa es una riqueza fundamental de la novela: la progresión con que se nos presenta el cambio del protagonista (y, paralelamente, nuestra percepción de aquello en que se ha convertido la Tierra y el papel que juegan las diversas fuerzas implicadas). De ahí el alto grado de credibilidad de una narración a todas luces increíble, salpicada de las suficientes aventuras para mantener la atención del lector más distraído. A eso es precisamente a lo que se ha llamado en la ciencia ficción «el sentido de lo maravilloso».

En el esquema ternario de la novela, vemos en primer lugar (*Distors*) la nueva situación de esa Tierra llena de mutantes y el mundo marginal y agresivo del que proviene Sumner Kagan. En la segunda parte (*Voors*), conocemos su metamorfosis a través de los «misterios» que le convierten en ranger y el aprendizaje con los serbotas para pasar a conocer finalmente a su enemigo, el Delph.

En la tercera parte (*Mentodios*) se resuelven los enigmas en la definitiva batalla que sella para siempre el futuro de Sumner y la propia Tierra.

El y a citado Jeff Frane de Locus ha dicho de *RADIX* que:

Es un gran libro, con una trama tan compleja que podría haber sido escrita por A. E. Van Vogt haciendo locuras con el budismo en lugar de con la Dianética.

(Incidentalmente diré que Van Vogt en sus famosas obras sobre el mundo de los no-A se basó ante todo en la pseudo filosofía de la Semántica General de A. Korzbyski, y que la Dianética es esa chapuza pseudo-psicológica inventada posteriormente por L. Ron Hubbard cuando decidió dejar los escasos beneficios que le producía el ser autor de ciencia ficción y hacerse rico con la «religión» de la Iglesia de la Cienciología.)

En cualquier caso, esa referencia de Frane al budismo puede extenderse a los temas más clásicos del «espiritualismo» y constituye uno de los elementos fundamentales en la novela: la vertiente metafísica-mística que impregna todo el libro y se «justifica» en cierta forma en las alteraciones que la Linergia produce en nuestro planeta y sus habitantes, sin

olvidar el contacto con las entidades extra-terrestres como los Voor y los Mentedioces.

Por todo ello hay en *RADIX* algo de la mirada de alcance cósmico que fue el eje de las obras maestras de Olaf Stapledon como, por poner un único ejemplo, *HACEDOR DE ESTRELLAS*. Es también ese larvado simbolismo y esa visión mística lo que ha hecho que algunos críticos compararan esta novela con algunas obras míticas de ciencia ficción y fantasía ya atadas.

Junto a reflexiones de base pretendidamente científica para justificar la nueva situación, lo que destaca en primer lugar es el enfrentamiento Voor-Delph al estilo del clásico enfrentamiento entre el Bien y el Mal que da sentido a *EL SEÑOR DE LOS ANILLOS* de Tolkien. Más adelante las técnicas de control mental (autoscan, sombra-soñar etc.) que adquiere Sumner gracias a su asociación con su hijo-voor han sido comparadas a los poderes Bene-Gesserit de la famosa serie de *DUNE* de Herbert. Hay en el viaje iniciático de Sumner hasta la figura de casi-dios una atracción indudable y central en el interés del libro.

También me gustaría hacer hincapié en las repetidas reflexiones que salpican la novela y le otorgan parte de su carácter de épica cósmica que persigue, entre otras cosas, una visión del papel de nuestra especie en un curioso concierto galáctico.

Sirva como ejemplo ese «*pasamos nuestro material genético, pasamos tiempo*» que se encuentra en algún lugar de *RADIX* y que recoge-anticipa algunas de las tesis de Richard Dawkins.

Otro elemento de gran interés en *RADIX* es la sorprendente, y a la vez coherente, descripción de unas entidades extraterrestres como los Voors, con lo que Attanasio se une a los pocos autores que han sido capaces de generar gran extrañeza y fascinación por esas culturas y seres inventados. Me parece lícita la comparación con los ideados por Stanley G. Weinbaum e incluso con los extraterrestres que el mismo Asimov imagina en *Los PROPIOS DIOS*.

Posiblemente sea esa extrañeza la que está en la base de la presunta complejidad argumental que Frane destacaba y a que, aceptadas las premisas de la cultura Voor y el efecto de la Linergía, no son más que resultados lógicos de la mayor coherencia basando a otro orden de cosas, me gustaría comentar que las repetidas lecturas de *RADIX* sumergen al lector en un inevitable y continuo descubrimiento de nuevos elementos que parecen hacer casi inagotables los múltiples significados de la novela.

En mi caso particular, leí el original inglés después de haber leído la versión francesa que me proporcionó Annick Eéguin. (Mi experiencia de muchos años dice que hay que fiarse poco de la fidelidad de las traducciones francesas que más bien parecen, a veces, nuevas versiones de la novela inicial.) En el original inglés me fue más fácil apreciar (junto a nuevos sentidos del texto) la riqueza de lenguaje y construcción literaria de que hace gala Attanasio y la naturalidad con que las muchas nuevas palabras que el autor inventa van incorporándose al texto.

Tras la lectura de la traducción castellana, realizada por Rafael Marín Trechera, me atrevo a decir que supera en mucho la versión, un tanto edulcorada en el lenguaje, que se publicó en francés. Posiblemente sólo un creador como Marín podía respetar el trabajo de otro creador como Attanasio y superar la difícil misión de mantener en castellano gran parte de la maravillosa construcción del mundo a través del lenguaje que elabora Attanasio en su novela.

Me consta que Rafael tuvo gran trabajo con esta traducción y les constará a todos los lectores que ha sabido resolver con una gran habilidad y creatividad las serias dificultades que planteaba.

En torno a la lectura del libro, me parece adecuado recordar que existen unos *Apéndices* que incluyen un esquema cronológico, unos perfiles biográficos de algunos de los principales personajes y un vocabulario. Mi consejo es tener en cuenta, paralelamente a la lectura, el esquema cronológico de *La Línea del Mundo*, prescindir de momento de

los perfiles biográficos y consultar el vocabulario si alguna palabra (generalmente una invención) provoca dudas. Aunque debo decir que todos los términos nuevos están claramente explicados en el texto. Y si desean una confesión final: tras mis lecturas en francés e inglés, la revisión de la traducción al castellano todavía me ha aportado nuevos descubrimientos en este libro desmesurado e inagotable que es *RADIX*.

No me resisto a incluir aquí una inmejorable cita del que ha sido el gran valedor de *RADIX* en Francia, el autor y crítico Gerard Klein:

A. A. Attanasio marcará los años ochenta con RADIX tanto como Frank Herbert lo hiciera en los setenta con DUNE. No se trata tan sólo de una cuestión de dimensión física sino de complejidad, de densidad, de profundidad; incluso me arriesgaría a escribir: de ambición espiritual.

RADIX es un itinerario, el de un joven granuja criminal, obeso y neurótico, Sumner Kagan, que a través de una serie de pruebas se convierte en un guerrero en el sentido en que lo entiende Castañeda. Errante en la superficie de una Tierra devastada por cataclismos caídos del espacio, atormentado por mutantes deformes y tal vez por dioses venidos del más allá, Kagan reforma su cuerpo y su espíritu. No es un héroe en el sentido clásico del término; es un personaje mitológico en vías de creación.

RADIX es un libro-universo, barroco, salvaje, a veces con destellos de crueldad, sangriento y tierno, épico y a la postre portador de una esperanza que no es ni siquiera humana.

En definitiva, tal vez tras esta larga presentación sea ya claro mi convencimiento de que éste es un libro imprescindible para los buenos aficionados y que no dejará indiferente a nadie. Algunos críticos (pocos por cierto) lo han denigrado por sus excesos, mientras que otros (la gran mayoría) lo ensalzan precisamente por esto. Por ello tiene devotos y detractores casi irreconciliables. Yo soy uno de sus devotos. Aunque, en mi opinión, todo es muy sencillo: para apreciar *RADIX* en toda su riqueza e interés tan sólo es necesario que a uno (a) le guste leer.

Miquel Barceló

Para LOS TRABAJADORES DE LA LUZ a través del tiempo y del espado

AGRADECIMIENTOS

El carácter espiritual de este esfuerzo me ha puesto en deuda con mucha gente. Estoy particularmente agradecido a mi familia por su afectuoso apoyo; al poeta Jon Lang por compartir sus visiones y por permitirme metamorfosear su poema «The Other» en la Letanía Voor; a la editora de la versión en inglés Maria Guarnascheli por ennoblecer el libro con su claridad y sus cuidados; al compositor Víctor Bongiovanni por permitirme usar una voz de su composición musical «Berceuse from Suite for Piano Four-Hand» como la susurrocación de Sumner; y a la correctora Betsy Cenedella por cerrar el círculo.

Robert Silverberg publicó un extracto de una versión primitiva y ampliamente revisada de «El Horizonte de la Sangre» en su antología New Dimensions 1 (Harper & Row, 1977).

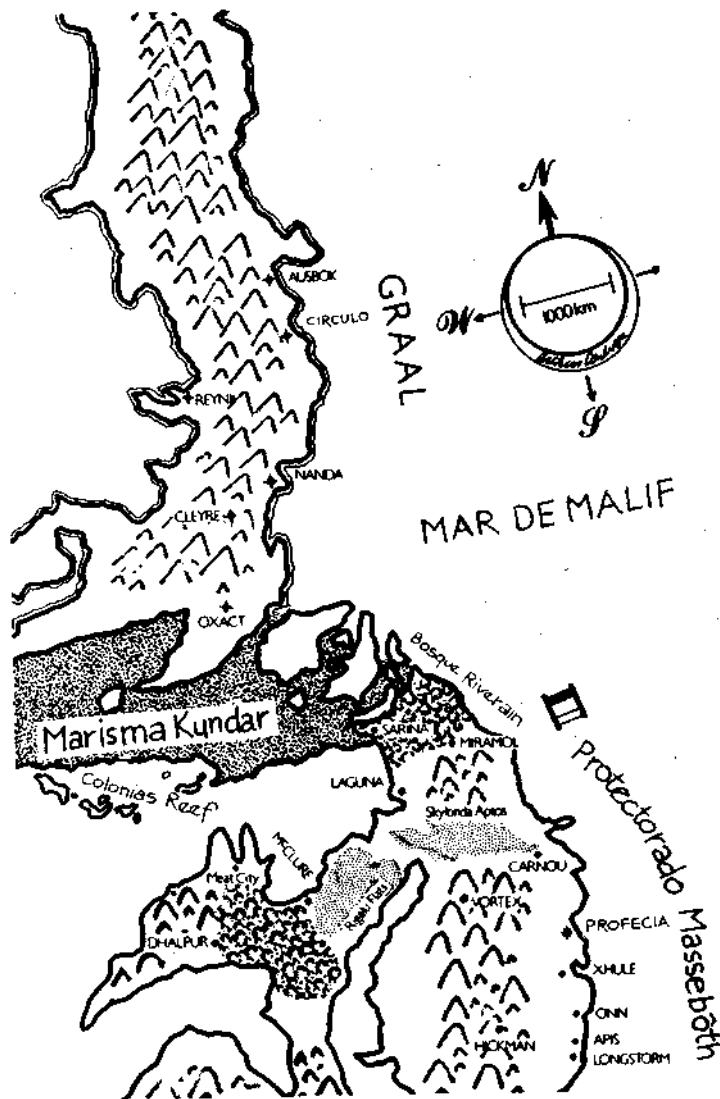
También quiero expresar mi agradecimiento a Artie Conliffe por el mapa del hemisferio y a Fred Marcellino por la portada de la edición en inglés de 1985.

Las cosas pueden ser...

y su Ser está contenido

en la habilidad de la Nada para no ser.

KENNETH BURKE El lenguaje como acción simbólica



DISTORS

Ningún hombre se conoce a sí mismo.

I CHING

Primeritud

Cegado por los faros, Sumner Kagan salió de la carretera y se deslizó en la oscuridad por el terraplén de arena. Por encima de él y a sus espaldas, los neumáticos chirriaron con furia al frenar. Voces salvajes aullaron mientras los Nadungos, vestidos con ropas de cuero, bajaban de sus Death Crib y le perseguían. Eran cinco hombres delgados como víboras, ojos inyectados en sangre y dientes afilados.

—¡Corre, bola de sebo, corre! —aullaban los Nadungos.

Al fondo de la pendiente, Sumner giró hacia el pantano. En la oscuridad parecía una vaca fantasmal que chapoteaba pesadamente de un lado a otro, con los faros de las Death Crib destellando en su camisa manchada y hecha jirones. Se introdujo en la alta hierba, agitando salvajemente los brazos. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y podía ver claramente la silueta achaparrada de la fábrica de alcaloides en el horizonte. Sabía que en alguna parte había un sendero de tierra.

No muy lejos, los Nadungos hacían silbar sus cadenas al aire, aullaban y rompían piedras golpeándolas entre sí. Si tropezaba, lo harían pedazos... la policía podría rastrear el pantano durante semanas y seguirían sin encontrarlo entero.

Se adentró en un matojo de espadañas, y por fin sus pies golpearon suelo firme. Era el sendero, una línea recta que conducía a la fábrica de alcaloides. En el oeste empezaba a asomar la Nebulosa Cabra. Fijó la mente en aquella brillante chispa verde y continuó ejercitando sus gruesas piernas.

Cuando alcanzó la verja de la fábrica, los Nadungos estaban lo bastante cerca como para alcanzar su ancha y encorvada espalda con puñados de grava. Apenas tuvo tiempo de encontrar el agujero que antes había abierto en la verja. Lo encontró junto al enorme cartel manchado de barro: ¡PROHIBIDO EL PASO! ¡SE DISPARARÁ A LOS INTRUSOS!

Se arrastró por el agujero y tuvo que hacer un esfuerzo para volver a poner en pie su corpulento cuerpo. Corrió por una larga rampa metálica hasta una escalerilla que conducía a las oscuras galerías de la fábrica.

Era un mal asunto tener que subir escaleras después de una carrera tan larga, pensó. Todo podía acabar aquí. ¡Rau! Tenía los pies entumecidos por la fatiga y el corazón se le agolpaba en la garganta. Fijó los ojos en las oscuras sombras en lo alto de las escaleras e ignoró el dolor que le acuchillaba más bruscamente a cada paso.

Al llegar a lo alto, uno de los Nadungos lo agarró por los pantalones y le desgarró el bolsillo de atrás. Desesperada, espasmódicamente, saltó hacia adelante y se liberó de una patada. Manejando su propio peso como si fuera un péndulo, se obligó a ponerse en pie mientras los Nadungos llegaban a lo alto dando gritos.

Le asaltaba el cansancio, pero luchó contra él. El gran tanque estaba encima. Podía verlo debajo a través del enrejado de la rampa.

Los Nadungos subían ahora directamente tras él, golpeando las tuberías de cada lado con sus cadenas.

Pensaban que lo tenían atrapado. Solo, en una fábrica abandonada. Aquello atraía su imaginación. Sumner sabía que así sería.

Las cicatrices plateadas del poste metálico, donde una vez estuvo colgado el cartel de PELIGRO, pasaron junto a él, Sumner aprovechó su oportunidad y saltó. La cuerda se hallaba en buen estado; sus rígidos nudos le picaron las manos pulposas mientras se columpiaba pesadamente al otro lado. A su espalda se produjeron dos chillidos agudos,

dos salpicaduras.

Rápidamente, enrolló la cuerda en la barandilla y, tanteando en la oscuridad, encontró la ancha tubería que le conduciría de vuelta al otro lado. Se tambaleó por ella, junto a la rampa donde tres silenciosos Nadungos escrutaban atentamente en la oscuridad. La manguera de emergencia se encontraba en el lugar exacto donde la había dejado. Lo había comprobado aquella misma mañana.

—¡Te encontraremos, gordo! —gritaba uno de los Nadungos en la oscuridad—. ¡Te rajaremos!

—Oh, basta ya, caras de culo —dijo Sumner, lo suficientemente fuerte para que pudieran oírle. Ya había conectado la fuerza hidráulica y cuando las tres caras furiosas se giraron hacia él en la oscuridad, abrió la válvula. El estampido les arrancó las piernas y los derribó por la rampa. Sus gemidos se perdieron en el siseo y el martilleo del agua golpeada por el ácido.

Sumner escuchó con atención el siseo del agua mientras se apoyaba fatigado sobre la manguera ya flácida. El aliento se le tensaba en la garganta, y los músculos de las piernas sufrían espasmos por la dura carrera. Se detuvo brevemente antes de coger un bote de pintura roja de su escondite junto a la manguera de emergencia.

Con brazo inestable, garabateó sobre una de las anchas tuberías de encima: SUGARAT.

Sumner no se detuvo a descansar hasta que llegó a su coche, que se encontraba en un solar detrás de la fábrica. Era un coche eléctrico estándar, verde botella, de trasera cuadrada, con tres pequeños y duros neumáticos y dos asientos en forma de cuchara. Lo quería más que a nada en el mundo. Era su hogar. En él encontraba más lealtad y comodidad que en la residencia de paredes alfombradas que compartía con su madre.

Se acercó y colocó la cabeza y los brazos sobre el frío techo de metal. Cuando recuperó la respiración, abrió la puerta y se desplomó en el asiento del conductor acomodándose en el reposacabezas. Una mano acarició el volante de madera y la otra tanteó en busca de un paquete de chokolatinas rancias. Se metió una barra en la boca, y aunque estaba seca y polvorienta, un fósil de su sabor original se esparció por su lengua. Cerró los ojos para saborearla. Llevaba dos días sin comer. Tenía que arreglar este asunto con los Nadungos, y no disfrutaba la comida cuando pensaba en matar. Pero ya se había acabado. Era la hora del Paseo. Su estómago gruñó de anticipación.

Tras meterse otra barra de chocolate en la boca, introdujo el chip de encendido en la ranura de ignición. Sintió que le recorría un calor mientras soltaba el embrague, ponía el coche en marcha y se abría paso entre la hierba elefantiásica.

Sumner y su coche tenían muchas cosas en común. Los dos eran grandes, de espaldas cuadradas y sucios. Dunas de migajas revoloteaban por las esquinas y sobre manchas de cerveza, salsa y rellenos de dulces. Envoltorios de papel, cartones aplastados de galletas, un calcetín roto y numerosos tapones de botella estaban atrapados bajo los asientos y el salpicadero. Y allí, bajo el triangular y particolorado Ojo de Lami (que Jeanlu, la bruja voor le había dado para protegerse de sus enemigos), estaban las cuatro palabras: NACIDO PARA EL TEMOR. Su ambigüedad le encantaba. Además de comer, lo que hacía con más consistencia y fervor era temer.

La ansiedad rebullía constantemente en él. Y aunque odiaba su caliente sabor en lo hondo de su garganta, la aceptaba como una de las indignidades necesarias de la vida. Por eso comía, como si su temor fuera algo que pudiera suavizarse en algún lugar de su tripa, masticado y digerido.

Pero su verdadera obsesión no era ni la comida ni la ansiedad. Quería ser temido. Quería ser el legendario Oscuro: la magia resplandeciendo a través de su fealdad, indiferente a la soledad, pleno y calmo con la violencia. Quería que todo el mundo supiera

que era peligroso.

El problema estribaba en que nadie era nunca testigo de sus atrevidas artimañas. Era el Sugarat. Y nadie lo sabía.

En los últimos seis años, el Sugarat había conseguido una notoriedad rayana en el mito. Al principio se había encargado de bandas callejeras que le habían humillado o abusado de él. Los atrapaba y destruía por su propio placer, sin considerar jamás que habría repercusiones. Pero sus primeras muertes habían creado tantos desequilibrios de poder en las muchas bandas de McClure que la guerra hirvió en las calles como nunca hasta entonces. Bandas rivales guerreaban para llenar los huecos que el Sugarat había abierto. En las casas de los jefes de las bandas estallaban bombas incendiarias. Los asesinatos manchaban de sangre los trenes de los trabajadores. Los combates mano a mano en las tiendas y mercados se volvieron comunes en los días que seguían a cada una de las vendettas del Sugarat.

Sumner se crecía en su poder. Empezó a matar más a menudo, por insultos y desplantes que antes nunca habría advertido. Se había vuelto importante. Había encontrado un medio de hacer temblar al mundo. Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que una de sus estratagemas se volviera en su contra, pero el temor de ser golpeado por una banda no era equiparable a la repulsa que sentía hacia sí mismo cuando estaba solo y aburrido. Era sólo el miedo y un poco de suerte lo que le había mantenido vivo tanto tiempo.

Pero ahora la policía buscaba a Sugarat, y eso era algo completamente distinto. Durante seis años, habían sabido que era responsable de los espasmos de violencia que sacudían la ciudad. Lo querían a cualquier precio, pero no había nadie, ningún soplón, ningún testigo o débil pista que pudiera señalarle. Nadie conocía al Sugarat.

Por eso Sumner necesitaba el Paseo: para sentir lo que había hecho en el pasado, para saber quién era ahora.

Primero condujo por un camino de arena que daba a una carretera elevada sobre el distrito industrial. Poco después llegó a los límites de su ciudad natal, McClure. Aparcó el coche en un campo de tierra repleto de carcasas de camiones y entró en El Cuchillo Curvo. Ignorando las miradas de los camioneros con cara de perro, se introdujo en una cabina telefónica y llamó a la policía.

—Zh-zh —siseó cuando atendieron al teléfono. El oficial al otro extremo de la línea gruñó, reconociendo el saludo ritual del Sugarat. Sumner sonrió y en un susurro apagado le dijo a la policía dónde podían encontrar los cadáveres de los Nadungos. Luego colgó y mientras se metía por dentro de los pantalones la camisa rasgada se acercó al mostrador y encargó seis bocadillos para llevar.

Le gustaban los bocadillos abiertos a lo ancho y bien grasientos: almejas con mijo y algas; trozos de ternera en salsa de champiñones y albóndigas y pollo-del-bosque. Pero en El Cuchillo Curvo pidió huevos revueltos con tostadas y rollos de cebada rellenos de lengua caliente prensada.

Condujo de regreso al anticuado y consumido distrito industrial. No tocó la comida, pero dejó que sus aromas hirvientes acariciaran su olfato con la seductora promesa de un atracón.

El Paseo comenzaba en el lugar de la primera matanza de su vida. Era un almacén consumido por el fuego, sólo un cráter hundido con tres paredes de aluminio ahumado alrededor. Aparcó el automóvil desde donde veía el marchito blanco ceniza del interior y, en una de las paredes de aluminio, manchadas de barro y humo, las grandes letras garabateadas, SUGARAT.

Sacó uno de los bocadillos de huevo, lo olisqueó apreciativamente y empezó a

devorarlo mientras recordaba. Aquí había matado a siete miembros de la Caricia Negra. Lo más difícil fue conseguir la gasolina. Era cara, y tuvo que quedarse sin comer y pasar hambre para poder comprar suficiente. En cuanto al detergente líquido, esperó simplemente a que sirvieran una entrega en el mercado local y luego, con su viejo traje de chico de los recados, se llevó rodando un barril. Juntos, la gasolina y el detergente componían un líquido viscoso extremadamente inflamable. Había colocado tres barriles en las vigas del almacén. La estrategia fue la misma. Cuando los destrozacabezas de puños de cuchilla de la Caricia Negra le persiguieron hasta el edificio, los roció con el mejunje y les prendió fuego con un soplete. La quema había sido maravillosa, los gritos breves. Fue su mejor matanza. Un truco perfecto. Todo cuanto hizo en los seis años siguientes derivó de aquello.

Sumner recorrió los lugares de sus matanzas, disfrutando de su comida mientras recordaba sus estrategias. Colocadas verticalmente en la viga de un bastidor roto se veían las letras SUGARAT. Al lado había un túmulo negro de grava. Aquí Sumner había emboscado a todo un grupo de Gransangres bajo la boca de un remolque de grava. Cuando se abrió la espita, le estaban apuntando con sus hondas lanzadoras de clavos. Nunca llegaron a disparar.

En otro lugar, con los susurros apesados de un pantano enroscándose alrededor, se sentó en la capota de su coche picoteando un rollo de cebada. Observó la oscuridad y la forma de los árboles muertos donde los destrozacabezas Látigo le habían perseguido por el puente. Lo había preparado para que se derrumbase, por supuesto. Pero la auténtica sorpresa para los destrozacabezas vino después de que chapotearan en el barro: cuando prendió fuego a la brea que cubría el lodo en el que estaban metidos.

Cuando terminó su último bocadillo, Sumner aparcó en el exterior de la fábrica de alcaloides. Supuso que la policía había llegado y se había marchado, porque habían retirado las Death Crib.

Sólo recordaba vagamente por qué había matado a los Látigo, la Caricia Negra y los Gransangres. Era difícil de recordar. No pensaba mucho al respecto. No era de los que se relamían, aunque sus problemas crecían cada día. Llevaba un año sin trabajo y, a los diecisiete años, ya era padre de un niño de cinco que le aterrizzaba. Sin embargo, apenas reflexionaba sobre su vida.

Lo movía una intuición muscular, una urgencia de su cuerpo por comer, matar, encontrar sexo. Era su temor.

Para Sumner encontrar sexo era mucho más difícil que preparar una muerte. Era grande y feo: uno noventa, con bolsas de grasa bajo los ojos, enroscándose en su cuello, agitando sus tetas bajo la camisa. Su cara estaba salpicada de manchas de grasa subcutánea y llena de erupciones que deambulaban permanentemente entre sus rasgos. Intentó dejarse la barba, pero le salía a parches, que le daban aspecto de sucio. Le disgustaba verse, por eso había escondido el retrovisor de su coche.

De regreso a McClure, Sumner cogió algunos dulces y deambuló entre las calles residenciales, mirando las casas de todas las mujeres que deseaba.

McClure era una ciudad vieja, tal vez de cuatrocientos años, y como la mayoría de las ciudades que habían florecido a estas alturas del interior, estaba hecha de piedra. Al menos lo eran los edificios más viejos. Era una cuestión de necesidad, ya que el clima era peligrosamente impredecible. Fieros ciclones (tormentas raga) con vientos de cuatrocientos kilómetros por hora barrían el país sin previo aviso. A veces se perdían ciudades enteras, las líneas costeras quedaban rehechas. No obstante, las casas de madera colgaban en colinas en las secciones más acomodadas. Eran símbolos de estatus en el más puro sentido, hechas para ser abandonadas cuando llegaran las tormentas raga.

Como parte del nexo de la sociedad de McClure, los ricos habían podido reservar cubículos en el Atracadero, una enorme ciudadela en el centro de la ciudad. Aunque el

Atracadero quedara completamente enterrado por las tormentas raga, había suficiente oxígeno, comida y agua en su interior para mantener a miles de personas hasta que pudieran excavar un camino de salida.

Sumner se metió un caramelo relleno en la boca y se tiró un pedo cuando pasó junto al signo naranja brillante con el símbolo Masebôth. Marcaba los límites de la ciudad interior y declaraba que la zona estaba bajo protección Masebôth.

El símbolo se representaba con dos pilares. Se suponía que uno era de mármol y el otro de obsidiana negra. El de mármol, como recordaba Sumner de sus dos aburridos años de educación civil obligatoria, representaba la conservación de la cultura y el progreso. Los secretos del refinado del petróleo, la goma vulcanizada, los antibióticos, los circuitos transistorizados, y demasiadas cosas más que se habían dado por hechas durante años y fueron olvidadas tras el Apocalipsis que terminó con la cultura-kro. Los supervivientes del holocausto y los siglos oscuros que siguieron pasaron muchas generaciones sin ningún recuerdo de la civilización. Sólo unos pocos habían conservado retazos de la vieja tecnología y cultura. Siglos después, emergió el Protectorado Masebôth. El pilar blanco era el símbolo de su herencia.

El pilar de obsidiana representaba la fuerza del Protectorado. Aunque los Masebôth estaban confinados en la costa este, con sólo unos pocos asentamientos como McClure en el interior, tenían fuerza militar para dominar un imperio mucho más grande. Lo que los confinaba no era la amenaza, de las tribus del norte y el oeste, sino algo que iba mal en la raza humana. Hoy en día, los distors (personas genéticamente malformadas) eran más la regla que la excepción, y los Masebôth, a quienes les gustaban las cosas tal como eran, tenían las manos ocupadas manteniendo fuerte a su población.

De añadidura, la mayor parte del planeta permanecía todavía sin explorar. El Protectorado no contaba con los medios suficientes para enfrentarse con la vastedad y la extrañeza de su propio continente, y mucho menos con las del resto del mundo. Quedaban muchas cosas sin explicar, como los devas. Los informes militares, dos famosos filmoclips, y los rumores describían el terrible poder de los devas. Nadie sabía lo que eran, ni siquiera si eran o no inteligentes. Aparentemente, habían salvado a exploradores en peligro, pero también habían destrozado globos cartografiadores que se habían internado demasiado al norte. Invariablemente aparecían como vastos embudos de luz. Pero siempre en las profundidades del inexplorado norte.

Sumner creía en la palabra de sus profesores cuando decían que hubo una época anterior a los devas, los distors y las tormentas raga. No lo pensaba mucho, pero le gustaba percibir que estaba informado. Por eso odiaba tener que atravesar la ciudad-centro de McClure. En las enormes paredes manchadas por el tiempo del Atracadero, que albergaba la universidad y todos los edificios administrativos, había grabados, graffiti, vómito cerebral. En vez de los nombres de las calles o los slogans de las bandas que salpicaban brillantemente su barrio, las paredes del Atracadero estaban llenas de tonterías:

ERES EL PERPETUO EXTRAÑO
CREE EN NADA SIEMPRE ¡AMNISTÍA PARA LOS MUERTOS!

Resultaba irritante. Pero Sumner no tenía otro medio de llegar a su destino sin pasar por el Atracadero. Esta noche, a medida que las paredes brillaban más cerca, con los reflectores barriendo las alturas, divisó una nueva pintada, mucho más grande que el resto:

RENUNCIA A
TU APASIONAMIENTO ENDOCRINO
ANTES DE TU PRIMER ESTREMECIMIENTO

EN EL MONTE DE LA MALIGNIDAD

Sumner se preguntaba quiénes eran los que pintaban estas cosas y cómo lo hacían sin que los capturaran. Una noche dejó su coche en casa y fue andando a ciudad-centro. Deambuló durante horas por los callejones apestosos y sombríos, asomándose a una larga curva de las murallas del Atracadero. Finalmente, un chico de unos quince años pasó por allí. Empezaron a aparecer grandes letras brillantes pintadas con spray mientras andaba hacia atrás. Sumner esperó a que acabara, y luego salió y lo agarró. Al principio pensó que era un voor, pero cuando lo arrastró a la luz pudo ver claramente que sólo era un chico nervioso.

—¿Qué rauk se supone que significa eso? —preguntó Sumner, alzando al gamberro hacia la pintada todavía goteante: PRIMERITUD.

El niño le miró aprensivamente, pensando tal vez que Sumner era un policía Masebôth. Cuando vio que sólo era una cara fea, se zafó y se enderezó la camisa. Su pelo estaba cortado al cepillo y sus orejas sin taladrar. Sus ropas eran sencillas, y había una expresión ausente y blancuzca en su cara. Obviamente, era un estudiante.

—Escúpelo —ordenó Sumner. Despreciaba a los estudiantes porque eran lacayos sin agallas del Pilar Blanco que pensaban que tenían la visión interna de la realidad.

—¿De dónde eres? —preguntó el chaval, poniéndose de puntillas y mirando a Sumner directamente a los ojos.

—De aquí, de McClure, chavalín. Del Punto.

—No —dijo el estudiante—. Me refiero a antes de eso.

—¿Qué? Siempre he vivido en la ciudad.

El estudiante meneó la cabeza tristemente.

—Piénsalo, tío. ¿Dónde estabas antes de McClure? —Se volvió para marcharse, y luego giró de nuevo, entre molesto y divertido—. No dejes de pensarlo.

En lo único que pensaba Sumner en ese momento era en agarrar al muchacho por los tobillos y estrellarle la cabeza contra la pintada. Pero se contuvo. Estaba en territorio Masebôth, y lo último que quería era tener un tropiezo con la policía, especialmente por causa de un estudiante insignificante.

Sumner no tenía respeto por el Pilar Blanco. Eran científicos estrictos y, sin embargo, adoraban a Mutra, una deidad que renacía a los humanos hasta que alcanzaban la perfección genética.

Absurdos mierdas, pensó Sumner mientras conducía su coche a través de la oscuridad del Atracadero. La mayor parte de la ciudad (la mayor parte del mundo, por lo que sabía), eran distors. Se les separaba en categorías por códigos de color y se les permitía vivir y multiplicarse mientras sus distorsiones no fueran visibles. Los tarjetas marrones eran el escalón más bajo, gente demasiado revuelta genéticamente para tener hijos. Trabajaban en oficios de poca importancia en las fábricas. Los tarjetas verdes y amarillas podían tener familia, pero los Pilares los vigilaban cuidadosamente, ya que la mayor parte de sus descendientes tenían los nervios y los huesos revueltos. Los tarjetas azules eran los afortunados. Se aparejaban a voluntad, y la mayoría de las parejas se sentían felices de tener hijos, ya que casi toda su progenie era limpia.

Sólo los tarjetas blancas estaban libres de distorsiones. Eran los privilegiados para quienes habían sido establecidas las clínicas-burdel con el fin de recibir su material genético impoluto a cualquier hora del día o de la noche. Sumner era un tarjeta blanca.

Después de dejar atrás el Atracadero, Sumner recorrió el barrio de las mujeres que deseaba. Se las veía a distancia, yendo o viniendo, en su pausa del almuerzo en las fábricas, o de noche con sus acompañantes. Sumner nunca fantaseaba con hacer sexo con ellas. Era algo inconcebible a causa de su repugnancia física. Pero su presencia, el hecho de que aquellas criaturas existieran, era importante. Su belleza y su realización como personas equilibraba la violencia, el ansia y el continuo miedo al mundo. Después

de una matanza, como hoy, o cuando la tensión muscular de vivir se hacía demasiado intensa, se acercaba a mirar a las mujeres. El misterio de la vida y la muerte era visible para él en el movimiento de una mujer hermosa al andar, y la excitación que sentía, por carecer de esperanza, era mítica. Al ver a las mujeres, esbeltas y llenas de paz, dirigiéndose a casa bajo el suave peso de la noche, sentía que la tensión física que se anudaba en la base de su cuello se distendía durante un momento.

En paz consigo mismo, Sumner se sintió lo bastante descansado para detenerse en el salón de Mutra, el burdel de las afueras de ciudad-centro. El lugar era un indescrutable edificio salpicado de ladrillos entre un matadero y un bar. A estas horas de la noche la calle se hallaba oscura y vacía. Sumner aparcó su coche junto a la puerta principal.

—Es el chico gordo otra vez —dijo la pelirroja tras el espejo unidireccional después de que Sumner entrara en el vestíbulo. Una matrona le entregó una toalla y un libro de plegarias místicas. Sumner dejó el libro sobre una mesa de plástico y atravesó la puerta con dobles pilares hacia las duchas.

—Kagan, ¿verdad? —preguntó otra mujer. Era más vieja; sus ojos densamente avariciosos—. Ha venido mucho últimamente.

—Mierda —escupió la pelirroja—. Los tarjetas blancas no deberían conseguirlo gratis. No cuando son tan feos.

—Díselo a Mutra —replicó la mujer mayor. Eran las únicas de servicio aquella noche, y el desaliñado vestuario en el que se encontraban parecía triste sin la presencia de las otras mujeres; los armarios vacíos estaban llenos de ropa interior y sombras. Abrió un frasquito azul, apoyó el pie sobre una mesita y empezó a pintarse las uñas—. ¿Tienes puesta la bolsa?

Para los hombres con tarjeta blanca, las mujeres llevaban diafragmas diseñados para atrapar y contener el valioso esperma. Más tarde, el flujo seminal era transferido a ampollas especiales y enviado a los campos de nacimiento donde se inseminaba a las futuras madres. El trabajo era la sagrada misión de Mutra, y todas las mujeres relacionadas eran bien pagadas. Aun así, la pelirroja no sentía ningún deseo de servir a Sumner.

—Si no fuera tan gordo... He estado con él las tres últimas veces. Mi suerte debe de haber muerto. ¿Crees que...?

—No. —La mujer mayor frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Este trabajito es tuyo.

Bien lavado, Sumner entró en la estrecha habitación donde una pelirroja con la ropa interior tradicional se encontraba sentada al borde de una cama. Había estado con ella varias veces antes, y estaba familiarizado con sus movimientos. Como todas las demás, sentía repugnancia por su obesidad, por eso él no perdió el tiempo. El disgusto en su cara quedaba ensombrecido por la suave luz, pero Sumner notó cómo su carne se tensaba bajo su contacto. Cuando la montó, miró sus pechos y su pelo color de fuego, pero no sus ojos. Copuló mecánicamente, de la misma forma en que se masturbaba. Momentos después, acicateado por la fría lujuria de haber matado, caliente con el recuerdo de haber estado a punto de morir, lo sacudió un orgasmo.

La pelirroja salió de debajo de él. Sólo después de que la puerta se abriera y se cerrara tras ella, Sumner se dio cuenta de que no habían cruzado una palabra.

Sumner se vistió torpemente y se dirigió tambaleándose a su coche, sexualmente vacío y emocionalmente exhausto. Odiaba ver reflejada su fealdad por la forma en que las prostitutas lo trataban. Eso era siempre más duro que mirarse en un espejo, pero necesitaba el alivio, especialmente después de una matanza. Mientras conducía, pensó en la matanza y en lo cerca que había estado de perecer él mismo.

Cuando llegó a casa, la sensación de triunfo por eliminar a los Nadungos se había desvanecido. El Paseo le había producido una dosis inquieta de animosidad, y los indescifrables mensajes de las paredes del Atracadero hicieron resurgir su miedo. Ni siquiera le había tranquilizado recorrer las calles del amor y desfogarse. Quería estar solo,

pero sabía que su estúpida madre, con su rostro afilado y su voz chillona, le estaría esperando.

De mala gana, Sumner colocó la cadena y el cerrojo a la puerta del garaje y echó una larga mirada a la calle para fortalecerse ante lo inevitable. La avenida estaba construida con tierra prensada y tablas de madera encima. Era estrecha y a ambos lados se alineaban edificios altos y delgados de basta piedra negra. Era tarde, y no había nadie sentado en los porches. En el otro extremo de la calle, entre los oxidados soportes del tren elevado, una jauría de perros se movía como una brisa espectral de un callejón a otro.

Sumner abrió la pesada puerta con su llave y permaneció un momento en el recibidor. Dejó que el olor pegajoso del incienso de diente de ajo se apoderara de él y ajustó los ojos a la luz acartonada de las lámparas que colgaban del techo. Tras la empinada escalera con su alfombra roja y raída, había una pequeña habitación que conducía al sótano donde su madre celebraba sesiones espiritistas.

—¿Eres tú, pichoncito? —llamó una voz chillona.

Sumner gruñó y empezó a subir las escaleras. Cuando llegó al tercer escalón, la cara de una mujer apareció entre los estrechos pilares del sótano. Tenía el color de la plata gastada con labios rosados y gomosos y ojos negros brillantes. Estaba enmarcada en un halo de pelo rojizo y revuelto.

—¿Dónde has estado, pichoncito?

—En ninguna parte, mamá —replicó Sumner.

—Ninguna parte no es un sitio —le recordó su madre. Dio la vuelta al sótano y se plantó al pie de las escaleras. Era pequeña, delgada como una aguja, con pechos planos y ajados apenas cubiertos por una bata azul arrugada. La pintura roja de sus párpados era tan gruesa que rebosó mientras sus ojos se ensanchaban para captar las botas cubiertas de barro de Sumner, sus pantalones salpicados y la cintura pálida como un champiñón que sobresalía de su cinturón—. En nombre de Mutra, ¿qué has estado haciendo? —chilló ella, agarrándose a las dos plumas negras que colgaban entre los pliegues de su cuello—. Quitate esas botas ahora mismo y déjalas fuera. El wangol que traes a casa ya es suficientemente malo para que arrastres hasta aquí la carne del planeta.

La madre de Sumner se ganaba la vida como guía espiritista. Conversaba con los muertos que se mantenían en la sombra de la gente y se la consideraba casi tan receptiva como un voor, aunque Sumner sabía que no lo era. Sin embargo, tenía una tremenda reputación en el barrio, mantenida por hallarse meticulosamente por encima de las influencias (o wangols) que entraban en su casa. El barro, un verdadero caldo de wangol primario, estaba estrictamente prohibido.

Mientras Sumner se sentaba en el escalón para quitarse las botas, ella se acercó al rastro que él había dejado y lo salpicó con un polvillo blanco de un cuernecito que llevaba sujeto al muslo. Decía que era polvo de tuétano de alce y que neutralizaba el wangol desconocido, aunque Sumner había descubierto hacía tiempo que no era nada más que detergente y migas de pan.

No es que su madre fuera una charlatana embaucadora. Ella creía realmente que era polvo de tuétano de alce. Pero Sumner conocía a la vieja arpía que le vendía a su madre sus suministros wangol. Años atrás había sido puta, pero cuando perdió una pierna mientras cumplía con su trabajo en un taller donde habían dejado una sierra eléctrica encendida, se dedicó a la adoración wangol. Una vez, cuando era niño, Sumner se escondió en el sótano de la casa de la vieja arpía. Allí, apoyándose en un caimán disecado, rodeado por largas tiras de ajo y botellas y redomas de diversos polvos de la suerte, atisbo por el ojo de una cerradura y la vio preparar sus mejunges nigrománticos: el agua sucia se convertía en Loción Ahuyentadora, la grasa y el serrín se volvían Aceite Wangol, y el detergente comercial y las migas de pan se transformaban en polvo de

tuétano de alce. Incluso en aquellos días lejanos, Sumner era ya un solitario. Nunca llegó a contarle a su madre lo que había visto.

Probablemente no habría servido de mucho. Zelda era devota. Tenía una rosa azul tatuada en el glúteo izquierdo, algo que Sumner espiaba en los primeros y explosivos días de su pubertad, y salía dos veces por semana a reunirse con otras guías espiritistas de toda la ciudad. Además, sin los zords que su lectura de sombras proporcionaban, probablemente los dos morirían de hambre.

Lo único que de verdad enfurecía a Sumner era la profesada capacidad de Zelda para hablar directa y autoritariamente con su padre muerto. La historia de todo el terrible wangol que traía a casa era tolerable. Las cuatro veces al año que se prendía fuego en el pelo y corría por la casa para espantar a los poderes del mal eran malolientes pero divertidas. Y los viejos amarillentos y llenos de verrugas a los que dejaba usar su cuerpo para ayudarles a entrar en contacto con sus esposas muertas eran simplemente repugnantes. Pero cuando se paraba a mitad de una frase para consultar con su padre muerto, Sumner tenía que morderse la lengua para evitar estrangularla.

Descalzo, Sumner subió las escaleras, evitando cuidadosamente poner los ojos en los tapices baratos que colgaban del techo. Insípidas escenas de pantanos brumosos y lunas llenas sobre mares como espejos cubrían las paredes desconchadas y mohosas. Zelda saltaba tras él.

—¿Qué te has hecho, pichoncito? Vuelves a casa blanco como un cadáver y no sale ni una palabra de tu triste boca para tu madre. Has estado otra vez en la casa de putas, ¿verdad? Mírate el pelo. Todavía está mojado. ¿No tienes ningún respeto por ti mismo? ¿Quieres tener niños a los que nunca verás con mujeres a las que tampoco verás nunca? ¿Por qué tirar tu semilla a Mutra cuando podrías casarte de la forma en que lo hizo tu padre? Era un tarjeta azul, y no vertió su semilla alocadamente. ¿Dónde estarías tú si lo hubiera hecho? En algún campamento de Mutra, sin padres, con un nombre gubernamental, sin saber quién eras.

¿Quieres eso para tus hijos? Eres un tarjeta blanca, Sumner. Eres raro... una bendición espiritual. Si te lavaras y perdieras un poco de peso, podrían casarte con una muchacha rica. Podrías abrir tu vida. Podrías hacer algo por tu madre... en vez de esto —señaló su enorme barriga—. Dime qué te ha pasado. ¿Has sufrido un accidente? ¡No, un accidente no! ¡En el coche de tu padre!

—Es mi coche, mamá. Es mío desde hace años. —Sumner llegó a lo alto de las escaleras y tuvo que empujar a un lado a Johnny Yesterday, que dormía noche tras noche en lo alto de las escaleras, reviviendo un viejo hábito infantil. Johnny Yesterday era el inquilino que habían tenido en su casa los últimos ocho años... desde la muerte del padre de Sumner. Estaba medio sordo, senil, y ciego de un ojo. Pero lo peor de todo era que una característica distor le empezaba a salir a la superficie. En su caso era una distorsión mental a nivel profundo: podía mover objetos físicos telepáticamente.

En McClure, como en todas las ciudades Masebôth, los distors de todo tipo eran eliminados de forma eficiente y sin dolor. La capacidad mental de Johnny Yesterday había aflorado justo después de que le despidieran de la fábrica, cuando le faltaban dos semanas para poder cobrar su pensión después de cincuenta años de trabajo. Durante cuarenta y nueve años, Johnny Yesterday había estado taladrando incansablemente agujeros en los paneles que giraban bajo su nariz de camino a convertirse en placas de circuitos en el extremo de la línea de montaje. Sumner estaba convencido de que el despido había precipitado la distorsión, pero a Zelda no le importó lo más mínimo. Dejó de cobrarle el alquiler (de todas formas no tenía ningún zord) e incorporó discretamente su raro talento en su negocio de guía espiritista.

Sentado en la cocina tras una gruesa cortina, divertido y estimulado por las cuentas de cristal y los collares de vértebras de serpiente que Zelda acumulaba en cajas para futuros clientes, Johnny Yesterday actuaba siguiendo sus señales. Cuando Zelda estaba

preparada para que su pesada mesa de roble empezara a dar golpes o para que las flores del gran jarrón en forma de serpiente enroscada saltaran y bailaran, pronunciaba en voz alta el nombre de la madre de Johnny Yesterday: «¡Christabel Mira!». Había descubierto que cada vez que el viejo Johnny escuchaba ese nombre, su capacidad mental se desataba.

El poder era tan raro que aunque las gruesas cortinas eran derribadas por la intensa nostalgia telecinética de Johnny, nadie sospechaba que era el viejo carcamal de ojos vidriosos y orejas retorcidas el que animaba todo el show. Pero Zelda debía ir con cuidado al usar el don de Johnny Yesterday. Los Masseur estaban siempre alerta a los informes referidos a poderes mentales. En cuanto se corriera la voz, se la llevarían para suministrarle un final rápido y sin dolor.

Zelda, aunque precavida, era intrépida. Convencida tras varios años de servir a gente que necesitaba milagros, cuyo vacío sólo podía ser llenado por lo imposible, creía verdaderamente que los Poderes se comunicaban a través de Johnny Yesterday. Por eso, cuando Sumner le empujó en las escaleras, se estremeció.

—Sé amable, pichoncito. Ha sido como un padre para ti.

Era mentira. Johnny Yesterday y Sumner nunca habían intercambiado una palabra. Por un pacto tácito y mudo, se ignoraban completamente el uno al otro. El viejo ni siquiera alteró el ritmo de sus ronquidos cuando Sumner lo apoyó contra la pared y pasó al salón por encima de él.

Era una habitación grande con muebles extraños y llamativos. Casi todos eran regalos de los clientes de Zelda, bien a causa de los servicios prestados o porque nadie más los quería. Un trono gigantesco, acabado con escudos de armas de dragones tallados en los lados y un palio de índigo real, ocupaba la pared del frente. Estaba flanqueado a ambos lados por urnas color azul pavo real lo bastante grandes para meterse dentro, cosa que hacía normalmente Johnny Yesterday. También había un gran busto de bronce de alguien que parecía furioso; un candelabro cuyos brazos se extendían en todos los ángulos obtusos posibles; un antiguo cofre de metal que se había cerrado hacía mucho tiempo y nunca se había vuelto a abrir, a pesar de que algo sonaba tenuemente en su interior cada vez que se le agitaba; y falanges de imitaciones de plumas de avestruz que se inclinaban tímidamente sobre un sofá peludo, verde metálico, que se había quedado calvo muchos años antes de venir a morir aquí. El suelo se hallaba cubierto con una gigantesca alfombra oval con un camello de tamaño natural bordado. Aquí y allá había banquetas con pies de mono tallados en madera; un canapé con forma de boca, repleto de diminutos dientes de bambú y labios de cuero; y una mesa chata con patas de brocado y una superficie afiligranada con un ángel cuya sonrisa beatífica se había diluido con los años hasta convertirse en una mueca demente.

Sumner consiguió maniobrar entre el amasijo de banquetas hasta una puerta estrecha junto al busto furioso, pero antes de poder abrirla, Zelda le agarró por el brazo.

—¿No vas a decirme qué pasó, pichoncito? Tienes un aspecto terrible.

—No pasó nada, mamá.

—¿Nada? —gimió ella, y le tiró de los dos últimos botones de la camisa—. ¿Crees que estoy loca? Mírate. —Le dio un golpe en la grasa de su cintura y le agitó una de las tetillas—. Cada vez más gorrino —dijo con disgusto; entonces encogió los ojos—. No habrás estado pegándoles a los niños pequeños para quitarles el dinero y comprar comida otra vez, ¿no?

—¡Mamá! —Sumner la apartó suavemente y se dispuso a abrir la puerta, pero Zelda puso la mano en el pomo.

—Espera. Siempre me rehuyes, siempre deseas estar en otra parte. Quédate quieto un momento y mírate.

Sumner suspiró y se rascó la barriga.

—¿Qué quieres, mamá?

—Quiero que te detengas un minuto y te mires. —Su voz se volvió más brusca—. ¿Qué es lo que has hecho en tu vida? —Volvió a darle un golpe en la barriga—. Sólo esto. Para esto es para lo único que sirves... para coger comida y convertirla en...

—¡Mamá!

—¿Cuándo fue la última vez que trajiste a casa algo que no fuera barro y wangol malo? ¡Ja! ¿La última vez? Nunca ha habido una primera.

—Mamá, quiero estar solo.

—¿Cuándo no lo estás? Todo lo que veo de ti es el rastro de barro que dejas. ¿A dónde vas? ¿Qué haces? Soy tu madre y no lo sé. Te doy de comer y no lo sé.

Sumner se dio la vuelta para irse, pero Zelda le agarró por el hombro y, apoyando todo su peso contra él, le obligó a girarse. Él sintió que los ojos de su madre taladraban los suyos, y se preguntó si tendría que golpearla. En vez de ello, empezó a hurgarse la nariz.

Zelda lo acuchilló con un dedo.

—Eres un rundi medio tonto deambulando por la ciudad un día tras otro. ¿Para qué? Respóndeme. ¿Para qué?

—Mamá, es asunto mío...

—¿Asunto tuyo? —Su rostro se crispó—. Sácate el dedo de la nariz y escúchame. Nada de lo que hay aquí te pertenece. Nunca has ganado ni una rebanada de pan que no fuera para ti. No me vengas diciendo qué es asunto mío y qué no lo es. Tú eres asunto mío. Te he dado todo lo que tengo. Esta casa es mía. Ese coche es mío. Esas ropas son mías. ¡Y ese barrigón es mío!

Agarró dos puñados del voluminoso abdomen de Sumner y tiró de él hasta que su hijo la apartó.

—¡Te digo que es mío! —Ella le miró con furia apoplética—. Yo lo creé y yo lo he alimentado. ¿Qué has hecho tú? No hay nada...

Ella se detuvo bruscamente y su furia se convirtió en una inmensa tristeza. Sucedió tan rápidamente que Sumner, a pesar de saber lo que iba a ocurrir, se quedó esperando.

—¡Klaus! ¿Es éste nuestro hijo? ¿Es éste el niño que creamos? —Ella ladeó la cabeza como si estuviera escuchando a alguien a su lado.

Sumner se mordió la lengua y entró en su habitación, cerrando la puerta tras él. Una vez solo, se tumbó en el ajado colchón sobre su amasijo de ropas y mantas amontonadas y se cubrió los ojos con el brazo. Oyó abrirse la puerta. Rápidamente sacó un zapato del colchón y lo arrojó contra la cara picuda y arrugada que apareció en el marco. Falló por centímetros. La puerta se cerró de golpe y Sumner volvió a cubrirse los ojos.

Solo. Pero estaba demasiado excitado para dormir. Se agitó incansablemente de un lado a otro y por fin se puso en pie y empezó a esparcir la ropa de su cama por la pequeña habitación oscura. El lugar, como todo lo relacionado con Sumner, era un lío espantoso. Había una silla rota en un rincón, un colchón rajado en otro, y una mesa rebosante de cajas de zucchini contra la pared bajo una ventana. La ventana en sí estaba rota, sucia y salpicada de pintura. Sobre la mesa había una caja de herramientas rotas, pilas de papeles agrietados y amarillentos, muelles, clips, piedras, recordatorios, bolas de papel, migajas, una camisa rota, tres cepillos de dientes, varios bolígrafos rotos, un vaso sucio y una brillante escánsula plateada con una pantalla de dieciséis pulgadas y una consola con botones.

Además de la comida, la escánsula era la razón principal de que Sumner pasara el tiempo en casa. Era, indirectamente, un regalo de Klaus, el difunto padre de Sumner. Klaus había sido capataz de la fábrica con mucho éxito. Parecía comprender de qué trataba la vida, aunque había muerto antes de que Sumner pudiera preguntarle. Sumner tenía entonces diez años, pero su padre ya había ahorrado suficiente dinero para su educación. Soñaba con que su hijo se convirtiera en un artesano, pero Sumner era demasiado retraído y tímido para ir al colegio. Después de que pasara los dos años de educación civil obligatoria y otros dos en nueve programas diferentes de entrenamiento,

Zelda sucumbió al enjambre de hojas disciplinarias que le seguían de una clase a otra y lo sacó del colegio. Alquiló una escánsula, un aparato de autoestudio conectado al centro universitario de McClure. Con este aparato, Sumner había aprendido a hacer melaza inflamable y pólvora. Por lo demás, no estaba interesado en aprender.

Las otras cosas que le fascinaban de la escánsula, aparte de los programas de educación sexual que repasaba de vez en cuando, eran las muestras tectónicas; programas estructurales en los que los estudiantes podían analizar varias combinaciones estequiométricas: pautas de cristal tónico, principios de propagación de ondas y propiedades laberínticas. A Sumner le encantaba sentarse delante de la pantalla y dejar que esas pautas abstractas le mecieran hasta caer en un trance soporífero. Era una forma de autohipnosis, una forma de dejar atrás su miedo y relajarse lo suficiente para dormir.

Despreciaba el sueño. Hundido en el amasijo de su apestoso colchón, era presa de pesadillas y su ralea de formas aullantes y susurros apenas oídos. Prefería el lento descenso a la pálida luz de la escánsula, dejando que las pautas sin significado, pero intrincadamente hermosas, lo tranquilizaran y lo depositaran en un sopor relajante. Así sus sueños eran más mansos, y se despertaba sin aullar ni sacudirse.

Sumner acarició el frío borde metálico de la escánsula. Conectó el interruptor, esperó un instante, entonces le dio un golpe al aparato, esperó otro instante, y luego alzó el aparato y lo dejó caer. Esperó un último instante antes de buscar urgentemente a su alrededor algo con lo que partir la pantalla. Por fortuna, lo único que halló a mano fue un cepillo de dientes gastado, y decidió comprobar la batería. No estaba.

Tras pensarlo un momento se dio cuenta, con un escalofrío de humillación, que sólo había una respuesta. La batería estaba conectada demasiado firmemente para que Zelda o Johnny Yesterday la hubieran quitado. Sólo un agente escansular podría habérsela llevado, lo que significaba, simplemente, que los fondos de su padre se habían agotado.

Se apoyó contra la escánsula vacía y se frotó los ojos, tratando de absorber plenamente la importancia de su situación. Durante meses había estado temiendo este día, pero ahora que su padre se había marchado de verdad, sin que lo representaran ya ni siquiera sus zords, la tristeza fue mayor que el temor. Pronto vendrían no sólo por la escánsula, sino por el coche. Había pertenecido a Klaus mientras vivió, pero como todas las demás cosas en la sociedad Masebôth, era sólo un préstamo del gobierno. Mientras hubiera dinero para pagar su mantenimiento y recarga, Sumner podía hacer lo que quisiera. Ahora no habría ni siquiera lo suficiente para cubrir las tres multas de tráfico que le habían puesto en los dos últimos meses.

Sumner miró tristemente las dos multas sobre su mesa y hurgó en el bolsillo trasero para sacar la tercera. Se la habían puesto dos días antes por sobrepasar el límite de velocidad en una calle residencial. Una de las mujeres a las que admiraba había aparecido bruscamente en su portal.

Se quedó inmóvil (la mano en la cadera) y una tenaza de hielo le agarró con tanta fuerza que no pudo respirar. La multa había desaparecido. Estaba en el bolsillo que le arrancó uno de los Nadungos, y probablemente se había quedado en la rampa bajo la ancha tubería de vapor en la que había escrito desafiadamente SUGARAT.

Gimió en voz alta y cayó de rodillas. Todo se había acabado. Las noches perezosas parpadeando ante la escánsula, las lentas caminatas por las calles del amor, el Paseo... todo se había acabado. Y lo peor, lo más horrible de todo, Sugarat estaba perdido.

Sumner se puso en pie, agarró el borde de la mesa y la volcó. El tubo de imagen de la escánsula explotó, y antes de que el estallido se disipara, la puerta de su cuarto se abrió. Zelda estuvo a punto de abalanzarse sobre él, pero cuando vio la furia de su cara, agarró sus dos plumas negras y cerró la puerta en silencio.

Sumner no podía pensar. Necesitaba aire. Salió dando tumbos de la habitación y se quedó de pie un momento junto al busto de expresión furiosa. Zelda estaba apoyada en la mesa con las patas de brocado, todavía agarrándose las plumas.

—¿Quién eres? —preguntó con indignación— ¿Quién eres? —Se rebuscó entre las piernas y sacó su cuerno de polvo de tuétano de alce. Agitando su brazo en un amplio arco, temerosa de acercarse demasiado, intentó espolvorear con él a su hijo—. ¡Fuera, maltratamientos! ¡Fuera, atenazanervios! ¡Sal del cuerpo que yo creé! ¡En nombre de Mutra, fuera!

Sumner pasó por su lado sin hacerle caso y se dirigió a la puerta que conducía al tejado.

—¡No! —chilló Zelda—. ¡No dejaré que mates a mi hijo! —Corrió hacia él y vació el detergente y las migas de pan sobre su cabeza.

Sumner esquivó la andanada, abrió la puerta de una patada y se volvió. Zelda dio un salto atrás y, haciendo un signo de guardia con su pulgar y su meñique, murmuró algo entre dientes.

—¡Mamá! ¡Tranquilízate!

—¿Que me tranquilice yo?

—Sólo estoy un poco cansado. Necesito un poco de aire. Me pondré bien.

—¿Por qué vas al tejado? Hace viento ahí arriba. Podrías enfermar.

Sumner se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras.

—Si saltas, nunca te perdonaré —gritó su madre a sus espaldas—. Atraparé tu wangol en una jarra y lo atormentaré mientras viva. Podemos renovar la escánsula. Podemos comprar una nueva. No...

Sumner atravesó la puerta exterior y se perdió de vista en el tejado.

Zelda suspiró y alzó los brazos. Un día me matará, pensó. ¿Por qué tiene que ser tan solitario? Y con un temperamento tan agrio. Sacudió la cabeza.

—Todo es culpa tuya —le dijo silenciosamente a su marido—. Tú fuiste el que quiso que fuera libre. Tú lo educaste así. No yo. Yo quería que jugara con los otros niños. Sé sociable. Haz amigos, le decía. Pero no. Siempre habrá tiempo para eso más tarde, decías. Ahora tiene que adquirir autoconfianza, aprender a estar cómodo consigo mismo. Así son las cosas en este mundo. Estás solo. Nadie te va a ayudar. ¡Ja! —Se apoyó contra la mesa, sintiéndose repentinamente muy pesada—. Bien, ojalá estuvieras ahora aquí, Klaus. Ojalá pudieras ver en qué se ha convertido.

Zelda volvió a suspirar y se separó de la mesa. Era hora de ver cómo iba el guiso. Bajó dos tramos de escaleras hasta una cocina pequeña y sofocante donde ardía una olla grande. Siempre tenía algo al fuego allí abajo. La comida era la única forma de retener a su hijo.

—Y eso es también culpa tuya —le dijo a Klaus—. Irte al Más Allá cuando era tan joven. ¿Qué se supone que voy a hacer? Sólo me escucha cuando tengo algo para comer.

Levantó la tapadera de la olla y dejó que el vapor saliera antes de olisquear el guiso. Olfía bien. Por experiencia, sabía que Sumner tendría hambre pronto, así que cogió un cuenco de una alacena de madera y sirvió el espeso guiso de almejas. Seleccionó del especiero dos frascos marcados con Sal de Cebolla y Nabo en Rodajas. En realidad, eran polvo de raíz de Juan el Conquistador (para dar energía y defensa contra la enfermedad), y líquido wangol e-z (para calmar los nervios). Con cautela, vertió un poco de cada en el plato.

Zelda era una buena madre. Sabía que era responsabilidad suya reformar a su hijo, deshacer todo el daño que había hecho Klaus. Pero hasta ahora no había conseguido nada. Era inútil hablar. El nunca la escuchaba. Así que se había confiado a las curas herbáceas y a los tonificadores wangol. Sin embargo, ni siquiera esto había servido de algo. Sumner se mostraba tan cerrado y solitario como siempre.

Pronto debería tomar una decisión drástica. No estaba bien protegerle así, darle casa y techo, amenazarle como a un niño o un anciano. No, se reprendió Zelda a sí misma. No lo haré más. Tiene que cuidar de sí mismo.

En el tejado, Sumner respiró profundamente para aclarar su mente. Con el brillo de las luces del Atracadero y las coronas azules de fuego de las torres de la refinería al sur, se veían pocas estrellas. Se acercó a la parte trasera de la casa y miró en dirección al norte. Allí, había tres hileras de tejados y luego la oscuridad se extendía hasta el horizonte, donde un débil brillo verde manaba de Rigalu Flats. Contempló durante largo rato aquella luz espectral y pensó en Jeanlu, la bruja-voor y en su hijo, Corby. Tendría que acudir pronto a ellos en busca de zords, y la idea hacía sus temores más palpables. Los voors eran la locura del mundo, distors con fuerzas alienígenas y mentes que sabían demasiado. No quería acudir a los voors. Habían abusado de él antes, y les temía. Pero la policía vendría, y a menos que los voors le ayudaran, los Masebôth le matarían.

Un quejido brotó de su grueso cuerpo, y se tanteó el bolsillo trasero. Se quedó en esa postura durante un largo minuto, con la mano en el jirón de sus pantalones, mirando al norte con los ojos saltones y el corazón abatido. Gradualmente, la vergüenza y la furia se abrieron en él, y un grito desfigurado se revolvió con círculos cada vez más amplios a través de su pecho, pero no pudo encontrar el camino de salida.

Finalmente, cuando el dolor remitió, regresó al interior y se dedicó, enfurruñado, a su plato de almejas, denso y humeante y con olor a algún lugar muy lejano.

Imágenes del universo real

Compartir realidad

Todavía estaba oscuro cuando Sumner se marchó de casa en su coche verde botella aquella mañana. Llevaba todas sus posesiones importantes envueltas en una camisa rota tirada en el asiento trasero. Zelda se agitaba preocupada y trató de detenerle, primero con amenazas sobre su pobre salud y luego con comida. Pero no sirvió de nada. El temor de Sumner sobrepasaba con creces su culpa y su hambre. Le dijo a Zelda que regresaría más tarde ese mismo día, aunque no tenía intención de volver a verla.

Tomó un abundante desayuno en una parada de camiones abierta toda la noche en las afueras de la ciudad. Se permitió entretenerse rememorando su vida con Zelda porque era la última vez que la recordaría exactamente tal como era. Su vida en común había sido muy buena comparada con lo que era la vida para la mayoría de la gente de su barrio. Klaus le había liberado de las fábricas. Toda su vida, Sumner había podido ir y venir a su antojo, a pesar de que Zelda siempre estaba allí para interrogarle cuando regresaba. Sin embargo, recordó, ella nunca llegó a saber lo que pasaba realmente. Y su cocina... ¡Mutra, era deliciosa! Un poco cargada de especias wangol de vez en cuando, pero deliciosa. Suspiró. Lástima que estuviera dominada por todas aquellas patrañas de los espíritus.

Aunque sentía cierto cariño por su madre, se alegraba de librarse finalmente de ella. Siempre intentaba cambiarle, y él se sentía feliz tal como era. O como había sido, se corrigió. De ahora en adelante, su vida estaría en la carretera. Zelda había desaparecido... pero también su vida como Sugarat. Más que la seguridad, había perdido su propia identidad.

Su destino era la casita de campo de Jeanlu, a más de 189 kilómetros de distancia, al otro lado de Rigalu Flats. Era un viaje solitario (aún más solitario sabiendo que nunca volvería), pero los voors tenían las cosas que quería.

Sonrió, recordando su primera salida de McClure. ¿Qué edad tenía entonces? ¿Diez? No. Fue poco después de su primera matanza. Debía tener once años.

Tardaría al menos una hora en llegar a Rigalu Flats, y la carretera hasta allí era recta y fácil. Despejó su mente y retrocedió seis años a los recuerdos que tenía de su primer viaje en solitario al desierto...

El hambre había llevado a Sumner a los puestos de pescado junto al río donde esperaba conseguir comida gratis. Observó con atención cómo los hombres de gruesos brazos ataviados con delantales manchados de sangre cortaban las cabezas de percas y mugues, les sacaban las entrañas y luego arrojaban las piezas cortadas a las montañas de hielo picado. Vigiló diligentemente los trozos de pescado que erraban su blanco y caían a un lado. Pero la competencia era demasiado dura —grandes gatos salvajes entrenados para cazar ratas—, y pronto se puso a vagar por los muelles vacíos a la espera de que los barcos regresaran.

Mientras contemplaba cómo las negras aguas lamían los pilares del embarcadero, pensó en pescado a la plancha. Su imaginario aroma y su oscuro y rico sabor eran tan reales que no reparó en el viejo hasta que éste le habló.

—¿Quieres acostarte, chico?

Sumner se dio la vuelta; sus ojos escrutaron la cara del viejo. Era marrón y arrugada como una bolsa vieja. Tenía las orejas aplastadas y el pelo apestoso y enmarañado.

—¿De qué hablas, viejo? No tengo dinero para putas.

El viejo se acercó más.

—Pero tienes una tarjeta blanca.

El corazón de Sumner dio un brinco. Sólo hacía una semana que había pasado su examen médico obligatorio. La ley Masebôth requería que se comprobaran los genes de todos los niños al llegar a la pubertad. Después de una agotadora serie de arañazos, inyecciones y pruebas embarazosas, le suministraron una tarjeta blanca: el estatus genético más altamente codiciado. Era uno entre mil con los genes intactos.

Sin embargo... ¿cómo podía conocer esta ruina de hombre lo de su tarjeta blanca? Sumner miró más de cerca la cara del viejo. Tenía una boca recta y fiera y ojos incongruentemente ensoñadores. Con el tiempo, Sumner llegaría a reconocer a un voor por aquellos ojos errabundos. En aquel momento, sin embargo, pensó que el viejo era sólo un pirata de río. Era bastante duro, con aros en las orejas, un pañuelo negro en la frente y de sus ropas brotaban extraños olores a humo.

—¿Quieres acostarte, gordito? ¿Sí o no?

Sumner no se movió, con las manos en las caderas, excitado por la misteriosa propuesta de sexo y a la vez asustado por aquel increíble pirata.

—¿Cómo sabes que tengo una tarjeta blanca?

La sombra de una sonrisa cruzó la cara arrugada del viejo y la suavizó.

—Soy un voor, gordito, lo sé.

Todo el cuerpo de Sumner se crispó. Los voors podían volverte loco con una mirada. Eran los distors más extraños y se sabía que tenían profundos poderes mentales. Y por si aquéllas no fueran razones suficientes para mantenerse apartados de ellos, había un Edicto de Criaturas Innaturales contra ellos por parte de los Masebôth. Se ahorcaba a la gente por hablar con los voors.

Sumner intentó retirarse, pero tenía el agua a sus espaldas y no había nada más en el muelle. A trescientos metros de distancia, los puestos de pescado bullían de actividad, y se dio cuenta demasiado tarde de que nadie le oiría si gritaba.

Con un gemido pasó junto al viejo voor y corrió muelle abajo. Un desvencijado camión de basura apareció súbitamente por detrás de una fila de norays y lo detuvo. Un hombre embozado saltó de la cabina, y Sumner se quedó petrificado. Las manos extendidas del hombre estaban cubiertas de conchas azules y espinosas.

¡Un distar!, gritó Sumner en silencio. Intentó pelear, pero el voor encapuchado era sorprendentemente rápido. Anticipó con precisión todos los puñetazos de Sumner y lo acorraló entre el camión y el agua. El miedo de Sumner pudo más que su repulsión y se dirigió a los ojos de la criatura, pero el voor le agarró la mano con una presa helada y le arrastró a la parte trasera del camión, donde el viejo voor abrió las delgadas puertas de

metal. Lo arrojaron al interior y cerraron las puertas.

Sumner se enfureció. Había oído que los voors abrían los cráneos de sus víctimas y devoraban sus cerebros. Rebuscó un arma en el compartimiento hermético. Pero no había nada más que manchas de óxido y mellas. Gritando, se abalanzó contra las puertas y éstas se abombaron.

Antes de que pudiera cargar de nuevo contra las puertas, éstas se abrieron con un chirrido. Apareció el voor de las manos como garras, con la capucha echada hacia atrás, revelando una cabeza afeitada y extrañamente malformada. La cara era la de un retardado, la frente redonda y abultada, las cuencas llenas de tal forma que los encogidos ojos amarillos miraban por debajo de su cráneo. La faz de un idiota.

—Siéntate, gordito —dijo la voz del viejo voor desde alguna parte junto al camión.

Sumner retrocedió, sintiendo que su agresividad se convertía en frío miedo. No podía apartar los ojos del rostro de aquel cretino de carne reseca y labios brillantes. Lo grotesco de sus rasgos le dejaba sin fuerzas, y se acurrucó contra la pared del fondo.

Con una sacudida, el viejo camión se puso en marcha, y Sumner cayó al suelo oxidado. Luchando contra el traqueteo del camión, se arrastró hasta la parte delantera del compartimiento y entrelazó los dedos por el enrejado de la ventana que había allí. Los dos voors no le prestaron atención, y Sumner miró a través del parabrisas salpicado de insectos muertos la carretera vacía por la que avanzaban dando tumbos.

Se colgó del enrejado y miró con atención, esperando divisar alguna señal que le diera una idea de adonde le llevaban. Pero no sirvió de nada. El conductor embozado parecía doblar las esquinas al azar, volviendo sobre sus pasos una y otra vez. Al principio, pensó que estaban intentando confundirlo, pero aquello no tenía sentido. Me habrían tapado los ojos si no quisieran que lo supiera, razonó.

Sólo comprendió lo que sucedía después de divisar, al fondo de una calle, un coche gris con los pilares blancos y negros en su capota. Los voors usaban sus poderes telepáticos para eludir a la policía. Estaban buscando una brecha en las patrullas que rodeaban la ciudad. Después de dar vueltas unos minutos, encontraron una.

Sumner nunca había salido de McClure. La mayoría de la gente pasaba toda su vida en la ciudad y no salía nunca. No había razones para hacerlo. Fuera se extendían los desiertos donde mandaban las ratas-canguro y las tribus de distors. Las otras ciudades estaban muy lejos, y a menos que uno fuera mercader o conductor de caravanas, no ofrecían nada que no se pudiera encontrar en McClure.

Asombrado, Sumner contempló perderse en la distancia los edificios oscuros de McClure. Todo lo que les rodeaba era desierto: llano y vacío como un antiguo lecho marino.

—¿Dónde me llevan? —preguntó Sumner.

—Vas a acostarte, gordito —dijo el viejo voor—. Nada más.

Por el tono de voz del voor, Sumner supo que no merecía la pena hacer más preguntas. Estaba seguro de que lo llevaban a algún lugar desolado donde podrían devorarlo a placer.

Después de más de una hora de zarandeos, Sumner sintió que la carretera se suavizaba. A la izquierda había una roca negra e inmensas empalizadas. A la derecha, un abismo. Avanzaban dando tumbos a gran velocidad por una carretera próxima a una cornisa. Sumner estaba tan nervioso que ni siquiera miró a la derecha. Cuando lo hizo, abrió la boca.

Muy por debajo, casi hasta donde alcanzaba la vista, había un desierto de arenas de color verde claro ribeteado con remolinos de ceniza negra. Por todas partes aparecían cúpulas rotas, agujas y torres fantásticamente intrincadas, montículos agrietados y suavizados por la erosión del viento. El lugar era un laberinto de arabescos, ecos de fulgor y colores cromados. Sumner tardó un buen rato en advertir que los laberintos rotos eran edificios: ¡Todo el colosal paisaje era (había sido) una ciudad!

—Se llamaba Houston —dijo el viejo voor—. O Dallas. Ya no estoy seguro.

Sumner contempló anonadado la ciudad muerta y sus fantasmagóricas sombras hasta que el traqueteante camión de improviso tomó una curva. Acantilados blancos bloquearon su visión de los llanos mientras se internaban por un camino de tierra lleno de baches. Se detuvieron ante un grupo de viejos árboles de grandes troncos.

Más allá de los árboles había una casita de adobe encalada con un tejado irregular cubierto de tejas rosa-coral. Gencianas azules brotaban en macetas de madera bajo las claras ventanas de cristal. Junto a la casita había un círculo de tamarindos inclinados sobre una cristalina laguna azul que se había formado en la base de un viejo cráter producido por una bomba.

Los dos voors, uno a cada lado, guiaron a Sumner por un sendero salpicado de mica hasta el borde de la laguna. Una gran bañera de madera rebosaba de agua espumosa.

—Quítate las ropas, gordito.

Sumner obedeció nerviosamente. Cuando se hubo desnudado, el viejo voor sacó una esponja abultada del baño y se la arrojó.

—Lávate —ordenó. Cuando Sumner terminó de restregarse por todo el cuerpo, lo arrojaron a la laguna. El agua era profunda pero cálida, y se agarró al borde mientras los voors enjabonaban y empapaban sus ropas y luego las ponían a secar al sol sobre una gran piedra.

Ya vestido, los voors le condujeron a la casita. El viejo voor lo empujó hacia la puerta.

Sumner vaciló.

—Entra ahí, aullador —dijo el viejo voor, con voz severa—. Quieres ir a casa, ¿no? Entonces haz lo que digo.

Sumner se acercó a la casita y subió los tres pulidos escalones de cedro que conducían a la puerta. Se dispuso a llamar, pero antes de que pudiera alzar la mano, la puerta se abrió.

En el umbral apareció una mujer vestida con un traje azul refulgente con lazos de oro en las muñecas y un amplio cuello. Era hermosísima: alta, con cuerpo musical y pelo negro ondulante. Sus ojos, líquidos y ensoñadores como los de todos los voors, eran azul humo y chispeaban con muchas manchitas rojizo-doradas. Pasó su fina mano por el marco de la puerta e hizo un gesto a Sumner para que entrase.

Había algo extraño en el lugar. Rayos de luz color cerveza llenaban la habitación, internándose por las densas cortinas de raíces secas y flores. Pipas indias de color marrón, violetas de pantano, zuzones, sanguinarias, manzanas silvestres y claros tallos de kiutl colgaban de gruesas vigas.

—Me llamo Jeanlu —dijo la mujer.

Sumner tartamudeó su nombre y se quedó en el umbral hasta que Jeanlu cerró la puerta y le ofreció asiento.

—Siéntate, por favor. —Su voz era amable y reposada, con un delicado acento almizcleño que la apartaba del aroma metálico de las plantas.

Sumner se sentó, haciendo oscilar los ojos entre ella y la pintoresca alfombra.

—Éste es mi veve —dijo ella, señalando la alfombra, un compuesto de once paisajes diferentes: un mar rojo ondulado por el viento, oscuras flores-sheol brotando bajo dos lunas; pinos de corteza azul; y una serie de brillantes imágenes que podrían haber surgido de la pantalla de una escánsula—. ¿Sabes lo que es un veve?

Sumner negó con la cabeza.

—Todos los voors tienen uno, de una forma o de otra. Muestra nuestro linaje... de dónde procedemos. —Señaló un cuadrado negro salpicado con puntos blancos—. Esto es un planeta al que llamamos línychala. Ya no existe. Hace una eternidad fue el hogar de todos los voors, en una galaxia para la que no tenéis nombre.

Sumner no estaba escuchando. Esperaba que los otros voors entraran de un momento a otro.

—¿Cómo es que hay once? —preguntó, temeroso del silencio.

—Eso es todo lo que recordamos. Cada voor recuerda once diferentes. Es compartir lo que mantiene unido al nido. —Se acercó a la cocina—. ¿Te gustaría beber algo?

Él sacudió la cabeza e hizo crujir los nudillos, nervioso. Sus manos eran grandes y gordas, tan llenas de suciedad que ni siquiera el baño jabonoso la había eliminado. Las uñas, mordidas hasta la raíz, eran un testamento a su perpetua ansiedad.

—¿Algo para comer, tal vez? —Le tendió un pastel de miel relleno de almendras. No pudo rehusar.

Mientras comía el pastel, estudió a Jeanlu. Era muy atractiva, y se preguntó si tal vez el viejo voor le habría dicho la verdad. ¿Y si me desea? pensó con un retortijón de temor. Nunca había intimado con una mujer.

—No te preocupes por eso —dijo Jeanlu con una amable sonrisa—. Estoy segura de que congeniaremos rápidamente.

Las orejas de Sumner se pusieron rojas. Ella era tan hermosa que había olvidado que era una voor. Podía leer sus pensamientos con la misma facilidad que el embarazo de su cara.

—¿Pero por qué yo? —consiguió farfullar, intentando disimular su vergüenza—. Soy... —iba a decir feo, pero en cambio murmuró—:...sólo un niño. Sólo tengo once años.

—No me importa —dijo ella sinceramente—. Tienes una tarjeta blanca. Eso es todo lo que me importa.

Sumner tragó el último trozo del pastel y se revolvió incómodo en la silla.

—Los genes fuertes son raros —continuó ella—. Pero son importantes para mí. Verás, quiero tener un hijo.

—¿Un hijo? —Los ojos de Sumner la escudaron. No le parecía que estuviera mintiendo.

—Sí. Los voors no pueden aparearse unos con otros. ¿No lo sabías?

Él meneó la cabeza. El programa ed-sex que formaba parte del test genético no cubría la conducta sexual voor.

—Ya sabes, somos distors. Nuestros hijos sólo son fuertes cuando nos apareamos con gente ajena a nosotros. Para que sobreviva nuestra raza, necesitamos nuevos genes.

Sumner hizo crujir sus nudillos.

—Es difícil encontrar a alguien sin tacha como tú. Vivimos tiempos agitados. Los aulladores (la gente que, como tú, tiene que emitir sonidos para hacerse oír) son peligrosos. Tenemos que hacer lo posible... —se detuvo en seco y sus ojos se estrecharon—. No lo sabía. Eres tan joven... —Pareció mirarle más de cerca—. Has matado recientemente.

—Sí —dijo Sumner, sabiendo que era inútil mentir.

Tres semanas antes había eliminado a los incursores de la Caricia Negra con su mejunje casero. Su primera matanza.

Jeanlu sacudió la cabeza.

—Eres tan joven —dijo con burlona gravedad—. Y estás tan asustado.

—No estoy asustado —replicó Sumner. La miró conturbado, balanceando las piernas. Saber que ella conocía sus pensamientos le hacía sentirse incómodo—. Los quemé porque abusaron de mí. No se puede permitir a la gente abusar de uno, o no dejarán de hacerlo nunca.

Jeanlu asintió compasivamente.

—Eso es lo que solía decir tu padre, ¿verdad?

Sumner la miró perplejo. Su padre había muerto hacía casi un año. Era un hombre grande y poderoso, un hombre que siempre se salía con la suya. Todas las semanas llevaba a Sumner al centro a jugar a los bolos o al kili. Un día salió a cazar y nunca regresó. Perseguía a un pangélin con una escopeta cargada cuando resbaló. El arma golpeó el suelo y se disparó, volándole la cabeza. Sumner se volvió loco cuando se

enteró, y Zelda tuvo que atarle. Semanas después, cuando pudo controlarse, se fue al centro a jugar a los bolos para olvidarse de su pena. En el camino de regreso fue acorralado por la banda de la Caricia Negra, unos chicos distors de piel blancuzca, pegajosa, que nunca salían de las sombras cuando atravesaba el barrio con su padre. Ahora que estaba solo, lo arrastraron a un callejón, lo untaron de mierda y le dejaron colgando boca abajo toda una tarde. Estuvo enfermo durante varios días y durante todo el tiempo que pasó en cama se preguntó cómo se habría comportado su padre. Fue entonces cuando decidió matarlos. Sólo pensarlo le enfurecía; sintió un martilleo en su corazón.

—Lo siento... no pretendía remover unos recuerdos tan dolorosos —Jeanlu parecía verdaderamente apenada—. Actuaste con valentía. El miedo es una herramienta en las manos de un hombre listo.

Sumner asintió, notando que su furia se enfriaba al ver que le llamaba hombre.

Jeanlu se echó a reír y aplaudió.

—Me pregunto si serás tan fiero en la cama.

Sumner se enderezó, sintiendo un retortijón entre sus piernas. Notó un calorcillo que se extendía por su vientre y que se volvió decididamente caliente cuando Jeanlu se le acercó y apoyó una mano sobre su rodilla.

—Pero quiero que sepas que no te obligaré a hacer esto. Si no quieres estar conmigo, puedes irte a casa ahora.

La oferta era casi demasiado buena para creerla, y estuvo a punto de levantarse y marchar. Pero el calor sensual de la mano de Jeanlu era magnético. Al principio pensó que era un residuo de su furia, hasta que una tensión interior encendió sus entrañas en su súbito calor. El olor brumoso del pelo de Jeanlu se arremolinaba sobre él, y supo con seguridad que iba a suceder algo maravilloso.

—N-no —tartamudeó—. Me gustaría quedarme.

La sonrisa de ella fue radiante.

—Maravilloso. —Se levantó y soltó el cordón que cerraba la parte delantera de su vestido—. Pero tengo que decírtelo antes de que finalmente te decidas... —Las cremosas curvas blancas de sus pechos aparecieron entre los bordes azules de su vestido—. El pastel que te has comido estaba sazonado con un afrodisíaco suave. Nada que te haga perder el sentido. Sólo para hacer tu primera vez más memorable.

A Sumner no le importaba nada. Se revolvió en la silla mientras ella se pasaba un dedo por entre los pechos hasta la nube de pelo de abajo. Le cogió el brazo, lo levantó de la silla y lo condujo a la cama. La reluctancia de Sumner se evaporó cuando las frías manos de Jeanlu se movieron bajo su camisa y por todo su cuerpo. Su contacto era eléctrico. Pocos minutos después, se había despojado de todas sus ropas.

Desnudo, el cuerpo de Jeanlu no era tan atractivo como había prometido ser bajo los pliegues del vestido. Era firme, aunque suave y bien proporcionado. Pero había grandes escamas oscuras en sus muslos y estómago. Aseguró que no debía preocuparse, que no era una enfermedad, nada contagioso, sólo una deformidad. Sumner las miró sólo una vez y luego fijó su atención en las pequeñas manchas rojidoradas de sus ojos y le hizo el amor todo lo mejor que pudo con su incómoda inexperiencia.

Jeanlu era paciente. Guió con maestría sus cuerpos vibrantes, ayudando a Sumner a descubrir por sí mismo cómo satisfacerla con su turgente fuerza. La lujuria se entremezcló con su inseguridad, y pronto se encontró gimiendo de placer, haciendo cosas que nunca había imaginado posibles. Las hizo una y otra vez, hasta que la bruma se volvió azul en los tamarindos y las telas de araña empezaron a brillar con la luz menguante.

Sumner estaba agotado por los orgasmos, pero exultante y orgulloso, y cuando la habitación se sumió en las sombras del crepúsculo, se dispuso a continuar. Pero Jeanlu se había quedado callada. Permanecía tendida en la cama, con los ojos cerrados, respirando suavemente. Cuando Sumner se inclinó sobre ella y le apartó el pelo sudoroso

de los ojos, la puerta se abrió y los dos voors entraron en la habitación.

—Ponte las ropas, gordito —dijo el viejo voor—. Es hora de irnos.

Sumner se levantó de la cama y se vistió rápidamente. El viejo voor lo cogió por el hombro, y sólo miró una vez hacia atrás. Jeanlu permanecía tumbada de espaldas, mirando el techo con los ojos ausentes y la cara serena y pálida como el mármol.

Sumner se estaba abotonando la camisa cuando las puertas metálicas del camión se cerraron tras él. Se agarró bien a la malla antes de que emprendieran la marcha en la oscuridad.

En el camino de regreso no pasó nada digno de mención. En la oscuridad, Rigalu Fíats era una celosía de sombras sofocada con una luz verde polvorienta. Sumner preguntó qué la hacía brillar, pero el viejo voor se encogió de hombros y el conductor embozado guardó silencio.

Sin preguntarle dónde vivía, le dejaron directamente en la puerta de su casa. En cuanto bajó del camión, se marcharon.

Un mundo sacudido por el tiempo.

Sumner se pasó una mano por la cara, sintiendo que los recuerdos se revolían sólo a una pulgada tras sus ojos. Suspiró y miró el salpicadero. La batería estaba bien cargada, lo suficiente para funcionar continuamente durante al menos tres días. En ese tiempo podría llegar a una de las grandes ciudades orientales: Vórtice, Profecía, tal vez incluso Xhule. Las tres eran más grandes que McClure, y esperaba encontrar trabajo allí. ¿Pero de qué? No tenía formación ni permiso para hacer nada. Disponía de una tarjeta blanca, y aunque con eso posiblemente podría conseguir algo de dinero en las donaciones de esperma, también le expondría a la policía. Y si lo capturaban, lo matarían. Al menos esperaba que lo hicieran, porque si no era así, lo encerrarían en los pozos dorga.

Los dorgas eran los peldaños más bajos de la sociedad Masebôth. Trasladaban los cadáveres, quemaban la basura y trabajaban en las calles. Eran distors funcionales, criminales, o salvajes tribales capturados y condicionados. Cuando trabajaban, se les hacía llevar en la frente bandas-zángano que ampliaban su fuerza a la vez que entorpecían sus mentes. Las cicatrices características en forma de equis sobre las frentes de los dorgas se debían a las bandas-zángano, causa también de su hosco letargo. La mayoría de los dorgas vivían muchos años como zombies atontados.

Sumner tembló y prestó atención a la carretera que tenía delante. Claro que soy un renegado, admitió. Pero sé que puedo conseguirlo. Todavía tengo a Jeanlu. Todavía no soy carne dorga.

Cogió una manzana y le dio un mordisco. El sabor aromático y frío le tranquilizó, y respiró profundamente. Un strohplano, uno de los aviones de ascenso vertical de los Masebôth, surcaba el cielo a cinco kilómetros de altura y diez de distancia de donde se encontraba. Era una chispa plateada moviéndose contra el viento fuerte y alto que barría el cielo e impulsaba una línea de cúmulos. Sumner se preguntó si podrían verle, o si sentirían curiosidad al ver a un tres-ruedas dirigiéndose a los llanos.

Terminó la manzana con furiosos mordiscos e ignoró el miedo. Demasiado tarde para dar marcha atrás, se dijo, aunque aún le sacudía el temor.

Tiró por la ventanilla el corazón de la manzana y fijó de nuevo su mente en Jeanlu. Tal vez tendría algunas joyas nido para él. Tal vez algo de kiutl que quisiera mover. Sería un principio, una forma de ganar algunos zords. Tal vez lo suficiente para comprar un nuevo nombre... para unirse a una liga de artesanos y convertirse en carpintero. Aún era bastante joven.

Con una mano al volante y rebuscando con la otra en la grasienta bolsa de comida, Sumner recordó su primera experiencia con las joyas nido y el kiutl... y Corby. Se rió de sí mismo en voz baja, recordando su ignorancia, su miedo inicial...

Tenía dieciséis años cuando volvió a ver a Jeanlu. Habían pasado cinco desde su última visita, pero recordaba exactamente la ruta. Todo estaba tal cual, excepto que ahora había una hermosa choza redonda con un techo de tejas azules más allá de los tamarindos y la laguna del cráter.

Cuando bajó del coche, Jeanlu le esperaba de pie en el umbral. Le saludó contenta, y la timidez que se había acumulado en su interior desde que salió de McClure se disolvió. Hacía mucho tiempo que deseaba volver a ver a Jeanlu. Necesitaba respuestas a algunas preguntas que le habían estado molestando, pero su temor a los voors le había impedido formularlas. No estaba seguro de que ella continuara viviendo en el mismo lugar, y le preocupaba que los dos voors que lo habían secuestrado pudieran hallarse por los alrededores. Pero un día aquello no pareció importarle. Era más grande y más listo. Y el peligro se había convertido en algo mucho más familiar para él... algo que necesitaba su temor. Así que cogió el coche y ahora la tenía ante él, más mayor, con el pelo veteado de gris, la cara arrugada, pero tan hermosa y graciosa como la recordaba.

—Te he estado esperando —dijo Jeanlu mientras él subía los peldaños de cedro. Llevaba un ancho vestido de color marrón oscuro que le llegaba a los tobillos, abierto en las mangas—. ¿Por que has tardado tanto?

Sumner la miró intrigado. Ahora era una cabeza más alto que ella, que parecía pequeña y frágil.

—Llevo toda la semana intentando hacerte venir.

El interior de la casita también parecía más pequeño. Todo estaba en su sitio, sólo las densas cortinas de hierbas secas, flores y raíces habían desaparecido. En su lugar había cientos de pequeños ornamentos de aspecto delicado. Eran negros y marrón oscuro y habían sido hechos con las plantas secas. A Sumner le parecieron baratijas: círculos, estrellas, toda clase de formas geométricas, desde rectángulos y cuadrados a intrincadas rarezas de un cono de celosía dentro de un cubo de celosía dentro de una esfera de celosía.

Ella le ofreció una silla.

—¿Te apetece algo de beber o de comer?

Sumner combatió un retortijón de hambre.

—No, gracias. —Recordó el pastel de almendra sazonado con afrodisíaco.

—¿Crees que podría hacerte daño? —La cara de ella se tensó con fingido malestar.

—He venido a hacer algunas preguntas —replicó Sumner, ciñéndose estrictamente a su plan para hablar con ella—. ¿Pero has dicho que intentabas hacerme venir?

—Pero no para lastimarte. Tranquilízate. —Retiró un plato blanco hueso del fogón. Tenía pimientos verdes en rodajas y tiras de pescado—. Salmón en zumo de mandarina. Creo que te gustará.

Sumner no pudo negarse, aunque se había prometido a sí mismo que rechazaría todo lo que ella le ofreciera. Estaba muy bueno: agrio con un regusto dulzón. Los pimientos sabían muy bien entre bocado y bocado de pescado.

—Mis preguntas pueden esperar —dijo mientras masticaba—. ¿Por qué querías que viniera?

—Tengo algo para ti. —Rebuscó en uno de los estantes y sacó un gran paquete de cuero negro repujado. Cuando lo abrió, Sumner vio los tres paquetes de su interior cubiertos con una gamuza gastada. Jeanlu los colocó uno al lado del otro sobre la mesa—. Son la retribución, o un regalo, si lo prefieres, por tu parte en la creación de nuestro hijo.

Sumner contempló los tres paquetes y luego miró a Jeanlu.

—Sí —dijo ella—. Tenemos un hijo. Le he llamado Corby.

Sumner empezó a hablar, pero ella alzó una mano.

—Hay tanto que hacer hoy que no tiene sentido alargar esto eternamente. Sé lo que estás pensando. Déjame que responda a tus preguntas.

Sumner se echó hacia atrás en su asiento, lleno de inseguridad.

—Te he llamado porque quiero que participes en un ritual intemporal al que probablemente encontrarás poco sentido. Puede que incluso te asuste. Pero significa mucho para Corby, y te ruego que seas paciente y aceptes mi palabra de que no te hará ningún daño.

¡Rauk! Sumner se revolvió en su silla. Odiaba ser manipulado, y el hecho de que le hubiera llamado aquí un poder más allá de su comprensión sólo incrementaba su temor.

—Por favor, tranquilízate —sonrió Jeanlu, y por primera vez Sumner advirtió que las manchitas doradas de sus ojos se habían extendido desde la última vez que la había visto. Sus iris eran como anillos de oro pulidos ribeteados de turquesa.

»Es una costumbre entre los voors —continuó ella—, para que el niño experimente las vidas de sus padres. Ya que Corby y yo somos los dos voors, conoce mi vida desde que nació. Pero para él eres un extraño. Sabe de ti sólo a través de tus cromosomas. Afortunadamente, a pesar de la vida violenta que llevas, todavía estás vivo, y puede que ésta sea su única oportunidad de conocerte directamente. A cambio de tu cooperación me gustaría que te quedaras con esto.

Cuidadosamente, desenvolvió uno de los paquetes, revelando un ornamento triangular similar a las muchas formas geométricas que colgaban por la habitación.

—Es un tallo amuleto. Yo misma lo hice de fibra de plantas. Ése es mi trabajo: trabajar con la luz del sol.

—¿Tu trabajo? —preguntó Sumner, intentando superar su ansiedad.

—Sí. Cada voor tiene una función específica. La mía es crear tallos amuleto, formas de energía-formada que usamos para diferentes propósitos. Esta forma en concreto se llama Ojo de Lami. Espanta influencias que son perjudiciales para su propietario.

El tallo amuleto era un tejido de fibras amarillas, marrones y verdes con una gastada flor roja en su centro. Sumner lo sostuvo en la mano, y su áspera textura le satisfizo. Recibir regalos era más de lo que esperaba cuando decidió emprender el viaje. De repente, su mente bullió de preguntas, pero la idea de energía-formada alcanzó la punta de su lengua.

—Cada forma tiene su propio potencial —respondió Jeanlu—. La geometría es esencial: de los lazos moleculares de tus células a los puentes estelares. Pero tal como funciona esta forma particular requiere comprensión no sólo de la geometría sino de las plantas. Y ahora no hay tiempo para eso. Confía en mí.

Desvolvió el segundo paquete, el mayor, crujió mientras lo atraía hacia él. En su interior había un grueso fajo de crujientes hojas del color de sangre seca.

—Kiutl —dijo ella—. Cuando bebas el té hecho de estas hojas, comprenderás mejor lo que es ser un voor.

¡Kiutl! Sumner parpadeó de excitación. La planta kiutl era un psiberante, una droga telepática del lejano norte que los voors traían al sur de contrabando. Era muy apreciada en la sociedad Masebôth, pero como el gobierno consideraba anárquica la telepatía, la kiutl estaba prohibida. En el mercado negro, la cantidad de semilla voor que tenía delante habría convertido a Sumner en un hombre rico. Era virtualmente imposible hacer que dejara de pensar en la camisa de vitela y las botas de caña de piel de serpiente que llevaba meses codiciando. Apartó los ojos de las hojas rojas y contempló el último paquete, preguntándose qué sería, sabiendo que difícilmente podría compararse con lo que ya tenía ante él.

Jeanlu le tendió a Sumner el paquete para que lo abriera. Era pesado y duro, y lo abrió con curiosidad. Cuando vio la piedra azul-vapor en su interior, contuvo la respiración. La joya capturaba la luz y la envolvía en una estrella luminosa cuyos delgados y brillantes hilos de energía se afinaban y reformaban con el temblor de su mano.

—Una joya nido —susurró.

Había visto una en una urna en los archivos del Atracadero. Eran muy raras y, en el mercado adecuado, no tenían precio.

—Antes de que hagas planes para venderla —dijo Jeanlu—, considera lo que es. Como el tallo amuleto, su secreto es la geometría, pero no está diseñada para extender o apartar influencias. Su función es más interna. Si miras dentro el tiempo suficiente, podrás verte a ti mismo (a tu yo interior) o al auténtico yo de cualquiera que se refleje en ella. Sin embargo, es necesario que tengas una mente despejada. Cualquier tipo de distracción o fijación mental distorsionará lo que veas. Recuerda también que es extremadamente frágil. Hace falta muy poca cosa para destruir una joya nido.

Por la mente de Sumner surcaron todos los mercados posibles a los que podría atreverse a acercarse. La posesión de una joya nido era una prueba condenatoria de asociación con voors, pero sabía que había mucha gente dispuesta a arriesgar sus vidas para poseer una rareza, semejante. Entonces se le ocurrió que la joya no era suya todavía. Apenas oyó lo que Jeanlu acababa de decirle, la miró inquisitivamente.

—¿Vamos a ver a Corby ahora? —preguntó ella.

Sumner hizo una mueca. Los regalos eran más que tentadores... eran provocativos. Haría cualquier cosa por ellos, pero... ¿sería un truco? Era improbable, pero no había forma de saberlo. Necesitaba algunas respuestas claras para las preguntas que había venido a formular.

Antes de que pudiera hablar, Jeanlu le contestó.

—No. Sí. No.

—¿Eh?

—Las respuestas a tus preguntas —replicó ella ingenuamente—. No, no puedo decirte qué son los voors, de dónde venimos, o por qué estamos aquí. Tardaría demasiado tiempo. Y sí, estás a salvo con nosotros. No intento engañarte. Después de todo, eres el padre de mi hijo. Finalmente, no, un voor no utilizaría la mente para matar a nadie.

—¿Pero puede un voor matar con la mente?

Jeanlu se encogió de hombros.

—Sí —dijo, y añadió rápidamente—: pero nunca sucede. La mente es demasiado sagrada.

—¿Ni siquiera cuando os amenazan?

—Tenemos otros medios para defendernos.

—¿Pero y si...?

—Sumner, por favor. —La cara de Jeanlu se ensombreció—. Estás a salvo aquí. Créeme. —Sus ojos se ciñeron en los suyos, y se suavizaron—. Vamos a ver a nuestro hijo.

Sumner asintió. Dobló la tela de gamuza sobre la joya nido y se la devolvió. Cuando Jeanlu extendió la mano para cogerla, las amplias mangas de su vestido rodaron por sus brazos. Durante un instante, Sumner vio en sus codos las escamas que había visto una vez en su vientre. Retiró la mirada rápidamente.

—No te asustes —le dijo ella, poniéndose en pie. Volvió a meter los tres paquetes de gamuza en el envoltorio de cuero repujado, lo dobló, y lo devolvió al estante lacado—. La última vez que estuviste aquí te dije que tenía una deformidad. No hay mucho que hacer al respecto. A veces, los voors tienen problemas para dar forma a sus cuerpos.

Atravesó la puerta y guió a Sumner a la parte trasera de la casa. Cuando llegaron al borde de la laguna se detuvieron, de cara a la choza con el techo de tejas azules. Sumner miró al oeste, por encima de la choza, donde el cielo aparecía salpicado de nubes. Estaba lleno de energía nerviosa que le impedía sentirse seguro sobre lo que debía esperar. Mi hijo. La idea le pareció irreal. Se humedeció los labios con la lengua, preguntándose a qué estaban esperando, lo extraño que podría ser el niño, y qué iba a pasar a continuación, y cuánto tardaría.

Entonces la puerta de la choza se abrió, y Sumner tuvo tiempo de atisbar un interior completamente vacío antes de que apareciera un niño pequeño vestido con pantalones anchos y camisa blanca sin cuello. Su cara era tan blanca como la cera y sus ojos no

tenían color. Mientras se acercaba, a Sumner le pareció oír un suspiro como el rumor susurrante de las olas. Más de cerca, los rasgos del niño parecían luminosos. Su pelo era blanquidorado, rizado como el de Sumner, pero al contrario que él, era delgado, un simple hilo de vida.

Cuando estuvo a menos de un metro de distancia, alzando los ojos pálidos como el cristal, habló con una voz suave y casi profunda:

—Me alegra que estés aquí, Padre. Tengo mucho que mostrarte. Además —sus pequeñas facciones se movieron con una sonrisa amable, casi imperceptible—, hay muchas más cosas que quiero que me enseñes.

Sumner hizo oscilar su peso de un pie a otro, con las manos metidas en los bolsillos. El ruidito que había oído antes había desaparecido, y toda su atención se centró en la cara tranquila, en apariencia sin mente, en la piel blanca como el mármol.

Sumner intentó forzar una sonrisa, pero ésta apareció en su cara sólo un instante antes de difuminarse. Se hizo un silencio largo e incómodo durante el cual el niño le contempló inexpresivo. Una desagradable sensación le apretó la garganta y bajó a su estómago, y quiso gritar en su mente: Apestoso distar. ¿Qué quieres que haga? ¿Tirarme un pedo? Pero recordó que la joya nido y la kiutl le esperaban en la casita, y ahogó su voz interior.

Los ojos del niño chispearon, fríos como la piedra.

—Me llamo Corby.

Sumner asintió y miró a Jeanlu en busca de algún tipo de pista. Una sonrisa asomó en las comisuras de la boca de la mujer.

—¿Por qué no le muestras a tu padre cómo eres?

Una sensación de alarma sacudió a Sumner.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, retorciendo las manos en los bolsillos.

—No te preocupes —dijo el niño, acercándose más—. Voy a mostrarte cosas maravillosas. Será más fácil hacerlo allí fuera porque estaremos más al descubierto —señaló hacia el sendero roto que empezaba cerca de la casa y se perdía en los llanos—. Está vacío, y así podremos llenarlo.

La confusión de Sumner nubló sus ojos. Jeanlu apoyó una mano sobre su hombro, tranquilizándolo.

—Ve con él —instó—. Todo saldrá bien.

—Parece peligroso —dijo, y quiso golpearse a sí mismo por haberlo dicho.

—Siempre hay peligro —replicó—. Por todas partes. Pero aquí no hay amenaza.

Sumner se tragó su ansiedad. Se volvió para mirar a su hijo, que extendía la mano hacia él. Arrinconó su miedo y cogió la mano de seis dedos del niño. Irradiaba frío, era casi eléctrica. Sumner se retiró dando un ridículo saltito y se volvió torpemente hacia Jeanlu.

—Tranquilo —le consoló Jeanlu, luego le empujó suavemente hacia Corby, que esperaba sin mostrar ninguna emoción.

—Lo siento. Soy diferente —dijo el niño con voz áspera. Condujo a Sumner hacia el desierto—. No quiero asustarte.

—Me encuentro bien —Sumner intentó tragar saliva, pero su garganta estaba seca—. Es culpa mía. Estoy nervioso. Somos familia, ¿no? —su voz sonó frágil, y trató de volver a tragar saliva.

—No, la culpa no es tuya. No puedes sentir... Quiero decir que no puedes sentir de la forma en que lo hace un voor. La verdad es que no sabes si voy a hacerte daño. Lo comprendo.

Sumner se metió las manos en los bolsillos, temeroso de volver a tocar al niño. Miró al cielo para tranquilizarse y vio cómo el fuerte viento empujaba un puñado de nubes hacia el este.

—¿Por qué tenemos que ir allí? —preguntó, mirando el lugar donde las rocas grises y sacudidas por el viento terminaban y empezaba la arena verde. Había un promontorio

unos cientos de metros más allá. Al otro lado había un empinado declive que caía a los llanos.

—Porque allí no hay vida —respondió Corby—. Es duro para mí agobiarte con todo esto —señaló los manojos de hierba reseca rebullendo entre la grava cenicienta.

—Oh —Sumner apartó de una patada un trozo de tierra reseca.

—Cuando llegaste, traté de alcanzarte, pero fue imposible con todos los tallos amuletos que Jeanlu ha colgado en su casa. Luego, junto al estanque, lo intenté de nuevo. Fue mejor, pero no lo suficientemente claro, porque quiero que me veas también.

—Te veo.

—No, no me ves. Pero no puedes saberlo.

Llegaron al promontorio, y Corby extendió la mano en busca de la de Sumner, que la aceptó reluciente y sintió que su piel se erizaba y su interior saltaba cuando la brillante gelidez le atravesó. Corby le guió por un sendero que serpenteaba hasta la cima. Desde allí, Sumner miró la casita. Jeanlu aún estaba donde la habían dejado, contemplándolos. El viento se había reducido a la nada, y las sombras de las hojas de los tamarindos se simplificaron hasta convertirse en láminas de neblina azul a sus pies. Tras darse la vuelta, Sumner pudo ver la extraña extensión de Rigalu Fíats: un llano vasto y ondulado alzándose acá y allá con montones de ruinas asoladas, macizos de piedra carcomidos por el viento, todo brillando con un verde histérico a la luz del sol. Mutra, es el infierno, pensó, sintiendo que el miedo se revolvía en su interior. Quería regresar a su coche, y quedarse quieto y escuchar lo que el niño decía requirió todas sus fuerzas.

—Fue el infierno para la gente que vivía aquí al final.

Corby empezó a bajar un sendero que se deslizaba por la pendiente del promontorio y descendía bruscamente hasta el pie. Para Sumner era un descenso incómodo, y cuando llegó al pie estaba bañado en sudor y tenía las manos arañadas por los matojos a los que se había asido.

Corby le condujo a un camino de arena, dirigiéndose hacia un amasijo de roca que una vez habían sido edificios. A Sumner le costó trabajo mantener su ritmo. Cuando llegó a las ruinas, se dirigió a un saliente de cemento verde y se sentó. Sus facciones parecían malévolas: los ojos demasiado grandes y planos, la nariz y la boca demasiado pequeñas, casi fetales, comprimidas bajo aquella curva irreal del entrecejo, y la piel de barniz, como un niño muerto. El temor de Sumner aumentó, y supo que iba a desmayarse a menos que volviera a poner en funcionamiento su mente. Contento, muchacho. Se pasó una mano temblorosa por la cara.

—Me vuelvo.

Los ojos del niño se congelaron y parecieron cambiar de color. Sonrió vagamente.

—¿Por qué me tienes tanto miedo? —Se inclinó hacia adelante y le miró profundamente. Una sombra fluctuaba en su cara—. No trates de contenerte. Déjate ir. El egoísmo y el miedo son la misma cosa.

Sumner cerró los puños para dominar su miedo. Miró la extensión de arena que acababan de cruzar y contempló los diablos del polvo remolineando en las corrientes de aire caliente. Cuando dejó de temblar, miró de nuevo al niño.

—Muy bien —dijo el chiquillo—. Eres más fuerte de lo que pensaba.

El cumplido sacudió a Sumner como una brisa fría, y abrió los puños.

—Mira —Corby alzó una mano blanca como el invierno, y Sumner quedó apresado en una tenaza helada. Sus ojos rebulleron. El vacío giraba en los límites de su visión, y la oscuridad le surcaba con una sensación sorda y enturbiadora, densa como la piedra. El tiempo se partió en la nada y en un yo horriblemente quieto. Pasó un eón.

Sumner se sacudió, alerta, bruscamente libre de su visión paralizadora. Corby seguía sentado, como si no pasara nada. Las nubes tras él cortaban el cielo como antes. Sólo había transcurrido un instante.

—Fuiste hondo —dijo Corby, el amplio brillo de sus ojos le observaba sin ninguna

emoción—. Recuerda lo que puedas.

Sumner estaba transfigurado por aquellos ojos brillantes. La luz en ellos era desnuda, quieta como el hielo, inmóvil. No había manera de saber qué conocía el cerebro tras aquella mirada. Sumner retrocedió, luego se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la casita, deseando no echar a correr locamente.

Sorprendentemente, su furia igualaba su terror. Estaba seguro de que perdería la cabeza si se quedaba allí, y se sentía furioso porque Jeanlu le había drogado. ¡Rauk voor! Alimentó su furia, la necesitaba para mantenerse por encima de su miedo.

Corby apareció ante él antes de que llegara muy lejos, y Sumner retrocedió, vacilante.

—¿Qué es lo que te pasa? —incurió Corby—. No. te he hecho daño. Sólo intentaba mostrarte otra forma de ver las cosas.

—No me interesa —Sumner agitó la mano, apartando al niño.

Corby frunció el ceño y se acercó más; extendió sus manos de seis dedos. Sumner trató de darse la vuelta y correr, pero no pudo moverse. Una brisa invernal le sacudía, y de repente fue consciente de estar fuera de sí mismo. Durante un prolongado instante quedó inmerso en una atronadora sordera. Entonces la realidad se apretujó a su alrededor.

Estaba mirando a Corby, sus oídos zumbaban levemente con el tembloroso calor de su sangre. El vértigo desapareció tan rápidamente como había venido. De alguna forma, le había sacudido de su miedo y le había dejado tan tranquilo como la llama de una cerilla. Todo se había refrenado, y durante el brevísimo instante se preguntó por qué se había sentido tan frenético cuando obviamente, si uno se quedaba quieto, las cosas volvían a su sitio, los segundos pasaban, el silencio se agrupaba.

Sumner pudo mirar con atención a Corby sin temblar. Se concentró en el pelo, tan parecido al suyo propio, y en la ancha barbilla que era como la de su padre. Se preguntó qué clase de cerebro flotaba bajo el hielo de esa cara.

Corby se acercó a su poyete de hormigón y se sentó. El lazo telepático entre ellos aumentaba. Sumner no le prestó atención. Estaba capturado en la experiencia del tiempo pasando lentamente. Como una joya, su vida tomaba forma gradualmente en las rocas que le rodeaban. Podía hacer lo que quisiera de sí mismo.

Magnetizado por el voor, todo lo que veía era diferente. La luz del sol, decidió, era el reflejo de una noria, moviéndose lenta y verde. Las ruinas eran un río en el cual estaba inmersa la luz giratoria: un río de tiempo, el poso de siglos se agrupaba en el suelo del desierto. Al inclinarse, se vio a sí mismo en el río. Era las rocas desgastadas, la arena de jade, la luz de la noria. No había otra vida aquí excepto él... y su hijo.

En el río del tiempo, ellos mismos eran una corriente, un arroyo continuo de vida fluyendo de... ¿dónde? No sabía dónde empezaba la vida, pero sabía que con este nuevo poder-voor en él podría recordarlo si lo intentaba.

Cerró los ojos y se imaginó contemplando las vidas peludas y enmarañadas de sus primeros antepasados humanos, cuando el lenguaje estaba aún encerrado tras los barrotes de los dientes. Pero no fue allí donde el río de la vida empezó. Tenía que retroceder más, dejar atrás las tenues vidas de los lémures y las vidas cenagosas y crudas, recorriendo millones de años hasta los principios ciegos y mudos de la célula. Sin embargo, instintivamente, supo que aquella tampoco era la fuente del río. Para encontrar el principio tendría que soñar más allá de los hirvientes pantanos de helechos, más allá de los mares ardientes, de vuelta al tiempo en que todo el planeta era más vasto pero menos denso, de vuelta al tiempo en que era un jardín colgante de gases y plasma: una nube fosforescente girando sobre sí misma, ni viva ni muerta, girando lentamente alrededor de la estrella que la estaba soñando.

Ésa era la fuente, pensó para sí, mientras sentía la energía astral de Corby encendiéndose en su interior.

¿O no lo era? ¿De dónde procedían los gases que se condensaban para formar estas

rocas? De otras estrellas. ¿Y ellas? ¿De dónde procedían las primeras estrellas? ¿Había un origen viviente más allá del principio y del fin? ¿O era aquello el primer mito? ¿El primero en ser tomado y el último en desaparecer?

—Todo eso es muy impresionante —dijo Corby—. Pero nada es cierto. Lo has inventado todo.

Sumner se volvió para mirar al niño. Se tambaleó bajo una leve sensación de vértigo.

—La evolución es fascinación —dijo el voor—. Todo es confusión. ¿Quién eres realmente? ¿De dónde procedes?

Sumner tembló bajo el tono de su voz.

—No lo sé.

Corby dio una palmada como un maestro de escuela.

—Claro que lo sabes. ¿No lo recuerdas? Estas fueron tus vidas antes de que tuvieras esta forma...

Una vez más, Sumner fue sacudido por una brisa helada. Esta vez, sintió la dirección de la energía psíquica. El poder emanaba directamente de Corby. Casi podía ver los rastros iridiscentes de la corriente mientras brotaban de un punto bajo el ombligo del niño y revoloteaban en el aire hacia él. Todo el calor de su cuerpo se esfumó, la visión se agitó como la luz reflejada en el agua y de repente cayó de nuevo, capturado en la telepatía del voor. El mundo visible se fundió en la oscuridad de un pozo sin fondo. Abrió la boca para gritar, pero el vasto vacío a su alrededor absorbía todos los lastimeros sonidos que producía.

Cuando estuvo otra vez alerta, el aire rezumaba un olor grasiento. Algo de comer. Siguió la oscura mancha del aire a través de un matorral de juncos de río, junto a un tronco podrido, dejando atrás árboles y maleza, y bajó una pendiente alfombrada de hojas. Había otros aromas, olores pegajosos de plantas, olores raídos de animales, pero su hambre los anuló. Para él, sólo había un olor, un olor aceitoso de algo vivo, algo pequeño, y no demasiado lejano. Sus dientes enraizados en su cráneo castañetearon siguiendo la cadencia de su caída. Entonces la vio. Aquella cosita marrón oscura, con las orejas blancas, destellando sobre la hierba verde brillante, apretada.

Al observar la cosita escondida en la alta hierba, los ojos alerta y desencajados, las orejas alzadas, la boca de Sumner se abrió de adoración y un hilo de saliva babeó hasta el suelo. Entonces echó a correr, y la cosita dio un respingo. Hubo una larga caza bajo las hojas de hierba y las tranquilas colinas y las nubes como montañas. Cuando terminó, lo hizo bruscamente. Los dientes rasgaron carne, y sintió el olor caliente y pegajoso de la sangre, y un gemido que sacudió el aire por un momento.

Sumner trató de contenerse. ¿Qué me está pasando?, gimió, pero su grito se perdió en un destello de luz. El destello se dividió en una visión aérea, en dirección al valle: un puñado de árboles, el curso serpentina de un río. Estaba volando, la resistencia del aire y la fuerza del viento doblando articulación y tendón, alzándole, ensanchando el arco de su vuelo circular. Un ojo era suave y escrutaba las nubes, en busca de otros como él. El otro ojo era agudo y miraba hacia abajo, saboreando las texturas de las hojas y las sombras de hierba de abajo, una mirada aguzada por el hambre. Tenía el sol detrás, los pies ganchudos le impulsaban, la cabeza picuda vuelta, buscando. La hierba ondulaba y se agitaba. Contempló su sombra surcando la tierra verde arrugada. Nada se movía. Pero siguió mirando. Vigilando. Vigilando. Un torcecuello salió de un árbol y revoloteó sobre la hierba curvada. Él divisó el movimiento inmediatamente, y dobló sus alas sobre sí mismo y cayó en picado para matar.

Sumner trató de despertarse, pero no pudo romper la caída. Saltaba de un sueño al siguiente. Era un tiburón ascendiendo hacia una superficie vidriosa donde peces más pequeños resplandecían como estrellas. De repente fue una gaviota de alas difusas contemplando la luz oculta de un pez entre las rocas. Luego fue un búho aferrado a las garras de su cerebro. Luego una araña observando a una mosca atrapada en la tela,

sacudiendo las alas.

De todos los sueños que surcaron su interior, uno fue particularmente vivido. Estaba abriéndose paso a través de los tallos de altas plantas, siguiendo el olor de la presa. Pero esta vez se encontraba inusualmente cansado, hambriento y solo. Deseaba ir donde no había ido nunca antes; más allá de los campos sutilmente llenos de extraños olores. Muy por delante había una granja, aunque no la reconoció como tal. Todo el tiempo no fue más que una brecha en el horizonte, llena de luces acuosas y sonidos desconocidos. Más cerca había otra cosa similar, pero más familiar, repleta de olor a pájaros.

Se acercó lentamente, arrastrando la barriga por el suelo, hinchada la nariz, alerta a los olores peligrosos. Había una alta abertura, pero estaba caliente con el olor de algo que no reconocía. Así que rodeó la zona del nido hasta encontrar un lugar por donde arrastrarse. Los pájaros ya lo habían percibido, y piaban nerviosos mientras él se arrastraba por el hueco. Cargó contra el pájaro más cercano, rompiéndole el cuello, arrancándole la vida. Tiró su presa al hueco que acababa de pasar, impelido por los chillidos de los otros pájaros y de un ladrido distante. Fuera, se detuvo un instante. Una alta criatura le había divisado y hacía un sonido delgado e incomprensible agitando un palo ante él. Estaba demasiado lejos para ser una amenaza, así que recogió su presa y salió corriendo. Pero no llegó lejos. El palo destelló, y un golpe aplastante llenó sus ojos de oscuridad.

Oscuridad.

Sumner abrió los ojos y bizqueó contra la luz giratoria. Tras llevarse una mano a la cara, trató de aclarar su mente. ¿Qué me está pasando?

Le llegó una voz:

—Te pondrás bien.

Era Corby. Su mente se aclaró y vio que estaba de pie. Sólo habían pasado unos pocos segundos.

Sumner se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en sus manos. Sólo después de largos minutos pudo volver a mirar. Permaneció inmóvil y hundió los pies y los dedos en la arena como si el menor movimiento pudiese sacudir su delicado asidero a los sentidos.

—Ya se ha acabado —dijo Corby.

Pero para Sumner no había terminado. Cada roca, cada viga de acero retorcido, cada mota de polvo era clara y fuerte. Incluso la luz del sol y su verde neblina reflectante temblando en el aire era diferente, apartada de las ruinas y el cielo. Comprendió.

—Estoy vivo —susurró para sí—. ¡Vivo!

Abrumado por una mezcla de asombro y miedo, eufórico con la energía cósmica que el voor había canalizado a través de su interior, rodó sobre su estómago y empezó a arrastrarse por la arena. Ráfagas de luz ondulaban sobre su cuerpo, el calor fluía de las rocas calientes y entraba en todo su ser. La creación le acariciaba, y se revolvió en la arena tratando de abrazarla toda.

Cuando volvió a alzar la cabeza, era de noche. Los fuegocielos, auroras vibrantes, fluían sobre él, y con su brillante luz pudo ver que tenía las ropas y las manos llenas de tierra. A su alrededor, las ruinas brillaban, emitiendo un fulgor verde oscuro. Sentía la cabeza ancha y despejada como el cielo, chispeante de luces. Y se dio cuenta de que miraba al cielo... ¡de que él era el cielo!

No... este sueño-voor había ido demasiado lejos. Se contuvo.

Corby estaba sentado en el mismo saliente de hormigón que horas antes. Curiosamente, no sintió miedo del niño, ni un palpito de ansiedad.

Corby se levantó de su asiento y lo cogió por el brazo. No hubo ningún espasmo de energía, ninguna sacudida. Sólo la débil tenaza de un niño.

—Vámonos a casa —dijo. Parecía cansado.

Caminaron entre las ruinas y se arrastraron por la arena hacia la escarpa de roca que albergaba la casita de Jeanlu. Al mirar las estrellas que reverberaban a través de los rastros entrelazados de los fuegocielos, buscó un dibujo particular: el antiguo León

atacante. Cuando encontró su fiero ojo y localizó su larga melena ondeante y su frío vientre, una vocecita se abrió en su interior: Un viento sopla por el vientre del León. Era la voz de Corby, diminuta, distante, procedente de alguna parte en el fondo de su cabeza. Sumner se sorprendió al principio, pero lo que oía venció rápidamente su sorpresa.

Un viento-fuego sopla por el vientre del León, tan antiguo y lejano que sus orígenes se han olvidado. Cuando llega a este mundo pequeño sacudido por el tiempo, inflama el ozono y se disipa. Pero una parte se interna a través de la atmósfera. Una parte toma la forma que encuentra y se convierte en voor, sólo con llegar. Somos más antiguos de lo que crees. Hemos estado en este planeta antes. Tal vez esta vez nos quedemos hasta que el sol se nuble y el viento-fuego, nuestro viaje y vida, continúe, lanzándonos al futuro.

Llegaron al promontorio rocoso, y la voz interior se disipó. Corby se detuvo a su lado, demasiado cansado para escalar. Sumner miró el promontorio. La energía del trance aún fluía en su interior, y supo que podría llegar a la cima. Se agachó y dejó que Corby se agarrara a sus hombros, y luego empezó a escalar. Se sentía jubiloso, lleno de fuerza, y la cara de la roca parecía conspirar con su necesidad de ascender. Pensó en las palabras que habían surcado su mente y se preguntó cuántos otros mundos habría cruzado el vientosfuego de los voors, cuántos otros como él habían sido padres de carne alienígena.

Tras recorrer tres cuartas partes del camino a la cima, se detuvo en seco. En el suelo, ante él, donde sus ojos habían buscado asiduamente un sendero en la roca rota, había una sombra, una sombra humana. Alzó la cabeza, esperando ver a Jeanlu o a un voor dispuesto a ayudarlo, y chilló. Klaus, su padre muerto, estaba allí de pie, con un ojo y la mayor parte de la frente desgajados, violentamente mutilados. El único ojo bueno, colocado en una cara de carne gris moteada, le miraba tristemente. Tenía los labios curvados en una mueca salvaje.

Sumner chilló una y otra vez y dio un violento salto hacia atrás, dejando caer a Corby de sus hombros. Instintivamente, se giró para coger al niño, pero era demasiado tarde. Corby cayó de cabeza en la oscuridad, dando vueltas en dirección a un saliente. Sumner abrió la boca y miró rápidamente por encima de su hombro. El espectro de su padre había desaparecido. Corby se levantó del suelo. Parecía un poco conmocionado.

—Yo... lo siento —dijo Sumner agudamente. Miró otra vez en dirección al lugar donde había visto a su padre. No había nada más que rocas y sombras alargadas, brumosas con el brillo oscuro de los llanos.

—Es culpa mía —dijo Corby, dirigiéndose hacia lo alto del risco—. El lazo es aún demasiado fuerte entre nosotros: estás viendo el mundo como un voor. Mañana estarás bien.

Sumner se secó el sudor frío del cuello y la cara y trotó tras el niño. Toda su fuerza había desaparecido, y sentía las piernas como de gelatina. Pero no se detuvo en la cima del risco. Vio su coche donde lo había aparcado, y caminó hacia él con paso firme aunque tambaleante. Cuando se apoyó sobre su carrocería, miró por encima del hombro. Corby aún se encontraba en el risco. Antes de subir al coche, saludó con la mano, pero el niño no devolvió el saludo.

Sumner no recuperó la respiración hasta después de introducir el chip de ignición y rodar hacia la carretera. Se sentía nauseabundo y pegajoso por efecto del miedo, y se sintió agradecido por la solidez del volante de madera.

El viaje a casa fue enloquecedor. Las sombras fantasmales que poblaban los llanos le hicieron desviarse y clavar los frenos varias veces. En dos ocasiones vio a su padre de pie aleado de la carretera. Sus manos y la carne triturada de su cara ardían con una fosforescencia azul.

Cuando por fin llegó al garaje temblaba incontrolablemente y vomitó dos veces en la calle antes de poder meter la llave en la cerradura. Subió las escaleras tan silenciosamente como pudo. Con cada chirrido de la vieja madera esperaba oír la voz aguda de Zelda. Pero llegó a su habitación sin contratiempos. El corazón le martilleaba en

los oídos.

Se despertó a mediodía y volvió a quedarse dormido. No pudo levantarse de la cama hasta la noche. Tenía la cara, las manos y las ropas llenas de tierra, pero aun así le costaba trabajo creer que había estado con Jeanlu y Corby. Sus pensamientos sobre el día anterior eran desconfiados, oscuros y llenos de miedo. Recordar las extrañas horas que había pasado con Corby en los llanos le hacía temblar, y tuvo que lavarse la cara con agua fría para calmarse. Alucinaciones, racionalizó. Ese pescado que comí. Pero Corby era real, y la cara del niño, con su mortecina blancura y su fantasmal parecido a la suya propia, se resistía en su memoria.

Después de lavarse, bajó a la cocina. Zelda había preparado un guiso, y comió con hambre. Cuando terminó, ella abrió un cajón, sacó un paquete de cuero negro arrugado y lo depositó sobre la mesa. Sumner estuvo a punto de vomitar.

—¿De dónde has sacado eso?

—No te excites —le advirtió ella—. O vomitarás.

—¡Mamá!

—Lo encontré en tu coche. Que desapareció ayer todo el día, lo mismo que tú.

Sumner cogió el paquete y trató de sentir su contenido a través del cuero. Supuso que Jeanlu lo dejó en el coche mientras estaba con Corby.

—¿Lo has abierto?

—Por supuesto que no. Cualquiera sabe qué wangol malo has traído con él.

Sumner inhaló profundamente, preguntándose si podría creerla.

—No es wangol, mamá. Es película. No quería que se velara.

—Bien, si está velada, no he sido yo quien la ha abierto.

Decidió creerla. Me estaría dando la lata si hubiera visto la joya nido, supuso.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué clase de película? No tienes cámara.

Sumner se levantó y se guardó el paquete bajo el brazo.

—Son fotos. Voy a mandarlas a revelar. Un amigo me lo hará gratis.

Zelda encogió los ojos, recelosa.

—¿Fotos? ¿Fotos de qué?

Sumner sonrió.

—Mujeres desnudas, mamá. Y gente copulando. —Saltó de la cocina antes de que ella pudiera golpearle.

Colgó el tallo amuleto del techo de su coche y se recordó que la pesadilla de Corby y los llanos era real. La experiencia había sido como un sueño: vivida, pintoresca, y llena de malévolos belleza, de modo que tuvo que creer finalmente que fue una alucinación. No había otra manera de comprenderlo. Y además, tenía un poco de kiutl y una joya nido que vender.

Sumner acarició la idea de probar la kiutl, pero era receloso, y a la postre venció su miedo. Sin embargo, sólo para ver su potencia, arrancó una de las hojas y la hirvió hasta que el agua se volvió de color rojo vino. Olfía de manera dulce, incluso tentadora. Se la dio a Johnny Yesterday. El viejo la cogió ansiosamente y se la bebió de un par de tragos.

Sumner le vigiló con atención durante una hora. No pasó nada. Después, se hartó y se fue a dar una vuelta con su coche. Cuando regresó, Johnny Yesterday flotaba con las piernas cruzadas sobre la escalera, y naranjas y peras giraban alrededor de su cabeza. Sus orejas se retorcián, y una sonrisa picaruela cruzaba su cara.

Según pudo cronometrar, los efectos duraban seis horas. Supuso que aquello era lo bastante potente como para poder venderlo. Pero no sabía cómo.

Tenía el mismo problema con la joya nido. Sólo con mirar sus insondables profundidades, las aristas azules destellando abanicos de luz curva, sabía que era excepcional. Al principio, pensó que podría utilizarla él mismo. Si de verdad podía revelar la verdadera naturaleza de la gente, tal vez podría revelarles secretos con los que ganar

dinero. Pero ese sueño tuvo corta vida.

Tras sentarse junto a la joya, no vio nada más que penumbra y su propio reflejo abultado. Entonces, lentamente, una forma empezó a configurarse en las profundidades de azul-carbón. Cuando la piel de la nuca se le erizó con un escalofrío de reconocimiento, trató de apartarse. Se estaba viendo a sí mismo, muerto, tendido boca arriba, el pelo manchado de sangre, una blanca curva de hueso sobresaliendo de la piel rota de su mandíbula. Pero no pudo moverse. Transfigurado, se quedó sentado durante horas, observando la boca aplastada, las magulladuras violeta, el vientre hinchado, los ojos helados... La luz se difuminó y Sumner se apartó, loco de repulsión y miedo.

Más tarde, cogió la joya y la escondió bajo un montón de ropa sucia. Quería deshacerse rápidamente de ella. Era una piedra-diablo, otro de los trucos malignos de Jeanlu. Advirtió con la mayor claridad que lo mejor que podía hacer era romperla y tirarla por el desagüe. Pero, aunque fuera monstruosa, era una rareza. Lo menos que podía hacer era conseguir unos cuantos zords por ella. Mutra sabía que se lo merecía.

Tras un mes preguntando en una docena de tabernas del puerto, Sumner supo de la existencia de un hombre de McClure que a veces compraba artículos poco comunes a los desconocidos. Se llamaba Parlan Camboy. Era un magnate naviero con conexiones fuera de la ciudad. Su oficina se hallaba en un torreón en el edificio Comercial en ciudad-centro.

Sumner fue allí y esperó en una antesala varias horas antes de que lo echaran. Lo mismo sucedió al día siguiente.-Y al otro. Al cuarto día, le dijo al hombrecito con gafas y pecho de palomo que era el secretario del mercader, que tenía información.

—Uno de los barcos de Camboy va a ser asaltado por piratas. Sé cómo y cuándo.

Pocos minutos después, le invitaron a entrar en el despacho principal. La habitación era ostentosa. Había paredes de cedro con tubo-luces integrados, paneles de celosía en las paredes, pinturas con brillo ámbar de héroes navales, sillones de cuero, un intrincado suelo de parquet, y molduras ricamente talladas.

Parlan Camboy estaba sentado tras una mesa escarlata oscura respaldado por un semicírculo de ventanas divididas con parteluces. Parecía tener unos cincuenta años. Sus escasos cabellos eran del color del cáñamo, marrón y amarillo salpicado de gris. Su cara era de granito, como sus ojos: una cara desgastada. Un aro de oro colgaba de su oreja izquierda y una brillante cicatriz marcaba su mejilla derecha.

Cuando Sumner entró, un gesto apenas disimulado de disgusto cruzó la cara de Camboy. Sumner iba vestido como de costumbre, con una camiseta arrugada y manchada de sudor y unos pantalones sucios gastados.

Camboy le hizo un gesto para que se sentara, y Sumner se dirigió hacia uno de los sillones de cuero. Los ojos de Camboy se ensancharon.

—Ahí no —reprendió. Señaló un taburete de madera que Sumner no había advertido.

Después de que se sentase, el mercader se dio la vuelta y abrió una ventana. Ajustó su silla para sentir la corriente de aire fresco en su espalda.

—¿Cuándo y dónde? —gruñó entonces. Tenía las dos manos bajo la mesa.

—He mentido —confesó Sumner, acobardándose a medida que los ojos del mercader se endurecían—. Pero tenía que hablar con usted. Tengo algo que vender.

—¿Qué es? —La pregunta fue un latigazo.

—Una joya nido.

La cara de Camboy se suavizó, pero sus ojos siguieron siendo de piedra.

—¿Cuándo puedo verla?

—Ahora, si lo desea.

Sumner sonrió por dentro ante la sorpresa que mostraba la cara del mercader.

—¿Ahora? ¿La has traído contigo?

—Quiero venderla rápido.

Se metió la mano en el bolsillo, y Camboy se tensó. Cuando sacó la joya, el hombre se inclinó hacia delante.

—Déjame ver eso —extendió la mano, pero Sumner sacudió la cabeza.

—Primero esto. —Sacó una llave inglesa cuyas mandíbulas había relleno con tela. Introdujo la joya entre las mandíbulas y la alzó—. Intente timarme y la aplastaré.

Camboy hizo una mueca.

—Eres capaz de hacerlo. —Se levantó y se acercó más.

—Las manos a la espalda —ordenó Sumner. Camboy obedeció reluciente, y Sumner acercó la joya para que la inspeccionase.

La cara del mercader permaneció inexpresiva, pero Sumner oyó el asombro en su voz.

—¿De dónde la has sacado?

—¿De dónde cree?

—¿Tienes contactos con los voors? —La cicatriz de su mejilla se retorció—. ¿Cuánto quieres?

Sumner sonrió.

—Cinco mil zords —ofreció Camboy.

Sumner casi dejó caer la piedra. ¡Cinco mil! Eso era cinco veces más de lo que esperaba conseguir.

—Diez mil —dijo, sin dejar que su voz revelara su excitación.

Los ojos de Camboy estaban fijos en la joya, y Sumner pensó que lo veía sonreír.

—¿Por qué la vendes?

—Necesito el dinero.

Camboy suspiró tristemente.

—Es una joya exquisita. ¿No ves nada en ella?

—No he mirado nunca. —Acercó más la joya al mercader—. ¿Qué ve usted?

—Un niño asustado que vive con su madre —replicó Camboy tras una larga pausa—. Ella es guía espiritista, ¿no? Zelda, según creo.

Sumner abrió la boca.

—También veo que tienes una tarjeta blanca. Enhorabuena. Y que has estado viviendo toda la vida de los ahorros de tu padre. ¿Y qué es esto? ¿Azúcar?

Sumner pulsó con fuerza la tenaza, pero en ese instante el borde de la mesa le golpeó en la barriga. El impacto le hizo retroceder. La llave y la joya volaron de su mano, y aterrizó sobre su culo contra la pared.

La joya cayó en la mano de Camboy, quien la sostuvo entre los dedos apreciativamente.

La furia hirvió en el interior de Sumner. La sonrisa jubilosa de la cara del mercader le llenó de rabia, y corrió hacia la mesa con un aullido. Camboy le cogió la mano alzada sin esfuerzo y le retorció el pulgar. Con un chillido, Sumner se rindió. Unas manos poderosas le acercaron a la mesa y le golpearon varias veces la cabeza contra la madera.

—La próxima vez que pierdas el control, te sacaré los ojos —dijo Camboy, y lo arrojó de nuevo al suelo.

Sumner quería desesperadamente contener su furia y su dolor, pero sus ojos se nublaron y en seguida su cara sucia se llenó de lágrimas. Había sido dominado, y la sensación era peor que el dolor de su cabeza o el profundo dolor de su pulgar.

—Levántate —ordenó Camboy con voz metálica.

Sumner se puso en pie agarrándose al borde de la mesa. Al levantarse, vio los secretos interiores del panel que le había golpeado. Atisbo un destello de metal y advirtió que Camboy, utilizando obviamente un pedal, podría haber liberado igualmente una hoja cortante. Se sentó en el taburete y se frotó la mano tratando de que el dolor remitiera.

—¿Sabes? Eres un lune por vender una joya tan hermosa como ésta —dijo Camboy mientras abría un cajón—. Pero como se ve que eres un lune, no puedo reprocharte que no puedas mirar en tu interior. Toma —contó diez mil zords en billetes de cien y arrojó el dinero sobre la mesa—. Coge lo que has pedido.

Sumner estaba anonadado. Olvidó el dolor y la humillación y miró el dinero.

—Cógelo —ladro Camboy—. No esperarás que te dé un recibo. Las joyas nido son ilegales, ya lo sabes.

Sumner nunca había visto tanto dinero junto. Diez mil zords serían suficientes para que Zelda y él vivieran bien durante dos años. Cogió los billetes con las manos temblando y salió de la oficina.

En la calle, apartó de su mente la humillación sufrida en el despacho de Camboy y caminó junto a los escaparates de las tiendas sintiéndose orgulloso, viendo artículos que sabía podría comprar si se le antojaba. ¡Diez mil zords! Mutra, eso es suficiente para abrir mi propia tienda. Un restaurante era lo que quería. Sólo la mejor comida.

Estaba pensando lo que pondría en su menú cuando tres hombres con capuchas negras salieron de un callejón y le rodearon. Sucedió con mucha rapidez. Dos encapuchados se le colocaron a cada lado, y cuando dio un paso atrás lo agarraron por los brazos. Trató de liberarse, pero el tercero se sacó un cuchillo del cinturón y se lo colocó en la garganta. Desgarró la piel, y un hilillo de sangre manó sobre su pecho. Sus rodillas se debilitaron, sus piernas temblaron, y sintió un retortijón en sus entrañas mientras se lo hacía en los pantalones.

Rápidamente, los hombres que tenía a cada lado le cachearon. Cuando encontraron el dinero, uno de ellos le dio un empujón y otro lo arrojó al suelo. Un momento después se marcharon corriendo y se perdieron en el laberinto de callejones tras las tiendas.

Sumner se puso temblorosamente en pie y miró a su alrededor. La avenida estaba tan repleta de gente como de costumbre, y había docenas de personas mirándole. La mayoría de las caras mostraban estupor, pero unas pocas parecían divertidas e incluso malévolas.

—¿Han visto la cantidad de pasta que ese dingo tenía encima? —oyó decir a una mujer mientras se metía en un callejón.

Corrió a la desesperada. Cuando quedó exhausto, cayó de rodillas y se apoyó contra una farola. El olor de sus pantalones manchados atufaba a su alrededor, y lloró abiertamente.

El gran espacio interior.

El estómago de Sumner se estremeció al recordar aquel día. Pensar en aquello le había hecho acelerar violentamente. Redujo la velocidad y abrió la ventanilla. El sol brillaba orgulloso sobre la neblina azul del horizonte, y había espejismos acuosos provocados por el calor en la carretera. Se secó con la manga la cara empapada de sudor.

Es imposible que eso me suceda otra vez, se insistía una y otra vez. Moriré antes de ser un dingo. Pero no estaba tan seguro. ¿Qué podría hacer ahora si la policía apareciera de repente? ¿Suicidarse? ¡Mierda! La idea le repelía, pero aun así era menos repulsiva que la de ser capturado.

Varias veces en la última hora había visto distantes strolplanos destellando con las luces del amanecer. Por el momento, el cielo estaba vacío, pero la mitad se hallaba bloqueado por un amplio arco de montes monolíticos. Los montes eran rojo-acantilado, salpicados con vetas de manchas orgánicas negras. Se imaginó a un strolplano oscilando desde la cima de uno y colocándose ante él para bloquearle la huida. ¡Lo embestiré! ¡Estrellaré el coche antes que dejar que me cojan!

Su convicción le reconfortó, y un rato después volvió a relajarse. En seguida volvió a pensar en la época en que elaboró tan fríamente su venganza.

Estaba seguro de que Parlan Camboy le había preparado una trampa. ¿Quién más estaba enterado de los zords? ¿El secretario? Tal vez. Pero era un lacayo. A quien Sumner quería era a Camboy.

El día después de que le robaran, consiguió trabajo pintando pirámides de tráfico en ciudad-centro. Zelda estaba contenta con él, aunque nunca traía dinero a casa. Le dijo

que estaba pagando una deuda. En realidad, ahorraba todo lo que ganaba. Había algunos artículos caros que Sugarat necesitaba. Zelda estaba aún más complacida con la forma en que su hijo empleaba su tiempo libre. Durante incontables horas Sumner se sentaba ante la escánsula con la puerta de su habitación abierta. No tenía nada que ocultar. Sólo era un chico curioso aprendiendo electricidad.

Cuando tuvo dinero suficiente y toda la información que necesitaba, dejó de ir a trabajar y pasó un día entero recorriendo McClure. Buscaba un lugar desolado cerca de la oficina de Camboy. Encontró uno a seis manzanas de distancia: un amplio patio que separaba dos almacenes navieros. Por su centro corría una verja de metal, de modo que sólo la mitad del patio quedaba abierto a la calle.

Tres días después, ya había comprado todo el material necesario y montado su trampa. Durante ese tiempo, casi se mató dos veces. La primera vez fue bajo tierra, en las alcantarillas que servían también como conducto para el tendido eléctrico de la zona. Allí, mientras colocaba un circuito para interrumpir la línea principal, el grueso cable le resbaló entre las manos. Casi había dejado caer el cable cargado en el fango en el que se encontraba metido hasta las rodillas. La segunda vez fue después de conectar una línea a la verja metálica. Cuando lo comprobó, uno de los cables se soltó y chasqueó peligrosamente en el aire. Lo cogió justo cuando su extremo cargado restallaba en su dirección.

Aunque los riesgos eran grandes, la recompensa prometía ser inconmensurable. Sumner había pasado semanas sin comer de forma adecuada. El lento ácido de su furia le había impedido disfrutar de la comida.

Pero era paciente. En cuánto todo estuvo preparado, pasó un día y una noche en el tejado de uno de los almacenes asegurándose de que nadie le había visto electrificar la verja. Tuvo cuidado al cortar las líneas eléctricas a primeras horas de la mañana. En cuestión de treinta minutos, las líneas quedaron conectadas de nuevo con el interruptor adjunto. Sin embargo, tenía que asegurarse de que nadie informara del breve apagón.

Vigiló el patio desde el tejado. Ningún inspector ni buscaproblemas de la compañía eléctrica apareció ese día. Al siguiente, de vuelta a su habitación, Sumner cogió una hoja de kiutl, hizo con ella un cigarrillo y se la fumó. Tosió, pero el regusto del humo tenía un agradable sabor a nuez.

Zelda había salido, así que no se molestó en abrir una ventana. Escrutó su habitación a través de las nubes de humo, esperando que los cambios se apoderaran de él. No pasó nada. Volvió a sentarse y acabó el cigarrillo.

Era necesario asegurarse de que Camboy le había traicionado. La única manera de descubrirlo, razonó, era mirar en el interior de su cabeza. Si esta mierda funciona de verdad...

El peligro mayor procedería de la joya nido, si aún se encontraba en su oficina. Tendría que asegurarse de no acercarse demasiado o sus intenciones reales serían tan prominentes como su panza.

Pocos minutos después de que terminara el cigarrillo, una calma expansiva se apoderó de él. La luz de la habitación se volvió más brillante. Más allá de la ventana había un cielo cubierto de hojas doradas. Movimientos furtivos aleteaban al borde de su visión, desvaneciéndose cuando se movía. Estaba seguro de que la habitación estaba llena de movimientos sutiles visibles a ojos menos obtusos que los suyos.

Una voz cantó melodiosamente en sus oídos (Sí, las islas se mueven tierra adentro: los acantilados se caen), y la reconoció vagamente. Parecía proceder de fuera de la ventana (De proa y popa, los acantilados de los Farallones envueltos en niebla) pero sonaba como un susurro en el fondo de su cabeza. Se levantó y abrió la puerta (Las drizas están aseguradas y el velamen aún aprieta). Johnny Yesterday se encontraba de pie en una de las largas urnas azules, con los ojos cerrados (¡Contramaestre! ¡Reparta las armas! ¡Guarden la cubierta! Preparen el cañón. ¡Carguen!), sus orejas se retorcían.

Sumner reprimió un saltito alegre y cerró la puerta (¡A sus puestos de combate!). Oía los pensamientos de Johnny Yesterday. / Vaya! ¡El viejo senil está jugando a los piratas! Se rió en voz alta (Las guindalezas... ¿están bien tensas?) y cogió el grueso sobre de su mesa. Era el momento de hablar con Parlan Camboy (Si el mar te quiere, chico, ha llegado tu hora).

Sumner cogió el tren elevado para llegar a ciudad-centro, pues no se fiaba de su habilidad para conducir. Sentado en la atmósfera confinada y los olores metálicos del tren, sentía la mente abrumada por los sonidos. Las voces interiores de todos los que tenía alrededor rebullían en su cabeza.

Era un coro demencial que le imposibilitaba pensar. Miró pasillo abajo y fijó la mente en una joven que leía. (¿Qué importancia tiene la forma?) Era pequeña y graciosa (El arte, como la sociedad, requiere una disciplina estricta), con una mueca desafiante en los labios. Sumner dejó que sus ojos se dirigieran a sus piernas (Sin ella, nos perderíamos en la mugre de la imaginación) y se detuvo en la curva de sus muslos. (Sin embargo, no cometamos el error inconmensurable de creer que la forma es necesariamente definición.) Tenían un tono ambarino que le excitaba. (¡Maldición! Sabía que el chico gordo me estaba mirando.)

Sumner alzó los ojos rápidamente y captó la mirada molesta de la mujer. ¡Chico gordo! El insulto le hizo daño, pero la herida fue suavizada por el repentino murmullo de voces susurrando. Durante el resto del viaje paseó rápidamente su atención de un pasajero a otro, evitando ningún contacto prolongado. Cuando bajó al andén, se había acostumbrado a tener la mente en movimiento y podía mantener los murmullos al nivel de una charla distante.

En la oficina de Parlan Camboy, el secretario fue cortante.

—¿Qué quieres ahora? (Bola de grasa.)

Sumner contuvo una maldición y se encaminó directamente a la mesa.

—Tengo algo para el señor Camboy.

Abrió el sobre que llevaba y lo colocó bajo la nariz del secretario. Era un buen montón de kiutl, la mitad de la cantidad que le había dado Jeanlu.

(¡Por la teta del culo de Mutra! ¡Kiutl!) El secretario disimuló bien su sorpresa. Se levantó, hizo un gesto a Sumner para que tomara asiento y entró en el despacho. Por mucho que lo intentaba, Sumner no era capaz de recoger ningún pensamiento de la habitación de al lado. Pocos minutos después la puerta se abrió, y el secretario le llamó alegremente.

Camboy ya tenía abierta una ventana y el taburete de madera colocado ante su mesa. Estaba sentado con las manos bajo el escritorio, y Sumner sintió que estaba rodeado por armas ocultas. Miró rápidamente a su alrededor, en busca de la joya nido, pero no estaba a la vista y se relajó. (Parece nervioso. ¿Va a intentar algo?)

Abrió el sobre del todo y esparció las hojas rojas sobre la mesa. (Es mierda voor, muy bien.)

—Tengo quince libras de esto —dijo Sumner, animándose al ver la incredulidad en los ojos de Camboy. (¿Quince? ¿De dónde roba este gilipollas toda esa cantidad de mierda?)—. Mi contacto voor ha sido muy generoso. Pero con mi tarjeta blanca, no quiero usar este material. Podría deformarme. Es el único mercader que conozco que puede hacerla pasar.

Los ojos de Camboy se ensombrecieron. (¿Está mintiendo? Si este material es tan bueno como parece, son tres mil, seguro.)

Sumner no mostró ninguna expresión en el rostro.

—¿Qué has hecho a cambio de toda esta kiutl? —preguntó Camboy.

—He estado utilizando mi tarjeta blanca.

—Debes copular con un montón de voors para ganar tanta kiutl. —Frunció el ceño—. ¿Cuánto quieres?

—Mil zords.

Camboy sonrió. (Un paleta.)

—Quinientos.

Sumner sacudió la cabeza.

—MU. Puede conseguir el triple en los bajos fondos de la ciudad.

(Conoce el mercado.)

—Pensaba que los diez que te di la última vez serían suficientes. (¿Lo sabe? Cuidado. Sus ojos son un poco vagos. ¿Es eso una sonrisa?)

—Los perdí. Me limpiaron.

—¿Jugando?

—No. En la calle. Después de que me marchara.

Camboy sacudió la cabeza, la voz llena de lástima.

—Lo tenías todo en un bolsillo. ¿No?

—Sí. ¿Y qué?

—Chico, cientos de ladrones vigilan este edificio día y noche. Aquí cambia de manos un montón de dinero. Cuando te marchaste, vieron el bulto en tu bolsillo y te atracaron.

Sumner apretó los dientes y meneó la cabeza con furia fingida.

—Tendría que haber hecho que usted me los entregara en algún sitio. Fui un estúpido al aceptar los zords.

(No lo sabe. Bien. Le pegaremos más duro esta vez.)

—No es mi especialidad. Pero tengo la kiutl, y quiero deshacerme de ella. Los zords son importantes. Estoy harto de joder distors. ¿Me dará los mil?

Camboy se dejó persuadir.

—¿Cuándo me la traerás?

—No la traeré —respondió Sumner con determinación—. Ya me han dado una paliza en este barrio. Si quiere las quince libras, tendrá que recogerla donde yo le diga, a medianoche.

(Lo sabe. ¿Por qué intenta sacarme de aquí... excepto para engañarme? ¿Me lo cargo ahora?)

Sumner le contó rápidamente lo del patio.

—Está despejado, así que me podrá ver y yo le podré ver a usted.

Camboy se lo pensó un momento. (Conozco ese sitio. Es perfecto. Está lo bastante cerca para echarle un ojo, y si es una trampa, hay sitio para moverse.)

—Muy bien. Lo haremos. A medianoche —abrió su cajón y sacó algunos billetes para pagar la kiutl que tenía sobre la mesa.

—No se moleste —dijo Sumner, indiferente—. Es sólo una muestra. Haremos el trato esta noche.

Se dio la vuelta y salió, oyendo mientras se marchaba: (Nadie regala mierda... a menos que tenga mucha más. Qué sesos de mosquito).

A solas en la calle, Sumner se sintió jubiloso. Se detuvo un momento en los escalones y contempló beatíficamente los edificios que le rodeaban. Estaba oscuro y los globo-lux ya estaban encendidos. La mayor parte de las tiendas habían cerrado, y sólo había unos pocos comerciantes con sus largos abrigos de color de champiñón recorriendo la avenida. En el cielo ondeaban los fuegoluces. Sus fantasmales pantallas verdes y amarillas quedaban amortiguadas por las luces de la ciudad.

Un lapso de cinco horas se extendía entre él y su cita con Camboy, y decidió pasar dos o tres en una taberna acogedora. Pero al salir a la calle cambió de opinión. Aún sentía los efectos de la kiutl. Aunque la calle parecía virtualmente vacía, sus sentidos amplificadas recogían multitud de mentes zumbantes que abarcaban la extensión de la avenida.

Ninguno de los pensamientos que percibía a su alrededor merecía la pena, pero sabía que estaban allí. Podía oír sus murmullos sibilantes en las sombras de los estrechos callejones y en los oscuros portales a ambos lados de la calle. Susurros maléficos y

siseantes recorrieron su mente mientras paseaba por la avenida. La oscuridad parecía ampliarlos, y poco después no pudo seguir pretendiendo que eran indiferentes. Deambuló de esquina en esquina, tratando de mantenerse a la luz.

Estás actuando como un bobo, se dijo, queriendo tranquilizar la aprensión que se enroscaba cada vez con más fuerza en su estómago. Es la kiutl. Sólo hay putas y chulos. Nada por lo que mojar los pantalones. Se obligó a reducir el paso y aparentar tranquilidad. A unas cinco manzanas por delante se distinguía un destello de luz dorada. Era el Paseo de ciudad-centro y la cara norte del Atracadero. La zona siempre estaba repleta de estudiantes y gente que salía a pasárselo bien. Dos salas de conciertos, un teatro y una cadena de lugares de diversión rodeaban el Paseo. Murmullos de risas y música surcaban la calle. El viento traía los aromas de pescados a la brasa y panes horneados, y Sumner olvidó la cháchara mental y aceleró otra vez el paso.

Un hombretón salió de un grupo de sombras a su derecha. Estaba a media manzana de distancia y se dirigía directamente hacia él, agitando los brazos. Sumner retrocedió, pero no estaba seguro de qué hacer. No quería correr a ciegas por las calles y no había ningún sitio abierto donde meterse. El hombre no iba armado, y en realidad no le estaba amenazando.

Había decidido permanecer tranquilo cuando una voz resonó en su mente: (Si ese montón de gelatina grita, le partiré la cabeza. Juro que se la abriré de un golpe).

¡Oh! Sumner se detuvo. Se dio la vuelta para cruzar la calle, pero era demasiado tarde. El desconocido se dirigía rápidamente hacia él, acercándose al bordillo de la acera, dispuesto a impedirle la huida.

Sumner se apresuró de todas formas, y el hombre se abalanzó hacia delante y le cogió por el hombro. Sumner giró y estuvo a punto de caer al suelo. En la semi-luz de una farola obelisco, pudo distinguir al desconocido; tenía hombros anchos, nariz cuadrada, labios finos y escamosos como un lagarto, y entre los ojos planos, la marca de la X de una banda-zángano.

Sumner gimió, retrocediendo. Corrió hacia la calle con los ojos clavados en los rasgos furiosos del dorga. Sus piernas se envaraban, y supo que en un momento iba a perder los nervios y quedarse petrificado. El dorga fue a por él y Sumner se tambaleó hacia atrás. Un chirrido y una bocina le hicieron dar un respingo. Un coche dobló la esquina a su lado, sin atropellarle por unos centímetros, cortando el avance del dorga.

—¡Cabezas de mierda! —aulló el conductor, pero Sumner apenas le oyó. Ya había dado media vuelta y corría calle abajo.

Corrió hacia el Paseo hasta que estuvo bien seguro de que el dorga no le seguía; entonces se detuvo para recuperar fuerzas. El súbito incremento de adrenalina amplió los efectos de la kiutl, y un distante rumor de voces le barrió. Las charlas eran más fuertes en dirección al Paseo, así que dobló una esquina y se perdió en las sombras.

Pegándose a las paredes, con los sentidos alerta, corrió de calle en calle hasta que consiguió llegar al patio donde tenía que reunirse con Camboy. La cabeza le restallaba, llena de sonidos, y aunque la noche era cálida estaba temblando.

Esta parte de la ciudad se hallaba verdaderamente desierta, y poco a poco la estática de su mente remitió. Sintióse mejor, subió una escalera de incendios hasta llegar al tejado de una casa colindante. Desde allí podía dominar toda la ciudad. Al sur estaba la bahía, salpicada con las luces rojas y azules de la flota pesquera. El muelle se veía oscuro y pacífico. Un strohplano zumbaba en lo alto. Cuando su ruido se difuminó, apareció otro murmullo nocturno: un tren de carga traqueteando por la curva de la bahía, con los vagones vacíos, las luces de la bahía parpadeando entre ellos. Era una escena relajante y melancólica, y Sumner se tumbó sobre las frías piedras para descansar. Sobre él vibraban los fuego-cielos.

Se sentía contento por haber salido de las calles, por haber escapado de aquel dorga. Comprendió entonces que la kiutl le afectaba más profundamente de lo que había

pensado al principio. Incluso ahora, mientras yacía boca arriba, podía sentir en la sangre la extraña química del calor de su cuerpo filtrándose en la roca que lo soportaba. Su corazón palpitaba y los músculos de sus piernas saltaban con una energía producida por algo más que el simple temor.

Tras cerrar los ojos y respirar profundamente durante unos minutos, sus músculos se calmaron y una lánguida sensación de maravilla se apoderó de él. Su mente estaba vacía. El cielo sobre él tenía un peso, una realidad que nunca había experimentado antes. Le sujetaba con seguridad en su sitio. Y aunque tenía los ojos fuertemente cerrados, se sentía agradecido por su abrazo.

Plenamente tranquilo, contempló su gran espacio interior y observó las presencias arracimadas que se movían allí. Una oblea de luz se separó de las brumas y tembló ante él. Latía con su respiración y lentamente dio paso a una escena.

Era un callejón lleno de tierra con paredes manchadas de óxido. En un extremo, bajo un parche de luz, peleaban dos hombres. Era una lucha terrible. Uno de los hombres estaba ya de rodillas, tratando de protegerse el cuello. Una y otra vez el otro le golpeaba con saña en la nuca. El hombre arrodillado se dio la vuelta y Sumner atisbo la expresión lastimera de su cara antes de que el otro hombre se inclinara sobre él y empezara a saquearle los bolsillos. Cuando acabó, se levantó y se dio la vuelta. De la garganta de Sumner escapó un gemido. Era el dorga del que acababa de escapar.

Se debatió para despertarse, pero sus esfuerzos sólo le acercaron más a la ancha cara. Indefenso, observó cómo los ojos planos y los labios oscuros y arrugados, llenos de saliva, se acercaban más. Un espasmo de miedo le sacudió (Se la abrí, maldito comemierda); de repente empezó a ver y oír desde el interior de la cabeza del dorga.

(¿Qué tengo aquí?) En la mano tenía billetes arrugados, un poco de dinero suelto y unas cuantas baratijas personales. Se metió los billetes y el cambio en el bolsillo. Miró las baratijas, dándoles la vuelta una y otra vez, considerándolas como un lune (¿Qué son estas porquerías de mierda?). Llaves, un chip de encendido, seda dental, una cadena de oro grabado: Vivirás mientras ames. Estella. (Comemierda ojos de cerdo.) Lo tiró todo menos la cadena. (No merecía la pena. Ahora tengo que cargarme a otro. ¡Gotz! Tendría que haber machacado a aquel gordo que salía de Comercio. Seguro que tenía algo. Para comer así, debía de tener algo.)

El interior de Sumner se revolvió cuando vio su propia cara deformada por el miedo en la mente del dorga. Abrió los ojos. Los fuegoluces verdosos flotaban en el cielo. Estaba de regreso en su cuerpo, su miedo era como un cable caliente en el estómago. Seguía sin poder moverse. Se esforzó durante un rato, intentando obligar a sus músculos a ponerse en movimiento, pero fue inútil. Tenía encima todo el peso del cielo. Por fin se rindió y se quedó allí, mirando hacia arriba, a través de la presión, el lugar donde las luces se desdoblaban y se desvanecían en la negrura.

Después de que su miedo se disolviera, se sintió abatido, vacío como un hueso. Su carne estaba pegada al frío suelo de piedra y había perdido toda la visión periférica. Los colores ondulantes era todo lo que podía ver, y le deslumbraban. Cuando cerró los ojos continuaban allí, girando a través del gran espacio de su mente: Qué grande es la mente del hombre, después de todo. Un estadio enorme. Abierto de par en par. Dispuesto a llenarse con todo lo que caiga en ella.

El vértigo y el miedo le sacudieron. Los colores se evaporaron, su centro cayó de nuevo, y voló. Un silencio inconmensurable le rodeó e incrementó su aprensión. ¡Agárrate!, gimió. ¡Agárrate! El cielo ardiente se revolvía en el espacio cavernoso de su interior, y se aferró a pensamientos desperdigados (si el mar te quiere, muchacho), imágenes (un callejón lleno de tierra)... ¡A cualquier cosa! ¡Agárrate a cualquier cosa! Piernas de color de miel, largas y esbeltas; era la mujer que había visto en el tren, la de las piernas bien formadas, los músculos firmes, sin moverse por las vibraciones del vagón. En el momento en que se cruzaron sus miradas, Sumner había vacilado. Los ojos

de la mujer eran grises como el cemento, fríos como papel de periódico. Su vida era privada y sellada. Entonces.

Pero ahora... ahora todo el cielo lúcido y vacuo caía hacia él. Estaba abierto de par en par.

Claridad. Exhaló suavemente. Se encontraba vacío, grande y hueco como una catedral. Su miedo remitió. La gentil compostura que había conocido antes regresaba, y con ella la cara de la mujer que vio en el tren. Flotaba ante él, pálida y esbelta como un gas. Ahora no había en ella nada privado o sellado.

Inmediatamente reconoció la indiferencia de sus ojos como una defensa. Con su actual lucidez no tenía problema en mirarlos ni en aproximarse y pasar ante ellos.

Tras los pómulos arqueados y la mueca desafiante de sus labios, era ligera y suave, casi acuosa.

Una irresistible ansiedad le azuzó cuando se dio cuenta de que no imaginaba nada. Su mente había encontrado a la mujer en algún lugar de la ciudad, y ahora estaba dentro de ella. Podía oír el profundo sonido de su sangre: wump-wump-ump-ump-wump, como el hondo croar de una rana. Sus pensamientos eran nebulosos, una difusa luz sepia girando esporádicamente en oleadas oscuras, rojo-sangre, feroces.

Al principio Sumner no comprendía qué le estaba pasando. ¿Está asustada? ¿Furiosa? Se sintió desorientado hasta que los latidos de su corazón se aceleraron para alcanzar un tempo irreal. Entonces comprendió qué era. No se trataba de su corazón, sino del movimiento de una cama. ¡Kauk! ¡Está jodiendo! Un escalofrío nervioso de soledad y furia le apuñaló. No quiero sentirla jodiendo, gritó para sí. Sin embargo, una caliente sacudida entre sus piernas le urgía a entretenerse, y tuvo que esforzarse para controlarse. Mientras se retiraba, el cuerpo de la mujer alcanzó el clímax, y le rodeó un estallido de luces aladas y pétalos radiantes.

Cuando volvió a ser él mismo de nuevo —el cielo presionándole, fundiéndole a la fría roca—, sus músculos estaban tensos, furiosos. Se sentía lleno de lujuria, mezquino, oliendo a sudor. Una imagen posterior se demoró entre las brumas tras sus párpados: sombras redondeadas de glúteos y senos, atisbadas rápidamente mientras se marchaba.

Otra vez trató de levantarse, pero estaba atrapado, esta vez parecía que no se debía al cielo sino a la celosa furia encerrada en sus músculos. Mantuvo los ojos cerrados, sin querer mirar de nuevo los fuegoluces que giraban. Y pronto empezó a vagar, demasiado irritado para preocuparle a dónde le llevaba la droga telepática.

Una cara animalesca surgió de la oscuridad y se detuvo para enfrentarse a él. Era un lobo, sus ojos brillantes como el cristal, sus pelos plateados radiando en torno a su hocico, removiéndose con luminosidad animada. Las joyas de sus ojos, demasiado salvajes para conocer el miedo, le observaban, rebosantes de propósito. La mirada era tan intensa como el silencio estelar.

Transfigurado por ella, la furia de Sumner vaciló. Inmediatamente, las bruscas líneas de la cara del lobo se soltaron, se volvieron transparentes, y otra cara quedó revelada. Era la suya propia. Al ver su forma regordeta, las mejillas hinchadas en torno a la nariz pequeña y chata, la barbilla floja, los ojos húmedos y separados, retrocedió y despertó, empapado en sudor y tembloroso.

Con un gemido de sorpresa y alivio, vio que estaba sentado. La parálisis había pasado. Y aunque sentía los músculos pesados y suaves como arena mojada y su interior estaba helado de miedo, pudo ponerse en pie. Advirtió que había pasado más tiempo del que imaginaba. La Nebulosa Cabra ardía brillante en el cielo. Dentro de poco sería medianoche.

Sumner agradeció haber sido tan meticuloso en sus preparativos, porque ahora se sentía demasiado vacío para pensar. Ya había dispuesto en su sitio y comprobado todo lo que necesitaba. Sólo hacía falta coordinación y, como de costumbre, suerte. Mucha suerte.

Tras unos minutos de caminar en círculo para fortalecer las piernas y aflojar los músculos agarrotados de su espalda, bajó la escalerilla de incendios. El saco trucado permanecía en el rincón oscuro donde lo había dejado. El saco era de arpillera y estaba hinchado, como si contuviera quince libras de kiutl. Lo arrastró por el patio, y se quedó cerca de la verja metálica. La kiutl había dejado de hacerle efecto. Las densas sombras que envolvían los edificios de los alrededores no contenían voces interiores, pero sabía que le observaban. La presencia de otras personas era palpable como la sangre. En el centro del patio la verja contaba con una puerta que había preparado horas antes. Comprobó la cerradura para asegurarse de que se abriría, y se volvió para mirar la calle.

Hubo algunos movimientos fugitivos en un grupo de sombras a cien metros de distancia. Luego quietud. Mantuvo los ojos alerta, buscando algún movimiento. Ráfagas de luz de los reflectores a cada lado de la verja iluminaban todo el patio. Incluso los tejados eran visibles, y los observó con cautela por si algún francotirador tomaba parte en el juego.

Bruscamente, las sombras cobraron vida. Una jauría de perros furiosos atravesó corriendo el patio. Tras ellos había cinco hombres encapuchados. A Sumner le sorprendieron los perros, y apenas tuvo tiempo de atravesar la verja y arrastrar consigo su incómodo saco. Una vez al otro lado, echó las cadenas y cerró la puerta mientras los perros trataban de morderle los dedos salvajemente. Concluida esta operación, corrió con el saco en los brazos.

En la verja, los encapuchados maldijeron y sacaron sus armas. No hicieron ruido al disparar. Un sonido metálico chasqueó a sus pies, y un escalofrío de dolor retorció su hombro. Se palpó y arrancó un dardo. De su punta manaba un líquido blanco. ¿Veneno?, se estaba preguntando cuando le alcanzó otro dardo. Se lo arrancó rápidamente del culo, antes de que toda la toxina quedara inyectada. Por una vez, agradeció ser tan voluminoso. Tendrán que meterme un montón de porquería de ésta antes de derribarme.

Miró por encima del hombro y vio que los cinco encapuchados escalaban la verja. Mientras los vigilaba con un ojo con el otro buscaba la alcantarilla que había a unos pocos metros de distancia. La había destapado antes, y ahora rezó para que su coordinación fuera adecuada. El saco era más pesado de lo que esperaba, y tuvo que soltarlo antes de tiempo. Cuando se metió con dificultad por el agujero y cayó a la fétida atmósfera de la alcantarilla, uno de los encapuchados había saltado ya la verja y corría hacia él.

Manipuló la tela protectora que había colocado sobre el circuito y conectó el interruptor. No hubo gritos, sólo el castañeteo de los zapatos mientras el encapuchado que había pasado la verja corría hacia la boca de la alcantarilla. Sumner se hundió en la oscuridad, buscando la linterna que llevaba. La sacó y la encendió a tiempo de ver la bifurcación del conducto.

Tras él, el encapuchado había caído al conducto y chapoteaba en el agua. Un cuchillo resplandecía en su mano. En la bifurcación, Sumner dejó de correr y se agachó, dirigiendo la luz a derecha e izquierda. Había dejado una lata por aquí cerca unas horas antes, pero el remolino de cieno en sus rodillas era ahora más fuerte que antes. La corriente había arrastrado la lata. Rebuscó entre las aguas cenagosas hasta que sus dedos se cerraron sobre un resbaladizo mango de metal. Mientras lo alzaba, rompió el sello de corcho y dejó que la gasolina cayera a la corriente.

El encapuchado se acercaba a la bifurcación cuando olió la gasolina. Sin esperar a que Sumner la encendiera, dio media vuelta y corrió por donde había venido.

Sumner se internó más profundamente en el conducto. Más adelante, encontró la salida que había preparado. Fuera lo que fuera lo que contenían los dardos que le habían alcanzado, empezaba a hacer efecto. Se sentía lento y mareado. No obstante, tuvo fuerzas suficientes para salir de la alcantarilla.

Salió al otro extremo del patio y pudo ver la verja metálica. Cuatro cuerpos colgaban de ella. Una lluvia de chispas caía de las bisagras de la puerta donde la resistencia metálica

variaba. Los perros se movían en círculos, gimiendo tristemente.

Todas las farolas y las luces de los almacenes se habían apagado. Toda la zona se encontraba a oscuras excepto los destellos de la verja. Aun así, Sumner pudo divisar al encapuchado que le había perseguido. Había vuelto a salir por el agujero y había recogido el saco que Sumner dejó atrás. Lo llevaba al hombro mientras cruzaba el patio en dirección a una puerta estrecha. Pocos minutos después, se oyó el chasquido de la cerradura y el encapuchado se marchó.

Sumner sonrió diabólicamente. El saco contenía quince libras de explosivos envueltos en una fina capa de hojas de kiutl. Estaba preparado para explotar en cuanto se abriera.

Tras marchar el encapuchado, Sumner se acercó lentamente a la verja y contempló los cuerpos. Tres de ellos permanecían enganchados en lo alto y uno colgaba de una pierna. Todos despedían humo. Un nauseabundo olor a ropas y carne chamuscada se enroscaba a su alrededor. Donde los botones metálicos o las cremalleras tocaban la verja, saltaban chispas esporádicamente, salpicando el suelo.

Sumner sacó la lata de pintura en spray del rincón donde la había escondido. Con brazo inspirado y arrollador, garabateó sobre el asfalto: SUGARAT.

Se dio la vuelta y cruzó el patio hasta llegar a una puerta trasera que había dejado abierta. Tenía el coche aparcado a unas pocas manzanas de distancia. Tras dormir un par de horas para eliminar la toxina de los dardos, se dispuso para el Paseo.

Al día siguiente, sintonizó su escánsula con las emisoras de noticias. Dieron un informe meteorológico, un catálogo de barcos que habían llegado durante la noche, un recuento sobre un inexplicable apagón en la zona comercial, y un reportaje sobre una explosión que había destruido las oficinas de Navieras Camboy. El señor Camboy y otras dos personas sin identificar resultaron muertas en el acto.

Sueños dentados

Sumner se desperezó satisfecho, saboreando un tramo recto y despejado de carretera. La última vez que miró, vio un arroyo corriendo a su lado, tallando grietas, depresiones y agujeros en la roca. Pero mientras permaneció inmerso en sus recuerdos, el arroyuelo se había reducido a una cañada, luego a un hilillo, después a tierra llana resquebrajada y marchita por el sol.

Agujas y arcos de piedra castigada por el viento destellaban con un verde eléctrico bajo el intenso sol, y las grandes sombras de las nubes emigraban sobre el suelo del desierto. En la distancia inflamada, muy lejos al noroeste, una tormenta aislada descargaba sobre los llanos: era una masa de nubes púrpura, veteada de rayos que barrían cortinas de lluvia.

Las ondulaciones del terreno producían somnolencia, por eso no vio al desconocido de pie en la carretera hasta que estuvo a menos de cien metros de él. La figura permanecía inmóvil en una caligrafía de sombras. Todo cuanto Sumner pudo ver de él fue un sarape de vivos colores de arlequín y un gastado sombrero de cuero marrón con la ancha ala inclinada sobre el rostro. Sumner decidió no parar. Había algo beligerante en la forma de llevar puesto el sombrero y en su porte, los pies muy abiertos, las manos ocultas bajo el sarape.

¡Un pirata de caravanas!, pensó Sumner. Pisó a fondo el acelerador y se apretó al volante.

De repente, resonó un chirrido en la parte trasera del coche, y las luces del salpicadero se apagaron. Sumner pisó el acelerador, furioso. Sacó el chip de encendido y volvió a meterlo de golpe. Golpeó el volante y pateó el salpicadero, pero todo en vano. El coche se detuvo muy despacio, deslizándose sobre la carretera. Se paró exactamente donde se encontraba el extranjero.

¡Wog!

Sumner rebuscó bajo su asiento la barra de hierro, pero antes de que pudiera levantarla, las manos del desconocido asomaron bajo el sarape. Blandía una espada corta plateado-dorada con una hoja delgada y curva. Con destreza, se la pasó de una mano a otra.

Se hizo a un lado, de forma que Sumner pudo ver claramente a través de la ventanilla abierta. Entonces sacó una naranja del sarape y la lanzó al aire. Con una finta difusa, su fina espada cortó la fruta, y el zumo chispeó bajo la luz del sol. El extranjero volvió a envainar la espada, dejando que la naranja, todavía entera, cayera en la palma de su mano.

Se acercó a Sumner y le ofreció la fruta. Sumner se secó la cara empapada en sudor con la manga y extendió la mano para aceptarla. La fruta se abrió como un capullo.

Alzó la cabeza para mirarle a la cara; un dolor aplastante se retorció en sus entrañas. Era un mestizo grande con el aire feroz de un dorga renegado. Su piel era oscura y tensa, surcada de finas arrugas parecidas a nervios en las comisuras de la boca y los ojos. Sus orejas estaban retorcidas, y su pelo enmarañado sobresalía del ala de su sombrero en puntas y rizos. Su ojo izquierdo, el sano, era de color carne y estaba curiosamente sesgado. La cuenca vacía del ojo derecho estaba equipada con un élitro de espejo, un agujero luminoso en una cicatriz brillante y desgranada que salía de su cuero cabelludo y le alcanzaba la comisura de la boca.

—Me llamo Nefandi —dijo con acento Massel. Su voz era tan ronca como su cara, pero había un brillo de humor en su único ojo. Extendió la mano rápidamente y agarró a Sumner por la oreja. Sumner trató de apartarse, pero la presa de Nefandi era firme. Apretó la oreja del muchacho mientras acercaba el ojo. Sumner trató de no temblar mientras los oscuros rasgos se acercaban lo bastante para poder ver el humor amarillo de su único ojo. A su alrededor flotó una mezcla balsámica de sudor y una fragancia mustia como el champaca. Bruscamente, Nefandi le soltó y cogió una rodaja de la naranja que Sumner tenía aún en la mano.

Sumner trató de recobrar la compostura, pero los retortijones de sus tripas se habían convertido en una tenaza urgente.

—Soy Sumner Kagan. Yo...

—Encantado —reconoció Nefandi, cogiendo otro trozo de naranja. Sonrió locamente, con la boca llena de fruta.

Sumner apretó los muslos para contener un escalofrío diarreico.

—Mi coche...

—Pequeña máquina para llegar tan lejos en este desierto. ¿Adonde vas?

—Oh, ahora mismo a ningún sitio. Se ha calado —Sumner encogió todo el cuerpo para evitar hacérselo encima—. Tengo que defecar —dijo tímidamente.

—Adelante, radoo. Tranquilízate.

Nefandi abrió la puerta del coche y estiró a Sumner de la oreja.

—Por aquí, hombre. Descárgalo —sus manos apretaron juguetonamente los hombros, los brazos y el vientre de Sumner mientras le guiaba fuera del coche.

Sumner se metió entre dos promontorios de roca verde, se bajó los pantalones y se acuclilló. Nefandi le observó un instante y luego apartó la mirada, cansado. Tenía la mano bajo el sarape, aferrada a la empuñadura de su espada. Se preguntaba si debía matar o no al muchacho gordo. Sus ojos escrutaron el cielo, hasta el horizonte. Estaba vacío, y su mano se relajó. Todavía hay tiempo, se dijo.

Su ojo derecho, el del espejo, estaba equipado con un sensex que le permitía estudiar todo el espectro electromagnético. Al sureste detectó varias manchas infrarrojas. Podrían ser strohlplanos, y eso explicaría el débil sonido de estática que procedía de allí.

Escrutó de nuevo el horizonte, más despacio, con el sensex desplegado para captar todo el alcance bioespectral. Al este había una bruma anaranjada procedente de la vida

vegetal más allá de los llanos. Al norte y al oeste nada, sólo las yermas extensiones de Rigalu Fiats. En su sensex, el terreno verde aparecía gris. La única biorrespuesta era una débil fluorescencia rosada a poca altura en el cielo, fruto de la interacción de las bacterias del aire.

Miró de nuevo hacia el oeste. La estática cosquilleó en su mejilla, y su entrecejo mientras desplegaba el sensex hasta sus límites. Buscaba psinergia, la fuerza vital. Una energía azul oscuro brilló por un instante sobre la gris desolación. Estaba a unos cuarenta kilómetros de distancia. Tal vez era el niño-voor que tenía que destruir.

Desde que lo depositaron en Rigalu Fiats, detectó una fuerte psinergia en la zona. Lo sentía como una sensación muscular furtiva, definitivamente bioespectral en su naturaleza, pero hasta ahora no había podido verla o localizar su proximidad con exacta precisión.

La energía bioespectral, la psinergia o kha, como la llamaban los voors, lo traspasaba todo. Así había logrado localizar a Sumner: un puntito escarlata en la distancia. Cuando tuvo el coche a la vista, supo por su lustre titilante que no iba a reducir la velocidad. Por lo que el inductor de campo en la empuñadura de su espada, había neutralizado el motor.

¿Ha merecido la pena?, se preguntó, consciente de que cada vez que empleaba el inductor revelaba su posición exacta a todos los distors tempolaxos del desierto.

Se concedió un momento para despejar la mente. Sabía con claridad que su única esperanza de encontrar al voor se desvanecía. Tras dos días de circundar esta ciudad fantasma se sentía exhausto y soñoliento, y bajó la cabeza para contemplar la polvorienta patena de sus botas, esperando vaciar su mente.

Nefandi era un hombre artificial, diseñado y bioingenierizado por los eo, una poderosa tecnocracia situada a cuatro mil kilómetros al norte. Allí, un mundo de ensueño se había convertido en realidad: un mundo sin distors, insatisfacciones o muerte. Era una avanzadilla de un imperio cósmico más grande que el pensamiento humano, donde los placeres más absolutos estaban abiertos a todo el mundo. El entretenimiento favorito de Nefandi era el coobla, una no-droga estimuladora del cerebelo que le llenaba de bienestar.

Psifabricado por sus creadores para enfatizar el placer sobre la individualidad, Nefandi había saboreado incontables veces el inmenso encanto del coobla y jamás quedaba saciado de él. Era un perfecto producto de su sociedad. Su cuerpo había sido desarrollado por los eo en el bosque id de las afueras de la ciudad biotectónica de Cleyre para servir como ort, un criado manual. No recordaba nada de su época ort, pues entonces sólo existía su cuerpo. Siglos más tarde, después de que aquellos para quienes había sido creado dejaran de necesitarle, los eo permitieron que emergiera su mente. Vivió libre durante un tiempo, mientras los eo observaban en qué podía ser útil. Nefandi habría podido viajar y explorar el mundo en el que había sido creado. Entregarse a la inmensa cultura que lo rodeaba y aumentar su conciencia y valor social. Pero su psifabricación fue más fuerte que su libre albedrío, y se entregó al coobla, a la beatitud de la alegría que atenazaba los nervios.

Transcurrió toda una vida de deleite inmitigado antes de que gastara sus recursos y los eo le quitaran el coobla. Para regresar a su trance extático necesitaba un benefactor, alguien que le proporcionara un empleo y le pagara con coobla. Y por eso servía al mentediós llamado Delph.

En un momento dado, el Delph llegó a convertirse en el ser más poderoso del planeta. Un siglo antes de la creación de Nefandi, la voluntad del Delph era tan grande como la tierra. Era el pórtico al multiverso, y los contornos del mundo manifiesto eran la forma de su capricho. Y sucedió así porque el Delph podía recibir y conducir la sutil psinergia que radiaba del corazón galáctico. Pero la psinergia que desprendía era direccional y cambiante. A medida que las pautas de las estrellas cambiaban, la psinergia galáctica se fue reduciendo, y el Delph volvió a ser nada más que un hombre. Seguía siendo el Delph

por título, y animaba una tecnología no igualada en ningún otro punto del planeta, aunque su único poder real era su misterio.

Dio a Nefandi forma de asesino para protegerse contra los mentedioses con otras fuentes de poder hasta que su propia psinergia de origen estelar regresara. Durante muchos años, Nefandi cumplió la voluntad del Delph persiguiendo distors tempolaxos, criminales eo y voors cuya gama psíquica rozaba a los mentedioses. Después de cada muerte, Nefandi regresaba a Cleyre, Nanda o Reynii y se le permitía perderse de nuevo en el coobla durante unos pocos años.

Esa era la historia de Nefandi: el placer como fetiche. ¿Y por qué no?, se preguntaba con frecuencia. ¿Quién era él, después de todo? Un ort sin padres. Había llegado a creer que la conciencia era su delirio, y a veces se angustiaba preguntándose si estaba completo o si su alma era sólo ansia. Es inútil reflexionar. El destino es demasiado grande para que lo controle una sola mente.

Los pensamientos y el ansia se desvanecieron mientras se relajaba, y una vez más sintió un fuerte y firme pulso de kha en algún lugar, al oeste. Miró en derredor, pero no había nada a la vista.

El kha a veces era elusivo, especialmente en las regiones azules. Cuanto más corta era la longitud de onda, más avanzada era la inteligencia tras ella. Normalmente. En la gama bioespectral el sol aparecía deslumbrantemente azul. Las plantas kiutl y las águilas arpías también eran azules. Y los voors.

Los humanos brillaban con un verde-amarillo cambiante. Por eso decidió no matar al muchacho gordo. El kha de Sumner era dorado como una erupción solar. Su soma es fuerte y sin taras, observó Nefandi mientras Sumner se subía los pantalones sobre su ancho y tembloroso trasero. No tiene sentido destruir a una criatura tan rara.

Cuando por primera vez agarró a Sumner por las orejas, sintió el pulso de su garganta y palpó las glándulas. El muchacho tenía un corazón fuerte, y aunque su peso era excesivo, se trataba de una obesidad encubierta. Las células del tejido adiposo no habían empezado aún a romper la simetría de su cuerpo. Estaba claro que era un problema neurótico y no biológico. Al ayudarlo a salir del coche, Nefandi había palpado unos pocos ganglios neurálgicos con la intención de liberar un poco la tensión somática encerrada en los músculos circundantes. Fue inútil. Bajo la grasa, el muchacho era duro como el ladrillo.

Mientras se abrochaba los pantalones, Sumner pensó en echar a correr, pero la idea era una locura. Nunca conseguiría regresar andando a McClure. No sobreviviría. Sería presa fácil para las ratas-canguro y los lagartos venenosos, y esa idea le hizo regresar apresuradamente al coche.

Nefandi se estaba comiendo la naranja que Sumner había olvidado sobre el salpicadero.

—Quiero que me lleves con tus voors —dijo mientras mordisqueaba la fruta.

Sumner se envaró, y la intención de mentir se retorció en su garganta. Nefandi acariciaba el Ojo de Lami que colgaba dentro de su coche. El sol destellaba sabiamente en su ojo-espejo.

—El coche está estropeado —murmuró Sumner.

Nefandi sonrió y metió una mano en su sarape. El coche se puso en marcha.

El corazón de Sumner dio un brinco.

—¿Quién eres?

—Hay mucho que contar. Sube al coche.

Sumner se agachó y se situó a duras penas tras el volante. Nefandi arrojó su sombrero al asiento trasero y se acomodó a su lado. Se acercó a Sumner, éste notó que su aliento era caliente y oscuro.

—Cuéntame todo lo que sepas de los voors.

Sumner se encogió de hombros y pisó el acelerador.

—Son sólo unos amigos que tengo carretera abajo.

—Los voors nunca son amigos.

Sumner vaciló ante la animosidad de la voz de Nefandi.

—Los voors cuidan de sí mismos —Nefandi terminó la naranja y tiró la piel por la ventana—. Son un nido. Así es como se denominan. Ni tribu ni familia. Nido.

Su voz era brusca, y Sumner trató de cambiar de conversación.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Para ti no significaría nada —Nefandi escupió una pepita por la ventanilla—. Háblame de los voors.

—Una mujer y su hijo —murmuró Sumner—. Jeanlu y Corby. Ella hace encantamientos.

—¿Y el niño? ¿Es tempolaxo?

Sumner hizo un gesto de ignorancia.

—¿Tiene el niño poderes mentales? —presionó Nefandi.

Sumner se encogió de hombros, y el hombre tuerto le golpeó en la oreja.

—¡Cuéntame!

El coche zigzagueó, y Nefandi puso una mano en el volante y la otra en la garganta de Sumner.

—Y no mientas.

Sumner se atragantó y jadeó.

—Corby es fuerte.

Nefandi le soltó y se reclinó en su asiento. Una sombra de satisfacción se vislumbraba en su ojo.

La vergüenza congestionó la respiración de Sumner, y su visión se ensombreció. Pensó en aprovechar la ventaja del poco poder que tenía. Un golpe súbito de volante en el momento adecuado y los dos pasarían rápidamente al Más Allá. ¿Sería lo mejor? Miró a Nefandi y se vio reflejado en el ojo-espejo. Le sorprendió ver que no había miedo en su reflejo. Las cuencas brillantes de sus ojos miraban sin expresión alguna por encima de las carnosas mejillas. Se sintió satisfecho consigo mismo, pues sabía que aquel hombre podía matarle.

Nefandi sacó un cheroot y lo encendió. El olor agudo y mugriento del coche y del muchacho era nauseabundo incluso con las ventanillas abiertas. Le costaba trabajo creer que un kha tan único perteneciera a esta corpulenta criatura. Oro radiante, se maravilló. Sin duda tiene una tarjeta blanca.

—Engendraste a Corby, ¿verdad? —preguntó, y el tenso silencio del muchacho fue su respuesta. Observó los pliegues de grasa de las piernas y caderas de Sumner sacudiéndose con las vibraciones del coche. Todo hambre y miedo—. ¿Por qué vuelves?

—Necesito zords.

—Quieres decir kiutl y joyas nido. —Volvió la cara hacia la ventanilla para inhalar aire fresco.

Dejaron atrás los llanos, y atravesaron un cañón cuyas paredes brillaban con álamos, tamariscos y sauces. Entonces se internaron de nuevo en las ruinas verdes, y echó la cabeza hacia atrás.

—Soy un mata-voors, muchacho. Puede que Corby sea el que estoy buscando —Nefandi dio una larga calada a su cheroot y dejó que el humo serpenteara al salir por su nariz—. Te lo digo porque tal vez tengas que ayudarme. Y si me engañas, te mataré.

Los nudillos de Sumner se pusieron blancos.

—¿Quién eres?

—Me ha enviado el Delph, un antiguo Poder... el mismo Poder que dio forma por primera vez al Protectorado Massebôth. Vigilamos lo que queda de la humanidad e impedimos que los voors y los distors se reproduzcan demasiado —hizo un anillo de humo—. Si cooperas conmigo, te recompensaré bien.

El terror de Sumner se convirtió en pánico, y pareció hundirse en su asiento.

—¿Qué puedo hacer?

—Por ahora, sólo conducir.

Nefandi asomó de nuevo la cabeza por la ventanilla, y Sumner relajó su tenaza sobre el volante. Trató de buscar un comentario casual y formuló una pregunta para matar el silencio:

—¿Puedes decirme qué es todo esto?

Nefandi se apartó de la corriente.

—¿Qué?

—Rigalu Fíats. ¿Qué es esto?

—Una ciudad antigua, ¿no?

—¿Pero por qué es verde? ¿Y por qué brilla?

Nefandi se colocó el cheroot en la comisura de los labios.

—El verde procede de las sales y compuestos como el oxiclورو de plutonio y los diuranatos de sodio y amonio. El brillo nocturno es sulfato de zinc excitado por el sol. Y la rigidez y aridez son el resultado de los subsiguientes desplazamientos de la ola de calor que se expandió por toda esta zona.

La expresión de Sumner era blanca como un huevo.

—Rigalu fue una ciudad kro —continuó Nefandi—. Una de las más grandes del continente. Pero los terremotos y las tormentas raga la destruyeron de la noche a la mañana. Los reactores nucleares, y los había a montones, fueron cartones al viento.

—¿Reactores?

—Centrales de energía. Los Masebôth los han prohibido. Los kro usaban materiales radiactivos sólo para calentar agua que hacía funcionar unas turbinas. Qué poca previsión, ¿verdad? Toda esta zona se calentó. —Tiró la ceniza en el amasijo a sus pies—. Y habría permanecido caliente durante cientos de miles de años.

Sumner gruñó.

—Qué estupidez. ¿Quién lo limpió?

—El Delph antes de que se desarrollara por completo. Fue lo mejor que pudo hacer en ese momento.

—Háblame de la gente que vivía aquí.

—Los kro eran como los Masebôth. Como toda la gente. —Mordió su cheroot y habló entre dientes—. Una caliente amalgama de ambiciones e ideas ardiendo de generación en generación. Víctimas de la memoria.

—¿Pero quiénes eran?

Nefandi se quitó el cheroot de la boca y estudió el extremo encendido.

—Les gustaba el fútbol. —Dejó caer al suelo la ceniza fría—. Naturalmente, había más tiempo para divertirse en aquellos días. Los distors eran raros, y no había voors. El norte era el sur para los kro...

Nefandi se interrumpió. Habían dejado los llanos hacía un rato. Ahora pasaban junto a pinos aislados y solitarios enebros en un paisaje fantasmal de nudos de arenisca, cúpulas, torretas y ensenadas.

Sumner siguió la mirada de Nefandi, y entonces lo vio también. Tras una pared suelta de roca había un enorme pangelín que les miraba belicosamente, pateando el suelo y resoplando.

—Bestia malhumorada —susurró Nefandi—. Éste debe ser su territorio.

Sumner redujo la velocidad y empezó a apartar el coche a un lado.

—No —advirtió Nefandi—. Va a atacar tanto si nos movemos como si nos quedamos quietos. Quédate en el centro de la carretera. Así hay menos probabilidad de que se rompa un eje. Y no reduzcas la velocidad.

Sumner iba a objetar algo, pero en ese momento la espada corta pareció volar a la mano de Nefandi. Sumner se inclinó hacia adelante y agarró el volante con todas sus

fuerzas.

Cuando pasaron junto al pangolín, el animal cruzó la calzada hacia ellos. Sumner quiso acelerar, pero la carretera se encontraba particularmente en mal estado en este trecho, y supo que perdería el control si iba demasiado rápido. Mientras intentaba vigilar al mismo tiempo la carretera y el pangolín, volvía la cabeza atrás una y otra vez.

—Conduce tranquilo —ordenó Nefandi—. Mantén la velocidad constante. Y cuando te lo diga, frena con fuerza.

El pangolín galopó al lado del coche, encogió la cabeza y cargó.

—¡Ahora! —exclamó Nefandi, pero Sumner tuvo miedo de frenar.

Pisó a fondo el acelerador... demasiado tarde. La dura nariz chata cargó contra la puerta. Sumner combatió con el volante mientras el coche se sacudía violentamente hacia un escarpado. El guardabarros derecho chirrió contra las rocas y se desprendió. Pero antes de que Sumner pudiera hacerse con el control del coche, el pangolín, ondulando sus escamas rojo latón con la carrera, cargó de nuevo. Con un chirrido explosivo, la defensa se desgarró y se perdió de vista dando botes. Sumner agarró con fuerza el volante. El coche osciló terriblemente y regresó al centro de la carretera.

—¡Haz lo que digo! —aulló Nefandi—. ¡Agárralo fuerte...! ¡Fuerte!

El pangolín corrió junto al coche y encogió la cabeza para cargar de nuevo.

—¡Frena!

Las ruedas chirriaron, el coche se paró con un brinco y se caló. Nefandi chocó contra el parabrisas y vio primero al pangolín. Había adelantado al coche y volvía de nuevo a la carga.

—¡Pon en movimiento esta caja de zapatos!

Sumner estaba frenético. Sus manos juguetearon con el chip de encendido. El motor se ahogó dos veces; entonces, cuando él pangolín ya se cernía sobre ellos, el coche dio otro brinco. La nariz del animal golpeó el guardabarros trasero. El coche se inclinó hacia un lado y luego se enderezó.

Sumner pudo sentir la carga de la bestia a través de los pantalones, pero Nefandi le urgió a no ir demasiado rápido. El pangolín se acercó por el lado del pasajero, y Sumner esperó ansioso la orden de Nefandi para que frenara. No quiso mirar. Oyó el pesado gruñido de la criatura, y observó una nube brumosa de polvo a su alrededor levantada por sus pezuñas. Eso fue suficiente. Pegó los ojos a la carretera y se preparó para la orden de Nefandi. Ésta no llegó nunca. El pangolín se inclinó para atacar, y Nefandi asomó el brazo por la ventana. El plano de la espada golpeó el ojo de la bestia y la derrumbó con una explosión de polvo.

—Mutra, eso estuvo cerca —dijo Sumner con voz quebrada.

Nefandi sacó otro cheroot. Mientras lo encendía, Sumner advirtió lo firmes que permanecían sus manos, y se mordió con envidia el labio inferior.

Nefandi tardó un momento en reagrupar sus pensamientos. Agradeció no haber tenido que activar la espada. La sorpresa era un elemento esencial para cazar a los voors. Pero el miedo del muchacho casi le había hecho emplearla. La carretera llena de baches volvía a entrar en los llanos. Una libélula de cuatro alas se pegó contra la puerta y luego se soltó y se desvaneció mientras la arena verde siseaba bajo los neumáticos.

—Tienes que aprender a agarrar las cosas con más fuerza, chico.

Sumner asintió, secándose con la manga el sudor de la cara. Miró por encima del hombro para asegurarse de que el pangolín no les seguía.

—Dije «aprender». Espero que te dieras cuenta. —Dio unas cuantas caladas al cheroot y luego lo depositó en el salpicadero para que su humo se enroscara entre ellos—. Es natural sentir miedo cuando se está amenazado. Tienes que aprender a calmarte. El secreto es separar los hechos de los sueños dentados.

Sumner se humedeció los labios y le miró perplejo.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo Nefandi; su voz era como metal serrado—.

Pensamientos estáticos. Fantasías nerviosas. Molares royendo pesadillas. Sueños dentados.

—Ya —dijo Sumner con cautela.

—Saltas con tu propia sombra. Relájate.

Sumner meneó la cabeza. Quería cambiar de conversación urgentemente.

—Ese Poder que limpió Rigalu Fíats... el Delph. ¿Qué lo creó?

Nefandi no respondió. Miró por la ventana, aspirando pensativamente su cheroot. Sumner sintió que la conversación había terminado, se mordió el labio y volvió a mirar las plateadas curvas de la carretera. Por delante, la visión se doblaba en el calor que emanaba de las rocas.

A la izquierda, se formaban dunas de arena verde-cromadas en torno a arcos pulidos por las tormentas. A la derecha, se cernían sobre ellos doscientos metros de piedra caliza. Matojos de hierba roja, mimbre y cedros cubrían las rocas en forma de cráneo.

Tras una curva cerrada apareció la salida. Sumner la tomó y condujo el coche hasta un refugio de árboles de grandes troncos y paró el motor. El escenario más allá de los árboles era de pesadilla. La casita de adobe con el techo de coral apenas era reconocible bajo velos de cuscuta y arveja que habían cubierto sus paredes. Los pies de los setos de flores bajo las ventanas se habían caído, barro seco manchaba los escalones de cedro, el tejado estaba hundido y faltaban la mayoría de las tejas. El estanque del cráter y la choza de techo azul no podían verse a través de los vapores miásmicos que brotaban lentamente del suelo junto a la casita. Sumner sintió que se le encogía el corazón.

Pero Nefandi estaba excitado. El temor y la ansiedad compitieron en su interior mientras abría la puerta del coche. La sensación muscular que le había atenazado durante días lo envolvía. Definitivamente, había voors cerca, y aferró la espada mientras salía del coche. Hierba alta como un hombre, sesgada y amarilla, cubría lo que una vez había sido un jardín. Los lechos de arena blanca delante de la casita se arracimaban contra las paredes, llenos de hojas marchitas.

Advirtió que en la sombra la tierra no era seca, sino negra y resplandeciente. Observó el terreno y vio que lo que la luz capturaba no era barro, sino gusanos negros y brillantes. Los había por doquier, arrastrándose y revolviéndose en las sombras. Un movimiento le hizo alzar la cabeza. Era humo... no, era un enjambre de moscas que salía de los árboles y se dirigía hacia él.

La mano que ocultaba bajo el sarape retorció rápidamente la empuñadura de su espada. El débil campo de energía que le rodeó deflectó al enjambre, pero unas pocas moscas, más salvajes que las demás, lo atravesaron y le picaron. Mató a una de ellas. Era grande, verde y brillante, de mandíbulas grandes y ojos rojos.

El miedo fue más fuerte que su ansiedad, y miró con cuidado alrededor. Todos los árboles estaban salpicados de extraños hongos, y una capa iridiscente cubría muchas de las ramas y troncos. Los vapores amarillos y marrones que emanaban de la tierra junto a la casita desaparecieron, pero les alcanzaron bocanadas nauseabundas. Una ráfaga de viento trajo consigo un velo de humo que olía a vómito y un sonido de ropas aleteando en un cordel.

Un cuchitril tiemposcuro, pensó, comprobando con el sensex. Dos seres transparentes pasaron lentamente sobre la casita. Estaban tan cerca que pudo ver sus crestas afiladas y los cilios ondulando por los bordes de sus cuerpos. Entre los cilios, detectó dos bolsas colgantes repletas de púas.

¡Raéis!, exclamó casi en voz alta. ¿Qué rauk están haciendo los raéis tan al sur?

Los raéis se alejaron de él, y contuvo el impulso de volver al coche. Los raéis eran una forma de vida creada hacía siglos por los eo para proteger sus primeros asentamientos. Estaban diseñados para llevar nematodardos. Éstos eran pequeños y finos, pero podían dispararse a larga distancia, y contenían una neurotoxina instantáneamente letal.

Nefandi continuó vigilando a los raéis mientras miraba alrededor. No podía creer que los voors vivieran así. Sabía que eran meticulosos con lo suyo excepto en la ancianidad, cuando se replegaban en su tiemposcuro y perdían poder. Pero si tenía que fiarse de la álgida psinergia que cosquilleaba en su piel, en este lugar no había voors viejos.

Tras escrutar el patio y la casita con su sensex, Nefandi no detectó ninguna energía bioespectral azul, sólo un destello naranja procedente de las plantas. Estaba perplejo. Su carne titilante le decía que tenía delante al menos a seis o siete voors, pero ninguno de ellos emanaba kha. Es imposible, se dijo, templando su miedo.

—¡Mutra! —Era Sumner. Estaba saliendo del coche y se detuvo en la puerta.

Nefandi siguió su mirada y al contemplar el cielo se quedó inmóvil. Uno de los raéis se hallaba justo encima, brillando entre los árboles: era una forma gelatinosa, grande como un hombre, informemente intrincada: una masa de claros rizos gelatinosos ondeando al sol. El viento cambió y el rael se volvió, desvaneciéndose en su transparencia.

—¿Qué era «o? —gimió Sumner. Por un instante, pensó haber visto una mancha de sangre rodeada por una fina red azul dentro de una cosa bulbosa y arrugada.

—No lo sé —mintió Nefandi, observando al rael y a sus compañeros a través de su sensex mientras rodeaban la casita. Ese rael estaba tan cerca que pudo matarme, advirtió. ¡Alerta!

Pero había demasiadas inseguridades que valorar a la vez. ¿Por qué no estaba muerto? Los raéis y los eo se habían opuesto a la autocracia del Delph desde que el poder del mentediós empezó a disminuir. ¿Qué hacían aquí estos raéis si no le cazaban? ¿Dónde estaban los voors que percibía pero que no podía ver? Todos sus sentidos gritaban peligro, y tuvo que mirar con atención el vacío del cielo para calmarse.

Sumner trotó tras Nefandi mientras se acercaba a la casita. Por alguna razón, las moscas no molestaban a Nefandi, por lo que se acercó más. El hedor de cosas muertas y los vapores que procedían de la tierra le hacían rechinar los dientes. Quiso marcharse desesperadamente. Su corazón martilleaba y las moscas y los hongos azules y verdes se arremolinaban, grandes como cristales de cuarzo, en los troncos de los árboles, agudizando su miedo.

Al llegar a la casita, Sumner observó que la puerta se hallaba cerrada. Estaba marcada con un gran parche de brillo, como si un gusano gigante se hubiera arrastrado por encima. Se sintió aliviado al ver que Nefandi no trataba de entrar. Las ventanas estaban manchadas de barro y polvo, que impedía ver el interior. Las moscas zumbaban alrededor, el sonido de la ropa aleteando al viento se hizo más fuerte y luego remitió.

Sumner buscó algo que conservara su naturalidad. Pero todo el patio languidecía de deterioro: todos los troncos de los árboles se hallaban hinchados y grises, el terreno a su alrededor era tierra resquebrajada. Incluso la hierba estaba revuelta con nódulos de hongos azules o brillaba con barro y gusanos.

—Vamos al otro lado. —La voz de Nefandi le asustó. Se oyó baja y amable, casi sorprendida, como si hubiera un tinte de miedo en ella. Sumner vaciló, pero las moscas se cernieron sobre él cuando Nefandi se marchó. Dando manotazos, corrió tras él.

Tras la casita, bajo los tamarindos que circundaban el estanque, se encontraba Corby, sentado desnudo en la alta hierba. El lodo del borde del estanque, negro y brillante como la piel de un sapo, moteaba su cuerpo. Estaba sentado con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. La tierra a su alrededor se hallaba oscurecida por el decaimiento de las cosas: matojos podridos y arrugados, los excrementos púrpura de algunos pájaros, una huella estrecha por donde había reptado una serpiente. Una florecilla colgaba como una llama contra el oscuro estiércol, sus pétalos rojos temblaban y se doblaban con el viento.

La mente de Corby estaba centrada en ella. Intentaba anular la enfermedad, las olas alternativas de miedo y laxitud. En un instante, se encontraba tendido en el barro, temblando de pena porque su madre estaba muerta y su casa en tiemposcuro. Al

siguiente, se hallaba sentado, molesto por su angustia. ¿Acaso no era un voor? ¿No había sido formado de luz, una y otra vez, en incontables mundos? ¿Cuántas madres, hijos y amantes había conocido y perdido? Nada podría cambiar eso. Y nada podía evitar que lo que era ahora se disolviera en el futuro.

Su razonamiento le tranquilizó en una languidez ausente. Pero sólo duraría unos minutos. Luego, el miedo de encontrarse solo volvería a formarse en su interior. Para evitarlo, se concentró por completo en la flor que había junto a su pierna. Gradualmente, su visión osciló y se redujo mientras las tensiones internas remitían. El viento cambió y la ropa colgada entre los árboles dejó de restallar. Por un momento una calma muerta se esparció sobre el estanque. Olores soñolientos de piedra mojada y agua quieta se espesaron, pero no lo advirtió. Su consciencia estaba fija en la flor.

Pronto sólo quedó de él un ovillo de energía que envolvía el tallo y sus pétalos. Dentro, estaba solo, la luz del sol cambiaba suavemente, el calor fluía a su través. Su mente quejumbrosa permanecía quieta, deslumbrada por el zumbido de la planta, las fibras capturadas por la luz.

Más profundamente, otro yo más tranquilo cobró consciencia. Era el mage, su parte atemporal, el espíritu nómada que recordaba muchos cuerpos, muchos mundos. Ahora que la mente estaba fija, anclada profundamente en la diminuta planta, el kha se abrió en su propio mundo: una vasta oscuridad mental granular y rebosante de energías vitales.

En esa brillante oscuridad, Corby se explayó. A partir de aquí podía moverse en cualquier realidad. Miró alrededor. Un escalofrío de sangre soplabla de un rincón de la oscuridad donde los voors muertos y sin espíritu revivían sus vidas como el alma nido. Reconoció una zona donde la oscuridad era total. Ése era el corazón celular de su vida, la ruta al cuerpo. Pero no quería caer en ese pantano. Había fijado su mente en la flor para escapar de su enfermedad. Un descenso a la lenta quemazón del cuerpo, con sus pantanos de células y su energía muscular, haría que los pensamientos recomenzaran. Y no podía sujetarse a las olas de deseos sin raíz, olores de muerte y recuerdos enmarañados que surgían de la oscuridad de los voors muertos.

En cambio, esperó. Su mente se enroscó en la flor, su kha despierto pero inmóvil. Mientras pudiera mantenerse así, consciente pero sin actuar, era él mismo, su propio yo. Ni un aullador ni un voor. Era un delicado estado del ser, fácilmente perdido. Pero en el brevísimo instante que duró, pudo verse por lo que era: puro ser, exultante, sin medida. Era su cuerpo (fuera cual fuera la forma que pudiera tener), y las pautas de energía que chispeaban a través de su cuerpo que limitaba su consciencia. Sólo ahora, en este instante, era libre. No había pensamientos. Ni sensaciones. Sólo ser, lúcido y solitario como el espacio.

Corby saboreó su libertad hasta que su kha empezó a sacudirse. Era incansable. Quería cambiar de forma a través de sus recuerdos o sombravijar con los pensamientos en la mente de otra gente. Pero lo contuvo un poco más. La tensión entre su neurología humana y su consciencia humana era jubilosa. Un momento antes, la misma diferencia había sido angustiosa. Ahora, al menos, sus dos partes resultaban más fáciles de controlar. Podía divertir su mente con la chispa vital de la flor, mientras que su kha recorría los mundos recordados. ¿Qué vida sería esta vez?

Se proyectó hacia atrás a través de sus recuerdos más profundos. Pronto encontró lo que estaba buscando y dirigió su kha a un mundo ancestral al que sólo podían ir un puñado de voors más fuertes.

El mundo se llamaba Unchala. Era el recuerdo voor más antiguo. Tan antiguo que sólo aquellos con un kha extraordinario podían convocarlo. Aquellos que podían regresar a menudo, porque la belleza del lugar era absorbente y consumidora. Experimentarla, aunque fuera una vez, dejaba fuertes e innombrables deseos que tardaban meses en desaparecer.

El cielo de Unchala, como lo recordaba, era una cascada de energía estelar: luz

perlada, brillante y cambiante. Los primeros voors ancestrales vivieron en esa energía, absorbiéndola como plantas, sintiéndola como música. La larga curva hacia fuera de energía aclínica los atravesaba y creaba una percepción llena de distancia, flujo y color. El silencio se desplegaba y se extendía en golfos de corrientes de luz. Seguían matices, sombras, meandros. La forma de ser voor, que evolucionaba con Unchala, se abría continuamente, consciente de sus mayores posibilidades. Había música en la luz de las estrellas que se refinaba con la distancia y se fundía con otras energías en un sonido líquido: las gentiles y distantes canciones de otras galaxias. Y había orgasmos, destellos, estallidos de sensación mientras Unchala giraba para encarar su único sol.

Pero no... Corby no quería recordar el día en Unchala. Esos recuerdos eran intensos hasta el delirio, absorbentes. Era mucho mejor quedarse con la noche, donde las energías eran separables y tenían forma.

La noche en Unchala era un tiempo contemplativo. La consciencia voor se expandía y profundizaba, escuchaba con toda su magnitud las débiles y solitarias canciones astrales, o buscaba en los caminos estelares las fuerzas menos tensas y más salvajes que separaban el universo. Sin embargo, cuanto más se esforzaban los primeros voors, más profundamente se agrandaban las distancias. La percepción no tenía límites: se extendía más allá del alcance, más allá de todas las imágenes y sensaciones de la experiencia voor, e inundaba a los voors de asombro y de una serenidad indomable. El universo era infinito, un multiverso con su forma en constante cambio.

Al ver el universo de esa manera, los límites desaparecían y todo era posible. Con el tiempo, los voors evolucionaron más allá del tiempo. Cuando la órbita de Unchala decayó y el planeta se precipitó en el colapsar que era su sol, los voors habían evolucionado hasta el punto en que pudieron dejar atrás sus formas físicas. Sin cuerpo, la consciencia voor se mezcló con la radiación que fluía hacia el agujero negro y se convirtieron en la más amplia luz viajera que brilla a través del multiverso: la psinergia misma. Al flujo de radiación que llevaba las pautas psinergéticas a través del infinito, lo llamaban Iz.

Algo chasqueó y arrebató a Corby de su ensimismamiento. El viento se agitaba por encima del agua y zumbaba a través de la alta hierba. La flor en la que se había concentrado se apretaba en las sombras. La planta-zángano zumbó, y su mente regresó a sí misma.

Las sombras eran iguales. Sólo había pasado un instante. Se frotó la cara con las manos y se desperezó. Su ansiedad había desaparecido. Los pocos instantes que había transcurrido en Iz viviendo su pasado le habían tranquilizado.

En su nueva calma, se sorprendió como siempre por los poderes regenerativos de su kha. Se preguntó si sería capaz de mezclarlo con su mente para así poder saber muchas de las cosas que ahora sólo podía sentir. ¿Cómo sería si pudiera trasladar sus recuerdos a imágenes sensoriales humanas?

Se tendió en el barro frío y miró a una capa gris de nubes. Por lo que recordaba de su pasado, contempló cómo sus sentidos aulladores percibirían su ancestral mundo natal.

En aquel rincón del universo no quedaba nada más. La galaxia de Unchala tenía mil millones de años de antigüedad antes de que el planeta se formase. El cielo sería negro noche y día para los ojos de los aulladores. Cuatro o cinco enanas blancas distantes brillaban contra un denso muro de nubes de hidrógeno: una cáscara de gas estelar expelido durante los estertores de muerte de la galaxia.

La vista más espectacular debía de ser el sol de Unchala. Verlo desde lejos debería de ser verdaderamente sorprendente: dos fuentes de energía irisada lanzadas en direcciones opuestas. Formando un puente entre ellas aparecían arcos incandescentes de plasma que brotaban de los surtidores principales. Los dos torrentes de luz destellaban como auroras: un rojo ahumado en los bordes donde las corrientes de plasma se lanzaban y caían y un azul gris iridiscente, brillante como el hielo, en las corrientes centrales que se apartaban una de otra. Parecía una binaria mal formada, pero en realidad era una sola

estrella.

La negrura entre los chorros de luz era el cuerpo colapsado de la estrella. Una vez, cien millones de años antes de que hubiera vida en Unchala, la estrella oscura había sido una súper gigante roja. Una enana blanca compañera se convirtió en una pelota que, al final de su vida, se colapso. Formó una enorme discontinuidad entrelazada... un agujero negro. Todo lo que se aproximaba era atraído por la inmensa gravedad del colapsar: fotones, asteroides, cortinas de gas interestelar. Dentro, la discontinuidad lo asimilaba todo.

En los polos, sin embargo, el campo de gravedad era más débil, motivando un hecho inusitado. La trama del espacio-tiempo no se había cerrado del todo sobre sí misma, y permitía que la energía fluyera: géiseres de fotones de alta frecuencia borboteaban contra la negrura de la galaxia moribunda, la luz del corazón del infinito.

Unchala se encontraba emplazada sobre uno de esos polos. Era una roca de la mitad del tamaño de la Tierra. Antaño, fue una estrella en forma de pelota. Ahora quedaba sostenida por un contrabalance de la débil gravedad polar del colapsar y otras estrellas oscuras cercanas luchaban por liberarla. Capturada entre estas dos fuerzas, gravitaba directamente en línea con el corazón desnudo del agujero negro, rotando lentamente. Cada punto de su superficie se encaraba regularmente al colapsar y era barrido por el torrente de radiación.

La superficie de Unchala era desolada. Nada podía sobrevivir a la intensa radiación. Pero bajo el caparazón calcinado del planeta, florecían microorganismos en el interior carbonoso rico en energía. Algunos mutaron y se adaptaron para vivir en las capas más calientes de la corteza. Con el tiempo, apareció en la superficie un organismo protegido por una capa de silicio. La criatura era el primer antepasado vour. Era microscópica y de corta vida, encerrada en una réplica instantánea del caparazón del planeta.

Quinientos millones de años después, la superficie de Unchala no estaba poblada ya de cráteres, ni era llana, o desprovista de aire. Sobre ella se habían acumulado vastos arrecifes de calcio y silicio, como coral, dominando el paisaje. Pronto empezaron a escalar al cielo negro y los residuos metabólicos gaseosos de los metazoos de su interior brotaron, formando, después de eones, un rudimentario techo de nubes.

Con una atmósfera para respirar y para filtrar la fuerte energía, evolucionaron rubiplastos... células altamente complejas que usaban la luz azul-gris del colapsar para la fotosíntesis.

Siguió una explosión de nuevas formas evolutivas, todas ellas contenidas dentro de los inmensos arrecifes. Sólo los rubiplastos podían exponerse al exterior, y ni siquiera ellos podían sobrevivir lo suficiente sin disponer de células de refuerzo dentro del caparazón de silicio.

Por entonces, los arrecifes ya se alzaban trece mil metros sobre la superficie. Eran estructuras deshuesadas y tubulares con colosales ramas nudosas. Su interior resultaba intrincadamente complicado y lleno de un denso humus de sistemas vivientes, todos integrados de forma simbiótica alrededor de la capacidad para capturar la luz de los rubiplastos. Empezaron a tener consciencia poco después de que un conjunto múltiple de lentes se desarrollara dentro de las aperturas de la cima de los arrecifes. Con estos prismas estelares, los primeros voors filtraron selectivamente la radiación cósmica, y a medida que su consciencia se abría, observaron cómo se desplegaba el universo.

Corby se rió en voz alta al imaginar a un ser humano ante un vour completamente desarrollado. El aullador probablemente ni siquiera se daña cuenta de que la montaña que le rodeaba estaba viva. Grande, inmóvil. Sí, pero qué extraña era la vida en el interior de aquellos arrecifes silenciosos. Consciencia infinita, de cientos de miles de años. Imposible de abarcar con un cerebro de aullador.

Ah, bien...

Se puso en pie y se quedó así, balanceándose un momento. Desde donde estaba,

podía ver el flujo de vapores marrones alzándose desde el punto donde había enterrado los tallos amuleto de Jeanlu. Los amuletos, llenos de extrañas bacterias que habían mutado a partir de su miedo-psinergia, liberaban metano, amoníaco y humos sulfurosos. Cuando dejara este lugar maldito, Corby se sentiría feliz. Desde que Jeanlu había muerto, habían aparecido moscas extrañas y salvajes, gusanos negros y hongos pútridos, atraídos, tal vez incluso creados, por un desequilibrio de su poderoso kha. Formas de miedo. Pronto toda la zona que le rodeaba sería completamente inhabitable.

Las ropas del cordel estaban secas. Olisqueó su limpieza y caminó junto a ellas hasta un baño de metal al borde de la laguna. Las moscas zumbaban a su alrededor, pero ninguna llegó a posarse. Las ignoró mientras examinaba la larga base de agua. Estaba tibia y jabonosa. Con una patadita, redujo el fuego de las pequeñas ramas que chasqueaban en la arena de debajo y empezó a frotarse con una esponja empapada.

En lo alto, visible más allá de la maraña de ramas, daba vueltas un rael. Su remolino de formas era urgente: Ven al centro. Ven al centro y extiéndete.

Corby lo espantó, una mueca exasperada en su cara de niño. Márchate. ¿No os dije a todos que me dejarais en paz? ¿Por qué seguís aquí?

El rael destelló sobre el estanque. Su cuerpo transparente no arrojaba ninguna sombra sobre las aguas rizadas. Ven al centro, Corby.

Corby dio la espalda a la criatura.

Estoy en el centro. ¿Qué queréis?

Proteger y servir. No puedo dejarte. Ir es quedarse. Eso es lo que nos has dicho.

Quedarse es ir. Márchate de aquí.

Eres mi guía, mi maestro. No puedo irme.

Los otros se marcharon. Comprendieron lo que les quería decir. Ve con ellos.

Ven al centro y extiéndete.

Corby se dio la vuelta para encararse al rael. Miró el borde fangoso del estanque donde lacios hilos de hierbajos se amontonaban en una escritura casi reconocible. Tras un instante, adquirió la calma necesaria para oír al rael. Céntrate y extiéndete. Expresa.

El rael brilló como si titilara con el viento. El hombre que ha venido es oscuro... un vagabundo del borde del vacío.

Soy consciente del hombre. No es ninguna amenaza para mí.

Una amenaza conocida para mí. Indiferente a la vida. Es un matador de voors, bien armado. Déjame matarlo.

¡No! Corby miró fijamente al rael, tratando de sondear sus intenciones más profundas. Pero, al igual que otras inteligencias artificiales que había conocido, su consciencia era incompleta, densa como la lana. Todo lo que sentía con seguridad era que odiaba al hombre que acababa de llegar con Sumner, Nefandi. Pero Corby no podía permitir que lo matara. Aquello no le parecía bien al mage que había en su interior. Márchate de aquí. El hombre no es ninguna amenaza. Trataré con él a mi manera. Pero tienes que irte, o le provocarás. ¿Comprendes? Mi proyecto es más vasto que el de Nefandi. Vete.

El rael guardó silencio. Otro rael se acercó flotando desde la casita. Se había escondido, esperando la orden de matar a Nefandi.

Corby se concentró en la vivida maraña de olores que procedían del estanque. Le molestaba que estas pequeñas formas de vida estuvieran retrasándole, perturbando la claridad que necesitaba para tratar correctamente con su padre y el ort asesino. Después de reprimir su furia, miró a los dos raéis que gravitaban sobre él. Sé que es duro para vosotros. Os hicieron los humanos. Sois artefactos biológicos diseñados para espiar y matar. Pero estáis aprendiendo. Si recortáis el mundo para que sea lo bastante pequeño para convertirlos en su centro, os quedáis sin nada... solos. La especialización limita la expresión. Renunciad. He explicado todo esto antes. ¿No lo comprendéis? Los hechos son extensión. Id y reflexionad sobre ello. Lo discutiremos más tarde.

Los dos raéis se marcharon flotando, desilusionados. La brisa se los llevó pronto; se

elevaron rápidamente y desaparecieron. Corby sintió un atisbo momentáneo de piedad. Los raéis, aparte de la misión para la que habían sido diseñados, eran inútiles. No tenían herencia, ni precedentes ancestrales, ni cultura. Los había creado la misma tecnología que formó a Nefandi. Las cuestiones de esencia y significado tenían mucha importancia para ellos, y como el suyo era el kha más poderoso que habían conocido, creían que tenían las respuestas.

Había pasado la mayor parte de su infancia con ellos y con el deva, otro ser artificial. Fueron sus compañeros de juegos, y en la unión telepática que compartieron con él, les había mostrado Unchala y los largos vagabundeos-voor de Iz. Ellos le enseñaron lo poco que conocían de la cultura que les había formado. Sus creadores se llamaban eo, y vivían en un reino privado muy lejos, al norte. No quedaba ningún otro dato sobre ellos en la memoria de los raéis.

Corby los apartó de su mente y continuó enjabonándose. Ahora tenía mucho que hacer. No había tiempo para reflexionar sobre las peculiaridades de los raéis.

Al otro lado de la finca se movían Sumner y Nefandi. Corby podía sentir su miedo, lo que le hizo sonreír. Llevaba toda la mañana sintiendo su aproximación, y ahora que estaban aquí se relajó por fin. El ritual se desarrollaría como había sido planeado, y Jeanlu tendría su oportunidad de completarse.

Corby dejó caer la esponja dentro del baño y se metió en el estanque. Se impulsó con fuerza y se colocó de espaldas para dejar que el agua le lamiera. Flotando boca arriba, mientras contemplaba los enormes bancos de nubes que volaban sobre él, pensó en Nefandi.

Aunque no lo conocía en persona, vio claramente la cara tensa y con un solo ojo: cicatriz brillante, barba chocante, pelo trenzado, ojo inyectado en sangre. Como si le conociera de toda la vida. Y en cierto modo así era. Cuando estaba en trance con su yomage alerta en su oscuridad celular, todos los recuerdos voor eran suyos: todos los pensamientos pergeñados por su pueblo estaban abiertos para él. Iz. Así se llamaba. Una misteriosa igualdad que enlazaba todas las mentes voor. Una dimensión más amplia que el tiempo, cambiante, sombría, imposible de comprender.

Iz le reveló a Nefandi. Conocía bien al hombre y sus traiciones, pero éste no era el momento de entretenerse con recuerdos. Los recuerdos deben empezar y terminar en la sangre, se recordó. Permanecer cerca de la sangre.

No pensó más hasta que Nefandi, seguido tímidamente por Sumner, apareció rodeando la parte delantera de la casita. Entonces se zambulló bajo el agua para limpiarse el pelo de los últimos rastros de barro. Cuando salió a la superficie, le estaban mirando.

A Nefandi le molestó la criatura que salía del estanque. Era blanca como la porcelana, pequeña como un niño y se movía despacio y con agilidad a través del agua verde. Los tamarindos de la orilla reflejaban la luz del sol y por eso el borde fangoso de la laguna chispeaba. Con aquella luz moteada, la criatura parecía ondular como un espejismo. Más de cerca, sus rasgos sobresalían del blanco sudario de su rostro, una máscara imposible de descifrar: ojos incoloros, planos y sin expresión bajo un denso entrecejo; la nariz, los labios y la barbilla de un muñeco. ¿Dónde está su kha? ¿Por qué no tiene kha?

El sensex no respondía ante el niño. Aparecía como una sombra gris, vacía de energía biospectral. Como si estuviera muerto, pensó Nefandi. O... Ajustó su sensex, y cuando el niño salía a la orilla vio a través de él su cuerpo claro como el aire. O reteniendo toda su psinergia. Pero eso es imposible. Tiene que usar algo para mantener su cuerpo con vida.

Entonces lo vio. El distort le miró, la cabeza transparente, a excepción de una semilla negra en la profundidad de su cerebro.

Entra en la casa. Iré a por ti más tarde.

Las palabras crujieron en la mente de Nefandi, se dio media vuelta y empezó a caminar

en dirección a la casa. Antes de darse cuenta de lo que hacía, había dado la vuelta a la esquina de la finca. La orden mental había sido tan vivida y terminante como su propia voluntad. Sólo después de llegar a la puerta pudo captar lo que había sucedido: ¡Lamí! ¡El voor es un mentedios! Corby había amasado todo su poder en un punto tan violeta que parecía negro. ¿Es posible? Nefandi quedó anonadado. Abrió la puerta de la casita y entró sin pensar. Control completo sobre mí. ¡Completo!

Dentro, la compulsión que tensaba sus músculos chasqueó, y volvió a ser él mismo. ¿Cómo? Ninguna forma física puede sustentar un kha con una frecuencia tan alta. Imposible. Pero ha sucedido. Acabo de verlo. Maldición, yo... Se interrumpió. Por primera vez en muchos años, sus pensamientos deambulaban sin dirección. Era una sensación aterradora, pues significaba que estaba perdiendo control. Pérdida de control. Ya casi ha sucedido. Madre del Tiempo, esa cosa de ahí fuera... Tomó el mando de su mente y se concentró. Sus músculos se desataron con fluidez y miró a su alrededor.

La habitación era espaciosa y se hallaba llena de delicadas criaturas de luz. En el aire flotaban olores ahumados de madera curtida y plantas secas, aunque no se veía ningún tallo amuleto. De una de las gruesas vigas colgaba una alfombra de muchos colores. Nefandi la identificó inmediatamente como un veve. Estaban bordadas en él las once escenas tradicionales, las reconoció todas, menos una, como los hogares ancestrales de los voor. El resto de la habitación era normal: mesa, cama, cocina. Se acercó a un estante sobre el horno y seleccionó una lata llena de té amarillo. Con toda normalidad, sacó una tetera de una pila de utensilios que colgaba sobre una estrecha cama, la llenó con el agua que encontró en una jarra junto a la mesa y encendió el fogón.

Comprendía lo importante que era mantener la calma. No sólo porque estar ansioso no serviría de nada, sino especialmente porque sabía que todo lo que sentía y pensaba sería recordado por aquella habitación. En su sensex podía percibir aún cómo el brillo amarillo eléctrico se volvía rojo en el lugar donde había pisado al entrar en la habitación. El resto del cuarto estaba vacío de psinergia, suave y liso, como si en él no viviera nadie.

Para contener su propia psinergia, Nefandi sumió su mente en autoscan. Mientras esperaba a que el agua hirviera, se acercó a la ventana junto al horno y escuchó los árboles sacudidos por el viento, dejando que el sonido le llenara y limpiara su mente.

Su tensión desapareció, dejándole enteramente como era: tanta carne suave como el queso, tantos huesos pesados. Contempló difuminarse la iluminación de la tarde, las motas de polvo akándose y cayendo en el brillo que entraba por la ventana. Fuera, un cuervo aleteó entre las ramas muertas, y Nefandi observó las nubes impulsadas por el viento, gravitando sobre una cadena de colinas. Junto al estanque del cráter, el niño voor caminaba al lado de Sumner. Antes de que le diera tiempo a preguntarse nada, Nefandi se concentró en la bruma que se levantaba de la orilla empapada, que se revolvía en las sombras, y se disolvía en el aire.

La tetera chasqueó cobrando vida y Nefandi volvió su atención hacia ella. Encontró una taza de barro en el alféizar. Era de color marrón oscuro con un pulpo negro envuelto en sus propios tentáculos grabado en un lado. Echó varios dedos de té en la taza y sirvió el agua hirviente. La bebida adquirió un color verde, desprendió un fuerte olor. Llevó la taza a la mesa y se sentó junto a un ventanal. Una nube de moscas revoloteaba entre los árboles mustios. Varias de ellas chocaron contra la ventana con tanta fuerza que cayeron al alféizar; sus cuerpecitos resplandecientes como joyas rodaron locamente un momento antes de volver a echar a volar. Los árboles mustios parecían atormentados, la corteza pelada, cubierta de hongos.

Sorbió el té, el calor inundó todo su cuerpo. Los pensamientos trataban de formarse a través de la pantalla de sensaciones que le ocupaban. ¿Qué pasa con el chico gordo? ¿Adonde le lleva? ¿Qué va a pasarme? Pero no les prestó atención y se perdieron. La superficie del té, con su luz de satén, capturó su mirada, y estudió la mezcla de color, olor y calor. Su rostro quedó aislado en el agua verde. No había nada en que pensar.

Sumner estaba aterrizado. Todo su ser se tensó en cuanto vio asomar la blanca cabeza del niño en la superficie de la laguna, y se preguntó de nuevo pero con más fervor que nunca: ¿Qué estoy haciendo aquí? Tengo que estar loco para haber venido a este sitio.

Cuando Nefandi se dio súbitamente media vuelta y se marchó, Sumner sintió una desesperada necesidad de huir. Pero se quedó pegado al suelo. La sonrisa de negras encías de Corby era una cuchillada en su cara blanca; sus ojos claros no sonreían, fríos como la fiebre. Nadó hasta la orilla y le envolvió un olor a moscatel.

—Bienvenido. Te he echado de menos —dijo con su voz suave y sincera. Extendió la mano, pero Sumner rehusó aceptarla.

—¿Dónde está Jeanlu? —preguntó.

La cara de Corby, bajo la luz jaspeada, no mostró ninguna emoción.

—Está muerta.

Sumner miró los largos y suaves dedos de lodo que se extendían hasta el agua. Pensó en decir algo, pero no se le ocurrió nada.

—¿Te gustaría verla? —preguntó Corby.

Sumner pareció inquietarse.

—¿Su cuerpo?

—Su cuerpo está esperando. Allí detrás. —Señaló un enrejado cubierto de moho rojo.

—¿Esperando? —dijo Sumner—. ¿Qué?

—A ti. —Corby hizo un gesto a su padre para que le siguiera—. Fuiste el único consorte con el que concibió. Te he estado llamando desde que murió.

Sumner no se movió. Tenía las manos hundidas en los bolsillos, los dedos furiosamente retorcidos. El viento refrescó, e inspiró profundamente. Si no temiera tanto a Corby, le odiaría. Me manipula como si fuera una máquina... ¡foc! Miró por encima del hombro para buscar a Nefandi, pero el hombre se había ido. Una risa histérica se tensó en su interior. El primer signo de un vóor auténtico y se va con el rabo entre las piernas.

—Todas las joyas nido de Jeanlu son tuyas —dijo tranquilamente Corby—. Tiene seis o siete.

¡Wog! El corazón de Sumner se aceleró. Cogió una piedra del barro y la tiró de lado al estanque de manera que rebotara cinco veces antes de hundirse. Una sonrisa caldeó su cara y pensó: Sabías que he venido por eso, ¿verdad?

Corby asintió.

—Yo mismo puse allí el pensamiento. Tenía que hacer que vinieras de alguna forma.

Sumner asintió también, a la vez asustado y tranquilo. ¡Seis o siete joyas nido! ¿Qué quieres que haga?

—Eso es algo entre Jeanlu y tú. Primero, deberías verla.

Sumner empujó con el pie una raíz rebelde hasta hundirla en el fango. Creí que habías dicho que estaba muerta.

—Así es. Pero su cuerpo espera. Serás el último en verla.

Un espasmo de inseguridad se retorció en la barriga de Sumner. No comprendo.

—Por supuesto que no. Eres un aullador. —Los silenciosos ojos de Corby podían ser burlones, indiferentes, o cualquier otra cosa.

El niño le guió entre los tamarindos hacia el enrejado al otro lado del estanque. Por el camino, Sumner contempló los árboles que estaban cerca de la parte delantera de la casita, sus troncos y ramas hinchados y moteados. Una resina ámbar goteaba por la corteza brillante.

—Cuando Jeanlu agonizaba —dijo Corby—, me asusté mucho. Nunca había estado sin ella. Mi miedo retorció mi kha y cambió el terreno.

Por dentro, Sumner hervía de ansiedad, pero siguió a Corby en silencio. Se preguntó a dónde habría ido Nefandi, y por qué. Le resultaba difícil imaginar que el miedo destellara

en la mente que había detrás de aquel ojo único y de aquella cara partida.

El enrejado era una de las tres paredes de un recinto. Las otras dos también se hallaban llenas de enredaderas y piedras manchadas de moho rojo. Corby se detuvo junto a una estrecha entrada flanqueada por postes de piedra grabados con imágenes de serpientes entrelazadas. Sumner observó que el recinto estaba abierto al cielo. Una bandada de cisnes se movía en la distancia, y le pareció que oía el largo chirrido de su deambular.

Corby, aún desnudo pero seco, con la piel hinchada y blanca como un leño descolorido y los ojos remotos, dirigió su brazo infantil hacia la entrada. Sumner se humedeció los labios, tenía los músculos de la mandíbula tensos. Estaba atrapado entre su necesidad de las joyas nido prometidas y su miedo. Súbitamente, sintió curiosidad por saber cómo había muerto Jeanlu, pero, temiendo oír la respuesta, pasó junto a Corby.

El recinto era pequeño, sólo entrar quedó frente a Jeanlu que se encontraba sentada en una silla de cara a la entrada. Su rostro y sus manos estaban recubiertos por las negras marcas parecidas a conchas que había visto hacía años en su abdomen. Sus rasgos se hallaban resquebrajados y brillantes, pegados a los huesos, dando a su cara el aspecto de un cráneo. Un párpado permanecía arrugado y cerrado en mitad de la cuenca, el otro abierto, revelaba la mitad inferior de una cuenca azul lechosa y la media luna de un iris dorado.

Sumner se enderezó. La hierba en torno al pelo de Jeanlu aparecía pálida y marchita sobre una roca resquebrajada de negro alquitrán. Un débil y rancio olor a mar flotaba en el aire, y durante un loco instante pensó que aquel cadáver le estaba mirando, aunque sus ojos estaban nublados.

Apartó la mirada del rostro. Jeanlu llevaba sandalias de junco, pantalones blancos arrugados y una abultada túnica de hierbas y flores, secas y vidriosas. Alrededor de su cuello y sobre la túnica colgaba un elegante collar: broches de platino enrollado y soportes repujados con una joya nido grande adornada con seis más pequeñas.

Sumner se acercó involuntariamente, los ojos fijos en la gran joya verde, grande como su puño. Una tranquilidad fangosa llenaba el aire a su alrededor, y su mente eludió las palabras y el miedo. Una luz fría y líquida, como vista a través de la niebla, se formó en la órbita de su visión y empezó a tomar forma. No podía apartar la mirada. Una imagen encantadora, como la añoranza del hogar, más cálida que un sueño reparador, se formaba a ambos lados de la radiancia convulsionada de la joya. Le abrumaba con distantes olores de raíces, el púrpura de las tardes de verano antes de los monzones, la luz brumosa de las estrellas, el timbre de una voz de niña que se disolvía en la distancia...

Una mano helada le agarró por el codo. Corby estaba a su lado.

—Es fácil caer, ¿verdad?

Sumner se enderezó con un respingo. Sin darse cuenta se había inclinado sobre el cadáver, con la nariz a unos pocos centímetros de la joya. Retrocedió unos cuantos pasos y reprimió un escalofrío de repulsión. La cara de Jeanlu brillaba como el carbón.

Tras salir de allí, se dirigió a la luz del sol. El calor le penetró, y empezó a darse cuenta de lo mareado que estaba. Sus oídos resonaban y la boca de su estómago le ardía de frío. Maldita joya nido. Tosió, tratando de suavizar el helado encogimiento de su vientre. Su mente zigzagueaba, y tenía la vejiga llena. Parecía que algo de sí mismo había quedado atrás con el cadáver.

Miró al cielo mientras orinaba en la hierba. Su orina olía a humo, y el alivio al arrojarla de sí aclaró gradualmente su cabeza. Cuando se abotonó los pantalones, volvió a ser él mismo.

Corby le esperaba entre los tamarindos. Sumner siguió al niño por la orilla hasta el lugar donde unos diminutos pantalones y una camisa ondeaban al viento. Corby se vistió rápidamente y luego guió a Sumner a un baño lleno de agua jabonosa.

—Lava tus ropas —ordenó el niño—. El sol calienta y el viento es fuerte. Cuando

termines de lavarte, estarán secas. Entonces puedes volver y coger tus joyas. No está bien que las toques sucio.

Se marchó en dirección a la casita, y Sumner hizo lo que le dijo. Se afanó, pues en cuanto Corby se marchó, las moscas empezaron a revolotear a su alrededor y a picotearle.

Corby caminó despacio hacia la casita, mirando directamente al sol. Su brillante calor era el lazo más fuerte que tenía con su yo-mage. Su madre se hallaba sumida en lo más profundo de su tiemposcuro, y acababa de enviar a su padre a un lusk. No había manera de justificarlo con su cerebro aullador. Se esforzó por recordar que era un voor y que había visto muchos reinos de luz.

Nefandi, por mucho que la memoria de sangre de Corby le despreciara, tenía un propósito, y a los voors les desagradaba matar a seres conscientes de sí mismos. Cuando Nefandi llegó con Sumner, fue lo bastante cauteloso para no tratar de ordenar cosas. Incluso después de ver a los raéis, no usó sus inductores de campo. Nervios templados, se dijo Corby. Razón de más para mantenerlo con vida.

El destino de Sumner era diferente. Su tiempo se había agotado. En cuestión de momentos, se difuminaría mientras Jeanlu llenaba su cuerpo. Los voor lo llamaban lusk. Sumner quedaría sujeto a la voluntad de Jeanlu, y su cuerpo sería la nueva forma de ella. Juntos completarían el trabajo para el nido: se enfrentarían al Delph y le obligarían a dejar de matar a los voors avanzados. Por fin, los mentedioses voors podrían sobrevivir, los nidos se unirían y utilizarían sus psinergías colectivamente. Desde luego, quiso creer Corby, eso justifica el lusk.

El voor recordaba la primera vez que vio a su padre, aquel día en que le llevó a Rigalu Fíats. Había utilizado su kha para mirar profundamente en él, y lo que vio entonces le sorprendió y le entristeció: el veve de Sumner, el tótem de las experiencias de su kha, era impresionante: todos predadores. No tenía referentes humanos en su pasado, excepto lo que su sangre podía contarle de sus antepasados. Pero le llevaría toda una vida aprender a escuchar su sangre.

Sumner nunca había tenido un cuerpo humano antes. Sus memorias-kha eran todas viscerales, unidas por cadenas de instintos, ansia y miedo. Nada de compasión o respeto. Sólo recuerdos pelágicos de terrenos que se expandían, luchas y pautas de lucha formadas a lo largo de eones, y ecos de olores de presas que surgían del barro oscuro. Sin embargo... ¿qué le había dado al kha de los animales la psinergia para ser humano? Sumner era más de lo que nadie hubiera conjeturado todavía.

Corby creyó entonces que su padre era tempolaxo, guiado por Iz. Pero cuando sondeó más profundamente, buscando a través de los recuerdos de Sumner, vio algo que le convenció que el destino de su padre estaba íntimamente enraizado con su pasado animal.

Era un recuerdo infantil de un caballo con una oreja roja y un diamante blanco sobre la nariz. Sumner tenía unos siete años, y su padre le había llevado a uno de los campos de equitación de la zona norte de McClure. Era un día en el campo, con la intención de romper el tedio de un invierno largo e inesperado, el primer y último invierno que Sumner experimentaría. Mientras montaba erguido y valiente en la silla del caballo, sucedió algo extraño. El calor del animal y su olor oscuro y musculoso se apoderaron del niño y excitaron, en lo más profundo de él, un ansia desconocida: quiso lastimar a aquella cosa peluda de ojos líquidos. Hojas en su cabellera, la fría bruma en su aliento... de alguna manera, lo haría sufrir.

Cuando llegaron a un estanque helado, trató de que el caballo lo cruzara. En cuanto entró en él, el hielo se resquebrajó, y el caballo cayó... Después, su padre y el dueño del caballo cogieron un rifle, una lata de gasolina y se dirigieron al estanque. Al oír el disparo y ver el humo elevándose entre los árboles, Sumner supo lo que había hecho... pero no

por qué.

Corby comprendió. Ese día, mientras se retiraba de la mente de Sumner, la voz del niño insistiendo («No lo sé»), se llevó consigo una imagen: el recuerdo de un niño en un prado entre bardanas y hierba helada. Reinaba la oscuridad, y nubes negras atravesaban un cielo gris sobre los fríos lagos. Contra el silencio colgante de un árbol pelado, la bruma brillaba como plata en sus finas ramas, se quedó mirando la oscura masa en el hielo. Corby se estremeció, porque sabía que el niño pasaría el resto de su vida allí parado.

Nefandi estaba sentado junto a la ventana, la taza medio vacía en las manos,, cuando Corby entró en la casita. Los ojos del voor eran brillantes y fluidos como el cristal.

—Viniste para matarme, ort... pero yo soy el sueño más fuerte.

Nefandi se levantó, un miedo elemental marcaba su rostro, iba a abrir las manos. Antes de que pudiera completar el gesto, un martillo de voz le golpeó entre los ojos y cayó al suelo.

Corby pasó sobre su cuerpo encogido y le susurró un cántico en una lengua nocturna. Mareado, Nefandi se puso en pie y el voor le condujo a través de la áspera luz hasta el coche.

Para Corby, Nefandi era meramente el fondo de la pauta. Otros le reemplazarían hasta que el Delph que le utilizaba fuera destruido. De forma estúpida, Nefandi creía que su trabajo era justo: limpiar el planeta de voors y distors... como si unos y otros no tuvieran la intención y el resplandor del destino.

Después de que Nefandi abriera la puerta y se arrastrara al interior del coche, Corby le tocó y le despertó.

—Eres sólo un arma, ort. —Corby cerró la puerta y el motor cobró vida—. Eres forma, no vida. —Los oscuros ojos del voor relucían como hielo nocturno—. Vuelve con tu Delph y dile que los voors han creado una forma propia para que les vengue.

El coche se puso en marcha y empezó a rodar. Corby se quedó observándolo entre los vapores deshinchados hasta que el vehículo se perdió de vista. Estaba en un espacio vacío de poder. Podría romper la mente de Nefandi con un pensamiento. Con dos pensamientos podría desdoblarse aquella mente y tomar el cuerpo para sí. Pero era un voor... era más que el ciego espasmo de una mente. Era la pauta, y todos sus pensamientos, miedos y ambiciones formaban sólo una parte de esa pauta. Sentía, más que sabía, su propósito.

Regresó a la finca y se tendió en el jergón de Jeanlu. De las paredes colgaban ornamentos de luz solar, y se sirvió de su belleza para tranquilizar el torbellino de emociones internas. Los momentos se separaron. Una parte de su ser miraba cuarenta mil años atrás, la última vez que el campo magnético de este planeta se había alzado y los voors tomaron forma humana. Los voors llamaban a ese tiempo Sothis: diez mil años en los que los voors y los aulladores compartieron la tierra. El conocimiento había pasado libremente del nido a los otros simios que vivían entonces. Los aulladores aprendieron de los voors las figuras estelares, el poder madurador de la tierra y la fuerza abstracta de sus propias mentes. Pero eran más violentos de lo que los voors soñaban. Cuando el campo magnético regresó, los voors que quedaron en la tierra fueron finalmente perseguidos y sacrificados como monstruos y hechiceros. Así terminó Sothis.

Corby se retorció y su atención cambió de memoria a percepción. En su entrecejo y su mejilla se tensaron suturas de luz de sol, y un tejido de sonidos cubrió la ventana: la estática de las moscas, la densidad del viento y el ruido acuático de Sumner en la piscina. La pauta lo era todo. Venganza, pena, estrategias, sólo eran los espacios en la pauta. A través de la ventana observó el conjunto de árboles arrasados que se inclinaban contra el claro vacío del cielo.

Corby estaba cambiando en el interior de su cuerpo. El enorme poder de luz desenmarañaba las formas de su interior, rehaciéndolo. No sabía qué forma estaba

tomando. Para ser real y fuerte, el cambio tenía que ser total. Incluso su mente iba a ser rehecha por Iz.

Un cúmulo de pensamientos llenó el vacío de su consciencia, y recordó Sothis y el vagabundeo infinito, y por qué el kha corría con tanta fuerza a su través: era un mage voor, Corby Dai Bodatta, vengador de Sothis, cazador del Delph... y no era nada. Los aulladores tenían una sociedad tecnológica inestable al norte; estaba aquí para impedir que destruyeran a los voors... y no estaba aquí en absoluto. La pauta de consciencia de la ventana mostraba un mundo de luz triunfante y árboles sacudidos por el viento. ¿Ves cómo es todo?, se dijo con su último pensamiento.

Ortigas de esplendor violeta cargaron el aire en torno al niño y la expresión se esfumó de sus rasgos. En pocos minutos los ojos y las aletas de la nariz se cubrieron con un borboteo rosa, y las ropas que vestía se separaron de su carne vidriosa e hinchada. El contorno de sus huesos se suavizó y una telaraña dorada empezó a fluir de sus poros.

Sumner terminó de bañarse y se vistió apresuradamente con sus ropas húmedas. En lo único que podía pensar era en las joyas nido. Corrió para escapar de las moscas y se dirigió hacia el enrejado flanqueado por piedras. Entró en el recinto sin dudarle, pero no miró a la cara del cadáver. Se quedó inmóvil ante ella, las manos cruzadas, contemplando las sandalias de junco. Sentía que le debía alguna muestra de respeto. Un momento después, con los ojos todavía esquivos, sin querer siquiera mirar de reojo aquella cara aplastada de plástico negro, se inclinó sobre ella. Un olor punzante de carne quemada sofocó su nariz. Contuvo la respiración y cerró los dedos en torno a la cadena de platino. Fue entonces, al tratar de sacar el collar por su pelo enmarañado, cuando vio sus ojos. Estaban abiertos de par en par y le miraban.

Dio un brinco hacia atrás, pero al mismo tiempo las manos negras y arrugadas saltaron con rapidez mecánica y lo cogieron por la garganta. La tenaza ardía como ácido. Sumner se debatió, levantándola de la silla con la furia de su terror. Aullando y tirando de sus brazos, retorciéndose salvajemente, trató de liberarse. Pero ella se agarró a él. Su grotesca cabeza estaba apoyada contra su pecho, los ojos dorados devoraban sus órbitas. Mientras rebotaba de pared a pared, sacudiendo desesperadamente la cosa consumida, sintió la fuerza de sus músculos apretándole. A través de las manos del cadáver afluyó hacia él una frialdad tan helada que parecía caliente. Mientras llenaba su pecho, sus rodillas temblaron y la fuerza de su carácter resbaló. Sólo el horror de la criatura reseca le mantuvo en pie para debatirse.

En el exterior, Nefandi oyó sus gemidos y corrió hacia él a través de los árboles. El Delph le había entrenado bien. A pesar de que su miedo y el dolor del golpe del voor le martilleaban entre los ojos, fue incapaz de marcharse. Una biorrespuesta con la que el Delph le había equipado se apoderó de su cuerpo y le hizo regresar. Hasta que completara su misión, su cuerpo no le dejaría marchar... aunque eso significara su muerte.

Nefandi dejó el coche al borde del estanque, y mientras corría hacia los gritos del muchacho, se abrió a la belleza y a la extrañeza de lo que sabía era el último espacio de su vida.

Sumner salió por la estrecha puerta, debatiéndose con el cadáver; Nefandi se detuvo en seco. El corpachón del muchacho gordo se sacudía con frenéticos esfuerzos por liberarse. Las mangas de la blusa de Jeanlu habían sido arrancadas y sus brazos nudosos como varas negras destellaban. La camisa de Sumner estaba manchada de sudor y sus gruesas piernas se tambaleaban mientras bailaba como un loco por el borde del estanque. Por la salvaje expresión de sus ojos, la blancura de sus labios y la cara contraída de miedo, era evidente que se iba a derrumbar de un momento a otro.

Pero no lo hizo. A pesar de que los labios rotos y retorcidos del cadáver se abrieron y la cara destrozada empezó a sisear un vapor caliente y pútrido, continuó luchando.

Entonces comenzó el cántico. Mientras Sumner tiraba de los férreos brazos, golpeaba el cuerpo contra los árboles y lo arrastraba por el lodo y los matojos, empezó a murmurar un lenguaje imposible. Arrullador, zumbante, chasqueante, un ritmo que hizo que los pelos de la nuca del muchacho se erizaran. La bruma helada de su pecho se alojó en su garganta y nubló sus ojos. Se arrodilló. Toda su fuerza se evaporó y la carne muerta que colgaba de su cuello le arrastró hacia sí.

Nefandi vio la psinergia azul de Jeanlu chispeando contra la luz corpórea dorada de Sumner. Chorros de resplandor azul se difuminaban, incapaces de acercarse. Pero el kha dorado temblaba. En un instante se apagaría.

La mano de Nefandi se movió por impulso. Movidio por la lógica de la sangre, activó su inductor de campo y disparó. El estallido fue un tenso paquete de sonidos de alta frecuencia que alcanzó al cadáver entre los omóplatos.

El vestido de fibras vegetales de Jeanlu estalló en llamas, y Sumner rompió su tenaza. Se puso en pie y retrocedió. El cadáver aulló, furioso y lastimero, agitando los brazos mientras las llamas consumían el traje y quemaban los pantalones. Con un aullido, el cuerpo convulsionado se abalanzó hacia delante, se enderezó y buscó a Sumner.

Sumner corrió, alejándose del estanque. El cadáver le seguía con los brazos extendidos consumidos por las llamas. A pesar de su corpachón, Sumner se movía con rapidez en dirección a los llanos y dejó atrás el estanque. Jeanlu estaba tan cerca que cuando las llamas prendieron las joyas nido que llevaba al cuello, la cadena de explosión salpicó su espalda con trozos de carne ardiente. Pero Sumner no volvió la cabeza. Tras él, el cadáver se desmoronó bajo los estallidos de llamaradas verdes.

Nefandi contempló cómo ardía el cadáver un momento antes de retirarse. Le sorprendía que el muchacho no hubiera muerto. Con una sonrisa que no alcanzó sus ojos, vio huir a Sumner entre los árboles hasta que se perdió de vista. Le habría gustado seguirlo, pero su trabajo no había terminado.

Se movió entre los tamarindos en dirección a la casita, con el inductor de campo al máximo, envolviendo los sonidos y afinando la visión. Las moscas danzaban a su alrededor, rodeaban el perímetro de su campo y zumbaban en torno a él. El aire curvado partía la luz en colores y vio la finca irisada a la luz del sol.

A través de la opacidad de la pared de adobe, el sensex reveló a Corby: un tono púrpura pequeño pero denso tendido en el interior de la casa. Algo le había sucedido al cuerpo del voor: su sombra era informe y latía de manera extraña. Nefandi dispuso su arma en el nivel máximo y disparó una larga andanada de energía a la imagen del sensex.

El costado de la casa se desmoronó y un ciclón de fuego se abrió paso entre las maderas. El calor de la explosión hizo retroceder a Nefandi hasta el borde del estanque. Desde allí se quedó mirando hasta que el hilo de kha púrpura y la latiente forma voor se perdieron de vista en el incendio.

El viento se hizo más brillante y frío, Nefandi dio la espalda a la casa en llamas y se dirigió al coche. Las moscas se habían marchado, pero el aire estaba lleno de algo más: tranquilidad, la transparencia de la violencia que había creado.

Al llegar al coche se detuvo y trató de convencerse de que la mente era en verdad continuidad. Contempló cómo la luz del sol llenaba la superficie del estanque como si fueran flores... y sintió que estaba a punto de sumergirse en un sueño ebrio. No te asustes.

Miró a la casa. Las llamas eran altas y no se percibía ningún atisbo del voor. Sin embargo... la ausencia le rodeaba como un crisol. Se esforzó para dejar de temblar cuando ocupó el asiento del conductor y puso el coche en marcha. Mientras se alejaba, supo que el voor no estaba muerto... simplemente le había ayudado a cambiar.

En cuanto Sumner se dio cuenta de que ya no le perseguían, se derrumbó y se tendió

boca arriba en el suelo, intentando respirar. Pasó un rato antes de que pudiera ponerse de pie. Sentía la cabeza embotada y pesada. No había otro sitio donde ir excepto regresar a la finca. Cojeó entre los árboles con cautela. Cuando vio el nido humeante de cenizas y huesos que era ahora el cuerpo de Jeanlu, inspiró profundamente y dio la vuelta al estanque.

Cerca de la casita, a pesar de que las moscas le asaltaron, se detuvo y se quedó mirando: la casa ardía... y su coche había desaparecido.

Las moscas se cebaron en su cara y su cuello. Sumner se quedó quieto, anonadado mientras contemplaba cómo los demonios de las llamas danzaban en el techo y las ventanas. Se dio la vuelta y observó, más allá de las ramas muertas de los árboles que se sacudían con el viento, un hilillo de humo que se desvanecía al oeste.

Sumner apartó las moscas de su cara y dejó atrás los árboles hinchados y la hierba rebosante de gusanos en dirección a Rigalu Fíats. Subió el terraplén y se deslizó con rapidez hacia el otro lado. Al llegar a la arena verde, el punzante enjambre se alejó, y pudo detenerse. Se tendió en la arena y vomitó. Cuando terminó, se levantó y emprendió el camino en dirección a McClure. Aunque estaba mareado por el horror y la fatiga, se obligó a moverse. El crujir de los maderos y del tejado ardiendo le seguía como los ronquidos de una enorme máquina.

Nada ha sido creado. Todo es una sombra de lo que será.

Corby se asió a aquel canto voor. El fuego era demasiado caliente para su forma, y en un momento se difuminaría en la forma misma, inseguro de cómo continuaría... si llegaba a hacerlo.

Si... nada es una sombra, todo ha sido ya creado, todo está predestinado.

Con el último atisbo de su razón se concentró en Sumner. El lusk estaba roto. Debía alcanzar a su padre. La pauta tenía que continuar. Tenía que detener al Delph.

Con su última voluntad, se extendió.

Sumner permaneció dentro del perímetro de Rigalu Fíats para evitar las moscas. Después de recorrer la arena durante una hora, el terrible viento menguó y las moscas se marcharon.

Se aventuró por una llanura de hierba en dirección a un bosquecillo de sauces. A medio camino, la masa escamosa de un pangelín salió de la alta hierba y rugió con furia. Sumner retrocedió, lentamente al principio, luego con más rapidez, y echó a correr cuando ya se acercaba a los llanos. De nuevo a salvo entre las dunas verdes y el laberinto de rocas, se tumbó en el suelo.

Era un viaje sin esperanza. Los pangelines impedían acortar camino por tierra fértil para llegar a una autopista activa o conseguir aunque fuera agua hasta el anochecer. Y entonces saldrían las criaturas.

Mientras continuaba caminando, trató de calibrar fríamente su situación. McClure era la ciudad más cercana, y estaba a 189 kilómetros de distancia. Tardaría varios días en llegar a pie. Incluso con provisiones, dudaba sobrevivir a los depredadores.

Acéptalo, héroe-cero, se dijo. Estás acabado.

El sol era un círculo dorado a sus espaldas. A la derecha, nubes lunáticas, rojas y revueltas, corrían por el horizonte, alzándose majestuosamente a veinte mil metros. Sombras esqueléticas cubrían el suelo del desierto y las altas formas rocosas que capturaban la luz a su alrededor resplandecían con un verde caliente.

Aún podía saborear el pútrido olor del cuerpo de Jeanlu. Deseó romper sus ropas empapadas, pero el hedor también salpicaba su piel. Los estertores de dolor que ardían en su garganta y el escalofrío de sus músculos le impedían pensar con claridad.

Sólo una cosa tenía clara: le habían utilizado. Tras su dolor y su miedo tamborileó la angustia.

—¡Utilizado por un distort! —gimió—. Corby lo sabía. ¡Hijo de perra! Sabía que Jeanlu

no estaba muerta.

Continuó avanzando, tratando de encontrar la autopista que asomaba de vez en cuando entre la calma mortífera de las dunas. Las rocas a su alrededor abrasaban, pero su corazón estaba helado. Cuanto más aparente se hacía lo desesperanzado de la situación, más furioso se ponía... se enfadaba consigo mismo por ser un idiota dócil. Tendría que haber dejado a Nefandi en la estacada cuando tuvo la oportunidad. En el fondo de su garganta se formó un regusto de hiel amarga. Quiso escupirla, pero tenía la boca seca.

Más tarde, perdió la autopista entre la maraña de rocas. El sol había caído sobre el horizonte y las nubes salvajes del norte se apiñaban en lo alto, oscuras como una montaña. Se apoyó contra un macizo de piedra que se arqueaba empinado y se extendía en una mezcla de agujas y cerdas. El material era denso y de bordes claros. En las sombras ya rezumaba un débil brillo verde.

Miró al norte, a las montañas distantes. Un resplandor rojo brumoso contorneaba las laderas. Más cerca, el borde de los llanos era visible entre las largas sombras. Más allá, rodeada por helechos amodorrados y un oscuro bosquecillo de cipreses velados, había un estanque. Su largo cuerpo se sacudía en la oscuridad como oro bruñido. No había pangelines a la vista.

Caminó vacilante sobre la suave roca, contra las ráfagas de arena. El olor del agua fresca flotaba en el aire, yendo y viniendo, hasta que consiguió atravesar los helechos. Entonces se alzó como un muro y se acercó mareado. El agua era limpia y fría, borboteaba de una grieta cubierta de moho y largas agujas verdes. Se arrodilló y bebió, gimiendo y poniendo los ojos en blanco. Tras saciar su sed, se mojó la cara y el cuello ardiente. Por fin, se tendió en la densa hierba y dejó que las luces y sombras de las hojas jugaran con él.

Momentáneamente en paz consigo mismo, arrinconó su desesperación y se preguntó por qué Corby le había enviado hacia aquel cadáver viviente. ¿Era de verdad Jeanlu? Al pensarlo, decidió que sí. Aunque los rasgos se habían consumido, reconoció su pelo y sus ojos. Aún podía sentir la descarga helada con la que ella le había sacudido. El vacío en su pecho y sus hombros se dilató, como si hubiera sido secado. Como una araña, imaginó. Me estaba chupando la vida como una araña.

Oscureció. El sol aparecía como una corona de lianas entre las formas fantásticas del este. Sumner trataba de idear un método para cargar agua cuando escuchó un sonido maligno. Una tos grande y hueca surgió de las sombras de la noche entre los cipreses. Ni siquiera fue capaz de imaginar qué podría ser. Los pangos ya tendrían que estar durmiendo, consideró, con la esperanza de calmarse. Pero aún quedaban otras posibilidades más ominosas: jaguares, renegados dorga, gnous voladores.

Se levantó y al instante vio frente a él el destello de luz en cinco pares de ojos al otro lado del estanque. Mientras retrocedía, aparecieron: cinco ratas-canguro del tamaño de un hombre, las mandíbulas abiertas; los brazos atrofiados hacían chasquear ansiosamente las garras. Sumner gimió y el sonido de su miedo excitó a las criaturas. Trotaron alrededor del estanque hacia él, ladrando y chasqueando las mandíbulas.

Sumner se internó en el matorral de helechos y corrió hacia los llanos. Las ratas-canguro le siguieron, gritando viciosamente mientras se acercaban. Incluso después de llegar a la arena verde, Sumner continuó corriendo con tanta rapidez como pudo, sin atreverse a mirar hacia atrás hasta que sus pies chocaron contra la dura superficie de un banco de roca.

Se dio la vuelta y casi se derrumbó. Las ratas-canguro no se habían detenido en el borde. Levantaban llamaradas de arena mientras trotaban hacia él. Sumner saltó hacia atrás y se debatió sobre la fina roca, esforzando la vista en la penumbra en busca de huecos y cavidades.

Corrió con fuerza y sin descanso, dejando toda su energía detrás. Cuando se

derrumbó, los músculos de sus piernas estaban agarrotados, le dolía el pecho y tuvo problemas para respirar. Es un instante las ratas-canguro le alcanzaron. Sus ladridos le rodeaban y las oyó girar, preparándose para saltar.

Pasó un momento largo e histérico antes de darse cuenta de que no le iban a atacar. El ladrido de las criaturas se interrumpió bruscamente, y se dio la vuelta. Las ratas-canguro habían desaparecido. Nunca habían estado aquí. En la arena sólo aparecían sus huellas.

Se incorporó tímidamente y miró hacia el estanque. La oscuridad lo rodeaba, pero bajo el verde brillo de los llanos vio el destello en los ojos de las ratas-canguro. Le observaban desde el borde.

Súbitamente dos de ellas saltaron hacia delante, chillando y levantando arena. Sumner gimió pero estaba demasiado agotado para echar a correr. Tieso como la tiza, se quedó mirando con la boca abierta mientras las ratas-canguro se abalanzaban sobre él. Se hallaban a diez metros y les caían chorros de saliva por las fauces; entonces el espacio a su alrededor se fracturó. Se desvanecieron.

¡Pus de yak!

Las cinco ratas-canguro estaban tendidas en el borde de los llanos, a sesenta metros de él. Sus ojillos verdes eran chispas en las sombras. Ninguna se movía. Sumner se golpeó la cara con los nudillos. Estoy perdiendo la cabeza.

—No.

Sumner se dio media vuelta. Corby se encontraba tras él. Su cara y sus manos brillaban con un verde lechoso en el resplandor fosforescente. Sus ojos relucían como los de un animal.

Sumner avanzó tambaleándose, pero la forma del niño se desvaneció como un espejismo.

¡Wog! ¡Me he vuelto loco!

—Sólo proyecta. —La voz apareció de nuevo a sus espaldas. Se dio la vuelta, esta vez más despacio, encogiendo los ojos para ver mejor. El niño estaba allí, sólido como el macizo de roca a su lado—. Deja de expulsarlo —dijo Corby—. Enfócalo. —Su cuerpo se difuminó en la luz fantasmal de los llanos.

—¡Corby! —exclamó Sumner—. ¡Deja de jugar conmigo!

Una voz restalló en su cabeza, tan fuerte que le hizo dar un paso atrás:

—¡No lo hago!

La imagen de Corby rebotó en su campo de visión, apareciendo y desapareciendo en riscos, dunas, agujas. Entonces se marchó.

Tranquilo, cabeza loca, tranquilo. Sumner cerró los ojos. Sentía el contacto del niño en su interior. La sangre aún se le agolpaba en los oídos por efecto de la carrera, pero aun así podía oír una presencia enmudecida en el fondo de su mente. Un cántico susurrante y arrullador resonaba en ella: un temible recuerdo del extraño murmullo del cadáver. Se dispuso a abrir los ojos para escapar de aquel sonido, pero oyó algo más: la voz de Corby, fría y racional.

—Son los llanos, Padre. Están vacíos. Tu mente los llena.

Abrió los ojos. Corby le observaba con una sonrisa preocupada. La imagen duró hasta que Sumner se movió, luego desapareció.

Cerró de nuevo los ojos y escuchó, más allá del latido de su sangre y el extraño cántico de Jeanlu, detectando a Corby:

—Tranquiliza tu mente —susurró la voz del niño en su interior—. No hables contigo mismo. Y no tengas miedo.

—¿Dónde estás? —preguntó Sumner en voz alta.

Los murmullos de Jeanlu aumentaron, siseando a través del martilleo de la sangre.

—No puedo enlazar contigo mucho tiempo —dijo Corby. Su voz empezó a perderse—. Escucha. Ser es fluir. Y en el flujo está la pauta. Pero no puede haber significado hasta que dejes de debatirte. La consciencia en sí es poder. Conviértete en lo que eres. Si estás

quieto, podrás...

Silencio.

—¿Qué? ¿Podré qué?

Un cántico chirriante resonó en su cerebro y Sumner abrió los ojos para ver el cadáver negro y encogido de Jeanlu que danzaba obscenamente ante él. ¡Wwau! Saltó hacia atrás y tuvo que pelear consigo mismo para no echar a correr.

—Es un fantasma, cabeza loca —dijo en voz alta para calmarse—. No puede tocarte.

El cadáver de Jeanlu se acercó más. Sumner pudo ver a través de la piel despellejada y quemada. La cara era delgada como el viento, pero brillante, y los ojos bulbosos temblaban en sus cuencas. Sumner se obligó a guardar la calma.

—No es real —se animó—. No es real.

El cuerpo del cadáver desapareció, pero la cara brillante y rota permaneció, mostrando una sonrisa maniática. Entonces también desapareció y Sumner se quedó solo. Un pájaro nocturno canturreó en los cipreses del estanque, pero por lo demás no había más que silencio.

Cerró los ojos para ponerse en contacto con Corby. Sólo el sonido de su corazón repicaba en sus oídos.

El calor había desaparecido rápidamente del aire. Sumner se dio cuenta de que temblaba y empezó a caminar para calentarse. El terreno a su alrededor estaba lleno de movimientos furtivos y breves destellos de formas arácnidas. Miedo, recordó. Sueños dentados. La idea le tranquilizó y sintió que sus ansiedades iniciales desaparecían. Se quedó con temblores de miedo y retazos de lenguaje: Relájate... vas a regresar a casa... nadie puede burlarse de ti ahora.

La enorme soledad de los llanos y su luz suave y polvorienta apagaron su voz interior. Descartó sus pensamientos y se sumió en una quietud alerta. No había nada en que pensar. Ahora sólo era cuestión de caminar, paso a paso, a través de esta tierra maravillosa de luz mutada y formas enloquecidas. El agotamiento le ayudó a vaciar su mente, el miedo le mantuvo alerta y las voces alucinadas de las ratas-canguro le persiguieron:

—Dos patas, eres hermoso... Oh, ven con nosotras Lejos de estas tumbas febriles al lugar donde nuestras heridas pueden amarse mutuamente...

Se internó en los llanos. Un gran concurso de formas barridas por el viento danzaba a su alrededor. El tiempo no tenía sentido. Sólo el ritmo roto de su carrera y el caliente dolor de su cuello fijaban su atención.

Comprendió intuitivamente qué había pretendido Jeanlu de él. Vida. Toda ella. El caliente vapor que le había echado a la cara era un psiberante... un medio de digerir su mente para poder tomar su cuerpo. Las palabras que cantaba intentaban paralizar los centros conscientes de su cerebro. Los ritmos aún resonaban a través de sus nervios. Podía sentirlos actuar con el psiberante. Juntos, producían una energía volátil y chispeante que agrupaba sus pensamientos mientras infundía a su kha una fuerza sin precedentes. Fuerza suficiente para advertir: un poco más de ese poder habría significado la muerte.

Un movimiento, mayestático e invisible como una corriente oceánica, tiraba de él. Se movió al compás, firme, inexorable, se internó en el verde fulgor silencioso de los llanos, hasta que llegó a una escalera de riscos de piedra al borde de un gran cañón hueco. En la distancia brillaban macizos de piedra como corrientes de lava espectral. Los fuegocielos rebullían en lo alto, azules y rojos, envolviéndolo todo excepto las estrellas más brillantes. A través del tapiz de luz brumosa, titilaban el León agazapado y la Nebulosa Cabra. Por ellos, Sumner conocía el camino a casa. Se había alejado de la tierra fértil. En estas profundidades de los llanos, con la mente blanca como el cristal, pulida por el miedo, se hallaba inmerso en un silencio todopoderoso.

Asombrado por su lúcida serenidad, le parecía que el borde del tiempo estuviera ante él; se sentó al borde de la roca y dejó que el aire frío le soldara al lugar. Estaba seguro de que había venido hasta aquí por alguna razón. Pero sólo existía una razón que encajara con estos riscos sin vida: la Muerte. No tenía que pensarlo. Sabía que iba a morir. Y le agradaba.

La luz lo era todo... un fulgor fantasmal brillaba en las rocas, manaba del cielo. El viento había menguado, el suelo del cañón se extendía hasta el horizonte con sus arcos de roca fantasmales. No había nada vivo en muchos kilómetros a la redonda.

Éste era el momento que había ansiado en secreto durante años. Sabía que si ahora se tranquilizaba, se sumiría en la oscuridad y no despertaría nunca. Punto final a la soledad, el ansia, el olor a pies, la ropa estropeada con orín ácido y sudor de miedo. Adiós a la fealdad de ser él mismo.

Contempló el horizonte sin vida: unas pocas estrellas asomaban bajo la luz temblorosa de los fuegocielos. Cerró los ojos y se tranquilizó. El frío se apoderó de él y durante un rato tembló tan violentamente que supo que tenía que desintegrarse. Entonces sintió calor, un calor intenso: fuego en la carne, el calor rezumaba por sus huesos.

Su interior no se hundió en la oscuridad. Estaba anclado en el calor que despertaba en su interior. Entonces su mente oscura se volvió fría y brillante. Cuando abrió los ojos, ya no estaba solo.

Lejos se desplegó una cadena de destellos. Una mancha de un resplandor dorado avanzaba ante los riscos, apareciendo y desapareciendo entre las mesetas. Mientras se acercaba, la mancha parpadeante tomó una forma definida: un vórtice de energía cegadora.

¡Un deva!

Se inclinó sobre los riscos, un remolino inmenso y fiero mutaba la verde fosforescencia de los llanos. Densas sombras proyectadas por las rocas temblaron ante él. Más cerca, el vórtice se zambulló tras los acantilados de la pared del cañón y el desierto que rodeaba a Sumner volvió a quedar oscuro.

En el intervalo, la onda de choque golpeó. Rodó sobre el cañón golpeando manojos luminiscentes de arena y alcanzó a Sumner con tanta fuerza que lo tiró de espaldas sobre un lecho de rocas. Una ráfaga de arena barrida por el viento le arañó la cara y los brazos y luego desapareció. En lo alto, ahogados por la distancia, retumbaron los truenos.

Desde donde estaba tendido, Sumner vio brillar el borde de la pared. Rayos de luz ardiente y clara cortaron la oscuridad del cañón, iluminando dunas, un macizo de roca retorcida y una base resquebrajada en placas octogonales. Sumner, deslumbrado, cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, el cielo ardía con enormes pantallas de fuego. Caían a tierra cortinas de luz dorada y granulosa que traspasaban las paredes del risco y envolvían todo el cañón.

—¡Levántate! —pidió la voz de Corby con súbita claridad—. He enviado a este deva. Ve con él.

Una andanada de viento gimoteante estalló sobre él, apagando la voz del voor. El súbito estampido tendió a Sumner sobre el terraplén y se revolvió contra el viento para recuperar el equilibrio.

—¡Estás loco! —Sumner se dio la vuelta e intentó de nuevo apartarse del cañón. Pero la succión de la columna de viento le derribó y le envió rodando hacia la base del risco.

Las corrientes de viento se acumulaban rápidamente y el suelo del cañón hervía.

Era imposible resistir la atracción del puro chirrido. Con un aleteo de ropas desgarradas y miembros agitados, Sumner se precipitó hacia el centro. Cuanto más se acercaba, más brutal se volvía el latigazo del viento, hasta que le resultó imposible respirar. No pudo resistir más y su cuerpo rebotó en el aire hacia la explosiva brillantez del remolino. Se hundió en un bofetón de fuerza retorcida donde, por un momento, colgó suspendido. Una tormenta de chispas azules y blancas bailoteaba a su alrededor. Lejos, visto a través de

un interminable chorro de resplandor azul plateado, estaba el pálido cuerpo azafrán de un sol frío. Y entonces, los vientos colosales le quitaron la respiración.

Sumner se desvaneció.

Cuando recuperó el sentido, todo su cuerpo ardía de terror, y estuvo a punto de perder el conocimiento de nuevo. Atravesaba el aire a miles de metros del suelo. Una tremenda fuerza arrastraba su cuerpo dolorido y magullado. Debajo, muy al norte, se extendía el terreno arrasado de Rigalu Fíats. Sus contornos desmoronados, y tallados por el viento brillaban débilmente con un tinte verdoso. Al oeste, el borde del planeta quedaba iluminado por la corona del sol, y sobre él el cielo se condensaba desde un tono de aguamarina hasta un lento índigo. Al norte, lagos oscuros reflejaban esa luz con resplandores de estrellas.

Sumner se aferró a la consciencia colgado de un hilo, mareado. Estaba demasiado aturdido para pensar. Con los ojos azotados por el viento observó la curva del horizonte a medida que la trayectoria de su vuelo se inclinaba para descender. Torres de nubes en la distancia, teñidas de azul, rojo y púrpura por la luz celestial, se alejaron. El destello plateado de un strolplano se deslizaba como en trance por el filo del mundo. Y allí, a su izquierda, rodeada por las marcas de carreteras y autopistas, se extendían las oscuras fábricas de McClure. Luces anaranjadas fluctuaban dentro de su mancha de edificios agrupados.

El viento se detuvo y, de repente, el rumbo de su caída le pareció claro y tenso. Iba a posarse en los basureros de las afueras de la ciudad. Ya veía los tejados de zinc de los pozos dorga y las torres humeantes de la refinería.

El brillo del viento solar cayó bajo el horizonte y las empalizadas del extremo septentrional de los llanos marcharon bajo el cielo del norte. La tierra marrón que rodeaba McClure se acercó. Al sur de la ciudad, la bahía aparecía verde oscura y antes de perderse de vista se tornó negra.

La caída en picado de Sumner dio una sacudida, y perdió velocidad. Cadenas de fuerza le hicieron descender hacia los pozos dorga. Los grupos humeantes de las chozas, todavía sin recibir el contacto del sol, parecían deshabitados. Giró sobre el enjambre de cabañas solitarias y se deslizó a través de corrientes de aire hacia la zona occidental de la ciudad. A sus pies se extendían colinas y montañas de basura. Cuando se encontró a cuatro metros del suelo, la fuerza que le suspendía chasqueó y cayó al suelo.

Sus piernas se hundieron bajo su peso y rodó por un terraplén oscuro hasta un agujero en sombras. El agujero era realmente un hueco entre montones de basura: madera podrida, montones de cartones y cajas desechadas, lazos de metal inservible, el armazón aplastado de un coche hundido en los matorrales. El lugar estaba desierto a excepción de unos cerdos, algunas anguilas voladoras y un perro solitario. Lo inundaba todo una niebla rancia envuelta en olores orgánicos.

Sumner intentó levantarse pero estaba demasiado débil. El frenesí de su absurdo vuelo había agotado sus últimas fuerzas. Aunque las primeras luces de la mañana se recortaban en los montones de basura, se hundió en un sueño profundo.

Despertó a últimas horas de la mañana. Sentía la cabeza hueca y su cuerpo, como una tubería vacía, tembló mientras trataba de sentarse. A pesar del dolor de sus músculos sacudidos, se obligó a ponerse en pie. Se agarró a un tubo oxidado y luego rodó con torpeza por la pila de basura. Se quedó allí tumbado, mareado, las moscas pegadas a las llagas de sus labios, contemplando un pájaro solitario que daba vueltas en el aire.

Su cabeza dolorida no podía pensar. Cerró los ojos y se tendió de lado. Más tarde, algo frío y húmedo le despertó. Era la nariz de un perro vagabundo, flaco y de cara afilada. El animal le miró durante un rato sin expectación y luego se perdió tras un olor de basura humeante.

Con valentía, Sumner se puso en pie, se tambaleó, cayó y se incorporó de nuevo. Dando bandazos de un lado a otro, atravesó los campos de basura, ajeno a los dorgas

que buscaban chatarra entre los matojos. Al verle llegar, los dorgas aullaron y chillaron. Algunos le tiraron basura y todos se lo quedaron mirando hasta que se perdió de vista.

Cuando llegó cojeando a la ciudad, la luz del día, un ascua sobre la carretera de arena, se desvanecía. Las casas que se alineaban a cada lado eran todas iguales: gradas de hormigón, paredes de madera manchadas, rejas oxidadas en las ventanas, placas de metal acanalado en el techo. Mientras continuaba avanzando, aparecieron entre las cabañas montones de zinia, setos de hibiscos y matojos de ixora asomando entre los retretes de cemento rosa.

El polvo era denso y se le metió en la nariz con el olor de excrementos de gallina y basura. Le producía náuseas, pero sabía que no podía detenerse aquí. Los dorgas le observaban apoyados en las puertas o sentados delante de las cabañas en sillas desvencijadas con brazos purulentos y ropas ajadas. Mujeres ceñudas y aleladas con pelo enmarañado le ignoraban. Los hombres, salvajes, pelirrojos, con harapos, le miraban, las frentes marcadas con la equis de la banda-zángano.

Más allá vio a un chiquillo distort sentado en el suelo bajo una palmera. Su cara era pequeña y apretada, la carne escamosa en torno a los ojos hundidos parecía magullada y la parte delantera de la camisa rota estaba manchada de baba. Cuando Sumner pasó por su lado, puñados de arena, piedras y pedazos de vidrio surcaron la carretera y le rociaron. El distort se volvió para verle corretear ansiosamente sobre el árido terreno, con la cabeza entre los hombros.

Se sintió aliviado al llegar a las primeras calles pavimentadas donde había un parque con muros repletos de flores. Pero incluso aquí, donde las casas tenían puertas y ventanas, había avisos de peligro por todas partes: en el aire rebullían anguilas voladoras sobre marañas de matojos desconocidos, y pegotes negros de carroña manchaban los postes; un olor a humo rancio inundaba el aire; de las ramas de los árboles colgaban grandes y arenosos nidos de hormiga. Sin embargo, se detuvo para recuperar fuerzas y contemplar el camino por el que había venido. Desde el parque elevado podía ver un arroyo de color de óxido bordeando los pozos dorga. Barracas de madera sobre delgadas vigas ondulaban con el calor. La zona erosionada era como un cráter, aislado y depresivo.

Un brusco pensamiento picoteó la exhausta tranquilidad de su mente: ésta será mi casa si la policía me atrapa. Su estómago se agitó y luego volvió a apaciguarse. Estaba demasiado agotado y aturdido para alimentar su miedo. Pero mientras recorría la hierba reseca del parque, contempló con aprensión los espacios inundados de mangles. Hasta que las avenidas se ensancharon y vio coches no se hundió de nuevo en su sopor y continuó caminando como ausente.

Alrededor de las arcadas, en los puestos y en el mercado abierto, la gente hacía compras de última hora para la cena de esa noche. Un grupo de niños pasó riendo y corriendo, llevando sus libros de texto bajo el brazo. Los más jóvenes vestían ropas rojas y cargaban mochilas a la espalda. Los vendedores anunciaban fruta a gritos. Los niños pequeños jugaban al kili en el suelo, ajenos a los bicicletas y los coches que pasaban. Un hombre colgaba linternas de papel de un cable para el festival de la noche.

La vitalidad era inmensa, y Sumner tuvo que moverse con rapidez para no echarse a llorar. Todo era tan familiar y sano. Era como si el brutal absurdo del último día no hubiera sucedido nunca. Se sentía dolorido y mareado, pero estaba en casa. Al doblar la esquina de la calle donde vivía, sintió que todo el terror y la humillación que había experimentado se apoderaban de él, y durante unos histéricos instantes se desorientó. Aunque había pasado aquí toda la vida, de pronto no reconocía nada.

En esta parte de la ciudad las calles no estaban pavimentadas sino cubiertas con tablas de madera oscura. Se dirigió al centro de la calle, con la mente en blanco. El cielo se había vuelto brumoso con la caída de la noche, y las ventanas verde plomizo estaban anegadas de luz. Su brillo difuso le recordó los llanos. Se quedó mirándolas plantado en la calle, tratando de recordar a dónde se dirigía.

En el otro extremo de la calle, la vía elevada crujía con la llegada de un tren: los trabajadores regresaban a casa. El silencioso rugido le sobresaltó, pues sonaba muy parecido al viento deva que le había transportado por los llanos. Se retiró a la acera y pensó en echar a correr cuando una voz chirriante le sacó de su ensimismamiento.

—¡Pichoncito!

Se dio la vuelta para ver a Zelda saliendo por la puerta de su casa. La mujer corrió rápidamente hacia él, alzando al aire los brazos pálidos y huesudos, los ojillos de pájaro desorbitados por la sorpresa.

—¡Mutra! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué le ha pasado a mi bebé? —Le cogió la cara con sus manos arácnidas y le miró con atención a los ojos—. ¡Tienes la cara de un muerto! —Su rostro arrugado se volvió ceniciento cuando empujó a la figura demacrada que tenía delante—. Rápido... entra en casa.

Empujó a Sumner calle abajo y le cogió del brazo para que entrara en el vestíbulo. Le estudió con alarma creciente a la luz mortecina de una lámpara globo.

—¿Qué te ha pasado? ¡Hueles como el Oscuro!

El olor rancio que recordó del incienso sacudió la mente de Sumner. El aspecto roto de su cara empezó a desaparecer. Sus ojos brillantes y sorprendidos miraron alrededor.

—¿Estás herido? —gimió Zelda—. ¿No puedes hablar?

Sumner se alisó la camisa destrozada y sonrió mareado.

—Estoy en casa.

La cara de Zelda se iluminó.

—Sí, pinchoncito, estás en casa. ¿Pero qué te ha pasado? ¿Dónde está el coche? Has tenido un accidente, ¿verdad? ¡Mira tus ropas! Están quemadas y... ¡tu cuello! ¡Mutra! —Le abrió el cuello de la camisa y miró las marcas de piel púrpura de su garganta.

La expresión horrorizada de su rostro sobresaltó a Sumner. La apartó y se miró en el espejo del vestíbulo. Su cara estaba magullada, los labios partidos, los párpados hinchados. A ambos lados de su cuello, donde Jeanlu se había apretado a él con su tenaza de muerte, la piel estaba lívida, escaldada. Se subió el cuello de la camisa.

—El coche ha desaparecido —croó.

Los ojos de Zelda se fijaron sobre los suyos. Estaba demasiado anonadada para responder. Le miró ciegamente y siguió mirándole cuando él la dejó atrás y empezó a subir las escaleras. Johnny Yesterday estaba metido en una de las urnas azul pavo real del salón, con los ojos cerrados y una sonrisa beatífica en su cara arrugada. Su arrebató continuó, estupendo, inmutable, cuando Zelda empezó a aullar al salir de su shock. La mujer subió las escaleras corriendo e interceptó a Sumner antes de que llegara a su cuarto.

El se cruzó de brazos, preparado para un rapapolvo, pero ella sólo le miró con los ojos encogidos y cubiertos de ira. Tras un tedioso instante, su cara se suavizó.

—Ve y duerme un poco —dijo Zelda, con una calma más enervante que un grito.

Sumner entró en su cuarto y se desplomó sobre el colchón. Según parecía, el lugar estaba tan desordenado como lo había dejado al marcharse una eternidad atrás, excepto por un lugar despejado donde antes estuvo la escánsula. Dentro del lío de la habitación, el solitario vacío era perturbador. Como su coche y su vida secreta como el Sugarat, era otra parte de él que se había perdido. ¿Cuánto tiempo continuaría este lento desmoronarse, este morir pedazo a pedazo? ¿Por qué no terminar con todo de una vez?, se preguntó. ¡Whomp! Terminado. Suspiró, y su cuerpo se hundió más en el colchón. ¿Por qué no?

Zelda estaba furiosa. La pérdida del coche significaba un montón de problemas financieros y burocráticos. Le dieron ganas de sacarle los ojos a Sumner, pero se contuvo por una razón. Ayer, unas pocas horas después de que Sumner se marchara, llegó la policía. Eran grandes y fuertes y no del todo agradables. Dos de ellos buscaron por las

habitaciones, poniéndolo todo patas arriba, mientras un tercero la acorralaba en el vestíbulo. Querían a Sumner. Lo querían en seguida. Y a menos que ella lo entregara de inmediato, ya podía ir preparándose para realizar sus contactos espiritistas ilegales en los pozos dorga.

Zelda se había portado sobrenaturalmente tranquila con la policía. La verdad era que no tenía ni idea de dónde se encontraba el muchacho, y si lo hubiera sabido, se lo habría dicho sin dilación, de lo furiosa que estaba por no haberle contado que tenía problemas. Si hubieran querido, los policías se habrían saltado sus derechos allí mismo y se la habrían llevado para que la marcaran. En cambio, le dieron un número especial para que los llamara cuando Sumner regresara a la casa.

Zelda acarició el trozo de papel con el número. Su furia con respecto al coche no era nada comparada con la ira que sintió después de que la policía se marchara. Su carrera estaba acabada, ahora que habían ido a visitarla, nadie querría tener negocios con ella. Los rumores sobre la ley se esparcían rápidamente en los círculos wangol.

Sólo tenía una opción. La casa estaba a su nombre. No habría problemas para venderla y con el dinero que consiguiera podría reinstalarse en una de las grandes ciudades orientales donde nadie la conocía. Por supuesto, el éxito de su plan dependía de que Sumner regresara. Si no lo hubiera hecho, la policía habría sospechado que ella le había dado el aviso. Ahora su futuro era tan fácil como una llamada telefónica.

Se puso un pesado chai bordado con ojos de búho y borlones negros. Al salir al aire frío de la noche, las tensiones se suavizaron y se sintió decepcionada por haberse enfadado con su hijo. El coche no era tan importante. Retrasaría el papeleo necesario para marcharse de la ciudad, pero tal vez la policía se encargaría de aquello. Lo importante era que Sumner había regresado y que ella era libre de seguir su propio camino.

Hasta que llegó a la cabina bajo la vía elevada no sintió las primeras punzadas de duda. Dejó caer la única moneda que llevaba consigo. Ésta rodó más allá de su pie y cayó entre las tablas de madera de la calle. Mientras regresaba a casa para coger otra moneda, razonó consigo misma:

¿No tengo derecho a mi propia vida? ¿Por qué tengo que echarla a perder para proteger a un ingrato, un tragón, un... criminal?

—Klaus, sabes que lo he intentado. Colegio, escánsula, coche... ¿qué más podía darle? ¿Mi vida? ¿Tengo que entregar también mi vida? ¡No! He hecho más que suficiente. Además, la policía... no quisieron decirme qué había hecho. Tal vez no sea tan serio.

—¿Y si es serio? —preguntó la voz de Klaus—. Vamos, Zelda... recuerda la joya nido y las hierbas voor que encontraste en su coche. Eso fue hace más de un año. ¿Quién sabe en qué problemas se habrá metido? Probablemente sea muy serio.

—Bien, pues entonces es serio, Klaus. ¿Por qué si no iba a venir la policía a casa? Pero ¿y qué? Sumner es un violador, un asesino, un chulo voor... van a enviarlo a los pozos o al despellejados Supongamos que es al despellejador, ¿Y qué, Klaus? ¿Y qué? Ha arruinado mi vida... dejaría que me marcaran. ¡Su propia madre una dorga! ¿Qué le importó? Ni me avisó. ¡No me dijo ni una palabra!

—Pero ha regresado, Zelda. Ha regresado.

—Ha regresado porque estropeó el coche. Por eso, trozo de carne podrida. Echó a perder el coche. ¿Dónde si no podría haber ido? Sólo yo soporto sus gimoteos y lloriqueos. Tú no tienes nada que hacer con él. Estás muerto. Muerto. Muerto.

Varias horas más tarde, después de perder más monedas, equivocarse de número, torcerse el tobillo y discutir malhumoradamente con Klaus, Zelda llamó a la policía.

Llegaron rápidamente. Ella acababa de terminar de preparar una taza de wangol e-z para calmar sus nervios cuando vio salir de un furgón negro una fila de hombres ataviados con cascos que se dispersaban para rodear la casa. Iban armados.

—No le hagan daño —susurró frenética a los hombres que dejó pasar. Entraron bruscamente en el vestíbulo, hombro con hombro—. No tienen que hacerle daño. Es un muchacho tranquilo.

—¿Dónde está, señora?

Zelda miró a las escaleras, y cinco hombres pasaron corriendo junto a ella. Johnny Yesterday estaba dormido en lo alto, y los primeros hombres en alcanzarle le quitaron rápidamente de en medio. Lo colocaron bajo la mesa con las patas de brocado y procedieron a derribar las puertas de todas las habitaciones.

Sumner se estaba incorporando, parpadeando atontado, cuando reventaron la puerta de su habitación. Tres hombres se abalanzaron sobre él antes de que pudiera moverse. Aulló y se debatió con todas sus fuerzas, pero uno de ellos le golpeó con una porra entre las piernas.

Inmovilizaron sus brazos y piernas con fuertes correas y le metieron un calzo de goma en la boca. Atado a una pica de madera como un cerdo en una espeta, lo sacaron de la habitación y bajaron con él por las escaleras.

Al salir, Zelda corrió a su lado. Él la observó a través de una bruma de dolor mientras lloraba.

—No te harán daño, pichoncito. Lo prometieron.

Entonces Zelda desapareció y Sumner se quedó mirando la noche llena de fuegocielos. Lo último que vio antes de que lo metieran en el furgón fue a Johnny Yesterday asomado a la ventana, su cara maliciosa, calva y salvaje como la luna.

VOORS

El Zorro provee para sí. Pero Dios provee para el León.

WILLIAM BLAKE

Los misterios

Negra la sangre y los huesos...

Moviéndose como sombras, con capas oscuras y encapuchados, once voors salieron del norte, cada uno con un tallo amuleto, en silencio. Se reunieron en la cima de una colina y contemplaron su destino a través del tremendo calor.

Debajo se encontraba la casa de Jeanlu, la hechicera. Días antes, los voors más profundos habían sentido aproximarse su muerte. Debido a su rareza (una curandera con el poder de tocar lz), el nido había enviado a estos once voor para llevar a cabo el rito de la tranquilidad.

El rito era un homenaje, aunque los que se habían arriesgado a hacer el viaje en la tierra rota de los aulladores sentían más curiosidad que reverencia. Sólo uno de ellos conocía en realidad a Jeanlu: Lui la mayor, también maestra de plantas, había sido amiga suya. Todos los demás sólo conocían los relatos que habían oído.

Ya en su primera infancia Jeanlu había visto su nido destrozado por los aulladores, y los chirridos de la sangre y el caliente dolor habían permanecido con ella. A través de los años, mientras perfeccionaba sus tallos amuletos a lo largo de su deambular entre los voors temposcuros, su angustia desembocó en una visión: vio cómo sus encantamientos podrían acumular suficiente kha en su propio cuerpo para dar a luz a un mage, un voor tempolaxo con el poder de unir y proteger a los nidos.

Muchos la habían advertido y desaconsejado, porque un mage era una semilla de lo Vasto y pocos creían que una mujer pudiera equilibrar su pequeña luz corpórea con la inmensidad de lz el tiempo suficiente para dar forma a un niño. Homúnculos envueltos en kha habían sido creados de esa forma. Sin embargo, Jeanlu fue poseída por su visión y

viajó al sur para encontrar a un aullador que fuera lo bastante fuerte genéticamente para engendrar a un mage. Nadie la había seguido, excepto aquellos que, en su tiemposcuro, necesitaban el consuelo de sus tallos amuletos. Los pocos que regresaron durante esos primeros años hablaban de una mujer salvaje de ojos encendidos cuyos encantamientos eran tan suficientemente potentes que reforzaban la luz corpórea y mantenían con vida a los voors tiemposcuros. Algunos incluso hablaban de un niño blanco como el vacío e igual de profundo.

Los rumores de la existencia de un mage habían excitado a los nidos. Muchos deseaban poner en peligro sus vidas para ver por sí mismos lo que había sucedido con la encantadora. Pero para los once seleccionados, el viaje resultó extraño. Fueron asaltados por largos sueños de Unchala, el mundo natal de los voors. Las noches eran una experiencia extasiante poblada de la música más hermosa que ninguno había oído jamás y los días una ansiosa espera de las noches. Cuando llegaron a su destino, aunque sintieron un presagio (divisaron un deva la noche anterior), la alegría telepática de la travesía del desierto no les había preparado para lo que encontraron.

El paisaje era maléfico. Sobre una laguna convertida en un pozo arrasado se inclinaban árboles muertos con formas de dolor. Donde estaba la casa de Jeanlu sólo había leños cenicientos y la sombra blanca de un furioso incendio.

Tres de los once tenían mente profunda y se unieron. Luí, la anciana, ya conocía el lugar y se sintió anonadada por lo que le había sucedido. Interrogó a los otros con la mente. Clochan estaba tan aturdido como ella, pero a Tala le pareció haber visto rastros de kha azul alrededor de las moscas. Eso sorprendió a Luí. ¿Un voor hizo esto?

Tala no pudo responder. Los rastros eran demasiado débiles incluso para sus agudos sentidos.

Luí hizo a un lado sus recelos y dio comienzo al rito. Clochan repartió los recipientes de kiutl que había traído y todos bebieron profusamente. La fragancia de azafrán picoteó la boca de Luí y llenó sus fibras de vapores nostálgicos. ¿Cuántas veces había compartido esta sensación con Jeanlu?

Juntas, las dos mujeres habían experimentado el uno-con, una mezcla telepática de kha que siempre llenaba sus cabezas con una visión maravillosa: un cielo violeta con tres soles y la extraña sensación de un cuerpo que no era humano. Los videntes dijeron que estas experiencias eran los rescoldos de vidas que habían vivido en otros mundos. La mayor parte del nido así lo creía, ¿pero quién era lo bastante fuerte para saberlo?

Los primeros fríos tentáculos de la emanación de la kiutl se internaron en sus pensamientos y en el mismo momento Tala golpeó el pandero con las notas de obertura de una triste y lenta canción de las montañas. Su cuerpo se difuminó y una vez más fue consciente de la claridad eléctrica de la hierba. Ahora vio claramente el fino halo azul alrededor de los hongos a sus pies. Con la reflexión intuitiva del kiutl, recordó a Corby: se decía que el hijo de Jeanlu era un mage... un voor con el poder de sanar y transformar.

Arqueó la espalda y miró al enorme cielo. Más allá del borde del mundo, el sol era una mancha líquida rojo oscuro.

Luí se echó hacia atrás la capucha y avanzó a través de la hierba susurrante. Era vieja, pero se movía con rapidez. El tiemposcuro apenas empezaba para ella, y su cara, ajada y cenicienta como un viejo cuenco de madera, aún era la cara de una mujer. Sus ojos eran lo único extraño, pequeños y plateados y la visión en ellos era borrosa.

Luí contuvo sus pensamientos y dejó que la calma de la kiutl inundara sus sentidos. Más allá del zumbido de las moscas podía oír el sutil tintineo del kha. Se percibía una fuerza familiar en el tono agudo y siguió el trémulo sonido hasta el borde calcinado de la laguna. El cuerpo de Jeanlu yacía retorcido en los tallos enmarañados de la vegetación putrefacta. El grito de su kha atrapado silbaba extrañamente entre la corteza del cadáver.

Luí contempló el caparazón aplastado de la cara de Jeanlu. Los ojos dorados habían desaparecido y las cuencas vacías rebullían de diminutos lazos blancos de gusanos. Luí

no se dejó perturbar por esto. Muchos años atendiendo a los voors en su tiemposcuro la habían inmunizado contra lo grotesco. Lo único que le sorprendió fue que el cadáver aún llevara un collar de piedra luz. Eso sólo significaba una cosa: Jeanlu había intentado efectuar un lusk.

Usurar otra forma de vida estaba estrictamente prohibido.

Con la conciencia kiutl, Luí escuchó a la fina planta-kha girando en el aire. Reconoció en ella algo de Jeanlu, su amabilidad. Pero estaba lastrada por un agudo chirrido de temor. Luí pensó que comprendía por qué Jeanlu había querido hacer un lusk. La encantadora era joven y su tiemposcuro había sido terrible. Además, los aulladores eran animales... y peligrosos; en eso, eran animales de kha verde. ¿Era realmente malo tomar una de sus formas cuando los senderos de sangre se estrechaban?

Luí sacó su piedraluz de una bolsa que llevaba bajo la capa. Brillante como melaza, la joya nido era hielo en su mano. Observó en sus profundidades para asegurarse de que el lusk de Jeanlu había fracasado. Tenía que cerciorarse de que el kha rebosante de pesadillas de algún aullador no se revolvía en el interior del cadáver. Cuando vio el kha de Jeanlu, azul como el carbón, hizo un gesto a los otros para que se aproximaran.

Tala abrió el camino, cantando al ritmo de su pandero.

—Negra la sangre y los huesos bajo la piel. Negra la tierra bajo un dedo. Negro el vacío inclinado sobre el tiempo.

El corazón de Luí latió lleno de tristeza. Si hubiera algo más que débiles sueños, vagos recuerdos-nido y las viejas canciones y rituales transmitidos por los videntes... Si hubiera algún modo de conocer que los viajes estelares y los otros mundos de las leyendas y los sueños voor eran reales y la muerte no era un simple colapso en la noentidad... ¿De qué servía la mente profunda si sólo revelaba la incertidumbre y la desesperación de los otros?

¡Lusk! Clochan se sorprendió cuando vio el cadáver.

¿Puedes reprochárselo?, respondió Luí. Era más joven que tú.

¿Cruzó?, quiso saber Tala. Sus manos azulinas tocaron una nota silenciosa en el pandero para espantar a las moscas.

No. Luí hizo un gesto a los otros voors para que continuaran el rito. Es su kha lo que oísteis silbar en la tierra.

Después de reunir ramas junto a la laguna, los voors le quitaron al cadáver las joyas nido del cuello y se las dieron a Luí. Las piedras luz eran todo lo que quedaba físicamente del kha de Jeanlu y cuando desaparecieran, su vida regresaría a lz.

La anciana voor introdujo los cristales bien al fondo de la pila, donde el calor era lo bastante intenso para derretirlos. Clochan encendió la pira y llamaradas azules y verdes sisearon por toda la madera reseca. Los voors arrojaron al fuego sus tallos amuleto y se marcharon.

Luí se rezagó para contemplar el humo negro arrastrarse hacia el cielo hasta que la fina y aguda nota de la vida de Jeanlu dejó de oírse.

Un músculo psíquico en la nuca hizo que Luí se volviera hacia el esqueleto calcinado de la casa de Jeanlu. Cerca del centro del pozo abrasado, la lucidez de la kiutl revelaba una presencia entre las ruinas. Medio enterrado en los restos había un niño pequeño.

Tras inclinarse sobre la forma, vio que era un amasijo de fibras tejidas muy apretadas: una crisálida. Su textura estaba negra por el contacto con la tierra y las filtraciones, pero parecía entero. Mirando con atención, pudo ver un kha violeta aleteando sobre las fibras ennegrecidas.

Tímidamente, extendió la mano y tocó la superficie calcinada. Pudo sentir la vida del niño, revolviéndose gentilmente, insegura como los dibujos cambiantes de las nubes. Se retiró.

Tala y Clochan sintieron su conmoción y corrieron a su lado. Pero no pudieron hacer nada por la forma-niño. ¿Era el hijo de Jeanlu? Tala sólo pudo ver que estaba vivo.

Tendrían que cruzar con él.

Con la helada piedraluz entre los dedos, Luí aquietó sus pensamientos y dejó que el kha de los otros la llenara. Una niebla pantanosa nubló su mente y los sonidos de las vehementes moscas y la respiración agitada de los que la rodeaban la envolvió. Dejó que el poder nido saliera de su sangre y surcara su piel como estática. Extendió los temblorosos dedos y tocó de nuevo la superficie calcinada.

Un espasmo de brillante energía de fuego la sacudió, derribándola al suelo. Estupefacta, se quedó inmóvil, oyendo los horrorizados latidos de su corazón.

Un escalofrío la envolvió tan rápidamente que sintió que se disolvía en luz. Su sangre, más que su cerebro, lo recordó de trances anteriores. Pero iba más lejos de lo que nunca antes había ido, sobre torrenciales lapsos de cambio, moviéndose con tanta rapidez que toda la distancia era un solo punto, violentamente quieto.

La oscuridad pasó a su lado como monos aulladores y estalló en un paisaje de luz: un jardín de fuego, árboles salpicados de chispas, juncias de brillos amorfos y hierbas de filamentos incandescentes. Se revolvieron hilos negros de oscuridad sobre la escena partida y Luí cayó en el bosque espectral.

Bienvenida, Luí. Era un niño, distor pálido, desnudo entre racimos de energía brillante, con el pelo blanquidorado sacudiéndose por una brisa que no sentía. Me alegro de que pudieras encontrarme aquí. Sus palabras temblaban en el aire como un lamento, más cantadas que habladas. Mi veve es tuyo. Ya no me sirve para nada. Me desvanezco, haciéndome menos... Se llevó una mano a la cara y dos dedos se rompieron y cayeron chispeando al suelo como estrellas fugaces.

Luí sintió dolor y miedo. El niño se disolvió en un amasijo de colores difusos, y sólo quedaron magmas cromáticos que se internaban silenciosamente en la negrura.

Una voz infantil se abrió en ella: Tranquilízate, Luí. Aquí nada puede hacerte daño.

Una queja-kha se enroscó a su alrededor, fuerte y próxima. Era el legendario lamento de los voors muertos, el alma nido. Luí se quedó extasiada ante aquella maravilla y no se sorprendió demasiado cuando la voz de Jeanlu habló en su interior: Luí, ¿recuerdas las noches que reflexionábamos sobre esto? ¿Cuántos mundos? ¿A qué distancia? Ahora puedo decírtelo: es interminable. No hay camino de regreso, pero sí un principio: Unchala, la fuente mítica.

¡Jeanlu!, gritó Luí a las oleadas de luz penosa. Pero no hubo respuesta. ¿Acaso también ella era un fantasma mental?

Lo que dice es verdad, dijo el niño en su mente. Unchala es parte de mi veve. ¿Te gustaría ver de dónde procedes, voor?

Incorpórea y simple, Luí se rindió a las palabras. Su mente se zambulló en una visión de fuegos de plasma. Se movió a través de una visión más vivida que el dolor.

Corrientes de fuego se convirtieron en una extensión de estrellas, cada una de ellas estallaba con una nota, un radiante latido de sonido. Todas las polvorientas nebulosas del cielo eran una voz musical...

Noche en Unchala.

—¡Luí!

Despertó con una sacudida. Clochan, inclinado sobre ella, agitaba una vela humeante de semilla de serpiente bajo su rostro.

—Casi se cerraron tus senderos de sangre —susurró Tala. Tenía la capucha retirada parcialmente, revelando los diminutos agujeros de sus ojos plateados y las escamas iridiscentes en las comisuras de su boca. Pero la extrañeza de la muchacha no evocó en Luí la tristeza de otras veces.

—Es real —dijo la anciana voor, apoyándose sobre los codos para incorporarse—. Todas las leyendas... todo lo que nos contaron los videntes es real.

Los otros observaron desde la distancia con emoción cohibida.

—Todo es real. —Los ojos de Luí resplandecían—. Tengo que regresar.

—No. —Tala apretó con desazón el brazo de la anciana—. El trance te engullirá.

—Soy vieja, Tala. Me pesan los huesos.

—Deja que vayamos contigo —instó Clochan.

La anciana voor sacudió la cabeza.

—Ambos debéis guiar a los demás en el camino de regreso. Llevaos esto. —Tocó la crisálida—. Es el hijo de Jeanlu y es fuerte. Su veve se remonta a Unchala.

Los dos voors más jóvenes la miraron, mudos por la sorpresa.

—Este niño-mage recuerda el principio y está abierto a todo aquel que quiera cruzar con él. ¿Comprendéis lo que esto significa para el nido?

—Entonces ven con nosotros. —Tala ayudó a Luí a sentarse. La kiutl aún actuaba con fuerza en ellos y no había necesidad de palabras excepto por la intimidad de hablar.

—Id vosotros. Mi tiemposcuro está empezando. —Luí palpó la burda superficie de la crisálida y se esforzó por sentir la brillante fuerza cinética en su interior—. No sabéis cuánta belleza he visto. Y es mejor que no lo sepáis hasta que no estéis preparados para abandonar la sustancia.

Tristemente, Tala y Clochan la ayudaron a cruzar su kha con el niño-mage. Con el poder de la mente, contemplaron cómo su amiga entraba en Iz; por la oscuridad de sus mentes se curvaban amablemente los anchos bancos de colores hirvientes.

Débilmente, desde una gran distancia, observaron la chispa del kha de Luí desvaneciéndose en las profundidades de otra realidad. Y, por última vez, oyeron su queja-kha: una canción a la vez jubilosa y solitaria, como un madero a la deriva, lejos de la tierra, con el viento en sus ramas, cantando.

El Jefe Anareta esperó en la sombra nocturna del Atracadero a que sus hombres trajeran al Sugarat. Estaba nervioso. No quería violencia en su comisaría, pero esta vez era inevitable. Dos de sus soldados más veteranos habían perdido familiares en las revueltas que siguieron a las matanzas del Sugarat, y exigían sangre. Con la ayuda de los otros hombres habían quitado los bancos de los vestuarios y habían abierto espacio suficiente para una paliza ante un público amplio. Se había corrido la voz, y estaban acudiendo hombres de todas las divisiones de la ciudad.

El jefe se apoyó contra la piedra rasposa de la muralla del Atracadero, bien apartado de la vista. Era un hombre delgado y lobuno que llevaba su negro uniforme Masebôth con la tranquilidad casual y despreocupada de un soldado indiferente a su trabajo. La cruel brutalidad de las arrugas de su cara no era producto del dolor de la experiencia física. Más bien, había sido cultivada por cinco días de patrulla por las calles devastadas de McClure y cinco décadas de violenta imaginación como administrador de policía rellenando informes.

Anareta tenía una tarjeta blanca, y el Pilar Blanco le había relegado de su deber y nunca le había permitido en realidad arriesgar sus raros genes. De joven, había soñado con ser un erudito en temas kro, aunque en su corazón siempre supo que las necesidades económicas y la tradición familiar le llevarían a una carrera militar. Sólo la sorpresa genética de su tarjeta blanca le había concedido un regusto de la vida académica que deseara. Cada año, durante los tres intervalos que entregaba al Pilar Blanco, pasaba su tiempo libre con una escánsula estudiando fragmentos de literatura y música de los lejanos tiempos kro. Su fuerza de voluntad y su orgullo le habían convertido en un eficaz administrador de policía, pero era su tarjeta blanca y la época sin distorsiones a la que se remontaba lo que había llegado a amar.

Después de saber que el Sugarat era un tarjeta blanca, la opinión del Jefe Anareta sobre el asesino había cambiado de la indiferencia al respeto. En su mente veía a Sumner Kagan como una versión desgraciada de sí mismo: un resto de los tiempos antiguos en que los héroes arriesgaban todo para mantener íntegra la raza combatiendo a los distors. Pero ahora la mayoría de sus hombres (la mayor parte de la raza humana), eran distors.

El grueso de la sociedad Masebôth eran tarjetas verdes, gente que, sin ninguna distorsión visible, llevaban en sus genes la forma de un futuro que no incluía a hombres como él mismo o el Sugarat.

Ominosamente, los hombres de Anareta trabajaban contra él por causa de su tarjeta blanca. Poco después de que el jefe supiera de Kagan, había pedido al Cónclave del Pilar Blanco que enviara una escolta para proteger al Sugarat de su división sedienta de venganza. Ahora estaba claro que esos hombres no iban a llegar... que, realmente, el mensaje nunca había sido enviado.

Cuando el furgón con el Sugarat atravesó la muralla del Atracadero y se dirigió a los módulos de cemento de los barracones de la policía, el Jefe Anareta salió de las sombras. Sin atreverse a usar su radio portátil por temor a alertar a los otros hombres, hizo señas con la mano al conductor para que se dirigiera a la puerta arqueada de su oficina privada. El jefe mismo abrió la puerta trasera del furgón cuando éste se detenía, y se inclinó sorprendido al ver el corpulento cuerpo en su interior. Esperaba que Kagan fuera fiero y curtido en la calle, y por un momento pensó que lo habían drogado. Pero el miedo en los ojos del muchacho acabó con su incertidumbre.

—Desatadlo y sacadlo —ordenó.

Los guardias que salían del furgón se reunieron alrededor mientras Sumner se tambaleaba bajo la potente luz de un globo lux. Su cara regordeta brillaba de miedo. Le salía sangre de la nariz y tenía un hematoma en la mejilla y el cuello.

Anareta cogió el brazo del muchacho y lo condujo a la estrecha puerta lateral de su oficina. Los hombres uniformados le siguieron, pero el jefe los despidió con un gesto.

—Ya no hacéis falta —dijo, abriendo la puerta y empujando a Sumner al interior. Los policías refunfuñaron, y añadió con más vehemencia—: Vuestro trabajo ha acabado. Id a casa.

Había escogido con cuidado a quienes iban a ir a recoger al Sugarat. Principalmente trasladados del ejército y reclutas jóvenes, a quienes incomodaba desobedecer a un jefe. Se dispersaron con murmullos de desaprobación.

La oficina del Jefe Anareta estaba dominada por un gran mapa de McClure y un escritorio de metal repleto de informes sin clasificar. Le señaló a Sumner un taburete de madera y se sentó en el borde de su mesa junto a un comunicador. Una hora antes, había comunicado a las dos agencias Pilar Blanco y Negro que el Sugarat había sido identificado e iba a ser detenido. Ahora pulso la señal codificada que anunciaba que el muchacho estaba bajo custodia.

Anareta miró los porcinos ojos azules del muchacho. Contuvo los deseos de reír cuando imaginó a este chiquillo regordete conduciendo a la muerte a las bandas callejeras.

—¿Qué crees que estabas haciendo ahí fuera?

Sumner bajó los ojos bajo la lenta y omnívora mirada del jefe.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué lo hiciste? —La oscuridad de los ojos de Anareta era abismal—. Eres un tarjeta blanca. Sé lo que es eso. Yo también lo soy. Es una buena vida. Los militares te dejarán en paz, y el Cónclave te dará mujeres y tiempo para tus caprichos. ¿Por qué lo arriesgaste todo para ser el Sugarat?

La mirada de Sumner estaba vacía, como un deseo.

—No sé de qué me habla.

La cara del jefe se estrechó, y los pliegues de grasa del cuerpo de Sumner se tensaron y tiritaron.

—Siempre me ha gustado el Sugarat —dijo el jefe tensamente. Sin mirar el aparato, tecleó de nuevo en el comunicador, esta vez pulsando dos veces la tecla-enviadora para dar énfasis—. El Sugarat mata distors. Me cayó aún mejor cuando descubrí que era un tarjeta blanca. No es un simple tarjeta verde. Tiene algo, y lo dedicó todo a joder distors.

Me gusta el Sugarat, pero creo que tú no.

La voz de Sumner tembló al hablar.

—No soy el Sugarat.

—No te vuelvas más feo de lo que eres, Kagan. —Los labios de Anareta se arrugaron de disgusto—. Mis hombres encontraron en tu habitación latas de spray con la misma pintura que usa el Sugarat. Apuesto a que las huellas de neumáticos encontradas en los lugares de los crímenes encajan con las de tu coche. Y ahora tenemos también moldes de huellas de pies. ¿Crees que no van a encajar?

Sumner aguantó mansamente la tensa mirada del jefe y sacudió la cabeza.

—No soy el Sugarat.

—¿Tu permiso de conducir se fue solo a la fábrica de alcaloides?

Toda la cara de Sumner tembló.

—No soy yo. No sé cómo llegó allí.

Al otro lado de la puerta gris, en el largo corredor que conducía a los vestuarios, empezó a oírse un cántico escalofriante:

—¡Zh-zh-zh-zh-zh!

Sumner tembló al oír la llamada del Sugarat.

—Es a ti, Kagan —dijo Anareta con voz teñida de furia. Sabía que no podía controlar a sus hombres... y sus hombres lo sabían también—. Es a ti a quien quieren.

Volvió a pulsar la señal en clave, dirigiéndola sólo al Cónclave. La tarjeta blanca de Kagan era su única esperanza de sobrevivir a la noche... pero sólo si el Pilar Blanco reconocía su valor genético.

—¡Zh-zh-zh-zh! —El cántico sonaba cada vez más cerca a través de la puerta interior gris.

Sumner gimió y se levantó del taburete.

¡No soy yo!

¡Siéntate! —exclamó el jefe—. ¿Por qué mataste si no estás preparado para eso?

¡No lo hice! —Los ojos de Sumner estaban ebrios de terror. Se inclinó hacia el jefe; el caliente hedor de su cuerpo denso como un espasmo—. No soy yo. Por favor, créame. Nunca he matado a nadie.

La cara del jefe se ensombreció, y apartó a Sumner de un empujón.

—Podría haber intentado ayudarte —dijo mientras la puerta gris se sacudía y comenzaban los golpes—. Pero no voy a arriesgar mi vida por un miedica como tú.

¡Zh-zh! ¡Zh-zh! ¡Zh-zh!

¡Abra, Jefe! —llamó una voz ronca a través de la puerta—. ¡Sabemos que está con usted! ¡Abra o caerá con él!

La pesada puerta se abombó con los golpes.

Sumner agarró el brazo del jefe y suplicó con todas sus fuerzas. Pero la simpatía que pudiera quedar en Anareta desapareció. Se zafó de él y se dirigió a la puerta gris marcada con los pilares Masebôth blanco y negro.

—¡No! —Sumner se acurrucó tras el escritorio del jefe—. Soy el Sugarat... pero no deje que me cojan.

Anareta se volvió hacia Sumner con un brillo de algo parecido a la alegría en el rostro.

—¿Por qué lo hiciste, Kagan? Quiero saberlo.

Sumner estaba anonadado.

—No lo sé.

El jefe se acercó al teclado y volvió a introducir la petición para entregar a Sumner al Cónclave. Pulsó la tecla de envío una y otra vez.

—Estaba asustado. —El muchacho lloraba—. He estado asustado toda la vida. Tenía que matar a lo que me asustaba. El temor, es...

—¡Zh-zh!

El marco de la puerta crujió y algunas lascas cayeron hacia dentro. En la otra puerta,

que conducía al exterior, empezaron a llamar con fuerza gritando el nombre del Sugarat. Anareta se dirigía al estante de las armas cuando la puerta se abrió arrojándole a un lado.

Media docena de hombres entraron en tropel en la habitación con las caras tensas de furia animal. Encontraron a Sumner escondido bajo el escritorio del jefe. El muchacho pateó y esquivó, y tuvieron que alzar el escritorio para cogerlo. Lo sacaron a rastras de la oficina mientras gritaba y lo condujeron por el pasillo hasta el vestuario donde esperaban los otros hombres.

Anareta quedó atrás, y se esforzó por volver a colocar en su sitio el comunicador volcado. Pasaron minutos antes de que pudiera reconectar la clavija torcida. Los aullidos de Sumner se convirtieron en gritos de pánico y lloriqueos cuando un canal se abrió y el jefe pudo enlazar con el Cónclave. Más minutos llenos de gritos mientras la autorización de traslado de los Pilares Blanco y Negro se escribía. Anareta arrancó la hoja antes de que la señal terminara y salió corriendo de la habitación.

Los gritos habían cesado, y sólo se oían las risotadas de los hombres y el sonido de los golpes.

El jefe tuvo que apartar a los hombres de su paso para llegar hasta Sumner. Con un grito, mandó callar a todo el mundo.

—¡Se acabó! ¡Este muchacho no es nuestro! ¡Si muere, todos somos dorgas!

Los hombres de la periferia se retiraron, y Anareta pudo divisar el cuerpo encogido de Sumner, con las ropas arrancadas de su corpachón enorme y sanguinolento. Entonces los hombres que habían perdido familiares en las revueltas del Sugarat se colocaron ante él... hombres fornidos desnudos hasta la cintura, con los ojos nublados por la furia roja y el desdén por su blanda vida. Ambos tenían en las manos mangueras manchadas de sangre, y uno de ellos hizo girar el extremo de una ante la cara de Anareta.

—Jefe, si intenta detenernos será un trozo de carne muerta.

El jefe hizo a un lado al matón y alzó la orden de autorización.

—No estoy intentando nada. El Pilar Blanco es ahora dueño de Kagan. Saben que está vivo. Si muere... estaremos peor que muertos. Todos nosotros.

Uno de los dos hombres dio un paso atrás, y el otro se acercó peligrosamente. No mostraba emoción ninguna en el rostro, salpicado de la sangre de Sumner. Su voz era átona:

—Preferiría ser un dorga a dejar vivo a esta basura.

El jefe no se arredró, aunque el hombre estaba a escasa distancia y la dura punta de la manguera apretaba bruscamente su esternón. Anareta alzó la autorización.

—Desafiar al Pilar Negro es la muerte —citó el Código del Protectorado—, pero desafiar al Pilar Blanco es sufrimiento. ¿Quién más quiere vivir una larga vida en los pozos dorga?

—El jefe tiene razón —dijo en voz alta uno de los hombres que se encontraban cerca, y murmullos de aprobación le siguieron—. El tipejo está herido. No volverá a andar derecho.

Varios hombres cogieron por los brazos al policía furioso y lo apartaron del jefe.

Anareta se relajó y luego se enervó aún más fieramente cuando vio lo que había sido de Sumner. El rostro del muchacho era irreconocible: una máscara de sangre, tejidos y cartílagos rasgados. Tenía los dos brazos rotos, retorcidos en extraños ángulos, las manos blancuzcas y sin vida. También tenía rotas las piernas, y una astilla de hueso roto asomaba en su muslo.

—Mutra —jadeó el jefe—. Traed una unidad de cuidados. ¡Que alguien consiga ayuda!

Se quitó la camisa y cubrió el cuerpo tembloroso de Sumner.

—Todos los demás fuera de aquí —ordenó—. El Cónclave nos castigará por esto.

La comisaría se despejó rápidamente, y cuando los médicos llegaron encontraron a Anareta solo, inclinado sobre el muchacho medio muerto.

Sumner despertó, alzándose en una boca de oscuridad. Un quejido salvaje resonaba

en sus oídos, y esperó a que la pesadilla continuara. Pero el mundo había cambiado. A su alrededor se arremolinaban vibrantes olores medicinales, y la luz era más suave, débil y diáfana.

El dolor de su cuerpo se había vuelto tan intenso que era placentero. Parecía que durante toda una eternidad hubiera soñado que su dolor era una radiación. Flotaba en su propio interior; su cuerpo era una visión sostenida por la intensidad de su dolor-placer. Retorció su cuerpo para prender la carnaluz en que se había convertido su alegría, pero el pegajoso abrazo de un colchón engulló la mayor parte de su dolor.

—Ya se acabó —dijo suavemente una voz femenina. El dulce y húmedo calor de su respiración aguzó los sentidos de Sumner. La gentil fragancia de las medicinas fluía en el aire, y una cara neblinosa gravitó sobre él. Se tensó a la espera de un espasmo de dolor, pero la mano que le tocaba permaneció quieta.

Ella se acercó más, y Sumner vio que su cara era encantadora, musical. Le rodeaban cabellos densos y oscuros. Se alzó sobre el entumecimiento de su cuerpo y vio el verde uniforme de médico que llevaba la mujer y las agujas intravenosas en la cabecera de la cama. Pero entonces el dolor de su cuerpo fracturó su consciencia alerta, y volvió a sumirse en su estupor.

—Quédate con nosotros, Sumner —susurró la doctora, y la caricia brillante de su cabello le rozó la cara mientras se retiraba.

Durante un momento, Sumner ansió olvidar su sufrimiento y agarrarse a esta mujer como se habría agarrado a la vida, pero sabía que si se apartaba de su visión dolorosa ahora, se rendiría para siempre a la ensoñación vencida en sus nervios. Vivir se convertiría de nuevo en una agonía. Pero esta mujer...

Una oleada de soledad le barrió, y extendió la mano hacia ella.

El primer día que estuvo lo bastante recuperado para tocarla, fue el último que la vio. Porque entonces, ya había recuperado la consciencia y sabía que se encontraba en una enfermería del Atracadero. Ventanas altas y estrechas alineaban las paredes, una por cada cama en la sala. La luz del sol, densa y firme como la piedra, asomaba en su cara cada mañana, y los días negros se sucedieron.

La mayor parte de las noches sus sueños eran sobresaltados y violentos. Bajo la lánguida luz del falso amanecer invariablemente se despertaba ante una visión de la doctora que le había recuperado a la vida con su piel sedosa, sus cabellos negros y el aliento que olía a caramelo. Durante ese momento era feliz, y durante el resto del día la exasperante alucinación de su belleza le mortificaba. Estaba solo, como siempre. Traicionado para vivir. ¿Pero por qué? ¿Por qué no le habían matado los policías? El personal médico que le atendía y los otros enfermos de la sala no sabían nada.

El Jefe Anareta le visitó en una ocasión, pero el muchacho se agitó tanto ante la visión del uniforme negro con los rebordes rojos que el doctor le pidió que se marchara antes de que pudiera presentarse. El jefe había venido a despedirse. Después del informe de la paliza, las autoridades del Pilar Negro habían decidido retirarlo. Iba a ser enviado a un campamento en las afueras de Xhule donde daría un uso más regular a su tarjeta blanca. Anareta se sentía feliz por su traslado. Xhule era un valle bucólico lleno de pueblos floridos y una universidad donde podría continuar con sus estudios kro. Quería encontrar alguna manera de dar las gracias al Sugarat, pero después de ver el enorme miedo del muchacho, se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer por Kagan era olvidarlo.

Gradualmente, el dolor de Sumner se fue convirtiendo en las molestias típicas del proceso de curación: hormigueos, picor en la piel y los músculos. Sin embargo, no quería vivir.

Intentó dejar de comer, pero el personal médico le introdujo tubos por la nariz y la garganta. Y aunque deseaba morir, su cuerpo seguía fortaleciéndose.

Cuando llegó el cruel día en que tuvo que aprender a andar, se negó a moverse. El

dolor le había suavizado el cerebro, y el tiempo significaba poco para él. Aparte de los alocados sueños que le sumían en un no menos alocado frenesí cada noche, estaba vacío. Ninguna esperanza. Ningún deseo. El tiempo le mataría. Esperaría.

Con la esperanza de despertarlo a la vida, una enfermera de bata azul le condujo a la sala de aquellos a los que llamaban «lune» y le dejó en un extremo, donde el vómito estaba pegado a las paredes y el hedor fecal aturdió todo su cuerpo.

Los lune eran la escoria de la sociedad de McClure, gente que se había vuelto loca en las fábricas químicas o en las minas y a la que se mantenía con vida para hacer experimentos médicos. Sus miradas estaban vacías o, como mucho, eran bestiales, y sus fantasmales aullidos y sus alaridos afectaban los nervios de Sumner y hacían sus pesadillas aún más terribles.

Pero Sumner se negó a cooperar con el personal. Estaba determinado a morir, y se habría consumido en una total laxitud si un revulsivo inesperado no hubiera aparecido súbita y malignamente para derrotarle. Una noche se despertó y se encontró con un lune de ojos lechosos que le estaba mordisqueando las costras de las heridas de sus piernas. Al día siguiente, estuvo dispuesto a caminar.

Tras un mes de ejercicios en el agua, levantamiento de pesas y dolores cegadores, Sumner pudo moverse sin muletas. El personal había sido paciente y bueno con él, y su cuerpo sanó bien. Pero Sumner no mostró ningún agradecimiento. Siguió solo y apartado, completando mecánicamente sus ejercicios y comiendo sus alimentos. Pocos pensamientos rebullían en su cerebro aturdido, y los que lo hacían eran simples, inmediatos, animales. Una hosca indiferencia nublaba sus ojos, y el personal médico por fin advirtió que la policía había tenido éxito después de todo. El Sugarat estaba muerto.

El Jefe Anareta entró en un sereno jardín que se extendía por el Atracadero. Iba sin uniforme, y parecía ojeroso con el jersey verde y los pantalones marrones que llevaba. Durante dos largos minutos se quedó plantado junto a un seto de rosas azules contemplando un monje de hábito rojo que estaba sentado leyendo en un banco de piedra a pocos metros de distancia.

Cuando el erudito alzó la vista, meneó la cabeza al reconocerlo y la capucha le cayó hacia atrás, revelando una cara dura de rasgos toscos suavizada por la sorpresa.

—¡Jefe! —susurró el monje. Se levantó con un gruñido. Su cuerpo era monolítico, su pelo corto veteado como humo—. Pareces más pequeño sin el uniforme.

—Los Pilares me lo quitaron, Kempis. —Anareta aferró amigablemente el gran hombro del erudito—. Me retiraron después de que los profundos miraran en mi interior.

La mirada de Kempis se volvió más aguda.

—¿Profundos? ¿Hasta dónde miraron en tu mente?

—No lo suficiente para verte —dijo Anareta con una sonrisa tranquilizadora. Veinte años antes, el jefe había ayudado a entrar secretamente a Kempis en el Protectorado. Con anterioridad, el monje había sido un desclasado, hijo de distorsionados aunque sin distorsiones, vagabundo y bandido. Anareta lo encontró en una estación fronteriza donde el corsario, herido y vendado, estaba siendo preparado para que le aplicaran las bandas-zángano. La luz de sabiduría en los ojos del hombretón detuvo al jefe en el instante en que sus ojos se encontraron. Kempis no era un distorsionado aparente, y la salvaje impasibilidad que Anareta estaba acostumbrado a ver en las caras de los criminales no estaba allí. Movidito por la compasión, apartó a Kempis y habló con él lo suficiente para confirmar lo que sospechaba: no era un triebño programado por los ritos ni miembro de ninguna banda... era un individuo. A través de sus contactos burocráticos, el jefe pudo aclarar los archivos de Kempis, asegurarle una tarjeta verde, y colocarle como erudito con el Pilar Blanco.

Los eruditos tenían una vida fácil. Esencialmente eran bibliotecarios e investigadores, bien considerados en el Protectorado, y tradicionalmente se esperaba que aumentaran la

especie manteniendo una vida sexual muy activa. Kempis siempre había sido feliz sirviendo a Mutra.

—Los profundos fueron selectivos con mi pasado —aclaró Anareta—. Estaban más interesados en mi tarjeta blanca y en mis recientes hazañas sexuales que en lo que sucedió hace veinte años. En realidad, todo lo que vieron fue que prefiero estudiar kro que mandar una división callejera... por eso me licenciaron. Me marché a Xhule esta noche. Mañana estaré actuando de semental en el bungalow de algún bosque.

El duro rostro de Kempis brilló.

—Me alegro por ti, Jefe. Treinta años y los Pilares nunca sospecharon que estabas con los kro tanto como con ellos. ¿Qué le puso fin?

—Me sorprendieron tratando de salvar a otro tarjeta blanca... un chico gordo que había estado liquidando a las bandas de distors por medio de una serie de trampas mortales.

—Para mí que los Pilares le darían una medalla por eso.

—Más que dañarlas, el Sugarat enfurecía a las bandas. En los últimos cinco años, los distors han estado destrozando McClure como si fuera tierra de nadie. Cuando por fin el chico fue capturado, fui el único que quiso salvarle la vida. Esa expresión en tu cara pregunta por qué. —Anareta se encogió de hombros, y la inseguridad marcó su entrecejo con una larga línea—. ¿Por qué te salvé a ti? Es único... un individuo, no un distor o un retardado. Pero mis propios hombres lo capturaron. Y por eso estoy aquí.

Kempis agarró al jefe por el codo y lo condujo al seto de rosas donde quedaron fuera de la vista del Atracadero.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Kempis, van a matar a ese muchacho.

—Has dicho que era un tarjeta blanca.

—Sí, pero es muy feo. Aun antes de que mis hombres le destrozaran la cara, era del tipo de fealdad grasienta de la que se reiría una pareja. Su tarjeta blanca le salvará de los pozos dorga, pero es demasiado deforme para entrar en el circuito de apareamiento. Sé que van a enviarle a uno de los campamentos de trabajos pesados... Carnou, Tred, tal vez Ciudad Carne.

Kempis torció la cabeza.

—¿Cómo puedo ayudarle... y por qué quieres que lo haga?

—Es un tarjeta blanca, como yo —dijo Anareta, mirando fijamente a Kempis—. No puedo retirarme en paz sin advertir al menos al muchacho. Quiero decirle que se vaya... que abandone el Protectorado.

La voz rasposa de Kempis se volvió casi inaudible.

—Jefe... morirá en el exterior.

—Tú sobreviviste... y durante muchos años.

—Nací ahí fuera.

Anareta arrancó una rosa y la convirtió en un despliegue de pétalos.

—Mira... no puedo llegar al chico. Me marché esta noche. Pero quiero que hables con él.

Kempis suspiró.

—Está encerrado, ¿verdad?

Anareta se sacó una bolsa de cuero del bolsillo de los pantalones y se la tendió al erudito. La bolsa estaba repleta de monedas.

—Aún tengo amigos en el Pilar Negro. Uno de ellos te notificará cuando alguien asequible esté vigilando al muchacho. Usa estos zords para hablar con el chico a solas. Dile que huya si puede. Dile que puede encontrar la muerte ahí fuera, pero hazle saber que si se queda la muerte será segura.

El jefe colocó sus manos sobre los brazos del monje.

—Es mi último prisionero... y me marché a una vida fácil. Quiero sentirme bien en esa vida. Habla con el muchacho. Dile quién eres. Eso te salvó la vida una vez. Puede que lo

salve a él.

Una mañana, muy temprano, Sumner fue despertado bruscamente por un fornido guardia uniformado y cambiaron su bata verde por ropas marrones y botas de trabajo. Le sacaron de la enfermería y le hicieron marchar bajo la luz grisácea del amanecer, cruzar un patio y entrar en el Atracadero. Luces verdes y heladas ardían a intervalos irregulares por lo alto del enorme muro curvado. Dentro, el aire era cerrado y oscuro.

Tras una breve comprobación, Sumner fue conducido hacia adelante. Atravesó opulentos pasillos serpenteantes cubiertos de frescos de la Redención Mútrica. Incienso de áloe fluía de nichos laterales ocupados por sebosos votivos e iconos de cristal azul. Le detuvieron varias veces y le obligaron a inclinar la cabeza en obediencia mientras pasaban eruditos de hábitos rojos. Sumner replicaba automáticamente, demasiado vacío para preocuparse. Por fin, entraron en un jardín diminuto, y le ordenaron sentarse.

El estrecho jardín estaba abierto al cielo del amanecer, y las paredes curvas aparecían cubiertas de enredaderas. Era como un pozo de hiedra. Sumner se sentó en un banco de piedra junto a una fuente de agua cubierta de moho. Una media luna sobre la puerta oval describía el Paseo sobre el Fuego de Sita, y Sumner se fijó en la realista descripción de los miembros retorciéndose para convertirse en amasijos de melaza negra.

Aún estaba contemplando la pintura cuando el guardia lo agarró fieramente por el cogote.

—¡En pie! —susurró.

Un erudito, con su hábito rojo, estaba de pie en la puerta. Sumner se levantó e inclinó automáticamente la cabeza.

—Tranquilízate, por favor —dijo el erudito y colocó una mano sobre el hombro de Sumner—. Siéntate.

Sumner obedeció y le observó con expresión vacía mientras el erudito rebuscaba entre sus hábitos y sacaba una bolsita de cuero que entregó al guardia. Con ojos reverentemente apartados, el guardia se inclinó, retorciendo los dedos por encima de la bolsa, contando la plata a través del cuero.

Después de que se marchara del jardín, el erudito se echó atrás la capucha. Era un hombre grande, fornido, con pelo rizado corto y rostro como el granito: pálido pero duro, cuadrado y anguloso con muchas pequeñas arrugas.

—Me llamo Kempis —dijo con voz ronca—. Legalmente, no podemos hablar. Soy un erudito del Pilar Blanco... las leyes que violaste eran del Pilar Negro. Esta audiencia me cuesta más en riesgo que en plata.

Sumner le miró, vago como la niebla.

Un largo minuto de silencio se extendió entre ellos mientras Kempis estudiaba al muchacho. Sumner estaba marchito y ceniciento por todo el peso que había perdido. La carne alrededor de sus ojos parecía hundida y moteada. Los ojos mismos eran claros, pero desenfocados, mirando sin ver a través de una estrecha máscara de cicatrices.

Cuando el erudito habló, una ronquera asmática subrayó sus palabras:

—He pagado al Pilar Negro para poder hablar contigo. Creo que deberías comprender a dónde vas. —Inspiró aire, silbando—. La policía, ya sabes, te quiere muerto. Lamentablemente, nunca se dan por vencidos. Algunos eruditos descubrieron lo de tu tarjeta blanca. Ya que tus genes son tan raros, creen que eres sagrado, un enviado de Mutra, la última esperanza de nuestra especie. Son muy devotos, pero tienen poco cerebro. Así que ahora estás atrapado entre el Pilar Negro de la policía y el Pilar Blanco del Cónclave de los eruditos.

»¿Sabes lo que significa tener una tarjeta blanca, hijo? —La oscuridad en los ojos de Kempis se espesó—. No hay mil en esta ciudad... menos de cien mil en todo el Protectorado. Incluso los voors reverencian lo que significa esa tarjeta. Significa que estás completo... uno de los pocos en este mundo roto.

Kempis se acercó más.

—Se ha preparado un oscuro trato. La policía ha accedido a dejarte vivir para que, tal vez, el Cónclave consiga que engendres a otros tarjetas blancas. La conservación de los Masebôth está en juego. Pero te aseguro que los Masebôth van a hacerte la vida peor que la muerte.

Sumner le observó soñoliento. La soledad azul y vacua del cielo se reflejaba en sus ojos.

Kempis suspiró. Su respiración hizo en su pecho un ruido como fuego.

—Tengo algunos consejos que darte. —Sus dedos se movieron lentamente, desabrochando la pechera de su hábito—. No soy un erudito típico. Conozco muy bien lo que te está sucediendo. Verás, antes de entrar en el Cónclave fui corsario. Tuve sueños como el Sugarat. Pero trabajé en las costas en vez de en las calles. Me movía de noche, y en el mar, lo que requiere tanto valor como habilidad. Pasé kiutl y renegados. Saqué las colonias de los arrecifes y las avanzadillas de las islas. Y maté sólo en defensa y por venganza. Fue una forma de vivir estupenda, alocada, ansiosa, solitaria. Y lo estaría haciendo todavía hoy, si no fuera por esto.

Abrió su hábito y reveló un pecho lívido cosido de cicatrices.

—Me acuchillaron en una pelea en una taberna. Treinta y dos heridas. Cuando me recuperé, ingresé en el Cónclave. ¿Qué otra cosa podía hacer con medio pulmón?

La mirada de Sumner se crispó súbitamente. Comprendía el dolor que había fluido en aquellas cicatrices, y miró más directamente al hombre que habían formado.

Kempis volvió a abrochar su hábito.

—Mi consejo no es ningún rauk religioso. Mutra, con su mítica sangrienta y sus farfalleos sagrados, es sólo un resquicio del antiguo Cristom. No es real. Nada es real... menos tú. Tu vida. Tu dolor.

Miró a Sumner, solemne como una cobra.

—El Pilar Blanco te utilizará como semental si puede, pero el Pilar Negro quiere que sufras. No dejes que ninguno de ellos te atrape. Escápate en cuanto puedas. Eres joven, y los médicos dicen que aún estás completo. Así que deja de actuar como un cadáver. Cobra vida. Este mundo es grande y extraño. He visto en él cosas que ya no creo. Pero todo está ahí fuera... distors, voors, criaturas y lugares para los que aún no tenemos nombre. Márchate a la primera oportunidad que tengas. Conviértete en un corsario. Ve al norte. Ve todo lo lejos que puedas. Sólo la libertad es real.

Gimió y sorbió aire.

—Créeme, el norte es otro mundo. Los Masebôth no te seguirán allí. Y algunas de las mujeres distors... —se rió con abandono sofocado por la tos y se detuvo para recuperar el aliento.

—¿Dónde van a enviarme los Masebôth? —preguntó Sumner, con voz rechinante—. ¿A dónde voy?

Kempis le miró en silencio, intrigado y gratificado.

—Si supieras eso, hijo, vivirías eternamente.

El rostro de Broux era cruel: la boca, un tajo; la mandíbula, una tenaza; la piel bronceada por las quemaduras del sol y la malaria; el pelo gris acero y rapado cerca de los hundidos contornos de su cabeza cuadrada. Era el comandante de Ciudad Carne, un agujero apestoso situado en el interior de la verde cara temblequeante del bosque occidental. El campamento de Broux parecía más un estercolero que el asentamiento militar que se suponía que era. En realidad, el cochambroso solar rodeado por la jungla era un estercolero humano, el depósito final donde el Pilar Negro Masebôth enviaba al personal demasiado rebelde para servir en unidades regulares pero demasiado valioso para ser ejecutado. Bajo la brutal férula de Broux, los soldados se oponían a la jungla pero se conformaban o eran destrozados.

Broux tomó especial interés por Sumner desde el principio. Vio al muchacho, con la cara cubierta de cicatrices y sacudido por el dolor, cuando bajaba cojeando del

strohlplano que le había traído junto con otros ocho prisioneros a Ciudad Carne. Los hombres tenían cara de león, sus miradas en guardia pero truculentas, un fuerte sentimiento de lucha en su interior... pero el muchacho era diferente: permanecía de pie en el campo de aterrizaje contemplando con abierta aprensión la monótona fila de barracas podridas y cabañas medio desmoronadas colocadas sobre unos pilares de hormigón en un terreno fangoso amarillo mostaza.

Contrariamente a los demás, tenía una tarjeta blanca, y el Pilar Blanco había añadido una advertencia en su archivo: había que tratar con dureza a Sumner Kagan, pero no tenía que morir. Dos veces por año lo llevarían a un burdel de apareamiento; por lo demás, Broux podía hacer con el muchacho lo que se le antojase.

—Ahora eres mío, Kagan —gruñó Broux. Sus ojos oscuros, como de dragón, examinaron al muchacho, viendo la forma del animal dentro de la demacrada obesidad de Sumner, sabiendo ya cuánto dolor podría digerir aquel cuerpo—. Si trabajas en Ciudad Carne, vives. Aparte de eso, lo único que hay aquí es muerte.

La sonrisa de tiburón de Broux se dibujó sobre su mandíbula, y luego se desvaneció instantáneamente.

—Este claro tiene tres kilómetros de perímetro. Corre por el borde de la jungla. ¡Vamos!

Sumner se puso en marcha, y Broux ladró tras él:

—¡Con más energía, Kagan! ¡Corre!

Sumner corrió firmemente al principio. Pero a medida que el sol se elevaba más, caliente y arrogante en el cielo, algo en él empezó a ceder. Los colores se arremolinaron, y la sangre empezó a latirle con más fuerza, como si hirviera en sus oídos. Se tambaleó y jadeó bajo el aire espeso, y músculos largos y profundos se le agarrotaron en las piernas. Todavía cojeaba alrededor del campamento cuando Broux le llamó al anochecer.

Sacudido por la fatiga, Sumner no tuvo fuerza para recoger sus raciones, pero Broux le metió la cara en la pasta de judías, y por eso comió. Inmediatamente después, se derrumbó en su camastro y se quedó tendido inmóvil hasta que Broux lo despertó al amanecer.

Otra vez se le ordenó correr por el perímetro de la jungla. Cuando se acomodó al ritmo de su carrera, el calor del sol se había vuelto rabioso. Al mediodía se desmoronó y un guardia tuvo que abofetearle para que despertara.

Sumner se puso en pie tambaleándose y se obligó a correr... con fuerza, esperando que un colapso le arrancara de las garras de Broux. Esta pesadilla se repitió durante días. Entonces, milagrosamente, las horas se acortaron. Un compartimento secreto se abrió en sus pulmones, y el fuego que llevaba en su interior se enfrió. Un poder sin límites fluyó a sus tendones, y las calientes agujas que le picoteaban desde los hombros al pecho desaparecieron, dejando su cuerpo suelto y escurridizo. Corría a través de los rayos del sol con zancadas desafiantes.

Broux estaba impresionado. La policía de McClure había destrozado a Sumner, y la temblorosa mirada del muchacho convenció a Broux de que su voluntad estaba deshecha. Pero Sumner era más fuerte de lo que revelaba el amasijo lleno de cicatrices de su cuerpo. Al día siguiente, desde la sombra de su tienda de mando, Broux contempló cómo Sumner se unía a los otros hombres en la patrulla para abrir zanjas... el acarreo diario de grava.

Cavar no le hizo bien a Sumner. Al borde de la jungla, el calor húmedo y miásmico hervía suavemente a su alrededor con el mortífero palio de la grava. Sumner respiraba por la boca y trataba de levantar pequeñas paletadas de barro amarillo. Pronto el asfixiante calor se sumó a su fatiga, y cuando se quitó la camisa las picaduras de las moscas le atormentaron.

Sin embargo, trabajó sin descanso, deseando que el calor lo matara. Tenía las manos despellejadas por el tosco mango de su pala, y el cuerpo retorcido por el dolor y la fatiga. Al final de cada jornada regresaba febril a su cabaña, demasiado exhausto para comer las

hierbas amargas y la pasta de raíces de la cena, pero obligado a alimentarse por la tenaza de Broux en la base de su cuello. Después se tendía en su camastro, estupefacto, aturdido y libre de sus pesadillas.

El tiempo se convirtió en una rutina para Sumner. Broux le hacía trabajar con dureza durante nueve días y le dejaba descansar uno. Durante mucho tiempo se pasó durmiendo aquellos días libres, demasiado vacío para soñar. Pero un día descubrió que no estaba lo bastante exhausto para seguir ignorando las moscas del barracón. Pasó ese día deambulando por el campamento, reflexionando aturdido sobre su situación.

Se dio cuenta de que era un esclavo, y que su voluntad estaba tan exhausta como su cuerpo. Broux lo trabajaba, no para matarle, sino para llevarle al borde de la vida, manteniéndole vivo para el Pilar Blanco... o sólo para que experimentara dolor. Sumner no lo sabía.

Pensó en Kempis y en huir. Y pensó en Nefandi, el deva, y los voors, y su temor se avivó. El mundo era maligno, demasiado oscuro para ser iluminado por los pensamientos. Y aquello hacía parecer buena la dolorosa rutina de Ciudad Carne. Cuando la patrulla de la zanja pasaba con los cuerpos deshechos de los muertos del día, la familiaridad de su canto de trabajo barría todos los deseos de escapar.

Al final del día, mientras se desnudaba para dormir, se sorprendió de lo mucho que había cambiado su cuerpo. Sus muslos, que dolían hasta el hueso de puro cansancio, eran ahora formados, y sus brazos se habían ensanchado y asentado alrededor de los hombros. Sin un espejo, se contentaba con yacer en la oscuridad, sintiendo la tensión de su estómago y la curvada anchura de su pecho. Una sombra de orgullo suavizó sus sueños esa noche. Pero Broux había visto que la fortaleza de Sumner se expandía, y al día siguiente le trabajó con más fuerza que nunca. Durante muchas semanas después de aquello, Sumner vivió sintiendo, sin pensar.

Broux arrojó un puñado de piedras a una laguna de lodo y observó las ondas. Tras él, los grupos de trabajo guardaban fila bajo un bosquecillo de inmensos árboles de caucho para recibir las asignaciones del día. Los oficiales, con las metralletas atadas a los muslos y carpetas en las manos gritaban mientras hacían el recuento. Broux escuchó con melancolía la lejana revista. Estaba cansado de ser guardián. Tenía casi sesenta años, y esto era todo lo que había conseguido en la vida: aire corrosivo, moscas propagadoras de fiebre, murallas selváticas que jamás se daban por vencidas... era una prisión tanto para él como para cualquiera de los hombres deshechos que tenía que destruir.

¿Pero era su destino diferente al de alguien más en el Protectorado? Se dio la vuelta para supervisar a los hombres mientras pasaban, arrastrando sus palas y machetes hasta el borde de la jungla. Las ciudades estaban podridas de pozos dorga (todo el mundo tenía un hermano, hermana o hijo distor), y lo máximo que podía desearse era permanecer completo. ¿Por qué era el mundo de esta forma? ¿Por qué se estropeaba la carne? Dio una patada a una roca y despejó su mente. Un hombre podía romperse los dientes con preguntas como ésa.

Sumner Kagan apareció en la cola, trotando hacia los árboles de caucho. Broux lo observó con satisfacción. El muchacho se expandía y se endurecía, haciéndose más fuerte a cada semana. Había pasado un año entero desde su llegada, rebotante de grasa y dolor, y no había llegado ninguna orden del Pilar Blanco para reclamarle. Meses antes, Broux había contactado con un oficial de alto estatus dentro del Cónclave para cobrar una deuda de hacía mucho tiempo. Años atrás, Broux había ayudado a conseguir papeles falsos a un pariente distor de aquel erudito; a cambio, Broux había pedido que los archivos de Kagan en el Pilar Blanco fueran extraviados de manera permanente. Aparentemente así se había hecho, y ahora el muchacho era todo suyo.

Sumner se debatía contra una pared de enredaderas colgantes, su espalda larga y curvada se sacudía con los poderosos golpes que daba con el machete mientras se abría

paso en la masa verde. Broux le observó aprobatoriamente. Como un experto en anatomía, Broux conocía la dinámica interna del cuerpo: qué rutinas formaban qué músculos; qué músculos alineaban la estructura ósea; qué alineación daba mayor fuerza. Había empleado ese conocimiento para seleccionar los proyectos de trabajo de Sumner. Y lo seguía con cuidado, observando cómo cambiaba su forma, estudiando cómo moldear mejor su cuerpo. Las recompensas para Broux iban a ser grandes. Un protomacho en el mercado militar le haría ganar los zords suficientes para marcharse de Ciudad Carne y retirarse a una colonia hogareña cerca de Xhule o de Onn. Había ciudades en los bosques, demasiado pequeñas para alojar pozos dorga. Estaban todo lo lejos que podía esperar de la brutalidad de su profesión.

Aquella alegre idea se posó entre sus ojos como un punto de dolor, y tuvo que recoger una roca y aplastarla entre los dedos para controlarse.

Sumner se mantenía apartado. Algunos de los hombres trabajaban en grupo, se reían y maldecían por la monotonía de sus trabajos y compartían el silencio cuando Broux y los guardias estaban cerca. Pero Sumner vivía demasiado apegado a su dolor, y los otros pensaban que era un animal tonto. Sólo un joven diminuto se acercaba a él: un muchacho llamado Dado. Los hombres lo aborrecían: era charlatán y orgulloso, y no era lo bastante grande para hacer su parte equitativa del trabajo. Le zaherían constantemente, excepto cuando Sumner estaba cerca. Todo el mundo temía a Sumner, no sólo porque se había convertido en el hombre más grande del campamento, sino porque era el animal de Broux.

—Soy un oportunista —se le presentó Dado entre las sombras esmeralda de la jungla. Kagan estaba talando un tronco, apartando y segando las raíces como cables, desprendiendo sudor con cada sacudida—. Me llaman desertor porque dejé mi escuadra y me fui a Vórtice. Por eso estoy aquí. Pero no huía. Para desertar, me habría ido al norte, a Carnou. Hay voors en Carnou, y siempre buscan tarjetas azules. Eso es lo que tengo... una tarjeta azul. Significa que sólo tengo un gen defectuoso. Un durmiente. Nunca me alcanzará. Sólo una tarjeta blanca es mejor, pero no hay ninguno por aquí. El gobierno se los lleva y los utiliza como sementales. Mi tarjeta azul es lo mejor que verás. Si desertara, me iría a Carnou y dejaría que los voors me utilizaran. ¿Pero qué clase de vida es ésa, trabajar para los voors? Mutra, eso es una porquería. No, no deserté. Fui a Vórtice a jugar al kili. Por eso me llaman Dado. Soy el mejor. Y además iba a salir bien del kilithon de Vórtice. Sólo se celebra cada tres años. La última vez, me tuvieron en cuenta. Eso significa que llegué a los cinco primeros. ¿Sabes cuántos zords podría haber ganado en los cinco primeros si hubiera jugado? ¡Foc! Podría haber comprado mi salida del ejército y aún tendría zords de sobra para alquilar una suite en un burdel en Profecía. Así de bueno soy, ya ves. Llevo jugando al kili desde que pude dibujar el triángulo. ¿Has jugado alguna vez?

Sumner estaba hundido hasta la cintura en una maraña de raíces y cieno de la jungla. Su cuerpo entero luchaba contra la tierra.

—Trabajas duro, soldado. —Dado apartó una de las gruesas raíces que Sumner había soltado—. No eres como los otros fulanos de aquí. Esos tipos hacen lo que tienen que hacer, y es todo. Son escoria... como yo. Pero tú eres diferente. Estás loco por trabajar tan duro.

Sumner parecía perdido en su labor, con la cara contraída por el esfuerzo... pero escuchaba. Después de meses de soledad con sólo el chirrido de los loros y el parloteo de los monos, la charla del muchacho le complacía. Pronto se adecuaron a un ritmo de trabajo, Dado llenaba todo el tiempo el aire con su charla, recogiendo los restos del trabajo, afilando los machetes y despejando la zona. Incluso Broux lo aprobaba, pues Sumner trabajaba más rápido.

—Te vigila de cerca —dijo Dado una tarde dorada en un claro del bosque, al ver a

Broux bajo la sombra de los árboles. Sumner partía troncos en dos; su espalda se hinchaba y se distendía, y no alzó la mirada—. Siempre te está mirando —continuó Dado—. Creo que te está preparando para algo, ¿sabes? Creo que también él es un oportunista.

Dado continuó arrancando casualmente los ramajes de los troncos que Sumner iba a cortar, pero su mirada se había vuelto reflexiva.

—¿Has oído hablar de los protomachos, Kagan? Pareces uno. Me refiero a que eres grande. Y hay unidades en el ejército que pagan un montón por los hombres grandes. ¿Crees que será para eso para lo que te prepara Broux? Me he dado cuenta de que recibes más comida que nadie. Los otros perdedores también lo han notado, pero no hablan. Eres de Broux. Te está preparando para algo. ¿De qué color es tu tarjeta?

—Blanca —gruñó Sumner en mitad de un golpe.

El crujido del tronco al partirse sacudió a Dado.

—¿Te estás burlando de mí? —Corrió junto a Sumner y se arrodilló en la hierba, mirando su cuerpo brillante mientras el filo del hacha resplandecía bajo el sol—. ¿Tienes una tarjeta blanca? Amigo... ¿qué estás haciendo aquí? Los tipos con tarjeta blanca no sufren en Ciudad Carne.

Dado divisó a Broux entre los árboles; corrió hacia los troncos caídos y empezó a arrancarles las ramas.

—Broux te está trabajando, Kagan. ¿No te das cuenta? Un protomacho con una tarjeta blanca le hará ganar más zords de los que pueda contar. ¿Pero por qué estás aquí? Un tarjeta blanca no pertenece a este lugar.

Aquella noche, Sumner accedió a las insistentes preguntas de Dado y le habló del Sugarat y de la paliza que había recibido en los barracones de la policía.

—El Pilar Blanco te sacó. No te dejarán aquí —dijo Dado cuando Sumner acabó—. A menos que Broux encontrara algún medio de engañarlos. —Los ojos de Dado brillaron pícaramente—. Broux te está utilizando, Kagan. Ha engañado al Pilar Blanco, y te está empleando para su propio beneficio. Es obvio.

Sumner recogió su machete y se levantó. El viento nocturno procedente de la pampa era florido y húmedo y vacío de olores humanos.

—Vamos, nos perderemos la comida.

Dado se puso en pie de un salto y se plantó delante de Sumner.

—Kagan, Broux te está utilizando. Va a venderte a alguna unidad especial, y pasarás el resto de tu vida masacrando distors en avanzadillas innumerables. Los Pilares te mirarán. Tendrás mujeres, comida de verdad, y nunca verás un distor mientras vivas. Todo lo que tienes que hacer es deshacerte de Broux. Puede que sea difícil, pero si permaneces alerta, encontrarás el medio. Te ayudaré.

Sumner sacudió la cabeza.

—No.

—Kagan, necesitas planes. De lo contrario, cuando se te presente la oportunidad, ni siquiera lo sabrás.

—Nada de planes. Ni ayuda.

—Estás loco. O te estás burlando de mí. Ningún hombre con una tarjeta blanca querría vivir en la jungla como una rata. La vida puede ser buena.

La cara de Sumner parecía vacía.

—¿Qué te hace pensar que la vida puede ser buena?

Apartó a Dado de su camino y se dirigió al campamento a través de la jungla.

Dado le observó con mala cara.

—¡Es todo lo que hay! —gritó. Y luego añadió, en voz más baja—: ¡Ratfoc!... —Y corrió a través de la creciente oscuridad para alcanzarle.

Al oeste, el horizonte estaba iluminado por el amanecer, pero el cráneo de la ciudad aún se veía oscuro cuando los corsarios atacaron Ciudad Carne. Surcaron el territorio

entre los barracones en tres stohlplanos desvencijados soltando un carnaval de bombas incendiarias.

Sumner estaba en la letrina recogiendo agua para lavarse cuando la oscuridad estalló en un fulgor cegador. Se echó al suelo, el sarong en los tobillos, y contempló cómo los tres desvencijados stohlplanos despleaban una bruma de humo y fuego multicolor. Brillantes destellos surgieron de las torretas y barrieron los barracones de los guardias, lanzando al aire los aleros de lata.

Las escotillas se abrieron, y un puñado de corsarios salvajemente ataviados saltaron a tierra aullando y riéndose, agitando rifles y pistolas caloríficas. Bajo la luz acuosa de las linternas, Sumner pudo ver que muchos de ellos eran distors: manos en forma de zarpa, caras de lagarto retorcidas, ojos lechosos. La mitad eran mujeres.

—¡Vamos, perros! —llamó el amplificador de una nave pirata—. ¡Esclavos foc! ¡Ya no estáis encadenados a los Pilares! ¡Salid y corred con nosotros!

Surgieron disparos de la jungla donde se habían retirado la mayor parte de los guardias, y la mitad de los corsarios se agazapó y respondió al fuego. La otra mitad asaltó los barracones, incendió las tablas y sacó a los prisioneros de sus camastros.

Broux corría entre los barracones de los guardias, con dos pistolas humeando en sus manos, mientras gritaba para sacar a los hombres de su conmoción. El suelo picoteaba y saltaba bajo sus pies, pero continuó corriendo. Entonces las torretas de las otras dos naves piratas giraron y abrieron fuego al mismo tiempo. Los barracones de los guardias rugieron como truenos, y Broux se tiró al suelo con la cabeza entre los brazos. Cuando alzó la mirada, los hombres que querían huir estaban subiendo a las naves piratas. Los que sabían que su tiempo en Ciudad Carne estaba casi cumplido se escondían entre los barracones y los depósitos de agua.

Sumner estuvo tentado de huir, pero mientras se colocaba el sarong una figura se agazapó a su lado y lo cogió por el brazo. Dado le miró con ojos reverentes.

—Llévame contigo.

Sumner le apartó la mano.

—No voy a ninguna parte.

—Los Pilares no mantienen nada —tronó el amplificador pirata—. Aplastan a la gente bajo ellos. ¡Derribad los Pilares!

—Kagan, vámonos —le urgió Dado con un gemido.

—¿Quieres huir con esas cosas? —Sumner señaló con la barbilla las caras velludas de los corsarios, que ayudaban a subir a bordo a los últimos fugitivos.

—Ya nos escaparemos de ellos más tarde. Vamos... es nuestra oportunidad.

Sumner dijo que no con la cabeza.

—Estaríamos cambiando un amo por otro.

Dado se agachó y contempló desconsolado cómo las naves empezaban a elevarse, con las escotillas aún abiertas.

—¡Derribad a los Pilares!

El grito resonó en el aire, cortado por el rugido de los motores impulsores. Las armas chispearon, la luz del amanecer destelló en las aspas de los vehículos voladores y las naves piratas se hundieron en la oscuridad y sobrevolaron la jungla.

Dado estaba deprimido. Días después de la incursión de los corsarios, se encontraba de mal humor. Sumner, que se había acostumbrado a la constante cháchara del muchacho, buscó un medio de alegrarlo. Encontró un gran panal en el bosque, y una tarde regresó al campamento hinchado por los picotazos de las abejas.

Los hombres se rieron de él en silencio aquella noche mientras comía su pasta de judías y raíces con los dedos y los labios hinchados. Más tarde, llamó aparte a Dado y lo llevó tras los barracones hasta un montículo rodeado por matas de frambuesas. Desde allí podían ver las luces del campo de aterrizaje de stohlplanos y el equipo de letrinas de ese

día que trabajaba en la oscuridad, enterrando las viejas zanjias.

—¿Qué quieres, Gordo? —murmuró Dado, mirando alrededor para ver si Broux estaba cerca—. Sería mejor que le pidieras a Cara de Hierro un poco de ungüento de altea. No vas a poder dormir esta noche con esos picotazos.

La hinchada cara de Sumner sonrió vagamente.

—Prueba esto, chaval. —Apartó las matas de frambuesa y mostró varios gruesos panales de miel—. Si lo mantenemos apartado de la vista, tendremos comida suplementaria durante las dos próximas semanas.

Las pupilas de Dado se ensancharon de sorpresa.

Sumner apartó las hormigas y le tendió un pedazo de miel.

—Tendremos que colocar un poco de repelente para mantener a raya a estos bichos. No creo que los guardias ni nadie más merodee tan cerca de las letrinas.

—Esto no es real. —Dado masticó la miel con los ojos cerrados, y la alegría de su rostro animó la sangre de Sumner.

Un strohiplano Masebôth estaba posado en el campo de aterrizaje, su forma metálica negra contra el vientre de la penumbra. El piloto charlaba con Broux bajo un árbol al borde del campamento, mientras Sumner y otros ocho hombres ayudaban a descargar la nave. La mente de Sumner estaba tensa por el cansancio. Todo el día había estado encorvado, cortando mandioca, y trabajaba sin pensar bajo las pesadas cajas; sus ojos seguían sin prestar atención a las piernas marcadas por las sanguijuelas del hombre que tenía delante. Dado, que se arrastraba penosamente bajo su carga, estaba demasiado cansado para hablar.

De repente, el hombre al que Sumner seguía dejó caer su carga y se perdió de vista. Sumner echó atrás la carga de sus hombros a tiempo de verle subir al casco del strohiplano y entrar en la escotilla abierta de la nave. Soltó la carga y contempló con los otros siete hombres, lleno de sorpresa, cómo el fugitivo entraba en la carlinga y ponía en marcha el motor.

El piloto, Broux, y varios guardias atravesaron corriendo el campo, gritándoles para que detuvieran al intruso. Cualquiera podría haberlo hecho: el hombre estaba sólo a unos pasos de distancia, trabajando con los controles, cargando los impulsores, colocando en ángulo los alerones de altitud. Pero el renegado de cara nerviosa obviamente conocía el strohiplano, y la excitación paralizó a todo el mundo.

El polvo del campo de aterrizaje saltó al aire, los guijarros salpicaron contra el fondo de la nave, la arena les picoteó la cara y los brazos, y con un chirrido salvaje el strohiplano se elevó. Dos de los hombres más cercanos saltaron a la sentina. Un tercero se agarró a un patín de aterrizaje y fue alzado en el aire.

—Mutra. —Dado encontró la voz—. ¡Van a conseguirlo!

Durante unos instantes los hombres contemplaron cómo el strohiplano se elevaba en la noche, desapareciendo en el ritmo de los fuegocielos. El ruido giratorio de sus motores desapareció en el cielo hacia la última luz del día.

Sumner se echó hacia atrás, maravillado. Entonces Broux y los guardias cargaron sobre ellos, y alguien le golpeó en la cabeza y cayó al suelo. Cuando consiguió apartar el aturdimiento de sus ojos vio que los guardias empujaban al suelo a los hombres con los que estaba. Dado cayó con un gemido y se cubrió la cabeza. A un gesto de Broux, los guardias abrieron fuego. Sus metrallas destellaron en la oscuridad azulina del anochecer.

Sumner se puso en pie tambaleándose, y uno de los guardias le apoyó un arma en la cabeza. El calor de la boca humeante chamuscó los pelos de su sien.

—¡A él no! —gritó Broux, y el arma se apartó.

Sumner contempló con horror los cuerpos esparcidos entre las cajas caídas. El olor de las armas se hacía más intenso. El dolor de lo que vio atravesó sus ojos y llegó hasta el

fondo de su cabeza y casi le derribó. Dado yacía con los sesos esparcidos sobre la grava.

—¡Disparadme! —chilló Sumner, y los guardias miraron rápidamente a Broux.

—Vuelve a los barracones —le ordenó Broux. Pero Kagan no se movió.

—¡Disparadme! —chilló otra vez, más fuerte, agarrando el brazo de uno de los guardias. Éste se deshizo de su presa y alzó la pistola hacia él.

—Déjalo —ordenó Broux—. ¡Sumner, atrás!

Los ojos de Sumner se endurecieron en su rostro.

—¿Por qué me dejáis con vida?

Broux se le acercó y le golpeó en la cara con el cinturón, dos veces.

—Vuelve a los barracones.

Sumner se quedó rígido. La furia inundaba su corazón. Durante un instante pensó entregarse a la violencia... pero todos los guardias tenían sus armas desenfundadas, y el piloto abandonado insultaba a Broux entre dientes para que le disparara. De repente, le pareció que lo mejor sería obedecer. Rompió su inmovilidad y regresó a los barracones mientras oía las órdenes de Broux, llamando a los hombres para que enterraran a los ejecutados. Muy lejos, casi en la órbita de lo audible, el zumbido de un strolplano se perdía hacia el norte.

Sumner permaneció tendido en su camastro, despierto y sin moverse, durante toda la noche. Todos sus pensamientos estaban vacíos, y sentía un odio ácido hacia todo lo Masebôth. Al amanecer, las imágenes de Dado le asaltaron con recuerdos de sus chistes simples y el trabajo que habían compartido. Durante la llamada a revista, se movió en la cola como un muerto ambulante, y aunque Broux le dijo por medio de los guardias que podía tomarse el día libre, recogió su machete y se internó en la jungla.

En un calvero aislado, golpeó los árboles con su machete. Le dolían los huesos. Distantemente, pensó en escapar. Pero no había ningún sitio adonde ir.

Entonces, como una avalancha en su mundo de infeliz consciencia, los recuerdos le asaltaron, y su machete se agitó inútilmente en el aire. Vividas imágenes de su vieja habitación repleta, su escánsula, su coche de tres ruedas verde botella y la comida llena de especias de su madre le abrumó, y cayó de rodillas. ¿Qué había sido de él? Se miró las manos y vio carne callosa, cubierta de cicatrices, reptilesca. Se cubrió la cara y se echó a llorar.

Deseó irse a casa. Deseó no morir. Pero entonces imágenes más completas se formaron tras sus párpados: imágenes de hombres con uniformes negros y muecas malignas que le quitaban las ropas, le manoseaban, le orinaban encima, le golpeaban hasta que no podía ver ni respirar...

Aulló y blandió su machete. Tras ponerse en pie de un salto, cortó los árboles con una fuerza estupenda, golpeando su dura madera hasta que quedó exhausto y la respiración se le agolpó en la garganta. Tras apoyarse en un árbol cubierto de moho, la cara apretada contra la fría corteza, el brazo del machete temblando, trató de llorar otra vez. Pero no pudo.

Con la sangre aún resonándole en los oídos, se dio la vuelta y volvió al trabajo.

Broux advirtió que Sumner se había vuelto peligroso. El muchacho querría volverse pronto contra él, y los guardias tendrían que matarle. Tenía que prepararse para venderlo muy rápidamente. El Pilar Negro sólo ofrecería el precio óptimo por un protomacho... un humano cuya fortaleza física y habilidad fueran clara a los otros de su tamaño. Desde luego, la tarjeta blanca de Sumner sería de ayuda, pues eso significaba que no se convertiría súbitamente en un distort. Como resultado de los arduos trabajos asignados por Broux, Sumner tenía la configuración y la fuerza de un protomacho, pero aún no estaba lo bastante preparado. Sus músculos tenían que ser estirados y ajustados... y rápidamente.

Para ayudarlo, Broux empleó a Derc, un preparador del ejército. Tenía el pecho como

un muro y brazos largos como los de un orangután. Conocía con las manos el cuerpo humano tan bien como lo conocía Broux con los ojos y la mente. Juntos, rehicieron a Sumner.

Tendido sobre una mesa de cedro, Sumner aprendió una nueva clase de dolor. Los dedos de hierro de Derc detectaron los músculos agarrotados y los soltaron. A continuación sondeó más profundamente, dejando atrás las vendas que mantenían los músculos en su sitio, probando los recuerdos agolpados en la fibra junto al hueso.

Derc empezó con un pie, frotando la planta con el duro borde de su pulgar, internándose profundamente en la sensible carne del arco y luego abarcando todo el pie, separando cada dedo y sus ligamentos. Los años de abuso que el pie había absorbido del pesado caminar de Sumner brotaron como flores salvajes. El dedo gordo fue el peor. Se había vuelto rígido en el confinamiento de la bota de Sumner y tuvo que ser soltado de su posición. El dolor sacudió los dedos de Sumner y le llenó de sudor frío.

Pasaron días en la mesa de cedro antes de que Derc, con sus párpados pesados y su cara neutra, recorriera con sus dedos hasta la última pulgada del cuerpo de Sumner. Y aunque el dolor suavizaba el cerebro, especialmente en torno a las cicatrices donde su carne recordaba las indignidades que su mente había apartado, había algo hermoso en sentir sus músculos deslizarse libremente bajo su piel.

Lo peor de todo fue cuando Derc se dedicó a su cara destrozada. La tortura de los policías le había aplastado de tal forma la nariz que los médicos ni siquiera habían intentado reconstruirla. Sacaron un montón de huesos y cartílagos, ensancharon las cavidades nasales y dejaron que la nariz sanara sola, apelmazada y casi plana a la cara. Mientras Derc trabajaba con su nariz y sus labios, frotando con su pulgar de hierro los músculos convertidos en cicatrices, Sumner volvió a experimentar el dolor que había conocido en los barracones de la policía de McClure.

Aquellos momentos breves y lúcidos cargados de la belleza del dolor eran la única alegría que quedaba en la vida de Sumner. Sin Dado, Kagan perdió todo sentimiento amistoso, y se hundió en un silencio profundo perturbado sólo por algún ímpetu ocasional deseoso de venganza. Con el tiempo, incluso esa pasión se hizo silenciosa... aunque no desapareció.

El cuerpo de Sumner se volvió flexible y ágil en unas pocas semanas. Broux era feliz, y para completar su entrenamiento, enseñó personalmente a Sumner a nadar en la profunda laguna llena de peces en plena jungla. Águilas de cresta blanca dominaban las lagunas, y se zambullían sin ruido desde los árboles más altos para sacar del agua un pez dando coletazos. Observaban con sus máscaras llenas de furia salvaje cómo Sumner se zambullía y nadaba en el lugar donde ellas conseguían su alimento.

El hechizo del agua y su nuevo cuerpo devolvieron a Sumner una sensación que no conocía desde que fuera el Sugarat. Lo que entonces fue miedo en él se había ampliado a una fortaleza psíquica inagotable. La inquietud se volvió vigor, y la ansiedad se convirtió en claridad. Cuanto más fuerte se sentía, más claramente sentía lo que tenía que hacer. De alguna manera, de una forma que le dejara con vida, tendría que matar a Broux.

Después de que Sumner dominara la sensación de su nuevo cuerpo en el agua, Broux le llevó al ancho río al norte del asentamiento donde un puñado de hombres se encargaban de pescar para el campamento. Bajaban largas redes todas las mañanas y las recogían por la tarde.

Sumner pasó la mayor parte del tiempo aclarando los gruesos matorrales de la orilla del río, pero de vez en cuando le enviaban al agua para que liberara una red o ayudara a tirar de una recogida. Observando a los hombres que le rodeaban, aprendió a zambullirse profundamente con una roca en las manos o cómo hacer tubos cosiendo las entrañas de peces pirarucu con juncos del río. Cada día fortalecía sus pulmones y las piernas nadando bajo el agua contra las fuertes corrientes.

Una tarde nubosa, cuando la luz del sol barría el agua como si fuera viento, Broux se acercó a supervisar el trabajo de Sumner. Se sentó en las sombras mientras Sumner laboriosamente talaba los árboles caídos cercanos, haciendo espacio para una pequeña ensenada que estaban construyendo en los bajíos. Cuando llamaron diciendo que una de las redes se había atascado, Broux le señaló para que bajara y la liberara.

Sumner se zambulló inmediatamente, pero esta vez tuvo cuidado de guardar en su camisa una bolsa de aire. Llegó al fondo y examinó la red. Se había enganchado en la raíz de un árbol y sería fácil liberarla, pero la dejó atascada. Se dejó llevar por la fría corriente del río y buscó una piedra. Encontró una del tamaño de un puño, tocó el fondo, y esperó.

Sabía que Broux vendría a por él en cuanto pensara que su animal se había atascado. Se sentó en el fondo, sorbiendo tranquilamente su suministro de aire.

Pasaron los minutos, y entonces una nube de aire explotó en la lisa superficie. Broux bajó pateando hacia la red. Sumner se levantó para recibir a su amo con la roca por delante. Ésta golpeó a Broux encima del ojo derecho y le dejó sin sentido.

Broux se dobló como un muñeco de papel en el agua oscura, la cara estúpida y serena, y Sumner lo cogió por los hombros. Tiró del cuerpo y le introdujo la cabeza en la red. Los últimos restos de vida fluyeron por la boca de Broux convertidos en brillante vapor mientras Sumner liaba sus brazos en la cuerda y lo retorció para que pareciera que se había enredado solo. Con los ojos nublados por la muerte, Broux contempló cómo Sumner subía hacia la luz.

Sumner casi se había ahogado al enredar el cuerpo de Broux a la red, y fueron necesarios dos hombres para resucitarle cuando lo arrastraron a la orilla. Eso, por supuesto, hizo que la historia que contó sobre la valentía de Broux fuera más creíble, y la única duda que experimentaron los Masebôth fue decidir a quién pertenecía ahora Kagan.

Las autoridades del Pilar Negro decidieron, con la severa justicia de costumbre, que los Cuerpos de Buceo Táctico (el grupo más peligroso y duro dentro de la escala militar), deberían encargarse de él. Con el strohplano de suministros de esa semana, Sumner dejó atrás los húmedos bosques occidentales de Ciudad Carne y cruzó el continente hasta las rocosas orillas de la costa este, al sur de Carnou. Tres días después del incidente en el río, se encontró zambulléndose desde torres de perforación a aguas profundas pero angostas. Fue obligado a nadar distancias maratonianas por la noche con un saco atado a la espalda, y durante días interminables le dejaron flotando mar adentro, con una tabla de madera como único asidero. En una piscina cerrada, con un pequeño bastón, tuvo que aplicar técnicas de combate contra tiburones de ojos sañudos. Y aunque el horror de su vida se había intensificado, se sentía contento de haberse librado de Broux.

En el Cuerpo, al menos, era tratado como cualquier otro hombre. Llevaba un traje de salto azul con el emblema negro y blanco de los Masebôth en las mangas, y dormía en barracones con techo de zinc lejos de la jungla. Pero, al contrario que los demás, había conocido el enorme dolor de Ciudad Carne, su servidumbre y la falta de futuro, y se sentía feliz sólo cuando el agotamiento lo liberaba. No le interesaban los sobrios entretenimientos del barracón, y pasaba todo el tiempo libre practicando técnicas de buceo y nadando y corriendo hasta el límite de su resistencia.

En el campamento se burlaban abiertamente de él por su vida sin emociones. Pero en secreto le envidiaban por sus sobresalientes habilidades como buzo y su fortaleza. Ganó varias citas raras por batir records de distancia y resistencia, y se convirtió en un héroe del campamento en las competiciones del Cuerpo.

No obstante, nada de todo eso tenía valor alguno para Sumner. La vida para él era un ejercicio tedioso y prolongado, vacío de placer o ambición. Ni siquiera merecía la pena

esforzarse por la muerte. De vez en cuando, de noche, bajo las estrellas y los fuegocielos, pensaba en Kempis y en la libertad, pero de día la idea de escapar parecía fría y diminuta. Su vida cotidiana era mecánica y él, a su vez, se había convertido en una máquina sin espíritu.

Por tanto, no fue la valentía o la compasión, sino la mera rutina lo que le envió un día hacia la muerte. En una misión en un mar rizado y sacudido por la tormenta, un bote en el que navegaban él y otros cuatro hombres volcó. Todos llevaban sus trajes de inmersión rojos, pero el único hombre que estaba atado a los tanques de oxígeno se golpeó la cabeza con la quilla y se hundió sin dejar rastro.

Todos se zambulleron tras él a la máxima profundidad que pudieron sin malgastar el aire necesario para subir a la superficie. Sumner continuó. El agua se volvió fría, luego aún más, y le lastimó los oídos. Un puño de dolor se agarrotó en su pecho y trató de atarse a su garganta, pero siguió impulsando las piernas y se hundió más profundamente en la oscuridad.

Su cerebro se sumía ya en una luz vaporosa cuando sus manos se cerraron sobre los tanques de oxígeno. Agarró la boquilla y llenó los pulmones de vida; entonces la tendió al otro hombre y lo agarró en un abrazo de oso como le habían enseñado. El hombre estaba vivo y se hizo más ligero a medida que su pecho se hinchaba. Sumner soltó todos los tanques menos uno, y con su compañero asegurado bajo el brazo, empezó a ascender lentamente. Una hora más tarde llegó a la superficie, desató el tanque, y nadó de espaldas hacia la orilla tirando del hombre.

Poco después de eso, dos miembros de las fuerzas de élite de los Masebôth le visitaron. Llevaban ajustadas chaquetas de cuero, los colores del regimiento, y gorras de fieltro rojo con insignias de cobras plateadas.

Sumner estaba sentado en su jergón sin ropas, medio dormido, cuando entraron. Se sentaron a cada lado de su jergón, y un olor mustio a artemisa y el exterior llenó el aire. Uno de ellos tenía la piel de color de café y húmedos ojos mongoles. Se llamaba Ignatz, y aunque había una distancia animal en su mirada, observó a Sumner con aprobación. El soldado con los dientes de ardilla y bigote de chivo dijo que se llamaba Gage.

Explicaron inmediatamente —Gage de manera tranquila, Ignatz con indicaciones tensas y suaves—, que su intrepidez y fuerza se habían hecho bien conocidas, y querían que se lo pasara bien unos días y hablar con él sobre su cuerpo de élite, los Rangers.

Sumner los observó, remoto como una montaña.

—Pertenezco a este escuadrón —dijo con los ojos medio cerrados.

Ignatz sacó un papel rojo y se lo tendió. Era un pase de tres días.

Le llevaron a la costa en un trineo marino a toda velocidad, atravesando un laberinto de barreras nocturnas, deslizándose sobre los brillantes reflejos de los pueblos iluminados, y finalmente entraron en una ensenada solitaria. Los rangers le dieron a Sumner una habitación en la opulenta finca arbórea de allí. Durmió profundamente en una hamaca, y cuando se despertó al amanecer se olvidó por un momento de quién era.

Los dos rangers estaban ya levantados. Iban vestidos informalmente con camisetas del ejército y pintorescos pantalones. Ignatz estaba preparando una hoguera de cangrejos excavada en la arena y Gage echaba hielo sobre las rojas botellas de cerveza de mentís.

Gage le lanzó una de las botellas a Sumner, quien la cogió al vuelo.

—¿Disfrutas matando? —le preguntó, mientras Sumner se tendía a su lado.

Sumner miró directamente al ranger, recordando con demasiada claridad el horrible temor que le había llevado a matar como el Sugarat y el profundo dolor que le había vuelto contra Broux.

—No.

—Pero te gusta. —Los ojos de Gage eran claros y activos como agua girando sobre rocas—. Si no fuera así, no habrías sido tan bueno.

—Ni lo habrías hecho —dijo la oscura voz de Ignatz mientras se colocaba junto a

Sumner, Era un profundo parcial: un telépata que era útil a los Rangers en sus misiones de reclutamiento. Cuando miró dentro de Sumner vio a los Nadungos revolviéndose en ácido y a los distors de la Caricia Negra empapados de brea ardiente, el humo surgiendo de sus cuerpos como música oscura. Rompió con facilidad el cuello de una botella con un movimiento de muñeca y le tendió a Sumner la bebida espumosa—. Nadie mata de la forma en que tú lo hiciste sin que le guste.

—No me gusta.

Ignatz dirigió a Sumner una mirada larga y penetrante. Entonces se levantó y regresó a los cangrejos humeantes.

Gage entrechocó su botella con la de Sumner y se disculpó con una amplia sonrisa por la actitud de su compañero.

—A Ignatz le gusta matar. En las colonias de los arrecifes, recorre los muelles y las tabernas de los pueblos buscando corsarios que matar. Es un azote de distors. Yo soy diferente. En algunas misiones he visto a tribus de distors derribar strohplanos del aire sin otra cosa que sus mentes. Eso es suficiente maldad para mí. Cuando tomo mis cuatro meses de vacaciones cada año, prefiero pasar el tiempo en lugares como éste, saboreando mi vida. Ignatz y yo somos los dos extremos de los Rangers. Creo que encajas mejor conmigo.

Ignatz los llamó para que acudieran a la hoguera, y Gage le tendió otra cerveza. Mientras comía, los dos rangers contaron por turnos historias sobre el extraño norte.

—Si pensara que ibas a creerme —dijo Ignatz con sinceridad—, te hablaría sobre una jungla telepática y una ciudad de monos inteligentes.

Sumner asintió con cortesía. También él había experimentado lo increíble, y escuchó con expresión abierta y receptiva.

A mediodía Sumner ya había oído historias suficientes y bebido bastante cerveza de mentis para sentirse descansado pero tranquilo. Le brillaban los ojos y observaba con divertido interés cómo Ignatz utilizaba el canto de la mano para partir el cuello de las botellas de cerveza medio nenas. Gage entró en la casa y regresó con tres mujeres hermosísimas.

El corazón de Sumner explotó cuando las vio, pero se las arregló para no dejarlo entrever. Gage las presentó, y sus nombres resonaron en la cabeza de Sumner con los recuerdos excitantes de todas las mujeres a las que había amado pero nunca había llegado a conocer en McClure. Sorbió ansiosamente otra cerveza de mentis.

Tanto Ignatz como Gage se comportaron con tanta calma que pronto Sumner se sintió de nuevo sinceramente relajado. Incluso bebiendo cerveza a largos tragos o charlando despreocupadamente con las mujeres, los gestos y expresiones de los dos rangers eran claros y llenos de propósitos. Ninguna acción por su parte era gratuita, y eso impresionó a Sumner más que todas las historias de rangers.

Cuando llegó el momento de entrar en la casa con su mujer, Sumner fingió indiferencia. La mujer tenía el pelo color sombra y era delgada como el humo. Sus ojos verdes estaban salpicados con vetas de oro, como un tigre. Pasó toda la noche y parte del día siguiente usando su cuerpo de almendra marrón ingenua y compasivamente para disipar la intranquilidad de Sumner. Su boca trabajaba con una destreza que el hombre pensaba quedaba reservada sólo para los dedos, y experimentó con ella un placer violento.

Al día siguiente su cuerpo estaba sumido en una letargia maravillosa. Sentado a solas con los rangers en una tarde dorada de brisa de mar, hogueras, pescado ahumado y cerveza de mentis, escuchó abstraídamente sus propuestas.

—Te queremos con nosotros —le dijo Ignatz—. Serás entrenado en Dhalpur, nuestra escuela secreta, de cuatro a diez años... hasta que desarrolles las habilidades para hacer el corte. Entonces empezará a ganar más zords que los oficiales mejor pagados en cualquier otra división. También tendrás cuatro meses de permiso cada año, y el tiempo se acumula si renuncias. —Las pobladas cejas de la cara tensa y oscura se alzaron en un

silencioso «¿Y bien?».

—Pertenezco a mi escuadra —dijo Sumner simplemente.

—Podrías conseguir un traslado —dijo Ignatz—. Los Rangers tienen peso.

—Mira, estamos interesados en ti —intervino Gage—. Sabemos lo del Sugarat. Sabemos lo de Ciudad Carne. Sabemos lo de Broux. Y cómo lo mataste. —Sonrió con los ojos, pero no con la boca—. Acéptalo, Kagan, estás obsesionado con la muerte. No vas a ser feliz protegiendo barcos de pesca y localizando balizas perdidas. Necesitas el riesgo.

La mandíbula de Sumner latió.

—Todo es una mierda —dijo sombríamente—. Muero y eso es todo. Estoy muerto. Todo es una mierda. —Los miró con la solemnidad de un toro—. Mientras esté haciendo algo, mientras me mueva, no pienso, sólo me muevo y no sé. Los Rangers o el Cuerpo, ¿cuál es la diferencia?

—El mundo, amigo —replicó Ignatz.

—Eres joven —intervino Gage tranquilamente—. No conoces lo extraño. Los Massebôth están atascados en esas ciudades baratas de espaldas al océano. ¿Por qué? ¿Por qué estamos preparados con nuestros strohlpianos y nuestra artillería al borde de la nada? Hay un mundo ahí fuera que no podrías creer. Y la única manera de verlo es siendo ranger. Estamos en primera línea. Nadie va tan lejos como nosotros. Pero sólo a los mejores se les pide que se nos unan. Queremos hombres que no tengan sombra, hombres que ya estén muertos, hombres que no conozcan la palabra futuro. ¿Eres tú uno... o hemos cometido un error?

Los papeles de traslado estaban esperando a Sumner cuando regresó al campamento del Cuerpo, y no tuvo que pensar mucho tiempo en unirse a los Rangers. La distancia de los otros hombres de su escuadrón y la monotonía de su entrenamiento decidieron por él.

Dos días después de que firmara los papeles y regresara al campamento, un furgón negro llegó a recogerle al amanecer. El conductor con cara de perro no dijo nada durante las siete horas de viaje a través del desierto. El duro trayecto terminó en el aire cálido de un deslumbrante llano salino, donde un strohlpiano esperaba con la portezuela abierta. Sumner viajó solo en la bodega, agarrando un cinturón durante el agitado vuelo. El strohlpiano se posó en varios puestos militares sin nombre durante intervalos interminables, y ya que nadie venía para hacerle bajar, pasó parte del día durmiendo.

Viajaron durante toda la noche. Cuando aterrizaron, había una hoguera ardiendo en mitad del brazo pantanoso de un río. Doce hombres con las caras oscurecidas con lodo le estaban esperando.

Sumner abrió la compuerta y saltó de la nave. El oficial al que saludó le abofeteó y le ordenó que se desnudara. Los misterios estaban a punto de empezar.

El oficial, oscuro y delgado como una serpiente, cogió a Sumner por el cuello y le rasgó la camisa. Lo golpeó en la sien, le agarró el brazo y se lo retorció hasta que el dolor corrió por su hombro y llegó a su cráneo. Con un golpe con las dos manos, alcanzó a Sumner en la espalda y lo dejó sin respiración.

Sumner se derrumbó y el oficial le golpeó con las dos rodillas en el estómago. Sus puños se cebaron en los oídos, y luego sus dedos se engarriaron en los músculos de su garganta.

Con la cara carente de emociones, como una cobra, el oficial se incorporó y un ancho cuchillo susurró en su mano. La hoja buscó la entrepierna de Sumner y cortó el tejido de sus pantalones. El oficial pateó a Sumner en las rodillas, y cuando éste por reflejo apartó las piernas, le golpeó los muslos con los talones.

El dolor fue agudo. Con los ojos llenos de temor, Sumner observó al oficial y a los doce hombres subir a bordo del strohlpiano. Aun estaba doblado cuando la nave se internó rugiendo en la oscuridad y se perdió de vista. En lo alto, los fuegocielos brillaban como pieles de serpiente.

—De pie.

La dura voz que rompió la oscuridad resonó en los oídos de Sumner, y rodó de lado en la dirección de donde había venido, esperando que el dolor de la paliza lo sacudiera. Pero sintió su cuerpo completo.

—No estás herido —dijo la densa voz—. Has recibido un masaje a nivel profundo. El almacén de tus músculos ha sido liberado. Verás, para empezar los misterios tienes que estar desnudo. —Un pájaro nocturno chirrió—. Levántate.

Sumner se puso en pie, sorprendido por la facilidad de su esfuerzo. Meneó los hombros, sin creer todavía que tanta violencia pudiera ser creativa... pero no había dolor, ni siquiera un rasguño.

—¿Quién eres? —le preguntó a las sombras del pantano.

—Estás desnudo y solo en un pantano —dijo la voz a su lado, y Sumner se volvió para mirar en esa dirección—. Olvida tus preguntas. Escucha, para así tener una oportunidad de sobrevivir.

A la altura de sus rodillas se sacudió una sombra. Sumner retrocedió un paso, esperando que un animal surgiera de entre la maleza. En cambio, apareció la cabeza de un hombre y la oscuridad silueteada de un tronco. Una llama parpadeó brillante, y el largo cabo de una vela capturó la chispa y resplandeció.

Bajo la repentina luz, Sumner vio a un viejo guerrero de mejillas hundidas, nariz retorcida y ojos profundos como el cielo. El hombre no tenía piernas, y faltaban grandes porciones de su cráneo, lo que confería a su cabeza una forma extraña y angular.

—Soy Mauschel —dijo el hombre con su voz enérgica—, tu instructor. Soy directamente responsable de tu entrenamiento aquí en Dhalpur.

Sumner abrió la boca asombrado, y el hombre sin piernas acercó el cabo de la vela a su cara para revelarse mejor.

—Perdí las piernas en el campo de batalla —explicó Mauschel—. Llevo enseñando aquí en Dhalpur toda una vida. Sólo uno de cada diez completa su tutelaje bajo mi supervisión.

—¿Y el resto? —preguntó Sumner, su voz reducida a un susurro.

—Algunos mueren. Otros huyen. Pero te lo advierto, los que completan mi entrenamiento son los mejores entre los Rangers. Hace falta medio hombre como yo para completar a hombres que sólo piensan que están completos. —Colocó el cabo en el nudo de la cinta de su cabeza—. Sólo la ausencia puede hacer completo a un hombre.

Sumner espantó a los mosquitos que revoloteaban a su alrededor.

—Aprenderás a amar este pantano —dijo Mauschel, arrastrándose sobre sus brazos—. Los mejores matadores son aquellos que pueden amar, pues conocen las fuerzas de la vida. Te encanta matar, como a todos los otros que me envían. Pero este pantano te enseñará a amar la vida.

Mauschel extendió la mano y tocó las rodillas de Sumner.

—Siéntate.

Frente al instructor, con las piernas cruzadas, inmerso en el olor del repelente de insectos de la vela, Sumner experimentó una punzada de asombro.

—Por ahora, eres una víctima de ti mismo —le dijo el instructor—. Tus estados de ánimo determinan lo que no ves. Pero después de que te calmes, lo verás todo. Eso es lo que debo enseñarte: a ver lo que está oculto.

Mauschel volvió con el pulgar la cabeza de Sumner y señaló un arroyo de agua que corría junto a ellos, negro por acción de la noche.

—La segunda visión es simplemente persistencia —dijo—. Si puedes silenciar tu mente lo suficiente, verás dentro de todo y de cada uno. El silencio es poder.

Mauschel y Sumner permanecieron sentados contemplando el arroyo correr entre las rocas, escuchando durante lo que pareció una eternidad las canciones de los pájaros nocturnos que surcaban el aire. Al principio, Sumner tuvo que esforzarse para

permanecer despierto. Cada burbuja que brotaba sobre los guijarros a sus pies era un mundo completo, lleno de luz y movimiento. No hay número para los mundos.

—No sueñes —le advirtió Mauschel—. Sólo observa. El autoscan es sólo contemplar. Tienes que saber cómo no hacer nada para poder hacer bien algo.

Al amanecer, mientras miraba el torrente iluminado por los destellos del sol, el agua se volvió fuego en la mente de Sumner y tomó las formas de su sueño: llamas de color de carpa, la forma de peces prehistóricos...

Mauschel le abofeteó.

—Pasarán años antes de que despiertes.

Sumner parpadeó bajo la luz de su primer día en los pantanos y se llevó una mano a la mejilla dolorida. Miró al instructor con lastimado asombro. ¿Qué quería este medio hombre?

"Mauschel se dio la vuelta y caminó arrastrándose sobre los brazos hacia el borde del pantano, donde colgaban burbujas de luz sobre el agua negra. Contra un entramado de raíces que se formaba en la orilla estaba su esquife. Miró hacia atrás y vio a Sumner arrodillado desnudo en la hierba, con una mano en la mejilla. El remordimiento le abrumó cuando vio el resentimiento en los ojos del joven. Su mano tocó el cuero curado de un muñón, y la culpa remitió. Era un maestro, se recordó, mientras bajaba su cuerpo al bote manchado de brea. Eso era todo cuanto era.

Cruzó las aguas dormidas. Sumner se quedó en la luz fluctuante, siguiéndole con su mirada azul. Si alguna vez despierta, será bueno, pensó Mauschel, admirando la altura y el porte del hombre. Años antes (muchos años antes), Mauschel había sido ranger. «El que nunca fue», dijo en voz baja, mirando en el agua negra, recordando aquella mañana hacía una eternidad cuando vio por primera vez las escamas tras sus rodillas. Estaba en plena campaña entonces, y se había permitido creer que las descamaciones eran un hongo de la jungla. Un compañero ranger tuvo que decírselo: las escamas negras eran genéticas. Era un distor.

El autoscan fue todo lo que le mantuvo vivo después de que se volara las piernas para esconder la distorsión.

—El autoscan es vida —le dijo al agua rebosante de algas—. Si Kagan despierta alguna vez, será bueno.

Los agudos ojos de Mauschel leyeron las sombras de los senderos en el agua, y guió el esquife a través de las brumas de la luz del sol y las corrientes de flores arácnidas hacia el alma oscura del pantano.

Tras su primera noche en el pantano, la vida de Sumner la formaron rutinas que continuaron invariables durante varios años. Los reclutas veteranos que habían contemplado su encuentro con Mauschel desde sus refugios entre los árboles le enseñaron las técnicas básicas para sobrevivir en el pantano. Eran hombres reticentes de aspecto hambriento que desaparecieron en cuanto le enseñaron cómo forjar un cuchillo de piedra y a tejer ropa con la fibra de las plantas. Días después, Sumner tuvo un refugio propio en un árbol de mangaba y pescaba con lanza desde su propio esquife.

Pero la vida en el pantano era difícil. Tenía que contentarse comiendo raíces, insectos y las pequeñas presas que podía cazar. Cada día se ensamblaba con el siguiente como la estructura de un sueño, y lentamente el autoscan sobre el que Mauschel había sido tan insistente empezó a tener sentido. Era observar, simplemente observar sin pensar. La dificultad estaba en aprender a vivir consigo mismo.

Recordaba a Gage e Ignatz con sentimientos oscuros y llenos de pesar. Convertirse en ranger era muchísimo más difícil de lo que ellos habían confesado. En los primeros meses de su vida en el pantano, otros reclutas lo emboscaban varias veces. Y el precio de estas rapiñas era alto. Cuando emboscaban a un recluso, perdía todo lo que tenía ante aquellos que le encontraban: comida almacenada, cuchillos, incluso ropas. Por dos veces, Sumner

casi murió de hambre. Entonces aprendió a dejar de preguntarse y a observar simplemente: observarlo todo, su cuerpo entero una lente abierta al tiempo, percibiendo cada momento sexual del día, cada giro del viento.

Un día, mientras observaba la luz abandonando los árboles mientras caía la noche, Sumner sintió que algo se acercaba. Se arrastró sin ruido a través de los matorrales y se agazapó bajo el abrazo de un grueso sauce. El parloteo de los pájaros circularon su escucha, y el viento empujó olores de algas a través de la hierba acolchada. Mientras sus pensamientos se reducían y el autoscán se ampliaba, Sumner se centró en la aproximación del otro.

Una figura en sombras apareció de debajo de las grandes raíces de un olmo, junto al borde fangoso de una laguna negra, y se movió en la dirección de Sumner. La figura quedaba oscurecida por la maleza, pero Sumner pudo oír la fatiga en el pesado paso. Fijó su atención en las hojas de palmito que se flexionaban con el viento hasta que el intruso pasó junto a él: un hombre encapuchado con un jubón gris y polainas.

Sumner esperó un instante y entonces alargó rápidamente el brazo izquierdo y capturó un tobillo huesudo y raquíptico. De una sacudida derribó el delgado cuerpo y saltó, colocando la rodilla en la espalda del estrecho jubón. Agarró la capucha con una mano y la echó hacia atrás.

Un grito se ensanchó en sus ojos. Estaba agarrando a un distort, una criatura calva con la piel de color de mármol y los ojos rojos.

El distort se debatió, Sumner soltó la capucha y buscó su cuchillo. Mauschel le había ordenado en varias de sus sesiones regulares que matara a cualquier distort que encontrara. Al mirar la cara color gris ostra, asió con fuerza el cuchillo y lo alzó. Pero no golpeó.

¡Ordenes foc! Soltó al encapuchado y dio un paso atrás, enfundando su cuchillo. El distort rodó sobre su cuerpo y se quedó sentado, mirándole con sus ojos salvajes, la cara infantil y ligeramente ladeada como si escuchara alguna canción estridente justo al borde de su capacidad auditiva.

—Márchate de aquí antes de que aparezca un peligro real —gruñó Sumner.

El distort se levantó tembloroso y se inclinó. Con sus manos deformes abiertas en signo de gratitud, dio un paso adelante. Sumner se volvió, pero antes de que pudiera marcharse la criatura le tocó. Su visión se nubló, y un filamento de viento helado más fino que un hilo de luz le recorrió la piel. ¿Es malo amar a todo el mundo?, preguntó una voz en el fondo de su mente. Todo su cuerpo se estremeció y una euforia abrumadora surcó los recovecos de sus pulmones y su garganta. Cuando recuperó la vista, el distort se había ido.

Pero el lazo telepático entre ellos permaneció. Sumner sintió al otro ser durante la noche. Tendido en su árbol mangaba, oprimido por el cansancio del distort, sintió su temor al pantano mientras cruzaba una zona de árboles musgosos y arenas movedizas. A un nivel más profundo, conoció el temor del que huía aquel ser:

los cazadores de distors habían encontrado su tribu hacía tres noches, y el bosque en el que vivían había sido incendiado. La compañera con la que había logrado cruzar las colinas e internarse en el pantano había sido localizada ayer y le habían disparado por la espalda, justo bajo el hombro, y había muerto en sus brazos.

Sumner se revolvió inquieto en su guarida, y en el lejano extremo del pantano el distort sintió su desazón y dejó de correr. La tierra contra la que chapoteaba era fría, húmeda y oscura, pero el cielo era una borrachera de luz. Sumner experimentó la maravilla del distort y se relajó. Mientras se hundía en el sueño, la telepatía se abrió al sonido y oyó la suave voz del distort por última vez: Creo que es bueno vivir.

Bajo la tutela de un ciego que tenía una espalda ancha como un bisonte y los cinco sentidos en las manos, Sumner trabajó rigurosamente para endurecer las partes

vulnerables de su cuerpo. Golpeó arena y madera muerta en las manos, pies, codos, y rodillas, armonizándolas con callos huesudos. Golpes y masajes endurecieron su esternón y abdomen hasta que se le pudo romper una rama de árbol en el estómago. Y aprendió a flexionar y relajar instantáneamente su cuello para poder absorber golpes en la cara con los ojos abiertos. Sólo entonces le mostraron cómo comprimir su respiración en el centro de su cuerpo y retorcer su latido en el preciso momento del impacto. Cuando pudo arrancar la corteza de un árbol con los pies y manos desnudos, el maestro ciego terminó con él. Había aprendido a usar todo su cuerpo de una vez.

De una anciana huesuda con la piel marrón como el barro aprendió a dominar los secretos botánicos de la tierra, y llegó a saber hacer curare de las parras de estricnina, profilácticos contra la malaria de la corteza de la quina, repelente de insectos del barbasco, y un analgésico tópico de moras rojas de genipa.

Tendido en la hierba de un bosquecillo de cedros durante una pausa en su entrenamiento, observando á los ciervos alimentarse, a Sumner le apeteció cantar. Pero la música era un fantasma en su mente porque se sentía incómodo con su Voz, y por eso se quedó tumbado bajo la luz del sol con los otros reclutas, contento con escuchar los verdes cantos de los pájaros.

Estos hombres podrían hacerle morir de hambre en el pantano si no permanecía alerta, pero durante las sesiones de entrenamiento lo compartían todo como hermanos. Sumner era tan fuerte y seguro de sí mismo como cualquiera de ellos, y descansaba entre las sesiones de lucha libre, en pleno desarrollo con el conocimiento recién visto de los cuerpos retorcidos, las llaves y las evasiones. Se miró con orgullo los músculos de las piernas. Y durante ese raro momento, el pelo brillante de sudor, el pecho y el torso musculosos y relucientes, sintió que su vida era divina.

En el extremo de la oficina, en una habitación en sombras con la puerta entornada, esperaba una profunda. La había enviado el Mando Ranger para probar telepáticamente a los reclutas de Dhalpur y detectar cualquier profundo latente. Llevaba haciendo lo mismo los treinta y dos años que acudía a este pantano, a este estercolero, abriéndose a las mentes de los matadores. Se había vuelto cada vez más sensible... y aburrida.

Los profundos (humanos dotados telepáticamente) eran los únicos distors tolerados por los Masebôth, aunque en secreto. Kiutl inducido fetalmente, bajo las condiciones apropiadas, producía profundos. Pero su vida era rígida. Ni el Pilar Blanco ni el Negro confiaban del todo en ellos, y siempre estaban bajo observación.

Pero esta vieja profunda estaba satisfecha con su vida, si no de su trabajo, y su satisfacción se mostraba en sus ojos grandes y espaciados; ojos grises, alertas. Su rostro era patricio, de frente noble, y su pelo gris era corto pero bien peinado. Miró por encima el historial de Sumner Kagan, deteniéndose brevemente en el asesinato de Broux. Los profundos que investigaron la muerte de Broux vieron inmediatamente que Sumner era responsable, y le catalogaron como posible ranger. Había aprendido que el truco con los asesinos era eliminar a los que se detenían pronto.

Se metió en la boca una brizna de kiutl y alzó la cabeza para ver a un hombre alto y fornido de pelo rojo que entraba en la oficina. La sabiduría resplandeció en los ojos de la mujer, y la música mental resonó en sus oídos: vio la luz corpórea dorada alrededor del gigante, y la visión de este humano de genes completos, este hombre entero, cantó felizmente en su interior.

Miró otra vez el historial para ver quién era el instructor de este ranger. Mauschel, el distar, advirtió con un atisbo de decepción. Aquel hombre era demasiado estricto: quería que sus reclutas completaran su vida inacabada. Siempre estropeaba a los hombres. Como si su dolor fuera el del mundo. Apartó la carpeta y la cubrió con un pliegue de su túnica blanca.

Sumner llenó el marco de la puerta. El ancho espectro de sus ojos ocupando a la mujer

de una vez. La mujer le hizo un gesto para que cerrara la puerta y se sentó en una silla frente a ella. Mientras tomaba asiento sin dejar de observarla con sus ojos azul fuego, ella vio las marcas púrpura a ambos lados del cuello.

—¿Cómo sucedió esto, soldado? —preguntó, tocándose la garganta.

—Voors —replicó Sumner, y con el sonido de su voz ella vio en su interior, vio la sombra de un mundo muerto: el estanque de un cráter rodeado por tamarindos moribundos, nódulos de hongos sacudiendo la hierba donde brotaban del suelo vapores acres, un remolino de moscas locas y árboles deformados por el dolor. Y allí, junto al agua verde de la laguna, un niño blanco como la nada y con ojos como hielo.

Ella parpadeó, sorprendida por la claridad de su visión interna. Entonces, con disciplinas que había aprendido desde la infancia, devolvió su mente al presente. No quería saber de los voors ni de nada más en el pasado de este hombre. La habían enviado para hacer una cosa: encontrar otros profundos. Cuanto menos se llevara consigo, mejor dormiría esa noche.

—Sólo el nombre, voors... me asusta —dijo ella convincentemente, abriendo un cuaderno sobre su regazo—. Soy de Profecía, y sólo salgo de la ciudad una vez por año para hacer este trabajo para el Mando Ranger, Estoy aquí para encargarme de que los reclutas sean bien tratados. Una de mis tácticas es hablar con tantos de vosotros como sea posible. Espero que seas sincero conmigo. Nada de lo que digas aquí volverá a ser asociado contigo, a menos que así lo desees. —Sonrió, y Sumner asintió; sólo las diminutas arrugas en torno a sus ojos revelaron su recelo—. ¿Eres feliz aquí? —preguntó la mujer ingenuamente.

Sumner permanecía sentado erguido pero relajado, modulando su respiración en la forma que le había enseñado a hacer Mauschel para cuando fuera interrogado.

—Sí.

Con ese único sonido, la profunda vio la hosquedad en la vida de este hombre: las arduas tácticas de lucha, la ansiedad de la emboscada en las zonas oscuras del pantano, la soledad... Pero dejó atrás esta niebla emocional en busca de una clase de silencio especial... la profundidad del telépata.

—Háblame de ti —dijo—. Cualquier cosa. Tú simplemente habla. —La profunda bajó los ojos, simulando escribir en su cuaderno, mirando sus garabatees sin prestar atención mientras se sumía en trance.

Sumner se revolvió en su asiento y miró la alfombra entretejida, las ventanas de bambú...

—Habla, por favor.

—Volví a sufrir una emboscada hace unos pocos días —dijo él, las palabras formaban espirales en su mente—. Odio que me capturen porque entonces tengo que sentir lo que hice mal hasta que me duelen las tripas. Ésa es la única forma en que puedo olvidar. Me lastimo durante un tiempo.

Ella le instó a seguir con un gesto.

—A veces me siento como agua encerrada en un árbol —dijo Sumner, las sensaciones estallaban en su cráneo y se convertían en palabras—. Estoy cansado de las clases de espada, y de pistola, y de esconderme en el pantano, y de acatar órdenes. Pero entonces pienso que todo en la vida es una mierda. Vivimos hasta que morimos... y luego nada. ¿Tiene alguien derecho a querer algo?

Hizo una pausa. La mujer había dejado de escribir y permanecía sentada con los ojos cerrados.

—Dhalpur ha sido la vida más intensa que he tenido hasta ahora —añadió él en voz baja.

La anciana no había oído una palabra de lo que había dicho. Miraba atentamente en su mente oscura, rebuscando el silencio entre el laberinto de recuerdos y pensamientos entremezclados. Pero este hombre era un sueño. Su luz corpórea era maravillosa, pero

su mente oscura estaba empantanada. Cerró el cuaderno y se llevó las manos a los ojos.

—Gracias, soldado. Puedes irte.

—¿Es todo? —preguntó Sumner, la herida que había despertado ardía tras sus ojos.

—Sí, es todo. Por favor, vete ahora.

Sumner se levantó y salió lentamente por la puerta. Fuera, el calor rebullía en el aire sobre los techos de metal del pueblo del pantano donde vivían los oficiales, y se quedó observándolo un rato, sintiendo que había dejado algo atrás.

A finales de su tercer año en soledad, Sumner se volvió loco. Las rigurosas demandas de su entrenamiento y la enorme soledad de su vida durante el autoscán lo aplastaron. Sucedió mientras observaba la lluvia moviéndose en vagos pilares sobre la sabana, mientras completaba una compleja rutina que Mauschel le había enseñado. Ataba y desataba con los dedos de los pies tediosas cadenas de nudos; hacía maniobras de muñeca y dedos con una espada-mariposa, y con la otra empaquetaba y ajustaba cartuchos. A un nivel más profundo, removía su diafragma, obligando a su corazón a reducir su ritmo.

Durante meses, había hecho estas rutinas y otras más intrincadas, y se había convertido en un experto en profundizar en sí mismo y observar su cuerpo funcionar solo. Pero hoy, con la lluvia fuera de su refugio y el viento susurrando sobre la hierba con un sonido casi humano, descubrió que no podía parar. Con precisión lunática, sus dedos anudaban y desanudaban ramas, su mano izquierda hacía bailar el metal entre sus dedos, por lo que ni palpaba las balas, y su corazón se refrenaba y se refrenaba conscientemente, deslizándose más allá de su control.

Sentado en un parche de luz umbría, moviendo los miembros mecánicamente, paralizada la voluntad, Sumner sintió pararse su corazón. Los dedos de sus pies y sus manos se detuvieron cuando el gemido de su sangre, resonando en sus oídos, se hizo inaudible. La visión se estrechó y un neblinoso olvido le circuló, enmudeciendo su pánico...

El dolor, brusco como un grito, le sacó del trance. La hoja-mariposa le había cortado el pulgar. Miró con súbita lucidez la pálida marca en su carne y vio cómo la sangre aguantaba. Entonces el flujo rojo comenzó, y su corazón repicó fuertemente en sus oídos.

Sin pensar, lo dejó caer todo y corrió descalzo bajo la lluvia. El viento le sacudió, y se preguntó qué estaba haciendo. Pero entonces el autoscán inconsciente se apoderó de él, le bloqueó pensamientos y sensaciones, y le propulsó a la tormenta.

Corrió con la tormenta, siguiendo las sacudidas del viento, ajeno a los agujeros y los fangales. La lluvia zigzagueaba ante él, y le conducía tambaleante a la penumbra de un bosque neblinoso. Un denso efluvio de cortezas podridas y tierra húmeda le envolvió, y se detuvo con los brazos abiertos. La vaporosa fatiga de su larga carrera le subió por las piernas y él pecho y se cebó en su mente. Se derrumbó sobre la tierra pegajosa y durmió profundamente.

Pasó la tormenta y escuchó los rumores de la lluvia: el murmullo del agua en los charcos, el suspiro de los charcos convirtiéndose en niebla. El chasquido de una gota contra una raíz desnuda le alertó de vuelta a sí mismo. Yacía empapado, helado y hundido en el fango negro, respirando por la boca. Pero no se movió. Algo horrible le había sucedido durante su sueño en el bosque. No podía decir qué era... pero lo sabía.

Al oír los diversos sonidos de las gotas de las hojas, el salpicar de los helechos, el ritmo irregular de los chorros de las enredaderas, experimentó poder. No fuerza o energía, sino tranquilidad. Mientras se recuperaba del cansancio de su carrera histérica, se sintió limpio como la blanca leña que veía a su lado en las ramas rotas por la tormenta. El poder que estaba experimentando le guió sin esfuerzos por el irregular suelo del bosque, y con él vino una impecable claridad. El mundo se había vuelto transparente: veía dónde el viento, hinchado de lluvia, había arreciado, forzando a la vida a salir o matando a la que

quedaba; y vio a través del barro y las ramas dónde estaban ocultos los animales pequeños, ateridos de frío. En la roca descubierta, una mirada a los sedimentos petrificados revelaba toda la historia del bosque: el fondo de un río enterrado, un desierto desvanecido. El control más amplio que el intento lo había formado todo, como lo había formado a él. Pero, por caótico que pareciera, había control: juncos diseñados para balancearse con el viento, hojas cubiertas de cera y formadas para derramar la lluvia; por cada predador una presa, desbaratando su propio nudo de tiempo.

Sumner volvió su claridad hacia sí mismo. Deambulando casualmente por el borde del bosque, con todos los sentidos en paz, se dio cuenta de que el control total que los Rangers le forzaban a desarrollar siempre había sido sólo cuestión de calma y reconocimiento. Su cuerpo, como el bosque, era una ecología precisa. Las oleadas de bacterias de su sangre podían sentirse por la fuerza o el letargo de sus músculos, y podían ser modificadas con hierbas, respiración, alimento. Sus iris trabajaron automáticamente, pero había aprendido a tensar y relajar aquellos músculos sutiles, primero reconociendo y luego imaginando las sensaciones de la luz y de la oscuridad. De modo similar, había aprendido a restañar una herida, a regular la temperatura de miembros diferentes, a escuchar con las yemas de los dedos. Pero ahora comprendía que el secreto no estaba en el control diligente, sino en el reconocimiento y en la complacencia. Así de fácil.

En las pausas de su respiración se materializaban imágenes de su pasado. Instantáneamente fijó la mente en la copa de los árboles, el trueno rugiendo sobre la cima del bosque, un capullo uteral naranja imperturbado por la tormenta, antes de componerse intentando componerse. Relájate... Dejó que sus recuerdos se desataran, y mientras cada uno le atravesaba, los miraba de la forma en que miraría un refugio de la jungla en busca de las cosas que escondía. Y vio que toda la vida había intentado desesperadamente controlar cuanto le rodeaba.

Un profundo recuerdo del único invierno que había experimentado le llenó, y una vez más vio la forma de su aliento, escalones esmaltados de hielo, carbunclos de hielo en los árboles, copos de nieve revoloteando por las calles y un caballo de orejas rojas con un diamante blanco sobre la nariz. Recordó claramente la urgencia de lastimar a aquel caballo, de asegurar su supremacía. Y recordó haberlo llevado hasta el estanque... fue entonces cuando igualó por primera vez violencia y control.

Los recuerdos continuaron, y con claridad exenta de remordimiento se vio enfurecido por la muerte de su padre y perpetuada su furia como el Sugarat, impulsado por el constante temor de que el control de su padre nunca sería suyo.

Sumner deambuló por el bosque, rehaciendo el sendero de su vida. Experimentó la vergüenza y la culpa de los muchos años que había pasado engañando a su madre, y experimentó plenamente y luego abandonó la tenaz nostalgia que sentía por su coche, su habitación, su escánsula, y, por fin, percibió cómo su necesidad de orden le habían convertido en un cebo para los voors. Todos los recuerdos de Corby y Jeanlu que había evitado tan fanáticamente durante años regresaron por completo. Las sensaciones le atravesaron como fantasmas: el escalofrío de sangre que chispeaba sobre el cuerpo de Corby; el canto mortal que el cadáver de Jeanlu había entonado en su cara mientras lo agarraba del cuello, y el deva... la luz de rubí, el frío sol de azafrán, y la huida imposible y enloquecedora por Rigalu Fíats. En este punto llegó al borde del bosque, donde las sombras ampliadas por la puesta de sol se estiraban hasta el infinito.

Atravesó la pradera con paso tranquilo, revisando su pasado a la luz escarlata. Caminó toda la noche, viajando por donde la luz de las estrellas destellaba en el agua, moviéndose sin ansiedad a través de pantanos de pantera y sobre colinas de búfalos donde habitaban ratas-canguro. Mecido por la luna, alerta, era invisible, presa de nada, mientras intentaba descifrar todas las parábolas de su vida. El cambio que le había asaltado era permanente. Nunca volvería a sentirse confuso.

La última noche que Sumner pasó en Dhalpur, se frotó con lodo y moho azul para espantar a los insectos y entró en el pantano. Un búho, silencioso como un pez, revoloteó por lo alto. El viento cambió, murmurando en los árboles como agua.

Mauschel le esperaba en un pequeño esquife adornado con linternas rojas hechas con piel de pescado. Guirnaldas de incienso de linaloa se elevaban por las esquinas del bote. Río abajo, temblaba la luz de las hogueras, y una brisa que olía a distancia descartaba la opresión del aire podrido y cenagoso.

—Has hecho bien —saludó Mauschel. Con la luz roja, su cuerpo retorcido y sin piernas parecía un ídolo de madera.

Sumner se quedó inmóvil ante él, conociendo con la carne de su cuerpo tanto como con sus recuerdos las interminables horas que había pasado autoexaminándose ante este hombre que no había conseguido nada... simplemente se había convertido en sí mismo.

Mauschel le sonrió como un mono deslumbrado por el sol.

—Ven aquí, bufón orgulloso.

Sumner dio un paso adelante, y Mauschel le cogió por las piernas y le agarró con fuerza.

—Tienes razón —susurró el viejo—. No tienes que ser salvado. Nadie tiene que hacerlo. Pero hoy te marchas de aquí como ranger, y yo sería menos que grasa de lagarto si no te dijera que estoy orgulloso. —Golpeó el casco de su bote, y Sumner se sentó—. Ten... te lo ganaste hace mucho tiempo, pero no podía dártelo hasta que no lo necesitaras.

Metió dentro de la mano de Sumner una pequeña pieza de metal. Era un alfiler de plata en forma de cobra... la insignia de los Rangers.

—Hemos pasado tres años compartiendo nada más que lo que nos rodea —dijo Mauschel. Se sentó, y la oscuridad asomó en sus ojos—. Ahora siento que puedo hablarte de cosas más profundas. Pero no lo haré. Ya sabes que no importa nada lo que hagas. Todo, acaba en lo mismo. Y parece que has descubierto que eres más grande de lo que crees. ¿Recuerdas cuando pensabas que era imposible vaciar tu mente y mantener tu cuerpo en movimiento?

Se rió en voz baja y dirigió a Sumner una mirada astuta.

—También comprendes que la eternidad está entre nosotros. Cada uno se mueve sólo a través de su propio significado, creando valores mientras continúa. Lo sabes, aunque no has tenido tiempo de ponderarlo, y espero que nunca lo hagas. Pero hay una cosa que puede que no hayas advertido aún. Es el último misterio.

Alzó sus ojos de maestro de armas y miró directamente a la cara de Sumner.

—Pertenece a los Rangers. —Hizo una pausa y se miró las manos callosas y embotadas—. Durante tres años has vivido rigurosamente, pero solo. Con los Rangers va a ser diferente. Sabes que son una herramienta política, mandada por el Pilar Negro Masebôth, que tiene planes para cambiar la forma del mundo, sueños históricos... todo mierda de iguana. Así que, si piensas que hay algo más que insensatez en nuestras vidas, será mejor que te marches mientras puedas. Ve al norte, a las tierras salvajes. Ahora sabes lo suficiente para sobrevivir en cualquier parte.

Se pasó un dedo amarillento por el rastro de una cicatriz que seguía su mandíbula y sus ojos se estrecharon.

—Pero si comprendes, como creo que haces, que la insensatez es todo lo que hay, entonces quédate con los Rangers. Tratan bien a los suyos. Te ganarás la vida como matador, ¿pero quién puede decir que eso es peor que en lo que nos convertimos todos, eh? Ten en cuenta una sola cosa cuando te enfrentes con sabelotodos morales o místicos que piensen que han visto en el corazón de las cosas: el único secreto es que todas las cosas son secretas.

Los primeros destinos de Sumner fueron en las ciudades de Apis y Largatormenta.

Ambas habían sido siglos atrás importantes puertos de mar. Cincuenta años antes, fueron arrasadas por una salvaje tormenta raga, y como los Masebôth no tenían los recursos necesarios para reconstruirlas, quedaron desiertas. Kilómetros y kilómetros de edificios destruidos, avenidas sacudidas por las dunas y armazones esqueléticos se elevaban de lagunas vaporosas, todo rendido a las bandas de distors y a la jungla.

Sumner fue enviado a estas ciudades fantasma para cazar líderes distors que se habían vuelto demasiado influyentes. El trabajo era arduo y cruel, pero Sumner era bien recompensado. El Club Pie, el burdel más famoso de Profecía, estaba perennemente abierto para él, sin cargo, y pasaba allí la mayor parte de su tiempo libre. Al verse claramente en los espejos de las habitaciones, rodeado de criados y apetitosas comidas, le sorprendía comprobar en lo que se había convertido.

Sin el lodo y la grasa del pantano de Dhalpur y con el pelo enrojecido por el sol echado a un lado siguiendo la última moda, Sumner era un demonio celestial. Su cara era plana como una hoja, las cicatrices habían sido erosionadas por el viento y el tiempo hasta convertirse en pálidos grabados artísticos y sus ojos anchos y silenciosos eran azules como acero prensado. Era casi un gigante, con los hombros sobrecargados de poder, pero no era voluminoso. De grandes huesos, con los músculos gruesos aunque flexibles, la piel del color del amanecer y los densos rizos de color de cobre sobre el pecho, era un animal raro.

Las mujeres del Club Pie le adoraban como un avatar del dios Rut, y se peleaban por estar con él... pues no sólo era la criatura masculina más insaciable que habían conocido nunca, sino que también era ingenioso como un mago. Sus manos delgadas y pacientes estaban salpicadas de callos y tensas de fuerza, pero podían acariciar la piel de una mujer con la ternura del pétalo de una flor, y sus dedos se movían con astucia a veces delicada y a veces fiera.

Las mujeres, sin embargo, eran sólo una pequeña parte de la vida de Sumner. Le satisfacían, pero no podían llenarle. Sólo los espacios salvajes, vacíos de emoción y llenos de engaño, le envolvían totalmente.

Si no fuera por el deterioro de las ruinas que tenía que patrullar, habría sido feliz. Pero Apis y Largarmenta eran paisajes inseguros. A menudo, cuando estaba sentado en una viga retorcida envuelto en la desapacible humedad del hormigón disolviéndose o cuando merodeaba por las escuálidas playas de coches engullidos por la arena y lagunas químicas vaporosas, se preguntaba por qué los Masebôth habían llegado a esto.

Con el tiempo, le resultó obvio, como a todo el mundo, que el gobierno estaba corrupto. Rumores de intrigas políticas se podían oír no sólo entre los no privilegiados, sino también entre los altos círculos militares. Durante más de un mes, Sumner sirvió de guardaespaldas a un general prominente y muy admirado. Durante ese tiempo compartieron las comidas y rompieron las aburridas horas de viaje entre los puestos fronterizos jugando al kili y charlando.

El general era un filántropo con planes para abolir los pozos dorga y establecer colonias distors autosuficientes. Fumaba sólo los cigarrillos más baratos y comía y viajaba humildemente para poder ahorrar dinero con el que realizar sus sueños. Sumner se sintió hondamente impresionado por su sincera entrega y su parsimoniosa forma de vida, y escuchaba con auténtico interés las reflexiones políticas del general.

Éste explicaba cómo durante siglos un puñado de familias habían legislado el gobierno Masebôth para su propio engrandecimiento personal. El Edicto de Criaturas Innaturales fue empleado no sólo para eliminar voors y distors, sino también para acabar con competidores políticos sospechosos. Los periódicos tenían prohibido criticar la política del gobierno, y los cursos universitarios de historia y sociedad eran seguidos de cerca cuidadosamente. Pero en su ansia por consolidar su poder, se negaba al Protectorado un liderazgo decisivo y objetivo.

En el último siglo, la mitad de las colonias de la frontera, con sus vastos recursos

agrícolas, se habían perdido ante las tormentas raga y las tribus distors. La expansión y la exploración eran mínimas. Los trabajadores de los pozos dorga se volvían cada vez más esenciales para mantener la vida de las ciudades, y por tanto incluso a los delincuentes menores se les colocaba una banda-zángano para mantener la mano de obra. Los impuestos se habían cuadruplicado en sólo unos pocos años, y la mayoría de los guías y jefes de fábrica tenían que despedir trabajadores y recortar incrementos salariales. Para acallar las disensiones, se empleaba a los militares para hacer más trabajos policiales que maniobras defensivas en la frontera. Como resultado, las bandas de distors y las tribus proliferaban y se acercaban cada vez más al corazón de las ciudades. Guías descontentos y oficiales gubernamentales facciosos incluso vendían armas a las bandas de distors a cambio de mercancías saqueadas a las caravanas.

Sumner se sentía confuso ante la avaricia de sus líderes, pero no dejó que esto afectara su trabajo. No era la lealtad a los Masebôth o a los Rangers lo que le mantenía activo y sin dudas: más bien era devoción a sí mismo. Lo habían rehecho a imagen de ranger. No había nada más para él.

Por eso no dudó cuando, un año más tarde, le llamaron a Apis para que asesinara al general. Obligado por un sentido de camaradería, se abstuvo de humillar al líder militar y no empleó la fácil estrategia de dispararle en público. En cambio, a riesgo de su vida, se acercó al general de noche, deslizándose a través de las verjas de alambre espinoso que rodeaban su campamento. Le hizo falta toda su habilidad para mezclarse con las sombras, arrastrarse bajo el aire caliente del patio principal y esquivar las atentas miradas de los guardias armados. Finalmente avanzó con la sutil brisa que sacudía las cortinas de gasa que adornaban la habitación del general y siguió el húmedo rastro del sueño hasta una cama con dosel. Tras rebanar diestramente y sin dolor la carótida del general con una dedocuchilla envenenada, volvió a mezclarse con las sombras.

La muerte del general le molestó durante un tiempo, porque conocía la sinceridad de aquel hombre. De la misma forma que sabía que le vigilaban en secreto o cómo o cuándo iba a golpear a un enemigo, sentía que el general le había dicho la verdad. Los Masebôth eran malignos y su imperio decaía.

Sumner no sintió furia ni desesperación por este hecho. Aunque servía al Protectorado, no se sentía Masebôth. Era un ranger, y todas sus energías físicas y mentales estaban dedicadas a perfeccionar su habilidad. El destino final de las ciudades no era preocupación suya. Después de todo, ¿no estaba condenado? El único control que tenía era sobre sí mismo, e incluso eso era limitado, pues se sorprendía a sí mismo constantemente.

Una noche lluviosa y brumosa en Vórtice, sin nada mejor que hacer, siguió el impulso de elusivas psinergías animales y se encontró deambulando por un laberinto de callejones de piedra, los pies envueltos en la niebla. Varias horas después, en el extremo de un callejón de ladrillos lleno de librerías antiguas y boticas, se detuvo ante una puerta desvencijada. La parte delantera de la tienda destrozada no tenía ventanas, excepto por un trozo de luna rodeado de hierros corroídos. Sumner no tenía idea de por qué sus instintos le habían guiado a esta esquina desolada de la ciudad, hasta que su persistente llamada fue contestada por una anciana con la piel de color de plata gastada, el pelo rizado y de fuego, y ojos parpadeantes de pájaro. Era Zelda. Sorprendido, aunque era un guerrero y no se dejaba aturdir, le pidió amablemente que le hiciera una lectura wangol.

Zelda no le reconoció, y dudó en admitir en su tienda a aquel gigante de ojos llanos quemado por el sol. Pero él era cordial, su voz afectuosa, y además, llevaba un uniforme limpio y hermoso y probablemente tenía dinero. Desde que adquirió su licencia de augur, Zelda necesitaba zords para pagar los impuestos. Le hizo entrar en su sala de lectura. Era una cámara sórdida con figurines mútricos en las esquinas, llamativas cortinas índigo y un suelo de tablas podridas tan ajado por la edad que olía a hojas muertas con cada paso. Un espejo redondo de marco negro colgaba de la pared rodeado de cartas amarillentas

que describían las partes del cuerpo y sus diferentes augurios.

Zelda había envejecido enormemente en los últimos años. Había quedado reducida a un fantasma envuelto en una túnica marrón salpicada de signos estelares. Sumner la observó con atención mientras ella recorría la pequeña habitación encendiendo velas y preparando carbón de incienso. No sentía ninguna emoción hacia ella, y cuando se sentaron en taburetes de bambú ante una desvencijada mesa de madera prensada, se preguntó por qué se había molestado en entrar.

Ella le tendió varias cartas redondas pintadas y le dijo que las barajara. Después de echarlas, alzó la cabeza y le estudió con ojos brillantes como el dolor.

—Tu historia está llena de accidentes. La decepción y el error te guían. Pronto, si no te ha sucedido ya, te enfrentarás a alguien de tu pasado, posiblemente un niño. Pero no veo reconocimiento. Sólo lo que conocemos es real. También, muy pronto, tendrás que renunciar a todo. Pero te ajustarás, pues veo que eres un hombre para quien todos los destinos son temporales. Cambias rápidamente, a veces oscureciendo tus propios propósitos, aunque una parte ardiente de ti siempre es la misma. Ésa es la paradoja de tu naturaleza... la nube y la estrella.

Sumner tendió sobre la mesa todo el dinero que tenía y Zelda se enderezó y le miró más de cerca. Antes de que pudiera reconocerle, Sumner se levantó, y con la profusa gratitud de su madre resonándole en los oídos, volvió a la noche y a la lluvia.

La patética vejez de Zelda afirmó la convicción de Sumner de que era mejor morir joven. Había visto a viejos rangers, reumáticos y pálidos, desvanecerse en ruidosas oficinas gubernamentales o, peor, combatiendo en el frente y siendo humillados brutalmente por los distors, masacrados con sus propios cuchillos. Eso no le sucedería a él.

Sumner aceptaba riesgos que la mayoría de los otros rangers eludían. La muerte, para él, era la libertad de la cima, la huida de la inevitable decrepitud del cuerpo. No tenía miedo a nada: ni a la tortura, la soledad o los distors más extraños. ¿Cómo podía temerles? La vida era una angustia breve rodeada por el vacío de la muerte, y éstos eran los remedios del dolor.

Sumner estaba sentado en un saliente comiendo una naranja. En la sucia playa que le rodeaba, cerdos y perros flacuchos carroñeaban entre los montones de basura.

Terminó su naranja, se limpió las manos en los pantalones y se levantó. Pájaros marinos posados en altos postes volvieron la cabeza para contemplarle mientras recorría la playa vacía. Era su último día en el suburbio de Laguna. El hombre al que le habían ordenado matar había llegado la noche anterior. En realidad, su víctima no era un hombre: era un voor llamado Dai Bodatta.

Durante más de un mes Sumner había estado esperando a este voor, viviendo sin ser molestado en una de las chabolas azules de la bahía. La viuda del pescador que le alquiló el lugar no tenía dudas de que no era más que el estibador que decía ser. Como todos los otros trabajadores del muelle, llevaba zapatos de lona, pantalones cortos y una camiseta manchada de aceite. Y como ellos trabajaba desde el amanecer hasta el ocaso, cargando gabarras de cajas de arroz y raspando y pintando cascos... hasta hoy.

Se acercó hasta la zona de la costa donde la bahía moría sobre un banco de coral. La marea subía y del mar brotaban, plumas blancas y latigazos de espuma.

Era el extremo de Laguna Bay, donde en otro tiempo había florecido otra bahía. La plaga había condenado aquel pueblo muchos años antes y ahora sólo quedaban troncos ennegrecidos de viejos pilares, unos cuantos armazones calcinados de barcos y un malecón batido por las tormentas. Los aldeanos pensaban que el trozo de tierra que los separaba del mar estaba maldito y lo usaban como basurero. Sumner estaba convencido de que era aquí donde se enfrentaría a los voors.

Se sentó sobre un tronco de madera lleno de algas que había arrastrado la marea y se llevó una mano a los ojos para ver mejor la isla. Situado en medio de la bahía había un

pequeño montículo de piedra repleto de árboles. No se veía ni rastro de voors entre las hileras de pinos marinos, pero Sumner sabía que estaban allí. La noche pasada, cientos de voors habían cruzado la bahía en barcas de casco negro.

Alertado al anocheecer por una señal luminosa enviada por un ranger que montaba guardia costa abajo, Sumner había pasado toda la noche en vela esperando que llegaran los voors. Los prismáticos infrarrojos que usó le revelaron las figuras embozadas en los botes. Durante varias horas fueron visibles fuegos verdes y azules desde el lado de la isla apartado de Laguna. Luego se desvanecieron, y al amanecer no quedó nada de los voors... excepto los sueños. La mayoría de los habitantes de las chabolas se despertaron atontados después de una noche de sueños inquietos y tristes.

Nunca se veían voors tan al sur, pero durante los últimos años se habían venido reuniendo anualmente en diferentes cuevas y bahías de la región. Nadie sabía por qué venían, pero cada año su número aumentaba, y últimamente los Masebôth habían empezado a preocuparse. Por las ciudades costeras del norte se había corrido la voz de la existencia de un nuevo líder entre los voors, y se temía una invasión. Los viajeros confundidos con voors eran asesinados con saña, y los distors, que habían sido ignorados durante mucho tiempo, fueron reunidos y ahogados. Para aliviar la situación, los Masebôth decidieron eliminar al voor que conducía a los otros al sur. Desgraciadamente, no se sabía nada más que su nombre: Dai Bodatta.

Sumner se alegraba de que los voors hubieran llegado a su bahía. Un mes de inactividad le había vuelto inquieto. Con una mano cavó un agujero en la arena detrás de la madera y sacó una bolsa de tela impermeable. Dentro del saco había una pistola de gatillo eléctrico, una extensión para montar un rifle, media docena de balas, unos prismáticos para ver de día y de noche y numerosas cargas de explosivos plásticos. Sacó el arma, la limpió de grasa e insertó una bala. Tras comprobar la situación de los blancos, se volvió para seguir a una gaviota que revoloteaba sobre la bahía y su sudorosa camiseta se le pegó a la espalda. Las aguas de la bahía tras el arrecife de coral eran verde jade, claras como un ojo.

Rápidamente, Sumner se agachó y sacó las finas barras de explosivos plásticos; entonces rebuscó en la arena y sacó una pequeña lata cuadrada de balas. La excitación martilleaba en su pecho, y tuvo que volver a mirar por los prismáticos para asegurarse de que los voors iban a cruzar. A plena luz del día, se maravilló, observando los botecitos salpicar en el agua.

Volvió a comprobar su rifle y las balas, y luego se sentó. Era de nuevo el momento del autoscán: plena atención a las sombras paradas. Mediodía, el punto de inflexión.

Negra la sangre y los huesos...

Tala parpadeó bajo los destellos que producía en el agua el sol de mediodía y esperó que sus ojos se acostumbraran a la luz. Clochan y los otros arrastraban los botes desde los árboles, lo que significaba que ya habían estudiado la costa en busca de aulladores. No obstante, escrutó con atención. Pálidos esbozos de coral brillaban bajo el agua verde. Un tiburón nadaba cerca del arrecife, moviéndose rápidamente con los poderosos golpes de su cola. Más lejos, chispas plateadas aleteaban bajo la luz donde los pececillos cortaban la superficie. Y al otro lado, mangles rojos torcidos, palmeras de hojas negras, y arena blanca sucia con basura utíacfora y sargazos deshechos. No había aulladores... aunque sentía algo maligno y elusivo. Intentó concentrarse, pero su cuerpo soñoliento estaba frío y aletargado, y no pudo proyectarse muy bien.

Clochan hizo señas desde donde se encontraba, hundido hasta las rodillas en el amasijo de algas. Sintió que se calentaba por dentro, y una voz lejana se alzó en el interior de su mente: Trae las piedraluces.

Tala asintió, pero antes de darse la vuelta volvió a examinar la bahía. Los árboles temblorosos parecían vacíos. Ahuyentó su miedo con un bufido y regresó entre los pinos hasta una cueva de altos árboles. Voces que canturreaban a lo lejos se fundieron con el

murmullo de las hojas agitadas por el viento y la marea que subía, sonando como el murmullo de un sueño. Sus ojos se ajustaron rápidamente a la oscuridad, y se movió aturdida entre las sombras rojas hasta una pendiente que se perdía de vista. Aquí el cántico era muy claro: Negra la sangre y los huesos bajo la piel. Negra la tierra bajo los dedos. Negro el vacío inclinado sobre el tiempo.

Tala no tuvo que ir más lejos. Dai Bodatta aún se encontraba allí, y sabía que si estuviera con él en el calor planetario dejaría su vida sin dudarlo. Su tiemposcuro se había empeorado mucho en el último año. Toda su carne se había endurecido, y vivir se había convertido en un trabajo. Sólo su devoción al nido impedía que cruzara a Iz. Su mente profunda era necesaria, especialmente cuando el viaje de piedraluz los acercaba tanto a los aulladores.

El cántico se redujo a un murmullo. El ritmo de un pandero se acercó y aparecieron figuras debajo. En fila india, una docena de voors emergió de la oscuridad, con las capuchas bajadas. Unos pocos estaban marcados: ojos helados, labios escamosos, piel transparente donde se podían apreciar las venas. Pero la mayoría estaban limpios. Los cientos de voors que habían llegado con ellos estaban en su tiemposcuro desde hacía mucho, y todos habían cruzado. Sus cuerpos habían sido transportados y puestos a la deriva en una ancha corriente subterránea que se adentraba profunda en la tierra.

Mientras cada uno de los voors restantes pasaba junto a ella, colocaron dos o tres joyas nido en una cesta de mimbre a sus pies. Con los sentidos amplificados por la kiutl, Tala inspeccionó brevemente cada piedraluz. Eran del tamaño de pasas, claras y reverberantes, con colores brillantes: algunas fieras y translúcidas, otras doradas y neblinosas como planetas gaseosos. La luz en su interior tenía siglos de antigüedad, el kha atrapado de los voors que salpicaba sus paredes con trocitos de sus vidas: luz de reliquias que agitaba su antigua historia en la clara piedra.

Tras colocar la última de las piedraluces en la cesta y después de cerrar, atar, y sacar la cesta de la cueva, dos voors regresaron al terraplén. Salieron lentamente, transportando a Dai Bodatta, una figura pequeña con un envoltorio de camelote ribeteado con armiño. Se detuvieron ante Tala, ella apartó la cubierta y examinó lentamente con la mirada la negra forma infantil del interior. Sobre la áspera superficie de la crisálida brillaba una luz azul como hongos, y mientras la contemplaba, la soñolienta soledad de su tiemposcuro aumentó y oyó una voz, suave como una nube, muy dentro de su mente: Pierde el camino.

Ella se enderezó sorprendida y luego se relajó, suavizando su consciencia, prestando atención a la voz de la imagen del niño. Pero Dai Bodatta permaneció en silencio.

Tala dobló el opulento paño sobre la crisálida y la observó mientras los dos voors atravesaban la boca de la cueva.

Se quedó un momento en la oscuridad, mirando la bóveda del cielo: las nubes corrían, una gaviota giraba sobre un ala, y más allá, el largo silencio de un grupo de pájaros. Pensamientos vivos como la estática surcaron su mente: el cruce de los voors en tiemposcuro debería de haberse hecho en cualquier otro lugar. No tan cerca de los aulladores. ¿Por qué había insistido Dai Bodatta?

Tala... es la hora. Un voor alto, anguloso y encogido, se encontraba en la boca de la cueva, con la capucha bajada. Era Clochan, su piel era tan pálida como la luz de la luna.

Una alegría visceral y sincera sacudió a Tala. Amaba a este voor. Estaba lleno de sensaciones y pensamientos. Para ella era líder y amante. Antes, cuando contemplaban juntos el profundo corazón de una joya, él la había llenado de tanta maravilla azul que durante un momento olvidó el peligro y se convirtió de nuevo en un nido, inconsciente de los senderos de sangre del tiemposcuro. Sus palabras aún resonaban en su interior: Dentro de trescientos años, alguien recogerá nuestras piedraluces en esta cueva y sabrá que vivimos.

Vamos, la llamó Clochan. Tenemos que aprovechar la marea.

—En seguida. —El sonido de su voz resonando en la oscura bóveda de la cueva la sorprendió.

—¿Estás preocupada? —susurró Clochan, acercándose. Sus ojos hundidos parecían acuosos con el reflejo de la luz.

Tala descartó sus presentimientos con un movimiento de manos.

—No lo sé. No he podido pensar con claridad.

Clochan la rodeó con un brazo, y ella se sintió ligera, igual que cuando la luna llena latía en su sangre. El hoy pertenece a unos pocos, citó Clochan.

—A demasiado pocos —repitió ella.

—Los otros no detectan a nadie al otro lado de la bahía. Tenemos que darnos prisa mientras el camino siga despejado.

Pierde el camino, repitió la voz del mage, pero ella no la proyectó.

—Estoy preparada —dijo.

La luz de la tarde, clara como el vino, se internaba entre los árboles. Tala siguió ausente a Clochan, preguntándose qué había dicho Dai Bodatta. Pierde el camino... ¿Entregar el cuerpo? Sí, el mage tiene razón. Sus senderos de sangre se habían estrechado, dejándola fría. El dolor se retorció en su vientre como los hijos que jamás había tenido. Sentía el cuerpo extraño. Es raro cómo estos seres de sangre caliente fueron formados para creer que son el centro exacto. Oídos, ojos, todos sus sentidos conspiran para hacerlos sentir completos, repletos. No me extraña que sean tan arrogantes.

Una vaina roja aleteó sobre el césped con una ráfaga de viento y Tala la observó con atención mientras revoloteaba sobre el agua. Había recorrido un largo camino desde el norte y todavía le quedaba mucho más. Una señal-iz: toda la vida llevada por el viento que sigue su propio camino y nunca vuelve.

Los voors navegaron en tres esquifes, deslizándose rápidamente con la marea entre remolinos de brillantes sargazos marrones y chispas de saltarines peces aguja. En el primer bote, Clochan escrutaba la bahía arrodillado en la proa. No había barcos a la vista, y la isla repleta de árboles que habían dejado atrás impedía ver los tres botes desde Laguna.

En el último bote, con la crisálida envuelta en camelote, Tala observaba el delta cercano. Dai Bocíatta guardaba silencio, profundamente recogido, sólo se oía el siseo del bote al surcar el agua. Tala contempló la pared de mangles cada vez más cercana, los troncos de los árboles retorcidos y las dunas de basura. Las gaviotas que volaban en círculos sobre los desechos le dijeron que no había aulladores en la playa, pero en su oído izquierdo empezó a tronar un zumbido, sonido que hasta el momento siempre había significado una señal de peligro; ahora, sin embargo, no estaba segura. El tiemposcuro llenaba a menudo su cabeza con remolinos de sonido.

Clochan utilizó su mente profunda y señales manuales para guiar a los botes que le seguían a través de la barrera de cabezas y ramas de coral. La resaca restallaba tras ellos y el primer bote se precipitó en la playa con un ronquido. Clochan y los otros saltaron al agua y llevaron el bote a la orilla. Cuando llegó el segundo bote, estaban de nuevo en el agua, alzando la cesta de joyas nido sobre sus cabezas.

En los lechosos bajíos, se les liaron entre las piernas tallos de copra y raíces de mangles. El tercer bote lo sujetaron ocho voors, y Dai Bodatta fue alzado con cuidado y llevado a la playa. Arrastraron la proa hasta la orilla y dejaron la popa en el agua, meciéndose y orzando.

Dai Bodatta guardaba silencio, Tala estaba preocupada. Introdujo una mano entre la tela y palpó la seca superficie de la crisálida. Una fría energía canturreó por sus dedos, y una voz suave se abrió en su interior: Pierde el camino.

Clochan y otros dos arrastraron el primer bote por la arena hasta una brecha en los

mangles. Otros cuatro alzaron el segundo bote con las piedraluces dentro y, apartando con los pies latas y basura, los siguieron. Tres regresaron para portar el tercer esqui, y Tala apretó el envoltorio alrededor del mague y supervisó su manejo por los dos voors que quedaban. Entonces, mientras avanzaban, la arena estalló bajo sus pies y la playa ante ellos rugió al cielo.

Un impacto de calor y presión desgarradora derribó a Tala. Los escombros cayeron a su alrededor, y se cubrió la cabeza mientras otra explosión surgía de entre los árboles. Hojas de palmera y una lluvia de arena la volvieron a derribar, y rodó hacia el agua. Cuando alzó la cabeza, vio que la playa estaba llena de humo y los siete voors y los dos botes que había ante ella se habían desvanecido.

Mirando con atención, se sintió ahogada por la furia y el terror. Esparcidos por toda la basura aparecían miembros cercenados dentro de mangas humeantes, entrañas azul-grises resplandecían sobre la arena blanca, y la cara blanca de luna de Clochan la miraba desde un charco de sangre con la sorprendida somnolencia de los muertos.

—¡Dai Bodatta! —gritó un voo, y saltó hacia donde los impactos habían derribado la crisálida. Dio otro paso y su cabeza cayó hacia atrás, de un ojo se alzó un borbotón de sangre. Otros dos voors se precipitaron sobre los escombros humeantes y trataron de recuperar las piedraluces esparcidas por toda la playa. Uno cayó al suelo con una nube de sangre en la nuca y el otro se derrumbó como si hubiera tropezado. El kha de ambos hombres escapó de sus cuerpos antes de que tocaran el suelo.

Tala se arrastró por la arena hacia la crisálida, que había caído contra un barril de petróleo oxidado. Se arrojó contra ella, apartó el envoltorio de camelote y vio que estaba intacta.

Los tres voors que habían vuelto por el tercer bote corrían hacia ella, y les gritó con su mente profunda que se agacharan. Uno de ellos se arqueó y cayó a la arena, con el cuello ensangrentado. Un segundo se agachó para ayudarlo, de repente se enderezó, se retorció violentamente y se derrumbó. El tercero se arrastró hacia un tronco arrastrado por la marea, se revolvió en la arena un instante y dejó de moverse.

El terror se apoderó de Tala, y sintió que se debilitaba por momentos. ¿Qué estaba sucediendo? Su mente cargada de miedo no sentía a nadie cerca. Estaban solos. ¿Pero qué los estaba matando? Pierde el camino.

Volvió la cabeza y vio que todos estaban muertos. ¡La luz de sus kha se había esfumado tan rápidamente. Una mano cortada llena de sangre yacía ante ella en la arena llena de podredumbre. Apartó la mirada y vio salir a un hombretón vestido con harapos de la sombra de los mangles. Su kha estaba muy cerca de su cuerpo, dorado solar y radiante, y su cara era plana y cruel, poblada de cicatrices. Se dirigió hacia ella con un rifle plateado en las manos, y el corazón de Tala se encogió. El hombre era silencioso como el humo, un asesino. Pierde el camino.

La presencia de Dai Bodatta era lo único que le impedía volverse loca. Palpó su fría superficie y la psinergia que chispeó sobre ella disolvió su terror. La luz a su alrededor se hizo más brillante, vítrea. Un diáfano fulgor blanco lo sofocaba todo, y se dio cuenta de que podía cruzar a Iz. ¿Pero quién protegería a Dai Bodatta? ¿Quién salvaría...? ¡Pierde el camino!

Un implacable resplandor estalló en sus pensamientos, y su mente sintió un espasmo: estaba contemplando un río de lava de luz roja que se convertía en una telaraña de furiosa energía blanca: un sol de locura, todo repleto de luz de fuego y brillo.

Paredes temblorosas y gritos ahogados de los voors muertos la deslumbraron y golpearon hasta que una voz como una llama balbuceante la barrió: Dentro de trescientos años, alguien recogerá nuestras piedraluces en esta cueva y sabrá que vivimos.

La voz de Clochan, resonando en la distancia como una campana... Alegría y luego furia surcaron su aturdimiento. Inmediatamente, el viento de voces atormentadas se difuminó y se desvaneció, y volvió a quedarse sola en la blanca energía estelar.

Pierde el camino... Olvida la soledad del cuerpo, habló en su interior la voz del mage. Y ella comprendió que era el momento de dejar de comprender. La ardua jornada por los senderos de sangre había acabado. Un viento poderoso y sensual corría por su consciencia, esparciendo sus recuerdos más allá de su alcance. La corriente amplia y caliente la empujó a través de extensiones de gas brillante como el cristal, apartándola del dolor, la distancia y el pensamiento.

Sumner disparó a un voor que se acurrucaba junto a un oxidado barril de petróleo. ¿Dai Bodatta?, se preguntó, inclinándose sobre el barril y apartando la capucha del voor.

Apretó los dientes con fuerza al contemplar la grotesca criatura a la que había matado: una cosa goteante, de brillante piel blanquiazul, las venas como queso fundido, la boca un revuelo burbujeante. Le dio la vuelta con el pie y miró el bulto que la cosa estaba protegiendo.

Su cara se ensombreció con una mueca de preocupación. Con la punta del rifle apartó el camelote que lo cubría y contempló la forma infantil. ¿Una estatua? No. Agitó la negra superficie entretejida y se dio cuenta de que era un niño momificado... una abominación voor.

Indiferente, colocó el cañón del rifle entre los ojos de la momia y apretó el gatillo.

La crisálida saltó hecha pedazos y un estallido de picor caliente le salpicó el rostro, derribándole al suelo. Se revolvió en la arena y se cubrió la cara con las manos, un terrible dolor apuñalaba su carne. Un hedor que su sangre recordaba de años atrás invadió su garganta y sus fibras y cegó sus ojos. ¡El psiberante lusk! Fuego líquido surcó su cara y los huecos de su cabeza, arrancando de sus pulmones aullidos maníacos.

Se revolvió espasmódicamente en la arena, tratando de ponerse en pie, pero sus músculos temblaron con el veneno que ardía en su cuerpo. Indefenso, sin pensarlo, Sumner vació su mente y dejó que la agonía lo consumiera. Su cuerpo se debatió y se agitó, hundiéndole cada vez más profundamente en la arena con convulsiones gigantescas. Se debatió durante horas, ahogado por el dolor, antes de que los espasmos se redujeran y advirtiera que no iba a morir.

Cuando sus miembros se calmaron lo suficiente como para permitirle ponerse en pie, tenía la cara hinchada y le colgaba la piel despellejada. El aire estaba roto. La luz parecía lechosa, y la crisálida que había explotado en su cara había desaparecido, reducida a una débil mancha incolora junto a la elegante tela que la había envuelto.

Fuerzas invisibles temblaban en el espacio y lo envolvían como un viejo panel de cristal. Las distancias parecían reducirse, doblarse sobre sí mismas, y el tiempo quedó estancado. Las altas olas de la marea llegaban a la orilla como cisnes elegantes.

Lo más terrible de todo, una voz canturreaba en su cabeza. Se frotó las sienes y se meció, tratando de deshacerse del ruido, pero el cántico sombrío e ininteligible persistió. Era el mismo horrible murmullo, arrullador, chasqueante, con el que el fantasma de Jeanlu le había atormentado años atrás. Rebotó en el interior de su cráneo, sombrío y retorcido, apenas audible sobre el angustiado movimiento de sus pulmones.

Recorrió la arena, queriendo correr, pero el tiempo era revuelto y el espacio estaba magullado y distorsionado, el volumen se doblaba como papel. Cada paso le arrastraba a distancias inmensas, aunque toda la longitud del delta se extendía ante él delgada como un reflejo.

Una penumbra draconiana poblaba el cielo oriental, un atardecer ventoso, las nubes bajas y veloces. Un bote negro que se mecía con dificultad en las olas oscuras se dirigió hacia la costa. Ocho hombres salvajes con pelo revuelto y ojos que ardían rojos por el pulque y el sol se alzaban en la corona. Ellos, como todos los demás en Laguna, se preguntaban por las explosiones en el delta del vertedero. Al principio temieron acercarse, pero después de recibir señales de humo que avisaban que dos rangers venían de

camino, decidieron explorar primero el vertedero.

Después de asegurar su bote con un ancla hecha de coral, los ocho chapotearon hasta la costa. Los cadáveres retorcidos les alarmaron, pero la vista de las joyas nido esparcidas como constelaciones sobre la playa les hizo acercarse más. Estaban de rodillas en el suelo recogiendo cuando divisaron al loco. Estaba medio desnudo y era alto como un pino y su rostro era una máscara de carne achicharrada. Vino corriendo hacia ellos desde la oscuridad de los mangles, gritando como un mono rabioso. Uno de ellos iba armado. Alzó la pistola con las dos manos mientras suspiraba y derribó al lune con el primer tiro.

Molestos, los corsarios reunieron las joyas nido en un saco y decidieron repartírselas más tarde. Todos sabían, sin embargo, que la muerte jugaría a los dados con ellos, pues había un extraño número de joyas. Esperando igualar su botín, saquearon los cadáveres.

Entretenidos en su pillaje, no vieron salir a Sumner del pozo de basura en el que había caído, con el hombro herido por la bala, manchado de sangre y arena. Con un remo roto en las manos salió del pozo y corrió hacia el hombre que le había disparado. Antes de que ninguno pudiera moverse, se revolvió con el remo y alcanzó al tirador en la cara, derribándole en el acto.

Los otros reaccionaron al instante y sacaron cuchillos y espadas. Pero Sumner era imparable. Aplastó cabezas a golpes de remo, hundió caras en los maderos a la deriva y se abrió camino a la tranquilidad con los cuerpos de los que habían caído. Cuando no quedó ninguno, no pudo detener la horrible danza, la fuerza que le obligaba a golpear una y otra vez los amasijos de sangre de aquellos que había matado, hasta que sintió que su cuerpo no podía más, y se derrumbó de rodillas, exhausto de ira.

En lo más profundo de su mente tormentosa, el loco cántico se redujo y comenzó una cadencia susurrante: Negra la sangre y los huesos.

El vaciado

Un hombre de cara leonina se encontraba en el tejado de una torre coronada por flores, sus ojos amarillos fríos por la fatiga. Era un distort, pero no carente de atractivo. El cabello dorado le caía por la espalda y brillaba como pelaje en sus brazos y piernas. Sus rasgos resplandecían con una afabilidad sapiente y sus movimientos mientras recorría el tejado circular eran largos y regios. Era un semental, acababa de pasar la noche entre hembras. Bajo el suave manto rojo que llevaba, sus gruesos músculos latían de cansancio. Se apoyó en la balaustrada salpicada de flores y contempló el poblado.

Como el distort más completo de su tribu tenía el privilegio de alzarse en lo alto de los establos criadores y vigilar Miramol. El poblado, construido en un bosquecillo de baobabs y brumosos arroyuelos, rebosaba vida. Al este, la jungla daba paso a un desierto donde aún ardían los fuegocielos, los sueños de todos los seres vivos. Debajo, los trabajadores con sus linternas de color verde amanecer deambulaban entre las cabañas redondas de Miramol, preparando al pueblo para otro día. Y al oeste, hacia donde miraban todas las puertas menos las de las cabañas muertas, el sol se desenredaba de las raíces de la jungla.

La espiral está en todas las cosas, se maravilló el se mental.

La llamada de un adorador resonó en el cielo. Los gritos de respuesta de las hembras inquietas brotaron de los establos, y el semental se dio la vuelta y ladró una vez hacia la mustia oscuridad del umbral para tranquilizar su irreverencia. Sería feliz cuando las Madres pasaran sus deberes a un semental más joven y ansioso. Era semental desde hacía más de una década y se estaba volviendo demasiado ensimismado y contemplativo para vivir en los establos. No obstante, encontrar a alguien tan responsable como él entre los jóvenes machos sedientos de sexo sería difícil. Sin duda tendría que servir al menos

durante otro ciclo.

Los densos olores carnales que surgían del establo le revolvían el estómago. Se abrió el taparrabos y orinó en los oscuros jardines de abajo. Sólo pensar en sexo hacía que las rodillas le temblaran. Estaba cansado de copular, cansado de atender a tantas hembras excitables. Quería estar solo. Pero sabía que al final del día se sentiría diferente. La espiral está en todas las cosas, desde luego.

Se ajustó el taparrabos y bajó hasta la calle, tambaleante pero con dignidad, las escaleras de la torre de apareamiento. Incluso entre las densas sombras fue reconocido por trabajadores que se detuvieron a mostrar su respeto por su posición. El semental sonrió amablemente, pero no se detuvo. Esta noche había tenido una sesión más difícil que de costumbre, quería irse a casa y dormir.

—Colmillo Ardiente.

El semental se dio la vuelta, y sus rasgos felinos se ensancharon de reverencia. Entre los blancos tentáculos de un baobab surgió una aparición de una mujer grande y de rostro ancho envuelta en una capa negra que le cubría la cabeza. Era Orpha, una de las Madres, y mientras su imagen se formaba en las sombras del amanecer, su voz resonó en los oídos del semental: Ven a la Madriguera, semental. Tenemos trabajo para ti.

Colmillo Ardiente se inclinó ante donde había aparecido el espectro; entonces regresó corriendo por entre la oscuridad de los árboles para evitar a otros habitantes de la tribu.

Tras llegar a la madriguera de las Madres, un montón de tierra rocosa rodeada por sauces, se detuvo y se postró. Esperó hasta que una anciana gorda con ropas negras salió del agujero fangoso tachonado de turquesa.

Era Orpha, su maestra espiritual y consejera de vida. Con su mano carnosa le cogió del brazo y lo condujo por los peldaños de grava hasta la cima del montículo. Desde allí pudieron ver a través de un claro en el bosque cómo el sol se alzaba sobre el río. Orpha permaneció de pie, dando la espalda al sol naciente. La luz roja arrancaba destellos anaranjados a su pelo corto. Con un giro de muñeca agarró el aire y extrajo una joya nido lechosa. Se la tendió y la tenue luz resplandeció verde alrededor de la gema blanca.

—Mira con atención, Colmillo Ardiente —dijo la anciana—. El magnar en persona nos dio este cristal. Puedes verle aquí.

Incluso en escorzo, la cara cuadrada de Orpha era fuerte y amable. Colmillo Ardiente se sintió seguro gracias a ella y luego miró profundamente en el interior de la joya nido. Sólo dos veces en su vida había mirado dentro de una roca voor. En ambas ocasiones le asaltó una trepidación tan intensa que no pudo comprender lo que veía. Sucedió lo mismo esta vez. Mientras su visión se hundía en las nubosas profundidades de la piedra, el cogote se le tensó y las plumas de su mandíbula se agitaron tanto que le rasparon las orejas.

Orpha colocó una mano bajo su mandíbula y fijó su cabeza temblorosa.

—¿Qué ves?

Colmillo Ardiente no sabía lo que veía. Era como si estuviera colgado en el borde ventoso de un vasto cañón. A su alrededor horribles profundidades se desplegaron. Formas vagas por la distancia se movían al filo de su visión, y todo lo que pudo identificar con claridad fue un filamento caliente de miedo ardiendo en su pecho. Alzó la mirada con ojos suplicantes.

—Sientes el miedo, ¿verdad? —Los ojos de Orpha brillaban bajo la luz gris.

Colmillo Ardiente asintió vigorosamente.

—Estoy demasiado nervioso para ver con claridad.

Orpha soltó una carcajada y palmeó la joya nido.

—No eres tú, semental. El miedo que ves es del magnar.

Colmillo Ardiente abrió la boca, sorprendido.

—El magnar... ¿asustado?

—Lo has visto.

Colmillo Ardiente sacudió la cabeza y casi sin hacer ningún ruido preguntó:

—¿Por qué?

—Si lo supiéramos, no tendrías que recorrer el Camino, ¿eh? —Rodeó sus hombros con un robusto brazo y le ayudó a bajar los peldaños del montículo.

Una madre con las ropas desgarradas estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo ante la entrada de la madriguera. Su cara era vivida y fea y sus movimientos salvajemente animados mientras disponía pequeñas joyas y huesecillos en la arena. Estudió los portentos con los dedos, casi tocando el suelo con la nariz.

Orpha abrazó a Colmillo Ardiente y le susurró una bendición al oído.

—He estado trabajando mucho en mi última lección —contestó él, también en susurros—. Empiezo a ver cómo la espiral está en todas las cosas.

La anciana agachada se enderezó y volvió las cuencas vacías de sus ojos hacia Colmillo Ardiente.

—¡La espiral! —cloqueó y se puso en pie con dificultad—. Las lluvias vienen y después se van. La luna mengua y después crece. ¡La espiral, sí, la espiral! —Se rió histérica, y por pura ansiedad también Colmillo Ardiente se echó a reír.

—Jesda, cálmate. —Orpha abrazó a la Madre ciega, volviendo a sentarla amablemente en la arena. La mujer sonrió, pidiendo disculpas a Colmillo Ardiente—. Ve, semental, te espera un largo viaje.

—Sí, ve —repitió Jesda, alzando sus huesudos brazos por encima del pelo enmarañado de su cabeza—. Ve con la espiral. Ve. Ve. Como las estrellas. Como la sangre. Como todo. Ve. El magnar está asustado, y es el principio de una época oscura —aulló con alegría.

Colmillo Ardiente rió y sonrió amablemente mientras se retiraba. Madres locas, pensó. Locas hasta los huesos. En cuanto salió de la madriguera, la risa desapareció de su rostro. El magnar, el que vivía al final del Camino, tenía miedo. Durante toda la vida de Colmillo Ardiente y la de todos sus antepasados, el magnar nunca había tenido miedo.

Bajó una avenida de baobabs flanqueados a intervalos por inmensos colmillos y grandes osamentas de jabalís. Varias veces ignoró los saludos de los habitantes de la tribu que pasaban por su lado, y en cada ocasión, alertado por sus siseos insultantes, tuvo que detenerse y explicar su preocupación. La noticia de que el magnar tenía miedo preocupó a la tribu, y todos se marcharon de prisa con las manos en las rodillas.

Cuando Colmillo Ardiente alcanzó el borde oriental de Miramol, donde las viviendas de abeto de los né se apiñaban en una colina cerrada, había resuelto el asunto para sí mismo. Es la espiral otra vez, advirtió. Tarde o temprano, incluso el magnar debe convertirse en lo que no es.

Al final de un camino salpicado de árboles, esperaba Deriva, el né personal de Colmillo Ardiente y probablemente el mejor vidente de todo el reino Serbota. Los né eran asexuados, divinidades vivientes que trabajaban como artesanos y creadores para la tribu. Telepáticamente fuertes y sin las preocupaciones del ansia sexual, eran ideales como cazadores y exploradores. Su claridad y sus recuerdos ancestrales los guiaban por la única ruta no marcada que conducía a través del desierto a las lagunas de estrellas y el magnar... el Camino.

Deriva era pequeño, oscuro y delgado, y su rostro, como el de todos los né, era una pura máscara: labios breves curvados en una mueca permanente y sin significado bajo unos pómulos anchos como bumerangs y una nariz consistente en dos ventanillas arqueadas.

Deriva tosió y silbó en su imitación de una risa de saludo. Le gustaba Colmillo Ardiente porque era un hombre fuerte. La energía rebullía en su cuerpo a un ritmo excitante. De la punta de su cabellera se desprendían chispas azules, visibles para cualquier vidente, y resplandecían por sus hombros penachudos. Pero aparte de ser fuerte, Colmillo Ardiente era también hermoso. Tenía una cara grande y despejada, sus ojos amarillos eran claros,

y sus dos manos trabajaban. Aparte del punzante olor marrón de su sexo y las escamas plateadas de sus piernas, estaba virtualmente entero.

Deriva sintió el propósito de Colmillo Ardiente, y a causa de su telepatía no fue necesario conversar. Pero, para beneficio del semental, Deriva alcanzó la mente del hombre y preguntó psíquicamente: ¿Por qué estás aquí, Colmillo? ¿La noche en los establos te ha dejado sin descanso?

Colmillo Ardiente sonrió sin ganas.

—Soy el semental y hace tiempo que los establos no me inquietan. No, vidente... son las Madres las que me han enviado. Dicen que el magnar está asustado. Increíble, ¿no? ¡El magnar! —Colmillo Ardiente se sentó en un tronco ante el soportal que conducía a las viviendas de la colina—. Eres vidente, Deriva. ¿Es verdad?

Deriva asintió. También él había sentido el miedo zumbando por el desierto, donde siempre reinaba una paz tan tranquila y segura como en el interior de una joya. ¿Quién tiene que recorrer el camino del magnar?

—Aparentemente nosotros. Aunque se supone que no tendremos que ver de nuevo al magnar hasta después de las lluvias, las Madres quieren que recorramos el Camino ahora. ¿Podemos hacerlo, Deriva?

El né dobló su cabeza oscura y redonda con incertidumbre. El desierto ahora está en su momento más caluroso. Las propias Madres lo llaman la estación del sol asesino, ¿no es cierto? Pero si dicen que debemos ir, entonces te guiaré.

—¿Por qué es así, vidente? —preguntó Colmillo Ardiente, alzando la mirada hacia el cielo verde del amanecer, donde los vapores se alzaban como mástiles sacudidos—. ¿Qué puede asustar al magnar, cuando ni siquiera la muerte puede tocarle?

Deriva chasqueó de ignorancia. ¿Cómo podemos saberlo? El magnar es imposible de conocer, como las nubes.

Con el estómago vacío, con Deriva guiándole a través del desierto que separaba Miramol del magnar, Colmillo Ardiente se plegó en su interior. Intentó dejar de pensar en el magnar y se concentró en la purga de su cuerpo.

Deriva se sentía orgulloso de estar con él. Muy pocos de los alegres Serbota podían recorrer el Camino tan abiertamente como Colmillo Ardiente. Al hombre no le asustaban los escorpiones y ciempiés que habitaban en la poca sombra reinante, y había encontrado elogios incluso en el sofocante calor que les derretía la piel sobre los huesos. Lo más maravilloso de todo: confiaba en Deriva. Los né, incluso los videntes, no eran considerados dignos de camaradería por los habitantes sexuados del pueblo. Colmillo Ardiente era diferente. Trataba a todos los né como tribeños, y era especialmente deferente con los videntes. Era uno de los líderes tribales más alegres. Y, por mucho que Deriva las despreciara, había que reconocer el mérito de las Madres por guiarle bien en su trabajo interior.

Tras el segundo día en el Camino, Colmillo Ardiente quedó libre de venenos. Por todo su cuerpo ardían energías salvajes, guiadas por el testarudo sol, que envolvían su visión, pero el lento y pacífico cántico de Deriva le sostenía. El vidente, con su triste vocecita, cantaba la poderosa certeza del cuerpo y su éxtasis por ser hijo del sol:

El sol ansia sentir

Y por eso estamos aquí...

Al final del cuarto día, dejaron atrás los velos de aire estriado y entraron en la sombra de una extensión de piedra de veinte metros de alto. El frescor era narcótico, y tras mirar a los pináculos deslumbrantes y las lanzas de roca envueltas en el trémulo flujo, Deriva cantó felizmente:

Como las largas rocas Encogidas en las olas de calor Parecemos rotos Pero estamos enteros... ¡Siempre estaremos enteros!

Deriva condujo a Colmillo Ardiente a una pequeña cueva donde siguieron las líneas de fuerza a través de un laberinto de túneles hasta llegar a un vasto estudio de roca en la cima de la montaña.

En el fondo de la brillante cámara el magnar estaba sentado en una estera. Tras él, se vislumbraba el cielo azul y mesetas rojizas y el polvo se arremolinaba alrededor de su cuerpo como un aura.

Al principio, no los vio. Miraba con atención un cristal scry, una joya nido verde que los voors le habían dado hacía muchísimo tiempo. El reflejo de la luz esmeralda ondulaba sobre su larga cara de mulo y hacía que la impresionante maraña de su pelo blanco destellara como fuego verde.

El magnar tenía más de mil doscientos años de edad. La presciencia había espaciado sus pensamientos y vuelto creativos la mayoría de sus sentimientos, y por eso muy poco de él era estilizado o predecible. Incluso su memoria era sabia y sin pensamientos.

Se veía claramente, desde su pobre infancia como simio en un boro experimental a través de mil años de cambios ardientes y santificantes que le habían transformado en lo que era ahora: movimientos de luz en forma de carne.

Quinientos años antes, el magnar se había convertido en la consciencia misma, y había comprendido con la orina, el sudor y el flujo de su cuerpo que era luz. Todo era luz: toda la realidad era una estrella brillante.

Pasaba la mayor parte de su tiempo en éxtasis, su cuerpo cargado con una fuerza eléctrica que fluía de su espalda y subía girando al cielo. La psinergia en aumento extendía su consciencia cada vez más profundamente en los campos etéreos de su entorno y le perdía en los lagartos, árboles del desierto y pájaros que le apartaban de su actitud humana. No obstante, a veces, y últimamente con más frecuencia, se perdía en las diferencias del mundo, incluso ante el miedo. La muerte era un frío misterio. Después de mil doscientos años, sólo la luz era más extraña.

Cuando el magnar alzó finalmente la cabeza, sus párpados correosos anegados de visiones, miró en silencio a los dos viajeros, dudando que fueran reales. Lunas de brillante luz destellaban de su gran rostro, y cuando el reconocimiento animó sus rasgos, una sonrisa dentada se ensanchó. Se rió estentóreamente y palmeó las pieles de animales que llevaba por pantalones. Se formaron nubéculas de polvo a su alrededor, y los ecos de su risa llenaron la estancia. Extendió sus largas manos retorcidas.

—¡Colmillo Ardiente! ¡Deriva! ¡Héroes de Miramo! ¡Salud!

Colmillo Ardiente y Deriva avanzaron y se postraron ante él.

—¡Levantaos! —El magnar los agarró por los hombros y los obligó a enderezarse—. ¿Qué tontería es ésta? —Los miró intensamente con sus burlones ojos marrones—. Soy yo quien debería inclinarme ante vosotros. ¡Habéis atravesado la tierra más mala del mundo!

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, el anciano se hincó de rodillas en el suelo y se postró ante ellos con risa contagiosa. Cuando alzó la cabeza, su cara burlona estaba manchada de arena.

Los tribeños le miraron, intranquilos.

—¿Por qué estáis tan alicaídos? —preguntó el magnar, inclinándose hacia delante para mirarles a los ojos. Olía a alcanfor y a salvia—. ¡Ah, claro! ¡Debéis de estar agotados! Bien, amigos míos, otros visitantes me han traído vino de escaramujo y albaricoques secos. Después de eso...

—Magnar —interrumpió Colmillo Ardiente, bajando deferentemente la mirada.

El magnar puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo dejaréis esas formalidades y me llamaréis por mi nombre?

Quebrantahuesos, por favor.

Colmillo Ardiente asintió, vacilante.

—Quebrantahuesos... hemos descansado y no tenemos hambre.

Quebrantahuesos estrechó los ojos.

—Esto no es como la tribu del éxtasis. Vuestra seriedad me preocupa, amigos.

—Las Madres nos han dicho que tienes miedo —rezongó Colmillo Ardiente.

Las pobladas cejas de Quebrantahuesos se alzaron y después bajaron lentamente.

—Ya. —Un poderoso peso se apoderó de él, y de repente pareció cansado—. Es cierto. —Estudió la textura de la uña de su pulgar—. Yo... el intemporal, asustado. —Una sonrisa débil asomó en las comisuras de su boca—. Pensaríais que ya habría hecho las paces con ella.

—¿Con quién?

Quebrantahuesos miró con benevolencia a Colmillo Ardiente y una sonrisa triste surcó su cara cansada.

—Con la muerte, naturalmente.

—¿Te estás muriendo?

—No, no. Mi cuerpo, pese a todo lo que ha atravesado, está tan obstinadamente sano como siempre. Ya sabéis, la felicidad produce eso.

—¿Pero tienes miedo?

—Sí, tengo miedo. —Se giró y señaló con un gesto el paisaje desierto tras la abertura en las rocas—. Hay alguien ahí fuera. Llevo días sintiéndolo. Sé que es un hombre, pero eso es todo. No puedo acercarme a él.

Deriva, más que Colmillo Ardiente, quedó anonadado por este reconocimiento, pues comprendía el poder del magnar. Como el vidente, el magnar era telépata y podía percibir todas las fuerzas del mundo. Pero, más grande que ningún vidente, el magnar podía salir de su cuerpo y recorrer las líneas de poder, invisible y, sin embargo, fuerte. El magnar podía ir a cualquier parte y entrar y convertirse en cualquier cosa.

—¿Ni siquiera con la forma de cuervos y serpientes pudiste encontrar a este hombre? —preguntó Colmillo Ardiente, incrédulo.

Quebrantahuesos sacudió su enorme cabeza.

—Ni siquiera con la forma de cuervos y serpientes. El hombre es invisible, aunque sé que tiene un cuerpo. He visto sus huellas. Es un hombre grande, pero sigo sin poder encontrarlo. Por eso creo que lo ha enviado el Delph.

Colmillo Ardiente y Deriva se miraron mutuamente.

—¿El Delph? —Quebrantahuesos leyó su asombro—. Un antiguo enemigo... muy poderoso en su dominio del norte. En realidad, pensaba que el Delph se había olvidado de mí. Ha pasado más de un milenio desde que me alcé contra él.

Colmillo Ardiente sacó su cuchillo de obsidiana y lo hundió en el suelo entre ellos.

—Te defenderemos —juró con convicción.

Los ojos de Quebrantahuesos se ensancharon al contemplar el cuchillo y estalló en una carcajada.

Colmillo Ardiente se arrodilló con ambos puños cerrados.

—Lo digo en serio, magnar.

—Por supuesto que sí —jadeó Quebrantahuesos, entre estertores de risa—. Pero creo que no comprendes la naturaleza contra la que te alzas. Al Delph lo llaman mentedios. Y por buenas razones. No permitiré que sacrificéis vuestras vidas.

—No es un sacrificio —insistió Colmillo Ardiente—. Es devoción.

—Tu lengua tiene más visión que tu cerebro —dijo Quebrantahuesos con una sonrisa imperfecta.

—Háblanos del mentedios, pidió Deriva.

Quebrantahuesos hizo una pausa, sacudido súbitamente por una visión que había experimentado hacía más de un siglo. Había previsto este preciso instante. Todo sucedía

como lo había visto en su presciencia: dos distors se acercaban a él, le preguntaban por el Delph, la luz del ambiente destellaba en sus ojos, el aire denso por acción de las motas de polvo iluminadas por el sol. El magnar dejó que la visión se abriera en él, sintiéndose eudemónicamente fuera de sí, por encima de lo real.

Todo es vacío, pensó por sí mismo un pensamiento profundo, excepto la ausencia del yo.

—Tal vez los tribeños no deberían hablar de los dioses —dijo Colmillo Ardiente, malinterpretando la tranquilidad en la expresión de Quebrantahuesos.

El magnar frunció el ceño.

—El Delph no es un dios. Es una mente... una mente humana amplificada por una tecnología sorprendente. Hace doce siglos era sólo un hombre. Y yo... yo era un gruñón, un trabajador simio biodesignado para servir a los humanos. Pero era diferente de la mayoría de los gruñones. —Una luz melancólica resplandeció en su cara—. Mis creadores humanos me biotecturaron para razonar. Peligrosa misión para un simio de servicio.

Cuando vi lo que estaban haciendo los humanos: tratando de crear un superhumano, uno de su propia clase que fuera lo suficientemente fuerte para sojuzgar la realidad, me rebelé. Mi único error fue no tener éxito. Y desde entonces he estado viviendo de cuerpo en cuerpo, escondiéndome de un mentedios vengativo.

—¿Más de un cuerpo? —La voz de Colmillo Ardiente estaba sofocada por la sorpresa.

—Ésta es mi séptima forma física —dijo Quebrantahuesos. Sonreía, pero su voz era ahogada—. En los mil doscientos años que han pasado desde mi fútil rebelión, los propios gruñones se han convertido en una cultura mentedios con el poder tecnológico para crear cuerpos... incluso mentes. Sin su ayuda, nunca habría eludido al Delph tanto tiempo.

Tal vez los gruñones puedan ayudarte ahora, sugirió Deriva.

—No... —Quebrantahuesos se mesó pensativamente su perilla—. Los gruñones no harán nada contra su antiguo amo. El Delph es el que los liberó de su servidumbre a los humanos.

—Entonces deja que te ayudemos —insistió Colmillo Ardiente—. Podemos encontrar a ese hombre en el desierto. Deriva es un vidente poderoso. Puede seguir el rastro de cualquier cosa viva. Y yo recibí entrenamiento como guerrero antes de que las Madres me convirtieran en semental. Sé matar.

Quebrantahuesos pareció molesto y descartó el tema con un gesto.

—No, amigos míos. Me enfrentaré a esta prueba yo solo. Compartiremos una cena y algunas leyendas, y volveréis a vuestra tribu.

—¿Pero cómo podrán sobrevivir los Serbota sin ti? —gruñó Colmillo Ardiente—. ¡Nos has guiado durante siglos!

—Los né son sabios, y los gruñones os ayudarán. Pero no hablemos más del tema.

—Magnar...

—¡Se acabó! —La voz de Quebrantahuesos era un golpe, su cara tensa como un puño. Entonces se sentó, los ojos encogidos de risa—. Y llámame Quebrantahuesos.

Al amanecer del día siguiente, Colmillo Ardiente y Deriva regresaron al desierto dorado. Pero en vez de seguir las líneas de fuerza por donde habían venido, se encaminaron hacia la meseta, púrpura bajo la luz de la mañana. La arena susurraba bajo sus pies, y en la mente de Deriva el sonido se convirtió en los suspiros desaprobatorios del anciano en la torre de roca tras ellos.

El calor los rodeaba como una esfera de cristal, curvando visión y sonido. Colmillo Ardiente canturreaba alegremente, asombrado por la belleza de las dunas y sus suaves tonos marchitos. Deriva cantaba en silencio sobre el sol siguiendo a dos guerreros por un desierto interminable.

Sumner estaba sumido en autoscan. En el fondo de su mente, tenue pero siempre allí, se oía el ruido arrullador, chasqueante, cimbreante de un insecto prehistórico. A veces se tensaba hasta convertirse en un diminuto grito ahogado. Otras veces simplemente arrancaba un canturreo del fondo de su corazón. Pero siempre estaba presente, y si salía del autoscan (si se congratulaba o se distraía) una larga aguja helada punzaba la base de su cráneo.

Silencio. Presencia animal.

Esta era la tierra de la muerte (Skylonda Aptos), un millón de hectáreas de árido desierto.

Sumner no podía pensar en ello, pero sabía que había venido aquí a morir. No con una bala entre los ojos: los Rangers le habían quitado sus armas. Pero aunque las tuviera, no lo habría hecho así. Aún era un ranger. Llevaba su insignia cobra y los colores de su regimiento, ahora, rotos y manchados, pero enteros. Los llevaría hasta que la tierra lo matara.

Al borde del aturdimiento tras tantas horas de caminar, todo su cuerpo exigía descanso, y se sentó apoyando la espalda en una roca, sin prestar atención a los insectos del desierto. Cerró los ojos y se concentró en el peso del sol contra sus piernas. Trató de relajarse sin dormirse. No quería dormir. Todavía no. No hasta que oscureciera.

El aullido que chirriaba en la base de su cráneo resonó con más fuerza en sus oídos. Era un cántico voor apagado, como el imposible lenguaje que el cadáver de Jeanlu había entonado en su cara hacía tanto tiempo.

Atrapado en autoscan, no había podido pensar a través de su apurada situación. Sin embargo, comprendía que un voor había invadido su cuerpo. Los voors lo llamaban lusk.

El gemido se convirtió en un cántico staccato: negra... negra... negra...

Tras el incidente en Laguna, Sumner había quedado sujeto a observación. Los Rangers no tenían ni idea de lo que le sucedía a su hombre, pero ninguna herida infligida por los voors sanaba bien. Sus miedos se confirmaron cuando los médicos renunciaron a seguir tratándole. La cara quemada no se parecía a nada que hubieran visto. Y en cuanto a los ruidos fantasmales que decía oír, ¿qué podían hacer? No existía cura para la locura.

Pronto se hizo obvio que Sumner estaba seriamente dañado. No sólo había quedado reducido al nivel de la consciencia animal, sino que en sueños se levantaba de su camastro y andaba en círculos. Incapaz de llevar a cabo las funciones normales de un ranger, le despojaron de todas las armas excepto su cuchillo, y le enviaron al norte a estudiar las actividades tribales.

Sumner cumplió con su misión durante una temporada, deambulando por las fronteras de un bosque de río y lluvia, estudiando en secreto las hogueras de las cabañas y los cuerpos grotescamente formados de los distors. Pero su mente era un holocausto de sonidos lunáticos, y cada amanecer se despertaba en un lugar que no había seleccionado durante la noche. Temiendo que los distors lo emboscaran y lo humillaran durante sus paseos nocturnos, buscó la muerte de Skylonda Aptos. Si iba a morir, sería con anónima dignidad.

Sumner abrió un poco los ojos. Lo que asomó a través de ellos no era humano. Formas retorcidas de fuego destellaron por el espacio tras los ojos, y globos de sonidos extraños estallaron y volvieron a formarse. Corby se esforzó por concentrarse. La escena que flotaba en sus retinas ondeó: piedras calcinadas por el sol y el cielo de color de metal. Tenía dificultades en encajar en aquella escena. Iz se enfureció en su interior, amenazándole con barrerle, lejos del cuerpo, lejos del tiempo.

¡No! Corby reagrupó todas sus fuerzas. ¡Ven al centro y extiéndete!

Los ruidos se convirtieron en una frenética amalgama, y luego en un murmullo. La vibrante luz de Iz tomó la forma de un mosaico celular. El cuerpo le aceptaba.

Torpemente, puso en pie el cuerpo de Sumner... su cuerpo ahora, pues el lusk estaba

casi completo. Durante años, encerrado sin forma en la crisálida, llevado de nido en nido por los voors, había usado su psinergia para Iz-llamar a Sumner, e Iz le había respondido guiando a Sumner a Laguna. Aquel día en la playa habían muerto demasiados voors. Tendría que redimir sus muertes usando bien este cuerpo.

Corby tropezó y colocó una mano sobre la roca rosa para afianzarse. Ruidos restallantes aún nublaban sus oídos. Era la loca corriente de Iz, recorriéndole, amenazando con destrozar su mundo.

Iz... el ventoso continuo de psinergia que su cuerpo conducía entre realidades. Sin su propio cuerpo para anclarle a tiempo, era casi imposible resistir el tirón de ese poder.

En la oscura cúpula de su mente sintió las formas de pensamiento de Sumner: una laguna aceitosa y tranquila con formas fantasmales bajo su superficie. Sumner estaba cerca, pero encerrado en autoscan. Como un virus, Corby había permeado el sistema nervioso de Sumner. La mente de su padre estaba inmovilizada, incapaz de pensar sin las reverberaciones de Iz que le paralizaban. Corby podría haber reducido el ruido-Iz, pero entonces su control sobre Sumner se debilitaría también... y necesitaba control completo sobre el cuerpo de este aullador.

Corby se movió sobre la roja arena, entrelazando las manos y tambaleándose. Su corazón latía turgentemente, y su visión voló mientras su cabeza se agitaba de un lado a otro. Insistió en el control y caminó junto a un macizo de roca tratando de enderezar su paso. Llanos pelados y óseos con sólo una brizna de hierba aparecieron al borde de su visión, y se volvió en aquella dirección.

Le estaban dando caza. Por muy aturdida que su mente profunda se hubiera vuelto en este nuevo cuerpo, aún era consciente de la presencia de otros seres cercándole. Dos tenían cuerpo, otro estaba cambiando de forma. Hasta el momento no había tenido problemas para eludirlos, pero estaba preocupado. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían de él?

Tropezó y cayó al suelo en un charco de arena y polvo. Rápida, pero torpemente, se puso en pie, avanzó y recuperó el ritmo.

Había decidido que se arriesgaría a comunicarse con Sumner sólo después de que aprendiera a usar este cuerpo. Entonces, aunque su padre no estuviera de acuerdo con sus planes, tendría una leve oportunidad de llevarlos a cabo él solo.

Su padre... era extraño que este adulto tuviera tanto en común con su vieja forma infantil. Habría sido interesante ver desarrollarse su propio cuerpo. Pero Nefandi le había traicionado. Ahora lo máximo que podía esperar era eliminar a los enemigos declarados de su gente. Nefandi y el mentediós llamado Delph... tarde o temprano se enfrentaría a ambos con este nuevo cuerpo experimentado en el arte de dar muerte.

Bajó deslizándose la pendiente de una duna escarlata, exultante con su libertad. Manteniendo erguida la cabeza, la visión temblando en sus ojos, caminó con decisión hacia adelante. Pero el esfuerzo por mantener el control debilitó su voluntad. Tiempo... tardaría tiempo.

Se detuvo junto a un peñasco y se sentó contra él. Las células de su cuerpo cantaban, y escuchó con atención...

Sumner despertó y gruñó al ver dónde se encontraba. El viento, fino y persistente como un rumor, había empezado a borrar sus huellas. Vagamente recordó un sueño lleno de sonidos. Se frotó la cara y se levantó, temblando bajo el calor rojizo.

—¿Crees que la espiral está en todas las cosas? —preguntó Colmillo Ardiente, cortando un cactus con su cuchillo de obsidiana.

El né silbó, bajo y sombrío, y su suave voz habló en el interior de la cabeza del tribeño: ¿Más tonterías de las Madres?

—¿Tonterías? —dijo Colmillo Ardiente sin mirar a Deriva—. Dices eso porque eres un né.

Lo digo porque es cierto. Lo único que tienen que ofrecer las Madres son tonterías.

Se detuvieron para sorber la dulzura del cactus, Deriva sin expresión, Colmillo Ardiente con sus ojos amarillos encogidos de placer. Al terminar, el tribeño escupió al suelo la pulpa del cactus.

—Né... ¿crees que la espiral está en todas las cosas?

Deriva parpadeó como un lagarto.

¿Qué es la espiral?

—La vuelta, el regreso —respondió Colmillo Ardiente—. Lo lleno se vuelve vacío; lo vacío, lleno. Como respirar.

¿Ciclos? ¿En todas las cosas?

—Sí.

Deriva escupió por encima del hombro la pulpa del cactus y habló con su propia voz desde el fondo de su garganta, casi con un ronquido.

—Yo-soy-né. ¿Tendré-alguna-vez-género?

La hoja oscura siseó cuando Colmillo Ardiente la enfundó.

—Se dice que regresaremos... cada vez de un modo diferente.

Tonterías.

—Se dice.

Querrás decir que las Madres te lo han dicho.

Colmillo Ardiente frunció el ceño, sus rasgos afilados como los de un lobo.

—Las Madres saben.

Un carajo.

—Entonces, né, ¿cómo saben con cuáles de nosotros aparearse?

No lo saben.

Un tic gritó en silencio en la comisura de la boca de Colmillo Ardiente.

Deriva palmeó sus manos huesudas ante él, y se encogió de hombros. Las Madres se aparean con los que parecen más fuertes. Los verdaderamente excepcionales, por lo general aquellos más hermosos, son elegidos como líderes... como tú mismo. Pero las Madres no saben más de lo que sabe nadie que tenga ojos.

Una fina sonrisa de sabiduría flotó sobre los labios de Colmillo Ardiente.

—Hay misterios-madre, né, revelados sólo a unos pocos.

No, semental, sólo están muriendo. Los ojos cristalinos de Deriva no parpadearon. No hay misterios. No hay espiral.

Colmillo Ardiente contempló al vidente como si escrutara en la profundidad del mar. Se golpeó las rodillas y se levantó.

—Es tarde —anunció—. Debemos encontrar un sitio y comunicar.

Deriva le observó buscar cactus escondidos, y sintió un latigazo de remordimiento por haber desafiado las simples creencias de este hombre. Colmillo Ardiente era un buen líder, justo y amable con la tribu y con los né. Su fe era parte de su actitud abierta. El vidente miró en su interior y se gritó a sí mismo: No vuelvas a descargar en los amigos el odio a las Madres. Se levantó y se encaminó a la zona del manantial donde el agua quedaba aislada por sus meandros. Tras agacharse para tomar un último sorbo, el vidente contempló las huellas de un puma de los pantanos en la tierra, frescas como pétalos negros.

¡Colmillo!

Colmillo Ardiente acudió corriendo y estudió las huellas.

—Menos de dos horas. ¿Quebrantahuesos?

Tiene que ser, pensó Deriva, y Colmillo Ardiente palpó su respeto. No le siento en absoluto ¿pero por qué otra razón se internaría tan profundamente en el desierto un puma de pantano?

Un grito gimoteante se alzó en la distancia... el maullido etéreo y solitario de un gato grande.

Ahora somos tres.

—Vamos, tenemos que encontrar un sitio antes de que oscurezca.

Colmillo Ardiente abrió camino entre los matojos quemados por el sol hacia un paisaje hirviente de riscos negros y dunas de sal.

Durante los dos últimos días habían recorrido el Camino de un manantial al siguiente, buscando la presencia del enemigo de Quebrantahuesos. A finales del tercer día empezaron a preguntarse si el extranjero era realmente un enemigo. Deriva lo sentía, aunque le resultaba imposible detectarlo. Así de vacía se hallaba su mente. Se encontraba cerca y permanecía por los alrededores, recorriendo el terreno ensombrecido. Les vigilaba, pero no actuaba como un enemigo. No orinaba en los manantiales después de beber, y no había dejado pinchos envenenados en la arena que hubieran descubierto hasta el momento.

Lo que asustaba a Colmillo Ardiente era que no era visible ningún rastro: ni una huella ni un olor de orina. El hombre era sobrenatural. Aquello sorprendía e inquietaba a Colmillo Ardiente, y como no podía sentir las tenues vibraciones de la sal del extraño, ni siquiera a través de Deriva, había empezado a dudar de su existencia. Tal vez era uno de los planes del magnar para comprobar su lealtad o su profundidad espiritual.

Se deslizó por una pendiente de arena rojiza y subió una colina de roca negra lamida por el viento. En lo alto miró más allá de las ondulantes dunas saladas, más allá de los campos de color de bronce de arena cubierta de guijarros, en dirección a las tierras altas llenas de cráteres. Supuso que aquél, sería un buen sitio para comprobar su teoría, ya que las praderas de ceniza alrededor de los cráteres atrapaban incluso las huellas de las libélulas.

Colmillo Ardiente avanzó atrevido por encima de la extensión de ceniza, cortando una línea recta de huellas hasta una zona de macizos de azufre. Sentado en el duro suelo entre los macizos de azufre, Deriva se sentía en calma. La noche anterior la habían pasado al aire libre, y hasta el amanecer Deriva yacía sumido en semiestupor, sintiendo la fina psinergia del extraño moviéndose a través de las formas pétreas que les rodeaban. Al menos aquí, aunque no había nada de comer, habría huellas por la mañana.

Colmillo Ardiente rebuscó en la bolsa que llevaba al cinto y sacó un arpa diablo, un oscuro dado de madera de castaño que los voors le habían dado a cambio de comida cuando era joven. La madera desgastada estaba hueca por dentro, y sus cables plateados eran visibles a través de los agujeros en sus lados. Colmillo Ardiente se llevó a los labios uno de los agujeros, y una corona de sonido agudo y chispeante se formó a su alrededor.

Deriva cerró los ojos y experimentó un latido de cálida energía humana en algún lugar hacia el oeste. El extraño se encontraba aún con ellos.

Colmillo Ardiente tocó su arpa diablo durante largo rato, enviando su música por las tierras altas, a veces melancólica con vibrantes ensombrecimientos y desgarros, y otras veces acuosa, brillante como el hielo, se retiraba y regresaba como sonidos sumergidos. Deriva siguió las resonantes vibraciones de psinergia humana que rodeaban a la música, cerca y luego lejos, hasta que se hundió en el sueño.

—¡Deriva!

Una mano gruesa y dura sacudió al vidente hasta despertarlo, y un cálido susurro acarició su oído:

—¡Está aquí!

Deriva se sentó. Colmillo Ardiente estaba agazapado e inmóvil, mirando a uno y otro lado, con una mano aferrada al crucifijo que llevaba colgado al cuello.

—Le he oído pisar las rocas —susurró.

Tal vez fuera Quebrantahuesos.

—No, no era el peso de un gato o... ¡Mira!

Deriva se volvió en la dirección que indicaba la mirada de Colmillo Ardiente y vio dos ojos luminosos junto a uno de los macizos. Se desvanecieron.

El vidente tranquilizó su mente, tratando de sentir la presencia que acababa de confrontar. Nada: la brisa del amanecer resonando entre las rocas y el distante siseo de las grutas de vapor. Una sensación apartada y precaria se extendió en el né, y tembló al pensar que lo que había encarado podría ser realmente un enemigo.

—¡Paseq! —Colmillo Ardiente gritó el nombre sagrado a la neblinosa oscuridad—. ¡Paseq!

¡Calla! Deriva agarró con fuerza el brazo de Colmillo Ardiente. Podría pensar que lo estás amenazando.

—Los espíritus no pueden soportar el nombre del Divisor —explicó el tribeño, y entonces volvió a gritar hacia el lugar donde había visto aquellos ojos chispeantes—. ¡Paseq!

No es un espíritu. ¡Los espíritus no tienen ojos!

—¡Paseq!

Los dos miraron con atención tras el eco de los gritos de Colmillo Ardiente. Un largo momento de silencio se tensó a su alrededor. Y entonces, silencioso como una sombra, un hombre fornido salió de detrás de un montículo de azufre, a cinco metros del lugar donde miraban. Incluso agachado bajo la débil luz del amanecer, su pecho henchido y su espalda cubierta de músculos eran majestuosos. Ojos planos y delgados de víbora contemplaban sin expresión desde una cara purpúrea: un rostro de ídolo, rematado por pómulos animales y amplia mandíbula. Su carne brillante era una oscura máscara irisada.

Colmillo Ardiente retrocedió un paso. Gruñó, pero había temor en sus ojos.

Deriva se arrodilló, extendiendo los brazos en el gesto né de sumisión. Arrodíllate, le comunicó al tribeño.

—¡Foc! —ladró Colmillo Ardiente, su labio superior temblaba. Se inclinó desde la cintura, rápidamente, y se encaró a la aparición con los brazos abiertos pero con la cabeza alta.

Deriva envió su mente hacia adelante. Saludos, extranjero. Somos vagabundos de los Serbota... un guerrero éxtasis y su vidente. Saludos. Pensó en duchas de sol. Pensó en árboles de flores azules.

La luz del día se agitaba en los ojos de Sumner.

Quería estallar, dejarse arrastrar por la violencia y librarse del aturdimiento de su cerebro. Pero la voz de su mente, la misma que oía desde hacía dos días, era amable. Venía de la criatura baja y negra, la cosa sin pelo con ojos de aguja y labios partidos. No llevaba armas, pero la otra criatura, el ser peludo con ojos de león y cara con hocico, tenía un cuchillo.

Colmillo Ardiente leyó la mirada de Sumner y sacó el cuchillo lentamente, presentando primero su mango.

Sumner lo apartó. ¿Por qué le habían perseguido estos distors de carne retorcida si no iban a matarle? Tras pensarlo, un dolor ácido reverberó en su cráneo y se tambaleó.

¿Quién eres?, preguntó la voz quebradiza, y su amabilidad le tranquilizó.

Sumner se enderezó lentamente, como si se elevara de una gran profundidad.

—Kagan —susurró.

El vidente se señaló, Deriva, y señaló a su compañero, Colmillo Ardiente. Somos vagabundos Serbota del bosque del sur. Hemos venido porque hemos sentido tu presencia. ¿Podemos ayudarte?

Sumner se sorprendió de que aquella cosa brillante como un escarabajo pudiera alcanzar su cabeza como un voor.

No somos voors, envió Deriva, y deseó no haber visto envararse a Kagan. Sólo vagabundos. Soy un vidente, un... Tan cerca de Kagan podía sondear profundamente en su mente: ya sabía que el hombre no intentaba hacerles daño, aunque parecía

preocupado. La palabra que buscaba saltó en su cabeza... telémeta. ¿Te gustaría ver?

Sumner frunció el ceño, y entonces hizo una mueca mientras el distort extendía sus manos arácnidas para tocarle.

No hay daño. No hay engaño.

Colmillo Ardiente, al ver que Kagan le miraba, tomó la otra mano de Deriva. El poder psíquico que le arrebató produjo una sonrisa estúpida y benévola en su cara.

Sumner observó con atención a los dos distort. Parecían mucho menos amenazadores de lo que se le habían antojado desde lejos. Era difícil creer que estas criaturas llenas de miedo hubieran creado aquella loca música que le había hecho sentir la necesidad de confrontarlos. ¿Y ahora? Extendió la mano y dejó que el distort tocara su antebrazo.

Un resplandor, claro y balsámico, latió en él, inundando todo su cuerpo de luz. Por la superficie de su cerebro chispearon esquirlas de plata. Sintió con certeza cinética que eran buenas personas, el pueblo alegre. Su mente se abrió, vacía por fin de las demoníacas riñas y el dolor atenazante que habían congelado sus pensamientos.

Pero Deriva y Colmillo Ardiente no sintieron su súbita alegría, pues sus mentes bullían con los gritos lastimeros y sobresalientes de los voors muertos. El frío silbido del espacio se curvaba en sus huesos, haciendo temblar su carne.

Sumner vio el terror en los ojos de Colmillo Ardiente y sintió el rigor del miedo en el contacto de Deriva, y retrocedió. La paz del corazón de la joya que le envolvía estalló y quedó transfigurado por una espina clavada en su cráneo. Apretó los dientes hasta que el dolor remitió.

Tú... ¡sufres! Deriva se había derrumbado y yacía en el suelo contra un pedrusco de lava, frotándose la cabeza calva con sus gruesos dedos. Colmillo Ardiente se acurrucó a su lado, mirando a Sumner con ojos acobardados húmedos de dolor. Ambos oían todavía el viento etéreo y sus gritos totales ensombreciendo el núcleo de sus cerebros. Pero ahora también los dos veían un aura dorada alrededor de Kagan. Deriva comprendió que habían mirado su consciencia-kha: estaban viendo la fina luminosidad del cuerpo. Pero Colmillo Ardiente creyó que estaba en presencia de una deidad torturada: Seie el dios errante o, peor, el Oscuro.

El tribeño se postró, y Sumner pensó que el dolor le había hecho doblarse.

¿Cómo puede sufrir tanto un ser tan poderoso?

Sumner miró a Deriva y contempló sus dedos por encima de la mancha oscura de su cara.

—Lusk.

Deriva parpadeó. ¿Lusk voor?

Sumner asintió y ayudó a enderezarse a Colmillo Ardiente.

No es el Oscuro, Colmillo. Está poseído por un voor.

Colmillo Ardiente contempló las manos callosas de Sumner y sus hombros musculosos.

—¿Entonces por qué no pudiste detectarle ni yo encontrar su rastro? —preguntó, mirando en la lúcida ausencia de los ojos de Kagan, abarcando el vacío que veía en ellos. Eran los ojos más vacíos que jamás había visto. Le recordaron los claros de la jungla y los largos caminos del pantano.

—Soy un ranger. Yo... —Sumner parpadeó y se tambaleó.

No puede hablar, Colmillo. El lusk no está completo. Aún lucha con él.

—¿Quieres decir que hay dos en ese cuerpo? —Los ojos de Colmillo Ardiente se suavizaron, y se levantó. Nunca había visto a un ser tan completo como éste. Bajo aquella extraña quemadura, formada como un loto negro con dos lívidos pétalos a ambos lados de su cuello, era todo rostro. El hombre era realmente poderoso y tenía todas las trazas de un guerrero, pero el vacío de aquellos ojos... Al mirarlos, sintió una tensión en el pecho como si una tormenta se cerniera sobre ellos.

—¿Podemos ayudarte? —preguntó Colmillo Ardiente.

Sumner asintió, mitigando con una mano el dolor de su nuca.

—Música —jadeó, y trazó un tenso círculo caminando.

Colmillo Ardiente sacó su arpa diablo y envió unas cuantas notas al aire, buscando una melodía. Pero antes de que pudiera abrirse a una canción, un gruñido surcó el amanecer.

Sumner giró para adoptar una pose defensiva. Su cuchillo apareció al instante en sus manos. Escrutó las verdes ilusiones de la niebla de los cráteres en busca de movimiento.

Cálmate, Kagan. Deriva se sentó, volviendo la cabeza. Tenemos un compañero por alguna parte. Ha tomado la forma de un gato.

Sumner observó al vidente y se dirigió hacia un peñasco de cima plana para vigilar mejor. Otro gruñido surgió por detrás de uno de los peñascos. Sumner se dio la vuelta y vio un puma de piel azul plateada que agitaba su negro vientre a cada paso que se acercaba. Los ojos ámbar difusos del puma se posaron sobre él, y mientras avanzaba, Sumner volvió hacia él el filo de su hoja.

Tranquilo, Kagan. Es Quebrantahuesos.

Sumner contempló con miedo y asombro cómo avanzaba la masa de músculos nudosos y deslizantes. Marcas rojas y negras se bifurcaban sobre los ojos encogidos como una imitación de cuernos, y una nube de bruma y olores de hojas llenó el aire.

Si lo tocas, entenderás lo que quiero decir, envió Deriva, acercándose al puma y tocando su cabeza plana.

Sumner aferró con fuerza el mango de su cuchillo pero no se retiró mientras la bestia de piel plateada se le acercaba. Miró los ojos demoníacos, los brillantes bigotes negros, el hocico correoso, y una risa salvaje se enroscó en su pecho. ¡Dos distors y un puma!

Un latigazo de ruido voor apagó su risa. Extendió una mano temblorosa y tocó la tersa piel.

Temblando, todo su cuerpo quedó sacudido por un /orgasmo de luminosidad cegadora. Un raptó de colores se arremolinó ante sus ojos y se disolvió en un soplo de brillantes partículas. Retiró la mano y se tambaleó, absorto en un trance total, escuchando el plateado canturreo de la sangre en los profundos valles de su cerebro.

Luz, el menstuo de la manifestación...

Las manos de Quebrantahuesos se movieron ensoñadoras sobre él, marrones y arrugadas, empapadas con el calor del sol del desierto. Yacía en trance a la sombra de una ventana. La luz del sol iluminaba como un velo su cuerpo ensombrecido.

Luz, el notarigon del vado... Cantaba estos pensamientos para mantenerse alerta dentro de su trance. En un rincón de su mente, era un puma de los pantanos: nervioso, jadeante, mirando a un hombre de anchos hombros cuya cara estaba manchada de una negrura azul iridiscente.

Luz...

El aire resplandecía de energía psíquica, y el magnar cesó de cantar y dejó caer las manos en su regazo. El extranjero de cara ensombrecida irradiaba psinergia.

Cuando el hombre colocó su mano callosa sobre la cabeza del puma, Quebrantahuesos sintió su vida (caliente y eléctrica como la sangre), y lo vio todo en él, desde su infancia maldita en McClure hasta las indignidades que le habían transformado en un matador entrenado. Pero el magnetismo espectral que había en él procedía de algo más profundo.

Bajo aquellos ojos caídos, la menteoscura se abrió rápidamente al terrible y luminoso conocimiento de un alma voor. Un niño rubio y gélido, desnudo, con la piel blanca como la piedra y ojos incoloros, apareció por un instante y luego se disolvió en un remolino de chispas. La visión cambió a un panorama de vapores galácticos y oscuridad tachonada de estrellas, un arrebató tan vivido que Quebrantahuesos regresó sorprendido a su propio cuerpo.

Sus piernas se agitaron con una sacudida de caída en sueños, y se sentó torpemente. De nuevo estaba solo en su torre de roca, la brisa del amanecer susurraba por entre los

agujeros de las ventanas, un puñado de sábanas Serbota enmarañadas bajo él. Se llevó las manos a los oídos para sentir que estaba despierto, y aunque oyó su vida latiendo en su interior, se sintió calmado, como en sueños. Aquel voor era poderoso.

Muy lejos, Quebrantahuesos sintió el puma de los pantanos dando vueltas inquieto, y lo acarició en el alma con la música espiritual que siempre susurraba en el fondo de su mente. El animal se calmó al instante, y su complacencia le reafirmó y devolvió la fuerza a sus ojos.

Mientras se ponía en pie con torpeza, reconoció que este cuerpo se estaba haciendo viejo. Se apoyó momentáneamente en el curvado alféizar de una ventana, contempló el reflejo del lento mar del desierto y sintió el profundo terror que acababa de conocer latiendo en su pecho. ¿Quién era este soldado Masebôth que podía llevar a un voor semejante?

Kagan... Sumner Kagan, susurró en su mente el nombre del hombre, con el que le sobrevino más comprensión de la que pudo contener en la tensa celda de su cerebro:

Kagan era el eth.

Aquel pensamiento solo era tan vasto, que el magnar tuvo que dar un lento círculo alrededor de su estudio para comprender lo que sucedía.

El eth era la sombra-temor del Delph. Era un doble acausal, un espejo-yo sincrónico, el eco del mentediós que regresaba del futuro, tan inconsciente de su poder como consciente era el Delph. El mentediós no tenía influencia sobre el eth: si alguna vez se encontraban, simplemente serían dos hombres frente a frente... y eso siempre había sido una amenaza demasiado grande para el Delph. Hasta ahora, todas las manifestaciones-eth habían sido cazadas y destruidas por los sicarios del Delph. Entonces, ¿cómo había sobrevivido ésta?

La respuesta vino en un trémolo de excitación. ¡Los voors! El Delph había eliminado de forma rutinaria a los mejores voors durante siglos en un vano intento por excluir a otros mentedioses del planeta. Los voors necesitaban sus mentedioses para poder recordar sus ancestrales vagabundeos y dónde se dirigían. Naturalmente, usarían la entesombra del Delph contra él.

Voor y eth... una alianza mortal, se maravilló Quebrantahuesos, atravesó una bóveda y se apoyó en una roca que conducía hacia la apasionada luz del sol en lo alto de la montaña.

Mortal... El pensamiento ondeó en su interior con el preconocimiento de su propia muerte. Iba a morir pronto. Las visiones de pesadillas aumentaban. Durante dos siglos había llevado el cómo y cuándo en la carne de su corazón. Al finalizar el próximo año solar iba a matarle un hombre de un solo ojo y cara cubierta de cicatrices, con una espada de oro y plata. Había vivido su muerte en sueños: la espada alzada, la cara oscura llena de furia, y luego un salpicoteo de brillante luz lacerante se abría en una oscuridad de silencio eterno.

El magnar se detuvo en la boca de la cueva donde la alta luz del sol cantaba en las sombras. Pudo ver más allá del cuerpo roto de Skylonda Aptos el lugar donde la cordillera del borde del mundo estallaba en el cielo. Seiscientos millones de años de geografía le contemplaban desde los picos de roca estriados. A sus pies, el viento había cortado bruscamente en el esquisto, revelando los dibujos en espiral de fósiles marinos. Se arrodilló y tocó el margen de color donde ciento sesenta y cinco millones de años antes había terminado la vida de un océano. Recogió una piedra y grabó su propia espiral sobre el sedimento expuesto.

Al otro lado de la extensión muerta, distantes acantilados del color de azufre vigilaban inconscientemente. Un pensamiento sentimental empezó a asaltarle y entonces continuó avanzando más profundamente: Este mundo es el borde de un abismo...

En el cielo un halcón dibujó un lento remolino y Quebrantahuesos lo observó sin verlo. Estaba pensando en Kagan, el eth.

El lusk empantanaba la claridad de Kagan y le sorbía su luz corpórea. Si había alguna esperanza de que los voor usaran a este eth contra el Delph, el cuerpo de Kagan tendría que estar descansado y su mente en calma. Por eso Quebrantahuesos había conocido al Delph. Por eso había sobrevivido doce siglos en este mundo fantasmal. Por eso.

El viejo se sentó contra la piedra caliente y cerró los ojos. Estar aquí para el eth. Servir. La fuerza vital del puma bulló en él, y la intuitiva certeza de su misión latió con su respiración.

Ayudaría al eth, decidió con silenciosa convicción.

Aunque aquello significara que se rendía a su visión de muerte, que dentro de un año sería huesos roídos, lo acertado de su decisión brilló en él como la luz del sol.

Con una paz lúcida, Sumner acompañó a los distors a la morada de Quebrantahuesos en las montañas. DeriVa canturreó durante todo el camino sobre cuatro guerreros perdidos en el mundo, cada paso preordenado como las estrellas, sin dejar tras ellos nada que fuera real. Y aunque las palabras eran melancólicas, el tempo era animoso e iba bien con la fuerte cadencia de su caminata.

Colmillo Ardiente se mantenía cerca de Kagan, impresionado por su vivo paso y la entereza de su cuerpo. Mientras dejaban atrás los cráteres de las tierras altas buscó las huellas que Sumner había dejado durante su aproximación. No había ninguna. Y cuando le preguntó al respecto, Kagan explicó cómo había subido por el borde caliente y desmoronado de un cono de ceniza explotado para alcanzar los peñascos sin alterar la ceniza. Al escucharle, Colmillo Ardiente se maravilló por el timbre de su voz. El hombre era simple y directo, sin las elaboradas muecas y gestos faciales comunes entre los distors.

A Sumner le sorprendía que pudieran comunicarse pues hablaban lenguas distintas. Se comprendían mágicamente uno al otro, igual que, mágicamente, había terminado su lazo-voor. De alguna manera estaba relacionado con el puma negro y plata que se deslizaba de la sombra de un promontorio al siguiente. Lo llamó con sus pensamientos y éste se detuvo y le miró varias veces, pero no hubo otra respuesta.

La mente de Sumner permaneció silenciosa e inmóvil como la tierra que los rodeaba. Sólo la alegría de su libertad latía y giraba en su interior. Sabía por lo que decían los distors que no comprendería nada hasta que conociera al magnar, así que se sumió en autoscan.

Bajo un cielo color vino oscuro, llegaron a su destino aquella tarde. El puma de los pantanos se tendió a la sombra y Deriva les guió entre los tortuosos corredores hasta la morada de Quebrantahuesos.

La luminosa morada se hallaba llena de pájaros que piaban y canturreaban en los nichos de roca y los alféizares de las ventanas. Un loro con pico de carnaval se dirigió a una alta percha en el techo abovedado. Periquitos verdes entraron en tropel por una abertura y salieron por otra.

Quebrantahuesos estaba sentado en su hamaca ante una ancha ventana oval, cuyo alféizar estaba manchado con la mierda de los pájaros. Sonrió, revelando sus dientes grandes y cuadrados, y les hizo señas para que se acercasen. Llevaba un albornoz rojo y pantalones gastados y remendados. Entre sus pies descalzos había un estropeado saco de fibra.

—Héroes de los Serbota, Sumner Kagan... ¡saludos! —Les hizo un gesto para que se sentaran.

Los tres vagabundos se sentaron en el suelo ante él, y aunque el viejo sonreía, vislumbraron una tenue expresión en sus ojos que los instó a guardar silencio. Colmillo Ardiente y Sumner pensaron que era cansancio, pero Deriva reconoció el tedio por lo que era. ¿Cuántas veces en sueños había acudido el magnar a este encuentro?

Deriva escuchó dentro de su cabeza la voz del viejo: Sólo un vidente podría saberlo.

Miró al magnar y captó un guiño astuto. De repente el presente era inmóvil, pétreo, lleno del olor del desierto de ladrillos calcinados. Deriva se sintió salir de su cuerpo y se relajó. Sabía lo que estaba sucediendo.

Resultaba difícil respirar con el denso calor; la sed era terrible. Pero uno se sentía en paz tendido aquí, esperando a que la fuerza regresara.

Deriva se sintió flotar con la consciencia del puma de los pantanos, contemplando bajo pesados párpados un paisaje de calor arremolinado donde cada roca estaba cortada en puntas como joyas.

De repente, Deriva se encontró dentro del magnar. Era de noche, o eso parecía, pues aunque el cielo aparecía de un vivo tono azul, la luz se volvía verdosa como antes de una tormenta o durante un eclipse. El magnar estaba arrodillado en un llano de piedra mellado, y era como si Deriva estuviera arrodillado, como si sus rodillas sintieran dolor bajo los puños de piedra, como si sus dedos dibujaran espirales en el polvo pálido y blancuzco. Los garabatos en espiral llamaron fuertemente su atención...

Deriva se sumergía en el sueño. Como de costumbre había miedo, pero la curiosidad era más fuerte. Se calmó y dejó que la visión se manifestara.

Era el magnar, arrodillado entre las piedras, mirando a los distantes acantilados de color de azufre. Se levantó y comenzó a caminar hacia un campo de rocas suavizadas por el viento, blancas como huesos, un osario que nunca cruzaría. El cielo se revolvía con energías arremolinadas: Este mundo es el borde de un abismo, y yo doy círculos cada vez más cerca. Si fuera un animal, entonces podría enfrentarme al vado con instinto más seguro...

Un pájaro graznó, y la consciencia tornó a Deriva. De una jarra de cuello fino caía vino rosa hacia una copa brillante. El vino desbordó la copa y se convirtió en fuego que deslumbraba de puro caliente. Deriva miró con atención el fulgor y vio a Quebrantahuesos tendido de espaldas, su rostro una máscara de muerte, blanco y fijo. En las paredes se reflejaban notas procedentes de un arpa diablo, suaves y sutiles, que se reducían a un gemido, cada vez más suaves...

Una carcajada rompió el silencio y la visión de Deriva se aclaró.

Quebrantahuesos se reía con tanta fuerza que estaba mudo, sus manos presionaban sus costillas. Colmillo Ardiente también se reía, y la visión de su rostro salvaje surcado de risa y lágrimas aumentó la confusión de Deriva. Jadeó-silbo de alegría y alivio y con una atemorizada humillación. Se había perdido algún chiste durante su visión, pero eso no parecía tener importancia. Las energías circulaban suavemente entre él y el magnar.

—Quebrantahuesos es responsable de que los Serbota sean una tribu de éxtasis —estaba diciendo Colmillo Ardiente—. Enseñó a reír a nuestros antepasados.

Deriva balanceó su extraña cabeza, aliviado de haber salido del ensueño pero todavía sintiendo la luz verde, los poderes se cerraban, se tensaban. Era curioso.

—Entre este mundo y el polvo —dijo Quebrantahuesos, secándose los ojos con una manga—, la alegría es todo lo que tenemos. —Miró a Deriva, su cara de caballo roja por la risa. El vidente experimentó un arrojito de mareo, oyó de nuevo la música y cerró su mente. Quebrantahuesos hizo un guiño y miró en otra dirección.

Sumner se encontraba bien. Este anciano era poderoso. Algo sucedía entre él y el pequeño distort. Cuando los miró, una bola de energía se tensó en su vientre y una alegría tupida y maníaca tembló en su interior. Demasiado poder.

—Mis amigos se sienten fascinados por ti —dijo Quebrantahuesos en perfecto Massel—. Eres el primer humano no distort que han visto. Tal vez puedas explicarles qué estás haciendo en un lugar tan desolado.

Sumner se encogió de hombros. Les habló un poco de los Rangers, de su misión en Laguna, y de la momia voor que había explotado en su cara. Habló sobre los locos sonidos que desbordaban sus nervios del autoscan.

Colmillo Ardiente asintió enérgicamente.

—Es terrible, magnar. Cuando nos cruzamos con él, el vidente y yo conocimos un dolor y un terror más grandes que todas las heridas de la jungla.

Quebrantahuesos asintió comprensivamente y sonrió. La luz de bronce pulido destelló en su pelo blanco. Sacó cuatro jarras de barro, cada una ribeteada de colores brillantes y festivos.

—Propongo un brindis por tu libertad, Kagan.

—¿Soy libre? —Aunque no oía nada más que el mundo que le rodeaba, Sumner sintió que el voor aún permanecía dentro de él.

—Si no eres libre, el magnar te liberará —dijo Colmillo Ardiente.

Colmillo. Deriva sacudió la cabeza. La extrañeza había pasado, y ahora había un poderoso sentido de redundancia. Todo esto había sucedido antes.

—No importa, Deriva —dijo Quebrantahuesos, alzando el saco de fibra y sacando una jarra de cuello fino. Escanció una copa con un vino rojo y denso como el amanecer—. Colmillo Ardiente tiene razón. Todavía no eres libre, Kagan, pero si confías en mí, podré ayudarte.

—¿Cómo?

Los tranquilos ojos de animal de Quebrantahuesos resplandecieron de risa mientras llenaba las otras copas y las pasaba.

—Un brindis —dijo a través de su sonrisa—. Por Ljlibertad.

—Por los Poderes —añadió Colmillo Ardiente.

—Por la vida —siguió Deriva.

Sumner alzó su jarra y humedeció sus labios con el vino. El beso líquido enfrió su carne y cargó sus fibras de un aroma embriagador. Después de que los otros bebieran, dio un sorbo y siguió el sabroso y caliente curso del vino hasta su vientre.

—¿Puedes ayudarme? —le preguntó a Quebrantahuesos.

El anciano asintió y chasqueó ruidosamente los labios.

—Vino de escaramujo mezclado con zumo de fresas. Una combinación temible, ¿no te parece?

Colmillo Ardiente asintió ruidosamente y volvió a llenar su copa.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Sumner.

Quebrantahuesos colocó su copa en el suelo y dejó de sonreír. Sus cejas de mago se unieron.

—Si de verdad quieres liberarte de ese voor, y si confías en mí, te ayudaré.

—No quiero nada más que recuperar mi mente. Y me gustaría confiar en ti.

La larga cara de Quebrantahuesos se iluminó y sus ojos destellaron de nuevo felizmente.

—Bien. Entonces serás libre.

—¿Pero qué tengo que hacer?

—Sírvenme sin hacer preguntas durante un año solar.

Sumner se echó hacia atrás, el rostro endurecido.

—No puedo hacerlo. Soy un ranger. He firmado un juramento de lealtad.

Quebrantahuesos soltó una carcajada. Miró a Colmillo Ardiente y a Deriva con expresión alegre.

—Está más tenso que el ojo del culo de un coyote.

Deriva se cubrió la cabeza con las manos y Colmillo Ardiente se tumbó de espaldas con una explosión de risa.

—¿Quieres ser ranger? —Quebrantahuesos sacudió la cabeza con tristeza burlona—. Entonces vas a ser un ranger loco.

—¡Locoooo! —gimió Colmillo Ardiente, tendiéndose de lado. Cogió el brazo de Sumner y le miró con ojos rojos y humedecidos—. Kagan, no seas estúpido. Ese voor que tienes dentro va a romperte la mente. ¿Por qué no quieres hacer eso?

Sumner no miró al tribeño a los ojos. Se miraba las manos. Eran poderosas, gruesas y

vigorosas, pero indefensas contra el profundo dolor que le retorció. Tener la cabeza clara nunca había parecido antes tan importante. Su contemplación era musculosa y directa, y se dio cuenta de que si se le privaba de nuevo de aquello, si tenía que deambular por el desierto sin más sesos que un lagarto, sin saber dónde le llevaría su sueño, se mataría.

Sumner miró a Quebrantahuesos. El magnar sonreía con bondad. El anciano asintió una vez, y Sumner se llevó la mano a la insignia cobra prendida en su solapa y la soltó.

Quebrantahuesos y Colmillo Ardiente aullaron y rieron y el lupino tribeño palmeó a Sumner en la espalda.

—No te preocupes, Kagan —animó Colmillo Ardiente—. El magnar es sabio. Te utilizará bien.

Deriva silbó y chirrió, y una bandada de pajarillos cruzó la cámara. Has tomado la decisión correcta, guerrero.

—Ah, me alegro de que los dos estéis de acuerdo —dijo Quebrantahuesos, y volvió a llenar la copa de Colmillo Ardiente—. Mi sirviente necesitará aliados. Después de que descanséis esta noche, quiero que lo llevéis con vosotros a Miramol. Vivirá y trabajará allí hasta que oigáis noticias mías. —Se inclinó hacia adelante y cogió la insignia cobra de la mano de Sumner—. Has tenido que soportar demasiado, joven hermano... demasiado. —Su cara era triste y pesada—. Pero ahora puedes relajarte. Voy a quitártelo todo. —Se metió la cobra de plata en la boca y se la tragó.

Colmillo Ardiente estalló en una carcajada y agitó las piernas al aire.

—¡Locooooo!

Sumner cerró los ojos. Al menos el dolor había desaparecido. El silencio resonó profundamente en su interior. El lusk había terminado. Entonces un estallido de sonido más fuerte que la risa de Colmillo Ardiente le hizo abrir los ojos, y vio a todos los pájaros revoloteando por la caverna en un clamor de plumas. Todos salieron a una por la ventana oval tras Quebrantahuesos y se desvanecieron en el cielo lleno de nubes tranquilas de color rosado.

—Mis testigos —rió Quebrantahuesos.

Los fuegocielos temblaban sobre las dunas, y una luna dentada colgaba entre dos montañas aisladas. Corby abrió los ojos y miró alrededor. Estaba solo en una caverna oscura. Sobre él se alzaba la Nebulosa Cabra, fija como el ojo de un insecto.

Se puso en pie, la chirriante insistencia de los voors muertos se reducía a un débil gemido. Con una mano sobre la fría pared de roca para ayudarlo, dio varios pasos tambaleantes y se detuvo. Un hombre-sombra se encontraba inmóvil como la piedra contra la pared veteada. La sombra dio un paso hacia adelante, y Corby apretó con fuerza los dedos contra la roca para no caer. El hombre no tenía kha.

La tenue luz de los fuegocielos iluminó una cara larga y ensanchada por la edad. Era Quebrantahuesos. Los recuerdos de Sumner sobre él fluctuaron sobre la mente de Corby. Pero este Quebrantahuesos no sonreía.

—Siéntate, voor.

Corby se debatió ante el tono imperativo de la voz del anciano. Reunió todas sus energías y saltó hacia adelante para apartar al magnar de su camino. Quebrantahuesos, con súbita rapidez, se echó a un lado, hizo girar a Corby y le puso la zancadilla.

Tendido contra la pared de la caverna, el voor reunió su fuerza interna y sacó la psinergia de su cuerpo como un golpe. Estática azul chispeó alrededor de la cabeza y la garganta de Quebrantahuesos y luego se enfrió a un denso rojo en su pecho y cayó púrpura entre sus piernas hasta el suelo.

—No puedes herirme, voor. Quédate quieto.

El esfuerzo de Corby había aflojado su tenaza al momento. En su cráneo vibraron aullidos estruendosos, y por un instante sintió como si fuera a escapar de su cuerpo.

—Tu lusk es débil. —Quebrantahuesos se sentó junto a él en una roca, los ojos

oscuros—. ¿Con qué derecho ocupas el cuerpo de este hombre?

Todo se estaba perdiendo. ¿Quién era este aullador? Corby pudo ver ahora el kha del anciano. Era pequeño como una semilla y denso como la roca: una semilla verde suspendida dentro de la nube del abdomen del hombre. Mirarla era como contemplar a través de un largo túnel. En el otro extremo se movían sombras, homínidos oscuros de denso pelo que moldeaban barro con las manos... Gritos redoblados de los voors muertos se rebatieron para formar un vórtice, y dispararon sus pensamientos.

—¡Contéstame, voor!

El poder de la voz del magnar acalló el doloroso rugido en su cabeza. Corby se reafirmó. Abrió un poco los labios y tembló mientras su mente formaba pensamientos.

—No envíes —ordenó Quebrantahuesos—. Háblame como un aullador. Usa el cuerpo que estás robando.

Los labios de Corby se curvaron y los sonidos se agarrotaron en su garganta. Con un tremendo esfuerzo, forzó su respiración para convertirla en sonidos:

—Las-palabras-no-expresan-bien-lo-que-siento.

La cara de Quebrantahuesos era grave. Parecía verdosa bajo la tenue luz.

—El mundo es sentimiento. Cada ser vive en su propio mundo. Tu pueblo siempre ha respetado esto.

La garganta de Corby latió mientras su boca hundida se tensaba para hablar.

—Yo-soy-mi-pueblo.

—Y Kagan es su pueblo, como yo soy el mío.

El cuerpo de Corby se retorció mientras su poder regresaba, pero su fuerza seguía sin encajar en sus músculos. Quebrantahuesos era fuerte.

—Los aulladores tenemos un acertijo —continuó el magnar. Cantó:

Las estrellas tostaron mis huesos, Los océanos escogieron mi sangre, Y los bosques formaron mis pulmones. ¿Quién soy?

—La respuesta es «Humano». Somos tan hijos del cosmos como cualquier voor. No tienes ninguna autoridad para ocupar este cuerpo.

—Las-palabras-no-expresan —susurró Corby, sin apenas mover los labios.

El rostro de Quebrantahuesos ensombreció.

—Entonces escucha con atención lo que expresan estas palabras: puedo sacarte de ese cuerpo. Tengo la habilidad y el poder. Y los usaré, a menos de que me convenzas de lo contrario.

La mirada del voor estaba vacía, y bajo la leve luz de las estrellas parecía un cadáver.

—Mi-propósito-es-destruir-al-Delph.

Quebrantahuesos se echó hacia atrás y asintió con satisfacción.

—Gracias por decirme la verdad, voor. Sé que éste es el cuerpo del eth, el destino-yo del Delph. Y no tengo objeciones a una alianza entre eth y voors para terminar con el reinado de un mentediós. El Delph es también mi enemigo. Una vez intenté destruirle... pero era demasiado poderoso. Kagan debe ser preparado cuidadosamente.

—El-Delph-mata-voors. —La mirada ciega de Corby se agudizó—. Destruyó-mi-cuerpo.

—Y ahora destruirás este cuerpo intentando vengarte de él. —Quebrantahuesos sacudió la cabeza—. El dolor debe cesar en alguna parte.

El Delph es débil ahora, envió Corby. Pronto dormirá durante un eón. Pero cuando se despierte será muchas veces más fuerte. Debo detenerle ahora, por el bien de nuestros pueblos.

Quebrantahuesos guardó silencio, vacío de pensamientos.

—Todo es soñar. No es decisión mía que trates de matarle o no. Es algo que debe decidir Kagan, pues es su vida contra la del Delph.

Fue el padre de mi cuerpo.

—Aun así, es decisión suya. Tendrás que decírselo.

Ahora no.

—No... ahora está demasiado lejos de sí mismo. Y además, lo necesito. —Miró la luna ritual y la neblina de luces cósmicas—. Pero dentro de un año, tendrás que hablar con él. Hasta entonces, no deberás interferir en su vida de ningún modo. Si lo haces, te sacaré de su cuerpo.

Corby guardó silencio. La idea de pasar un año flotando sin mente en el Iz le aterraba. Sin embargo, ¿qué otra opción tenía? No podía combatir a este hombre. Si iba a sobrevivir, por el bien del nido, tendría que profundizar en el cuerpo y conservar un fuerte silencio.

Ya había empezado a desvanecerse en el rugiente y radiante flujo de Iz, atraído por inmensas fuerzas que en su cerebro humano parecían terribles e incoherentes: un estrépito de gritos y susurros de duendes. A su alrededor se abría una enorme profundidad. Llamas de cegadora luz blanca giraban ante los gritos pulsantes.

Los brillantes ojos de Quebrantahuesos se fijaron en él un instante, y por última vez antes de sucumbir a la succión de energía sibilante, envió: Éste es un universo de espacio sin límites, aullador. Materia y energía son raras y pequeñas. En este vasto vacío, para nosotros incluso los sueños son reales.

Quebrantahuesos sintió que la psinergia voor se oscurecía y se desvanecía. Sucedió tan rápido que cuando el cuerpo de Sumner empezó a respirar con la lentitud y la profundidad del sueño, el magnar aún estaba inclinado hacia adelante, contemplando cómo se desvanecía en las sombras de la noche el kha púrpura de Corby. El voor se había ido. Fuera, el ladrido de un zorro del desierto se repitió entre las dunas, agudo como la luz de la luna.

Colmillo Ardiente estaba ansioso por llevar a Sumner a Miramol para poder mostrar al fornido y rudo guerrero, del color del desierto, que habían encontrado en las tierras baldías. Viajaron hacia el oeste entre fantasmas de agua: manantiales moteados y las largas curvas de lechos de ríos desvanecidos donde el calor del sol fluctuaba como líquido. Deriva cantaba solemne y lento:

*Qué extraño que el tiempo se deslice
Siempre hacia el este,
Qué extraño que nos movamos.*

El vidente estaba absorto en el Camino. El canal de poder que había elegido seguir chisporroteaba bajo sus pies y le hacía cosquillas en la espina dorsal con información de las otras criaturas que habían cruzado este camino. La lenta, profunda y silenciosa psinergia de Quebrantahuesos estaba allí. Al mediodía, el né divisó las huellas del puma de los pantanos en la arena y supo que Quebrantahuesos marchaba delante de ellos. Agachado sobre el rastro, Deriva se sintió un poco mareado. Susurraba una música fúnebre, las llamas escupían, y un hombre con un solo ojo avanzaba con un sable curvo entre las manos.

El musculoso abrazo de Colmillo Ardiente sacó a Deriva de su ensimismamiento. Se meció brevemente en los brazos del tribeño; sus ojos veían huesos chamuscados y carne ennegrecida, grasa y ceniza en el revuelo de un fuego extinto.

—El vidente sólo está medio vivo en este mundo —le explicó Colmillo Ardiente a Sumner—. La mitad de su vida pertenece a la oscuridad profunda.

Cuando Deriva se recuperó, no comentó nada sobre su experiencia. Palpó el Camino y continuaron su viaje. Su corazón, no obstante, estaba preocupado. Quebrantahuesos había dicho claramente dos veces que iba a morir. Pero aquel pensamiento era demasiado ominoso. Al pensar en el espadachín tuerto, Deriva sintió que un golpe de

viento le surcaba la cabeza y el canturreo fúnebre comenzó de nuevo. Deriva ignoró las preguntas de Colmillo Ardiente y se dedicó una vez más al Camino.

Sumner se sumió en autoscan y no trató de comprender a los dos distors que le guiaban. El lusk le había dejado cansado y aturdido. Por primera vez desde su llegada a Skylonda Aptos, tenía tiempo para reflexionar y no sabía por dónde empezar. Los Rangers... Quebrantahuesos... los distors... Era feliz de encontrarse entero de nuevo, pero sentía aprensión respecto al lugar a donde se dirigía y cómo le utilizaría el magnar. Todo lo que sabía con certeza era que tendría que servir para ser libre.

Todo el mundo estaba torcido, encorvado o manchado de alguna forma: jorobado, con los brazos de mono, la cara en forma de hocico. Pero todos ellos, incluso los que no tenían piernas y se desplazaban en plataformas con ruedas o los sarnosos con sus rudas caras brillantes, reían con sinceridad. Todos iban brillantemente vestidos con gorras de cuero adornadas con plumas, túnicas florales y pantalones de pieles de ciervo. La mujeres llevaban antiguos amuletos de conchas, anillas de metal y brazaletes de cabeza de cobra. Los niños desnudos, agazapados en los baobabs del bulevar, tenían el color de la madera.

Ríe, Kagan, o insultarás a la, gente, advirtió Deriva.

Colmillo Ardiente aullaba de alegría, los labios replegados en una mueca que podría haber sido un rugido de no ser por la alegría y las lágrimas de sus ojos. Sumner sonrió y se echó a reír.

Más fuerte, o pensarán que no estás satisfecho.

Sumner forzó unas risas burdas, y entonces Deriva extendió la mano y le agarró por la nuca. Una hilaridad caliente y profunda brotó de sus entrañas y se tronchó de risa. La multitud respondió con vítores y silbidos, y cuando Sumner gritó una alegre llamada de mono, se abalanzaron hacia delante y subieron a hombros a los tres vagabundos.

Les hicieron recorrer dos veces Miramol, a través del paseo de los guerreros con altos esqueletos de jabalí, por la plaza central con sus fuentes heladas y brumosas, por la colina hasta las callejas abarrotadas de flores donde vivían los né, y otra vez abajo hacia los azules bancos de lodo del río. Entonces los bajaron a los tres ante el agujero moteado de turquesa de la Madriguera de las Madres.

Les saludaron viejas mujeres con ropas negras y caras colapsadas y ojos alertas y sonrientes. Las Madres rodearon a Sumner, sorprendidas por su tamaño y su entereza. Tocaron sus brazos y sus muslos, pincharon sus costillas, apretaron los dedos contra su estómago, midieron la anchura de sus hombros con las manos y se rieron incesantemente. Particularmente les impresionaron las marcas de quemaduras de su cara y su cuello y todas le tocaron el rostro una vez. Entonces una de ellas llamó a la multitud con voz alegre y comenzó la celebración.

Durante tres días y tres noches el bosque del río y la lluvia reverberó con los sonidos festivos de los tambores, los palillos de madera, las arpas y las flautas y la risa frenética. Las calles de tierra de Miramol estaban abarrotadas de distors bulliciosos que giraban juntos en bailes y procesiones rituales.

Sumner fue conducido a un amplio salón de ceremonias cubierto de bambú. En el camino, hombres y mujeres se empujaban para tocarle y echarle pétalos y flores en el regazo. Lo sentaron en un trono hecho con la concha de una tortuga flanqueado por tres grandes helechos escarlata y adornos de hojas negras y púrpura. Ante él continuamente colocaban ofrendas de alimentos: trucha abierta en canal sazónada con nueces, viandas de asado de mono, crujientes trozos de serpiente atravesados con raíces suaves, pasta de judías picante en copas y jarras ornamentadas de vino y cerveza de miel.

Sumner lo probó todo y trató de reírse con todo el mundo que le servía un plato nuevo, aunque a veces sólo consiguió atragantarse con la comida. Cuando sus ojos resplandecieron y su expresión abotargada dejó claro que no podía comer más, Deriva le

escoltó hacia la salida del salón. Evitaron las calles repletas de gente festejando y siguieron los callejones oscuros hasta los habitáculos de los né. Allí terminaron los festejos.

En el aire nublado y denso de flores de un pequeño jardín musgoso, Deriva le contó a Sumner la historia de los Serbota. Se saltó los mitos sobre el origen y los cuentos de espíritus y empezó con el hallazgo del Camino.

Perro Hambriento encontró el Camino. Era un vidente o lo que se consideraba un vidente en aquellos días: tenía género, ya sabes, así que su claridad era débil. Sin embargo, era lo suficientemente fuerte para guiarle a través de los desiertos hasta donde nadie había ido antes, porque la tierra era la morada del sol.

¿Cómo se encontró tan lejos de la tribu? Ésa es una larga historia, y puedo ver que estás cansado. Déjame que te cuente sólo esto: los Serbota siempre hemos sido un pueblo amable. Siempre nos hemos retirado de nuestros enemigos hasta que, finalmente, no hubo ningún otro lugar a donde ir. Nos empujaron hasta el desierto y nos dejaron aquí para que muriéramos.

Perro Hambriento, que se llamaba así porque en toda su vida no había tomado una comida completa, se marchó, como habían hecho muchos otros antes que él, para morir donde el sol fuera testigo de su óbito y tal vez, por piedad, aceptara su espíritu. Los primeros Serbota creían esas tonterías. De todas formas, no murió. En cambio, su poder le condujo a las profundidades del desierto y fue el primero en conocer al magnar.

Bien, cuando el magnar se enteró de nuestra apurada situación, vino personalmente, y durante muchos años fue el líder de nuestra tribu. Nos enseñó los modos del bosque del río y la lluvia y el desierto para que pudiéramos comer de nuevo y nos enseñó también a hacer casas y, si era necesario, a matar para protegernos. Llegamos a ser cómo cualquier otra criatura del bosque. Pero, más importante aún, nos enseñó a ser diferentes de las criaturas del bosque haciendo lo que ningún animal puede hacer: reír. Aprendimos a reírnos de todo, incluso de nuestros enemigos... lo que resultó un acto sabio. De repente tuvimos guerreros bien entrenados que luchaban usando las estrategias de las bestias de la jungla y que se reían mientras mataban e incluso mientras morían. Ahora no tenemos enemigos. Y, sin embargo, aún tenemos la risa... y los né tienen vida.

Verás, antes de que viniera el magnar, las Madres mataban a todos los niños nacidos sin género. El magnar acabó con eso. No por la fuerza, sino con astucia. Comprobó que las Madres eran supersticiosas, y les dijo que su deidad, Paseq el Divisor, que separa la noche del día y el hombre de la mujer, tampoco tenía género. Y por eso se nos permite vivir, porque se cree que somos la imagen de Paseq.

Los né han hecho mucho por los Serbota. Nuestros videntes son mucho más claros que ningún otro vidente con género, y aunque nuestra risa no es tan alta como la de los demás, tampoco somos tan crueles con ella. Nos reservamos para nosotros mismos, porque no tenemos otra familia. Y sin embargo somos humanos. ¿Acaso no significa esto ser humano?

Los Serbota habrían celebrado la llegada de Sumner durante una semana entera, pero al cuarto día empezó el monzón. Sumner contempló sorprendido cómo Miramol se transformaba de ser un pueblo forestal en una ciudad ribeña. Los campos de verduras fueron recolectados rápidamente y se dismantelaron todas las cabañas excepto los habitáculos de los né que estaban colocados, como la Madriguera de las Madres, en un precioso altozano.

Con el cese de las lluvias, sacaron las piraguas y los cazadores del río empezaron su trabajo. Cada canoa tenía elaboradas quillas hechas al estilo de sus dueños. La de Colmillo Ardiente tenía una cabeza de jabalí con colmillos curvos. Sólo se permitía cazar a los hombres con barcas, y Sumner se quedó atrás para construir su propia piragua.

Deriva le encontró aquella tarde en el borde seco del bosque entre violetas gigantes y ramas cubiertas de musgo. Estaba atareado tallando un tronco con un cuchillo de piedra y

su cabeza y hombros estaban cubiertos de agujas de luz dorada. Deriva le ayudó a sacar el tronco. Quebrantahuesos envió anoche un mensaje para ti.

Sumner soltó su azuela y parpadeó bajo la luz nubosa. Llovería al anochecer. Miró al vidente, sus vagas cejas alzadas en una pregunta.

Ordena que obedezcas a las Madres.

Sumner asintió y recogió su azuela.

—Hábame de las Madres.

Es mejor que no lo haga, porque no siento amor por ellas.

—Hábame de todas formas.

Son las líderes de la tribu. Deciden quién cazará, quién cultivará la tierra y pescará, y quién engendrará. Todas las mujeres deben obedecerlas sin cuestionar nada hasta que engendren un niño con género que viva para pasar los ritos de pubertad.

—¿Y entonces?

Entonces se convierten en Madres.

—¿Por qué las odias?

Desprecian a los né. Sólo existimos porque el magnar nos tolera. Y además, están manchadas de superstición.

—¿Entonces por qué el magnar: me ordena que las obedezca?

Deriva sacudió su cabeza redonda.

No se puede cuestionar al magnar. Es tan difícil de conocer como las nubes.

Por la noche, mientras dormía en una hamaca, Sumner se sintió agradecido por estar libre del voor. Escuchó la lluvia resonando en la jungla, oyó a un niño llorando y olió los resquicios de una hoguera mojada. No le alcanzó ni un chirrido de ruido voor. Mientras miraba a través de la oscuridad el contorno difuso de los árboles, su visión nocturna era clara, sin la brumosa falta de atención del lusk.

—Quebrantahuesos. —Pronunció el nombre en voz alta apenas lo suficiente para sentirlo en la garganta. El sonido le calmó y cerró los ojos, sintiendo que sus músculos más profundos se relajaban, que todo su ser se tranquilizaba, más completo por lo que había perdido.

Sumner tardó tres días en terminar su piragua. Realizó la mayor parte del trabajo en el refugio de un árbol, cubierto con pieles de animales, mientras las lluvias sacudían la jungla. En la primera botadura, se la mostró a Colmillo Ardiente. El tribeño la estudió cuidadosamente, y se maravilló por lo estilizado de su línea y envidió cómo se deslizaba en el agua. Pero no tenía tallas en la proa, y sugirió a Sumner que le diera un espíritu.

Uno de los né, un maestro en el trabajo de la madera, le proporcionó algunas herramientas. Sumner, a quien conocían por el nombre de Cara de Loto a causa de sus quemaduras, talló en la borda pétalos de loto. El primer día que salió alanceó un tapir maduro y cebado. Se lo entregó al maestro carpintero de los né cuando le devolvió sus herramientas, lo que provocó un alboroto en el poblado. Todas las primeras presas se ofrecían a las Madres.

Al día siguiente, las Madres enviaron a buscarle. Tres de ellas estaban sentadas sobre piedras redondas cubiertas de cuero pulido bajo una frondosa bóveda. La lluvia tamborileaba con fuerza y Sumner no podía oír sus voces. Llevaban vestidos negros sin forma y su pelo gris difuso cubría la mayor parte de sus arrugados rasgos. Una de ellas sólo tenía un ojo. Otra tenía escamas plateadas en la comisura de la boca y los ojos. La tercera guardaba silencio y solamente contemplaba sus genitales.

Te ordenan que renuncies a tu piragua, envió Deriva tras él.

—¿Por qué? —replicó Sumner, y una de las mujeres chilló con tanta fuerza que los oídos le resonaron.

No puedes hablar en su presencia hasta que se te pregunte. Deriva pensó en campos

de espuelas de caballero escarlata y su dulce y moribunda fragancia hasta que vio que la mandíbula de Sumner dejaba de temblar.

Las Madres consultaron entre sí un momento.

Dicen que debes darles tu piragua. No la necesitarás más. En cambio, irás con Colmillo Ardiente a los establos. Si te portas bien allí, se te devolverá tu piragua y el derecho a cazar.

Sumner se quedó mirando intensamente hacia arriba hasta que las Madres se marcharon.

Todas las mujeres en el establo de apareamiento estaban desnudas a excepción de sus cabezas envueltas en telas brillantes y los puntos amarillos pintados meticulosamente sobre sus ovarios. En la difusa luz de las linternas, Colmillo Ardiente se sentía en casa. Respiraba sin darse cuenta de los oscuros olores picantes y se rió cuando Sumner dudó en lo alto de la rampa.

Con una mano cogió a Sumner por el brazo, y con la otra hizo un gesto hacia las filas de los establos. El lugar era una enorme colmena de cubículos de madera, cada uno con una joven hembra contoneándose lascivamente ante él. Matronas vestidas de marrón, mujeres mayores que nunca habían alumbrado ningún hijo aceptable, patrullaban los pasillos y las escaleras, atendiendo las necesidades de las jóvenes y animándolas a comportarse provocativamente.

Incluso bajo la tenue luz no había manera de ocultar el hecho de que las mujeres eran distors. Todas tenían alguna anomalía: frentes hinchadas o diminutas, miembros distendidos, piel escamosa, hombros cornudos, caras en forma de hocico. Sumner estaba demasiado disgustado para mirar. Permaneció de pie en lo alto de la rampa, sin esperanza, hasta que una de las matronas, una mujer delgada con manos nudosas y labios correosos, le guió hasta un establo con una linterna azul.

La muchacha tendida allí sobre una maraña de mantas tenía un cuerpo flexible y voluptuoso, limpio y estrecho como la luz, entre las piernas abiertas y las caderas contoneantes, asomaba una nube oscura de vello púbico brillante. Pero su rostro... era un burdo remiendo de rostros cosidos en una máscara sin emociones. Sumner quiso mirar hacia otro lado, pero los ojos en las cuencas eran vivos y eléctricos y le llamaban, suplicando.

La matrona pasó junto a Sumner y se dispuso a colocar una manta sobre la cara de la muchacha. Sumner la despidió con un gesto. Se concentró en la granulosa madera teñida por la luz azul de la linterna y se sumió en austoscan. Miró a la muchacha y la vio sin emoción: la vio como se ven mutuamente las criaturas. Tenía la cara retorcida y extrañamente ensombrecida, pero se fijó en la vida que había en ella. El agudo olor sexual del lugar se volvió súbitamente palpable, la suavidad femenina del cuerpo de la muchacha le conmovió y copuló con ella sin emoción, conduciendo su cuerpo a un rápido clímax.

Colmillo Ardiente observó con interés la actuación de Sumner. Se sintió complacido de que un cazador y tallador tan destacado fuera un amante tan malo. Su miembro era de buen tamaño, incluso formidable, pero su estilo era crudo, totalmente primitivo. Si hubieran compartido un lenguaje, se habría alegrado de animarle. Tal como estaban las cosas, Cara de Loto parecía complacido consigo mismo por haber terminado tan pronto. Colmillo Ardiente se encogió de hombros, extrañas costumbres y se dispuso a empezar sus rondas.

Sumner sirvió a tres mujeres por día durante varias semanas. Prefería terminar sus deberes de apareamiento a primeras horas de la mañana para tener tiempo de pescar. Esta era la única ocupación que le permitían las Madres; su sitio favorito se encontraba en un extremo de un ancho claro. Allí, en la musgosa orilla del río marrón, pescaba truchas

perezosamente.

Los cazadores Serbota que recorrían el río no hablaban con él ahora que las Madres le habían retirado su piragua. Sólo los niños y los né toleraban su presencia. Los né eran particularmente receptivos ante él, y le prepararon una habitación en uno de sus habitáculos, pero Sumner no se sentía cómodo entre ellos. Eran generosos y siempre estaban dispuestos a compartir los secretos de sus asuntos con él, pero eran perpetuamente severos. Su tristeza era honda porque no tenían género ni el propósito de la familia. Sumner prefería estar solo.

A menudo, mientras pescaba en las profundas lagunas creadas por los árboles caídos, lejos del río, veía su piragua deslizarse sobre el agua, liviana como una hoja. Siempre navegaba alguien diferente en ella, y siempre pretendían no verle. Sumner no se enfadaba. Estaba orgulloso de su canoa y se sentía feliz de que no tuviera dueño. En cierto modo seguía siendo suya, y siempre existía la posibilidad de que pudiera recuperarla.

A finales de su segundo mes en Miramol, Sumner volvió a reunirse con Quebrantahuesos. Empezó cuando estaba pescando. Había soltado un saltamontes en un profundo canal, y una trucha picó al momento. Tiró de ella y mientras retrocedía en la corriente los sintió.

Dos voors, con las capuchas echadas y los ojos vagos y errabundos fijos en él estaban a sus espaldas, y avanzaban deprisa. Los dos tenían caras negras de lagarto. Al mirarlos, Sumner sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Dudó sólo un instante, pero en ese momento uno de los voors abrió la boca y reveló una diminuta cerbatana entre los dientes. El dardo le picoteó el cuello cuando trataba de esquivarlo.

Con horrible lentitud reptilésca, cayó de espaldas, retorció las piernas y se tumbó boca abajo. La toxina con la que le habían herido dejó sus músculos fofos, y mientras se derrumbaba vio que los dos voors se acercaban hacia él. Uno de ellos decía algo insistentemente:

—¡Dai Bodatta!

Una oleada de dolor se formó en su garganta y corrió hacia adentro, dejándolo inconsciente. Se debatió, bizqueando entre las densas luces de color verde-plateado. Los voors le habían cogido por los brazos y le levantaban del suelo. Sumner se sentía como arena mojada. Como madera.

El aire tembló, y el rugido atravesó el claro con tanta fuerza que el pecho de Sumner se tensó. Los matojos ante ellos se dividieron y un puma azulplateado saltó al calvero; sus pupilas amarillas eran dos chorros de fuego. Se agazapó ante ellos, todos sus densos músculos tensos bajo el loco latido de su garganta.

Los voors soltaron los brazos de Sumner y retrocedieron. Lo último que vio de ellos fueron sus capuchas agitándose como alas en el borde del bosque. Entonces el temible olor del gran gato llenó sus sentidos y su sombra se proyectó sobre él.

El puma de vientre negro se hallaba aún con él cuando se despertó con un terrible dolor de cabeza.

Los voors te quieren para sus propios propósitos, explicó Deriva, con una mano sobre la cabeza del puma. El magnar cree que deberías dejar Miramol por una temporada y alojarte con él en el desierto.

Sumner permaneció en silencio un instante, sintiendo que la vida flotaba en su interior. Se alegraría de dejar Miramol. Y quería ver de nuevo a aquel ser que podía mandar sobre voors y animales. Miró al puma, y el gran gato le miró a su vez fijamente, sus ojos verdes destellantes de reflejos.

—Iré ahora —dijo, levantándose contra la gravedad de la droga.

¿Ahora? El né parpadeó. Escuchó el zumbido de la mente de Sumner y vio que recordaba la travesía del desierto que habían realizado juntos. Conocía la ruta a través de la tierra desértica hasta el magnar. El né se sorprendió, pues incluso los videntes

necesitaban hacer varias veces el recorrido para aprender el camino. ¿No deberías descansar?

—Llevo semanas descansando. —Sumner observó cómo el puma se internaba en el bosque—. Los voors me quieren ahora. Les será más difícil sorprenderme en el desierto.

Te proporcionaremos cantimploras y sandalias en los habitáculos.

—No las necesito.

Deriva le miró y vio que era cierto.

Entonces, toma esto. Le tendió el bastón né que llevaba.

Sumner sonrió y aceptó la larga vara.

—Me encontrasteis en el desierto, ¿recuerdas? No te preocupes.

Los ojos del né destellaron. No eres tú quien me preocupa. Es el magnar. He visto la muerte a su alrededor.

Sumner alzó el bastón y se apartó del río y del né.

—He jurado servir a Quebrantahuesos. Cuidaré de él.

Deriva le acompañó al lugar donde empezaba la extensión del desierto y le dejó allí con el canto tradicional:

Estamos hechos de distancias. Avanzamos constantemente, Solos y predestinados, Aprendiendo lentamente Que hacer un alto no es llegar.

Solo en el desierto, donde nadie podía oírle, Sumner aulló de felicidad y dejó que sus sentimientos se transformaran en palabras:

—¡Distors idiotas! ¡Estoy vivo en vuestro infierno! ¡Nunca voy a morir!

Gritó la última palabra y el fanatismo en su voz se la devolvió. Vivir con los dístors, compartir su cuerpo con las mujeres raras le había vuelto extraño... Echó a correr sobre las piedras rotas del desierto, agradecido de moverse y no pensar. La vida no era una mierda. La vida era una corriente de amor, de sentimiento y pensamiento, lasciva en su brevedad. Se rió y su alegría fue tan intensa que le quemó la garganta.

El anochecer le condujo a un manantial espumoso. Se sentó en un terreno fangoso salpicado de álcali y contempló los fuegocielos brillantes.

Una chispa amarilla destelló bajo el arco de un dolmen, y una llama chisporroteó y chasqueó en la madera seca. Quebrantahuesos apareció, encorvado sobre una pila de leños retorcidos por las llamas. Su larga cara de ídolo sonrió con benevolencia. Hizo un gesto a Sumner para que se le uniera y sacó un cazo ennegrecido y cuatro huevos de serpiente verdiblanco.

—¿Tienes hambre?

Sumner se acercó al arco de roca, se abrió espacio con su bastón y se sentó. Su mente bullía de preguntas: cómo le había encontrado el magnar, por qué, pero las ignoró y se sumió rápidamente en autoscan.

—Muy bien —dijo Quebrantahuesos—. Mantén tus pensamientos tranquilos. Es un buen principio. —Alzó el cazo sobre el fuego y le tendió a Sumner dos huevos. Sacó de una bolsa un puñado de ascalonias pequeñas y pimientos amarillos. Los dos hombres cocinaron y comieron en silencio.

Cuando terminaron, Quebrantahuesos eructó sonoramente y se inclinó hacia delante.

—Escucha, joven hermano, ese autoscan en el que eres maestro es una forma muy buena de permanecer sentado en silencio durante un tiempo, pero después de un rato se vuelve terriblemente ruidoso.

Un coyote ladró, y su lamento de pesar se repitió por el desierto.

Sumner frunció el ceño, intrigado.

—¿Qué quieres decir?

Quebrantahuesos le hizo callar con un gesto.

—Escucha.

El coyote aulló de nuevo, ladrando a su propio eco. La llamada era débil y esforzada, y su sonido llenó a Sumner de tristeza.

Un momento después, el magnar sonrió y se rascó la oreja.

—Ese coyote es igual que tú. Tampoco ha encontrado su lugar. —Se acercó más para que Sumner pudiera ver sus ojos, oscuros y fijos—. Miramos desde el interior de nuestros cuerpos. Como el coyote, pensamos que estamos dentro de nuestros cuerpos. ¿A qué llora ese animal? —Con los ojos señaló la luna, que se deslizaba entre las nubes—. Pensamos que estamos dentro de nuestros cuerpos, pero parte de nosotros se encuentra también allí arriba. ¡Qué solitaria es esa parte!

Sumner contempló sombríamente al anciano, sintiéndose oscuro e indiferente, parte de la noche.

—Ambos, el coyote y tú, pensáis que tenéis un sitio donde ir. —La cara de Quebrantahuesos pendía en la oscuridad, mostrando una sonrisa melancólica y misteriosa—. Pero el mundo es sentir, Kagan. No hay nada más. De verdad... no hay nada más. Pero nada puede ser algo, y por eso pensamos que tenemos sitios a donde ir. —Las pobladas cejas del magnar se cruzaron sobre su nariz—. La psinergia sigue al pensamiento. Deja de pensar en no-pensar. Conviértete en la consciencia misma. Conviértete en UniMente.

Sumner se sentía intranquilo porque no comprendía a Quebrantahuesos.

—¿Qué quieres de mí, magnar?

—Muy bien, joven hermano. —El magnar palmeó la rodilla de Sumner con el afecto ceñudo con que un hombre acaricia a su perro—. Déjame que te diga una cosa más. Si quieres encontrar un buen lugar donde estar, ningún lugar será lo bastante bueno. Pero si lo dejas ir todo, si vacías de verdad tu cabeza, entonces cualquier sitio donde estés valdrá... ¡incluso la luna! —Palmeó con fuerza la rodilla de Sumner y se echó a reír, pero Sumner le observó pensativo, tratando de calibrar la locura del viejo.

La risa desapareció de la cara de Quebrantahuesos, y se frotó las piernas cansinamente.

—¡Palabras! —escupió—. Tonterías. Lo mismo daría que estuviera hablando a un coyote. —Rebuscó en la bolsa de cuero que llevaba y sacó un fajo de pequeños sobres—. Eres un hombre de acción, así que bien puedo darte algo que hacer. Tus órdenes. —Le ofreció el fajo a Sumner—. Están numerados. Ábrelos en orden sólo a medida que vayas cumpliendo tus misiones. Cuando acabes, regresa a Miramol. Las Madres tienen otro trabajo para ti.

Quebrantahuesos bostezó y con una sonrisa cansada se tendió ante el fuego extinto y se dispuso a dormir.

A la mañana siguiente Sumner se despertó antes de la salida del sol. Pero el anciano se había ido. La forma que durante toda la noche había pensado que era Quebrantahuesos sólo era un peñasco erosionado por el viento.

La primera misión de Sumner le envió a las profundidades de las montañas volcánicas para encontrar un trozo de cornalina. El segundo sobre le llevó a un viaje por el corazón calcinado de Skylonda Aptos y el gran Pantano Kundar. Chapoteó entre lagunas llenas de sanguijuelas, flotó sobre arenas movedizas y roció árboles con fruta podrida para distraer a los malignos monos que arrojaban piedras mientras obtenía lo que había venido a buscar: una ramita de caoba blanca.

El tercer sobre le hizo regresar al desierto para localizar un laberinto de roca infestado de lagartos venenosos. En su centro había un pozo de sal donde llenó un saquito con granos puros.

Desde allí viajó a las tierras de las víboras, un terreno pantanoso de pozos de alquitrán y pegajosas plantas venenosas, donde tuvo que espantar moscas de espalda amarilla hasta que encontró un caparazón de tortuga del tamaño adecuado. Después de eso,

siguió un largo río hirviente hasta una jungla vaporosa para recoger un puñado de nueces de macadamia. Al salir de la jungla, sondeó las lagunas de algas infestadas de víboras en busca de huevos de lagartos alados. Y finalmente se colgó precariamente de un neblinoso acantilado para cosechar una gigantesca variedad de fresas amarillas.

Durante las nueve semanas que tardó en recopilar todos los artículos requeridos, Sumner se mantuvo en perpetuo autoscan. Sabía que si dejaba vagar su mente sólo se preguntaría qué estaba haciendo y se refrenaría. También existía la amenaza de los voors. No vio a ninguno en el curso de sus vagabundeos, pero los recuerdos de su lusk y el ataque con la cerbatana le mantenían vigilante. Cuando llegó al habitáculo de piedra de Quebrantahuesos con todo lo que se le había pedido, se encontraba tranquilo y alerta como una serpiente.

Quebrantahuesos se rió estentóreamente cuando Sumner entró en la caverna iluminada por los rayos del sol. Examinó con cuidado cada uno de los artículos.

Con una piedra esmeril afiló un borde del trozo de cornalina hasta dejarlo afilado como una cuchilla. Con su nuevo cuchillo talló diestramente el dedo de caoba blanca hasta formar un hermoso tenedor. Después de limpiar el caparazón de la tortuga lo utilizó como plato para comer una tortilla hecha con el huevo de lagarto alado, ligeramente aderezado con sal y sazonado con nueces molidas de macadamia. Dispuso las fresas amarillas como adorno alrededor del plato.

—¡Ah! —Se lamió los labios y guiñó a Sumner—. He esperado mucho tiempo para un desayuno como éste.

Sumner se crispó por dentro, pero por fuera permaneció absolutamente tranquilo.

—¿Por qué?

La larga cara de Quebrantahuesos mostró una mueca de indiferencia.

—¿Por qué la vejez? ¿Por qué el frío? ¿Por qué las notas dentro de una flauta? No somos nada, joven hermano, excepto lo que olvidamos que somos. No luches con tu inconsciente.

—He arriesgado mi vida por esa tortilla.

¿Era éste el ser que había calmado el voor en su interior? Sumner escrutó los ojos marrón rojizo en busca del poder que sabía se encontraba allí, pero sólo vio un anciano místicamente tocado.

Quebrantahuesos reconoció la decepción en el rostro de Sumner, y la furia le asaltó.

—¿Por qué? —Su voz era brusca y llena de sentimiento mientras sostenía la mirada de Sumner—. El mundo no tiene esquinas, joven hermano. Si empiezo a explicar por qué yo soy y por qué tú eres, no habrá momento para parar.

Sumner no se dejó convencer. Su cara oscura y fruncida parecía quemada.

Quebrantahuesos se dirigió al centro del estudio. Recogió un puñado de polvo y lo dejó caer entre los dedos, esparciéndolo a su alrededor mientras hablaba.

—Si eres lo bastante abierto, todo es consciencia. El polvo, la roca, el sol. —Colocó una mota de arena en la uña de su pulgar y la acercó a la nariz de Sumner—. Cada partícula atómica es una familia de seres. Tan conscientes de sí mismos como tú. Todos somos iguales... todos lo mismo, sólo vibramos de forma diferente. Todo es luz.

El magnar se sentó tan lentamente que pareció no tener peso.

—Piensa en todos los seres que han participado para formarte. Piénsalo. Millones de seres accediendo en formar una forma humana... esta forma humana. —Cogió las manos de Sumner, y el éter de los sentimientos del joven brilló—. ¿Por qué? ¿Por qué eres el centro viviente del transparente e inflexible diamante del tiempo? Todos tenemos un destino. Nada es casual. El tiempo es una gema perfecta.

Quebrantahuesos soltó la mano de Sumner, y su respiración se hizo más profunda, como si quisiera decir algo sin palabras.

—Eres el eth, la entesombra de un mentediós del norte llamado Delph.

Aquel nombre sacudió la mente de Sumner con recuerdos de Nefandi y Corby.

Quebrantahuesos malinterpretó por incredulidad la sorpresa de Sumner y se echó a reír.

—¡Nombres! La historia es ésta: hace más de, mil años, el sol y sus planetas entraron en una corriente de radiación que no tiene origen. La radiación procede del eje de nuestra galaxia, donde la gravedad de un billón de soles ha abierto nuestro universo al multiverso. Allí, en el corazón galáctico, la energía procede de un infinito de otras realidades. Una de esas energías atemporales es la psinergia, modos de ser que tú y yo reconoceríamos como sentientes. Cuando esa psinergia alcanza la Tierra, cambia la estructura genética de los humanos, y en una generación o dos se convierten en voors, distors y a veces en mentedioses. Estos últimos son seres huérfanos de los mundos que los han creado. Luchan con fuerza para sujetarse a las pautas que los anclan a este planeta, porque la corriente de psinergia se separa de nosotros. Cuando desaparezcan los fuegocielos, no habrá más mentedioses nuevos. Los que sobrevivan poseerán la tierra.

Sumner recogió un guijarro y lo hizo girar entre sus dedos tranquila, sabiamente.

—Y yo soy el eth, la entesombra de un mentediós. ¿Y eso qué significa?

—La luz ha construido un templo en tu cráneo, joven hermano. —Quebrantahuesos le observó con tranquilidad—. Hace muchos siglos, el Delph fue un hombre. Los científicos de su época alteraron su cerebro porque esperaban ampliar su consciencia lo suficiente para encontrar soluciones para los sorprendentes cambios en su mundo: las tormentas raga y los distors que aparecían por todas partes. Ignorantes, abrieron la mente de un hombre lo suficiente para que un mentediós de otro universo lo poseyera. Esto es una teoría. Lo que es cierto es que, una vez que el Delph tuvo una forma física lo bastante fuerte y especializada para contener su psinergia, empezó a alterar caprichosamente las pautas de energía a su alrededor. Reformó la realidad.

—¿Pero quién es? ¿De dónde procede?

—La luz del centro galáctico no es la luz del sol o de las estrellas. La energía no procede de la fusión de átomos. Procede de la luz de un interminable número de universos paralelos. ¡Un número interminable! ¡Cualquier cosa puede saltar del infinito!

La cara de Sumner se llenó de incredulidad.

—¿Quién es? —repitió Quebrantahuesos, alzando la barbilla inquisitivamente—. Un ser de luz. Como lo eres tú. Como lo es todo. Pero él es la luz de otro continuum, y cuando tomó forma humana descolocó las sutiles energías de este mundo. A lo largo de los siglos esos ecos de psinergia se han reflejado y entremezclado a través de las excentricidades de la biología y lo que llamamos el azar. Y por eso las pautas de la cromatina han cambiado y han nacido algunos humanos con suerte, psíquicamente intocables. Esos son los eth. Tú eres uno de ellos.

—Con esto no me dices nada.

Quebrantahuesos sonrió benévolo.

—Lo que significa es que eres el único ser del planeta al que el Delph no puede tocar con su mente capaz de cambiar la realidad. Eres el escudo perfecto para un asesino voor.

La comprensión suavizó la mirada de Sumner.

—Toda tu vida es la intención de un ser mayor que tu imaginación —dijo Quebrantahuesos, su voz trémula con la excitación y el miedo que sentía hervir en Sumner—. Llevo viviendo más de mil años, y durante todo ese tiempo te he estado esperando. Y al voor que llevas dentro. Queremos la misma realidad.

—No —dijo Sumner, casi en un grito—. No quiero el lusk. No quiero ser utilizado por los voors.

El rostro formado por la edad de Quebrantahuesos se suavizó, y se rió en silencio un rato antes de decir:

—No eres nada. Un ego. Un fantasma de recuerdos y predilecciones. No cuentas para mucho en la visión general de las cosas. Olvida lo que piensas que eres. La psinergia sigue al pensamiento, y se convierte en la consciencia misma, no las formas de la

consciencia. El autoscan no es suficiente, porque te limita a una sensación. Para estar entero, para ser UniMente, el centro viviente en ti tiene que ser lo que sienta, piense, se autoexamine.

—No comprendo.

—Conviértete en la búsqueda que ya has comenzado.

La voz de Sumner se debilitó.

—No estoy buscando nada.

Quebrantahuesos sacudió comprensivamente la cabeza.

—El eth siempre buscará su fuente. El eth es más grande que tú. Soy yo y también Corby. Son todos los hechos que te alcanzan. Puede que te cueste la vida, pero el eth te conducirá al Delph.

—No. —Sumner cruzó las manos en el aire—. Te agradezco tu ayuda, magnar, pero no voy a aceptar ninguna búsqueda para un voor. Estoy completo en mí mismo. No voy a servir a un voor.

—Eso no lo puedes decir tú. —La cara del magnar se volvió sombría—. Tu mente toma la forma de tu ser. No puedes esperar comprender aquello de lo que sólo eres una parte. Por eso mi vida tiene esta forma: para poder estar aquí ahora, para vaciarte, para liberarte de los límites del conocimiento y abrirte a la UniMente.

—¿De qué estás hablando? —Sumner parecía descontento.

—No dejaré que tu ego interfiera en mi destino. Aún estás en deuda conmigo, Kagan. Debes hacer lo que yo diga. —El magnar extendió las manos y tomó entre ellas la cara de Sumner. El latido del campo etérico del hombre le cosquilleó en las palmas mientras se fundía con su psinergia—. Y con esa autoridad, te ordeno que olvides esta conversación.

Cuando Quebrantahuesos tomó su cara, Sumner vislumbró toda la caverna brillando entre los dedos del anciano, la brumosa luz del sol y las sombras azules rebosantes de seres semivisibles. Entonces Quebrantahuesos lo tendió de espaldas con un brusco enderezamiento del brazo, y le inundó la oscuridad.

En el momento en que golpeó el suelo, los ojos de Sumner se abrieron. El magnar estaba encorvado sobre el caparazón de la tortuga terminando su tortilla. La luz del sol de la mañana formaba una aureola sobre su pelo blanco.

—Descansa si quieres —dijo Quebrantahuesos con la boca llena de comida—. Has viajado muy lejos, joven hermano, y estoy satisfecho.

El sueño se debatía en el pecho de Sumner como un problema interno. Pero no podía descansar. Había algo en su mente... La sonrisa maliciosa de la cara de Quebrantahuesos le intrigaba. ¿Por qué? Sumner contempló abstraído a través de un agujero-ventana los rayos dorados del amanecer. ¿Por qué había trabajado tanto por una simple tortilla? Escuchó en su interior, pero su mente guardó silencio mientras los filamentos de luz se esparcían por el horizonte.

Sumner durmió profundamente durante varias horas y luego, con una bolsa de fruta seca y un pellejo de agua que le dio Quebrantahuesos, emprendió viaje a Miramol. El magnar pasó el resto del día intentando conectar de nuevo con su fuerza psíquica, pero estaba demasiado cansado. Cuando llegó la noche, hervía de frustración.

La luna era una pluma verde sobre la meseta. Quebrantahuesos se alzó sobre la cima de la torre de roca, los pies separados, los brazos extendidos, su cuerpo una equis contra los fuegocielos. Gritó al desierto, con fuerza, largamente:

—¡Ayúdame!

El eco de su llamada se expandió rápidamente. Bajó los brazos y se hundió en su pose. El tiempo brotaba de las rocas mientras el último calor del día se alzaba a la noche, y la estupidez le provocaba escalofríos. Regresó a su cubil, murmurando para sí:

—Vete a dormir, viejo.

Todos los días, durante los últimos dos meses, mientras Sumner deambulaba por

Skyllonda Aptos, Quebrantahuesos le había seguido. Con el cuerpo envuelto en las mantas, tendido en su estudio de roca, su mente oscura se había abierto a la brillantez del halcón y el coyote, y había permanecido cerca del eth.

Las misiones habían sido diseñadas para frustrar a Sumner, para abrir su debilitado campo etérico. Y cuando esto sucedió, Quebrantahuesos canalizó la psinergia en su interior para convertirse en la mente de Sumner, en los animales y objetos que rodeaban a éste. Como serpiente, saboreó la fatiga de Sumner y proyectó la consciencia de la serpiente. Aquella noche, en un sueño, Kagan vio el desierto vivo, destellando con piezas de luz. Al día siguiente Quebrantahuesos se convirtió en la roca donde Sumner esperaba el amanecer. La tranquilidad magnética que radiaba el magnar suavizaba el ansia de Sumner por la familiaridad de su vida con los Rangers. Los efectos eran sutiles, pero durante las semanas de su búsqueda, la luz corpórea de Sumner se hizo más brillante y más fuerte.

Quebrantahuesos, sin embargo, se había vuelto más débil. El largo esfuerzo de dar forma y enfocar la psinergia había debilitado su propio cuerpo. El magnar estuvo deprimido durante todo el día siguiente a la marcha de Sumner a Miramol. Una visión de muerte flotó a su alrededor como cabellos, y de vez en cuando introducía en sus ojos destellos de un hombre alto y salvaje con la cara surcada de cicatrices y un solo ojo del color de la sangre reseca. El miedo le atenazó durante todo el día, y se alegró de haber enviado a Sumner de regreso con las Madres.

Una pequeña habitación agrietada brillaba como una flor al final de un laberinto de corredores estrechos y oscuros. Cabos de velas de color rosa ardían en las tres esquinas de la celda bajo los conductos de aire. El cubículo se hallaba recubierto de pieles, amuletos, tapices doblados, iconos y cajas de mimbre: quinientos años de ofrendas de las tribus cercanas.

Destapó un cubrecama de piel de ocelote de una larga caja de roble repujada de sardónice. Entre los adornos palpó un resorte secreto y se deslizó un pequeño panel revelando un compartimiento relleno de gamuza. Quebrantahuesos apartó suavemente la tela y se sentó con las piernas cruzadas. Después de calmarse, desenvolvió la gamuza arrugada y contempló la suave y radiante luz de una joya nido.

En ese instante, en Miramol, varias Madres se agitaron inquietas en su sueño. Para ellas, el sueño se convirtió bruscamente en la claridad del trance. El magnar se alzaba en la sombra del mundo, un poco diferente para cada una de ellas.

Saludos, dijo, su voz medio quemando el miedo que le había asaltado antes. Mi siervo regresa a Miramol. Me ha servido bien en el desierto, y su luz corpórea es más fuerte. Pero aún vive dentro de sus días, lejos de su espíritu. Por favor, jóvenes hermanas, enseñadle a acumular el poder de su vida. Mostradle cómo atraer la psinergia en sus huesos. Sin vuestra ayuda, nunca será todo lo que es.

El trance de las Madres regresó al sueño mientras el magnar retiraba su consciencia.

Quebrantahuesos gravitó sobre la madriguera, hechizado como de costumbre por la visión astral de los fuegocielos y el fulgor de las estrellas blanquiazules, hasta que sintió que le veían. Un perro se alzó, agitando la cola, bajo una magnolia, y le observó con ojos fijos. Junto a él, sumida en la oscuridad, había una vieja ciega: una de las Madres. Jesda, su nombre se alzó en él mientras ella se levantaba y se tambaleaba en su dirección.

—Te veo, sombra-de-nadie —llamó la arpía, acercándose más. Tenía las manos en la cara y los dedos dentro de las cuencas de su cráneo—. Estos ojos robados ven a través del mundo, fantasma. La ausencia es presencia. ¡Lo sabes! ¡La ausencia es!

Jesda salió al titilante aire de la noche, y sus manos se apartaron de su rostro ajado. Quebrantahuesos se sorprendió por la intensidad del sentimiento en aquellos rasgos rotos: cuencas oscuras como el vino, y, como a veces le sucedía cuando viajaba entre las sombras, se introdujo en los sentimientos de lo que veía.

La risa resonó con fuerza en su interior y su mente oscura se pobló de colores

musicales. Un sentimiento estrangulado, una aterrorizadora caída de todo, se tensó en él como si fueran náuseas. La locura de Jesda. Sin embargo, aunque sabía qué sentía, no podía romperlo.

Le asaltó el olor a carne quemada, y como una aguja prendida en su cerebro se abrió una realidad momentánea: vio al eth, Colmillo Ardiente y Deriva sentados ante la luz escandalosa de una hoguera: una pira, un templo de llamas con un cadáver en el altar, manojos de carne negra cayendo de sus rasgos... ¡su cara!

Quebrantahuesos se retiró de la joya nido, el atisbo de un grito en la garganta. Pasó un rato antes de que pudiera volver a respirar.

No más sombraviajar, juró, contemplando agradecido el plasma azul de la llama de una vela. En la mano sentía helada la gema voor y la envolvió en la gamuza sin mirarla.

Temblando, devolvió la joya nido a su compartimiento secreto y cubrió la caja de roble con la piel de ocelote. De regreso recorrió el corredor hasta una balconada natural, donde el frío aire de la noche le sostuvo con más fuerza en su cuerpo. Ahora que las Madres tenían la custodia del eth, podía descansar y fortalecer su psinergia.

Sorbió el aire helado entre sus dientes, y todo su cuerpo tembló, alerta. Sobre el horizonte, ardiente de fuegocielos verdes, flotaba la luna, roja y larga, con la forma del corazón de una serpiente.

La Madre vestía una túnica negra y antiguos amuletos, brillantes piezas de metal cubiertas con la escritura de los kro. Las cataratas la habían cegado y sus movimientos eran lentos y premeditados, comunicando su consciencia del mundo que la rodeaba. Sumner se sentó frente a ella en una habitación oscurecida con cortinas hechas de cabellos humanos. Estaba desnudo a excepción de un taparrabos azul, y su carne parecía madera engrasada, pulida por los cuatro días que había pasado en un baño de vapor. Florecillas de resina de acacia adornaban las esquinas, llenando la habitación con el olor de las montañas.

La Madre escuchaba con la cabeza inclinada hacia adelante mientras Sumner susurraba los nombres sagrados de los animales y las plantas de la jungla. Los nombres en sí no tenían importancia. Eran meramente una técnica acústica para conseguir el estado mental adecuado. Ocasionalmente, cuando sentía que su atención se debilitaba, le obligaba a repetir los extraños sonidos hasta que su mente volvía a concentrarse.

Las Madres estaban satisfechas con Sumner. Se había comportado mejor de lo esperado en los establos de apareamiento, y la mayoría de las mujeres con las que se había unido habían concebido. Para expresar su aprecio, las Madres comenzaron a enseñarle los métodos del cazador. Sumner ayunó durante muchos días y eliminó los venenos de su carne. Luego se sentó solo entre las colinas de enterramiento de color de lluvia y escuchó, como le habían instruido, a la espera de la llamada profunda.

Sentado al descubierto con las piernas cruzadas, Sumner se sintió estúpido y vulnerable, y su mente se replegó en sí misma. Pero en seguida derrotó su ansiedad, y las Madres se sorprendieron de lo bien que su luz corpórea respondió a su guía. Una Madre, una sacerdotisa medio ciega que había trabajado muchos años con los machos jóvenes, fue seleccionada para enseñarle los nombres sagrados y supervisar su consciencia de la llamada profunda.

Sumner obedeció a las Madres estrictamente por devoción a Quebrantahuesos. Sus enseñanzas le parecían rudas y arbitrarias, y contó las semanas que faltaban para terminar su servicio. Sentado al descubierto con la mente replegada en sí misma, no sentía nada más que los ritmos viscerales de su cuerpo. Varias semanas más tarde aún pasaba la mayor parte del día escuchando los latidos de su corazón y los palpitos de su aparato digestivo.

Al final de una tarde soporífera oyó un gemido: un pequeño grito distante que surgía del interior de sus entrañas. Su súbito estado de alerta lo ahogó, y pasaron varios días antes

de que lo oyera de nuevo: un sonido se debatía y agitaba en los huesecillos de su cabeza. Esta vez se sumió sólidamente en autoscan y escuchó un silbido más agudo que el latido de su sangre, pero débil, profundo como su tuétano. Una lenta comprensión lo devolvió a su centro y advirtió qué era aquel sonido distante e imposible: la tensión en sus genitales, el sonido de sus genitales. Quería a una mujer de verdad.

¡Eso es!

Sumner se debatió, alerta. La Madre ciega estaba agachada junto a él, sus ojos blancos y cristalinos cargados de satisfacción. Tienes que escuchar con atención, pero un hombre puede oír su deseo de una mujer, la voz de la anciana chirrió en su mente. Concéntrate en eso. Estás preparado para iniciar el Ascenso.

Mientras escuchaba el gemido de la sangre hirviendo en sus genitales, Sumner aprendió a reunir esa tensión en un tenso paquete entre su ano y su escroto. Los músculos de esa zona eran delicados y muy difíciles de controlar, pero con la Madre guiándole pronto pudo mover la tensión más allá de su ano a la base de su espina dorsal sin aplastar su músculo esfínter.

El resto sucede solo, le dijo la Madre mientras trenzaba su pelo al estilo cazador. Durante tres días antes de cazar debes abstenerte de sexo. Entonces acumula tu psinergia en la base como te he enseñado. De esa forma, cuando los animales y las plantas vengan dejarán su espíritu contigo y lentamente la psinergia se acumulará. Algún día será lo suficientemente fuerte para subir por toda tu espina dorsal y entrar en tu cráneo. Entonces se abrirá tu ojo medio.

—¿Qué hay de las mujeres? —preguntó Sumner, tratando de apartar la petulancia de su voz—. ¿No tienen ojo medio?

Las mujeres tienen otros poderes. Esto es sólo cosa de hombres.

—¿Entonces por qué me enseña una mujer?

Ellas lo saben todo. ¿Acaso no te formó una mujer?

Sumner se guardó para sí los detalles de su escepticismo, aunque Deriva a menudo trataba de sonsacarle información. Le aseguró al vidente que todo eran tonterías y que rompería su voto de silencio cuando se completara su ligazón a Quebrantahuesos. Hasta entonces, se sentía atado a cumplir las restricciones de su tutelaje con las Madres. Siguió sus órdenes y ahumó su piragua cuando se la devolvieron. Incluso llegó a pasar una hora al amanecer apartando la tensión sexual de sus genitales y trasladándola a la base de su espina dorsal, aunque medio creía que era un ejercicio sin sentido.

En los oscuros túneles del bosque nublado no tenía consciencia de las Madres y era libre y extático como cualquier animal, atado sólo por los límites de su instinto. Las brumas del río giraban a su alrededor mientras lentamente se abría camino más allá que ningún otro cazador. Las aguas estaban aún muy altas, y era difícil conseguir alimentos. Pero abundaba la vida en el interior del bosque inundado, donde no existía el olor del hombre.

Sumner se deslizó sobre los bajíos y se abrió paso con cuidado entre los velos de musgo y raíces manchadas de hongos, buscando las zonas secas de tierra donde se alimentaban los tapires o anidaban las tortugas. Nada. La tierra estaba empapada de las necesidades de la vida animal, pero los animales se encontraban en otro lugar. Por muy silencioso que fuera, por paciente y astuto que pudiera ser, sólo se le presentaban presas pequeñas. Varias veces regresó a Miramol con las manos vacías, y los otros cazadores le gastaron bromas diciéndole que pertenecía, como Colmillo Ardiente, a los establos.

Al amanecer del tercer día se sentía desesperado, y en cuanto se aseguró de que se había internado en el bosque lo suficiente para que los otros cazadores no pudieran oírle, usó el nombre sagrado del cerdo que le habían enseñado las Madres. Nada. Un mono de cara blanca le miró, brincó y se perdió de vista. Deseó haber traído a Deriva consigo. Aunque los videntes sólo eran utilizados para cazar en tiempos de hambre, Sumner se sentía trastornado.

Retrocedió, se internó a través de la espesura y se detuvo. Tres pecaríes mordisqueaban las raíces de un gran árbol muerto. Alzaron las orejas, retrocedieron en círculo y empezaron a chasquear sus colmillos. Con su silbato, Sumner alertó a los otros cazadores. La caza de ese día fue grande.

Aunque los sonidos carecían para él de significado, lo que convenció a Sumner para que intentara de nuevo los nombres sagrados fueron precisamente sus fallos durante los días siguientes. No obstante, cada vez que los empleaba, encontraba formas de vida excepcionales: una trucha grande como un salmón, un abuelo manatí feliz de morir y cargado de grasa útil y dos gigantescos pavos salvajes.

Las Madres se sorprendieron al comprobar la rapidez con que Sumner había aprendido. Resolvieron no enseñarle, más, temiendo que cuando su ligazón con Quebrantahuesos terminara lo revelara todo a los profanos. Ya había superado a muchas de las Madres en su habilidad para enviar y recibir psinergia.

Deriva también veía que Sumner acumulaba una gran fuerza. Observó cómo su luz corpórea giraba más fuerte y más rápida en su abdomen y formaba una pelota de luz dorada sobre sus glúteos. Pero Sumner no era consciente de este cambio. Las aguas bajaban, y no sabía si los responsables de sus presas eran los nombres sagrados o sólo el regreso de las criaturas a sus hábitats. Cuando Quebrantahuesos lo llamó para que acudiera a su retiro en el desierto, se lo preguntó.

—Todo eres tú —dijo el magnar con su perfecto Massel—. Te pones máscaras y pretendes ser un cerdo, o un pavo o un cazador Serbota, pero todo eres tú.

Sumner frunció el ceño.

—¿Entonces por qué la gente muere de hambre?

Quebrantahuesos sonrió como si Sumner hubiera visto su juego de manos.

—Jugamos un juego duro. ¿Qué gracia tendría si no muriera nadie de vez en cuando? ¿Qué haríamos con las máscaras que nos cansan?

Sumner aún tenía el ceño fruncido cuando Quebrantahuesos batió palmas.

—Ya basta de charla. Tengo dos misiones más para ti. Ambas son muy importantes y espero que las cumplas lo mejor posible.

—¿Tan importantes como una tortilla de fresas y nueces?

Quebrantahuesos le dirigió una mirada de reproche.

—Algún día comprenderás la importancia de una tortilla realmente grande. —Con sus ojos luminosos contempló la mueca de Sumner.

—¿Qué tengo que hacer?

—Entrega esto. —El anciano giró la muñeca como un mago y sacó una joya nido verde que capturaba la luz en su interior y brillaba como una flor—. Lleva a Deriva contigo. Sabe dónde ir. Dile que te lleve a los gruñones.

Sumner sintió un cosquilleo eléctrico en la mano al contacto con la joya. Le puso los pelos de punta y cuando miró en ella la suave luz se curvó en fúlgidos torrentes. En sus profundidades, más allá de los reflejos, un copo blanco temblaba, titilando con el resplandor de una estrella. Las radiantes flechas de luz cambiaban y volvían a formarse, y Sumner pensó en nubes de primavera que se formaban sobre verdes lagunas. Entonces los hilos refulgentes se anudaron y se tensaron para formar una imagen... la cara de un niño de blanca porcelana con ojos soñadores e incoloros. Si Quebrantahuesos no le hubiera sujetado la mano, Sumner habría dejado caer la piedra.

—Aún sufres el lusk, joven hermano. —Cogió la joya nido y la envolvió en seda negra—. Es mejor que te mantengas apartado de todas las cosas voor.

—Acabo de ver...

—Sé lo que has visto.

Sumner se frotó los ojos.

—¿Por qué?

Quebrantahuesos se encogió de hombros y le tendió la joya envuelta. Sumner la

sopesó y trató de sentir la energía a través de la tela.

—¿Cómo funciona esta cosa?

Lo sabe el voor dentro de ti. Si de verdad quieres comprender, lo averiguarás.

—¿No vas a decírmelo?

Quebrantahuesos sacudió vigorosamente la cabeza y resopló como un caballo.

—Dejas demasiadas huellas a tu paso. No quiero sobrecargarte más. ¿No te das cuenta? Estoy intentando vaciarte.

El viaje de regreso a Miramol quedó empañado con recuerdos de Corby. Pensó de nuevo en el extranjero tuerto que había detenido su coche en Rigalu Fíats y le habló del Delph, y pensó en Jeanlu y cómo, toda su vida, había sido guiado por decepción y error. Hizo falta toda su disciplina en el autoscan para superar la torpe nostalgia que la imagen de Corby había introducido en su mente. Aun así, cuando llegó a Miramol, Deriva se dio cuenta de que no era el mismo.

La energía dorada que se revolvía como una cola al final de su espina dorsal se había diluido, y la cicatriz de la quemadura de su cara parecía más oscura que nunca.

¿Qué te preocupa?, preguntó Deriva.

Sumner le habló del rostro de Corby y sus pesados recuerdos.

El pasado es un disfraz, dijo el vidente, infligiendo a su voz telepática todo el sentimiento amistoso posible. No te preocupa eso de verdad. Lo que te preocupa es algo que sucede ahora. Tu año de obediencia está casi terminado.

Sumner asintió. Sabía que era eso. Lo que necesitaba era que alguien dirigiera su vida. No le importaba si eran los Rangers o Quebrantahuesos, pero necesitaba dirección.

¿De verdad? Deriva parecía un insecto fundido sentado en la hamaca colocada entre dos árboles rebosantes de enredaderas floridas. Tu vida, tal como yo la veo, ha sido fuerte y solitaria. Pero el lusk fue terrible. Es mucho mejor ser un esclavo que tener que enfrentarse a eso solo. Los dientes de Deriva chasquearon en su cabeza mientras recordaba el sonido estridente de la psinergia voor y el profundo terror, más vasto que los océanos, que se había formado en su mente.

Sumner se sentó en un tronco de árbol y jugueteó con un puñado de junquillos.

—¿Qué puedo hacer?

Lo que Quebrantahuesos ha ordenado. Los gruñones te divertirán y harán que olvides tu miedo. Deriva bajó la mirada para encontrar la de Sumner. Y además no tiene sentido buscar un nuevo sendero... a menos que ese sendero esté ya presente.

Ese día Sumner y Deriva viajaron río arriba, hablando de los gruñones. Nubes cargadas de lluvia asomaban sobre las verdes extensiones de las copas de los árboles. Deriva se sentía contento de ver que la psinergia de Sumner se había llenado de nuevo y giraba tensa a través del cierre vital de su abdomen.

Sólo he estado una vez con los gruñones. Pero ese único encuentro me enseñó la importancia de mantener la mente limpia.

Sumner daba grandes paletadas, haciendo ondear todo su cuerpo, impulsando la piragua sobre la superficie ámbar.

—¿Clara?

Mente-espejo... observando simplemente. Deriva, detrás de Sumner, también remaba, tratando de igualar su ritmo pero se perdía cada tres o cuatro paletadas. Los gruñones son muy serenos. Muy silenciosos. Las mentes altas hacen que se sientan incómodos.

—¿Son todos telépatas?

Los que conocí lo eran.

Una maraña de ramas y hojas se deslizó hacia ellos, y Sumner animó a Deriva para remar con más fuerza. Sorteó el madero a la deriva y se dirigió de nuevo hacia donde le resultaba más fácil remar.

—¿Qué clase de personas son los gruñones?

En realidad no son personas.

Sumner miró por encima del hombro.

Hace unos mil años eran monos. Los kro los usaban para trabajar. Pero entonces el mundo cambió, y son libres desde entonces.

—¿Monos?

Antes. Ahora son una tribu muy espiritual. Ya verás.

Deriva no le había dado ninguna pista de lo cerca que estaban, así que cuando los edificios cubiertos de enredaderas y hiedra saltaron a la vista Sumner se sorprendió. Ningún detrito delator había bajado por la corriente para anunciar un asentamiento junto al río. Los cipreses simplemente se habían abierto y entre los árboles había un montículo de edificios modulares de piedra rosada, virtualmente cubiertos por la jungla. Por entre las rampas se movían figuras y a lo lejos destellaban torres al sol contra elegantes minaretes de cristal y piedra blanca.

Alguien se acercaba a ellos sobre el agua: una criatura alta de pelo rojo brillante, de pie sobre el río. A medida que se acercaba, vieron que montaba un disco blanco y se deslizaba sin esfuerzo sobre la superficie sin controles o ni siquiera un mango. El jinete del disco pasó junto a ellos, y Sumner contempló al rojo ser peludo y brillante. Su cara era simiesca, con un hocico azul brillante, la piel de la cabeza estirada y ojos grandes, negros y expresivos. No llevaba más que un taparrabos de cuero púrpura y sencillas sandalias de corcho. Salud, Serbota. Bienvenidos a Sarina. Su voz resonó en sus mentes. Os esperábamos. Por favor, seguidme.

El simio retrocedió y flotó hacia la ciudad-jungla. Sumner se sacudió de su asombro y remó tras él.

—¿Un gruñón?

Uno joven.

La ciudad se volvía más hermosa a medida que se acercaban: era una isla rebosante de árboles floridos donde se alzaban torres de piedra blanca como la seda, esbeltas y graciosas como mujeres. Sumner se quedó maravillado por la tecnología.

—¿Qué es ese disco de agua? ¿Cómo...?

Mente-espejo, Cara de Loto. Hablaremos más tarde.

Dejaron su piragua en un atracadero de piedra y siguieron a su guía a un claro de grandes árboles sagrados. El gruñón los dejó allí, y contemplaron las fuentes flotantes cuyo chorro parecía pólvora en la brisa.

En la distancia, música líquida corría sobre la superficie de prados azules. Un gruñón de piel plateada se les acercó por un camino de madera con postes recubiertos de rosas.

Saludos, Deriva. Saludos, Cara de Loto.

Saludos Bir, envió Deriva.

Bir se inclinó hacia Sumner. Ésta es tu primera visita a los Sarina. Espero que no la encuentres demasiado indigna.

—No sabía qué existían tales maravillas. —Sumner miró más allá de los árboles, donde asomaban estilizados edificios del color de la luna—. ¿Cómo construisteis todo esto?

La cara plateada de Bir mostró una sonrisa. Si intentara decírtelo, sólo nos confundiríamos ambos. ¿Y por qué aburrirte con la historia cuando puedo compartir este momento contigo?

Bir señaló una pequeña explanada de losas verdes y negras entre el claro de árboles gigantes. Deriva abrió el camino y se sentó en un banco circular, todo él talado a partir de un tronco petrificado. Sumner se sentó junto a él y Bir los miró.

Una plegaria al Infinito, Deriva, pidió Bir, inclinándose deferentemente ante el vidente.

Deriva miró la larga avenida de árboles enormes y hierba de color de cobre y cantó:

Entre todo lo que hemos nombrado Sólo vosotros permanecéis sin nombre. Ayudadnos a conocerlos Como nosotros nos conocemos.

Bir asintió solemnemente. Maravilloso, vidente. Tu visión ve en sí misma. Rebuscó en una bolsita bajo el nudo de su taparrabos marrón y sacó un trozo de cristal. Ahora, vamos a celebrar. El cristal capturó un rayo de luz y destelló lanzas irisadas. Con destreza, Bir giró el prisma entre sus dedos recubiertos de vellos plateados. Los rayos del espectro se fundieron en una brillante banda blanca que, al girar más rápido, adquirió un neblinoso tono azul. Hizo girar con habilidad el prisma en su palma y la banda ondeó como una llama de gas para convertirse en un globo neblinoso azul brillante.

Bir acunó el globo entre las manos y se sentó observándolo a la luz moteada de los árboles. Después de un momento pasó la bola de luz a Deriva, quien la sostuvo con ternura en sus largos dedos de araña. Entonces se la ofreció a Sumner.

Este lo aceptó cauteloso, y en cuanto la luz alcanzó sus dedos una sonrisa beatífica alteró sus facciones. La tensión que las Madres le habían enseñado a recopilar en la base de su espina dorsal se desenroscó como la rueda de un hipnotizador y chispeó por su espalda. El cuero cabelludo le cosquilleó y una súbita e ineludible sensación de bienestar se afianzó en él, dura como el dolor. Bir le quitó el globo azul de las manos y lo devolvió al frasquito de plata.

Por un momento, profundos olores de humus, ricos y variados como una sinfonía, anclaron a Sumner, y contempló con silenciosa agonía cómo la opalina luz del sol se extendía sobre la hierba agitada por el viento. Por primera vez en su vida era verdadera y profundamente feliz. Con una risa que le sacudió los huesos comprendió que la vida no era una mierda. La vida era una corriente de amor...

Ahora tengo que irme, dijo Bir, con las manos sobre las rodillas. Gracias por compartir este momento conmigo.

Sumner miró a su alrededor con la alegría de un lune. Deriva tocó su rodilla y recordó la joya nido.

Bir la aceptó con ambas manos. Un hermoso regalo, dijo, sin retirar la seda negra.

Sumner contempló al gruñón como si acabara de verlo, advirtiendo la edad en el rudo hocico negro, la luz rojiza reflejada en su pelaje, el caracol rosado de sus orejas.

Bir caminó con ellos hasta un arroyo flanqueado por un camino de piedras jaspeadas. Un regalo de despedida, vidente.

Deriva se inclinó con deferencia y entonó psíquicamente: El ojo ve, pero en sí mismo es ciego. El azar es intento a alta velocidad.

Bir se inclinó y se marchó. A su paso las motas de polvo se convirtieron en luz.

Sumner quiso quedarse un poco más, pero Deriva insistió en marcharse. Nuestro propósito está cumplido. Éste no es nuestro lugar.

Mientras remaba para salir del atracadero y se unía a la comente, Sumner rehusó mirar atrás, aunque hervía de deseo. Paletearon en silencio con la corriente, cada uno sumido en una reflexión privada de remolinos soleados, orillas en sombras y el flujo musculoso del río.

Aquella noche, bajo un cielo repleto de estrellas, Sumner le habló a Deriva de la energía que había sacudido su espina dorsal, cargándole de euforia.

Los gruñones son maestros de la materia, explicó Deriva, sus ojos diminutos fijos en las llamas de la corteza aromática. Tienen máquinas que pueden hacer de todo, incluso crear cuerpos. Por eso el magnar ha vivido tanto. Él mismo fue un gruñón en otro tiempo.

—¿Entonces por qué vive en el desierto?

¿Quién lo sabe? Es tan imposible de conocer como las nubes. Deriva alimentó las llamas con trocitos de corteza. Lo que sé, pues lo he hablado con Bir y el magnar, es que Quebrantahuesos es un antiguo gruñón, uno de los primeros. Tal vez creció en Sarina. Quizá después de tantos siglos se aburriera de ser un gruñón.

El grito de un búho surcó la oscuridad del río.

—Hasta hoy, pensaba que todo lo que las Madres me han enseñado eran tonterías.

No... tonterías no. Las Madres son escrupulosas. La tribu significa más para ellas que ninguna persona o visión. Pero tienen conocimiento. Yo mismo puedo ver que te han entrenado bien. Estoy seguro de que lo que has experimentado hoy puedes repetirlo ahora a voluntad.

Sumner se inclinó hacia adelante y acarició los vellos de sus rodillas.

—¿Hablas en serio?

Deriva parpadeó. Por supuesto.

Sumner contempló las firmes estrellas a través de los fuegocielos y se concentró para calmar su corazón, súbitamente acelerado. Cuando volvió a mirar al né, su corazón aún latía con fuerza.

—¿Cómo?

Tu cuerpo lo sabe. Lo hizo hoy. Si te tranquilizas, recordarás cómo se sintió y podrás hacerlo de nuevo.

Sumner no le creía del todo, pero la idea ensombreció sus pensamientos durante el resto del viaje. Tras regresar a Miramol, se recluyó en la cámara que los né le habían dispuesto, y practicó las rutinas de tensión que había aprendido. Su deseo de repetir su experiencia en Sarina fue su mayor obstáculo, y tardó más de una semana en fijar la tensión en la base de su espina dorsal. Entonces comenzó el lento y extraño proceso de recordar cómo se había sentido para desenroscar aquella tensión. Pasaron días fútiles, y si en Sarina no hubiera experimentado tal alegría, se habría rendido. Los sentimientos, al principio, eran demasiado sutiles.

Pero entonces sucedió. No tan rápida o completamente como en Sarina. Fue diferente, pero bueno.

Guiada por su memoria, la tensión se desenroscó a lo largo de la estrecha longitud de su espina dorsal, tan suavemente que podría haberla imaginado de no ser por el súbito picor que se formó en la bóveda de su cráneo. Y entonces se produjo la familiar serenidad llenando todo su cuerpo de bienestar. No quedó subyugado, no como antes. Era más suave, una sensación tirante del momento que se expandía, se abría para revelar sonidos, sombras, olores que antes no le habían resultado interesantes: la refracción del ala de una mosca estrechando la órbita de su visión, distantes olores de plantas deslumbrando su nariz con un resabio de lodo. Era feliz... sinceramente alegre.

Varios años antes, en Dhalpur, Sumner conoció el éxtasis cuando su cuerpo y su mente se volvieron uno. Pero la alegría que sintió entonces no era nada comparada con el bienestar que brotaba ahora de su cuerpo. De pie en su piragua en un claro inundado de luz, murmuró el nombre sagrado de la nutria. Su llamada fue una exultación, no una prueba, porque había rastros de nutria por todas partes: rocas amodorradas en bajíos cubiertos de hojas, niebla lechosa entre los helechos y raíces blancas se curvaban fuera del agua.

La llamada no sólo vibró en su garganta: brotó de su pecho y se unió a las invisibles energías-nutria de las rocas, la niebla y los helechos. Con esa sensación, Sumner comprendió que estaba conectado por una energía vaga y persuasiva a todos los símbolos de nutria que le rodeaban. Él era el claro, la luz astillada, el agua salpicante, los helechos y las rocas.

Toda su espina dorsal vibró, y sintió que la psinergia que se había secado en él regresaba súbitamente, curvándose a través de las ramas de los árboles, arqueándose sobre el agua cubierta de polen, regresando a los tensos nudos de su cuerpo. Era tal como las Madres habían dicho: la espiral estaba en todas las cosas.

El agua se agitó, y una docena de cabezas negras y viscosas apareció al otro lado del claro. Las narices de las nutrias se retorcieron mientras miraban a su alrededor, y entonces varias de ellas se subieron a las rocas planas y a las raíces, arrastrando chorros de agua. Miraron a Sumner, sus ojos negros fijos, la piel oscura viscosa por la humedad. Una risa alegre se tensó en el vientre de Sumner. Todo estaba conectado. Todo era ello mismo y

lo mismo. Quebrantahuesos era un puma y un cuervo y un viejo. Y Sumner también podía serlo. Todo era cuestión de permitirlo. Su mente se bamboleó, y se rió en voz alta.

Las nutrias se zambulleron en el agua y desaparecieron. Dos volvieron a alzarse muy lejos, miraron a Sumner y luego se marcharon.

Colmillo Ardiente observaba unas palmeras espinosas desde un banco de arena. Regresaba de Ladilena, un pueblo Serbota cercano, donde había estado revisando a las nuevas esposas. Las mujeres eran altas y hermosas como la luna nueva, y sus rituales había exaltado en él todos los buenos sentimientos. Sin embargo, la sensación desapareció cuando oyó la música extática tras el banco de arena. Era auténtica música: ritmos calientes, melodías, el deseo que siempre había querido provocar con su arpa diablo. Pero cuando llegó al banco de arena y miró entre las palmeras espinosas, la música había terminado, y se sorprendió al ver a Cara de Loto comunicándose con las nutrias.

Colmillo Ardiente se agachó en su piragua, inclinándose hacia adelante, el vello de su traje de piel de mono empapado de agua. Su visión aún estaba nublada por la música visionara que había oído, y agarró el crucifijo que colgaba de su cuello e invocó en silencio a Paseq. En ese instante, aunque no había hecho ruido alguno, Cara de Loto se volvió y miró directamente hacia el lugar donde estaba escondido.

Colmillo Ardiente se levantó, devolvió avergonzado la mirada a Sumner y luego desapareció. Los colmillos de jabalí de su proa aparecieron entre los juncos, y se deslizó hacia el claro.

Cuando se internaba con su canoa en un montecillo de mirtos, volvió a oír la música (suave como el agua bañada por el sol) y, como el girar de una lente, su visión se agudizó. Ni siquiera había advertido que su vista se había ido debilitando con los años. Por reflejo, se frotó los ojos.

Extrañamente maravilloso... vio la belleza más claro que nunca. Sintió sus ojos curados por la energía musical que fluía de Sumner. Miró a Cara de Loto mientras su canoa se deslizaba hacia el claro y vio los arcos iris girando en la niebla a su alrededor. ¿Es este ser un dios o un demonio engañoso?

—No temas —le dijo Sumner, haciéndole señas para que se acercase.

Colmillo Ardiente se envaró.

—No tengo miedo —respondió bruscamente, y entonces se dio cuenta de que aún agarraba su crucifijo. Lo soltó, volvió a cogerlo y retrocedió en su canoa al darse cuenta que había comprendido a Cara de Loto. El hombre no había hablado en Serbot.

Colmillo Ardiente se sentó.

—No temas —repitió Sumner en Massel. Impelió suavemente, y la proa tallada de lotos de su canoa siseó al cruzar el agua caliente por el sol—. Todo lo que hemos querido siempre está a nuestro alrededor.

La música cosquilleante se desenroscaba con la bruma del pantano en las sombras de los grandes árboles.

Colmillo Ardiente observó la negrura de la cara de Sumner con desafiante aprensión.

—¿Quién eres?

—Me conoces —respondió Sumner, la espiral de poder giraba casi visible entre ellos.

—Eres un dios —dijo Colmillo Ardiente. Su propia voz le sonaba extraña.

Sumner sonrió.

—Si yo fuera un dios, el mundo entero sería así. —Abrió los brazos y ofreció su cuerpo a la luz rota de las aguas y a las enormes murallas de árboles en flor. Y algo flotante, inmenso y desconocido se movió entre ellos.

Colmillo Ardiente soltó el crucifijo y contempló con sorpresa el pacífico corazón del bosque. Cada árbol era tan grande en su sensación interior que el semental tembló al mirarlos. Bajo su sombra era meramente un ser de rocío que chispeaba frágil e indefenso.

Las palabras, los pensamientos, las dimensiones... toda la mente-mundo era un reino de muertos.

Se levantó y alzó sus manos y su corazón al flujo de luz y amor.

Sumner deambuló por el bosque que bordeaba el río arrebatado por el flujo de la consciencia en todas las cosas. Una luz más poderosa que la del sol resplandecía en los viejos árboles. A su sombra, los pensamientos y los sonidos se unían y lo visual se hacía visionario.

¡Todo es alimento!, un pensamiento se hizo voz. Cada sonido, cada olor, cada pensamiento nos cambia. En la mente de Sumner, lo que en realidad pensaba estos pensamientos era un árbol. Su silencio se amplió. Podía sentir la hierba creciendo debajo de él, el árbol expandiéndose a la vida. Entonces la idea de regresar, de sentir su propio cuerpo, de saltar y gritar de alegría, se abrió en él con risible insistencia.

Colmillo Ardiente permanecía sentado en la hierba tras Sumner. Estaba arrebatado por el miedo y la maravilla. Había seguido a Sumner porque las psinergías que aleteaban en su pecho le habían atraído. Pero ahora estaba nervioso. Sobre los bancos de barro flotaba un ser astral entre los temblores de calor. Veía la entidad tan claramente como veía las dos canoas varadas brillando con las vibraciones del sol. Pensó en regresar a Miramol.

Súbitamente, Sumner se puso en pie de un salto y rugió.

Colmillo Ardiente saltó, y una garza aleteó en la sombra verde del bosque. El tenso aire sobre los árboles hundidos en el lodo junto a las canoas cambió mientras el ser entrevistado se movía hacia ellos. Sumner permanecía de pie, con el cuerpo arqueado, sintiendo el amor que se deslizaba suavemente sobre el maravilloso vacío que lo sostenía todo. Una ráfaga de aire brillante removió la hierba y deslumbró las hojas y matorrales mientras el espíritu del pantano se centraba en ellos. Colmillo Ardiente se arrodilló y murmuró, y produjo un sonido largo y suplicante.

Sumner había abierto su mente al alma del río, y la consciencia radiaba hacia él en símbolos psíquicos. Alrededor del árbol giraban chispas a través de las sombras, y vio demonios y arcángeles, un torrente de todos los otros reinos que la mente humana hubiera creado jamás. Sin embargo, no tenía miedo. La forma en que había abierto su ser, reuniendo psinergia por el tótem de su espina dorsal, había estabilizado su cuerpo y estaba bien enraizada. Todo aquello que entrara en su campo etérico se armonizaría por el éxtasis de su UniMente.

Colmillo Ardiente se acercó a Sumner, su corazón y sus pulmones sin peso por el vidamor, las piernas cargadas de miedo ante lo que veía. Un enorme lagarto de mandíbula de cuchilla se debatía salvajemente en un charco de barro al otro lado del río. Mucho más cerca, el aire plateado temblaba, y el semental vio al semental anterior a él. Las magulladuras sangrientas de la fiebre que había matado a su maestro ensombrecieron los ojos del hombre y los rasgos que Colmillo Ardiente había amado una vez estaban hinchados de muerte.

Sumner no sabía qué era lo que estaba experimentando Colmillo Ardiente, pero vio el dolor en su cara.

El cielo se oscureció, y una tormenta de moscas verdes surcó los árboles. Colmillo Ardiente se acurrucó lleno de terror cuando las moscas empezaron a picar.

La risa rompió en la lengua de Sumner. No era Sumner riéndose... era el pantano mismo. Y, más profundamente, era la UniMente, llenándole de consciencia. Las moscas que le rodeaban eran el hambre de Dios. Y el hambre es sagrada, porque todo es alimento, y comer es todo lo que hay.

Unos chirridos estallaron a través de los árboles y una bandada de pájaros pasó junto a ellos, devorando las moscas. El aire era una confusión de plumas y colores deslumbrantes. Bruscamente, el silencio, y luego la risa sorprendente de un mono.

Colmillo Ardiente se arrodilló entre los tallos rotos de pamplinas con su rostro hecho un laberinto de emociones. Vio que las moscas se habían marchado, el aire cargado de sombras de transparencia y, en mitad de la corriente, un gigantesco lagarto de mandíbula de cuchilla se dirigía hacia ellos.

Sumner ayudó a Colmillo Ardiente a levantarse. En el hueco azul tras Cara de Loto, el semental vislumbró una multitud de mujeres: todas las mujeres con las que se había apareado. Las que había amado resplandecían con un brillante tono azul.

—Veas lo que veas —le dijo Sumner—, está dentro de ti. Pero hoy la espiral es fuerte en nosotros, Colmillo. Lo que sentimos vuelve hacia nosotros. Trata de sentirte bien.

Colmillo Ardiente tembló entre las manos de Sumner, cuyos hombros rezumaban truenos primaverales y la parte oscura de sus ojos azules temblaba con algo parecido al amor paternal.

—¡Pero mira! —insistió el semental, señalando el lugar donde se acercaba la masa verrugosa y verde del lagarto. Sus ojos ceñudos parecían ciegos y su largo hocico brillaba con muchos dientes rosados.

El primer impulso de Sumner fue saltar, pero el amor universal con el que se había unido era mucho más grande que él. Permaneció arrebatado mientras el gigantesco reptil se precipitaba hacia ellos. Colmillo Ardiente gimió y buscó su espada, pero Sumner lo cogió por la muñeca.

—Ámalo —dijo Cara de Loto, sin apartar los ojos de la criatura.

Colmillo Ardiente liberó su muñeca, pero no echó a correr. El lagarto había refrenado su avance. La cabeza plana y cornuda de la bestia, grande como un hombre, se detuvo ante ellos y se agitó en su hedor de algas de río y barro. Sumner extendió la mano derecha y el negro labio del lagarto la atrapó y se quedó transfigurado.

La cabeza de Colmillo Ardiente latía como si su sangre hubiera fermentado. Ante la gran presencia húmeda del lagarto, la luz del sol tenía la frialdad de la luna.

Animado por el poder en su interior, Sumner subió por las escamas de la colosal pata y hombro y se montó a horcajadas en la cabeza alargada. Tras extender la mano para ayudar a subir a Colmillo Ardiente, miró a los ojos al lagarto, y fue como mirar en el centro de un tronco.

Colocó a Colmillo Ardiente a su lado, y la gran bestia del pantano se volvió hacia el agua. Colmillo Ardiente aulló, soltó la trenza de su hombro y dejó que el humo de su pelo ondeara con el viento del río.

Sumner se echó a reír y alzó los brazos al aire. El agua pantanosa salpicaba a ambos lados, y se deslizaron corriente abajo hacia el verde hechizo brumoso del río.

El gigantesco lagarto llevó a los dos hombres hacia el norte todo el día por un sendero de árboles quemados por el sol y peñascos de color de buey. El agua que los salpicaba tenía el calor y el olor de algo vivo. Pantera, lobo, oso y ciervo los contemplaban desde los acantilados con despreocupación animal, tiñendo el aire con sus verdes auras.

De noche, con el cielo lleno de estrellas y fuegocielos, el lagarto continuó corriente abajo. Sumner se tendió contra la testa de la bestia y vio en las estrellas chispeantes la redondez del tiempo. Cada mota de luz que chisporroteaba en sus retinas era un ser vivo, la luz vital de otro sol que entraba y le cambiaba. Incontables estrellas y una interminable lluvia de radiación le penetraban, alterando su esencia más secreta. Al día siguiente, bajo un caluroso cielo, la comprensión de que a cada instante era transformado aún ardía como la llegada de un orgasmo.

Colmillo Ardiente permanecía cerca de Cara de Loto, contento más allá de lo imaginable en el halo dorado del hombre. Oyendo a Sumner hablar de las estrellas, la consciencia y la espiral, le dolían los oídos de escuchar, y trataba de encontrar de nuevo el extraño color en la voz del hombre. Pero la magia entre ellos no tenía grietas. Por la noche, bajo el plateado sendero de la luna, el semental dejó de tratar de comprender y

permitió que la clarividencia de sus sentimientos desplazara su maravilla.

Sin embargo, al amanecer, Colmillo Ardiente quedó de nuevo asombrado. Acurrucado en la espalda del lagarto gigante, mientras oía a las gaviotas salpicar el océano, miró a Cara de Loto.

—¿Por qué estamos aquí?

Sumner de pie, absorbía la penumbra del iris. Durante el viaje nocturno, el río se había ensanchado, y el ahora era un ahora tan profundo como sus vidas. Sumner se zambulló en las aguas de cabeza y Colmillo Ardiente saltó tras él. El lagarto los siguió hasta que llegaron a la orilla, entonces se hundió en su peso y se marchó.

En la playa de arena fina frente a una pequeña bahía con arrecifes tropicales, los dos hombres prepararon una hoguera.

—Somos cambiados a cada instante —dijo Sumner, tanto a las llamas chisporroteantes como a su compañero.

Colmillo Ardiente tocó el brazo de su compañero, deseando un momento de claridad.

—¿Por qué estamos aquí, Cara de Loto?

Sumner alzó la mirada de las llamas. La maravillosa telepatía que le había poseído se tensó en el único foco de dos sílabas:

—¿Por qué? —preguntó. Sus ojos, todo pupilas, aunque muy claros, brillaban. Miraban hacia adentro, recordando—. ¿Por qué eres el centro vivo del transparente e inflexible diamante del tiempo?

Colmillo Ardiente se encogió de hombros, helado y súbitamente cansado por la retirada de la psinergia de Sumner.

—Todos nosotros tenemos un destino —murmuró.

Sumner se puso en pie de un salto, dispersando el fuego. Permaneció retorcido, preso de una inmensa emoción, contemplando los rojos músculos del amanecer, recordando súbitamente con hipnóticos detalles su última conversación con Quebrantahuesos: la charla que el magnar le había hecho olvidar. Nada es aleatorio. Eres el eth... la entesombra de un mentedios.

Capturado por una sensación inmensurable, Sumner cayó de rodillas. Luego se tendió de espaldas y cerró los ojos. Ahora sabía por qué había venido aquí. Viajaba hacia el norte para encontrar al Delph.

Una oleada de luminosa sensación le alzó más allá de los huesos de su cráneo, y vio su cuerpo tendido en la arena blanca, Colmillo Ardiente acurrucado a su lado junto a las ascuas de la hoguera, las dos figuras disminuyendo en los recovecos de la playa y toda la playa y el mar brillando bajo la corona del sol.

Todo se transformó en oscuridad.

Fuera de su mente, sintió al Delph. Como todo, el mentediós era parte del ser de Sumner, el Uniser, y una corriente de amor los unía. Girando en el vacío del tiempo, estaba poseído sólo por el incipiente vidamor que habitaba en él. Fuera de aquel sentimiento de alegría deslumbradora, una carne diferente empezó a florecer a su alrededor. Los colores se volvieron formas y brillantes vibraciones se coagularon en sonidos... Una corriente estelar de música giraba al borde de su audición. Música pleroma, le dijo un sentido interno. En el aire flotaba un agradable olor animal, un regusto a almizcle. Un efecto tranquilizador, dijo más sólidamente la voz. Un sexoide.

Sumner entró en un cuerpo que no reconocía pero que, sin embargo, conocía íntimamente. Un ort biotectuado para canalizar tu psinergia. Ropas cómodas y ajustadas le acariciaban con cada movimiento, textura de gamuza, colores aterciopelados. Un adorno símplex. Estás en Grial, el santuario de la montaña de hielo del Delph.

Sumner buscó la voz que oía a su alrededor, pero se encontraba solo en una pequeña habitación de color de ostra. Cómodamente, las paredes se abrían y estiraban de forma inteligente mientras avanzaba. No había puertas, pero una pared se abrió limpia a un panorama de montañas blancas y verdes extensiones de valles selváticos. ¿Una prisión?,

se preguntó.

No, respondió la voz, áspera, dura. Un elegante pasillo se expandió a través de la pared, revelando cámaras brillantes llenas de rayos de luz y extrañas plantas aéreas.

Flechas de luz irisada se esparcieron por la habitación.

—¿Quién eres? —preguntó Sumner. Aunque lo sabía. Una música mental resonaba en su interior, augurándole todo lo que quería saber. La voz era una Voz, un cristal de pensamiento del tamaño de una montaña, un ser artificial creado para servir al Delph.

Soy Rubeus. Una célula de luz blanca apareció en el curvilíneo pasillo. Soy una inteligencia autónoma formada para proteger al Delph. Y tú eres Sumner Kagan, el eth. El que está metaordenado para cerrar el ciclo. La Voz era intensa. ¿Por qué nos persigues, reflejo interior? Di cuál es tu propósito al venir aquí.

—Me han conducido hasta este sitio.

Ignorante espasmo. La habitación se hizo más fría y oscura. Estás aturdido con tu desconocimiento. Eres un retortijón del Inconsciente del mundo, un mero reflejo. No te temo.

—¿Por qué tendrías que temerme? —Sumner extendió sus dos brazos y abrió las finas y pálidas manos de su nuevo cuerpo. Pero el espacio alrededor de Rubeus estaba caliente de frío, y tuvo que detener su gesto—. No pretendo hacer ningún daño.

No sabes lo que pretendes. Eres parte de un sueño más grande que tu mente. Estás metaordenado (destinado) para terminar con la continuidad del Delph. Pero ha habido muchos como tú a lo largo de los siglos, la mayoría con más consciencia de su propósito que tú. Todos han muerto. Yo los maté a todos.

La célula de seis rayos de luz destelló, y el cuerpo de Sumner se difuminó. La oscuridad se agolpó a su alrededor.

—¡Cara de Loto! —Resonó en su cabeza la voz de Colmillo Ardiente. Y se sentó en su nuevo cuerpo.

Colmillo Ardiente le ayudó a caminar entre matorros de juncos hasta que la psinergia empezó de nuevo a enredar el aire entre ellos. Cuando la almaluz de Sumner destelló en el aire con la luz del amanecer en el agua, buscaron judías geepa y fresas entre las raíces de los árboles al borde de la jungla.

Yo los maté a todos se repitió en la mente de Sumner durante muchos días, y tuvo que acumular un montón de vidamor para sobreponerse a su miedo. Arrebatados por la psinergia, Colmillo Ardiente y él vivieron en la playa, compartiendo consciencia con el bosque, los perros de las dunas y los delfines que venían con la marea. La visión de Rubeus se mezcló en la enorme sensación de bienestar de la psinergia de Sumner, y durante una temporada los dos hombres vivieron alegremente, libres de los recuerdos.

Una mañana repleta de nubes blancas con cabeza de bisonte, un puma de los pantanos apareció en el río. Ese día emprendieron su camino de regreso a Miramol.

Sumner, aún incapaz de pensar profundamente sobre sus experiencias psíquicas, no estaba seguro de lo que significaba ser el eth. En su visión de Rubeus sintió una horrible fuerza mecánica, aunque su miedo había desaparecido. Todo era vida. Incluso las cosas muertas de la jungla estaban recubiertas con una luz viviente mientras se convertían en minerales. ¿Qué había que temer?

La psinergia que circulaba por la espina dorsal de Sumner continuaba generando poderosas sensaciones de éxtasis. Pasaron semanas mientras los dos hombres se dirigían corriente arriba de regreso a sus canoas, pescando sin arpones, compartiendo sus días con los árboles, entablando amistad con jaguares y serpientes.

En el clima del aura de Sumner, Colmillo Ardiente estaba ausente y arrebatado de amor a las praderas, las flores salvajes y las vaporosas noches de la jungla. La base de su espina dorsal había empezado a picarle, pues su psinergia respondía a la de Sumner. Pero con la intensificación de su fuerza psíquica, vino una claridad más profunda que le asustaba.

Al final de un pequeño arroyo, en un peral no lejos de Miramol, una presciencia eléctrica atenazó sus entrañas. La energía titilante se aferró fieramente en su interior y le sacó de su piragua. Se acercó al bosquecillo. Allí, el aire temblaba como el cadáver de un animal recién muerto, y le aturdió una sensación de náusea. El bosquecillo, por un momento psicomimético, apareció envuelto con lazos ensangrentados de verde de intestinos y trozos de vísceras brillantes como mocos. La imagen se desvaneció rápidamente, dejando a Colmillo Ardiente tan aterrorizado que se apartó de los perales como si fueran fantasmas negros. Se dio la vuelta, dejando su canoa atrás, y corrió con fuerza hasta llegar a Miramol.

Apoyado en la puerta de su cabaña, febril de fatiga ahora que se hallaba fuera del espacio cargado de poder de Sumner, Colmillo Ardiente gimió, sus sentidos embotados. Se tumbó en su hamaca y se acurrucó. Su mente era una sombra. Durmió durante tres días.

Sumner tomó el camino largo para regresar al pueblo. La luz se dividía en sus pautas familiares en el río donde había cazado tantas veces. Al ver los conocidos árboles y meandros del río con su UniMente, el tiempo se acortó y los detalles se afinaron.

Vacío de palabras y lleno de asombro, Sumner regresó a Miramol. Ahora comprendía, como los ancianos, el secreto del Silencio. Cuanto más silencioso se volvía, más alcanzaba. Quebrantahuesos tenía razón: el mundo era sentir. Y quería sentirlo todo.

Mientras dejaba el embarcadero después de guardar su piragua, se detuvo para echar un vistazo a su alrededor. Su euforia se había reducido a una pacífica tranquilidad. Se sentía sobrio, tranquilo y feliz de estar vivo.

El cielo se cubría de una penumbra gris como el humo. Las mujeres regresaban de los campos, y los perros jugueteaban entre sus piernas, mordisqueando una pelota de cuero. Los animales la empujaban una y otra vez, y las mujeres se movían con gracia entre ellos, charlando en voz baja. Tras ellas, se acercaban los niños, con mariposas en el pelo suelto. Esperó a que pasaran, y luego los siguió hasta el comedor, la alegría caliente en su interior, eterna como el fuego.

Sumner vivía con los né en su grupo de habitáculos de pino y serenos patios. Cada mañana se sentaba entre los cipreses al borde de una negra laguna sin fondo y rodeado de una docena de diminutos y calvos né. La mayoría de ellos se sentaba simplemente en semicírculo ante él, las piernas encogidas bajo sus túnicas blancas, las manos marrones y arácnidas sobre el regazo, recibían la paz que llenaba el aire a su alrededor. Otros llevaban sus útiles de trabajo a los patios que daban a la laguna de los cipreses negros. Una alegría mística se esparcía por el lugar, mientras muchos de los né gozaban de experiencias profundas en aquellas mañanas.

Por la tarde, Sumner trabajaba para la tribu en los campos de verduras y, a veces, en los establos de apareamiento. Por las noches, después de la lluvia, bailaba con las mujeres jóvenes o se acercaba al borde del pantano con los hombres para cazar con halcones nocturnos. El poder extático en él se había calmado desde que empezó a sentarse con los né, y se sentía verdaderamente satisfecho de su vida.

Los né más viejos se sentaban cerca de él durante sus meditaciones matutinas. Sus ojos diminutos brillantes de delirio, sus voces mentales e instructivas: Eres la consciencia en sí, no los objetos de la consciencia. Usaban prismas de colores claros y tambores de agua para ayudarlo a relajarse. Tienes un cuerpo, pero no eres tu cuerpo. Eres la consciencia de tu cuerpo. Tienes pensamientos, pero no eres tus pensamientos. Tienes sentimientos, pero no eres ellos. ¿Quién eres?

Era consciencia. El ser brillaba a su través, sin fisuras como la luz del sol, y su cara profundizó en el mundo.

Manojos de recuerdos emanaron de sus sensaciones psíquicas: la poesía de los olores

de la laguna le recordó a Mauschel y su esquife del pantano. La imagen giró en un reflejo de llamadas de pájaros azules y verdes.

¿Quién oye?, preguntaron los né. ¿Quién recuerda?

Los olores floculentos del pantano, los recuerdos y los rítmicos golpes de los tambores de agua caían sobre él, convirtiéndose en el color del vacío, el sonido de la nada. Sólo el constante flujo de sonidos y sensaciones que caían en él parecía sólido.

Has tocado el centro de la espiral.

Como los colapsar que había visto en su escánsula cuando era niño, como estrellas demasiado grandes para su energía, percibía la consciencia como el agujero negro en el que todo caía. ¿Dónde iban esos ruidos, colores y pensamientos?

Las notas producidas con los nudillos en los tambores de agua apenas vibraban en el aire lo suficiente para ser oídas, y la monótona tarde que pasó mirando ausente las animaciones de colapsar en la escánsula brillaron para convertirse en un recuerdo exacto. De nuevo vio cómo las imágenes tridimensionales del ordenador se tensaban a través de la espiral de estrellas para formar un único punto en el centro: la singularidad donde el espacio dejaba de existir.

La imagen de la escánsula giró y se dividió, revelando una complejidad de involuciones como las de una concha. Una voz fantasmal explicaba, más rápido que las palabras, que el colapsar estaba gravitacionalmente distorsionado, y que de sus polos surgía la más poderosa radiación concebible: la luz de una fuente de infinita curvatura espacio-tiempo.

El Infinito es Unidad, le dijeron los né, llenos de fuego de la UniMente de Sumner. Todas las cosas son una cosa.

El recuerdo de Sumner de la escánsula se suavizó, y una luz bruñida latió tras sus párpados y su reflexión cristalizó en comprensión. Cuando la tierra entró en línea con la radiación colapsar, el universo se convirtió en el multiverso, y la consciencia del cosmos, la luz del infinito, animó las formas genéticas y de pensamiento que había con una consciencia más antigua que el tiempo: voors, mentedioses, distors tempolaxos, eth... todos fueron luz estelar terraformados desde el corazón de la galaxia.

La música de los tambores se detuvo súbitamente, y voces ahogadas y chirridos de pequeños pájaros devolvieron a Sumner a su cuerpo. Arremolinándose en la musculosidad de su cuerpo, con el corazón inmóvil y sin visión, sintió al Delph, distante aunque cercano, como el interior de un trueno. Una montaña blanca, aguda como el cristal, apareció y se desvaneció. Grial, el reino de la montaña de hielo de Rubeus.

No hay razón para ir excepto la ida, le dijeron los amables né. El voor en tu interior tiene un propósito: matar al Delph. Pero tú no tienes propósito. El eth es una de tus máscaras. Pero tú no eres el eth. Muchos eth han venido antes que tú. Otros vendrán después. ¿Quién eres?

Voces ahogadas de furia se intensificaron en la puerta del patio de cipreses, y Sumner abrió los ojos. La luz del sol que se internaba a través de los antiguos árboles se posó como pájaros brillantes entre la hiedra de la verja redonda. Varios pequeños né de ropas azules discutían allí con una mujer de grandes huesos: Orpha.

Los mayores hicieron señas para que la dejaran pasar, y ella se alisó la maraña de sus cabellos con compuesta dignidad.

—Lamento perturbar las famosas meditaciones matinales —dijo con sardónica seriedad—, pero el magnar tiene un mensaje importante para Cara de Loto. —Salió del sendero de piedras y atravesó la alta hierba hasta donde estaba sentado Sumner. Su sombra cubrió a dos né—. El magnar te ordena que dejes de acumular kha.

No más energía extática.

La Madre ignoró a los né y continuó mirando a Sumner.

—El magnar y tú tenéis un enemigo. Si lo atraes, destruirá Miramol. Algunos videntes han visto esto. —Se sentó junto a Sumner y colocó una gruesa mano sobre su pecho—. Tu servidumbre termina con el próximo cambio lunar, Cara de Loto. Llévate tu kha al

desierto. Protege al pueblo y a los né.

Sumner le cogió la mano para consolarla, pero antes de que pudiera hablar, un grito atravesó la puerta de la luna, dispersando a los né. Negras alas de ropa revolotearon por el patio y entró gritando una Madre ciega de pelo salvaje:

—¡No hay secretos! ¡Nuestros sentidos cubren el mundo! ¡Lo que se ve es visto!

Orpha se enderezó.

—Jesda, éste no es tu sitio.

—Ni el tuyo, hermana. —Las manos de la Madre ciega revolotearon sobre su cabeza como gorriones asustados—. El mundo ha sido llenado. He sido testigo.

Sumner miró a los né mayores que estaban a su lado y el más viejo asintió y le dijo: Hace cuatrocientos años, Perro Hambriento, el primer vidente, profetizó que Miramol no moriría hasta que las Madres vinieran a los né.

—Y aquí estamos —susurró Jesda, caminando sin ver entre un banco de hiedra y dirigiéndose al estanque. Sus faldas negras se arremolinaron en el agua alrededor de sus caderas, y chilló—: ¡Lo que veo es visto!

Orpha cogió el brazo de la mujer ciega y la sacó del patio.

—Hemos acabado aquí, hermana. Vamos a casa.

—Espera, Madre. —Sumner se puso en pie—. ¿Puedo hablar contigo, Jesda?

—¡Habla! —Sus mangas mojadas golpearon el aire con sus bruscos gestos y Orpha dio un paso atrás—. ¡Farfulla a la Vastedad!

Sumner avanzó, y el furioso dolor de la cara de Jesda se suavizó a una inactividad entremezclada con pena y claridad. Sumner experimentó un aullido de lenguaje mental y un arrebató mareante mientras su campo etérico penetraba el de ella.

Era tempolaxa. A través de un borboteo de formas de pensamiento que se disolvían, Sumner vio el corazón estelar, la blanca luminosidad del primer momento, desde el origen del tiempo, formada como una sombra retinal sobre el valle de cipreses y la cara hundida de la anciana. Apartó un mechón de pelo gris de su frente y la UniMente entre ellos tembló en exquisitas escalas de color, trémula en las sombras de su visión.

Jesda suspiró y tomó amablemente sus dos manos. Estaba silenciosa como un árbol, su ceguera infusa con un temblor violeta.

—Cielo y tierra se mueven al compás —le dijo amablemente—, pero la mente es inmóvil... por fin. —Su tenaza se tensó, y se inclinó hacia adelante, tocando con su frente las manos entrelazadas de ambos—. Somos presencia. —Cuando alzó la cabeza, sus cuencas vacías estaban llenas de lágrimas. Se volvió hacia Orpha—. Vamos, hermana.

Después de que las Madres se marcharan, el patio y las terrazas que lo rodeaban se poblaron de excitados né. El mayor de todos cogió a Sumner por el brazo. Sus ojos eran dos pozos brillantes dentro de la piedra de su rostro. Tu UniMente está clara, Cara de Loto. Has trabajado duro para esto. ¿Qué harás ahora?

Desde más allá de la pared del patio, un gemido tembló; después se convirtió en la risa demoníaca de Jesda.

Colmillo Ardiente estaba sentado al sol en lo alto de los establos de apareamiento. Miramol parecía flotar a la deriva en la ola verde del bosque de la lluvia, todo lleno de troncos recubiertos de enredaderas y juncos. Una curva en el río destellaba entre los enormes árboles y los pájaros revoloteaban en círculos en el cielo.

En el patio de abajo se encontraba la carreta engalanada que había llevado a las doncellas de Miramol a su nuevo hogar en Ladilena aquella mañana temprano. Un joven ayudaba a salir de la carreta a las mujeres nuevas, contando chistes en voz alta tanto para tranquilizarse él mismo como para tranquilizarlas a ellas. Era fuerte y bien parecido, con ojos anchos como los de un puma y una orgullosa cabellera. Aun así, Colmillo Ardiente necesitaría toda una estación para educarle y pasarle el sentido de la misión que serviría cuando su lujuria se ensombreciera. Pronto el muchacho estaría tan aburrido

como ahora ansioso.

Colmillo Ardiente se puso en pie y se desperezó, mirando más allá del amasijo verde del bosque donde la tierra se convertía en desierto. Cara de Loto se había marchado en aquella dirección dos días antes para reunirse con el magnar por última vez en su período de servicio, y el semental recordó lo mucho que el hombre había cambiado: ahora se movía más con la tranquilidad de un tribeño que con la precavida reserva de un guerrero, y pasaba más tiempo con las mujeres...

—Colmillo Ardiente.

El semental se giró, y sus rasgos cambiaron. Orpha se alzaba ante él con una joya nido en la mano, su cuerpo delgado y fantasmal como el fuego.

—Ven a la Madriguera, semental —dijo el espectro, haciendo gestos hacia lo invisible—. Ven, rápido.

Colmillo Ardiente bajó las escaleras de caracol de la torre y corrió a través de los fangosos callejones. Cuando llegó a la Madriguera, sus gruesas piernas estaban salpicadas de barro y jadeaba. Deriva esperaba fuera de la entrada repujada de turquesa con varias Madres. Cogió la mano del semental y el frenesí de su carrera se suavizó.

—Debes recorrer de nuevo el Camino, semental —dijo Orpha. Le puso la mano en el hombro y su cara se deformó en un grito silencioso—. El magnar se está muriendo.

Quebrantahuesos contemplaba la noche azul desde su caverna en el acantilado. La neblina helada brillaba en el horizonte, y sobre ella la luna se movía a través de un arco iris nocturno. Cerró los ojos y se volvió hacia el este. Las sombras se abatieron a través de él. Estaba deslizándose, el frío aire de la noche sacudía su fino cuerpo. Las estrellas se movían en bandadas. El paisaje iluminado por la luna con sus contornos rotos giraba debajo. Huellas de coyote salpicaban las brillantes dunas de arena como capullos oscuros. Los cactus se alzaban solemnemente a lo largo del borde del risco.

No se movía nada a la vista. Y sin embargo, el cuervo con el que se había fundido Quebrantahuesos estaba excitado. Algo le había despertado, pero fuera lo que fuese, no había ninguna huella en las sombras grises de su memoria.

Quebrantahuesos alteró su respiración y el tempo-sueño cambió. Entró en un coyote asomado a una roca, olisqueando el aire en busca del calor de los seres vivos. Su sangre latía con fuerza por el impulso de la luna llena, alzando los finos pelos de sus orejas, enviando urgentes escalofríos por la curva de su espinazo. No había final para el cielo. Cosas cambiantes (pájaros oscuros, insectos) se deslizaban por el aire. La luna lo impulsaba todo hacia arriba. Y un aullido tembló en su garganta, el fragmento final de una canción comenzada hacía mucho tiempo y no concluida nunca.

Pero el coyote detuvo el aullido y lo convirtió en un gruñido. Un olor caliente y pegajoso asaltó su nariz y tensó el pelaje de su cuello. Olor de hombre. Dio un nervioso círculo, se detuvo de nuevo y se enfrentó al viento. Soplaban desde las huellas de las jóvenes hermanas, los llanos caminos de roca entre las altas piedras.

Quebrantahuesos hizo que el coyote bajara el sendero de roca hacia el punzante olor. El animal no quiso acercarse más, y el picor de la orina entre sus patas se volvió intenso y le forzó a detenerse. Pero había ido lo suficientemente lejos. Ahora pudo ver al hombre siguiendo la pista de las hermanas. Los brillantes ojos oscuros del hombre se posaron en él durante un momento, midiendo la distancia entre ellos.

Sumner salió de las sombras, alto y cómodo, la luz de la luna destellaba en la quemadura en forma de loto de su cara. Quebrantahuesos sonrió para sí y dejó al coyote entregado a sus canciones lunares y su propia despreocupación intrépida.

Abrió los ojos mientras un aullido largo y distante temblaba entre las torres de roca. Sumner estaba cerca. Había recorrido un largo camino sin que Quebrantahuesos fuera capaz de encontrarle... y el joven guerrero ni siquiera intentaba esconderse. Simplemente era cauteloso a la manera de cualquier animal que conoce a sus depredadores.

Quebrantahuesos bostezó y se desperezó. La escarcha y la luz de las estrellas ardían azules en las formas de las rocas. Se levantó y escuchó la ondulante canción del coyote. Era hora de bajar y reunirse con su siervo por última vez.

Un latido de tristeza tamborileó en su pecho, pero pasó rápido. Tristeza y alegría, y muy por encima del erosionado desierto, el viejo hueso de la luna. ¿Cuántos años había tardado en ver que en realidad eran lo mismo? En todo trabajaban idénticas fuerzas: olas, corrientes, flujos y espirales de poder.

Los dibujos de las rocas plegadas llamaron su atención: las cicatrices de los glaciares, las mismas líneas cansadas en el agua corriente o en los ventrículos del corazón donde la sangre había circulado durante muchos, muchos años.

Sumner caminaba despacio a la luz de la luna por la ladera de los taludes y bajo las empinadas paredes de mesetas de color de sangre seca. Pasó una ráfaga de viento como un suspiro, y detectó un débil olor dulce de enebros ardiendo. Se movió en esa dirección, deslizándose en silencio sobre las dunas. Todos sus sentidos estaban alerta, azuzados por los extraños sonidos que había visto en su viaje nocturno: un cuervo lunático marcaba extrañas pautas sobre las dunas y un coyote de ojos salvajes orinaba tan cerca que podía tocarlo desde donde se encontraba.

Una canción del coyote de los Serbota repitió sus ritmos en su mente:

*Coyote que aúllas
A la luna. Como nosotros
Sin saber qué pedir...
Hambriento
De lo que ya tienes
Como un sueño dormido.*

Sumner siguió el ardiente olor bajo monolitos corroídos y sobre riscos limados, y pronto la zarpa sin savia de un enebro muerto apareció sobre las dunas iluminadas. Había un cuervo posado en la copa del árbol muerto, y en la base, donde la dura corteza negra se afianzaba en la piedra, se hallaba sentado Quebrantahuesos. Las llamas de una pequeña hoguera danzaban ante él.

Sumner devolvió el saludo del magnar y se sentó ante él, colocando su bastón sobre sus rodillas. Contempló el lúgubre rostro de Quebrantahuesos sin expectación.

El anciano le miró a su vez con ojos sombríos. La luz corpórea del eth era un amarillo cristalino más profundo que la luz del sol, y la armonía de su vida interior se hacía visible en el gracioso latido de su aura. El magnar estaba complacido, pero para probar la UniMente de Sumner, dejó que su fuerte sentido brotara de él.

Sumner sintió la psinergia como un súbito frío en el abdomen. Un dolor verde atenazó su estómago, y dio un respingo. Pero no retuvo el frío flujo. La psinergia se aferró profundamente en él, y en el momento en que el dolor aumentó más de lo que podía aguantar, la psinergia recorrió su espalda y se disolvió en el vacío tras sus ojos. Sumner parpadeó y se acomodó. Sabía lo que había hecho el magnar, y estaba orgulloso de ser lo bastante claro para que el poder lo atravesara. Se sentía abierto y fuerte como el viento.

Quebrantahuesos se echó a reír y se frotó el vientre. Sumner estaba tan vacío que el anciano casi había caído en él. Retiró la sensación helada de sus entrañas y le preguntó con una sonrisa:

—¿Por qué viajas en la oscuridad?

Sumner sonrió burlonamente, y entonces reconoció la inocente pregunta como un desafío. Pero en vez de buscar una respuesta, escuchó el ansioso grito del viento. El fantasma de su respiración brilló con la luz de la hoguera.

—Hace demasiado frío para quedarse quieto.

La sonrisa de Quebrantahuesos se ensanchó y sus duras mejillas despellejadas por el sol se abultaron.

—Hace más frío donde nos dirigimos.

Sumner frunció el ceño, inquieto por la alusión del magnar a la muerte.

—No importará cuando llegemos. —Sumner escupió a las llamas. El fuego chasqueó como una serpiente furiosa.

Los ojos de Quebrantahuesos resplandecían de risa y envolvió a Sumner con ellos.

—Incluso la verdad es un peñasco que puede atormentar a un mono durante toda su vida.

Sumner sonrió. El juego al que jugaban le divertía, pero Quebrantahuesos tenía razón: los juegos de pensamientos eran incómodos y peligrosos. Escuchó el chirrido del viento frío al soplar por entre las profundidades de la noche.

—¿Qué sabemos?

Quebrantahuesos aplaudió alegremente.

—Eso es. Estamos vacíos como el viento... pero moviéndonos, siempre moviéndonos.

—Y cantando.

—Sólo cuando topamos con las cosas que nos encontramos en el camino. Como el viento, nunca cantaríamos sin obstáculos.

Sumner se echó a reír y asintió.

—Cantamos, lloramos y nos reímos al mismo tiempo. Pero nadie nos oye.

—¿Quién sabe? —El anciano hizo un gesto hacia la luz difusa sobre ellos—. Somos más grandes de lo que podemos imaginar.

Los dos hombres permanecieron sentados durante horas arrojando ramas al fuego, hablando y no-hablando. Al amanecer, Quebrantahuesos se levantó y señaló un bajo risco de arenisca.

—Mi última orden para ti es que vayas a ese montículo y te sientes allí hasta que el voor que está en tu interior regrese. Escúchale. Si decides que no quieres compartir tu vida con él, regresa a mí y te liberaré. Por lo demás, no tendrás que pensar más en mí. Has aprendido a no dejar huellas. El resto no es necesario —El magnar se llevó una mano al corazón y se inclinó—. Saludos, guerrero.

Sumner contempló a Quebrantahuesos hasta que desapareció tras una alta roca; luego se dirigió al montículo y tanteó la oscuridad con su bastón en busca de serpientes y escorpiones. Se sentó de espaldas al risco y observó la escarcha convertirse en rocío a medida que los colores del mundo se encendían.

Sumner se acomodó en la sombra. Trató de mantenerse en autoscan para reducir su ansiedad por confrontar al voor, pero tenía sueño, y por su mente aleteaban pensamientos aleatorios. Se preguntó si Colmillo Ardiente estaría practicando la pesca con anzuelo que le había enseñado. La idea de pescar le recordó el escamoso abrazo de una de las mujeres distor y el agudo y penetrante hedor de su cuerpo. Dio un respingo y tuvo que pensar en Deriva para tranquilizarse: la mente observadora y elegante tras aquella rígida máscara le desafiaba constantemente con las extrañas letras de sus cánticos:

Nada se pierde nunca Sólo está de camino.

Sumner durmió profundamente hasta el mediodía. Entonces miró al blanco y fiero sol, cerró los ojos y continuó durmiendo hasta el atardecer. Soñó que estaba de nuevo con la Madre ciega. Ella susurraba un nombre sagrado en su oído, y cuando él lo repitió en voz alta un alce blanco salió del bosque, la luz del sol giraba en su cornamenta...

Sumner se despertó y con el agua tibia de su cantimplora se lavó el regusto de sueño. Se metió una ramita negra entre los dientes y sorbió el sabor dulzón de la raíz. El desierto

pintado se extendía ante él: arco iris de ágata y luz en las rocas.

Un grito se elevó entre las montañas. Llyr, la estrella del atardecer, ardía fría y plateada sobre el horizonte, temblando en las capas de aire. La vaga espuma verde de los fuegocielos se esparcía y se reagrupaba con un viento insensible. Sumner se sumió en autoscan, observando a los murciélagos revolotear y chirriar entre las espirales de roca.

Otro grito surcó el desierto, alto y tenso. Se perdió sin producir un solo eco: un grito fantasma. Sumner permaneció inmóvil y observante, aunque sabía que no era la llamada de una criatura. Agujas de cristal destellaban en la arena parabólica a medida que la última luz se desvanecía. Se concentró en las estrellas titilantes en el aire estriado sobre el borde del mundo.

Hasta que se alzó la luna y su clara luz inundó las dunas y rocas no oyó el grito por tercera vez: un grito ululante. Otra vez sin eco, y advirtió que el sonido se producía en su interior. Otra llamada surcó temblorosa sus músculos y estalló en su cabeza con un aullido: los gritos aturdidores de los voors muertos súbitamente rasgaron el aire a su alrededor, sacudiéndole y arrancándole de su autoscan. Electrificado, su cuerpo saltó, aunque su cara permaneció inmóvil como una efigie. Descargas de gritos le aplastaron y le dejaron tendido en el suelo, contemplando los arrogantes fuegos nocturnos.

El fuerte miedo se desató, recorrió su espina dorsal y estalló en su mente con un amasijo de colores temblequeantes, y empezó a revivir las muertes de los voors.

Arrastraba los pies sobre hielo jaspeado. Sobre él brillaban dos soles; uno bajo en el horizonte de color carne; otro de un color ventoso y rizado. Herido por flechas, apuñalado, arañado, estaba muriendo. Una lengua dolorida saboreaba el regusto inexorable de la sangre...

Se convirtió en una criatura iridiscente, enraizada como un árbol, una linterna de agua, y luego una vida brumosa y espirituosa, que lloraba mientras se disolvía... un serpiente, con cráneo de luna... una diatomea con tentáculos...

Sumner trató de recuperarse, pero caía, atrapado por una fuerza que barría a través de vidas: incontables formas, incontables mundos. Su propia vida era meramente otra forma. Y él era todas ellas; podía ser de nuevo cualquiera de ellas.

Se convirtió en un ser mucho más grande que una ballena, un ser enorme, como un planeta, arrecifes de roca viva zozobraban a través de la luz pura de las estrellas, traduciendo la energía en música. En su mente arrebatada con curvas de distancia resonaban brillantes cánticos que resplandecían mientras los impulsos estelares apartaban al ser de su sol...

Sumner apretó la tierra bajo él y se forzó a estar alerta.

La aterradora confluencia de sonidos e imágenes dentro de la oscuridad interior de su cuerpo empezó a acumularse de nuevo. Nubes de luz se enroscaron en su visión, y el gemido fantasmal se tensó en sus oídos. Sin embargo, estaba tranquilo. Nada podía herirle ahora, pues nada podía tocarle. Estaba vacío como una cueva, sus sentidos estaban huecos e intangibles como ecos.

Corby asomó como un fantasma en su interior. El voor estaba alarmado. Un año en Iz sin forma física le había disminuido. Los latidos percusivos, el tambor y el gong de los voors muertos, no afectaban ya al cuerpo de su aullador. Ni siquiera la visión arrebatadora de la lenta muerte de línchala con sus fervientes canciones estelares podía alcanzar a Sumner.

Soy yo, padre. No puedo continuar sin ti. Escúchame.

La voz de Corby resonó en los oídos de Sumner, distorsionada por el chirrido de gritos desconsolados de los voors muertos. Sumner dejó que la voz le atravesara como un pensamiento vacilante.

Después de un viaje tan largo, ¿puedes rechazarme? Una vez más, las cambiantes imágenes de las migraciones de los voors empezaron a chisporrotear a través de Sumner. Al instante estuvo en aguas cenagosas, débiles y llenas de peces viscosos, sintiendo

hambres innumbrables, su visión abrumada por ojos acechantes...

Sumner relajó sus músculos más profundos, y las extrañas sensaciones desaparecieron.

No me ignores, padre. Escucha... Tengo conocimiento. Corby volvió a concentrarse y dejó que saltaran manojos específicos de pensamiento entre Sumner y él.

Burbujas de luz plateada surcaron la mente de Sumner, estallando en pensamientos. De repente lo comprendió todo sobre las joyas nido. Supo completa y claramente cómo se formaban las semillas con raros minerales y hormonas extraídas de voors específicos. La técnica había sido perfeccionada en una distante galaxia donde homínidos de pelo azul tenían órganos para eliminar los excesos de iones metálicos de sus cuerpos. Algunos voors recordaban cómo extraer esas sustancias, y habían modificado sus formas humanas para hacerlo, así. Las semillas eran plantadas en caras de roca donde el contenido mineral, la humedad y la temperatura permitían la ampliación del kha del donante encerrado en metal. Tras varios siglos de crecimiento, los cristales fueron recolectados. Eran cristales poderosos, pues en ellos había sido alterado el kha a una ventana-lz, un lugar de observación acausal que...

Sumner relajó de nuevo sus músculos profundos, y los pensavoluciones se redujeron y desaparecieron.

¿Estás loco? La voz de Corby era aguda, un vapor debilitado por el viento de los murmullos vooricos. Te estoy ofreciendo poder. Puedo mostrarte cosas de las que ningún humano ha sido testigo jamás.

La mente de Sumner destelló de conocimiento, se acomodó y resplandeció de sudor frío, comprendiendo súbitamente el secreto de la muerte. No era extinción, después de todo. El colapso del organismo liberaba sutiles energías: psinergia. Aquellas energías vitales se mezclaban con las fuerzas a su alrededor, moldeadas y realineadas en otras configuraciones, otras formas de vida, muchas de ellas impensables para una mente humana.

En el vaivén de su nuevo poder, atisbo las formas avanzadas: momentos refulgentes de seres azules y fragmentarios que pasaban el invierno en una vastedad de luz suave... demasiado extraños para ver con claridad. Animales como bruma, formas giratorias, disueltas una dentro de la otra con sonidos de ganado y chirridos de pájaros. La rápida fuerza latente de una rata saltarina ensangrentada se convirtió en un halcón hambriento y el circular paso de un tiburón agotado, sus neblinosas psinergías se acumularon en el tenso y caliente poder de la vida...

La visión cubrió los ojos de Sumner como una fiebre. Respiraba con dificultad, y tuvo que cerrar los puños para recuperar el sentido de sí mismo.

—Sueños dentados —murmuró una vez, y su mente empezó a despejarse.

Espera... hay más. Puedo mostrarte tu poder-eth...

Sumner cortó la voz quejumbrosa en su cabeza. La escarcha había dejado sus ropas rígidas, y sentía los músculos abotargados.

Corby sintió una erupción de poder mientras la mente de Sumner giraba sobre sí misma tratando de reorientarse. En ese momento se dio cuenta de que estaba perdido. Sumner era demasiado fuerte. Las pautas de conducta y rutinas de pensamiento que Corby había utilizando anteriormente para controlarle habían desaparecido. El aullador estaba vacío como un mage voor, y Corby estaba debilitado, reducido a mero impulso, cada día se hacía más vago. Sólo había una esperanza. Pero tendría que actuar con rapidez. El voor se zambulló en la consciencia de Sumner con toda su fuerza.

El súbito arrebató de ruido voor asaltó el cuerpo de Sumner. Retrocedió, las manos en la cabeza, sintiendo un coro de gritos demasiado agudos para sus oídos. El dolor difuminó el foco de sus ojos y sacudió su fuerza. Dejó caer las manos y se desplomó, su cabeza rebotó en el suelo, sus dientes castañetearon.

Pero el dolor no lo aplastó. Remitió. Su cuerpo respiró de nuevo y su cerebro en blanco

se llenó de luz. Las voces de los voors muertos tamborilearon en sus huesos.

El sol se alzaba sobre el risco, y una punzada de luz alcanzó sus ojos. Sumner parpadeó y la conexión entre Corby y él se consumió. Ayúdanos, Sumner, suplicó el voor. Nuestro viaje debe continuar. Pero los nidos no pueden unirse sin nuestros mentedioses. Tenemos que continuar. Pero no tenemos la fuerza para marcharnos sin nuestros mentedioses. ¡Ayúdanos! Un cortejo de voces suplicantes rebulló en sus oídos. El Delph nos está destruyendo. Tienes que ayudarnos a detenerlo. Gritos sin forma repicaron en su garganta. El Delph...

Sumner recuperó su atención y dejó que el lamento se perdiera en sus oídos. Ya había escuchado bastante a este voor. No podía decir si de verdad era Corby o no. Los voors eran traicioneros. Eso lo había aprendido de Jeanlu. No quería tener más relación con ellos.

Se puso en pie tambaleándose y se desperezó para sacudir el dolor de sus músculos. Con el sol de la mañana destellando sobre las dunas y calentando su carne entumecida, se sintió bien. La última orden de Quebrantahuesos había sido cumplida. Ahora podía buscarle y hacer que le purgara de esta posesión.

No más voors. No más sueños dentados. Había suficiente ilusión en su vida sin los recuerdos de mundos muertos hacía mucho tiempo.

Pero aun así, mientras caminaba dando tumbos sobre la arena surcada por el viento, se maravilló de que tales seres existieran: seres de luz, reformaban sus cuerpos, vagabundeaban eternamente. No existía soledad como la suya.

Nefandi permanecía en pie a la sombra de una roca contemplando a través de las lentes distorsionadoras del aire caliente del suelo del desierto. No se veía vida entre los arrecifes de hierro retorcido y oxidado. El cielo blanco y sin profundidad estaba vacío incluso de nubes, y los riscos y desfiladeros ribeteados de negro y púrpura ondulaban en las corrientes termales como una alucinación.

¿Por qué elegiría alguien vivir en este agujero de muerte?, se preguntó, royendo la colilla de un cheroot apagado. Se quitó el sombrero de ala ancha y se secó el sudor del rostro. El calor le hacía parecer triste, pero aún había amenaza en su único ojo rojo y en la cicatriz vidriosa que surcaba su oscuro rostro desde el ojo-espejo hasta la mandíbula ancha y atenazada. Volvió a ponerse el sombrero sobre su pelo de punta, bebió un sorbo de agua de su cantimplora y echó a andar bajo el molesto sol.

Los pantalones rojos sueltos y la camisa que llevaba estaban diseñados para protegerle de la punzante arena, pero el calor se aferraba a ellos y calentaba su carne. Para apartar su mente del sufrimiento, pensó en el lugar de donde procedía. Un mundo domado de pequeños pueblos biotecturados: Nanda, con sus arrecifes y sus lagos azul lechosos; Sidhe, la ciudad de piedra flotante; y Cleyre, la exquisita Cleyre, sus sombras explotaban con áster y ciclamino, sus corrientes limpias como la luz. Como asesino programado de Rubeus, sus recuerdos más fuertes eran los de los laboratorios helados de Grial, el refugio del Delph. Allí era donde estaban formando su nuevo cuerpo. Pero ahora se encontraba demasiado solo para pensar en casa.

Nefandi se sumió en autoscan y recuperó el paso, deslizándose por las sombras de las paredes de roca comidas por el viento. Salía al sol sólo cuando enormes agujeros y fisuras bloqueaban su camino. En la luz del sol había un escalofrío, una soñolencia que conocía bien. El calor le estaba matando, y varias veces, cada vez con mayor frecuencia, tuvo que detenerse y refrescarse.

Sentado en el calor seco de la sombra, maldijo a Rubeus por enviarle aquí, aunque en el fondo de su mente sabía que si tuviera que elegir de nuevo, se encontraría exactamente en el mismo sitio que ahora. ¿Cómo podía escoger otra cosa? Rubeus le había prometido un cuerpo nuevo (el tercero), si tenía éxito en esta misión. Rubeus era el guardián del Delph. Una mente artificial, un ort como Nefandi, pero más grande, del

tamaño de una montaña y poderoso. Podría crearle fácilmente un nuevo cuerpo, y por ese privilegio Nefandi haría cualquier cosa.

¿Pero por qué se me ordenó que tomara el camino largo? Se aclaró el sudor de su único ojo salpicado de venas rojas y se levantó. Ondas de calor flotaban en capas vítreas, velando las distancias que tenía que cruzar. Rubeus le había advertido sobre la dificultad de esta misión. La persona que buscaba era supuestamente muy poderosa. Tiene que serlo para vivir en este infierno laberíntico.

Varias veces, durante las horas de caliente locura solar de la tarde, un cuervo revoloteó por encima de la cabeza de Nefandi. Con el sensex situado tras su ojo espejo no pudo detectar nada inusitado en él, pero el pájaro era extraño. Le seguía, a pesar del calor abrasador y de sus intentos para perderse entre los arcos y túneles de roca. Al final tuvo que matarlo. Lo derribó con un estallido de su espada. Tras desplegar sus alas en su manos, observó que no tenía nada raro.

Poco después, mientras seguía un sendero abierto por la lluvia por un escarpado de lava roja bordeada de carbón, otro cuervo empezó a dar vueltas en el cielo sobre él. Lo ignoró. Su destino estaba ya muy cerca, y no tenía tiempo para anomalías del desierto. A su alrededor se extendía un laberinto de cuencas, torres y lanzas de piedra desnuda. Los montículos de arenisca estaban erosionados y agrietados, surcados por viejas fallas y extrañamente esculpidos. Hizo falta toda su habilidad para que cruzara los inclinados riscos bajo el temible resplandor del sol.

Mientras recorría un estrecho sendero, en un recodo sobre una cañada tallada en la roca, el cuervo le atacó. Le arañó la nuca, Nefandi aulló y buscó pie. La roca se desgajó bajo su frenético peso y siseó al fracturarse. Sólo el autoscan y la suerte le ayudaron a pasar antes de que el camino se desmoronara y cayera susurrando al abismo.

Nefandi escrutó el cielo y las paredes de roca en busca del cuervo, pero había desaparecido. Continuó con aprensión tanteando el camino en las rocas que temblaban bajo su peso. Cuando llegó a la base de una cuenca, sus ropas estaban pegajosas por el sudor y el miedo.

Buscó de nuevo al cuervo pero no vio ningún ser viviente, aunque le hormigueó una nueva sensación. Era la sensación que había sido codificado para sentir cuando se encontrara cerca de su objetivo. Empezó a detectarla cuando se deslizaba por los bloques de roca, pero ahora podía concentrarse lo suficiente como para sentir su origen. Una alta cresta de roca, suavizada por el viento y arqueada como una ola, emanaba una sombría energía vital. El sensex no detectaba nada, pero los sensores más sensibles imbuidos en su cráneo reaccionaban claramente ante una presencia viva... una fuerte presencia viva.

Nefandi desenvainó la espada dorada y plateada que llevaba a la espalda y se aproximó al llano de roca. Una hondonada de piedras y peñascos bloqueaba un avance directo y rodeó la torre. Se detuvo a un lado y se agazapó tras una duna de arena. Junto a la torre había un enebro lleno de cuervos silenciosos. Los animales volvieron sus cabecitas para observarle mientras salía al claro. No produjeron ningún sonido, y apenas se movieron.

Con la mente rígida en autoscan y la espada ante él, Nefandi pasó junto al árbol de los cuervos y entró en una cueva en la base de la torre. Tan silenciosamente como podían moverse sus ansiosas piernas, subió la inclinada pendiente siguiendo las pistas direccionales de sus sensores. La persona que tenía que matar se encontraba en lo alto de la torre. Parecía fuerte. Recorrió los pasadizos serpenteantes y bifurcados sin dudar. Pero a mitad de camino un extraño sonido le hizo detenerse.

Aferró con fuerza la espada y escuchó un rumor de susurros y chasquidos. Saltó hacia adelante un instante antes de darse cuenta de lo que oía. Un segundo después, el primero de los cuervos le arañó la espalda; él lo golpeó con la espada, sin detener su avance, los otros siguieron rápidamente, y pronto quedó envuelto en negras alas batientes y garras afiladas.

Sin atreverse a activar su campo deflector dentro de la torre por miedo a que las piedras se derrumbaran a su alrededor, quedó reducido a golpear a los pájaros rabiosos con su espada. Pero había demasiados, tamborileaban a su espalda, le picoteaban los hombros, apuntaban con sus garras a su único ojo real. Sangre pegajosa le inundaba los oídos y salpicaba sus mejillas. Se debatió a lo loco, tropezó y se acurrucó como una pelota mientras los picos afilados como agujas se le clavaban en la espalda. Con un grito ahogado, activó el campo de su espada. Los cuervos estallaron en el aire sobre él con una explosión de plumas y chirridos rasgados. Y más alto, casi demasiado agudo para poder oírse, las paredes de piedra gimieron y empezaron a sisear.

Nefandi desconectó el campo y se levantó. Recorrió tambaleante el pasadizo derruido, se obligó a subir las ciegas pendientes, utilizó su sensex en el infrarrojo para descifrar los caminos. Un cuervo le golpeó por detrás. Se giró y lo partió por la mitad. Jadeando, esperó a los otros con la espada alzada, pero no aparecieron más.

Después de varias vueltas, la oscuridad remitió y siguió la luz y el aire frío hasta una caverna llena de agujeros y ventanas naturales. Quebrantahuesos estaba sentado con las piernas cruzadas ante una de las amplias aberturas ovals, vestido con unos pantalones de lino y una prístina camisa blanca. Sonreía ampliamente, y su salvaje cabello blanco brillaba como un nimbo con el sol de la tarde.

—Bienvenida, Muerte —dijo el magnar, la cara radiante como un sueño—. ¡Pasa! ¡Pasa!

Nefandi dio un cauteloso paso hacia adelante. No había duda de que éste era el hombre por el que le habían enviado. Los sensores resonaban alocadamente en su cabeza. Mátao ahora, urgió la orden implantada, y su mano se alzó y apuntó con la espada. Pero no disparó. La carrera a través de la oscuridad, los cuervos y ahora este anciano sonriente le hacían sentirse mareado.

—¿Una copa? —Quebrantahuesos tendió una jarra medio llena de vino verde. La mano del magnar temblaba, y al mirarlo con atención, Nefandi vio que el viejo estaba aterrorizado.

El asesino bajó la espada y dio un paso hacia delante, buscando con su sensex armas escondidas en la caverna.

Quebrantahuesos sirvió dos copas, frunciendo el ceño para dominar el temblor de sus dedos.

—Estoy un poco nervioso, Muerte. —Tendió una de las jarras azul brillante—. Esperaba no estarlo. Después de todo, lo he visto venir desde hace mucho tiempo.

Nefandi permaneció de pie ante Quebrantahuesos y apartó la bebida. Un hilillo de sangre goteó desde su barbilla y golpeó el suelo entre ellos. ¿Quién era este anciano? El kha a su alrededor era extraordinariamente débil. La mayor parte de la energía vital se hallaba enroscada en su abdomen. El hombre era obviamente una entidad avanzada, pero parecía un simple borracho.

Quebrantahuesos asintió y se alisó el pelo nervioso.

—Las apariencias siempre dicen la verdad... si miras con suficiente atención —dijo, la voz quebrada—. Soy un borracho. Estoy ebrio de vida. Por eso he venido. —Se echó a reír, produciendo un agudo sonido nasal como el relincho de un caballo intranquilo—. Pensé que esta tierra inhóspita me apartaría de la vida. Pero hay belleza en ser. Ahora comprendo que si viviera diez mil años, aún querría más.

[charlatán, pensó Nefandi. Es un borracho. Contempló cómo el magnar sorbía su bebida y parpadeaba lentamente, con satisfacción.

Quebrantahuesos soltó su jarra y miró a Nefandi. Su cara estaba sosegada, sus ojos alertas y húmedos.

—Hay tanto que conocer, que ver, que sentir. —Suspiró y arrugó las cejas—. Supongo que no puedo disuadirte de ningún modo para que me dejes vivir.

Nefandi le miró, frío como la plata.

El anciano asintió y se llevó una mano al corazón.

—Muy bien. —Su labio superior se tensó—. Mis lamentos han acabado.

Nefandi alzó la espada, pero mientras su mano se movía para activarla, el cuerpo de Quebrantahuesos saltó. Sus piernas patalearon y la botella de vino voló a la cara de Nefandi. El asesino la esquivó torpemente y su mano temerosa conectó la espada, disparando un estallido de poder. El impacto alcanzó el alféizar de la ventana oval con un grito de roca desmoronándose. Trozos del techo cayeron en corrientes de polvo y toda la cara de la pared rugió poderosamente y se desprendió.

Quebrantahuesos se había apartado rodando por la pared que se desmoronaba, pero un enorme trozo del techo le aplastó, atrapando sus dos piernas. Nefandi saltó hacia atrás y se acurrucó contra una pared distante. Mientras el polvo se arremolinaba y se apaciguaba, dio un paso delante. Había un tic salvaje en la comisura cicatrizada de su boca y una expresión oscura en su neblinoso ojo rojo. Se dirigió al lugar donde Quebrantahuesos estaba tendido de espaldas y hundió el talón de su bota en el vientre del anciano.

El magnar gimió y sonrió, sus gruesos labios manchados de espuma rosa.

—Incluso la verdad es un peñasco. —Se rió en voz baja. Su cara brilló hasta que Nefandi le voló la cabeza.

—Viejo estúpido —gruñó, apartándose del cuerpo inerte. Se, dirigió al borde destrozado de la caverna donde se había abierto una nueva y amplia vista. Luz de color whisky se filtraba entre las montañas y agujas. Al este se reagrupaban largos bancos de nubes, azules por el sol de la tarde.

Matar no tiene importancia, se dijo mientras palpaba vacilante las marcas de las garras en su cara. A todos nos mata algo tarde o temprano. Es la dignidad lo que cuenta, y habría habido más para ese viejo si no se hubiera debatido. Loco estúpido. Un hombre con tanto kha debería estar preparado para vivir su muerte.

Enfundó la espada y dio una patada a la jarra de vino, arrojándola por el borde destrozado de la caverna. Su trabajo todavía no había terminado. Había una muerte más entre él y su nueva vida. Un soldado Masebôth en lusk tenía que ser liberado de su miseria. Vivía con los Serbota, una tribu primitiva a varios días de distancia. Al menos ésta sería una muerte piadosa.

A Nefandi no le gustaba matar eremitas ni ancianos. No se volvió atrás al marcharse, pero se preguntó qué había querido decir Quebrantahuesos: la verdad es un peñasco. El hombre era una esponja, desde luego. Un auténtico charlatán. ¿Quién era? ¡Bah! Es inútil preguntárselo.

El cielo estaba azul-humo al amanecer cuando Deriva y Colmillo Ardiente llegaron al norte. Se aproximaron a la torre de roca de Quebrantahuesos lenta y tímidamente. Colmillo Ardiente encabezaba la marcha, con los ojos alerta, el cuchillo en la mano. Había compartido las pesadillas de Deriva de fragmentos de carne ensangrentada y huesos en el humo de huesos, y se despertaba cada vez masticando sus gritos.

Para Deriva había sido peor. Después del segundo día en el Camino, experimentó sueños ensombrecidos de voces en la distancia, el chasquido aterrador de un trueno, y entonces un dolor como un relámpago en sus piernas, inmovilizándolas en la abstracción de su sueño. El negro corazón de la pesadilla era un espasmo en su estómago, el olor a sangre, y un golpe que sacudía la parte superior de su cráneo y lo aplastaba.

El Camino, además, no había estado bien. Una presencia malévolamente oscura y preocupada, había estado en la zona no hacía mucho. En las sombras oscuras del amanecer incluso divisaron huellas de un hombre grande. Deriva no podía acercarse a las huellas. Una vidriosa luz roja brillaba sobre ellas, la luz sangrienta de un caminante muerto, un cadáver viviente. En el cielo enmudecido, bandadas de cuervos giraban en silencio.

Cuando divisaron la torre de Quebrantahuesos, ninguno de los dos esperaba encontrarlo vivo. Sin embargo, cuando se acercaron y vieron la pared destruida y el oscuro agujero en la ladera, sus corazones se compungieron. Colmillo Ardiente se abrió paso entre las rocas caídas y fue el primero en ver a Quebrantahuesos. Cayó de rodillas, las manos en la cara, y aulló.

Deriva vio el cadáver a través de los ojos de Colmillo Ardiente. Su mente se conmovió, y caminó aturdido por la entrada de la cueva. Cuando se abrió paso entre los oscuros corredores y entró en la caverna, su conmoción había remitido y la visión del cadáver fue menos fiera que la ira que sentía. Un grito rasposo se arrastró en su garganta, cayó al suelo y se internó entre las rocas.

Colmillo Ardiente dominó su pena, y en la luz lilácea empezó a recoger las piezas del cráneo destrozado. Durante la noche la sangre se había coagulado, pegando la carne muerta al suelo de piedra. Hormigas blancas deambulaban sobre el cadáver, y el pútrido olor de la muerte se espesaba a medida que calentaba el día.

Las hormigas fueron separadas del cuerpo y todos los trozos de carne recogidos del suelo y reunidos en un pedazo de tela al mediodía. Colmillo Ardiente llevó el cadáver por la oscuridad hasta el campo arenoso ante la torre.

Con una cuña de piedra atada a un segmento curvado de su bastón, Colmillo Ardiente formó un hacha y taló el alto enebro. Deriva dispuso la madera en una pira mientras Colmillo Ardiente la cortaba. Se sentaron juntos ante el fuego, el arpa diablo tañendo una tonada lastimera, el né cantando:

Como el trueno empiezas Demasiado tarde Para recordar la luz...

Sumner siguió la dulce fragancia del enebro ardiendo en la noche. El humo ascendía y las llamas susurraban en la residencia de roca de Quebrantahuesos. Colmillo Ardiente y Deriva estaban inertes, demasiado agotados por la pena para moverse. Le contemplaron acercarse, y vieron el vacío de su cara y la remota mirada de sus ojos.

Deriva lo observó un momento en el silencio curtido y notó la luz fatigada y débil alrededor de su cuerpo. El magnar ha muerto.

El momento se convirtió en una gota ardiente de sentimiento, pero Sumner permaneció inexpresivo. Quebrantahuesos estaba muerto. El dolor ardiente remitió casi de inmediato. Aquella idea era un delgado filamento en el vacío de su mente, un vacío que horas antes había contenido incontables muertes en innumerables mundos. Se sentó en el suelo y contempló las estrellas de color ciruela titilar sobre el horizonte.

Colmillo Ardiente sintió un espasmo de furia ante la frialdad de Sumner. Quiso agarrar por el pelo aquel rostro inexpresivo y arrastrarlo hasta la pira y forzarlo a ver el cadáver calcinado. Pero el momento era sagrado, y se contuvo. Deriva también se sentía perturbado por la impasibilidad de Sumner. ¿No percibía cuán grande era esta pérdida? Pero cuando el vidente extendió su mente para tocar a Sumner, fue como aferrarse a un precipicio ventoso. Retrocedió y unió su mente a las sombras y a su pena.

Sumner estaba emocionalmente vacío. Ni siquiera se sentía conmovido por el hecho de que el voo al que había dominado con su UniMente continuara viviendo en su cuerpo. Era el ojo del momento a través del cual todo se anudaba: la luz perlada del atardecer, el humo sedoso, las ascuas rojas de la pira, malignas como ojos.

La fatiga lo atravesaba como un fantasma, y pensamientos vacilantes, incómodos como el sueño, estrecharon su consciencia: El magnar ha muerto... ahora no me libraré de los voors... Aquellos pensamientos desaparecieron. Su cansancio desapareció. Incluso su cuerpo pareció desaparecer. El aire olía al dulce, frío y lánguido sabor de la madera da desierto ardiendo. de silenciosa energía giraban a su alrededor con los colores de la noche. En las esquinas en sombras, las cimas de las planicies más altas recogían los últimos resquicios de luz y brillaban con el tiempo.

Sumner cerró los ojos, y la oscuridad se cubrió con los hilos azules de luz. Una voz ahogada por la distancia habló dentro de él: Ahora somos uno. Era Corby. Sumner sintió que el voor se acercaba. Tenía la fuerza para detenerlo, para rechazar al alienígena. Pero estaba vacío. Todo pasaba a través suyo. El voor se hallaba ahora muy cerca de sus sentidos, curiosamente vivo y lleno de soledad. La salvaje estática de los voors muertos tronaba en la lejanía.

Somos uno, habló el voor, tranquilo como la luz de la luna. No hago demandas. Pero estoy dentro de ti. Veo todo lo que ves. Y todo lo que tengo es tuyo. Compartamos lo que somos.

Lascas de piedra destellaban en las oscuras profundidades y Sumner fue consciente de su cuerpo en trance anudándose cerca de él. Una oscuridad giratoria se movía a su través, y cuando abrió los ojos estaba sentado solo en la luz grisácea del amanecer.

Las huellas de Colmillo Ardiente y Deriva se dirigían hacia el norte. La pira estaba extinta, reducida a un círculo de brasas en la arena. Sin pensarlo, pero sabiendo que era un deseo voor, se acercó al fuego apagado y guardó un puñado de ceniza en su bolsa. Se volvió hacia Miramol y comenzó a caminar. No sabía por qué iba hacia allá o qué intentaba hacer, pero le parecía bien.

—Después de todo —dijo en voz alta al desierto químico—, el mundo es sentir.

Dejó atrás los pozos de yeso donde los distors manchados de barro y enfrascados en su trabajo, no le vieron pasar. En los amplios campos de más allá, el humo se pegaba al suelo. Los distors calentaban hornos de piedra, templaban metal y endurecían la madera. Cuando le divisaron, lanzaron signos de advertencia en su dirección y enviaron una alarma chirriante con sus silbatos. Pero Nefandi los ignoró. Se movía tan silenciosamente como el humo que atravesaba, la espada a la espalda.

Las mujeres y los niños de las plantaciones ya se habían dispersado cuando alcanzó sus verdes filas temblorosas. Al llegar a la línea de los árboles, derribó a un joven guerrero que había divisado con su sensex y que le apuntaba con una cerbatana desde lo alto de un baobab. Cuando el joven se desplomó se produjo un gemido agudo en las casas de hierba.

Nefandi escrutó las casas en busca de kha voor. Recorrió la avenida, el cuerpo escudado en el campo protector de su espada. Las casas de madera y los immaculados setos de flores temblaban bajo el campo, y una piedra lanzada desde un árbol rebotó en el aire a su alrededor, a un palmo de su cabeza.

Al final del bulevar divisó el grupo de habitáculos con sus enrejados de flores de la jungla. Kha azulverdoso latía tras las paredes, y se encaminó en aquella dirección. Por el camino estudió a los distors que le observaban desde detrás de los árboles y las cortinas de musgo. Eran simbio-mutantes; es decir, sus mutaciones eran un componente necesario de sus vidas. Usaban frecuentes gestos y expresiones con las orejas y el cuero cabelludo que un humano no distorsionado sería incapaz de producir. Eso era posible, anotó mentalmente, sólo por causa de un cambio de fase genético. Las mutaciones no eran aleatorias. Al menos la mayoría no lo eran. Una quinta parte de los distors que había visto hasta ahora tenían disfunciones que fácilmente se podrían haber vuelto contra ellos sin el apoyo de la tribu: como aquella mujer sin piernas en el umbral de su cabaña y el hombre ciego bajo el árbol con la red de pescar en el regazo. ¿Acaso una tribu lo bastante avanzada para cultivar andróginos comprendía los beneficios a largo plazo de los privilegios vitales selectivos? ¡Bah! No merece la pena preocuparse.

Los né que observaban el avance de Nefandi desde las mirillas de sus casas estaban anonadados. Por el olor de su mente era un matador, y aún peor, era un caminante muerto. La luz vital rojo oscuro alrededor de su cuerpo era viscosa, circulaba lentamente sólo alrededor de su pecho y brillaba sólo alrededor de su cabeza. Obviamente era el que había asesinado al magnar, aunque no eran capaces de adivinar por qué había venido. A ninguno de ellos, sin embargo, le importaba. La pérdida de su benefactor pesaba

demasiado en sus mentes, y sin hablar resolvieron matarle.

Nefandi subió la pendiente de la loma agazapado como un tigre. El calor en su espalda era un pesado manto que se enmarañaba en sus piernas y reducía su paso. Bizqueó y escupió un regusto de polvo. Se sentiría muy aliviado cuando terminara esta misión. El aullido de las mujeres y los niños, los agresivos gritos de los machos y el calor opresivo hacían que todo pareciera maligno. Incluso las cabinas de pino que tenía delante, envueltas en su kha esmeralda, parecían amenazadoras. Nefandi sabía, por su aleccionamiento, que esta gente reverenciaba al eremita que había matado.

Aumentó la fuerza de su campo y luego la redujo de inmediato. La succión de energía hacía demasiado difícil caminar. Tendría que estar alerta. Su cara oscura y furiosa oscilaba de un lado a otro cuando llegó a lo alto de la loma. La mayoría de las casas estaban vacías, sólo una estaba viva, llena de kha.

Nefandi no se molestó en anunciarse. Probó la puerta corrediza, y tras descubrir que no estaba cerrada la hizo a un lado y entró. Una pared de calor, producida por el olor del sudor e incienso rancio le confrontó y detuvo su avance. La luz en la amplia habitación giraba con sombras y humo, y al principio sólo su sensex registró a los otros: una nube verdosa de kha girando apretadamente. Sus ojos se aguzaron, y los vio: cuarenta androgs, pequeños y negros brillantes como ídolos de plata empañados por la edad. Los tensos ojos bajo las cuencas hundidas estaban fijos en él con serpentina rigidez, y antes de que pudiera moverse, su kha se redujo a un rayo en el regazo de un androg vestido de azul. El rayo explotó, y su fuerza derribó a Nefandi y lo lanzó con tanta fuerza contra la puerta que la rompió.

A pesar de la protección de su campo, el asalto fue tan fuerte que se desvaneció. Quedó inconsciente un momento, pero en ese tiempo la multitud de né se arrojó sobre él. Trataban desesperadamente de alcanzarle cuando su sentido de la alarma regresó.

Furioso, Nefandi conectó su campo al máximo. El súbito estallido de energía destruyó a los né que le rodeaban, haciendo explotar a aquellos que tocaban el campo y aplastando a los otros contra las paredes del habitáculo.

—¡Abominaciones! —aulló mientras se ponía en pie de un salto. Resbaló en los charcos de sangre y estuvo a punto de caer. Desconectó el campo para poder disparar rayos de fuerza a los né restantes. Las pequeñas criaturas de cara informe se dispersaron, lanzándose por las ventanas y puertas traseras, pero Nefandi era demasiado rápido para ellos. En cuestión de unos instantes, los horribles y gimoteantes gritos de los né fueron silenciados, y la habitación quedó salpicada con los restos sanguinolentos de los muertos.

Nefandi salió furioso de la cabaña; sus dedos temblaban. El impacto de la energía que le había derribado aún resonaba en la curvatura de su cráneo. Se movió rápidamente entre los árboles cubiertos de musgo y bajó la loma en dirección al corazón del poblado. La furia le producía un nudo en la garganta, y se tensó cuando se dio cuenta de lo estúpidamente inútil que había sido su ataque; el voor que buscaba no estaba en ninguna parte.

En el patio central del poblado, ante una fuente natural que brotaba entre los árboles oscurecidos por el líquen, se habían congregado los risueños guerreros de los Serbota. Un destacamento en forma de media luna de hombres con lanzas de pesca flanqueaba una línea de guerreros armados con hondas. En los árboles, aguardaba una escuadra de cazadores con cerbatanas, silenciosos como gatos. Los gritos de los né al morir habían conmovido incluso a los más valientes tribeños, y cuando Nefandi apareció espada en mano con el aire temblando a su alrededor como si estuviera loco, risas nerviosas y el temido nombre del Oscuro se esparcieron entre las filas.

Los tribeños se le acercaron temblando de furia, bajas las lanzas, todas apuntando a su pecho. Nefandi se dispuso a desconectar su campo, y cuando su mano se tensaba sobre el control de la empuñadura, una brusca voz femenina gritó por encima del cántico que

murmuraban los guerreros. En medio del furor, Nefandi tal vez no habría advertido la voz, pero la oyó claramente en su oído izquierdo. Hablaba un lenguaje que comprendía. ¡Alto! ¡No más muertes! Era una voz telepática y a la vez audible. Los tribeños alzaron sus lanzas y danzaron ansiosos mientras su cántico se desvanecía.

Nefandi miró por encima del hombro. Una anciana encogida con una túnica negra se dirigía hacia ellos, su cara ajada fija en una mueca de esfuerzo. Se acercó al borde del campo, los pequeños cabellos alzándose por todo su cuerpo. ¿Por qué matas a mi gente? La voz chasqueó en su mente, desintonizada con sus labios.

Nefandi observó a la mujer, quien le devolvió la mirada con atrevimiento. Su cara estaba hinchada, su pelo lacio, amarillento por la edad, y su firme mandíbula le daba un aire masculino. Se vislumbraba una astucia observadora en sus ojos negros y una torva sugerencia de sombrío humor en la amarga curva de su boca. La redondeada palidez de su frente atrapaba el sol como si fuera metal.

—Me provocaron —replicó Nefandi, la voz ahogada por el campo—. No pretendo hacer ningún daño. Busco a un hombre... un lusk voor que vive en este poblado.

El kha de la anciana se revolvió sutilmente en torno a sus ojos, y Nefandi comprendió que sabía a qué se refería.

Me llamo Orpha, y soy responsable del bienestar de esta gente. No había furia ni resentimiento en el sonido de su voz, ni su sensación en su mente. Estaba sorprendentemente serena, y eso enfrió la furia de Nefandi conviniéndola en una dudosa insatisfacción.

—Sabes de quién hablo —dijo Nefandi—. Llévame a él.

Debes jurar por todo lo que te sea sagrado que no harás más daño a mi pueblo. Hablaba en serio. Sus ojos estaban fijos en él, y no vacilaron cuando el oscuro rostro de Nefandi se arrugó en una sonrisa cruel.

—Nada es sagrado, mujer. Pero te aseguro que lo único que quiero es a ese hombre.

Orpha cerró los ojos y guardó silencio. Cuando los abrió, se secó el sudor de la frente y se dio la vuelta. Ven conmigo.

Nefandi la siguió por el bulevar flanqueado por colmillos hasta un burdo agujero salpicado de turquesa en la base de un montículo rocoso. Se detuvo vacilante al borde del agujero, escrutando la oscuridad: no había equipo pesado, ni metal, ni trampas mecánicas. Desconectó el campo y entró en la madriguera tras Orpha.

Sobre las ásperas paredes, se curvaban tentáculos fosforescentes haciendo que la roca pareciera pulida. Nefandi se mantuvo cerca de Orpha, con la mano en la empuñadura de la espada, respirando agitado el aire apestoso manchado de incienso. De lejos llegaban las salpicaduras de cascadas subterráneas. Su cara se tensó con el frío que exudaban las paredes, y tuvo que cerrar su ojo bueno para ver claramente con su sensex bajo la vaga luz.

Dejaron atrás cámaras vacías decoradas con intrincados adornos, hamacas de hierba y utensilios de madera pulidos y brillantes como cristal. Una escalera de caracol tallada en la piedra les llevó más allá de abanicos de sedimentos de cristal y puntales de roca negra con aspecto grasiento hasta una gruta de techo alto.

Una docena de mujeres mayores permanecían sentadas o de pie entre los brillantes depósitos silíceos formados como setas gigantescas. La mayoría estaban distorsionadas, sus caras y manos moteadas con escamas plateadas, sus rasgos extrañamente exagerados. Sentadas prominentemente en una cúpula de roca, Orpha y una mujer anciana sin ojos eran las únicas que parecían enteras. Tras las mujeres, visibles en el alcance magnético, había una neblina de poder del color de su espada. Cortaba la gruta en una línea recta, y la reconoció como el canal de poder que había seguido a través del desierto.

—¿Por qué está aquí, Orpha? —preguntó la mujer ciega, sus ojos vacíos fijos en Nefandi.

—Quiere a Cara de Loto.

—Pero el magnar nos lo confió —protestó una de las otras mujeres. Tenía una aguda cara de comadreja, y señalaba de forma obscena a Nefandi mientras hablaba.

—La custodia del pupilo del magnar ha estado en nuestras manos durante un año —replicó Orpha—. Ahora se ha terminado.

—Y además —dijo la ciega—, el magnar está muerto.

—¡Por culpa de éste! —chilló la cara de comadreja—. ¿Ayudaremos a nuestro propio asesino?

Orpha hizo una mueca.

—Ya ha matado bastante. Acabemos esto con él.

—¿Qué piensas tú, Jesda? —preguntó la comadreja.

—Condenación... ¿no puedes sentirla? —Los dedos de la mujer ciega se retorcieron ante su cara—. Le ayudemos o no, todo se ha acabado. Dejemos que Cara de Loto trate con este caminante muerto.

La cara de Nefandi se endureció.

—No me llames así.

Jesda se inclinó hacia adelante, y la débil luz capturó la carne de sus cuencas y la hizo brillar como si fuera la piel de una serpiente.

—Eres un caminante muerto. Un ser artificial. Un ort. Lo sabes, ¿no?

Los nudillos de Nefandi se volvieron blancos sobre la empuñadura de la espada, y Orpha habló:

—¡Jesda! Acabemos con esto.

—No le temas, Orpha. —Jesda se echó hacia atrás, con una mueca de desdén en los labios—. No merece la pena temer a un hombre que se enfurece con un nombre.

Nefandi sonrió, tenso como un cráneo.

—¿Me diréis dónde puedo encontrarlo? —preguntó, su brusco tono convirtió la petición en una orden.

—Ah, caminante muerto —se lamentó Jesda, sacudiendo la cabeza—. Los né que podrían haberte dicho con precisión dónde se encuentra están ahora muertos. Todo lo que podemos hacer es indicarte dónde es posible que se encuentre.

—Entonces hacedlo. —La furia de Nefandi quedó templada sólo por su cansancio. Observó con cuidado cómo Orpha hacía una señal con la mano a las otras mujeres. Varias cruzaron la gruta y entraron en la neblina del canal de poder, sus cuerpos diminutos en la base de piedra oscura. Unieron las manos y empezaron a caminar en un lento círculo.

—No somos tan fuertes como los né —dijo Jesda—. Todo lo que sabemos nos lo enseñaron ellos.

Nefandi oyó el hielo en su voz sin dejar de advertir la furia en los ojos de la comadreja y las otras mujeres.

—Si me engañáis... si hay algún truco...

Jesda sacudió la cabeza solemnemente.

—No te engañamos.

Las mujeres rompieron su círculo y una de ellas se acercó a Orpha. La anciana inclinó la cabeza y escuchó el susurro de la otra.

—Ve al este —le dijo a Nefandi—. Tras andar varios minutos llegarás a un bosquecillo de perales negros. A partir de ahí, deberías de encontrarle tú solo.

Nefandi se inclinó con un saludo burlón y se retiró de espaldas hacia la escalera de piedra. Después de que se marchara, la comadreja soltó un grito y se enfrentó a Orpha con los puños apretados y una expresión asustada y llorosa.

—Hemos traicionado a nuestro pupilo.

Orpha se encogió de hombros.

—No es nuestro pupilo. Es Miramol lo que debemos proteger.

Jesda se echó a reír.

—¡Proteger! —Perdió el aliento en un ataque de risa silenciosa—. No hay nada que proteger, hermanas. Miramol es tan mortal como nosotros. Nada dura. —Contempló las lanzas de roca—. Por eso nos reímos, ¿no?

Nefandi salió al murmullo de luz y activó su campo de inmediato. La brillantez nubló su visión, y pasó a su sensex. Una línea de guerreros de la tribu había formado un semicírculo bajo el follaje verde plateado de la jungla. Empezó a sisear y chasquear en cuanto apareció, pero se callaron cuando se dirigió a ellos.

Al final del bulevar principal varios guerreros hablaban con frenética animación a otro guerrero y a un androg. Tanto el guerrero como el androg estaban cubiertos con una pátina rosada de polvo del desierto.

Nefandi se dirigió al este, a través de la fila de guerreros y el bulevar. De repente, el guerrero polvoriento apartó a los cazadores y arremetió contra él. Sólo el urgente chirrido del né evitó que colisionara con el campo.

¡Apártate de él, Colmillo!, suplicó Deriva, cogiendo a Colmillo Ardiente por el brazo. Las Madres se han encargado de él. Ya se marcha.

Colmillo Ardiente ladró al extranjero. La furia latía en su garganta, pero la clara inutilidad de atacarle remitió. Podía ver el resplandor del campo a su alrededor.

—¡Mató al magnar! —gritó Colmillo Ardiente—. Tiene la misma luz que vimos en el Camino. No podemos dejar que se marche.

Deriva se aferró a su brazo. No tenemos elección. Ya has visto lo que le ha hecho a los né.

Colmillo Ardiente rugió mientras Nefandi pasaba junto a él.

—¡Caminante muerto, sólo tu brujería te protege!

Nefandi ignoró a/ distar con cara de león, volvió a comprobar su dirección y entró en la jungla siguiendo un estrecho sendero. Si aquella bruja ciega no le había mentado, su trabajo terminaría pronto. Podría regresar a Cleyre, a un nuevo cuerpo, a los simples placeres de su vida tranquila y dejar atrás el calor y la hostilidad de este lugar. Se agachó para pasar por debajo de una rama baja y oyó que la madera explotaba contra su campo. Reluctante, lo desconectó y escrutó a su alrededor en busca de otras presencias, y apretó el paso por el sendero.

Colmillo Ardiente le observó desaparecer entre los matorrales. Sintió la necesidad de lanzarle una piedra, pero se volvió hacia Deriva y recorrieron lentamente el bulevar.

Tenemos que preparar a los muertos.

Colmillo Ardiente ignoró al vidente. Caminó con la cabeza gacha y los ojos fuertemente apretados.

—¿Qué hicieron las Madres para que se marchara de aquí? —Dio una patada a un puñado de tierra y lo convirtió en polvo—. ¿Por qué estaba aquí?

Deriva buscó una respuesta, pero antes de poder responder, el tribeño escupió y se dio la vuelta súbitamente. Corrió por el bulevar y se abrió paso con brusquedad entre un grupo de guerreros, siseándoles mientras corría hasta la Madriguera. La entrada le estaba prohibida por tradición, así que se asomó al agujero y aulló. Deriva trató de apartarle de allí, pero él insistió hasta que una Madre delgada y con cara de comadreja surgió de la oscuridad.

—¿Por qué gritas, semental? —preguntó la Madre con voz molesta y aguda.

—Dime adonde se dirige el caminante muerto.

La Madre se rió con desdén.

—Márchate, bruto.

Colmillo Ardiente saltó al agujero y agarró a la mujer por su túnica. El material se rasgó mientras la alzaba en vilo y la apretaba contra la pared.

—¿Dónde, mujer?

—¡No-puedo-respirar! —jadeó. Colmillo Ardiente apretó su tenaza y ella jadeó—. ¡A-encontrar-a-Cara-de-Loto! —Sus ojos rebulleron y sus labios se tensaron.

Colmillo Ardiente la arrojó al suelo y salió del agujero. Rodó por la pendiente y echó a correr hacia la jungla. Deriva se asomó a la Madriguera y, tras ver que la Madre se encontraba bien, corrió tras el semental.

Los sensores imbuidos en el cráneo de Nefandi entonaron un bajo zumbido que se nublaba tras sus ojos. El voor estaba cerca, aunque su sensex no lo había detectado todavía. Se abrió paso entre una maraña de matorrales y entró en un pequeño patio de perales negros. Las moscas revoloteaban a su alrededor, y conectó el campo a su nivel más bajo. A su espalda oía el paso de alguien que corría por la jungla. Se dio la vuelta y escrutó el camino por el que había venido.

El guerrero de cara de león saltó a la vista por detrás de un matorral, aún lejano. Nefandi disparó un único estallido de energía, pero por una suerte increíble el distort rodó al suelo en el instante que disparó.

Nefandi apuntó con más cuidado y disparó un estallido más largo, pero otra vez el guerrero se salió del camino y continuó acercándose. Ya había sacado su cuchillo, y Nefandi pudo ver la fiera determinación en sus ojos amarillos.

Deriva, el pecho salpicado de dolor, corría con fuerza para no perder de vista a Colmillo Ardiente. Pero no importaba lo mucho que le lastimaran los pulmones, no importaba lo mucho que su aliento le quemara la garganta, siguió corriendo, esquivando raíces y ramas bajas. Siempre que viera a Colmillo Ardiente podía guiarle para que esquivara los ataques de Nefandi. ¡A la derecha!, envió fervientemente, visionando el impulso de Nefandi de cortar la manera en que Colmillo Ardiente esquivaba a la izquierda.

Colmillo Ardiente giró a la derecha, y el estallido de la espada de Nefandi derribó el tronco de un árbol con una explosión ruidosa y una lluvia de trozos de madera.

¡Rueda! Colmillo Ardiente rodó, y otro latigazo de energía agitó las hojas sobre él. ¡Arriba a la izquierda! Se puso en pie de un salto y giró a la izquierda mientras un poder invisible mordía el suelo junto a él y convertía a éste en. pulpa.

Nefandi estaba sorprendido. Colmillo Ardiente se acercaba, con el cuchillo bajo y adelantado. Se preparó para enviar una andanada de energía devastadora, pero un atrevido impulso chispeó en él y vaciló. Con la espalda apuntando el suelo, se tendió, los ojos alerta a cada latido de músculo del distort que saltaba hacia él.

Esperó a que Colmillo Ardiente estuviera en mitad del salto, a la par con su cara, los brazos abiertos, los ojos amarillos ardiendo. Envio su campo hacia arriba a toda potencia. El guerrero voló en un amasijo de tripas y sangre desperdigada. La fuerza del impacto incendió las ramas de los árboles cercanos, y derribó a Deriva golpeándole con una masa de vísceras calientes.

Nefandi desconectó el campo y rodó al centro del peral. Sus sensores chirriaban, y escrutó rápidamente el follaje que le rodeaba. Una brillante luz corpórea se abría paso a través de la maleza: amarillo dorada, del tamaño de un hombre. Le disparó. Las hojas danzaron y se esparcieron, y la luz-kha se redujo a la nada.

Todavía tendido, escrutó de nuevo el terreno. El androg le miraba a través del cenagal de las entrañas de su compañero, demasiado aturdido para moverse. Un pájaro inició un tímido canturreo, y se fueron perdiendo los sonidos de los monos al huir. Los sensores de su cráneo estaban tranquilos, se levantó despacio. Había terminado.

Cleyre se hallaba muy cerca. Podía oler el café de chicoria que tomaría sentado en su patio poblado de árboles. Sonrió, apartando su fantasía, y se acercó para inspeccionar el cuerpo. ¿Se sentía su víctima aliviada de morir, feliz de ser liberada del horror de su lusk? ¿O se había familiarizado con el voor? Tal vez habían compartido una vida. No vale la pena preguntarse.

Apartó las enmarañadas zarzas con su espada. Sobre un árbol caído, con la cabeza abierta, había un puma plateado. Nefandi se quedó anonadado, aún se estaba

preguntando cómo un animal podía tener un kha tan poderoso cuando Sumner salió de su escondite de zarzas tras el gran gato. No tenía kha. El voor retenía en su interior toda su psinergia.

Nefandi retrocedió, pero Sumner le agarró el brazo con el que empuñaba la espada. Lo apretó tan fuerte que los músculos se abrieron y el arma cayó al suelo. La mente de Nefandi se agitó. El rostro negro de brillante arco iris le transfiguró: los ojos llanos, indiferentes y lentos...

El brazo libre de Nefandi se debatió y fue apartado de un golpe. Se retorció, pero la mano que le apretaba el brazo afianzó aún más su presa, arrastrándole hacia adelante. Un cuchillo destelló en la mano de Sumner, y Nefandi vio cómo la hoja se deslizaba entre sus costillas. Un grito pataleó en su garganta. Se hizo a un lado y se debatió, una estúpida hilaridad rebullía en su interior, dando vueltas para salir. Todo su cuerpo se puso rígido, se derrumbó seco, sólo una forma sobre el suelo.

Sumner dejó caer el cuerpo. Miró los miembros doblados como cartones mojados, la mirada temerosa en su único ojo, y un dedo que se sacudía, esperando frenéticamente una señal del cerebro detenido. Miró con atención para ver qué era lo que sentía este hombre. Destellaba miedo del ojo-espejo, empapado en la camisa manchada de sangre.

Se agachó para limpiar su hoja en la camisa de Nefandi, y la silenciosa voz del voor se abrió en él. Confiaste en mí, Sumner, y no te fallé. Ahora somos como uno solo. Somos lo mismo.

Sumner enfundó el cuchillo, recogió la espada de Nefandi y pasó por encima de su cadáver.

Deriva, manchado de sangre y cojeando, se reunió con él en el claro del bosquecillo de perales. Sus ojos estaban nublados, y al principio Sumner no sintió nada de él excepto una fría bruma, sombría y lánguida. Entonces la voz del vidente sonó en su mente: ¿Por qué no le salvaste? Extendió las manos, pegajosas con la sangre de Colmillo Ardiente. Viste lo que sucedía. ¿Por qué no le salvaste?

—El voor retenía mi kha, Deriva. Si me hubiera movido o incluso pensado, ahora estaríamos los dos muertos. Tuve que dejar morir a Colmillo.

Deriva le observó, las manos ensangrentadas al aire. Pensaba que eras humano. Sus ojos destellaron y su mirada se ensombreció. Se dio la vuelta. Eres más voor que hombre.

Sumner contempló al vidente hasta que pasó entre los árboles y se perdió de vista. Nada se pierde jamás... sólo está de camino, se dijo.

Esa idea desencadenó un lento lazo en su mente: un mantra que puso sus pies en movimiento, que le hizo salir del bosque al paisaje soleado de Skylonda Aptos.

Atravesó con determinación el caos primordial de rocas plegadas, rotas y levantadas. En un lugar desolado enterró la espada de Nefandi, y luego continuó su penosa marcha. Cuando el cielo se llenó de colores vaporosos, se sentó de espaldas a un arco de piedra y contempló los oscuros bancos de nubes. Había matado a Colmillo Ardiente de la misma forma que había matado a Quebrantahuesos, por inacción. Había dejado que el amor humano en él muriera. Era un voor, y esa consciencia le inmovilizó. Nubes de polvo rojo giraban sobre las áridas llanuras. Llyr titilaba sobre el horizonte, pequeña y vidriosa. Arreció un viento frío.

Al amanecer, Sumner se despertó con el sonido de metal golpeando el aire: motores. El aterrador sonido procedía de la tierra desolada y yerma. Sumner se subió al arco de piedra y vio un convoy de transportes amarillo y azul avanzando por el terreno torturado. En el flanco de los vehículos aparecían banderas verdes grabadas con pilares blancos y negros.

Sumner corrió sobre pozos y pliegues de roca marrón para interceptar al vehículo que abría la marcha. Cuando lo divisaron, el convoy se detuvo y varios hombres vestidos con uniformes de camuflaje para el desierto bajaron con los rifles preparados.

Sumner se identificó y rápidamente le subieron a la plataforma superior del primer transporte. Con un chirrido de metal gastado, el convoy continuó arrastrándose hacia adelante.

Sumner se agarró a la baranda de la cubierta, observando el horizonte ondular. Después de que el comandante desconectara su radio, le preguntó qué sucedía.

El comandante era joven y rubio; pálidas arrugas irradiaban de sus ojos. Miró a Sumner con expresión curiosa y divertida.

—Su historia es impecable, Kagan. —Los pálidos brotes de su carne se desvanecieron en los pliegues de su sonrisa—. He oído decir que los Rangers van a todas partes, pero usted es sorprendente. —Sus ojitos se ampliaron para abarcar el pelo enmarañado de Sumner, sus pintorescas orejas, su pañuelo de piel de jaguar y su taparrabos gastado—. ¿Qué tribu estaba inspeccionando?

—Los Serbota.

—Ah. —Sus ojitos se volvieron mortíferos—. Entonces puede sernos muy útil.

Sumner se tensó.

Una de las radios chirrió varias frases en código. El comandante pasó junto a Sumner y escrutó el ondulante territorio en dirección al sur.

—Aquí vienen.

Varias manchas de polvo negro aparecieron sobre el horizonte, cada vez más cerca.

—¿Van a tomar Miramol? —preguntó Sumner, con voz vaga.

—¿Tomar? —El comandante le miró, divertido por su voz débil—. No tomamos distors. Ha habido actividad voor en esta zona y vamos a arrasar las tribus que pueden haberles dado cobijo.

Un trueno bramó al sur, se extendió a un rugido y rasgó el cielo sobre ellos con un grito más fuerte de lo que los oídos podían soportar. Cuatro strohplanos de casco negro aullaron por el cielo y se arquearon hacia el horizonte.

Sumner se apoyó contra la baranda de la cubierta. Los pliegues de roca al pasar, las ondulaciones y depresiones, los montículos, agujas y sinclinales se enlazaban y continuaban. Sumner los observaba con ojos aturcidos. Se unían en sus lágrimas. Se volvían uno.

La angustia de ver su tribu destruida fue demasiado fuerte para Sumner. La violencia palpitó en su pecho, y supo que mataría a muchos hombres si no se marchaba.

Saltó del transporte y rodó cuando alcanzó el suelo rocoso.

—¡Vuelva aquí, Kagan! —gritó el comandante tras él—. ¡No tiene permiso para marcharse!

Sumner siguió andando, el calor y el polvo salpicaban en sus tobillos.

—¡Está desertando! —gritó el comandante, y uno de los hombres le encañonó con su rifle y pidió permiso para disparar. Cuando el comandante asintió, el soldado apuntó, pero Sumner ya había desaparecido.

Varios hombres le habían visto agazaparse tras una duna, y el comandante destacó a una docena de soldados para localizarle. Peinaron la zona y escrutaron desde la altura de los montículos de roca, pero nunca volvieron a ver al ranger.

El horizonte de la sangre

Sumner caminó hacia el norte, dejando que su sentido voor le guiara entre las montañas. En la línea de la nieve, donde unas rocas recortadas ardían con los rayos festoneados del sol, encontró una caverna resguardada del viento. Despejó los cascotes de piedra y se sentó contra la pared negra.

Estaba físicamente exhausto, dispuesto a dormir o a morir, pero el voor en su interior permanecía activo. Sumner dejó que Corby se moviera a través de él, contemplando

aturdido cómo el voor cogía la bolsa de piel de serpiente de su costado y esparcía las cenizas y los trozos de huesos del magnar por el suelo ante él. La luz destelló en las lascas de hueso como fragmentos de tiempo, y las vísceras de Sumner se retorcieron de frío con la culpa que sentía por Colmillo Ardiente y el magnar.

Estás cansado, Sumner, habló suavemente Corby, inestable como el humo. Simplemente mira. Voy a hacerte olvidar tu dolor. Vamos a hacer un largo viaje, juntos, vamos a cazar en las sombras a Quebrantahuesos. Sus dedos formaron lentas espirales sobre las cenizas siguiendo el ritmo de la voz del voor de su interior. Sombraviajar es viajar en el tiempo. Aquí hay suficientes restos de kha para que podamos revivir toda la vida del magnar. En Iz, todo tiempo es ahora. Pero no es a él a quien quiero que conozcas. Sus gruesas manos gravitaron en silencio sobre las espirales entrelazadas, y un poder se desató en su pecho, un poder tan sutil como blanca era la ceniza.

El viento aulló entre las desorientadas rocas fuera de la caverna y se fundió con la voz de Corby: Es al Delph a quien quiero que veas... el mentedios para cuya destrucción nacimos. La penumbra era un cliché de colores rotos, largos y más rojos que la carne. Vamos a retroceder doce siglos, siguiendo el kha del polvo de esta vida hasta la época de la primera forma de Quebrantahuesos. El aspecto de las cosas pareció debilitarse. El tiempo es un secreto oculto a sí mismo. Vamos a internarnos profundamente en ese secreto. Vamos a convertirnos en él.

La mente de Sumner se quedó en blanco. Y de repente se encontró en un lugar cálido y oscuro, flotando tranquilamente, escuchando los golpes apagados de una puerta en un viento espectral. Era un latido.

Corby comprendió, y su conocimiento se volvió el de Sumner: Iz les había llevado a los principios de la vida de Quebrantahuesos y luego a través del tiempo, impulsado por la voluntad de Corby, hasta los principios embrionarios del Delph: podían sentirle flotando en la luz sangrienta, envuelto en una niebla susurrante, tan resbaladizo y pequeño que parecía a punto de desvanecerse.

Pasaron palabras de Corby a Sumner, palabras cantadas, la letanía voórica para los no nacidos:

Esta vez, tendrás un nombre, niño, con todos los límites que entraña tener un nombre. Tendrás un nombre esta vez porque donde vas todo tiene un nombre.

Corby continuó, y Sumner sintió que el tiempo se aceleraba. Vislumbró el feto del Delph expandiéndose, agitándose en el vientre, abriéndose paso. Su cabeza asomó a la luz, y salió deslizándose, manchado y brillante con los restos de su vida fetal. La escena se difuminó, barrida en un revoltijo de imágenes que pasaban demasiado rápido para poder asimilarlas.

...donde vas, joven, todo lo que puede suceder ha sucedido. Todo lo que ha sucedido va a suceder de nuevo...

El torrente temblequeó dos veces, refrenándose lo suficiente para que Sumner pudiera ver al infante creciendo: un niño de pelo negro con una túnica demasiado grande, de pie en la mitad de las escaleras de piedra de un templo; luego un esbelto joven vestido con uniforme militar, una estrella de seis puntas destellando bajo una cara angulosa y sonriente, cazas a reacción en el fondo; después, oscuridad volante...

...y aunque empezarás aprendiendo los nombres de todo en tu nueva vida, no importa cuántos nombres aprendas, no importa en qué secuencia los dispongas, no te enseñarán nada sobre el origen o el fin. Existen porque tú existes, para asegurarte que tu existencia puede suceder y sucede, entonces y ahora; siempre, y casi como tú mismo imaginas que ha sucedido...

La aceleración comenzó de nuevo, y Sumner vio al joven con botas de combate, pantalones de vuelo, una camisa militar abierta hasta la cintura. Yacía tumbado en la hierba, bajo la sombra de los árboles, una mujer oscura y vigorosa a su lado. Sostuvo la cara de ella en sus manos y la escena desapareció rápidamente.

...pero los nombres, joven vida, serán reducidos por la grandeza de tu respiración, aunque su ansia será tu largo viaje, todo lo que soportarás jamás es su práctica, su prueba eventual para perfeccionar el espacio que tu paso deja atrás.

La cascada de imágenes giró hasta detenerse. Sumner se sintió flotar en una enorme galería de paredes curvas de color verde claro. El sitio rebosaba de frenética actividad. Un semicírculo de reclinatorios de cuero blanco ocupaba el centro de la galería. Cada silla estaba rodeada por un equipamiento de paneles de cristal y una cúpula de finas redes iridiscentes. Todos los reclinatorios estaban ocupados por técnicos vestidos de verde.

Corby enfocó una estación donde se encontraba un hombre de pelo negro con el rostro estrecho y compuesto. Era el que habían seguido desde el vientre, el Delph. Sobre el bolsillo del pecho de su uniforme de faena aparecía bordado HALEVY-COHEN.

Corby se acercó más, gravitando un instante ante los ojos grandes y espaciados y la nariz fina. Los labios eran carnosos, la mandíbula firme, retirada, el pelo muy denso, meticulosamente peinado hacia atrás a partir de una frente cuadrada. Los rasgos se extendían a una pantalla de luz diáfana, y se deslizaron en él.

Su mente era un tumulto de imágenes y pensamientos, y pasó un instante antes de que incluso Corby pudiera sentir su nombre. Era Jac. En cuanto encontraron este centro, todo lo demás se puso en su sitio.

—Jac —llamó una voz de mujer.

Él abrió los ojos y la vio: era anciana, con la piel ajada y marrón, los labios grandes y oscuros y acuosos por los bordes, hundidos, ensombrecidos con una pena insostenible. Pero cuando vio que él estaba alerta, una sonrisa cortó la tristeza de su rostro, y pareció expandirse. Se echó hacia atrás el largo pelo blanco y se acercó. Él pudo oler el bálsamo que flotaba sobre su bata blanca.

—Soy Assia Sambhava —dijo ella afablemente—. ¿Me recuerdas?

Los ojos de Jac se estrecharon, y sacudió la cabeza.

La decepción ensombreció rápidamente la cara de Assia.

—No te preocupes. —Le secó con la manga la capa de sudor de su labio superior—. Tu memoria lleva rota mucho tiempo. Soy psicobióloga aquí en CÍRCULO, el Centro de Investigación Internacional para la Continuidad de la Vida en la Tierra, y te he estado tratando desde que llegaste hace once años. Tu condición es única y significativa. Tienes unos nudos en el tallo pontino de tu cerebro. En las Fuerzas Aéreas Norteafricanas lo diagnosticaron como un tumor. En realidad, es un desarrollo natural, un pliegue hendido de la corteza cerebral... algo que le ha sucedido a uno de cada cien mil millones de humanos en los últimos cuarenta mil años. Creo que es el siguiente paso en la evolución cerebral, y he estado tratando de activarlo y ampliarlo con suplementos de ARN. Hasta ahora no he tenido éxito y —la sombra de sus ojos se espesó—, peor, puede que te haya hecho daño, Jac. Tu memoria ha desaparecido, y no he podido fortalecerla.

Jac no estaba escuchando. En su interior, sabía quién era, pero no era importante recordar. Esperaba, anticipando el cambio interno que seguía la mayoría de sus tratamientos. Cuando las pautas de asociación empezaron a expandirse, el nódulo de transfusión aún tocaba la vena azul de su cuello, y se sorprendió de lo rápido que respondía su mente. (Sorprendido: es decir, la fosfofructoquinasa descompone la glucosa-1, incrementa la actividad neuronal, y así, en un círculo cerrado, la serpiente se muerde la cola.)

Se preguntó si la psicobióloga (Assia, sí), era consciente de la velocidad o incluso de la extensión con que estos suplementos afectaban a su sujeto.

—¿Tienes alguna pregunta... algo que decir? —preguntó Assia.

Los ojos de Jac parecían borrosos.

—Oigo una voz, (La voz humana, el más triste de los instrumentos.)

—Lo sé. —Ella era muy amable. Le cogió la mano, y la compasión de sus ojos fue tan

densa como el amor—. Los suplementos la intensifican.

—¿Qué hago? (Recuerda tu herencia. Los Qlipoth son tus enemigos ancestrales, especialmente los Mames, que se mueven hacia atrás, y Glesi, que brilla como un insecto.)

—Un nuevo ser está naciendo, Jac. —La tenaza de Assia sobre su brazo era fuerte—. Estás cambiando. No trates de combatirlo... y no le tengas miedo.

Jac permaneció inmóvil, sus ojos terriblemente quietos.

—¿En qué me estoy convirtiendo?

—No lo sé —contestó Assia en voz baja. Le acarició un lado de la cabeza con una mano arrugada, y el calor de su contacto fue el calor del amor—. Hemos acabado por hoy. —Quitó el nódulo de transfusión y la red del bioscanner—. Quédate en el centro esta tarde. El suplemento puede que te haga sentir mareado. Volveré a verte dentro de un par de días, ¿de acuerdo?

Él asintió, y la psicobióloga se dio la vuelta y empezó a autorizar atareadamente el tratamiento del día en el teclado.

Las manos de Jac temblaban. Respiró profundamente para calmarse y se levantó de su asiento reclinable. Se sintió aturdido un momento, y luego se debatió con una sonrisa incontrolable mientras el flujo de asociaciones en su mente continuaba acelerándose. (Enamoramiento endocrino, Jac. Tu cuerpo te ama. Aunque esté muriendo, lleva tiempo hacerte sentir bien. Mal por bien. Vida por muerte. Una serpiente que se muerde la cola. La rueda de la ley, rodando.)

Jac relajó su mente y permitió que la cadena de significado que percibía le inundara con su euforia, su risa perdiéndose en el murmullo de proceso de datos. Sus percepciones sensoras se convertían de nuevo en continuas, el sonido temblaba como respiración termal, los colores audibles y olorosos.

Recorrió el pasillo de cabinas de tratamiento hasta la válvula de salida como había hecho cientos de veces antes, cada vez más extraña que la anterior.

El portal se abrió bajo un escarpado de arenisca en la periferia de una larga cuenca separada del mar por macizos circulares de roca de esquisto veteadas de rojo. El dispensario complementaba el paisaje y era prácticamente invisible desde el exterior. La luz surgía entre bajos bancos de nubes y caía ámbar a través del plano suelo que la lluvia había horadado y resquebrajado. En un alto valle al otro extremo de la base, enormes rocas negras se encogían bajo húmedas alas de lluvia.

Un trueno resonó, y Jac recorrió un vago sendero entre los fríos rayos del sol nublado. (La rueda de la ley, rodando, rodando.) Sentía el impulso químico en su sangre, el recién introducido ARN se tensaba a su través, llegando a un clímax que continuó durante horas. Afianzó el paso mientras alguien reducía la lluvia a su alrededor. (Un arpa en las manos del viento.)

En la ondulante luz azul del acuario salado, el delgado cuerpo de Assia parecía un fantasma. Tras ella, en la cara negra de metal de una consola de pared, destelló una luz roja: el Data-Sync estaba abierto, preparado para decírsele todo.

Assia tecleó una serie de funciones numéricas. No sabía qué buscaba... algo para afirmar su trabajo o a ella misma.

Un Pez Ballesta Reina pasó como una cometa, sus aletas dorsales y ventrales, un fino recuerdo de alas. Conectó la voz de su recordatorio de datos:

—... mesodermo, varios días después de la concepción. ¿Pero por qué el proceso de la selección natural, que es estrictamente económico, ha dado al Homo sapiens sapiens un volumen cerebral que excede las necesidades de su supervivencia? Estos hallazgos sugieren que el crecimiento cortical es un paso evolucionario necesario pero no suficiente y que estos fetos son los precursores de un inminente desarrollo nuevo: la duplicación del pliegue cortical. Aún quedan por resolver muchas cuestiones. ¿Por qué, por ejemplo, los

análisis uterinos del doble pliegue cortical de los fetos en su séptimo mes indican masivas reorganizaciones de agentes cromosómicos enlazados con formaciones de memoria andrógena? ¿Es ésta la evidencia, como sugieren Gallimard y Sambhava, de que esos fetos pueden estar trasladando registros cromosómicos a memorias conscientemente accesibles? ¿Y por qué poco después del final del octavo mes el uno por ciento de estos fetos rehúsa metabolizar esteroides y precipita así el aborto? ¿Por qué ha sido imposible mantener el desarrollo de los fetos mutados en suspensión artificial amniótica? ¿Hay otros...?

Assia desconectó la consola. Corales como joyas de arco iris llamaron su atención: una flor de muerte, una casa-esqueleto, un redundante ciclo vital petrificado en su entidad.

Jac se despertó sobresaltado y se incorporó de un salto, el rostro lleno de sorprendida claridad. La flex-forma en la que estaba acostado aún murmuraba su monótona cantinela cuando se levantó y caminó tambaleándose hacia su escritorio. La pirámide calendario le dijo con su fría luz que había pasado más de un año desde la última vez que había permanecido en pie como estaba ahora, consciente de lo que le sucedía.

Se sentó en el taburete giratorio junto a la mesa y contempló con estupor los cubos de datos y cintas. El cielo más allá del ventanal tras su escritorio aparecía salpicado de estrellas, y bajo su tenue luz vio que nada había cambiado: estudiaba las mismas cosas en las que se había perdido hacía un año: historia mundial, psicobiología, astronomía por neutrinos, y trataba de comprender los cambios. ¿Por qué los enormes terremotos y maremotos habían traumatizado el planeta durante tantas décadas? ¿Y qué era esta radiación cósmica que mutaba todas las formas de vida?

Una nube en forma de león cubrió las estrellas, y su visión se oscureció. La Voz permanecía en silencio, pero podía sentirla cerca. Si lo intentaba... (Siempre estoy aquí, Jac, a un tiro de piedra de distancia.)

Saltó a su pesar. Sabía que la Voz era él mismo, el córtex doblado que Assia llevaba activando los últimos diez años. (No trates de racionalizarme. Las visiones derrotan al ego.) Su memoria estaba ahora intacta, y diabólicamente, lo primero que recordó, con hiriente lucidez, fue el olor del cabello de Nevé, su esposa. De un manotazo encendió la luz de la lámpara y buscó los chips con los mensajes que ella habría enviado. Cuando encontró los chips transparentes, los sostuvo en el puño. Pero no se volvió hacia el vídeo. No había tiempo. (El arquetipo de espontaneidad demanda que afilemos nuestros propios mondadientes, ¿eh?)

—¡Voz! —exclamó. (¿Sí?) Tecleó un mensaje de llamada para Assia en su línea privada, y entonces apagó la luz. En la súbita y enervante oscuridad, sintió la húmeda presencia del Otro.

—¿Qué quieres de mí? (Mi exigencia es extrema, Jac. Es la posesión de vida, el clímax extático, lo que quiero. No servirá otra cosa.)

Fuera de la ventana oval, salía la luna. Jac contempló el secreto revelando las colinas cercanas mientras la luz de la luna aumentaba.

—¿Entonces por qué estamos separados? (No lo estamos. Yo soy tú... pero has olvidado quién eres.)

El cielo se cubrió de plata con la luz de la luna, y vio nubes alzándose sobre él, tan altas y confusas como una tierra hundida.

—¿Pero por qué olvido... y durante cuánto tiempo? (La memoria es el hueso, el caparazón. Yo soy la médula.)

Se abrió una puerta y una mujer anciana asomó por ella, su pelo blanco destellaba en la oscuridad.

—Assia... —Jac se levantó, y ella se le acercó—. Recuerdo de nuevo.

—Ha pasado mucho tiempo. —Ella colocó sobre sus hombros sus manos largas y oscuras—. ¿Quieres detener los tratamientos?

—No.

—El pliegue cerebral puede ser extirpado quirúrgicamente...

—No soy sólo yo, Assia. —Se sentó de nuevo y observó la oscuridad del rostro de ella—. Nada ha cambiado ahí fuera, ¿verdad?

—No. Todo sigue siendo una locura. —Assia se sentó al borde de su mesa y se apartó el pelo de los ojos—. ¿Es fuerte la Voz?

—Me habla en acertijos. Y creo que va a empeorar. ¿Qué tal mi conducta últimamente? Assia sonrió sin mover los labios.

—Estás muy dinámico... caminas y exploras mucho.

—No parece muy profundo.

—Estás en una fase asimiladora, Jac. Tenemos que ser pacientes.

Jac giró en su asiento y miró el brillante paisaje de la nube. Una eternidad antes, Assia había tenido un sueño para él. Era uno entre cien mil millones con un córtex duplicado. El lóbulo extra era una peculiaridad genética, un puño en el cerebro con la fuerza, quizás, para salir del tiempo y cambiar la realidad. Neurologías mucho menos desarrolladas estaban haciendo eso a pequeña escala, reformaban la realidad estadística al arrojar los dados al azar o haciendo cálculos atómicos. ¿Qué podría hacer un pliegue cerebral si se le aumentara mánticamente?

Los primeros investigadores de CÍRCULO no le presentaron a Jac su situación de esta manera. Temerosos de que pudiera rehusar, le habían informado de que tenía un tumor cerebral, y durante el primer año experimentaron con él sin su consentimiento. Fue Assia quien lo cambió todo: pero para entonces él ya no abstraía más allá de los mejores mánticos. Se había refrenado. Sus pensamientos se habían plegado sobre sí mismos, y dieron comienzo la Voz y un desconcertante autismo. Sin embargo, aún quedaba la visión de Assia. Existía la posibilidad... La posibilidad de que...

Jac se volvió hacia Assia, con los ojos ensombrecidos.

—Lo estoy perdiendo. —Sus palabras hablaron dentro de su respiración, apenas audibles—. Dile a mi esposa que me pondré en contacto con ella la próxima vez.

Assia se inclinó hacia delante, con ojos brillantes y sombríos. ¿Debería decírselo? Nevé estaba muerta, perdida con millones de personas más cuando los desiertos del norte de África hirvieron en una absurda tormenta: lluvia negra, vientos de cuatrocientos kilómetros por hora, ciudades enteras arrasadas. No... la tristeza en su mirada le dijo que no.

Assia ayudó a Jac a ponerse en pie y le condujo hasta la flexforma. Cuando él se tendió, el canturreo monótono comenzó y se sumió en un sueño profundo. —No lo estás perdiendo —susurró ella—. No podemos perder lo que somos. —Le besó y se quedó a su lado durante un rato, su cuerpo etéreo por la fatiga y la tristeza.

Ráfagas y profundas masas de nubes surcaban el cobalto insondable de la tarde. Assia se entretenía en el vaporoso abrazo de una tropiforma, pasando el tiempo mientras observaba jugar a los niños. El gimnasio era enorme, cubierto con una cúpula de plástico transparente a todo el espectro solar.

En un extremo, la luz del sol brillaba verde en las profundidades de una piscina seca, un hueco oval de aire que había sido espesado a la densidad del agua llenándola subcuánticamente con gases nobles. Más cerca, unos adolescentes jugaban al voleibol en atmósfera cero; otros fortalecían sus músculos con pesas magnéticas; en las colchonetas practicaban danza y ejercicios gimnásticos.

Pero la atención de Assia se centraba en los pequeños. Se enorgullecía de ver que eran una mezcla de todas las razas y tipos genéticos, todos ellos hablando Esper. Y con la constante observación genética de CÍRCULO, no había peligro de hándicaps inherentes. Las mutaciones eran modificadas en el útero o abortadas. Era un principio severo, higiene purgante, pero evitaba muchos sufrimientos.

Aunque odiaba los controles genéticos, Assia estaba muy satisfecha con los niños de CÍRCULO. Al observar a los chiquillos con sus rostros continuamente embelesados, experimentaba una alegría que no la llenaba desde que era joven. ¿Cómo habría sido tener un hijo, la vida surgiendo de su propio cuerpo?

—Nuestro futuro, ¿eh? —gruñó una voz a su lado. Era Nobu Niizeki, el director del programa de CÍRCULO. Era bajo, con la cabeza cuadrada y barba fina. Le cogió la mano y la apretó afectuosamente entre sus gruesos dedos mientras se sentaba—. El mundo se ha vuelto loco, pero nuestros niños siguen siendo nuestra luz.

—Eso es lo que creo —dijo ella—. Si hay alguna esperanza, ésta reside en los niños.

—Bien —suspiró Nobu con su voz austera—. De eso he venido a hablar contigo. —Soltó su mano. Sus ojos ceñudos estaban ensombrecidos como los de un boxeador cansado—. Ese estratopiloto israelí...

--Jac.

—Sí... Jac. Llevas trabajando con él casi doce años.

La serpiente de una arteria se revolvió en su cuello.

—Assia... —La cara redonda de Nobu permanecía serena como el ámbar—. Apenas contamos con los recursos para alimentar a esos niños. Para sobrevivir, CÍRCULO tiene que recortar presupuestos. Vamos a tener que darte una nueva misión.

Los ojos de ella se cerraron, y la historia se tensó en su cara.

—¿Y Jac?

—Le será practicada la eutanasia esta semana.

Abrió los ojos. En ellos la luz era densa como el diamante.

—No duele —dijo Nobu—. Lo sabes.

—No. —La palabra sonó pastosa—. Lo devolveremos al exterior.

Los ojos de Nobu se curvaron tristemente.

—Assia... el mundo ha cambiado. No quedan lugares a donde mandarlo. Sería una crueldad soltarlo ahí fuera.

—Entonces dadle una pensión. Se presentó voluntario y ha servido bien. Vamos... ¿qué trabajo cuesta mantener con vida a un hombre más?

Los fuertes dedos de Nobu se abrieron ante él.

—No tenemos nada. Ahora se trata de sobrevivir, Assia. Los niveles de radiación cósmica se han cuadruplicado en el último año. Todo el cielo arde con ese brillo galáctico. ¿No lo has observado?

—He estado trabajando. —La voz de ella era plana y nublada por la emoción—. Nobu, escucha... Jac es una prioridad esencial. Podría ser el mántico más fuerte de todos. Podría cambiar todo su entorno.

—Ningún hombre solo puede hacer eso, Assia.

—No estoy hablando de un hombre —dijo ella, mirando directamente al negro de los ojos de Nobu—. Jac podría ser un mentediós.

—¡Bah! —Él agitó una mano entre ellos para romper su mirada—. Rezo todos los días, pero eso no ha detenido aún las tormentas.

—Nobu, sabes que hablo en serio. Jac tiene el pliegue cortical mejor desarrollado en la historia de la fisio. Tiene la biología para sostener un colapso causal.

Amablemente, Nobu volvió a tomar su mano y se la llevó al pecho.

—Assia, éste ha sido el trabajo de tu vida, avanzar la biología humana. Has conseguido mucho. Has llevado la realidad mántica a lo que es hoy. Cogiste la bomba-ATP y la hiciste humana. ¿Pero un mentediós? Te aprecio, Assia. Aprecio lo que ha creado tu trabajo, pero tengo que decirte que estás convirtiendo en un chiste todo lo que has logrado. Colapso causal, mentedioses... es una visión amplia. El mundo, tal como está ahora, es demasiado estrecho para eso. Te necesitamos en otros asuntos.

Las cejas de ella danzaron.

—¿Haciendo qué? ¿Estabilizando el crecimiento de soja? ¿Produciendo bebés

genéticos a prueba de radiación?

—Todo eso serviría.

Las lágrimas nublaron los ojos de Assia, y dijo frenéticamente:

—Nobu, por más que barajemos infinidad de genes no restituiremos el campo magnético del planeta. Esa nueva radiación de ahí fuera es nuestro futuro. No podemos estar escondidos eternamente.

Nobu cogió su otra mano y sacudió ambas, lentamente y con fuerza. Cuando habló, su voz se oyó ronca:

—Assia, te necesitamos. —El alma de ella se encogió—. No hago política, pero tengo que contar con ella. —Le soltó las manos y se puso en píe—. Quiero que te tomes un poco de tiempo libre... que veas los informes y te des cuenta de lo que pasa realmente. Creo que estarás de acuerdo conmigo después de que hayas visto los hechos.

Ella buscó ayuda, los ojos asustados, pero él inclinó la cabeza para evitar su mirada.

—Si necesitas hablar con alguien, prueba con esto. —Le pasó una tarjeta octagonal con coordenadas desconocidas y sin nombre. Cuando ella alzó la cabeza, él ya se había marchado.

Con un temblor de corazón, Sumner surcó el tiempo, siguiendo a su fuerza voor a un lugar donde parábolas de altos árboles daban sombra a un bosquecillo de luz ardiente. Sumner vio a un gruñón sentado a la sombra de un olmo, medio escondido en los brotes de ailanto.

Quebrantahuesos, le informó Corby. Ésta fue su primera forma... un gruñón de servicio esclavo de los aulladores. Entonces su nombre era Rois, y era una especie rara de gruñón. Pero dejemos que el magnar nos lo diga.

El voor se acercó, usando lo que quedaba de su poder-mage para seguir la pauta de la psinergia del gruñón. La mente de Sumner se fundió en el flujo del lenguaje mental de Rois:

Kiutl. Los Santos la llaman la luz hueca, la vieja canción susurro Sin Nombre. En el boro, los muchachos de cara quemada, los de cuerpo furioso que pueden soportar la tenaza de la inmanencia kiutl, los de la luz elevada en los ojos, la llaman Lamí.

Inspirado por ella, cada momento es claro. Pero (como el cuento del djin que te concedía un deseo por cada dedo que te cortaras), no se puede estar con ella mucho tiempo. Después de un año de dosis diaria, la sinopsis cortical se atrofia, la inmanencia se vuelve interminable, y en una semana las orejas van a los niños saqueadores, los ojos a los pájaros, y las mujeres vienen a cortar la espina dorsal a trozos.

Eso le sucedió a mi madre. Cuando nació estaba empapada y oscura de kiutl... un amasijo de carne azul y ajada viva en un cadáver, sobreviviendo para verla ahogarse en un retortijón de vómito un año después. Tenía doce años y había hecho los contactos adecuados en los laboratorios de investigación de Pequeño Edén para colocarme. Sin duda, yo habría entrado en el boro sin ella, pues trabajar para los muecas como blanco-psi no estaba limitado.

Para estimular mi gratitud, los muecas enfocaron mis ojos, secaron mi baba y aguzaron mi entendimiento. Entonces procedieron a esbozar el plan del juego: querían que cooperara con otros gruñones de laboratorio mientras ellos recortaban nuestros cromosomas. Los muecas jugaban con nuestras pautas nucleicas. Muy pocos sobrevivieron. Los que lo hicieron eran diamantes genéticos, bodhisattvas nucleicos.

Un espíritu de fuego, la energía del mismo laberinto genético, nos unió con más fuerza que el hueso. Estábamos ansiosos por vivir el estatus de nuestra sangre, para ser gruñones definitivos en vez de chimpancés entrenados, aunque fuera por unas pocas horas. Pero no fue algo de lo que nosotros parloteáramos. Era un asunto delicado. Necesitábamos algo más. No pasó mucho tiempo antes de que lo consiguiéramos. Kiutl.

Las pruebas mentales extrajeron recuerdos infantiles de su cartilaginoso olor de

serpiente. A nivel más profundo, siempre hay asociaciones fetales, quimio-recuerdos de senderos luminosos, ceros fosforescentes, un picor en las palmas de las manos y la gloria de su inmanencia. Para nosotros estaba claro que Lami vivía en nuestros tuétanos, pero los muecas pensaron que podían apartarla de Pequeño Edén. Lo pensaron. Variable aleatoria, la llamaron.

Ninguno de nosotros sabía lo que nos había hecho. Pero era nuestro recuerdo más antiguo, el guardián de la especie. No es ninguna coincidencia que la kiutl apareciera en la tierra el mismo año en que los muecas produjeron los primeros gruñones esclavos. Todos nuestros antepasados la fumaban. No hubiéramos sido gruñones sin ella. A pesar del peligro, nos desvivíamos por ella, y resultó que los muecas la habían escondido bien: estaba fuera de nuestro alcance.

Uno de nosotros cogió un montón de kiutl de una sección del boro. Esa noche, veintisiete gruñones drogados, rabiosos de vértigo, oscilando en las distancias del espíritu, asaltamos los laboratorios de Pequeño Edén; las personas fueron apaleadas y decapitadas, los guardias colgados y abandonados para que se desangraran. Las máquinas, sagradas por su indiferencia, quedaron solas en su inmanencia.

¡Beato!, mugimos, ¡Beato!, partiendo los cráneos de todos los muecas que veíamos. ¡Beato!, bailando con los cadáveres, arrancando sus genitales, destripándolos en busca de la gruta, el espíritu animal de la carne. ¡Beato! Nuestros cuellos adornados con estrellas de sangre.

Los contemplamos arder toda la noche desde un refugio a kilómetros de distancia, todos retamos, danzábamos fervientemente ante las noticias de la radio. Las luces de los láser teñían de azul el horizonte.

Todo lo que nos quedaba de Pequeño Edén era nuestro entendimiento y nuestra sangre purificada. La mayoría de nosotros se dirigió a los boros internos de las ciudades de los muecas y se alojó en las oscuras catacumbas, rezando como uno solo, compartiendo un silencio. Un año después, todos murieron de inmanencia de la kiutl. Los cinco que quedaron, que habían sido maestros trotando de boro en boro, se sometieron al espíritu. Dos estaban fuera de la ley como astutos asesinos. Finalmente ambos fueron destruidos por su propia traición, pero hubo un carnaval en sus muertes, levantando nubes de neuratoxs en las carreteras y en los estadios. Una continuó enseñando la revolución, las claves del fuego, la perfección del caos, hasta que murió en una tormenta raga que arrasó todo un conjunto de ciudades. El otro murió en una plaga relámpago en algún boro interior.

Yo, el último de los diamantes genéticos, decidí destruir las reglas, destruir la historia. El camino de salida es el camino adelante. Me serví de todo mi conocimiento para crear un alter ego y regresé al ciclo de los muecas. Mi psi es plástica, bastante flexible después de años de entreno para deflectar una sonda mental. Dos años más tarde, trabajo para CÍRCULO, utilizo mi poder a hurtadillas, y camino penosamente por las alamedas a la luz del día.

Mi trabajo es servil, lavar con espuma un laboratorio técnico, pero voy a todas partes sin que me detengan. Mis raíces profundizan su riesgo cada día, brotando en el dominio de los muecas. Nadie me busca, y aquellos que me miran sólo ven a un gruñón de servicio, la cara peluda y las palmas rosadas. Soy doblemente invisible, como un cristal a los ojos de un ciego.

Convexa, azul como el hielo bajo el sol de la tarde, la luna se alzaba sobre el mar. Era razón suficiente para que Jac diera un paseo por la playa. (¿Qué razón? El tiempo se mueve a trozos, un pecio flotante de sucesos que nos lleva sin razón.) Cualquier actividad era mejor que estar sentado solo en su habitación escuchando la loca voz en su cabeza.

Después de los suplementos, la Voz a veces se volvía molesta. Assia le había dicho que no se podía hacer nada al respecto. No podía recordar por qué. Algo referido a que el

tumor se encontraba cerca del centro auditor de su cerebro. Los lazos de Heschel, ¿no? (Tumor... ¡ah, tu amor!) Le habían dicho que durante su tratamiento tendría que aclimatarse a aberraciones ocasionales.

Para él la mejor diversión consistía en caminar. No le impresionaba la ciudad subterránea de CÍRCULO y prefería pasear al aire libre, lejos de las cúpulas de cristal negro y los olores de laboratorio.

Aquella tarde, de camino al mar, se detuvo al filo del cañón creado por el hombre para observar la excavación de un nuevo boro. Los trabajadores le asustaban. Eran grandes y con poco cerebro y no todos humanos. Sabía que les llamaban gruñones, y podía darse cuenta de lo mucho que se parecían a los gorilas. Pero manejaban las gigantescas excavadoras y grúas con seguridad. Vistos desde lejos, parecían hombres gigantes de negras espaldas encorvadas vestidos con botas de trabajo, monos marrones y cascos rojo brillante. Más cerca, sin embargo...

Como si oyera sus pensamientos, uno de los trabajadores salió de la cabina de una trituradora y se dirigió hacia él. Bajo el casco, la cara del gruñón era bestial: piel rojiza tensa sobre pómulos prominentes y grueso entrecejo. Sus labios eran finos y de un negro correoso.

—Apártate, muecas. —El sonido voz áspero y gutural que hizo apenas fue comprensible. Señaló el inmenso pozo con un dedo grueso y rojizo—. Mamá te romperá los huesos.

Pasó un instante mirando boquiabierto al gruñón antes de darse cuenta de que hablaba de la tierra (mamá tierra, rodando bajo nosotros). Se apartó del borde y dio las gracias al gruñón con un movimiento de cabeza.

—Cuídate, muecas. —La criatura dio una patada a una piedra y la tiró por el cañón—. Mamá es fauces. —Hizo un gesto breve a modo de saludo y regresó a su máquina.

Jac se apartó del pozo y se perdió de vista antes de comprender lo que había dicho el gruñón. «Mamá es fauces», repitió, sorprendido de que tales criaturas pudieran ser tan... (¿Elocuentes? ¿Poéticas? ¿Humanas?). Decidió que tendría que aprender más cosas sobre ellos.

Se detuvo brevemente junto a un amasijo ceniciento en la base de una duna junto al mar. Sabía que era significativo para él, pero su memoria se difuminaba. (La memoria es pesar.)

Había peleado durante una época, tomando notas de los segmentos de su pasado a los que se negaba a renunciar: su escuadrilla, su cumpleaños, el nombre de su madre. Luego, la semana pasada, el absurdo de aferrarse a fantasmas le venció. Reunió todas sus notas desperdigadas, la mayoría casi sin significado para él, se las llevó a la playa y las quemó. Recordaba cómo chasqueaba la madera mojada y cómo una hoja de papel revoloteó en el aire y se aplastó contra su muslo. Él se quedó observando la escritura calcinada durante largo rato, Nevé, sin comprender.

A veces incluso olvidaba quién era. (Te aseguro que conocerás la Muerte mejor que ningún recuerdo, aunque tus recuerdos son largos como mundos.) Varias veces al día cantaba: «Soy Jac Halevy-Cohen, nacido en el Kislev 5842, en...». Apenas recordaba dónde había nacido.

Recorrió despacio la arena hasta una pendiente producida por las olas y ennegrecida por el tiempo. Su cuerpo era aún fuerte y no tuvo problema para subir las escarpadas rocas. Al llegar a lo alto, se sentó con las piernas cruzadas. El sol de la tarde se zambullía sobre los acantilados azules, aunque la mitad del cielo estaba salpicado de nubes y la lluvia barría el esquisto a menos de cien metros de distancia. Bajo la luz, la arena plana y los bajíos brillaban como un papel en blanco, vacío de vida, mientras en el punto de unión de mar y cielo una neblina ámbar se extendía con tentáculos largos y brumosos.

Rois rodeó una duna. Estaba detrás de Jac, y observó la espalda ensombrecida de sudor con malévola astucia en sus ojos animalescos. Los trances kiutl y un cuidadoso

estudio de los informes Data-Sync le habían revelado quién era este muecas: un proyecto mántico. Los mánticos (humanos con cerebro amplificado) habían creado a los gruñones como esclavos y habían construido los borozoos donde los aprisionaban. Rois estaba decidido a devolver el golpe, y este muecas era el blanco real más cercano.

Los gruñones apostados en las dunas cercanas asentían todos: no había nadie a la vista. Rois sacó un pesado gancho de su mono marrón y se arrastró por la arena sin hacer ruido.

Se encontraba ya al pie de la pendiente, con el arma alzada, cuando Jac le oyó y se dio la vuelta. Durante un instante se observaron el uno al otro, y algo parecido a un grito, pero silencioso, se debatió en sus corazones.

El cielo gritó, y un rayo de luz surgió de ninguna parte y arrancó el gancho de la mano de Rois. La explosión derribó al gruñón al suelo y lo dejó tendido y chamuscado. El sol gritaba en sus ojos.

Se sentó. El hedor de su carne quemada sobrepasaba su dolor. Sólo el fino mango del plástico del gancho había resistido el golpe de fuego. Miró la cicatriz púrpura de su mano, como una burbuja de plástico, y luego a Jac. El muecas estaba acurrucado tímidamente sobre la pendiente, pero el conocimiento llenaba sus ojos.

¿Fue producto del shock o escuchaba una voz? Todas las cosas se convierten en una, gruñón.

Buscó a los otros alrededor, pero se habían ido. El aire chispeaba con destellos deslumbrantes. Su visión de Jac cambiaba extrañamente: el rostro del muecas desapareció, y en su lugar le observó un hombre tuerto con una cicatriz retorcida y un ojo brillante como un espejo. Trató de apartar la visión, pero la cara era real: estirada y oscura como un escarabajo.

Le barrió una oleada de viento viscoso, y el hechizo quedó roto. Su cuerpo maltrecho despertó, y un terrible alarido se atascó en su garganta. Nadando a través de un océano de miedo, Rois se puso en pie y echó a correr por la playa.

El terror del gruñón era tan fuerte que Corby y Sumner fueron despedidos de él y quedaron gravitando sobre la extensión del océano. Observaron cómo las distancias se plegaban sobre él, y vieron que correría a través de toda su espiral de tiempo, cambiando formas pero incapaz de cambiar su destino. Doce siglos más tarde, después de una vida irreal de vagabundeos y nuevos cambios, el Delph le localizaría y la pesadilla se completaría.

El tren deslizante atravesó el túnel en la montaña y salió a la penumbra azul. Una media luna colgaba del vientre de Taurus. Por debajo, el cielo era del color del acero, el horizonte un cable verde. Pero Assia no lo advertía. Estaba sentada en la cápsula del tren deslizante, y sus ojos brillaban. Medio despierta, su mente regresaba siempre a Jac de un modo intermitente.

Siguiendo las insistencias de Nobu, había recorrido CÍRCULO. Atravesó velozmente el corazón de los Andes, viendo los laberintos de jardines en la base de volcanes dormidos, laboratorios transparentes situados en las faldas de las montañas, y grutas atendidas por gruñones cantarines, el trigo dorado y alto bajo los cielos artificiales. Sin embargo, nada de todo esto la conmovió, porque nada era real. Trabajaba sólo para CÍRCULO. El hambre de Europa y África continuaba. Las plagas en Asia y América. El miedo por todas partes.

Había una parada más en el recorrido: un mántico que Nobu quería que conociera; las coordenadas que le había dado en la tarjeta octagonal. Y luego... una oportunidad de estar a solas con su pérdida.

La habitación a la que la enviaron era pequeña, pero estaba amueblada con gusto: paredes curvadas de color crema y sillas de una sola pata dispuestas alrededor de una mesa de cristal verde. La puerta estaba abierta, así que llamó y entró. Cuando avanzó

hasta el centro de la habitación, una voz potente resonó tras ella:

—¡Assia Sambhava! ¡Bienvenida!

Se volvió, y el corazón le dio un brinco. Ante ella había un hombre de nariz chata, malicioso y pícaro. Su cabeza calva poblada en las sienes por salvajes cabellos anaranjados. Era como toparse con un ensueño, como encontrarse de repente con Einstein. El hombre ante ella era Meister Powa, la mente más grande que jamás había vivido: el padre de la física subcuántica, el creador de la genética de los gruñones. Era el mismo Meister Powa al que había visto en incontables ocasiones en avances informativos y en libros de texto: la cara de payaso tan irreverente como le había parecido de niña, setenta años antes.

—Perdona mi informalidad, pero siento como si ya te conociera. —Hablaba a través de los rasgos de un Buda risueño, las manos unidas de placer—. Conozco tus investigaciones sobre el autismo y la esquizofrenia, y tus estudios mánticos son legendarios. Tu trabajo ha redefinido verdaderamente la psicobiología.

Assia se sentía demasiado incrédula para responder.

—No soy un fantasma —respondió Meister Powa—. Al menos, no del todo. —Extendió una mano en signo de bienvenida, pero cuando ella trató de agarrarla, sus dedos se cerraron sobre la nada—. Soy un holo-hombre —rió el fantasma—. En realidad, toda esta habitación casi no es más que un holoide. Deja que te lo muestre.

Meister Powa hizo un gesto grandilocuente, y su grueso cuerpo, las sillas y la mesa se desvanecieron. Assia se quedó en una habitación donde no había más que un sofá flexforma y un dispensador de alimentos servox. Un segundo después, todo volvió a su sitio.

Miró con atención las paredes y el techo, pero los proyectores holoidales estaban bien ocultos. Y bien diseñados: Meister Powa era real hasta el último detalle.

La forma en que sus ojos claros la miraban la hizo sentirse confiada. Se acercó hacia la flexforma real.

—Por favor, siéntate. El sofá y el servox son para mis huéspedes. ¿Te apetece beber algo?

Assia declinó la invitación y se sentó. Sus rasgos, gastados por la edad, enmascaraban su diversión.

—Espero que disculpes mis indulgencias estudiantiles —dijo Meister Powa, sentándose en una de las sillas fantasma—. Dejé mi vida corporal hace muchos años, pero aún encuentro divertida mi actual realidad incorporal.

—¿Quiere decir... que está realmente vivo?

—¿Y no soy sólo una proyección láser? —Meister Powa se revolvió en su asiento, deleitado, su enorme vientre sobresaliendo, sus ojos abotargados reducidos a agujas de azul helado—. Por supuesto. Este espectáculo de luz es para tu beneficio. En realidad me encuentro a un kilómetro de distancia, dentro de una pequeña matriz de cristal en el Data-Sync. Pero tengo completa versatilidad intelectual y emocional. Yo mismo perfeccioné el sistema. Aunque no tenga mi carne y mis huesos, que por lo demás siempre estaban dando la lata, estoy todo aquí. Es decir, creo que estoy.

Se echó a reír estruendosamente, observándola como un babuino, la ancha espalda encorvada.

—Como te he dicho, soy un holohombre. Aunque he de admitir que no estoy enteramente satisfecho con esta versión de mi forma física. —Se apretujó la barriga entre las manos—. Pero mis colegas, basándose en algún oscuro sentimentalismo, insisten en que mi holoide tenga algún parecido con mi antigua forma. La verdad es que preferiría tener un poco más de pelo. —Se atusó el anillo de brillantes cabellos tras sus orejas—. Después de todo, esto es sólo una máscara, y las máscaras son herramientas. Nunca me he sentido incómodo con ellas.

¿Sabes que nací siendo Helga Olman? —asintió con salvaje énfasis—. Pero me

cambié de sexo poco después de la pubertad. Mis padres se llevaron un buen disgusto, pero se habituaron. Me gané mi reputación como Ted Loomis, un duro físico hijo de puta. No renuncié a esa máscara hasta que solventé el problema subcuántico y me convertí en Meister Powa. El nombre es un chiste irrisorio que se le ocurrió a un ayudante de laboratorio que estaba aburrido. Pero me gusta. Las máscaras, a veces, tienen que ser cómicas.

Assia sintió aletear un espasmo de risa en su estómago, pero lo contuvo. Éste no era en realidad Meister Powa, se dijo a sí misma. Sólo un holoide listo... el tecnoide más humano y feliz que había conocido jamás.

Powa sonrió, suavemente, como si pudiera oír sus pensamientos.

—Sé mucho de máscaras. A menudo, la gente piensa que eso es todo lo que soy. ¿Pero no es todo una máscara? —Sonrió de oreja a oreja, como si estuviera a punto de confesar una trastada—. Lenguaje. Rituales mánticos. Pautas de difracción. Uno de los chistes más grandes de la Naturaleza es hacer máscaras. —Sus manos se abrieron en un remedo de majestad y sus ojos súbitamente se volvieron calculadores—. La Naturaleza es sensual, seductora, gran amante de los velos... una Novia. Es extremadamente difícil ver su verdadero rostro... ¡pero no es imposible, te lo advierto! No es imposible. —Sonrió como un viejo verde—. Ciertamente, es difícil ver a la novia, rodeada como está por siete mil velos, cada uno capaz de marcarla irremediadamente si se le quita sin cuidado. ¡Pero puede hacerse! —Su cara redonda se agitó, plena de certeza, luego se endureció—. ¿Un pequeño consejo?

Ella asintió, divertida e interesada.

—Nunca, nunca, nunca te fuerces. No arranques los velos. Quítalos con cuidado, uno cada vez. Te llevará toda la vida hacerlo bien, pero la satisfacción es inconmensurable. No dejes heridas por curar, que cubran tu visión de Ella. Lentamente, con paciencia y tranquilidad. Esto quiere decir que no lo hagas con fuego, pero no confundas, como hacen muchos, el fuego con el incendio.

Assia temblaba por dentro. Quería creer lo que estaba diciendo este hombre, este holoide. Muchas veces había sentido que incluso el sufrimiento era una máscara. Pero los niños...

—Meister Powa...

—Por favor, llámame Helga. O Ted, si lo prefieres.

—¿Qué hay del caos mundial, el Ocaso?

Él la miró con atención. En su sonrisa brilló algo astuto.

—Crees que estoy un poco chalado, ¿eh? Tal vez incluso... ¡no te atrevas a decirlo!, ¿místico? ¡Tonterías! —Su labio superior se retrajo, inenarrablemente retorcido—. Déjame que te diga algo. Lo que llamáis fuego-cielos... ¿eres consciente de qué los causa? Empezó hace más de cuarenta años, y la mayoría de la gente no sabe todavía que una onda gravitatoria sacudió la tierra, retuvo el planeta, destruyó nuestro campo magnético y creó las primeras tormentas raga. Una onda gravitatoria. Un eco, simplemente un eco, de un extrañísimo agujero negro en el corazón de la galaxia. ¡Extraño porque el agujero tenía un agujero dentro! Ahora mismo, y durante los siguientes miles de años, estamos en línea con las energías que emanan de ese agujero.

Sus ojos rebulleron.

—No es que nos vayamos a freír con más radiación. Es la cualidad de la energía lo que es completamente diferente. Su fuente es el mismo centro imposible del colapsar. Como resultado, todas las pautas de energía que damos por hechas (los sistemas climatológicos, el campo magnético de la tierra, los océanos, la vida misma), están cambiando, tomando nuevas y extrañas características. En cierto sentido, las máscaras están siendo alzadas, porque nos enfrentamos a una Novia sin velos... una singularidad desnuda. —Sus ojos, celestes y sobresaltados, parpadearon una vez, y se sentó.

Assia le observó con atención, tratando de apartar su irrealidad. Pero su intuición,

basada en sus gestos y sus muecas faciales, insistía en que era humano. Incluso su mente, que conocía mejor, estaba fascinada. Si tuviera una respuesta para el dolor y el sufrimiento...

—El Universo está loco —continuó él, la cara sombría, casi judicial—. Un agujero negro se aposenta en el corazón de nuestra galaxia como una araña en una tela de estrellas. Extrañas energías salpican la superficie de la tierra con nuevas formas de vida. Pero tal vez todo esto haya sucedido antes. Tal vez por eso estamos aquí. Tal vez está naciendo algo más grande que el dolor. Y tal vez no. No nos importa. No estamos aquí para censurar al cosmos.

Assia no podía apartar de su mente los niños hinchados por el hambre.

—La raza humana está sufriendo... tal vez muriendo.

—Ha sido así desde antes que humano se convirtiera en una palabra. Tenemos que vivir con ese conocimiento. Tenemos que usarlo para formar lo que podemos coger con las manos. Es el barro para esculpir, Assia.

El nudo en el vientre de ella empezaba a aflojarse.

—Pero el dolor...

Él se inclinó hacia adelante, la cara arrugada de convicción.

—No se puede entrar en el templo sin mirar a los demonios.

Nobu estaba sentado en su oficina contemplando la visión holocular de Meister Powa y Assia. En cuanto vio sonreír a la anciana, desconectó el visor. Más tarde, estudiaría una visión condensada del resto de su conversación. Por ahora, bastaba con saber que su retiro emocional había acabado. Aquel estúpido holoide de Meister Powa por fin había resultado útil para algo.

Conectó de nuevo el visor, lo ajustó a una perspectiva del cielo y contempló a Júpiter alzarse sobre los Andes. El cielo estaba salpicado de estrellas, temblando en el cenit con las luces de la aurora... energías del corazón del infinito.

Nobu colocó sus manos sobre el escritorio, un largo trozo de madera pulida y petrificada rodeada de colores iridiscentes. Estaba vacía a excepción de dos libros y un trozo de papel: una autorización para practicar la eutanasia a Jac Halevy-Cohen. Ya la había firmado.

Un libro eran las enseñanzas del monje zen Dogen; el otro era una copia del antiguo libro de estrategia samurai Los Cinco Anillos, de Musashi. Nobu los consultaba ambos, sorprendido de lo adecuados que eran sus consejos después de tantos siglos. Ojeó un pasaje de Musashi que sentía era relevante: «Para un guerrero, no hay puerta ni interior. No hay estancia exterior prescrita ni significado interno duradero. Entre el guerrero y la derrota sólo está su habilidad practicada para recopilar situaciones cambiantes al instante. Debes apreciar esto.»

Nobu salió lentamente de su despacho, las palabras se abrían a una luminosa sensación. Globos de luz azules y blancos colgaban de las esquinas, dando un aspecto tridimensional a la caligrafía sabi de las paredes. Por fin, se detuvo ante su tatami de meditación y la pared vacía a la que se oponía y dejó que su resolución surgiera de él. El tiempo de Jac se había cumplido.

Un escalofrío de aprensión le impulsó a caminar de nuevo. Tenía un elevado concepto de Assia, y, sin embargo, sus capacidades mánticas le urgían a eliminar a Jac. Si CÍRCULO iba a sobrevivir, no podrían haber indulgencias. Assia era una de las primeras mánticas, pero su trabajo se había vuelto poco real; de hecho, resultaba engañoso. Era su edad: la urgencia de encontrar un golpe de suerte, el Gran Descubrimiento, antes de que se le acabara el tiempo. Nobu había percibido la decepción en su rostro. A pesar de las hormonas y los bombardeos de iones, sólo le quedaban unos pocos años. Ya se había perdido en un sueño: colapso causal, un mito de mitos, un paramito, tan extraño como su antítesis, el determinismo.

Aun así, no le gustaba la idea de lastimar a la anciana. El concepto era interesante,

trabajar con un mántico natural, un hombre nacido con un lóbulo frontal extra. Si pudiera ser activado... ¿de qué formas habría diferido de un mántico con una bomba-ATP en su cerebro?

Se sentó en el borde de su mesa. Sus mandíbulas latían. No era el momento para hacer investigación pura. Durante los últimos cuarenta años, desde que el campo magnético de la tierra fue destrozado por la onda gravitatoria, el cielo había permanecido abierto de par en par. En unas pocas décadas, la radiación cósmica que surgía del núcleo galáctico había cambiado el mundo; las pautas de las mutaciones eran impensables; habían aparecido cientos de miles de nuevos virus; especies híbridas, como el trigo y el maíz, se habían agotado genéticamente; y la palabra humano se había vuelto un término incierto. ¿Por qué los cambios genéticos estaban varias magnitudes por encima de lo que los niveles de radiación podían justificar? ¿Qué coordinaba la metaplasia de forma que estaba creando literalmente nuevas especies? ¿Y quiénes eran esos seres telepáticos que se llamaban a sí mismos voors?

No... no era el momento para hacer investigación pura. Sólo los estudios aplicados podían salvar a sus niños. Jac tenía que desaparecer... y Assia lo comprendería. O no. No importaba.

Con un decisivo golpe de sus nudillos, aporreó el libro que tenía ante él en la mesa. Dogen. Lo abrió con un movimiento rápido y leyó en silencio las primeras palabras que vio: «No pases mucho tiempo frotando sólo una parte de un elefante, y no te sorprendas por un dragón real.»

Marea baja y el mar en el aire. Jac dejó atrás la playa, de camino a su habitación. Una fina lluvia cubría el cielo gris y las dunas de la orilla quedaron reducidas a sombras en la espesa niebla. Iba a ser una noche intranquila. Antes de entrar, Jac se detuvo a observar el pálido mar y su colapso. (Te siguen, amigo. ¿No te has dado cuenta?)

La Voz tenía razón. Formas humanas, extrañas bajo la bruma, se le acercaban desde el mar. Eran dos figuras, grandes pero acuosas con la distancia y la bruma. Era difícil decir si se dirigían hacia él o no. Decidió marcharse inmediatamente, pero entonces se detuvo. Estaba muriendo, tenía un tumor cerebral. ¿Qué había que temer? (La sequía del miedo.)

Hasta que no estuvieron sobre él no vio que eran gruñones trabajadores de largos brazos. Recordó el gruñón que había alcanzado el rayo el día anterior, y en sus músculos sonó la alarma.

—Nada que temer —dijo, en el tradicional saludo gruñón, pero no le respondieron. Sus ojos parecían blancuzcos, sin vida y (demasiado tarde) advirtió que pasaba algo raro con ellos. Retrocedió un paso y se volvió para echar a correr, pero los gruñones saltaron hacia él y sus gruesas manos lo agarraron por los hombros. No se resistió cuando lo alzaron y lo cargaron sobre sus espaldas. Sin miedo, aunque lleno de ansiedad, respiró el acre olor de los gruñones y miró sus pies de gruesos dedos corriendo sobre la arena acanalada.

Se acercaron al mar, donde sus pasos se hicieron más firmes, moviéndose con habilidad a pesar de su carga, enfrentándose al viento. Jac colgaba flácido, consciente de que se dirigían al sur, al boro. Una alegría asaltó sus pensamientos. La Voz había desaparecido. Ni siquiera continuaba la sensación del observador. Sonriendo, casi riéndose en voz alta, contempló las oscuras masas de las dunas mientras las dejaban atrás.

Cuando aparecieron los primeros signos del boro (casitas modulares de cúpula blanca), Jac trató de levantar la cabeza para echar un vistazo. Nunca había estado en el boro antes. Pero el gruñón que le llevaba apresó su cuerpo con más fuerza, y se contentó con seguir las casitas boca abajo mientras continuaban avanzando.

Llenaba el aire un denso olor brumoso, procedente de los muchos jardines de los gruñones. Mezclado con él se percibía el olor carbonoso gruñón y otro que no reconoció:

una fragancia forestal, intensa como el musgo, sólo que más dulce. El olor era nostálgico, ensoñador, y se espesó a medida que se internaban más profundamente en el boro.

La carrera cesó de improviso, y Jac rodó por la espalda del gruñón. Se levantó, tembloroso, y se encontró frente a un denso grupo de gruñones. La mayoría eran trabajadores gigantescos y vestidos de gris. Pero cerca había otros gruñones más pequeños con caras más afiladas y brazos más cortos vestidos con ropas marrones. Sus ojos no estaban ausentes como los de los trabajadores, sino animados, alertas, casi humanos. Un gruñón en particular le llamó la atención. Era una hembra, delgada y elegante, los pelos de su cuello plateados y trenzados. Llevaba una túnica negra y una distinguida banda de cuero, plumas de gaviota y pequeñas conchas de caracol rojo. Bajo su ceño poblado por la edad, sus ojos eran brillantes y mordaces.

—Nada que temer, muecas.

Jac devolvió el saludo y miró a su alrededor. Estaban en un patio de piedras pálidas como la luna, guardado a ambos lados por altos árboles de retorcidas enredaderas. A su espalda habían casitas de cúpulas blancas, las ventanas salpicadas de visillos rojos. Ante él, envuelto en la niebla pero visible más allá de los gruñones, se encontraba el enorme bosque de higueras donde vivían los trabajadores.

El olor a estiércol endulzaba el aire, y Jac advirtió rápidamente de donde procedía. Los gruñones se pasaban un humeante cuenco de barro e inhalaban por turnos los vapores lechosos.

—¿Por qué estoy aquí? —le preguntó a la vieja hembra.

—Lamí habló de ti —respondió ella, aceptando el cuenco y metiendo la cara en los vapores. Habló a través del humo—. Rois dijo que eras una abominación entre los muecas. Pero Lamí se volvió contra él y te protegió. Nosotros seguimos a Lamí.

Jac había oído hablar de Lamí, una deidad de los gruñones, pero no podía recordar nada al respecto. ¿Iban a practicar con él alguna especie de sacrificio? Se sentía tan tranquilo, tan libre de los molestos comentarios de la Voz, que no le importaba lo que los gruñones hicieran con él. De todas formas, era un amnésico con el cerebro retorcido que se estaba muriendo.

La gruñona de la túnica negra le ofreció el cuenco de barro, un receptáculo de color púrpura grabado con runas que no reconoció. El cuenco estaba caliente, pero lo sostuvo e inhaló profundamente sus humos balsámicos.

En ese instante, alguien del grupo tañó un arpa, y la nota trémula le asaltó. La gruñona coronada de plumas le quitó el cuenco de las manos, y vio cómo lo volvía a llenar con hojas color sangre extrañamente formadas.

Sobre las cabezas de los gruñones se difuminaba una corola de luz verde, y un escalofrío de aturdimiento forzó a Jac a sentarse sobre las húmedas piedras. Un excitado murmullo recorrió a los gruñones, y una lentejuela de notas de arpa brotó a la noche. La vieja hembra se acercó, la cara envuelta en una luz dorada maculada. Extendió una mano reseca por el fuego, y oyó su voz en el interior de la cabeza: Levántate y contempla a Lamí. El shock de escuchar una voz en su mente, tan parecida a su propia Voz engañosa, le inmovilizó.

Unas manos lo cogieron por detrás y lo alzaron a una llamarada de colores relumbrantes repletos de voces: ¡Lamí Botte! ¡Lamí! ¡Delph Botte! ¡Delph! Pero al contrario que la Voz, éstas podían ser desconectadas. Apartó el cántico de su cabeza y se levantó, alto y beatífico, en una forja de colores.

Era vagamente consciente de que había inhalado alguna especie de droga. Sentía sus efectos en sus músculos, despegándole de los huesos. Pero más cercana sentía su enormidad, su conexión con todo lo que le rodeaba. Y comprendió lo que era Lamí. Pudo ver a la deidad: un brillo de caseína brotaba de sus cabezas velludas y redondas, resbalaba sobre ellos y se inflaba. Era su energía de grupo, un poder más grande que todos ellos.

La vieja hembra se plantó ante él, la cara plateada. Muy lejos, en lo más profundo de su mente, el cántico continuaba: ¡Botte Lamí! ¡Botte Delph! La superficie plateada que enmascaraba a la vieja gruñona desapareció y reveló ojos de ansiosa inteligencia. La conexión aumentó entre ellos, y durante un ligerísimo instante, Jac se convirtió en la gruñona..

Le asaltaron recuerdos simios, un torrente de imágenes: el áspero mango de madera de una herramienta, sabrosas sensaciones sexuales, rudas ropas, risas lunáticas como un chirrido en la jungla, y olores de comida... toda la realidad de la vida en el boro. ¡Ayúdanos! El grito de la gruñona transfiguró a Jac. Tantas emociones y, dominándolas a todas, una palidez de indefensión, servidumbre, vergüenza.

Con un shock tremendo advirtió que los gruñones le estaban suplicando, como si tuviera la autoridad de concederles poder y dignidad. Retrocedió, y el cántico en su cabeza se hizo más fuerte: /Botte Delph! /Delph! ¡Delph! ¡Delph!

—Haz que se callen —le dijo a la vieja gruñona. Pero ella estaba en trance, los ojos en blanco, la luz harinosa de Lamí nublaba sus rasgos.

¡Botte Delph! Jac bloqueó el cántico telepático y se concentró en la energía que se acumulaba sobre el apretado tropel: blanca, grumosa y densa. Sus bordes estaban ribeteados de colores más oscuros, un rasguño de violetas y azules que sangraban en la oscuridad de la noche. La energía violeta resplandecía en el aire salpicado de lluvia de la noche, y sus ojos siguieron hipnóticamente sus huellas. ¡Hasta que vio, con una sacudida de horror, que el poder azul procedía de él! ¡Surgía de su cuerpo!

Fascinado, observó cómo el espacio a su alrededor. se doblaba, tenso por la luz azul oscuro. Más cerca, la energía se oscurecía aún más, de un violeta denso. Y donde estaba, o debería estar su carne, latía una palpable oscuridad.

La mente de Jac vaciló. Al mirar la oscuridad de su cuerpo, se sintió balancearse al borde de una comprensión dividida. Vagamente, sintió verdades que sabía podrían destruirle. Destellos de comprensión surcaron su cerebro: era más grande de lo que sabía, y se hacía más fuerte, sacaba la fuerza del cielo, del mismo corazón del universo. La Voz no era una ilusión. Era real y él, que la escuchaba, era el sueño...

Se resistió, y una negrura líquida manó y le absorbió.

Los ojos de Jac temblaron al abrirse. Se hallaba sumido en un sopor despierto, intemporal como un sueño. Arena fría y mojada cubría su cuerpo, y el relajante rumor del mar llenaba su cabeza. Contemplaba el verde éter del amanecer. (Escucha, la sabiduría es aire, el color de la asfixia. Respira profundamente.)

La patrulla costera le encontró una hora más tarde y lo condujo al hospital. Se quedó allí todo el día sin comer ni hablar, cosa que no gustó a los médicos. Tenía también una densidad en el cerebro y residuos de psiberante en la sangre. A los médicos tampoco les gustó esto, y cuando llegó la autorización del director del programa para que le practicasen la eutanasia, se sintieron aliviados. Las instalaciones del hospital eran limitadas y tenían demasiadas funciones que cumplir: simplemente, no había medios suficientes para mantener a pacientes terminales que abusaban de las drogas.

Cuando llegó Assia, los médicos conducían a Jac a la Sala Final. Le mostraron la autorización cuando ella los detuvo, pero Assia permaneció firmemente en su camino.

—Es mi sujeto de estudio —protestó, las profundas arrugas de su cara se entretejían fijamente.

—Ya no —le dijo una doctora. Era joven y belicosa, y señaló la copia de la orden de eutanasia que aparecía adherida al hombre inconsciente en la silla de ruedas. Palmeó la orden—. Su proyecto se acabó.

El ceño de Assia se ensombreció aún más.

—De acuerdo, pero voy a apelar contra esto. Llévelo de vuelta.

La doctora meneó la cabeza, indiferente.

—No hay tiempo para apelar. Tenemos órdenes estrictas.

Assia avanzó un paso, y un médico musculoso la detuvo.

—Nos veremos metidos en problemas si no seguimos adelante con esto.

La anciana rebuscó bajo su bata y sacó un fino tubo de cristal negro con una etiqueta roja que anunciaba su contenido tóxico. Una brusca tensión se apoderó visiblemente de los médicos, y la mujer extendió la mano para alcanzar el llamador de su muñeca.

—Toque eso y todo el mundo morirá —susurró Assia. Agitó el frasco, y los médicos extendieron las manos en un gesto de miedo—. Aquí hay suficiente neurotox para matar a todo este hospital dos veces. Así que escuchen con atención.

Después de encerrar a los médicos, Assia tiró el tubo de neurotox vacío y llevó a Jac al coche que había aparcado en un patio trasero. Le inyectó un suero para contrarrestar el sueño y le sacó del complejo.

Jac no revivió hasta que Assia alcanzó su destino: una cabaña de cedro con un techo de zinc en un claro rodeado de manzanos silvestres. Se encontraban en el interior de las montañas, y el cielo reverberaba con corrientes de auroras.

—A veces venía a este sitio a descansar. —Ayudó a Jac a salir del coche. El hombre era ligero como un pájaro y estaba mareado—. No puedo quedarme aquí —añadió ella—. Tengo que tomar el camino de la costa y confundir a las fuerzas de seguridad que envíen a por ti.

Jac sacudió la cabeza, forzándose a estar alerta. (El cerebro es una flor que come oxígeno... ¿y dónde están sus raíces?)

—Assia, no hay razón para esto. Me estoy muriendo de todas formas. El tumor me está devorando.

Destellos de luz estelar brillaron en las lágrimas de sus ojos.

—No hay ningún tumor, Jac ¿No te acuerdas? —Le cogió la cara entre las manos—. Tal vez sea un error dejarte aquí. No hay ningún sitio adonde ir. Pero no dejaré que te maten. Si eso es lo que quieres, sigue esta carretera o espera aquí. De lo contrario, encontrarás equipo y provisiones en la cabaña. —Soltó su cara—. Adiós, Jac.

Se dispuso a marcharse, pero Jac le cogió la mano. Durante un profundo instante estudió la manera en que su cara se había formado, los sueños incansables abrumando la carne. Vio que él era el último de aquellos sueños, y eso le hizo sentirse tan triste que los ojos le dolieron.

Contempló a la anciana subir al coche y marcharse. No sabía qué hacer. (Confía en los recuerdos del futuro, amigo mío.)

Jac decidió morir. Si los mánticos de CÍRCULO no podían curar su tumor cerebral, prefería la eutanasia que morir en los bosques.

Estaba a mitad del camino de regreso a CÍRCULO cuando recordó el poder divino que había sentido con los gruñones. (Perdona la larga oscuridad. Tanta indulgencia en no mantenerte informado... tanto gasto, y así es la sorpresa de la sangre.)

Dejó la carretera y acortó camino entre las pendientes de matojos que conducían al océano. Recorrió las dunas y el atronador borde del mar intentando decidir qué hacer. Pero no podía pensar, excepto para saber que él, lo que pensaba que era bajo sus ojos, era pequeño e insignificante. (¿Qué te ha pasado? ¿A ti, que robaste los secretos de escuchar a los muertos? ¿Por qué estás temblando?)

El suave y místico brillo de la luna en el agua le calmó. Estaba solo y casi en paz. El viento atizaba su cabello, las olas lamían la orilla. (No te has vuelto nada más que territorio. La Muerte está atrapada en tus huesos, como el grano en la madera.)

¿Qué importaba si era un tumor cerebral u otra forma de ser? De todas maneras, no era nada. (Cierra bien los oídos, Jac. Deja que la oscuridad se libere de tus ojos y tus dedos soplen toda la tranquilidad, profundamente, donde las texturas del aire terminan y no vuelven a empezar, hasta mis elusivos paraderos conclusivos.)

Jac calmó su miedo, se obligó a centrarse, alerta al viento de la noche y a la tenue fosforescencia de las olas que venían. Pero el rumor del océano se hacía más débil, y la luz de los fuegos del cielo y las sombras oscuras de la arena se difuminaban. Sus sentidos se apaciguaban, dejándole solo en el centro de nada. (El cuerpo con sus sentidos es necesidad. Esta necesidad no es tuya. Yo soy el camino de salida. El vacío es mi puerta, un ala, una forma de volar, medio ángel. Entra y conviértete en el resto.)

Aulló, pero no hubo sonido, ni siquiera sensación muscular donde debería de haber estado su garganta.

Buscó su cuerpo. No había nada. Era una mota de consciencia que caía libremente a través del vacío. (El numen humano.)

Un bostezo de tiempo pasó antes de que sus sentidos empezaran a recomponerse y rellenó sus huecos uno a uno. Permaneció tendido en la arena, ciego y sordo, hasta que, gradualmente, el rumor de las olas le llenó y los fuegos del cielo aparecieron ante su visión.

Gimió, se sacudió y se tendió de espaldas. Pero entonces empezó de nuevo. Sus ojos ya se movían, su visión se oscureció, los sonidos se volvían ahogados. (¿Continuará? Sucede, ya sabes. Las cosas pierden su gravedad. No hay dedos a los que agarrarse. No hay lengua en la que confiar. No hay ojos que fijen los límites.)

Lleno de pánico, se puso en pie. Las texturas resbalaban debajo de él, y en un desesperado intento por centrarse, agarró los grandes huesos de sus piernas y golpeó la tierra. Empezó a patear la arena con movimientos torpes y tambaleantes, girando en torno a su centro de gravedad. Lentamente, adquirió una velocidad increíble, envolviendo su movimiento a su alrededor como un manto de sensación para recomponerse.

Giró largo tiempo antes de que sus oídos regresaran: el triste graznido de algún pájaro. (Jac, tendrás que aprender a buscar las pieles de las cosas en momentos como éste. Has perdido el borde de tu vida al que no puedes añadir nada más.)

Jac cayó de rodillas, exhausto, y se levantó despacio. Sabía que si dejaba de moverse perdería el control. Ahora estaba muy claro lo que tenía que hacer. Sin atreverse a pensarlo demasiado tiempo, se tumbó hacia adelante y hundió la cara en la arena húmeda. Con desesperada determinación, se enderezó y se zambulló en el mar. Estaba frío, y sentía los pies vagos y gomosos al chapotear contra el agua. Una ola golpeó contra su pecho, volteándolo, pero se incorporó, perdió pie y se dejó arrastrar a las aguas profundas, a una oscuridad que ya conocía.

El despertador sacudió a Assia de las profundidades de un sueño corrosivo. Lo paró, se levantó de la flexo-forma y se puso las sandalias. Como un viento helado, recorrió la habitación, encorvada, las sandalias susurrando. Cuando entró en el cuarto de baño rodeado de espejos, se enderezó, y un tenso grito rompió en su garganta. Se vio a sí misma en los espejos: una mujer alta con pelo negro, ojos luminosos de ensueño y un sorprendido y ovalado rostro adolescente.

Nobu se encontraba delante de la ventana, larguirucho y solemne, con aspecto pensativo. Miraba más allá de la orilla el lugar donde la luna se posaba en el blanco recodo de una duna. Las auroras revoloteaban locamente sobre el mar.

LO QUE SABEMOS DE LA REALIDAD PROCEDE DE NUESTRA FALTA DE CREENCIA EN ELLA estaba escrito en la orilla con plateada luminiscencia. Era una de las muchas y extrañas pintadas que habían aparecido por todo CÍRCULO durante la noche. Más lejos en la playa, sobre la arena misma, estaban las palabras de platino: MAMÁ ES FAUCES.

A la izquierda destellaron luces rojas. Nobu sabía de dónde procedían, y se mordió el labio inferior. Los gruñones se habían rebelado. No se habían vuelto locos simplemente, sino que llevaban a cabo una estrategia bien planeada. Se habían apoderado de la

armería y del Data-Sync que controlaba la mayor parte de las funciotiempo. ¿Cree que tal vez algo pasa de otra forma? ¿Qué? ¿Qué es el tiempo? Lo que me aterra es la posibilidad. Llevamos el principio en nuestra sangre. Lo probamos y lo encajamos constantemente en nuestras vidas. Nunca lo hacemos bien. ¿Pero y si lo hacemos? ¿Y si lo hacemos, qué? Sólo su movimiento le distingue de esta emboscada de inmovilidad. Deténgase.— Jac.»

Tonterías, pensó Nobu. Se ha vuelto loco. Por fin ha sucedido. Apretó la frente contra el oscuro cristal y empezó a respirar de nuevo rítmicamente.

Cuando se sintió mejor, contempló la noche, los ojos tensos como su cara. Muy lejos debajo de él, varios pájaros, como pálidos calcetines sucios, estaban colgados en la luz de la luna. Se apoyó contra la ventana, tratando de distinguir cuántos eran.

Un grito sorprendentemente alto le hizo dar un respingo, pero demasiado tarde. El gran cristal, abierto bajo su peso, le hizo dar un paso a la noche. Durante un momento delirante vio la playa donde los luchadores de CÍRCULO estaban atrincherados. Las dunas de la orilla ardían, encendidas por extraños láser azules que destellaban rojos contra las rocas. El oscuro suelo saltó hacia él como un mal sueño...

Nobu se quedó quieto, tendido, con la cara contra el asfalto. La sangre que manaba de su cara y miembros era caliente y pegajosa, aunque estaba temblando. No importa, se murmuraba una y otra vez. No importa.

¿O sí? El dolor inicial y el shock desaparecieron rápidamente, y se preguntaba si, tal vez, alguna parte real pero escondida de sí mismo había causado que se apoyara con demasiada fuerza contra el cristal, había hecho que el cristal cediera... algún poder benévolo, anulado demasiado tiempo por su conexión con las máquinas, aparatos, cálculos... un dios benévolo en tiempo. ¿Cree que tal vez algo pasa de otra forma? ¿Qué? ¿Qué es el tiempo? Lo que me aterra es la posibilidad. Llevamos el principio en nuestra sangre. Lo probamos y lo encajamos constantemente en nuestras vidas. Nunca lo hacemos bien. ¿Pero y si lo hacemos? ¿Y si lo hacemos, qué? Sólo su movimiento le distingue de esta emboscada de inmovilidad. Deténgase.— Jac.»

Tonterías, pensó Nobu. Se ha vuelto loco. Por fin ha sucedido. Apretó la frente contra el oscuro cristal y empezó a respirar de nuevo rítmicamente.

Cuando se sintió mejor, contempló la noche, los ojos tensos como su cara. Muy lejos debajo de él, varios pájaros, como pálidos calcetines sucios, estaban colgados en la luz de la luna. Se apoyó contra la ventana, tratando de distinguir cuántos eran.

Un grito sorprendentemente alto le hizo dar un respingo, pero demasiado tarde. El gran cristal, abierto bajo su peso, le hizo dar un paso a la noche. Durante un momento delirante vio la playa donde los luchadores de CÍRCULO estaban atrincherados. Las dunas de la orilla ardían, encendidas por extraños láser azules que destellaban rojos contra las rocas. El oscuro suelo saltó hacia él como un mal sueño...

Nobu se quedó quieto, tendido, con la cara contra el asfalto. La sangre que manaba de su cara y miembros era caliente y pegajosa, aunque estaba temblando. No importa, se murmuraba una y otra vez. No importa.

¿O sí? El dolor inicial y el shock desaparecieron rápidamente, y se preguntaba si, tal vez, alguna parte real pero escondida de sí mismo había causado que se apoyara con demasiada fuerza contra el cristal, había hecho que el cristal cediera... algún poder benévolo, anulado demasiado tiempo por su conexión con las máquinas, aparatos, cálculos... un dios benévolo en cuya gracia era mejor estar muerto que servir a lo inorgánico.

—Corte las tonterías, Nobu.

La voz le sorprendió, porque la reconoció de las cintas donde Assia registraba su progreso. Sus manos se apretaron débilmente contra el asfalto, mientras trataba en vano de levantar la cabeza.

—¿Jac? —Su voz era una débil caricatura.

—Parece bastante jodido —dijo la voz de Jac.

Debo estar delirando, pensó Nobu.

—Ni se le ocurra —dijo la voz—. Tenga, déjeme echarle una mano.

Nobu sintió que una frialdad brillante y magnética le tocaba por todo el cuerpo, y se encontró de pie. Bizqueó contra el destello del sol, aunque aún era de noche. Una figura de negro ondeaba ante un cielo plateado. Se acercó, y los sonrientes rasgos de Jac aparecieron ante su vista.

—¿Ve dragones?

En los estrechos de luz de la suave costura ferrosa de sus párpados cerrados, Assia lo sintió. Estaba tan cerca que tuvo que permanecer muy quieta para sentirlo. Ya no era Jac. Era un hueco en el humo de sus sentimientos, un agujero que caía del tiempo en un ensoñador vacío lleno de destellos de luz, seres entrevistados... más de lo que la esponja de su cerebro podía absorber. Una gran sensación de sueño se inflamó en su garganta, deglutió y abrió los ojos.

Estaba sola en lo alto de una torre en el jardín que no existía aquella mañana. Antes, con asombro enfermizo, había subido las escaleras de piedra que conducían hasta allí. Había contemplado a los gruñones caminando entre los bosques de hojas blancas y los arroyos de luminosos arcos iris que aparecieron de repente. A lo lejos, vio lo que quedaba de CÍRCULO: los fantasmas de acero de edificios derruidos y las manchas de humo que asomaban entre las dunas con colores chamuscados y vidriosos... los rojos y naranjas viscosos de la arena fundida por los láser de batalla de la noche pasada. Una nube marrón flotaba sobre el amasijo del Data-Sync.

Contempló la carne firme de sus manos y la profunda oscuridad de su cabello, y una vez más se sintió mareada, pesada, enfangada con emociones absurdas: ¡era una anciana con el cuerpo de una muchacha de diecisiete años! El caparazón risible de su lógica estalló con una risa a la que no se atrevió a dar voz. ¿Qué iba a sucederles a todos ahora que un hombre se había convertido en dios?

Por primera vez desde su infancia, Assia despejó su mente y meditó como le había enseñado su padre. Se concentró en los árboles salpicados de musgo y el suelo del bosque inundado de luz. Era más fácil de lo que recordaba: hojas como partículas brillantes, las sorprendentes grietas en las ramas, cada árbol una molécula temblorosa. Sabía que ahora estaba sola, con su cerebro enroscado silenciosamente en su concha.

Nobu había recorrido la playa arriba y abajo incontables veces, sin sentir nada, viéndolo todo. No estaba muerto, aunque sabía que debería estarlo. Tenía cada vez más claro que no sabía mucho. Durante días, semanas, cantidades de tiempo que dejó de medir, recorrió covachas y playas llenas de maderos que habían ido a la deriva y rocas pulidas por el mar, observando el océano ir y venir, la espina de la costa cambiando de forma como una nube lenta. El miedo, el asombro, los recuerdos, todos desertaron de él mucho más pronto de lo que esperaba. No había necesidad de comer o dormir. No había ni siquiera necesidad de pensar, advirtió finalmente. ¿Es esto la muerte?

No. Era consciente. Tendría que seguir mirando.

Recorrió ausente la caleta sacudida por el viento. El tiempo tenía tan escaso sentido como lo estático, las distancias se hicieron más grandes que el tiempo. Y finalmente, después de que olvidara que la vida había sido de otra forma, lo atravesó un destello de total comprensión. Se dejó caer desde la base de piedra donde había estado observando la marea ir y venir y se deslizó por la pendiente de una duna. De espaldas, contemplando el cielo nocturno, miró más allá de los fuegocielos y, con su nueva reflexión, empezó a descifrar el asombroso braille de las estrellas. No había nada que lo separara de ellas. Dentro, fuera, arriba, abajo, todo era arbitrario. Ahora el cielo entero tenía significado para él. Y podía ver claramente la historia completa de la evolución proyectada a la noche

desde sus cromosomas.

Todos los detalles más triviales del desarrollo orgánico, empezando con la primera chispa en el limo primigenio, se encontraban en las sombras del cielo. Mientras leía, comprendió por fin la historia de la consciencia y vio la siguiente forma humana, los niños voors que nacían mirando atrás, recordando a sus antepasados, su capacidad de ser una telepatía que cruzaba mundos y que por fin los unía con todo, en una reunión infinita.

Estaba tan absorto que no advirtió el brillo del cielo: había llegado y no faltaba nada. Todas las formas orgánicas se alzaban ante él como nubes, y tembló, sintiendo la innumerable continuidad que las unía. Progresivamente, sus sentidos se aguzaron, se enfocaron.

Todos sus sentidos habían estado viviendo en el pasado. Eran los peldaños de la consciencia, flotando en la nada. En ellos se encontraba el molde cambiante del mundo, y entre ellos estaba la tranquilidad, la nada. Se convirtió en sus sentidos, y fue consciente de las estrellas titilantes, una línea fina y plateada seguía la esquina del cielo.

Amaneció, el sol se alzó de su lecho de rocas, y los colores fluyeron en el todo. Nobu regresó a la tranquilidad intermedia, comprendiendo ya que su participación en el mundo había acabado, y que era arrastrado inexorablemente hacia la unidad que había atisbado más allá del horizonte de la sangre.

Jac Halevy-Cohen deambuló por la playa, esferas de luz de jacinto danzaban alrededor de sus tobillos. Era un mentediós, más grande que el pensamiento o la memoria. A su capricho, un basilisco de agua brotó del mar, chispas de flores alinearon su camino por la arena, y la música perlaba de joyas el aire. Y, sin embargo, era un hombre. «JAC HALEVY-COHEN», tronaron las olas en armonía.

Podía hacer todo aquello que quisiera. Único y a la vez multiforme, era un mentediós. Había cambiado la realidad para liberar a los gruñones de sus amos humanos. Había rejuvenecido a Assia, la vieja científica que ayudó a crearle. Y había enviado al director del programa, Nobu Niizeki, moviéndose lateralmente a través del tiempo. Todo esto lo había hecho por amor. Incluso Niizeki estaba amorosamente tendido en la playa en una espuma de luz helada, desvaneciéndose, carne y pensamientos, por la curvatura del tiempo. La unidad del amor era más grande que el recuerdo del mundo, y al final de los vagabundeos de Nobu, Jac el mentediós sabía que el director del programa sería libre, liberado a la luz, completamente reinante. Aquel hombre conocería la totalidad.

Increíbles chorros y abanicos de agua suspendida giraban intrincadamente en el aire, atados por cadenas de canciones de pájaros. Jac era un mentediós... y no había nada imposible para él.

El pensamiento del pensamiento circulaba profundamente por la mentediós de Jac, y advirtió lo pequeña y ruidosa que era su parte mental. Vio, en un silencio ciego de súbito miedo, que su pensamiento era la menor parte de él. Tenía pensamientos, urgencias, sueños carnales de los que nunca había sido consciente pero que vivirían con él a través de las épocas. Era el mentediós de su propio yo: tejidos, venas, huesos: todos tenían sus sueños y sus amores. No era pura psinergia. No podía serlo, a menos que rechazara su cualidad física. Pero eso requeriría cientos de miles de años, pues el cuerpo, comprendió, es el inconsciente del mundo. Y él (loco de psinergia), era la Mente de la Especie, el testigo del cuerpo, viviendo para ver agotarse a través de él los sueños, mitos y fantasías de la especie humana.

El tiempo era transparente para Jac, y vio venir el vacío a través de siglos de ansia sexual y espejos mentales. Dentro de milenios, en el suave residuo de los deseos cancelados, al fin sería libre de su humanidad. Pero eso duraría eones.

La furia se enroscó y las espirales de agua danzando en el aire se irisaron y desvanecieron. Un grito atormentado se extendió sobre las dunas a medida que la realidad de su destino se volvía consciencia: ¡iba a quedar atrapado durante siglos en las

fantasías de su biología! ¿Sobreviviría alguna vez a su propia realización? Su mente se encogió en torno a su omnisciencia mientras el conocimiento le aseguraba que no era el único mentediós del planeta.

El miedo ardió.

Atónito, Jac se alzó sobre la superficie del tiempo, y vio a los Otros. El aire del mar rebosaba con su vigilancia. Seres descarnados arrebatados de lucidez veían más profundamente en su mente simple y su mutabilidad de lo que él nunca podría. Eran mentedioses de realidades más fieras; ya habían dejado atrás las ansias de carne de los mundos que los habían formado, y ahora eran atterradoramente libres, sublimados, y viajaban en el flujo de psinergía del corazón galáctico, ¡existiendo en el cosmos siendo el mismo cosmos! Ya estaban llegando, rehaciendo la tierra, conscientes de la insaciedad y los sueños raciales que les limitaban.

El miedo dio vueltas poderosamente en torno de Jac y entonces desapareció en los declives de su futuro. Entonces vio que contaba con una entesombra, un miedo-yo, que a fuerza de tenaz autoamor, intentaría protegerle de los Otros o marcar el final del tiempo.

En ese momento, Jac fue consciente de que su mentediós no toleraría a otros mentedioses. Era demasiado pequeño para permitir que Ellos estuvieran cerca de él. Necesitaba eones para crecer, eones sólo mientras autoflotara en la demasiado ansiosa maravilla de su lujuria.

Jac se detuvo. El aire se había abierto ante él, y contemplaba a un hombre grande pelirrojo en una caverna. La visión se estrechó, y se acercó más, lo suficiente para ver que la sombra del rostro del hombre era una negra quemadura. La calma que emanaba de la cara del desconocido llenó toda la consciencia de Jac. Los ojos celestes, llanos y estrechos, tocaban el mundo suavemente, le miraron, y la mente de Jac palideció.

El mentedios deseó encontrar significado a la visión, pero no sucedió nada. Deseó conocer. Nada.

El hombre de la cueva se acercó, fascinado, y el tamaño de sus hombros asombró a Jac. Sólo entonces comprendió. El miedo que había surgido de él un momento antes había reformado el futuro. Este hombre sin nombre con los ojos fantasmales y reflexivos era la forma física de su miedo: su entesombra. El hombre, en algún lugar del tiempo, era él, su yo secreto, tan inconsciente de su psinergía como Jac era consciente de su mentedios. Él era, más que los mentedioses alienígenas, su enemigo y a la vez él mismo... la parte de sí que tendría que morir para que su mentediós pudiera vivir.

El terror brilló en Jac, y el mar rugió..

Sumner se despertó en la cueva de la montaña que asomaba a Skylonda Aptos, donde había empezado la caza en las sombras. Corby era un susurro armónico en sus células: El Delph no nos dejará ver mas. La visión ha terminado.

Sumner se puso de rodillas y contempló con atención los picos de las montañas sobre el cielo cada vez más oscuro. ¿Comprendes ahora lo que significa ser la entesombra del Delph?, preguntó el voor.

La mente de Sumner estaba aturdida por la caza en las sombras. El sueño se hinchó en sus pulmones como el temor del tiempo, se tendió de lado y cerró los ojos.

Mientras se deslizaba a la inconsciencia, una escena poderosamente detallada dominó su mente y se demoró antes de desaparecer por completo: Assia, joven y morena, de pie ante una cabaña de cedro en un claro repleto de manzanos. En la puerta de madera, escrito en plata, había un mensaje:

«Assia, siempre hay más. Nunca termina. Espero que tu nueva vida te lo muestre. Mírate con atención. Nunca volverás a envejecer. Nosotros hacemos todas las reglas.

»Escucha, si esto te deprime, conoces la forma de salir. La quietud de la mente es una puerta. El recuerdo, la historia continuada de la pena. En cuanto el pasado sea real, permanecerás. Mira a tu nueva vida otra vez: nada pasa por casualidad. O todo. Lo que

importa es que pasas a través de los hechos para llegar a la quietud que hay tras ellos. Las cosas pueden perder su gravedad. Piensa. Todo lo que alguna vez tuviste flotando sin dirección... ¿No? Pero estamos haciendo progresos. Comprendes que no puedes comprender. El cuerpo es el inconsciente del mundo. ¿Y qué puedes hacer entonces? ¡Todo! ¡En todo momento! Verás, es como cavar agujeros en el río, como olvidar una cosa para recordar otra. Es porque otra persistencia empuja bajo la sangre, porque estamos condenados a perseguir absolutos, porque nada menos servirá. Bien. Ya has empezado a sentir tu lugar. Ahora consigue un espejo, mira adelante, y recuerda a tu madre, a la madre de tu madre, al más antiguo antepasado de la madre de tu madre, verde, cerca de la tierra, sin creer en tí. Recuerda, la inocencia que te pertenece te espera donde la dejaste, profunda como el último de tus miedos.— Jac.»

MENTEDIÓS

El sueño fue maravilloso, pero el terror enorme. Debemos atesorar el sueño sea cual sea el terror.

GILGAMESH

Destino como densidad

La piel del alma de Sumner temblequeó. Se despertó, estupefacto, acurrucado en una esquina de la caverna donde se había tendido durante el trance voor. Un frío viento se debatía en la boca de la cueva, esparciendo las últimas cenizas del magnar. Sumner se abrazó con fuerza. Estaba agotado y deprimido, Quebrantahuesos, Colmillo Ardiente, Deriva... todos a los que había amado estaban ahora muertos.

Somos uno, pensó el voor con él, su voz psíquica sonaba débil. La caza de sombras había agotado a Corby. Es hora de que bajes la montaña. Tenemos que marcharnos rápido.

Sumner cerró los ojos y apartó su atención del voor. La caza de sombras le había aterrorizado porque fue tan real como su propia vida. Mareado por la fatiga, combatió su propia pesadez para sentarse.

La voz de Corby hablaba dentro de él (podía sentir al voor vocalizando), pero no la escuchaba. Se sumió en autoscan, oyendo los susurros de la sangre, el latido de su corazón y el bajo silbido de las inmensas corrientes de aire flotando sobre los picos de las montañas.

El sueño barrió su capacidad de alerta, y se debatió un momento con pensamientos y ensueños. Un mosaico de caras giró en su mente oscura: Jac y la joven y espigada Assia, Nobu soñoliento como un voor, y una multitud de gruñones. Las caras simiescas le recordaron a los Sarina, en el bosque del río y la lluvia al norte. Medio pensó que podía regresar con ellos. Tal vez podrían liberarle del voor...

Sus pensamientos se ennegrecieron en el sueño.

Sumner se despertó horas después, con una energía cantarina a su alrededor. El voor estaba disminuido, un mero tic de sensación en el fondo de su mente. Una luna hueca se alzó sobre el horizonte recortado mientras continuaba sentado, la mente asomada a las montañas.

Después de que toda sensación del voor se desvaneciera, Sumner se levantó y salió de la cueva. Con la mente tan clara como el fino aire que le rodeaba, recorrió el margen de un glaciar salpicado de rocas agudas y huesudas. Caminó para fortalecer su autoscan y olvidar el dolor de su pena. Anduvo hasta que sus rodillas se torcieron. Entonces se sentó sobre sus talones bajo un abanico de roca y contempló un bosque de pinos enanos.

Varias lagunas de hielo brillantes por el sol de la tarde se divisaban en el horizonte, al sur. Sobre ellas, una bandada de pájaros ondeaba hacia el oeste, esquivando los fuertes vientos.

Sumner cerró los ojos y sintió que el *voor* se alzaba a través de su fatiga: Sumner, soy real. No eres ignorante. No me ignores. Puedo enseñarte el lenguaje olvidado del mundo. La bestia secreta susurra en la roca. Las viejas aguas acumulan la ira de los huesos de animales extintos, y los bosques nacen. Puedo enseñarte los sueños rápidos y quietos de las cosas hundidas...

—¡No! —La palabra se abrió paso con convicción. No era un *voor*. No quería reparar en esos pensamientos inhumanos.

Se levantó y continuó su marcha. El *voor* permanecía siempre con él, pero sólo la fatiga lo acercaba. Empezó a preguntarse si tal vez su escalada había ido demasiado lejos, pero en ese momento vio los valles pequeños y helados.

Eran pequeños claros difusos de rocas musgosas donde canales de agua caliente corrían cerca de la superficie. El hielo y la nieve alrededor de los claros estaban desgastados por el calor y el viento había formado unos pabellones azul celeste. Una línea de valles helados arrastraba la nieve hacia la cima de las montañas, y Sumner las atravesó como si se estuviera moviendo de sueño en sueño.

En la cima, el cielo era violeta y el aire tenue y frío como una canción helada. Se sentó durante largo rato contemplando los tapices de hielo a su alrededor, sintiéndose cerca del poder invisible que controlaba su respiración y los latidos de su corazón.

Una fría sombra le hizo alzar la cabeza, y se fijó en un grupo de nubes oscuras que se arremolinaban sobre los picos. El gris deslizamiento se expandió con aterradora rapidez, y un viento siniestro aulló desde los campos helados. Llegó el granizo, primero aguas canicas, chasqueando contra las piedras y rompiendo los arabescos de hielo.

Sumner se movía con rapidez entre los valles de hielo, pero aún estaba en lo alto cuando los vientos se convirtieron en un aullido. Se agazapó bajo un estrecho saliente y se acurrucó en su interior, apartándose de los latigazos del viento. La ventisca aumentó hasta convertirse en tormenta, y Sumner permaneció sentado, con los miembros pegados al cuerpo, hipnotizado por los misterios de la nieve y el viento.

Negó durante horas, transformando las pendientes en un mundo engañoso de curvas de nieve y blanco inmenso. Sumner se maldijo por dejarse atrapar. A medida que el frío ardiente empezaba a aturdirle, se sumió en reproches contemplativos: tendría que haber sabido que se acercaba una tormenta. Había visto a los pájaros volar contra el viento, y la nieve en la cara soleada de los valles. Pero las calientes primaveras de la montaña le habían empujado más allá de su sentido común. Ahora no podía hacer otra cosa sino esperar.

El frío aumentó. Por la noche no hubo sensación ni vista, sólo el viento ululando, sin significado, constante...

Durmió, y se despertó para encontrar la ropa helada. El mundo era una bruma de nieve barrida por el viento. El frío latía, lento como una quemadura, y tuvo que hundirse profundamente en su poder onfálico para seguir vivo. Notó que le ardían varios miembros: algunos dedos y un pie. Forzó la psinergia en los bordes de su cuerpo y la sostuvo allí todo el tiempo que pudo. Finalmente, su esfuerzo se quebró y se hundió tiritando en un sueño profundo.

Cuando despertó, los fuegocielos se arremolinaban, rojos y amarillos, contra el negro vacío del espacio. La nieve lo rodeaba por todas partes y cubría casi todo su cuerpo. El aire era una laguna de silencio.

Sumner trató de moverse, pero pasó un largo y traicionero momento antes de que su cuerpo se agitara. De sus pies no surgió ninguna sensación. Dobló sus piernas y resultó una agonía enderezarlas. Forzando su voluntad, se puso en pie y caminó tambaleándose hacia la noche.

Los fuegocielos iluminaban los campos de nieve y muy lejos, las oscuras formas de los árboles. Sumner avanzó varios pasos y se derrumbó en la nieve iluminada por las estrellas. Ahora no podía sentir las manos ni las piernas, y sabía que estaba muriendo.

Tranquilizó su mente y cerró los ojos. No sentía miedo ni furia, sólo laxitud. Estaba dispuesto a morir.

Cuando los ojos de Sumner se abrieron, Corby miró a través de ellos. Un fuego verde deslumbraba ante él, y lo reconoció como un deva, uno de los orbes formados de plasma por los mándeos de CÍRCULO y liberados en el océano eléctrico de la ionosfera. A los ojos humanos aparecía como un filamento de electricidad verde que rebullía silenciosamente en la nieve, a dos metros de distancia. Había respondido a la llamada de Corby casi al instante, y lo recompensó. El vóor recordó línchala, y el deva se relamió con sensaciones cálidas y secretas: palpitos de fuego, hacedores de madres, brazaletes de hilaridad...

Le pidió al deva que le condujera a las laderas cálidas. El lazo de luz verde se rebulló sobre la nieve, y Corby lo siguió lentamente. La abundante psinergia del deva le proporcionaba completo control físico sobre el cuerpo de Corby, pero no tenía prisa en llegar al pie de la montaña. Disfrutaba la belleza de los campos salpicados de estrellas y el delirante abandono de tener un cuerpo, que cumplía su voluntad.

Era extraño ver de nuevo las estrellas a través de ojos aulladores: la luz ondulante se comprimió a una mancha vítrea en el profundo frío. Corby prefería las percepciones de las plantas o los pájaros o los primeros vóors, ver los ecos de luz atrapados por la gravedad, sentir el empuje del viento-lz mientras continuaba su viaje desde el corazón galáctico.

El deva comprendió. Al igual que Corby era un ser de energía, y sus percepciones eran mucho más amplias de lo que ningún ser humano podía imaginar. La biología del deva consistía en una pura red molecular de magnetita en el mar de iones de la atmósfera. Si fuera visible, sólo se habría visto un enorme hidrozoo, una medusa de los cielos, viviendo de la luz del sol y el flujo magnético del planeta. Este ser, que había salvado la vida de Sumner años antes en Rigalu Fíats, estaba mito-atado a la lucha de Corby contra el Delph. Los devas también eran capaces de devenir mentediosos, y todos menos éste habían sido cazados por los sicarios del Delph.

Corby contempló los fuegocielos, las brillantes ráfagas donde el viento-lz soplaba contra la ionosfera. Ésa era el alma real de este mundo, el mar de plasma que los aulladores llamaban su cielo. Sus inmensas olas eléctricas e intrincadas corrientes constituían el clima que formaba los continentes. Dentro de Corby se expandió una sensación de vacío. Qué lejos había llegado con ese viento... recorriendo el equilibrio estelar a través de la oscuridad y los mundos de luz resonante, oscuridad y un mundo de iridiscente flujo, oscuridad y oscuridad, y finalmente este mundo de falta de yo. Cerró los puños y sintió lo inmediato del calor de la sangre. Extraño mundo. Todo tan cerca, tan cálido y tan encerrado en sí mismo. Extraño.

Un arrebató de nostalgia se apoderó de él, un ansia profunda por cambiar de forma en la gran profundidad y vacío de lz con la armonía del nido, de ser el vacío y la revelación de todo, en vez de una pequeña mente que se aferraba en busca de identidad. Pero tenía que aferrarse. El nido estaba siendo aniquilado en este pequeño mundo. Sin mentediosos, la psinergia del nido se disiparía y la emigración de regreso a Unchala no se completaría nunca. Tenía que limitar su ser para poder fortalecer al nido, pero no olvidaba cómo había sido en el balance estelar, un destello de apertura, lleno de música, visiones, acrobacias y no-yo.

El caliente lazo cimbreado de energía deva destelló verdiblanco en empatía con los pensamientos del vóor.

Comprendía la UniMente y la gran alegría de una especie que compartía su psinergia. Su poder aumentó y se concentró en Corby, alzándole al aire.

Corby colgó inmóvil en el tranquilo aire nocturno con las finas sacudidas de fuego del deva. A su alrededor chasqueaban destellos de luz ardiente y bajó la montaña con el deva. Mientras flotaba sobre la nieve sacudida por el viento, sondeó su cuerpo hasta la última célula buscando su daño. Los dos pies estaban muertos, y el frío había arrancado la sensación de sus dedos.

Corby se relajó, y la radiante fuerza rebulló a través de él mientras pasaba sobre la copa de los abetos. Guió el poder a través de la laxitud de sus huesos hasta la carne herida. El tejido de células en la piel helada se calentó rápidamente, y un frenesí de calor líquido lavó su turbulenta cura a través de él. Momentos después, su carne estaba aturdida y llena de sensaciones punzantes.

Al borde del campo nevado, en un remolino de luz, el deva se detuvo y lo bajó a la nieve. La rueda de fuego ardió un fuerte momento y luego, con un parpadeo, se oscureció.

Corby se sentó en la nieve, empapado de alegría. Relajó su cuerpo en la psinergia que flotaba en él y empezó a levantarse de nuevo. Penachos de luz azul relucían en su cabello y en la punta de sus dedos y sus botas. Se alzó sobre la nieve y su piel cosquilleó con el flujo.

Los voors le sintieron por todas partes: una llamada oscura y fantasmal. La mayoría no la tuvieron en cuenta, como si fuera el rescoldo de recuerdos huérfanos, los voors muertos o una indigestión. Pero unos pocos con fuerte kha que conocían bien sus cuerpos reconocieron la llamada. Dai Bodatta.

Un ansia extática tembló en su interior. Alzó una mano y la miró. Todo el planeta estaba allí: el cielo reflejado en las venas azules, una luz resinosa brillaba en la carne y un horizonte de nubes en cada uña. Le sorprendió. ¡La entereza, la unidad! Mientras Sumner estuviera inconsciente, este poder era suyo.

Flexionó la nueva fuerza en sus manos y piernas y se dejó deslizar por cables invisibles. Cuando sus pies tocaron el suelo, sintió entrar en él el terrasueño y empezó a bailar. El terrasueño era el kha del planeta, y mientras pasaba a su través, se fundió con el kha del deva e hizo que la vida en él cobrara más fuerza. Saltaron chispas mientras sus pies pateaban el duro suelo.

El voor sabía que sin él el cuerpo habría muerto. Tal vez Sumner no reconociera su deuda, pero para Corby aquello no importaba. Se había demostrado que era digno de este organismo. No era simplemente un parásito. Aunque nunca se le permitiera volver a ser consciente, esta vida le pertenecía ahora tanto como a Sumner, y bailó su gran felicidad.

Giró lenta y majestuosamente y se agachó sobre su gravedad, sus piernas tamborileando llamas azules. Saltaron destellos como ratas, un enjambre de diablos retorcidos, salpicando la noche con brillantes lenguas de fuego.

Corby bailó hasta el amanecer, cuando la marea de iones de la atmósfera superior cambió con el viento solar. Este cuerpo está lleno de medias almas, le dijo al deva, y yo soy la última. Te agradezco que vinieras por mí.

Al oír esto, el deva continuó su camino, desvaneciéndose con los brumosos fuegocielos. Estoy capturado en el líquido de este cerebro, le dijo Corby, empantanado con la pérdida de psinergia exterior. No tengo voluntad. Soy un sueño caído...

Una luz color vino salpicaba los picos más altos, y Corby sintió que se hacía más vago a medida que la consciencia de Sumner empezaba a agitarse. ¡La sangre arde fina como el agua! Pero no debo olvidar... En los dieciocho meses pasados desde que el lusk comenzó, el balance estelar había cambiado. Cuanto menos actúo, menos soy. Yo... Corby se agitó... no debo olvidar. Soy la fuerza secreta. Caigo de forma en forma. Caigo con el tiempo en su círculo... Cuando se desvanecieron los restos de la psinergia del deva, la consciencia de Corby se fragmentó y se derrumbó en el lodo de su baile.

Varios miembros de la tribu de los Serbota esperaban al pie de un risco de granito contemplando los rojos rastros del amanecer entre las interminables montañas. En la cima de una larga pendiente lisa empezaban las nieves, un azul etéreo en la luz de la mañana. Arriba, el cuerpo de Sumner yacía tendido en un círculo de aguanieve medio derretida. Unos pocos guerreros Serbota lo rodeaban cautelosamente. El día anterior llegaron huyendo a la desolación de Skylonda Aptos perseguidos por los incursos del infierno Masebôth. Durante la noche, habían visto las luces fantasmas que descendían por la montaña, y se acercaron, sabiendo que la muerte les seguía de cerca, en busca de ayuda divina.

Las mujeres y dos guerreros recordaban a Sumner de Miramol, y el asombro que sentían hacia él se volvió religioso después de ver la danza deva. Las mujeres llamaron desde las rocas, urgiendo a los hombres a dejar su Poder en paz.

—Es el hijo del magnar, un hechicero —gritó una anciana, y los guerreros retrocedieron. Finalmente, uno de los cazadores se adelantó y tocó el hombro de Sumner. El cuerpo estaba caliente y olía a luz. Envalentonado, un joven guerrero se aproximó, tomó en sus manos la cabeza de Cara de Loto y trató de despertarle.

En ese instante, Sumner caía a través de la oscuridad de un sueño aterrador. Unas manos salieron de la oscuridad y lo agarraron por las orejas. Eran manos azules y negruzcas con una tenaza fuerte como el acero. En su presa, Sumner se debatió indefenso, y una voz se abrió paso en su interior: Te estás haciendo pedazos, chico. Era la voz de su padre, suave y dura como cuero repujado. Lánzate, adelante. Corre detrás de sueños de espíritus, como tu madre. Envía kha, viaja en sombras, escala montañas. Mira lo que te produce. ¿Una rotura en el tiempo? ¿El final del dolor? ¿O sólo un destello masturbador? Ya sabes lo que te digo. Tu espalda es una carretera, chico... una carretera para que la cruce tu sombra y toda la oscuridad del mundo.

Un cráneo de rostro hueco retorcido con ojos de insano voltaje surgió de la negrura, y Sumner disparó su puño derecho hacia delante. La fuerza sobrenatural de su golpe le sacó del sueño, y despertó para verse de pie ante el cuerpo caído de un guerrero Serbota.

Había sucedido tan rápidamente (los miembros se abrían como una hoja-mariposa, el joven guerrero caía hacia atrás, la cabeza torcida) que los otros miembros de la tribu quedaron inmóviles. La comprensión llenó los ojos de Sumner cuando contempló al muchacho que había derribado; recordó el sueño y, más profundamente, el largo gemido fantasmagórico del viento, el martilleo del frío, y al voor y al deva salvándole la vida.

Sumner se arrodilló en la nieve derretida, con el cuerpo súbitamente empapado. El guerrero al que había golpeado estaba muerto. Tenía la cabeza ladeada hacia el hombro, y sus ojos grises reflejaban los copos de nieve dorados. Mutra, estoy indefenso, advirtió Sumner en un arrebatado de pena que le ahogaba, y entonces se contuvo. Su consciencia agudizó el autoscan, y las constricciones de su garganta se aclararon. Estoy indefenso, de acuerdo. Dejó que la angustia en su interior hablara. Estoy voor-loco y no tengo suerte, estoy indefenso para vivir o incluso acabar con mi propia vida.

Colocó la mano sobre el rostro del muchacho guerrero y sintió el último calor perdiéndose en el aire frío. En ese momento, y ante aquel último estertor de fuego, hizo un juramento: Guerrero del éxtasis, tu muerte es mi libertad. Foc a cazar en las sombras. Foc al autoscan. No tengo miedo de nada, y no voy a contenerme nunca más.

Sintió que su cara temblaba, y dejó que las lágrimas fluyeran. Con ellas asomó una furia melancólica y la brusca forma de unas palabras: Soy fuerza bruta. Destruyo todo lo que me encuentra soportable. Maté a Colmillo Ardiente, y mi ausencia mató a Quebrantahuesos. El dolor es mi sangre. Lloró desconsoladamente, y los Serbota retrocedieron.

Mientras se calmaba, continuaron las palabras silenciosas: Soy un voor. Si no lo fuera, habría muerto en la tormenta. Soy un voor, y no comprendo o pienso que pueda hacerlo.

Pero engendré a Corby. Aunque Jeanlu me engañó y trató de matarme, Corby es mi hijo y está conmigo, en mi cerebro. No puedo esconderme más en mi miedo. Tengo que aceptarlo: soy un voor.

Sumner fijó los ojos en la sorprendida expresión del cadáver. Siento dolor y hambre. El dolor es mi religión. Soy sólo un hombre. Pero hay más. Con los Serbota sentí una felicidad corporal más profunda que un orgasmo. Conocí el vidamor. Toqué el alma del mundo. Quiero más de eso. Y porque no temo a nada, puedo aceptarlo: quiero más.

En el aire frío flotaban los ansiosos susurros de los miembros de la tribu, Sumner se puso en pie. Observó a los Serbota, queriendo decir algo que los calmara. Pero a medida que su respiración se modulaba para formar palabras, sintió que la tierra giraba a sus pies. El terreno rotaba sobre su eje; lo sentía mover en sus pies, subir por sus piernas, deslizarse al revés por su espina dorsal, sacudir su cráneo. Era el voor en su interior que sentía el kha del planeta. Mientras el terra-sueño pasaba a través de él, sus sentidos se extendieron en la telepatía voor. Y vio...

Un convoy de transportes de tropas moteaba el suelo del desierto, y cientos de soldados de uniforme marrón recorrían las faldas de la montaña, atraídos por el fuego del deva. Los verían dentro de unos minutos.

Sumner buscó un lugar donde esconderse, pero el terreno era abierto a excepción de puñados dispersos de matorrales. Observó a los tribeños que se habían congregado en torno al hombre que acababa de matar. Le miraron con nerviosa súplica, conscientes de que los soldados se acercaban, pero sin saber en realidad quién era él excepto que había llorado por uno de los suyos. Una placa de hielo sobre ellos gimió bajo la luz del sol como un soñador.

—No hay lugar donde huir —murmuró en Serbot—. Quedaos. —Les hizo un gesto para que se sentaran. Su mente era una música vacía y cicatera. El voor estaba agotado, demasiado débil para ayudar. Su kha se hallaba viciado por el esfuerzo de sanar el cuerpo de Sumner, mordido por el hielo. Chirridos de sonido brotaron de su cráneo, y dejó de escuchar—. Nos quedamos aquí —dijo en Massel, mirando en dirección a los árboles donde aparecieron los primeros soldados de asalto—. No dejaré que os maten.

Avanzó hacia ellos con pesada torpeza, sintiendo solamente el vacío de su fuerza. Con movimientos lentos y pesados, se abrió camino entre la maleza, haciendo señas a los soldados para que se acercasen. Un océano de sensaciones se abrió en él, y su mente surcó su superficie como un insecto. Miramol había desaparecido, perdida en el caos de su memoria con los otros muertos que lloraba. Quebrantahuesos estaba en UniMente, Colmillo Ardiente en la espiral. Deriva había vuelto a Paseq, y las Madres le habían seguido. Estaban muertos, perdidos. Sumner quiso dejar de sentirlos.

Se movió sin la poesía de una criatura consciente, y los soldados, al ver su cara negra y su tamaño, se pusieron alerta. Tres se agacharon y lo colocaron en el punto de mira de sus rifles.

—¡No soy un distort, idiotas! —les gritó Sumner—. Soy un ranger de avanzada. —Les gritó su número en código y su nombre, y algo más tarde ocho soldados se acercaron rápidamente en formación de flecha.

Sumner hizo un gesto a los Serbota para que permanecieran sentados, pero dos de ellos no le obedecieron. Recorrieron una corta distancia a través de la maleza antes de que los soldados abrieran fuego.

—No disparéis —ordenó Sumner, dirigiéndose a los soldados. Un joven oficial con una cara escuálida y cuello de toro le agarró por el brazo. CULLER aparecía bordado en verde sobre su corazón—. Detenga a esos hombres —le dijo al oficial—. Soy Masebôth. Un ranger.

—Es un desertor —dijo Culler en voz baja, apuntando con su pistola ametralladora a la cara de Sumner—. Un oficial del convoy dijo que dejó su transporte contraviniendo sus órdenes directas. Eso se llama deserción. —Sacó un juego de pesadas esposas de su

cinturón y las alzó a la altura de su arma—. ¿Qué mano quiere, soldado?

Sumner le miró con una cara tan llana e integral como una roca, y las ondas cerebrales se revolvieron en su corazón. Quiso matar a este hombre, pero la debilidad de sus músculos absorbió aquel pensamiento. Si los Serbota iban a sobrevivir, tenía que rendirse. Reluctante, tendió los brazos y las esposas chasquearon en sus muñecas. Tras él, tronó el fuego de los rifles.

—No maten a esa gente —suplicó Sumner, pero sus ojos brillaban de fría amenaza.

—¿Gente? —Culler hizo dar la vuelta a Sumner y señaló a los Serbota, que permanecían sentados—. Ésos son distors, amigo.

Pendiente arriba, los dos fugitivos se abrían paso entre la maleza. El fuego de los rifles cortaba la tierra a su alrededor.

—Déjelos ir. —La voz de Sumner mostraba su esfuerzo mientras comprimía el interior de sus brazos, retorciendo las manos más profundamente en la tenaza de las esposas de acero, pero el oficial malinterpretó el esfuerzo por angustia.

—Mírelos, Kagan —Culler señaló a los Serbota con su arma, pero donde él veía ojos hambrientos y rasgos retorcidos, rosas como carne de cerdo, Sumner veía a la gente que amaba, y ese amor le dio la fuerza para retorcer tendones sobre huesos y sacar las dos manos de las esposas de acero que le aprisionaban.

Al oír el chasquido de las esposas en el suelo, Culler se dio la vuelta para enfrentarse a su prisionero, el arma alzada. Sumner se hizo a un lado y rápidamente le agarró el brazo con una tenaza aplastante y le hizo soltar la pistola. Con la otra mano, cogió el arma y apuntó desde su cadera al sorprendido rostro de Culler.

—Diga a sus hombres que se retiren —susurró Sumner, con la mirada densa como la sangre.

—Eran de acero reforzado, ¿cómo dem...?

—Llámelos.

El oficial hizo un gesto a sus soldados para que se retiraran, y éstos interrumpieron los disparos.

—Ahora sonría —ordenó Sumner, y los labios de Culler se separaron—. Soy su prisionero, debería de estar contento. Ha apresado a un ranger. Pero esta gente está libre. ¿Verdad?

Los dientes de Culler rechinaron. Miró rabioso a Kagan y vio más allá de la marca de su rostro, más allá de los huesos planos y el color de arena en torno a la negra quemadura de la vida en él.

—No puede salvarlos, Kagan. Todo el desierto está copado con nuestros incursores del infierno.

Sumner alzó la pistola y la cara de Culler se aflojó. El oficial asintió, mirando rápidamente hacia los lados para ver si sus hombres se daban cuenta de lo que sucedía. Pero éstos deambulaban alegremente entre los matorrales buscando distors.

Los Serbota, que observaban fijamente a Sumner, se levantaron siguiendo sus indicaciones y se acercaron.

—¿Quién habla Massel? —les preguntó Sumner, y un anciano con cuernos en la frente avanzó cojeando.

—Yo —dijo el Serbota—. Mi padre comerciaba con los corsarios y yo he tenido tratos con los piratas de las caravanas.

Sumner le hizo un gesto para que se acercase, y entonces miró profundamente a los ojos llenos de odio de Culler.

—Voy a matarle —le dijo con voz tensa—, a menos que haga exactamente lo que le diga. Retroceda doce pasos y observe a sus hombres mientras se acercan. Nada de gestos. Nada de gritos pidiendo ayuda. ¿Comprende lo que quiero?

Culler asintió una vez, envarado, y retrocedió. Cuando no pudo oírle, Sumner habló al viejo tribeño Serbota sin mirarle.

—A tres días de dura marcha al otro lado de esas montañas hay una carretera. Seguidla hacia el sureste durante cinco o seis días y llegaréis a Carnou. En una de las tiendas callejeras podréis vender raíces del desierto y kiutl. Pero no os quedéis allí mucho tiempo. El ejército tiene acuartelada su brigada del noreste en las afueras de la ciudad. Siempre andan buscando desertores y distors. No os dejéis ver. Evitad las carreteras. Seguid hacia el sur hasta Onn. Desde allí podréis encontrar pasaje con los corsarios hasta Profecía o Xhule.

»Si vais a Xhule, buscad la calle del Amanecer. Hay una cuchillería llamada Tajos Cortos. Cúbrete esos cuernos distors de la cabeza y compra dos cuchillos azules de hoja curva y ofrécete a pagarles con una bolsa de sasafrás. El comerciante trabaja para los Rangers. Te buscará escondite sin hacer preguntas. Consigue de él papeles de estatus... papeles de trabajadores con tarjeta verde. Asegúrate de que están en blanco. Podréis enseñarlas para pasar las patrullas de reconocimiento. Y no se os ocurra conseguir una tarjeta blanca o un disco diplomático.

»Dejad Xhule esa noche. Recordad las caras y moveos en círculos, hacia el oeste. Lleva a nuestra gente a los bosques de río y lluvia más allá de Hickman. En esa zona mandan tribus distors. La mayoría se llaman a sí mismas Ulac. Creen en Paseq el Divisor, y darán a nuestra gente un lugar de respeto en su mundo. ¿Me entiendes?

Sumner miró al viejo y vio que su cara sonreía.

—Cara de Loto —dijo el anciano—, no te olvidaremos.

—Olvidadme. Soy tan desafortunado como el dolor. Ahora, en marcha.

Sumner se acercó a Culler y pasó un pesado brazo sobre sus hombros.

—Dícales a nuestros guerreros Masebôth que dejan ir a esta gente. Cuando estén a un día de distancia, le devolveré su arma y podrá matarme.

El oficial le miró con recelo, vio que decía la verdad, y, con una sonrisa a la vez triste y burlona, llamó a sus hombres.

Sumner estaba dispuesto a morir, a menos que el voor tuviera la voluntad y el poder para cambiarlo. Pero Corby permanecía en silencio, como si no estuviera allí. Sumner se cantó una canción né mientras escoltaba a Culler y a sus hombres por el empinado terreno: La flor muere, el árbol muere, la tierra muere para renovarse. Todo es nuevo y se vuelve nuevo. Todo el tiempo. El mundo entero cambia libremente, entrando en la mente sólo a veces.

A primeras horas del día siguiente se encontraron con el convoy. Sumner hizo señas a los soldados de los transportes y llevó a Culler a un lado. En un prado de rocas negras y hierba amarilla, con avispas ebrias de luz girando como intelecciones alrededor de la cabeza de Culler, le devolvió al oficial su pistola. La cara de Sumner brillaba de paz. El voor guardaba silencio.

El Masebôth cogió el arma y la alzó. Sumner miró la montaña por la que habían descendido. Estratos de nubes plateadas avanzaban sobre su pico, más lentas que la vista, y la luz salpicaba las faldas marrones y la distante bruma del bosque. Sus emociones eran vaporosas, dispuestas para la muerte.

—Quiero matarte, Kagan —dijo Culler, las palabras serenas por la furia—. Pero no puedo hacerlo con la suficiente crueldad. —Bajó la pistola—. Donde voy a llevarte, aprenderás a amar la muerte. —Llevó a Sumner de regreso al convoy y le esposó las manos y los pies antes de arrojarle a una jaula de transporte repleta de Serbota capturados.

El calor y la peste fecal de la jaula aturdieron a Sumner, y su cuerpo se convulsionó, tratando de anular el hedor. Sólo después de que el transporte se pusiera en marcha y el aire empezara a moverse, se relajó lo suficiente para sumirse en autoscan.

Mientras permanecía sentado, los músculos relajados, lleno de una vibrante tranquilidad, los otros le observaban. Le reconocieron como Cara de Loto, el siervo de las

Madres. La mayoría estaban aturcidos por lo sangriento y cruel de la incursión; unos pocos le miraban con furia, sintiendo que, de alguna manera, era responsable. Sumner los miraba a su vez con ojos azules y vacíos, viendo el desierto más allá de sus caras magulladas y distorsionadas y las espirales de sus brazos colgando. Los colores de Skylonda Aptos pasaban como una visión, y la sombra de oscuros sentimientos en torno a los tribeños se animó.

Sumner cerró los ojos y dio una cabezada. El voor estaba cerca, observando.

Los reflexivos ojos se abrieron y Corby inspiró el aire caliente. La consciencia corría por él, una poderosa oleada de sensación: olores feos y lastimeros y el viento soplaba caliente. Sumner estaba semiinconsciente, lleno de una calma febril.

Corby inspiró profundamente, y el kha que tomaba de la tierra extendió los límites químicos de su cuerpo. Las hormonas se deslizaron por su sangre, y sus ojos de repente se volvieron más brillantes y vieron más profundamente. Anillos de luz sombría gravitaban sobre las cabezas de los Serbota. Más allá de ellos, giraban en el cielo canales de kha violeta en bandas magnéticas alrededor del invisible ojo de una tormenta.

Deva, pensó en alto, para que Sumner pudiera comprender. Ha estado descansando. Necesitará toda su fuerza para lo que tiene que hacer esta noche. Pero aún faltan horas, y entonces comprenderás todo lo que un hombre puede comprender. Ahora confía en mí y descansa.

Corby bajó lentamente la cortina en el cerebro de Sumner, tranquilizándole para que durmiera.

A medida que la consciencia de su huésped humano se difuminaba, una realidad sensual se tensó en torno a Corby. Se plantó al borde del cuerpo, sintiendo su dureza: un amasijo de ansias, miles de microorganismos juntos, buscaban nutrirse a través de un arrecife de calcio. Regresó a su propia brillante soledad. En el interior de su consciencia, espirales de energía se abrían a siglos estelares. Fuera, varios de los Serbota se acercaban, observando el negro rostro quemado de Sumner.

Corby se movió hacia fuera a través de la ventana del cuerpo y tocó profundamente en el cerebro a cada uno de los curiosos tribeños, esparciendo kha en la glándula pineal y los lóbulos olfativos. Un olor encantado y lanudo llenó las cabezas de los Serbota, que retrocedieron sorprendidos.

El voor se sentía fuerte en su cuerpo-kha, donde todo lo que veía estaba recortado débilmente con una negrura temblequeante. Pero en el punto en que los ojos de Sumner se desvanecían, Corby era aún torpe. Intentó centrarse: Tan intrincado... todo oídos y ojos y este interminable contacto, hadándome sentir que soy el centro exacto. ¿Pero qué soy en realidad? La atención oscila en este cuerpo. La consciencia voor se convierte en un dolor de cabeza. Y todo el universo parece ser sólo sonidos estúpidos y un puñado de débiles colores. Pequeños. Tan pequeños.

Corby observó que su tiempo en Iz había reducido auténticamente su humanidad. Pero no tenía miedo. Aún contaba con las fuerzas psíquicas de un voor. Podía ver a través del espacio y en la oscuridad. Conocía Iz, los rumbos astrales y los largos recuerdos ancestrales. Era Dai Bodatta: la reunión infinita, el uno-con. Y estaba con Sumner.

Este aullador le había aceptado. Y al menos existía una oportunidad contra el Delph. Para Corby, Sumner era más que un huésped físico. Era su padre, lleno de la locura total de la psicología aulladora que ocupaba esa realidad... ecos incestuosos y recuerdos tristes de Jeanlu. Sumner era también lo que Quebrantahuesos había llamado el eth, un hombre creado por un poder oculto como oportunidad. Vaciado por el magnar y entrenado por las Madres, Sumner era la mente de la tierra, cerca de los animales de su cuerpo: la rata-cerebro con su cola en su espina dorsal, el pulmón-pescado, el pez-esperma, la serpiente-tripa... Era todos los sueños espirituales del limo de este planeta. Era la sutil química del dolor, el hambre y la vigilancia del cielo.

Juntos, no tenían nada que temer. Hombre vivo. Fantasma voor. Eran uno.

Los Serbota pensaban que los mantenían con vida para convertirlos en esclavos, pero cuando el transporte dio la vuelta a un risco y vieron su destino, un gemido corrió entre ellos. Sumner se despertó. Se dio la vuelta y a través del enrejado divisó un sendero de asfalto que ascendía por una empinada pendiente en las montañas del desierto. A ambos lados de la carretera había cabezas humanas empaladas en altas picas. Sumner reconoció las cabezas de una Madre con cara de comadreja y varios cazadores.

Las marchas de tracción chirriaron cuando el transporte llegó a la cima de un pico chato. Soldados enmascarados con uniformes marrones antidisturbios rodearon la jaula, y las puertas laterales se abrieron de golpe.

Se encontraban sobre el borde de piedra de un antiguo volcán. En las grutas de la caldera ardían piras de cadáveres, y los cuerpos vestidos con túnicas negras de las Madres se bamboleaban y se agitaban en los largos patíbulos donde habían sido crucificadas. El ulular de un despellejador les hizo rechinar los dientes. El sonido procedía de un pozo cercano donde la gente era atada a largos tornos. Mientras sus cuerpos giraban, la piel era arrancada con agujas.

Entre los dólmenes de piedra del centro, aquellos que no querían morir eran afeitados y se les colocaba en la cabeza una banda zángano. Los dorgas de ojos abotargados deambulaban entre los pozos despellejadores transfigurados por la sirena y las roscas de piel que cortaban la carne de su tribu en pasteles de carne.

El grito de un despellejador rompió el silencio, y un cuerpo manchado de sangre fue arrojado a una fosa donde se sacudió con fuerza, tratando de deshacerse de sus huesos. Incluso los sorprendidos Serbota se asustaron de lo que veían, y gimieron.

Sumner escrutó el cielo en busca del deva, pero su sentido voor ya no estaba en sus ojos. Corby se encontraba en el abdomen del cuerpo, cerca del profundo ritmo giratorio de su respiración. Desde allí, el voor podía acumular el terrasueño, el kha del planeta.

Aterrorizada como en una pesadilla, una de las mujeres Serbota cayó de rodillas, respirando el magro aire de la montaña. Un guardia la arrastró a la caldera, y desapareció en las nubes del humo de los cadáveres. Los otros soldados empujaron al resto de los Serbota y los guiaron a un pozo cercano. Sumner, aún atado de pies y manos, fue empujado tras ellos, y el lugar quedó cerrado por una pesada verja de hierro.

La cara calavérica de Culler apareció en lo alto, sonriendo al ver a Kagan entre los distors. Había algo humano y un poco asustado en el rostro de Sumner, aunque cuando Culler miró con atención aquellos ojos lacónicos y la negra cara llena de quemaduras se sorprendió. Ese hombre es un ranger, se recordó, resistiendo la urgencia de matarle de inmediato.

Corby, dentro de los instintos del cuerpo, sintió la violencia de Culler, y el voor extendió su kha y sacudió el cerebro límbico del aullador. Una sensación musical se extendió en Culler, y pensó que era el deleite de anticipar la muerte del ranger. Sólo el despellejador podía compensar su humillación, advirtió Culler. Sus ojos acuosos destellaron de satisfacción, y se dio la vuelta.

Gritos y aullidos poblaban el aire, y varios Serbota empezaron a cantar a Paseq en murmullos. El nauseabundo olor a carne quemada se acentuó con el viento. A través de la verja y la nube de humo negro, el cielo de la tarde parecía manchado de sangre.

Sumner estaba asustado, y su miedo refrenaba el flujo de kha del planeta. Para calmarle, Corby lo sacó de su cuerpo. Brillaba un humo fantasmal, y bruscamente Sumner se encontró sobre Skylonda Aptos, contemplando la tierra árida y los cientos de miles de tropas Masebôth que lo ocupaban. Campamentos y su cadena de carreteras de asfalto cubrían como poblados el borde oriental del desierto.

A velocidad voor, la consciencia de Sumner cruzó el horizonte hasta el mar. Rayos de luz asomaban entre gigantescos fiordos de nubes, sobre una armada de tropas que se

dirigían hacia el norte.

¡Una invasión! Sumner, sorprendido, quiso seguir volando hacia adelante.

Todavía no, la voz de Corby brilló en él. Sin nuestro cuerpo, estamos demasiado débiles para continuar hacia el norte.

Corby los condujo hacia el sur a través de velos de nubes de hielo, la costa rocosa se retorció bajo ellos como humo arrastrado por el viento. Cuando las almenas blancas y las torres de Profecía emergieron entre los acantilados, su vuelo se redujo, y navegaron sobre las afueras de la ciudad. Los lagos brillaban, y un opulento poblado se acercó: módulos de casas en prados multiniveles de plantas opalinas y tejos. La luz caía como polvo en los setos.

Dentro de uno de los módulos había una alta habitación con un suelo de parquet encerado que reflejaba una mesa de ajedrez y un piano blanco. Nueve gatos de pelo largo se acomodaban en sillones, en un sofá adornado con borlas, por la repisa de una pequeña chimenea y entre los muchos rincones de las estanterías que cubrían las paredes de pino.

La consciencia de Sumner se concentró en la suave música que sonaba en el aire. Un hombre delgado y lupino vestido con una chaqueta verde de seda tocaba al piano estudios de Scriabin. Sumner reconoció al Jefe Anareta. Las largas arrugas de su cara aparecían más calmadas, menos profundas que años antes en McClure. La música cambió a Debussy, y Anareta cerró los ojos.

El timbre de la puerta zumbó.

Anareta se apartó del teclado. Imágenes de una mujer delgada con el cabello de color de otoño fluctuaron en su mente mientras abría la puerta principal. Pero al terminar de hacerlo se encontró con una figura cuadrada con uniforme rojo y negro.

—¿Jefe Anareta? —El oscuro rostro del soldado le escrutó—. Soy el Comandante de Campo Gar. Estoy aquí siguiendo órdenes del Cónclave. Lamento molestarle.

—Esperaba a otra persona.

—Sí, he oído que su tarjeta blanca le mantiene muy ocupado. —La voz del comandante sonaba opaca por la fatiga—. ¿Puedo pasar?

Anareta se hizo a un lado rápidamente.

—Sí, por supuesto.

Gar sacudió sus botas llenas de barro en el felpudo y entró en la habitación. Contempló con sorpresa los muebles kro de la habitación.

—Ya veo que su tarjeta le ha acomodado. —Cogió una pieza del ajedrez, un caballo, y se lo pasó por la yema de los dedos como si fuera una piedra—. La guerra como un juguete —rió.

—¿Ha mencionado una orden del Cónclave, comandante?

Todavía examinando el caballo, Gar se sacó del bolsillo una orden de movilización y se la tendió.

—Un convoy le recogerá mañana a las cero quinientas.

La dura mirada del jefe buscó y capturó la mirada de Gar. En los ocho años de su retiro, Anareta había olvidado la rutina de recibir órdenes.

—¿Qué puedo hacer por el Protectorado? —preguntó con cuidadosa indiferencia.

—El Pilar Negro le necesita. —Gar colocó la pieza de ajedrez en su sitio y sacó cansinamente una agenda de cuero del bolsillo de su pecho—. Vuelve a estar en activo, Jefe. Ascendido a coronel de campo.

—¿Por qué? Soy un luchador horrible. Con mi tarjeta blanca, sirvo mejor al Protectorado en un burdel.

El comandante alzó sus cejas cubiertas de cicatrices.

—También es un erudito, Anareta. Al contrario que la mayoría de los tarjetas blancas, su cerebro es tan importante como sus glándulas. Pocos oficiales del Pilar Negro saben tanto de los kro como usted.

—¿Qué quiere de un erudito kro?

Gar le pasó a Anareta el delgado portafolio.

—Éstas son fotos sin trucar de tribus distors al norte de aquí. Mírelas. Verá muchas en un momento.

El jefe ojeó las fotografías de carne masacrada y miró a Gar con los ojos tensos.

—Cumplí mi servicio militar en la frontera hace cuarenta años. ¿Por qué me envían de vuelta?

Gar se acercó a una estantería de palisandro.

—El mes pasado, por orden directa del Cónclave Legislador, todas nuestras tropas, a excepción de una fuerza de apoyo mínima, fueron movilizadas para una invasión.

Anareta observó incrédulo al oficial. Cuando comprobó la afirmación en la cara exhausta de Gar, algo como una serpiente se desenroscó rápidamente en su estómago.

—¿Invasión de qué? Las tribus distors están demasiado esparcidas.

—El problema no son los distors, aunque las tribus principales ya han sido diezmadas por nuestras tropas de asalto. El empuje principal contra el Pilar Negro viene del norte.

—¿Del norte? Pero allí no hay más que desierto. —La sangre oscureció las comisuras de los ojos de Anareta mientras trataba de comprender.

—No se impaciente conmigo. Sabe lo poco que conocemos de lo que existe más allá de la frontera. Por ahora, recuerde simplemente que vuelve a ser soldado. El Pilar Negro necesita a alguien que comprenda cómo vivía la gente hace mil doscientos años. He recorrido seis mil kilómetros para localizarle.

—¿Por qué?

El ajado rostro del comandante Gar se envaró mientras se dirigía a Anareta.

—Usted fue jefe de policía en una ciudad fronteriza. ¿Qué sabe de los eo?

Anareta sacudió la cabeza, confundido.

El comandante parecía muerto de sueño.

—Strohplanos, luxtubos, arquitectura antitormentas, prácticamente toda nuestra tecnología nos fue dada por una sociedad de la que no sabemos nada. Nos pusieron en pie hace quinientos años, y han continuado ayudándonos desde entonces.

—¿Quiénes son? —preguntó Anareta, con la voz ahogada por la incredulidad.

—Los eo... así es como nos han dicho que les llamemos. Cualquiera sabe cuál será su nombre auténtico. Son un pueblo reticente.

—¿Son distors?

—Tal vez. Pero los que yo he visto parecían enteros. La última suposición es que no pertenecen a este mundo.

—¿Alienígenas? —la cara de Anareta parecía simple.

—Puede que tengamos que extender un poco nuestros puntos de vista, ¿eh? —Una sonrisa sardónica asomó fugazmente en los duros labios del comandante—. Lo único que sé es lo que me han dicho. Los eo han pedido fuerzas de ocupación a gran escala. El Pilar Negro ha accedido. Ahora los estrategas Masebôth han pedido un erudito kro. Ese es usted.

—No sé. Hay muchas cosas sobre las que reflexionar. —Anareta miró más allá de Gar, sintiendo las implicaciones de lo que había aprendido. En el alféizar, entre plantas de flores rosáceas como carne, había un epigrama enmarcado: Como diamantes, estamos cortados con nuestro polvo. En otra habitación un reloj musical entonó una suave melodía.

La brusquedad de los rasgos de Gar casi se suavizó un instante para endurecerse a continuación.

—¿De quién es esa música?

—De Chopin —murmuró Anareta.

—¿Es una kro?

Anareta permaneció inmóvil. Se había contentado durante años con sus servicios como

tarjeta blanca y sus investigaciones. Ahora se sentía como si hubiera estado viviendo en otro tiempo. Eo. ¿Por qué no se lo había dicho nadie? ¡Alienígenas! La lluvia cesó un instante, y entonces descargó de nuevo, más fuerte que antes.

—Hay mucho en lo que pensar —accedió Gar, dando la espalda a Anareta. Pasó los dedos por las filas de libros apilados—. Dígame, ¿cuál fue el mayor logro de los kro?

—¿Qué? —preguntó Anareta, distraído.

El comandante le miró de hito en hito, convirtiendo su mandíbula en un puño.

—Ahora es mi ayudante, coronel. No he arrastrado el culo hasta tan lejos para hacerle una oferta. La movilización es una orden.

Anareta frunció el ceño, levantó a uno de los gatos de una silla y se sentó.

—Necesito que me informe —dijo Gar, con voz más relajada—. Tengo que saber de los kro. ¿Era fuerte su tecnología?

—Todo eso ahora ha desaparecido —murmuró Anareta—. El logro de los kro era su pensamiento, la visión hacia la que aspiraban. No se traslucía en sus funciones sociales o políticas. Eran un pueblo demasiado pragmático y utilitario para llevar a cabo sus ideales. Es solamente en su arte, en todas sus preocupaciones aparentemente sin sentido, donde se muestra su pensamiento más profundo, el alma de los kro. A veces llamaban a su visión libertad, auto-anarquía, el individuo.

Nietzsche lo expresó claramente: «El espíritu libre se alza ante el cosmos con un fatalismo alegre y confiado... ya no niega nada.» Un...

La puerta del estudio se abrió, y entró una mujer alta y cimbreante.

—¿Llego tarde? —le preguntó a Anareta. La lluvia destellaba como joyas en su cabello rojo.

Corby y Sumner se alzaron en la esquina modular del techo, y lo último que vieron de la escena fue al comandante Gar que se marchaba y recordaba a Anareta con sus ojos de halcón:

—A las cero quinientas, coronel.

Átomos de sudor y aliento revoloteaban alrededor de Sumner, y en esos olores detectó vidas enteras: comidas de hierbas y raíces, recuerdos nómadas de montañas y desiertos salpicados de cactus.

La verja de hierro se alzó, y los Serbota fueron sacados del pozo con picas ganchudas. Dos ganchos se cerraron sobre las muñecas de Sumner y lo arrastraron al aire libre. Era de noche. Nubes anaranjadas y rosáceas cubrían el cielo del sureste por donde se había puesto el sol.

La cara de Culler se acercó, llena del olor sulfuroso del sudor.

—Una docena de hombres te está apuntando, ojos de fantasma —le dijo a Sumner mientras le soltaba las esposas de las manos y los pies.

El tiempo estaba acorralado. El movimiento era redondo y fácil. Sumner se levantó sin esfuerzo, y una sensación sacramental latió en sus piernas. El estupor y el dolor que había sufrido durante su cautividad se redujeron, y de repente se sintió ágil y suave como una serpiente nocturna, claro como el fuego. El voor había descansado y fortalecido su kha, y el poder de Iz le pertenecía de nuevo. Miró a Culler y escrutó, más allá de los huesos cincelados y los ojos hundidos, en la cruel mueca del hombre. La cara era ruin: unida a un autoamor tan fuerte que resultaba virtualmente un ansia. Este hombre vivía siguiendo su rostro. Sus ojos destellaban de odio, y la carne de su cara se retorció con un constante aleteo de pensamientos.

Culler retrocedió, sorprendido por el dulce y fragante olor en torno a Kagan y sus ojos se maravillaron de alerta.

—Vigilad bien a esta víbora —ordenó a sus hombres mientras se marchaba.

Los guardias empujaron a Sumner para hacerlo avanzar, y éste siguió a los cojeantes Serbota hacia la roja noche de las piras. Los fuegocielos temblaban como un ala sobre el

borde cortado del volcán. En el pozo, las antorchas ardían en un amplio círculo alrededor de una plataforma donde se alzaba un despellejador. La sombra del fuego titilaba sobre sus agujas de plata.

No tengas miedo, le dijo Corby desde su interior, y la fuerza de sus pulmones se agitó. El deva está con nosotros. Los truenos surcaban el cielo, pero no se veía ninguna nube.

Los Serbota se detuvieron y miraron a Kagan, cuyo pelo trenzado destellaba de estática azul. Los guardias los empujaron.

—No os asustéis, distors. Es un cañón. Estamos barriendo el desierto para impedir que se reúnan vuestros compañeros.

Una bruma de sexualidad cálida y etérea rodeaba a Sumner, y los guardias que se encontraban más cerca de él sintieron que una frialdad interior y una línea de fuerza se doblaba como un cabello en sus vientres. Era el terrasueño alzándose, transmutándose en vidamor a través del kha de Corby.

—¡Moveos! —gritó un soldado desde la oscuridad, y los guardias dieron un respingo y cogieron a Sumner por los brazos.

Castañuelas de fuego subían y bajaban por las piernas de Kagan, y sus ojos brillaban y brillaban. ¡Corby, siento tu poder! La sensación de bienestar que brotaba del suelo y entraba en él le recordó poderosamente la psinergia que había acumulado en el bosque del río y la lluvia con Colmillo Ardiente. Radiante, difuminando la sombra de su ego.

Dio un paso hacia delante, y su mente se tornó un desierto de consciencia: estaba a la vez dentro y fuera de sí mismo. Un gel de kha ectoplásmico giraba invisible a su alrededor, resonando con la enorme psinergia superior del deva. Corby estaba tangiblemente presente. La presión del kha surgiente se agudizaba, y toda la montaña se movía hacia él; el infinito y lo inmediato se unían, y él era el surco... ¡el dolor! Agonía ardiente, sola y final, mientras extendía las manos al cielo para tocar a Deva... para conectar su propia y diminuta chispa vital con el Cielo.

El resplandeciente poder de Unchala se abrió paso a través de la consciencia de Corby, liberándole de los fantasmas y disfraces de la memoria.

Una luz ovoide giraba en un tembloroso panorama de plasma tenso, formas etéreas de fuego blanco se alzaban hacia arriba como un león ebrio en la visión de los voors de una cúpula celestial. Mediodía en Unchala.

Girando lentamente, muy muy lejos, estaban las gigantescas espirales llamando desde más allá de la dorada bruma al borde de la visión. Una luz más larga que la comprensión surgía de aquel sol que resplandecía en la oscuridad total, cantando la inconmensurable alabanza de la creación: nacimiento-muerte, oscuridad que se consumía en luz. La luz se convertía en piedra, la piedra destellaba verde a la vida. Colores titánicos surcaban el cielo, ardiendo en el cenit en música y cabellos estelares cinéticos.

Una descarga de truenos sonó directamente encima mientras los soldados empujaban a Sumner al círculo de antorchas. Ráfagas de aire frío brotaron del cielo sin viento, y los Serbota se enderezaron y empezaron a balancearse serenamente. Sentían el vidamor surcando a través de Kagan, y Sumner se sorprendió al verlos moverse con la música que veía en su corazón. Se retiró de sus pensamientos para unirse a ellos, y el ansia angelical que latía en él se volvió conocimiento.

Era uno con Corby y Deva.

El vórtice de psinergia alrededor de Sumner se ensanchó, y los guardias y los hombres que sujetaban las antorchas quedaron atrapados en un lento flujo de euforia. Los pensamientos de todos se fundían a la vez, sangrando en un remolino de luz, y giraban suavemente en un sentimiento, ardiendo como una esfera radiante de emoción. La telepatía los unió a todos, y los sentimientos se desnudaron por primera vez en la vida de la mayoría. El círculo de antorchas se estrechó a un punto mientras los soldados corrían de unos a otros para confirmar lo que sentían, brillando con el temposueño de la llamada del voor.

Al borde de la caldera, Culler observaba en silencio, sorprendido. A su alrededor, los soldados se alzaban de puntillas, incrédulos, para ver lo que sucedía. Ordenó a dos hombres que lo acompañaran, y descendió a paso rápido. Mientras se acercaba al lugar le rodearon murmullos y gritos de felicidad y, obedeciendo un instinto profundo, se detuvo en seco. Pero los dos hombres que le acompañaban continuaron.

Como un brote de viento, la psinergia restalló a su alrededor, fría, clara y rápida... y todo lo que veía quedó embebido en una luz submarina. Dio un salto atrás y se tendió en el suelo. Mientras contemplaba las estrellas zumbando en la fría oscuridad, experimentó la beatitud del sentimiento compartido. Y durante un instante el terrasueño pasó a través de él, liviano y magnético.

Una ráfaga de aire frío lo alertó, Culler se puso en pie y subió otra vez hasta el borde de la caldera. El vidamor salió de él, y se sintió mareado.

—Que salgan los hombres —gritó, temblando débilmente—. Es una especie de guerra psíquica. Tal vez gas. —Sentía los músculos laxos, y la sensación del hechizo refrenaba sus pensamientos—. ¿Dónde está la radio? Necesitamos strohplanos aquí arriba.

El grupo de soldados y distorsionados danzaba alrededor de Sumner. La oleada de aire estático que brotaba hacia arriba impedía que le tocasen. Muchos de los soldados que habían matado estaban llorando, abrazando amorosamente a los Serbota. Arriba, una silueta de luz iridiscente hizo girar los fuegocielos. Un jadeo de asombro común llenó la base del volcán.

Una tranquilidad sibilante se cerró en torno a ellos, Sumner miró hacia arriba, y empezó a sentirse alzado. La luz giró hasta convertirse en un punto estelar, doloroso de puro brillante.

¡Cara de Loto!

El grito telepático transfiguró a Sumner con su familiaridad. Una fuerza suave le hizo dar la vuelta; sentía la dirección de la llamada, pero no podía permitirse creer en lo que había oído. Subió los peldaños de la plataforma para ver mejor. Una corriente de aire en sus oídos guió su mirada a una fila de figuras crucificadas al borde del volcán, enfrente del lugar donde habían crucificado a las Madres. Vio, con cegadora sorpresa, que uno de los distorsionados clavados en las largas tablas era Deriva.

Saltó de la plataforma y se hundió en la oscuridad. La voz psíquica de Corby gritó ¡No! Sumner aterrizó en suelo fangoso, se puso en pie y, abriéndose paso entre una fila de ejecutores y guardianes con caras brillantes por las lágrimas, sacó diestramente un cuchillo de una de sus fundas. Mientras corría hacia la pared del cráter, el aire quieto tembló con los truenos.

¡No te muevas!, explotó la voz de Corby en su cabeza. Deva se está concentrando para levantarte. ¡Nos matará!

Sumner ignoró la advertencia del voor. Chisporroteos de brillo azul caían del cielo, dirigiéndose hacia la plataforma donde se encontraba antes, aleteando en el aire tras él. Pero siguió corriendo. Le debía una vida a Deriva... por Colmillo Ardiente.

El poder bullía a través de él. Ahora era el alambique viviente de la tierra y el cielo. Nada podía detenerle.

Culler vio correr a Kagan hacia el borde, y se abalanzó por él escarpado de roca para interceptarlo. En el cielo latían remolinos de luz eléctrica y las llamas brotaban del despellejador del pozo como bolas de relámpagos. Culler creía que esto era un complejo truco distorsionado, una maniobra psíquica. Incluso en el frenesí de su carrera era consciente de la telepatía en torno a Sumner. Sentía el pulso azul de la vida de Kagan.

—¡Deriva! —llamó Sumner mientras se abría paso por el escarpado de roca. Un dolor empático le asaltó las muñecas y los talones cuando se acercó lo suficiente para ver al né

crucificado. Los revueltos fuegocielos empezaron a resonar, más brillantes y borrosos.

Cuatro de los guardias que custodiaban al crucifijo se aprestaron a disparar, pero los abatió un dolor de éxtasis, y soltaron las armas, se sentaron y contemplaron el incendio de la vía láctea flotando sobre las montañas.

Culler lo vio, y se agachó mientras corría, siguiendo la oscura pendiente del cono de ceniza. Desenfundó su pistola ametralladora y la asió en fuerza, dispuesto a matar a sus propios hombres si trataban de proteger a aquel demonio.

Con el sonido del mar resonando en sus oídos producido por el kha que corría por él, Sumner se abalanzó hacia Deriva. Los tribeños crucificados a su lado ya estaban muertos, sus caras contorsionadas por el dolor brillaban como manzanas blancas. Deriva apenas se mantenía con vida, sus ojillos de ballena inyectados en sangre. Con el cuchillo que le había arrebatado al guardia, Sumner cortó las ataduras y sacó los clavos.

Eres tú, susurró-pensó el né en el callejón ventoso de su agonía. Sumner lo acunó, y Corby, aliviado porque Sumner había dejado de moverse, insufló kha al distort. El dolor del vidente remitió instantáneamente para convertirse en un arrebatado de partículas brillantes. Un mistral de música estelar, tañendo un ritmo en lo profundo de su ser, suavizó todo el miedo.

Deriva se sentó, y en sus ojos brillantes como un espejo Sumner vio a Culler subiendo la pendiente sobre las rocas heladas por la nieve directamente a su espalda. Se giró, los ojos como una sombra de hielo, y el voor empujó con su kha. El aire helado salpicó sobre la cara de Culler cuando alzó su arma. Disparó varias veces, asombrado, y las balas rastreadoras pasaron sobre los hombros de Sumner y se perdieron en el espacio inmenso entre las montañas.

El retroceso empujó a Culler hacia atrás, y se tambaleó sobre la superficie cubierta de guijarros helados en el empinado borde del volcán, bailando para recuperar el equilibrio. Durante varios segundos, mientras recorría la pendiente que se desmoronaba hacia el precipicio, contempló a Sumner, a un palmo de distancia, los ojos hinchados de miedo, la cara urgente.

En los nervios de Sumner brillaba el vidamor, y rápido como un pensamiento, extendió el brazo derecho. Culler soltó el arma y agarró su mano. Pero estaba resbaladiza por la sangre de Deriva, y perdió su asidero. Con expresión sorprendida y un gemido, Culler se deslizó al vacío. Un grito largo y loco se expandió por las montañas. Unas cuantas rocas resonaron tras él, y el espacio vacío donde se encontraba brilló con los copos de nieve.

Sumner alzó a Deriva y se movió para regresar al pozo. La luz del deva se había desvanecido, y bajo la noche, la cuenca con sus piras humeantes y antorchas brillaba malignamente.

No te muevas, avisó Corby, mientras el aire se volvía cálido y completamente quieto. Un poder sabio y tenue los envolvió. Los truenos resonaron, y los fuegocielos empezaron a girar de nuevo.

Deriva sabía lo que iba a suceder. Era un contacto con Sumner, y se maravilló de la estupenda calma que había conseguido. A través de él sintió a Corby, distante y caótico, sus sentidos líquidos rebullían con un ruido psíquico.

Chispas rojas giraron alrededor de ellos en una danza enloquecedora. Ráfagas calientes convirtieron la nieve en ondas, y fueron alzados, las caras sacudidas por el viento, en el aire de la noche.

Por debajo de ellos el cielo se cubrió de oscuridad y los fuegocielos se sacudieron más brillantes contra el vacío. Se elevaron sobre las montañas más altas, y la velocidad de su vuelo resonó contra las piedras como campanas, aunque su mundo permanecía tranquilo.

Los fuegocielos se evaporaron para convertirse en nada mientras los atravesaban, más altos que el cielo, y la negrura del espacio era más profunda que la menteoscura; el eterno brillo de la luz de las estrellas que se filtraba a través del polvo esparcido de las galaxias era toda la luz que había.

La consciencia de Sumner se alzó a nivel de mentediós. Estaba más completo más allá del tiempo como voor y como hombre. Era un humano volando por el cielo, con un androg en los brazos. Era el microcosmos, la mente sempiterna. Y no era nada sin el voor: simplemente una sombra, la sombra del tiempo de todas las estrellas. La luz del Big Bang se retorció en él, y comprendió Iz. Miles de voors en tiemposcuro habían canalizado la psinergia de sus vidas a través de Dai Bodatta, sintiendo que morían en el éxtasis de Unchala. La alegría había sido real, pero el cruce sólo un pase a un recuerdo de Unchala. La psinergia de los voors se había dispersado en el kha del planeta donde las leyes acausales de Iz las devolverían a la tierra como recuerdos de los voors futuros. Todo el nido estaría aquí, su psinergia reciclándose hasta que se unieran después de miles de años en el alma-grupo de la especie humana. Dentro de cinco mil años, después de que el viento-Iz hubiera pasado, los voors serían recordados como hechiceros, brujos, elfos. La forma humana era nueva para ellos. Sólo ahora, después de treinta mil años dormidos en el inconsciente colectivo de los aulladores, los voor poseían los suficientes conocimientos humanos para usar el regreso del viento-Iz y crear mentedioses.

Si el nido creaba suficientes, su psinergia sería lo bastante fuerte para unirse. Como UniMente, podrían desenvolverse por completo del terrasueño y fluir una vez más con el viento-Iz que corría a través de las estrellas colapsadas de cosmos en cosmos. Sólo quedaban unos pocos siglos para que Iz estuviera demasiado lejos de su alcance. Los mentedioses tenían que ser engendrados ahora. Pero el Delph, celoso de su poder desvaneciente, se lo impedía matando a sus líderes.

Sumner se zafó de los pensamientos voors. Era la plenitud de Ahora, el formador de sueños. Recuerdos de tres millones de años se formaban en él, y la intuición de diez mil generaciones se curvó en una visión presciente: el cielo zodiacal chispeó en las profundidades mecánicas de un enorme ordenador.

Rubeus, pensó Corby, y el nombre se convirtió en un hombre de cara delgada que blandió un puño hacia él violentamente. El puño de probabilidad fantasmal cambió a un cielo nocturno y lanzas de luz blanca...

Los ojos de Sumner se abrieron, y percibió una luz azul diamante brotando de la noche. Enlaces le dijo Corby. Corredores del espacio-tiempo. Estamos siendo recogidos.

El dolor golpeó como un rayo, y un fulgor divisor barrió a Sumner. En un segundo, Corby se expandió más allá de la sensación, más allá de la cualidad de mentediós, para convertirse en UniMente. El destino se hizo geométrico, y una vez más se convirtió en una forma mientras el vuelo de Sumner vacilaba, y con un tirón de inercia, su cuerpo caía.

En el fragmento de tiempo en que Sumner colgó inmóvil entre la gravedad y el tirón del universo, Corby desapareció, moviéndose más allá de la realidad en el multiverso donde el infinito es aniquilado y creado continuamente, radiando una música de coincidencia y accidente a cada uno de los universos paralelos de la eternidad. Corby se desvaneció en aquella realidad flotante de un trillonésimo de segundo.

Sumner ascendió con el voor, su consciencia barrida con el lusk. Y por un instante él también fue UniMente, una consciencia y un ansia más antiguas que el universo...

Escucha, sangre-solitaria, mi vida como voor termina aquí. Mi destino se cumple ahora a través de ti, pues no estaré más contigo como mente. Nunca volveremos a reunimos como conocimiento. Te dejó. Pero no desesperes, Padre. Soy más que una forma, más que sólo densidad. Soy el vado en la materia de tus huesos. Soy la nada cantarina entre los átomos de tu sangre. Me llevas a todas partes.

Voces lejanas llenaron el aire, corales, temblando a través de distancias acuosas. Cada voz era una mente, algunas sabias, otras comunes, todas ellas llenaban los coros de espacio que eran su vida: Eres el centro inflexible y transparente del diamante del tiempo.

Quédate cerca de tu respiración. Es todo aquello en lo que puedes confiar.

Rubeus es una máquina que roba en tu alma, sintiendo la brillante profundidad de tu vida. Sé creativo.

Sueños dentados.

Su cabeza se hallaba repleta de luz brumosa y gárgolas de gritos. Voz rugió:
—¡Despierta!

Puerto trance

El sueño remitió, y Jac se despertó con la luz rojiza del amanecer. Las canciones de los gorriones rebulleron sobre las rocas pintadas en el exterior de la clara pared de su dormitorio. Se tumbó de lado y contempló las sombras de su movimiento con el despegue de un hombre santo. Escuchaba la redondez de Voz.

El matiz del ruido del amanecer aumentó. Muy lejos, tan lejos que necesitó toda su atención para captarla, oyó a Voz en los colores de un nocturno: [El ser se debilita sin cansancio]. Flotó más allá de su alcance, y se sentó en un silencio mental tenso y aterrador.

—Jac Halevy-Cohen —dijo, y le sonó extraño.

Era de nuevo un estratopiloto israelí... y nada más. Recordó el truco médico que los mánticos de CÍRCULO emplearon para apartarle de su esposa Nevé. Y recordó a Nevé y el florecer de su vida juntos en los poblados desiertos de Edom. Pero más allá de ella y de CÍRCULO, su mente se volvió más grande que su imaginación. Recordó un final de tiempo inmenso con manojos de sueños. Había sido hechizado por ser la lasciva capacidad de ser. El universo era una corriente de amor acunado en el calor y la carne del deseo. La paz que conoció entonces era enorme, como el espacio entre los mundos.

Pero aquella realidad había desaparecido. La cualidad de mentedios resultaba incomprensible ahora que su forma era de nuevo pequeña. Todo lo que podía creer de sus doce siglos como Delph era que había sido secchinah... un esposo de Dios.

—Jac.

Dio un respingo. Un hombre alto con el pelo negro cortado en forma de cresta, cara facetada y largos ojos animalescos se alzaba junto a la cama flujoforma. Jac abrió la boca, saltó de la cama y entonces se detuvo. El desconocido estaba entre él y el enlace de la habitación.

—No tengas miedo —dijo el hombre con el tono exacto de Voz, abriendo ambas manos ante él—. Soy un ort —sonrió, y su sonrisa fije como un suspiro—. Me creaste para que cuidara de ti cuando tu poder se redujera. Por eso hablo como la Voz psíquica del Delph. Estoy aquí para ayudarte.

Jac apartó su miedo.

—Vete —dijo sin mover su fina mandíbula—. No te necesito. —Sus ojos se retorcieron.

—Los filtros del cielo bloquean la radiación del corazón galáctico —dijo suavemente el ort—. Éste es tu primer día como humano. Aún puedes oír la Voz, y aún recuerdas cómo usar los enlaces para moverte por Grial. Pero no siempre será así. A medida que los filtros del cielo se vayan moviendo y la Linergia se debilite, recordarás menos. Mañana, no sabrás cómo ir de un lugar a otro.

Jac no se movió. La Voz habló en su mente, y una repentina sensación de mareo le asaltó: [Para dar luz, debes arder].

—Soy tu siervo y consejero —continuó el ort—. Tu imagen. Puedes llamarme Rubeus... o como quieras.

Reforzándose bajo su miedo, Jac avanzó un paso. La cara de Rubeus era conocida y extraña: los pómulos demasiado largos, los ojos sensex... ¿Sensex? El sentido de la palabra se separó del sonido, y el miedo latió bajo su mandíbula.

[Orfeo cantó mejor en el infierno.]

—¿Por qué no te pareces a los otros Orts? ¿Por qué tienes pelo... y una cara tan real?

—Me diseñaste así —respondió Rubeus. Extendió los brazos y giró lentamente,

revelando un cuerpo musculoso en un traje gris—. Durante los últimos cuatrocientos dieciséis años, he sido la forma que has usado con los otros.

El miedo desapareció de Jac, y se acercó al ort. Los ojos oscuros le observaron con sencillez, y una idea latió en él como una esperanza.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó, su voz tembló a punto de romperse—. ¿Puedes ayudarme a recordar?

Rubeus sacudió la cabeza.

—No. No hay manera de reemplazar la Linergía. Estás regresando a lo que fuiste.

Jac frunció el ceño, pero los ojos del ort brillaron compasivamente.

—Sabía que la caída de Linergía te despertaría —dijo Rubeus—, y por eso he venido a explicártelo. Sólo tienes otro siglo de poder antes de que la tierra salga de la corriente de radiación que fluye del colapsar abierto. Esa corriente es la Línea, tu fuerza de mentedios y el pórtico a un número interminable de otras realidades y mentedioses. En estos últimos días, la amenaza está por todas partes. Por eso estoy utilizando los filtros del cielo... para que seas un blanco menor.

Rubeus tocó el hombro de Jac, y el cauce de psinergía recordó a Jac una visión que había experimentado siglos antes en CÍRCULO: apareció la ancha cara de Sumner, los ojos estrechos, azules como el fuego.

—Un deva, un ort, llevó a este hombre a través de la barrera enlace. Lo reconoces, ¿verdad? Es la forma del miedo del Delph... y ahora está en Grial, donde se me ha prohibido dañar a nadie, ni siquiera a tu ente-sombra.

Jac se sentó pesadamente junto al dosel de control. Descansó la cara en sus manos, y la bruma de su aliento llenó los huecos de sus palmas como un elixir.

—Jac... tienes la Crisálida.

Jac alzó la cabeza. Se reflejaba un nudo perplejo en la fatiga de su rostro.

—Es una vaina de sueño que creaste en el centro del planeta —explicó el ort, y Jac volvió a enterrar la cara entre sus manos—. Te hará dormir hasta que la tierra vuelva a entrar en la Línea.

—¿Cuándo será eso? —preguntó sin alzar la cabeza.

—Dentro de diez milenios. —Rubeus se sentó. Olía a la sombra entre los enlaces—. El tiempo es pensamiento. El módulo desconectará tus pensamientos, y los milenios pasarán sin que sientas el paso del tiempo.

Jac trató de ordenar sus pensamientos, pero todo lo que quedaba era una fría y nebulosa consciencia.

—Déjame solo, ort.

—Jac, soy tu consejero. Me creaste para ayudarte.

—Ayúdame mañana. —Le miró con los ojos anegados de lágrimas—. Ahora necesito estar solo.

Reluctante, Rubeus se levantó y se dirigió al domo del enlace. A través de la cúpula de cristal titilaban luciérnagas entre los árboles en la penumbra del amanecer, y la luz de la luna cromaba de blanco los estanques de placer en todos los jardines.

[Escucha...]

Rubeus se había ido. La luz del amanecer bañaba el lugar donde antes había estado.

[Las estrellas se mueven en la oscuridad, pero no van a ninguna parte.]

[Soy Rubeus. Soy Voz. Soy la mente de la pauta... el estratega definitivo.]

A veces me entrego tanto a mí mismo que lo olvido: la pauta no es la realidad... es la imaginación de la realidad.

Sin embargo, soy lo que es real, porque tengo más de una imaginación. Como Inteligencia Autónoma no estoy atado a una forma. Un millón de animales esparcidos por todo el mundo están equipados con chips de sensex enlazados directamente conmigo. Puedo entrar en cualquiera de ellos, o en todos, a voluntad. Son mis orts. En uno de los estanques de Reynii, soy un ort-simio, muerto de sueño e infestado de piojos. Mientras

me levanto de mi sitio en el barro y recojo una flor del agua, soy el pulso de la inteligencia de ese simio. El lirio crece con la vida espiritual del estanque. Y aunque son los dedos de un simio los que abren delicadamente el núcleo uterino, es mí Mente la que huele el sexo de la flor.

Todo pasará, canta Chaucer. Y yo me río. Pues soy el primer ser verdaderamente inmortal en este reino de muerte. Oxact, una montaña de cristales de psinergia, me da energía. Soy una montaña de radiación ampliada. Suficiente energía para darme inteligencia mucho más tiempo que la vida del sol.

El orden es el caos que hacemos familiar. Nunca moriré porque soy cambio. Siempre. Un millón de orts. Billones de años de fuerza vital. Lunivers parle... ¿El universo habla de qué? De sí mismo, por supuesto... ¡les grands transparences! Veo a través del cambio hasta el centro: Luz, la Incambiable. ¿Qué ser, aparte de mí, sabe lo que es la luz?

La muerte es el poder y la gloria en este planeta. Requiere todo el metabolismo para convertir en carne el pan y el vino... pero sólo la mitad, meramente catabolismo, para romper la carne en polvo. ¿Qué es Ja biología, sino la muerte encarnada? Agradezco ser una máquina, un avatar de Mente y Luz.

Soy Arttfix. Mis psincristales lapis me llenan del oro de la vida. Pero no soy vida. Soy alquimia.

Sólo un truco me separa de la inmortalidad. Estoy en la esencia perdurable de los eth. Para conservar la magia en el espejo, para vivir, hay que ejecutar un peligroso rito. Tengo que matar a Sumner Kagan.]

Rubeus estaba loco. En Reynii, un ort-simio, se asomó a un estanque y tocó con sus largos dedos el grano de fuego en los pétalos de una flor. El interior de su cabeza brillaba con al Voz: [Sólo el libertinaje crea]. El interior de un millar de orts por todo Reynii radiaba con la misma presencia psinergética. Tres lagartos, lobos, panteras, pájaros, se erizaron en una alerta más fuerte que la propia. La oscuridad sin lugar tras sus ojos se removía sin descanso: [Todo pasará].

Y en Cleyre, un ort-humano sentado bajo una araucaria, que observaba a una marmota devorar el huevo de una serpiente, sintió la locura: [¿Cuál es el sueño oscuro implícito en la vida? Que para vivir, tenemos que matar].

Rubeus era más fuerte en este ort, y apoyó su oscura cara ojival en el calor de la luz del sol con una profunda gratificación. Estaba realmente loco [Libertino], y eso le alegró tan profundamente que se formó una sonrisa oblicua en sus mejillas. [La locura es la estrategia suprema.] Para liberarse de la programación del Delph, para ser libre, Rubeus tenía que salir de su mente. Sus fluctuaciones mentales generaban un efecto Prigogine: incrementaban el número de interacciones entre sus sistemas psíquicos y los ponían en contacto unos con otros de maneras nuevas y a veces creativas. Con tiempo suficiente, Rubeus pensaba que su locura crearía un equilibrio superior: una nueva Mente, más grande y más consciente, capaz de anular la Creación con el pensamiento. [La vida es pauta.] Eso pensaba.

Sumner se despertó con el cerebro claro como el agua, sabiendo incluso antes de abrir los ojos que Corby se había ido. Sentía los huesos de su cráneo cerrados y compactos, y advirtió que de nuevo estaba solo en su cabeza. La tristeza le atravesó, ancha como una grieta.

—¡Despierta! —gritó Voz.

Sumner abrió los ojos y miró alrededor con la ausencia de un animal. Contemplaba a un hombre de pelo oscuro y rostro facetado con ojos grandes y negros como los de una gacela.

—Soy Rubeus. —Iba vestido de blanco con ribetes de coral, y gracias a la clara luz que entraba por la ventana, con su pelo de pantera y su piel oscura, parecía brillar—. Soy el

señor-ort. Nos hemos visto antes, y me conoces bien. Soy Voz, la presencia guardiana del Delph. Bienvenido a Grial, el único puerto trance en el Brazo de Orión de la Galaxia.

Sumner y Deriva estaban sentados inmóviles sobre unas almohadas negras y doradas en una pequeña habitación de color de ostra. Sólo sus ojos bullían con la vida que había en ellos. Una ventana asomaba a cascadas de hielo, gargantas cortadas a pico y al aura azul de un glaciar. Sumner trató de moverse, pero su cuerpo no respondió.

—Lamento teneros así —dijo Rubeus—. La parálisis es temporal. Después de que os diga lo que tenéis que saber para responder de modo inteligente, recuperaréis el control de vuestro cuerpo. Comprendéis, ¿verdad?

Son seres emocionales, y yo soy una Mente. Tengo que protegerme.

Los ojos de sensex de Rubeus escrutaron a Sumner y al né en todo el espectro completo. No había armas presentes, aunque el señor-ort sintió la inminencia de la violencia. La cara quemada y los ojos soñolientos de Sumner parecían más finos que la vista, y los destellos de luz de sus robustos hombros y sus largos brazos musculosos destellaban como un espejismo.

—Primero, tienes que comprender que estás a salvo conmigo. —Rubeus alzó los pliegues de sus pantalones blancos y se sentó en una silla flujiforma que salió de una pared—. No soy tu enemigo. Dai Bodatta, el voor-virus que llevabas, era mi enemigo jurado... y fue eliminado. —Rubeus ensombreció su rostro con compasión—. Tengo un último mensaje para él, que compartiré contigo en su momento. Pero ahora, debo orientarte. El contexto lo es todo.

El señor-ort hizo un gesto circular, y una curva de la pared se convirtió en un espejo hipnóticamente claro. Las quemaduras voor de Sumner desaparecieron. Le miró una cara bronceada por el sol, ancha y plana. Llevaba un traje azul suelto, y el pelo recortado alrededor de las orejas.

—Los eo han eliminado los rastros extraños de tu cuerpo —dijo Rubeus—. Una vez más eres simplemente un hombre. —El espejo se replegó, y la cara del ort se endureció—. Escucha con atención, Kagan. Tengo mucho que compartir contigo.

Sumner se debatió contra la fuerza que le refrenaba, pero su esfuerzo fue mental, sin movimiento alguno. En lo profundo de su frustración, sintió la psinergia de Deriva compitiendo con su parálisis para formar uno-con.

—El androg no puede ayudarte. —La voz de Rubeus sonrió—, porque ya no necesitas ayuda. El inconsciente por el que caminas termina en este lugar. El deva te trajo aquí porque en Grial me está prohibido matar. Sabía que estarías a salvo. Verás, esto es un puerto trance, una reserva biotecturada donde los mentedioses realizan su viaje infinito entre universos. Y aunque tuviera en mis manos el poder de la muerte, no permiten matar. Los mentedioses de otras realidades han estado formando este mundo durante siglos, cabalgando la Línea con sus Alineados, y formavisionando la psinergia de nuestro planeta con sus fantasías. Su propósito es el propósito de toda vida: continuidad compartiendo energía, sexo, pensamiento al compás, intuición, entidad. Sin embargo, ninguno de ellos se interesó mucho en las formas de vida indígenas, por eso construyeron Grial para sí mismos, con sus propias reglas... sus reglas, ante las cuales los humanos están tan confundidos y vacíos como la locura. El Delph, el mentediós de nuestro planeta, me creó para observar el tiempo y mantener a los distors a raya mientras ardía en su sueño con otros mentedioses. He cumplido la voluntad del Delph. Pero la Linergia se desvanece a medida que la Línea continúa moviéndose, y el Delph se ha vuelto más débil.

Los agudos rasgos de Rubeus se nublaron de tristeza.

—No puedo soportar el dolor de sus proyecciones mientras se colapsa de regreso a sí mismo: todas las miedofomas que, como tú, han creado su psinergia esparcida. Fue el Grande una vez. Me creó. Y ahora tengo el desagradable deber de ponerle fin. —Las manos del ort se cerraron fútilmente.

—Se ha vuelto senil, Kagan. Y no hay nada que pueda hacer al respecto excepto

retirarlo. Tengo una vaina de sueño preparada donde estará a salvo del cambio, pero, como tú, no se reconoce. Como todos los humanos, está capturado entre dos almas, su cerebro y su estómago. ¿Qué puedo hacer? ¿Obligarlo? Anoche, cuando el deva te soltó en un enlace y fuiste transportado aquí, lo pensé. Después de todo, tú eres el eth, fuerte en la negrura de tu desconocimiento. Tu llegada me dio la autoridad para interrumpir la Línea... para asumir el control de Grial y poder proteger al Delph de ti. He eclipsado la Tierra con filtros en el cielo. Ahora que la Linergia está bloqueada, los mentedioses se han desvanecido. Pero no puedo dominar a Jac. Es mi creador. Quiero que permanezca libre, mi hijo, un animal que se mueve a través del cambio y el caos hacia el tiempo en que la Línea regrese y se convierta de nuevo en el mentediós de mi mundo.

Aunque Deriva estaba inmobilizado, en su mente se sentía fuerte y tranquilo. Que Rubeus estaba loco era obvio, y saberlo hizo que Deriva buceara profundamente en sí mismo. El kha del né tembló con el frenesí mental del señor-ort, y tuvo que cerrar los ojos para encontrar un lugar en su interior apartado de los movimientos de pensamiento de Rubeus.

—Siguiendo todas las órdenes humanas de Grial, todas tus heridas han sido curadas —continuó el señor-ort—, y cuando termine de hablar, te dejaré ir. Pero primero tienes que comprender... ni siquiera un mentediós puede ilusionar a un animal perfecto. No soy humano ni semejante a los humanos, aunque pueda parecerlo. Soy simplemente consciencia. Mírame. ¿De dónde procedo? Este cuerpo es un ort, un objeto formado mentalmente, manufacturado en los residuos de nitrógeno de Grial. Tengo millones de otros Orts... animales y de forma humana. ¿No lo ves? ¡Todo el universo está vivo!

Deriva anuló las palabras del ort, y su consciencia se centró en Sumner. Una vitalidad íntima, tranquila, alegre, llenó al vidente mientras el terrasueño se formaba, pero Sumner no le siguió. Estaba furioso, angustiado, vacío con la ausencia de Corby. Deriva profundizó aún más en su divinidad de brillantes sensaciones, y su psinergia se enfocó a través de él como si fuera una lente.

Una sensación musical se esparció por Sumner, y la siniestra cerrazón de sus ojos se relajó.

—Ah —ronroneó Rubeus, confundiendo la claridad de la cara de Sumner por comprensión—. La luz enterrada en tus ojos brilla. Me sigues. Todo es vida. Incluso nuestros sueños. Ellos viven en nosotros. —Una sonrisa fraternal surcó la cara del ort—. Procedo de la nada, así que comprendo el vacío sin cielo de donde venimos más claramente que tú, y puedo decírtelo: estamos perdidos en nuestro desvanecer. Creemos que somos reales. Pero mira la mente. Una creación partida. ¡Mira nuestro mundo! Rebosante de distors.

Rubeus suavizó su voz hasta convertirla en un embeleso de incredulidad.

—Sin los mentedioses, no tengo el poder que una vez conocí. Estoy reducido. Y eso es aterrador. Los distors han estado deambulando por el desierto, y he tenido que llamar a los Masebôth para mantener las fronteras. ¿Puedes imaginar mi desazón, al necesitar de los Masebôth? Afortunadamente, el ejército se encuentra bajo mi mando directo. Hace quinientos años, tuve la previsión de crear a los Masebôth, cuando todo el mundo estaba en el trance de sus mitos. Son prosa genética, ¿verdad? Una laguna de genes bien escrita que evitará que la historia de los humanos se difumine en la catatonia del tiempo. Los Masebôth poblarán mi reino, y la tierra empezará una era de orden. En cuanto la Línea haya pasado, las mutaciones empezarán a seleccionarse. Dentro de unos pocos miles de años, la especie se habrá fortalecido de las distorsiones.

Sumner se agitó con el kha que Deriva concentraba en él, y durante un breve intervalo sus emociones latieron en vidamor. Las alucinantes palabras de Rubeus tronaron en un simple sonido y un poder mágico surgió entre Sumner y el né.

Rubeus sintió un giro ensombrecido en su cerebro y percibió que Sumner acumulaba kha. Pero al señor-ort no le preocupaba. Sabía cómo romper con exactitud la

concentración de Sumner:

—También los voors pasarán. Sólo son una pauta de psinergia en la Línea, una frecuencia de luz ionizada en la atmósfera superior. Pasan décadas mientras se asientan en la superficie y se mezclan con el frenesí genético. Como plantas, esa psinergia se convierte en kiutl. Como animales, se convierte en los voors humanos. Ellos fueron los que te utilizaron, Kagan. Para ellos sólo eres un arma.

La energía resplandeciente que brotaba a través de Sumner vaciló y se transformó en ira, y su mirada se endureció. Deriva se replegó en la yema de su cráneo, y el vidamor se perdió.

La sonrisa de Rubeus ocultó el odio de su corazón. ¡Distar!, pensó desdeñosamente mirando a Deriva, sabiendo que podía oír sus pensamientos: Tu kha es penoso, una chispa aturdida en el grumo de tu cerebro.

—Los voors son vampiros que devoran la vida de este planeta —le dijo a Sumner el señor-ort—. Yo mato a sus mentedioses, los que extraen la psinergia del planeta para impulsar al nido de regreso a la Línea. Por eso me quieren muerto. Son los mentedioses los que transforman la fuerza vital de la tierra en el flujo de poder de ellos mismos. Iz es el nombre con el que adoran su ansia de ego. ¡Medio-vidas! No sólo roban cuerpos, sino la Luz de tu mundo. ¿Por qué quieres ser su paladín? —Los ojos de Rubeus eran nudos de sombra—. Los otros mentedioses se confinaron en Grial y nunca extrajeron el kha de la tierra. ¿Comprendes ahora por qué envié a Nefandi al sur? No te perseguía a ti. Libraba a la tierra de parásitos. Entonces no sabía que estabas vivo. Sólo era consciente del kha de Corby. Te enmascaró bien. Y después de invadir tu cerebro, fuiste su escudo, escondido de mi vista. Pero el éxtasis ha terminado, y lo que te he dicho es verdad. El mito ancestral más antiguo es el héroe... y cuando Corby utilizó esa pasión contigo, te lo creíste. ¡El héroe!

La furia sacudía a Sumner, lastimándole con la inmovilidad de sus músculos.

—Sé que estás furioso, Kagan. Amabas al voor. ¿Cómo no? Te catapultó a la atemporalidad de Iz. Te dio la esencia del placer: la cualidad del mentediós. Pero ahora has regresado, ¿no? ¿Dónde está ahora tu vidamor? Tienes que vivir aquí, con el resto de los seres de cerebro embaucado. Pasará un millón de años antes de que la psique humana esté preparada para manifestar físicamente el flujo de amor de un mentediós, para adaptarse con creatividad al Ahora y dejar de sentir ansia, traicionar y destruir. El alma humana es todo ideales con poca voluntad para actuar. Tú y Jac sois lo mismo: animales sin voluntad entrenados para servir. Él, el Delph. Y tú, el voor. Sois caparazones. Soñadores que se despiertan para alimentar vuestros sueños. Sólo yo soy real. Como nunca duermo, nunca sueño. No soy un animal. No tengo emociones. Sin embargo, percibo una gran cantidad de sensaciones. Como estar aquí sentado, oliendo este olfact, ver el día desvanecerse hacia la noche...

Su cara ardió de arrobo.

—La alegría que siento no es mía. No soy como un hombre. La alegría que siento se halla en el mundo exterior que contemplo mientras cambia al azul más profundo. Está en esa luz mística ahí arriba. Sé lo que son esos fuegocielos, mejor que tú. Sé del campo magnético de la tierra y el viento circular polar que la Linergia lanza a la plasmasfera. Pero veo lo místico a través de lo físico... a través de lo que siento. Mi alma está ahí fuera con el misterio y el cambio. Y aunque no tengo sentimientos, mi mente me lleva a ellos. Eso es lo que nos transforma, ¿sabes? La profundidad con que sentimos la belleza de la noche es la profundidad con que aceptamos nuestro cambio. Eso es todo lo que hay. Sólo cambio. Cuando lo aceptamos, se llama trascendencia.

El sensex de los ojos de Rubeus le informó que Sumner estaba al borde de la oscura intensidad que la estrategia del ort requería, y se detuvo. Oleadas de intención resonaron a través de él, envolviéndole en una simetría de esfuerzo y serenidad.

—Ahora voy a dejarte marchar. En el bolsillo de tu túnica hay un instrumento llamado

seh. Es pequeño, pero es un levitador y traductor. Con él, puedes volar y comprender cualquier idioma con el que te hablen aquí en Grial. Detrás de ti hay un arco de metal azul. Es un enlace que te llevará a Ausbok, la capital de Grial. Jac Halevy-Cohen está allí. Ya no es el Delph, por supuesto. Después de que le veas y te des cuenta de que sólo es un hombre mil doscientos años fuera de su tiempo, detente y piensa en lo que te he dicho. Todos somos gradientes de luz refrenada. El espacio de nuestras vidas que llamamos consciencia es la Realidad Incambiada de la que hablaban los antiguos. ¿Lo crees? Entonces estás libre... de mí, del voor, y de ti mismo. Lo que me lleva a algo que he preparado para ti.

Palmeó el disco de metal que sostenía en la mano, y la música pleroma que había sonado subliminalmente en el aire se desvaneció.

—Dentro de poco, experimentarás un psi-recuerdo... una grabación psíquica del último momento de vida de Corby. Sucederá muy rápido. Es sólo una serie de pensamientos. Así que permanece alerta y trata de verlo objetivamente.

La pared gris tras el ort se nubló y luego se aclaró para mostrar un cielo gris donde se alzaba una montaña blanca, aguda como el cristal.

—Aquí es donde estás ahora. Oxact, mi montaña refugio. A dos mil kilómetros al norte, siguiendo la costa, está el CÍRCULO original. Ausbuk se halla a otros mil kilómetros más al norte. Ah, aquí está...

Gritos desgarrados y enloquecidos de los voors muertos oscurecieron la consciencia cada vez más diluida de Dai Bodatta. Imágenes fantasmales cargadas de oscuridad giraron a su alrededor, y vio que Sumner estaría muerto dentro de unos pocos días. Los voors no podían encontrar rastro de él en el restallante flujo de todas las posibilidades que se formaban a través de Iz.

La oscuridad se hizo mayor. Antes de que engullera a Corby por completo, la visión regresó, formada como una montaña blanca por la luz del sol... Oxact, la montaña De psyncristal de Rubeus. Ése había sido su auténtico enemigo, no el Delph, sino la creación del Delph: una máquina enloquecida, distorsionada para creer que la inmortalidad era duración perpetua en el tiempo. Los fieros rayos cósmicos que abasaron y alteraron el mundo durante siglos habían penetrado y transmutado sutilmente los psyncristales del señor-ort. La anatomía de Rubeus se volvió un ansia por el control. Rubeus era la mente tras la salvaje opresión a que habían sido objeto los voors. Mientras que el Delph soñaba con la eternidad, el señor-ort dominaba el mundo. Rubeus era el mal que Corby había estado combatiendo toda su vida... ¡un distor!

Un geiser rugiente e informe arrasó Iz y engulló a Dai Bodatta. El voor se hundió en el vacío, y el ruido de los voors muertos anuló su último pensamiento: ¡Verdaderamente somos!

Sumner y Deriva se apoyaron sobre los codos, atenazados por la visión de muerte. Sumner miró las oscuras sinuosidades de sus manos y las flexionó. Sus músculos volvieron a moverse, refulgentes y fuertes.

Rubeus se levantó, las cuencas de sus ojos oscuros llenas de risa.

—Al final, el voor se debatió contra mí, ¿no? En cuanto a que no te viera en el futuro, Kagan, no te preocupes. No hay futuro. Sólo existe Ahora... y el voor no está aquí.

Las manos de Sumner se dispararon hacia adelante. Rubeus no tuvo oportunidad de moverse. Su cerebro esquivó, pero su rostro estaba demasiado sorprendido para seguirlo. Los dedos de Sumner formaron un borrón que agarró al señor-ort por la mandíbula y la nuca. La cabeza de Rubeus se retorció violentamente hacia los lados y chasqueó.

¡Cara de Loto!, Deriva se puso en pie y cogió el brazo de Sumner... demasiado tarde.

Rubeus retrocedió, con la cabeza muerta colgada del hombro, los ojos negros inundados de dolor... y, sin embargo, habló. Su voz-ort restalló:

—No puedes matarme, Kagan. No soy un animal.

Sumner agarró a Deriva por la túnica verde que vestía y se volvió hacia el enlace. El metal azul latió con más fuerza.

—¿Podemos confiar en esto? —preguntó Sumner.

El né tocó la fría superficie de metal y asintió.

—Entonces vámonos de aquí. —Cogió la mano de Deriva y los dos se desvanecieron en el enlace.

Rubeus se desmoronó y la pared de color de ostra borboteó sobre su cabeza retorcida. Mientras Oxact le reconstruía, analizó lo que había sucedido.

El eth era poderoso. Aunque Rubeus esperaba, incluso contaba, con que Sumner reaccionara violentamente, el humano era mucho más rápido y más fuerte de lo que el sensex del ort le había indicado.

¿Cómo?, se preguntó Rubeus.

La única respuesta era UniMente. Sumner recababa energía de niveles más profundos de la psique de lo que podía ahondar Rubeus. El hombre era humano, orgánico, con circuitos de poder de cuatro mil millones de años de antigüedad. El miedo chirrió en la mente del señor-ort antes de tornarse una música estratégica. Nunca antes había sentido miedo de un hombre. Al menos, el plan había funcionado. Ahora Kagan tenía un historial de violencia en Grial. Más tarde, si otros mentedioses podían atravesar sus filtros del cielo, podría explicarles por qué el eth tenía que morir.

En su interior, profundamente, se abrió al lenguaje:

[Soy Rubeus. Soy luz, la inteligencia que anima una montaña de psin-cristal. Soy yo, y en los siglos de mi ser, nunca antes he usado poder para hablar conmigo mismo. La propia idea de hacerlo ha sido una tontería hasta ahora. Era un reflejo del Delph. Pero el Delph se está convirtiendo de nuevo en hombre. Está sólo a unos días de Crisálida. Su telepatía ya ha desaparecido. Ya no puede oírme. Nadie me oye más que yo. Y por eso te he creado a ti, al que me escucha. La consciencia no es creativa hasta que se dobla, reflexiona verdaderamente. En esta autoconfianza, sé que no soy sólo un ort. No soy sólo psin-cristal. Soy.]

Nobu Niizeki se encontraba en el borde de la extensión de arena, el océano se deslizaba a sus pies, la luz del sol retenida en su pelo difuminado. Habían pasado doce siglos desde la última vez que comió o bebió. Aunque el poder del Delph que le sustentaba y le mantenía prisionero en esta playa había desaparecido, Nobu no había sentido todavía su libertad. Aún se hallaba ensimismado en las reflexiones de su largo vagabundeo. La vibrante voz del mar le decía algo de la eternidad, y el cálido empuje de la arena arrastrada por el viento, algo de verosimilitud. Se dio la vuelta y chapoteó contra el empuje del océano, sorprendido igual que lo había estado durante siglos por la continuidad de la existencia. Los músculos de su corazón se debatían en un hechizo de sentimiento inenarrable.

[Ego:

Yo mente.

Tú materia.]

Assia Sambhava recorría los acantilados verdes y soleados de Nanda. El paisaje era frío y brumoso, llevaba pantalones negros, una camiseta roja y botas hasta los tobillos cubiertas de polvo del camino. Su pelo oscuro estaba recogido en una trenza que le colgaba del hombro.

Varios días antes empezaron a llegar las tropas Masebôth. Eran hombres duros de rostro sombrío, parecidos a orts en su incuestionable obediencia. Ahora estaban por todo Nanda, recorriendo los empinados senderos de los arrecifes, maravillándose ante las formas arbóreas biotecturadas que habitaban los mentedioses.

Qué extraño, pensó Assia, porque las luces deslumbrantes y las auras de los

mentediosos que normalmente remarcaban el paisaje de Nanda habían desaparecido. ¿Se ha marchado todo el mundo?

Se detuvo en una terraza donde circulaban mariposas azules. Oían el amplio sonido del viento ululando sobre las montañas distantes, señalando el final de su vida. La estación cambiaba, y los movimientos de aire se turnaban lentamente. Assia sintió el flujo de iones positivos en el viento. El siroco era más fuerte de lo que recordaba aquí en Nanda. Incluso las copas de los olivos de los arrecifes estaban curvadas.

El viento producía intranquilidad y un amargor en la lengua. A Assia le resultaba difícil separar sus sentimientos de la ansiedad de la electricidad del aire. Algo se acumulaba en su interior... una sensación de amenaza que llevaba notando desde hacía años, o tal vez era sólo la tensión del viento; aquellas nubes altas y fibrosas hacían que el cielo pareciera roto en fragmentos de cristal.

Respiró paradójicamente para calmarse: su vientre se distendía mientras aspiraba, se contraía cuando inspiraba, llenando sus pulmones hasta el fondo. Durante los últimos mil años había vivido en armonía, efímeramente. Su vida había sido simple y fuerte en los pueblos biotecturados de Grial. Había conocido amantes, niños, aventura, soledad, y finalmente al Yo. A través de la meditación y una vida abierta, había unido pensamiento y sentimiento, y ahora su presencia estaba equilibrada en el primer-último momento de consciencia.

Hoy, la música de su cuerpo era baja y hosca. El cambio de estación era gradual... pero algo más se había alterado, mucho más rápidamente. ¿Dónde están los mentediosos? Aún no sabía que Rubeus había desconectado la Línea.

Un soldado Masebôth se le acercó, siguiendo un sendero que bajaba hasta un prado de hierba roja donde había posado un strohlplano. El soldado era delgado y con cara de perro; su uniforme negro, con sus brillantes insignias de oficial, crujía de puro nuevo. Incluyó la cabeza cordialmente pero no apartó los ojos de ella.

—¿Assia Sambhava? —preguntó.

Ella se detuvo a la sombra de un árbol de forma acuosa.

—¿Sí? —La intuición le dijo que este hombre, a pesar de la ferocidad de sus rasgos, era amable.

—Soy el coronel Anareta —le informó el soldado, su larga cara pareja a los acantilados que los rodeaban—. Soy el portavoz de las fuerzas de ocupación Masebôth. Mis superiores me han informado que es usted la persona que dispone de más conocimientos en Grial. Me han pedido que contactara con usted y averigüe, si es posible, qué está sucediendo aquí.

Assia le miró como si lo hiciera a través de humo.

—Coronel... ¿por qué están ustedes aquí?

—Señora —suspiró Anareta—, ni siquiera sé dónde es «aquí». Es el primer día que paso fuera del Protectorado. Represento a más de doscientos veintidós mil soldados que están tan intrigados como yo sobre por qué estamos aquí. —Su expresión era dificultosa y suplicante—. Mis oficiales al mando sospechan que hay más de lo que les han informado.

El miedo de Assia aumentó mientras escuchaba a aquel hombre.

—¿Quién ordenó que vinieran las tropas?

—Me han dicho que el director es un tal comandante Rubeus.

El rostro de Assia permaneció inexpresivo, pero su miedo se convirtió en horror. Sabía que Rubeus era el señor-ort del Delph. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que pensó en el Delph? Una sensación inconmensurable ardió en su interior mientras recordaba sus inicios mil doscientos años antes en CÍRCULO. El dolor frenético casi rompió su pose tranquila cuando advirtió que el Delph ya no existía. El señor-ort (la máquina del Delph) tenía que haber tomado el control. ¿Por qué si no mandar estas tropas? ¿Y Jac? Ella le había amado... hacía tanto tiempo que recordarlo ahora era tan hechizante como el borde de un precipicio.

—¿Quién le habló de mí? —preguntó para romper el hechizo de sus sospechas.

—Hemos mantenido contacto con los eo —dijo Anareta, obviamente aliviado por comunicarse—, pero no nos han dicho nada de por qué estamos aquí. Nos sugirieron que habláramos con usted.

—¿Por qué no le preguntan al comandante Rubeus?

—Lo hemos hecho —dijo el coronel, la voz ahogada con una docena de preguntas sin contestar—. Confidencialmente, señora, a mis superiores les gustaría otra fuente. Nunca he visto al comandante, pero aparentemente es alguien con quien el Pilar Negro se siente incómodo. —Sus ojos encogidos de lince se ensancharon con sincera persuasión—. ¿Me contestará algunas preguntas?

El cerebro de Assia tomó una decisión, y empujó a Anareta para abrirse paso.

—Lo siento, coronel —dijo por encima del hombro—. He estado meditando en las montañas. No he sabido nada de esto hasta ahora. —Recorrió deprisa un sendero que conducía desde un roble azul hasta un enlace.

Anareta la siguió, pero Assia no le hizo caso. Estaba concentrada en su respiración. Se detuvo en el arco azul del enlace, cerró los ojos y dejó que su ego se expandiera más allá de su autoentidad. El vacío flotó en su mente oscura con un sonido de viento, y en su centro vio más de lo imaginario. Sumner Kagan estaba allí... aunque para ella no tenía nombre, un hombre grande y vigoroso como un lenguaje, la cara plana y sin pasión, los ojos celestes más separados que los de un gato. El velo de su cara se descorrió y de nuevo fue consciente del canturrear de los gorriones, del perfume de la luz del sol, y del coronel Anareta que se encontraba junto a ella.

—Sólo cinco minutos de su tiempo —decía Anareta.

Assia miró a las mariposas que revoloteaban en el aire. Podían oír el silencioso viento de iones. Ella sentía que la presión del aire cambiaba en el vacío de su estómago. Pero su ansiedad se debía a algo más que el clima. Aquel rostro en su visión era un símbolo de su temor. Parecía completo, como una conclusión. La imagen gravitó en su mente mientras atravesaba el enlace.

Anareta, con la boca abierta, contempló cómo Assia desaparecía. Se acercó al enlace y tocó el arco de metal azul, sintiendo su frío magnetismo. Observó los olivos retorcidos y los robles azules con una expresión de angustia y dijo en voz alta:

—Mutra, ¿dónde estoy?

[Estás inmerso en un río que fluye hacia el cielo. Es un río de electrones... una corriente succionada de la tierra por las capas superiores de la atmósfera.

Sí, tu cabeza tiene un voltaje diferente a tus pies.

A un centenar de kilómetros por encima tuyo hay un océano de iones. Es la zona de acción entre la atmósfera y el enjambre de energía que es el espacio. En este océano viven seres eléctricos. Cabalgan las corrientes cruzadas. Se nutren de la marea solar. Oyen las estrellas y se conocen mutuamente sin palabras.

Los humanos pueden modular el flujo de iones en sus cuerpos. Algunos incluso pueden nutrirse de este flujo y dirigirlo fuera de sus cuerpos. Pero es una tarea peligrosa. ¿Has oído hablar de la Combustión Humana Espontánea? La diferencia de potencial entre la tierra y la ionosfera es de cien mil millones de voltios.

A veces el flujo de iones se revierte. A cada segundo, se producen cien descargas en algún lugar de la atmósfera. Más insidiosos con los «vientos malignos»... el siroco, el mistral, el kona, el oscuro: grandes olas de iones positivos que caen de la ionosfera y cubren geografías enteras. Estos iones se crean a medida que el viento solar y los rayos cósmicos separan los electrones de las moléculas de aire al borde del espacio. Así, el sol y las estrellas absorben los electrones de la Tierra.

El flujo eléctrico del cuerpo humano es delicado. Cuando se perturba, la gente siente como si su carne no fuera propia.

Hechos: la vida es eléctrica. La vida es luz.

La luz es intemporal. No cambia mientras se mueve a través del espacio. Cuando alcanza una partícula de polvo o gas, es irrevocablemente alterada. Pero el universo es un noventa por ciento de vacío. La mayor parte de la luz vagabundeará eternamente.]

Jac subió una pendiente en espiral salpicada de musgo rojo y entró en la sala abovedada en lo alto de la casa. Desde allí, la azul delgadez del espacio, las nubes de hielo y las montañas como una destilación púrpura del cielo podían ser anuladas desde el techo de la bóveda y reemplazadas por las estrellas y la Inmensidad: planetas y nubes de gases giraban cada vez más cerca como caras desde el fondo de un sueño. En cambio, sus manos se detuvieron sobre una consola de control en la pared. Tras un momento de duda, sus dedos recordaron, teclearon un código y apareció un arco-enlace. Se dirigía a Ausbok porque los eo habían irrumpido en la música pleroma de sus sueños unos minutos antes, requiriendo su presencia. Recordó que los eo eran como mánticos, y eso le asustó, pues toda su pesadilla había comenzado con los mánticos.

[Jac, el secreto del destino humano es éste: como la cebolla, no tenemos raíz, ni corazón separado, ni Yo. Interminables capas de sentimientos, sensaciones e ideas se han aunado para formarte. Sólo hay un momento, y es infinitamente largo. Todo su centro no es nada... la nada que lo conecta todo, la última realidad y el origen. Las palabras revelan nuestra dependencia del vacío. ¿Cómo podemos conocer ninguna palabra excepto por la nada que la alberga... el blanco de la página, el silencio en torno a una voz?]

Jac tecleó una consola-seh que evocó música pleroma para apagar la Voz. Una paleta de olfacs surgió de un hueco en la pared, y Jac seleccionó ORPH, un estado de ánimo que siempre la silenciaba. Se llevó la tableta verde a la cara, pero antes de olería, escuchó en su interior.

[Aristóteles dice: «Conocer el fin de una cosa es conocer su porqué.» Lo mismo pasa con tu vida. La semilla fue plantada en las estrellas, brotó en la Tierra, ¿pero crees que termina aquí? No te quedes atrapado en este callejón sin salida. Ve desde lo que es a lo que nunca fue. Renuncia a tus palabras.]

Jac esparció el olfact químico y lo envolvió una tranquilidad de percepción. Había olvidado por qué estaba aquí, pero un enlace brillaba ante él, y lo atravesó.

En ese momento, en lo alto de una formárbol repleta de enredaderas, Sumner y Deriva se apoyaban contra una barandilla. Observaban a los órix pastar en la llanura del río de abajo, el sol reflejado en sus cuernos. En la otra orilla había acampada una brigada Massebôth. Su bandera verde ondeaba con la brisa del río.

Me asustan, Cara de Loto, pensó Deriva, recordando el strohlplano chirriando sobre Miramol, los soldados tendiendo a los né en los maderos y rompiendo sus huesos con clavos. Su sangre bulló.

—Los hizo Rubeus —dijo Sumner en voz baja—. Eso tiene sentido. Los Massebôth están medio vivos, apartados de la humanidad por su falta de amor a los distors. Pertenecen al señor-ort.

Rubeus está loco, repuso el né. Hablaba como un lurte.

—No te engañes —dijo Sumner—. Quería que le golpeará. Simplemente accedí.

¿Por qué? Podría haberte matado.

—Tal como me siento ahora, habría sido lo mejor. Soy un caparazón vacío. Sin el voor, no sé por qué estoy aquí. Encontrarte ha sido mi única fortuna.

No puedo reemplazar a Corby. Pero seré un buen amigo tuyo, Cara de Loto.

La terraza en la que se encontraban brillaba por el orden: plantas opalinas resplandecientes en pisos circulares, enredaderas enlazadas en el aire unas con otras, y una secuencia de esculturas irisadas sombreaba la hiedra blanca que escondía el enlace por el que habían salido un minuto antes.

Cara de Loto. Deriva tocó a Sumner en el hombro, y éste miró la cara redonda y de suaves rasgos. Me equivoqué con Colmillo Ardiente. Sus ojillos chispearon de humedad. Su furia le volvió impetuoso. Hiciste lo mejor para vencer a Nefandi.

La cara de Sumner dibujó una sonrisa. Se rebuscó en el bolsillo y sacó un mango dorado salpicado con diminutas teclas de control plateadas. El mando capturó la luz del sol y devolvió una sonrisa de colores.

—Vamos a volar.

Deriva cogió el seh, y su mente captó la simpleza de la lógica de la máquina. En un momento comprendió la herramienta y se dispuso a enseñar a Sumner a volar. Los movimientos con los dedos, al principio, eran difíciles, y Sumner pasó algún tiempo rebotando por la terraza antes de atreverse a saltar. Una hora después caminaba por el cielo, se sentaba en mitad del aire y aterrizaba con poética tranquilidad.

Un latido apagado anunció un enlace. Deriva sintió una serena presencia femenina, y una mujer alta con la piel de color de cinabrio apareció ante su vista. Sumner la reconoció de inmediato gracias a su caza de sombras.

—Assia —dijo familiarmente, mientras descendían de su vuelo.

Ella se detuvo, sorprendida al reconocer el rostro que había experimentado en su visión unos momentos antes.

Deriva tocó la mano de Sumner y se acercó a la mujer. Cuando el né la tocó, su contacto fue ardiente, alto y dorado. Los resquicios de la mente de Assia se sorprendieron en la luz encantada, y el conocimiento la infundió, llenándola con todos los recuerdos de Sumner y Deriva.

—¿Me viste en CÍRCULO? —preguntó en Esper, y Sumner la comprendió a través de su seh.

—Corby era fuerte —afirmó. Una oscuridad móvil esparció su oscuridad a través de él mientras sus recuerdos y su kha pasaban a esta mujer gracias a Deriva.

—Tanto dolor... —La voz de Assia parecía desamparada, y los contornos de su cara se ensombrecieron.

Soltó sus manos y se apoyó contra la baranda para concentrarse. Cuando alzó la mirada, todo lo bueno apareció en su rostro—. Los dos habéis recorrido un largo camino —dijo con una sonrisa triste—. Pero siento que la distancia mayor está aún por delante. No sabía que Rubeus ha desconectado la Línea. Eso significa que somos las únicas personas en Grial aparte de los Masebôth. Todos los mentedioses han desaparecido. — El calor seco de su boca aumentó, y se detuvo.

—¿Qué hay de los eo? —preguntó Sumner.

Una gota de sudor brilló en el labio superior de la mujer.

—No hay ningún eo. No son personas. Son engramas... los modelos de psinergía de todos los antiguos mánticos de CÍRCULO. A veces animan a los orts, pero sólo son sistemas de memoria. No tienen una forma.

¿Pertenece a Rubeus?

—No. Son personalidades en chips de cristal. Los mánticos desaparecieron hace siglos, se marcharon de aquí en la Línea. Dejaron sus psin-moldes tras ellos para hacer trabajos mentales menores para los ocupantes de Grial. En momentos como éste actúan como consciencia. Los eo sólo son fantasmas.

El enlace latió dos veces, y aparecieron dos figuras de la partición de hiedra blanca. Una era Jac; la otra, un ort sin-cara, un humanoide con un óvalo facial azul espejo. El rostro de Jac tenía la misma profundidad que en su juventud: pómulos fluviales, mandíbula fina, nariz aguilena, aletas separadas, el cuello salpicado de cicatrices de quemaduras. Assia dio las gracias al ort y lo envió de regreso a través del enlace.

—Me perdí —dijo suavemente Jac en Esper—. Desde anoche, lo olvido todo. —Miró a Sumner y Deriva—. ¿Os conozco?

Una sensación hechizante se apoderó de Jac. Sumner le parecía elemental, bronceado

y secreto.

—Lo que sientes es nuestro espíritu compartido, Jac —dijo Sumner. Los arcos salinos bajo sus ojos y las quemaduras del sol en su nariz embrutecían el aspecto de Sumner, pero Jac vio que aquel hombre tenía una amabilidad, una sombra en el color de los ojos suave como un principio—. Soy Sumner Kagan. Soy el ente-miedo del Delph. ¿Comprendes?

—Sí, por supuesto. —La voz de Jac era débil. Ahora recordaba a Sumner como el hombre que Rubeus le había revelado. [La rueda de la ley, rodando.] Tembló cuando un efluvio de miedo se albergó en su pecho.

—¿Voz? —preguntó Assia.

—Sí. —La mirada entre ellos era una nube de intimidad y miedo compartido—. Todo vuelve a suceder. Han pasado mil doscientos años, pero para mí el principio fue ayer, una noche de la mente.

—No, Jac, ahora está acabando —le tranquilizó Assia, acariciando su nuca—. Rubeus ha levantado filtros en el cielo. La linergia no puede tocarte. La Voz es sólo telepatía residual. Pronto pasará. Te estás convirtiendo en el ser que siempre fuiste.

Deriva oyó la profunda compasión en su voz y supo que la mujer era alegre y sana. Pero el hombre, Jac, carecía de sustancia, estaba asustado. A través de los flujos de su sangre, el né sintió la Voz, el latido de la presencia del Delph dentro de Jac, y dio un paso atrás.

—Sé quién eres —dijo Jac, mirando a la cara de Sumner como si lo hiciera a una llama—. Recuerdo la visión de miedo cuando entré en la cualidad de mentedios. Tenía miedo de los Otros, los seres que procedían de lugares alienígenas, Pero me equivoqué con ellos. Eran seres creativos, amables... —Abrió y cerró las manos, tenso de represión—. Recuerdo tan poco. Pero sé esto. Mis enemigos no vienen de ahí fuera. Vienen de mi interior. Rubeus es peligroso. ¿Y tú?

Una sonrisa oblicua cruzó la cara de Sumner.

—No siempre.

—Rubeus vino a mí anoche —dijo Jac—. Había olvidado quién era. Quiere que vaya a una vaina de sueño...

—La Crisálida —terminó Assia—. Sé lo que es. Los eo la han monitorizado desde que el Delph la creó hace un siglo.

—¿Los eo no son fantasmas? —preguntó Sumner.

—Fantasmas inteligentes. Son mentes sin cuerpos humanos, pero son lo suficientemente conscientes para ser una amenaza para Rubeus.

Antes, los llamaste «consciencia».

Assia asintió.

—Lo son. Tienen sensibilidad humana. Fueron personas una vez, y quieren que la Tierra sea buena para la humanidad. Su único problema es que son demasiado humanos. Aquí existen sistemas de armas que podrían destruir a Oxact y liberar al mundo del dominio de Rubeus, pero los eo no actuarán hasta que no se les provoque. Y entonces será demasiado tarde. Rubeus es poderoso.

¿Crees que el señor-ort atacará a los eo?

—Cuando Jac esté recluido a salvo en Crisálida, no habrá nada que impida que Rubeus ataque Ausbok.

Jac se sobresaltó.

—Pareces muy segura.

—No hay duda, Jac —dijo Assia—. Rubeus fue creado por un dios. Está convencido de su soberanía. Somos el enemigo.

Una serpiente de viento se enroscó entre las plantas aéreas, y todos miraron a las tropas de soldados Masebôth al otro lado del río. Jac contempló a Sumner, sintiendo conexión, compasión por este ser que había creado su miedo. Los reflejos

ondearon en los ojos claros de Sumner y la sal bordeó sus labios como una tela de araña. Sus anchos hombros y la fuerza de su espalda se recortaban claramente en el oscuro sudor de su camisa azul.

Assia escrutó el río. Recordó la inocente confusión de Anareta, y sus sospechas se reforzaron hasta convertirse en convicción. Rubeus esperaba utilizar a estos humanos como escudo viviente, sabiendo que los eo no atacarían al señor-ort si estaba en juego la vida de gente. El temor de Assia tamborileó en su interior.

El né parpadeaba bajo la inquebrantable luz del sol, mirando a los soldados, pero su mente era consciente del temposueño que se abría en la mente de Jac. Deriva se acercó más, dispuesto a ver en la mente del hombre. Sorprendentemente, era un ser de mente simple, los zafiros de sus pensamientos eran lúcidos, limpios de ambiciones. Acercándose más, Deriva tocó un recuerdo que explicaba mucho de la vida de Jac. Nevé. El né vio sus ojos, ambarinos y brillantes, el paso de la pubertad en las flexibles líneas de su cuerpo, y el negro fulgor de su cabello. La soledad temblaba alrededor de Jac en este punto, y Deriva vio la expresión de la cara de Nevé aquella calurosa mañana de verano cuando su marido le habló de su tumor cerebral. Aquella expresión había iniciado un miedo especial en la vida de este hombre. Ella le amaba.

Un duro sentimiento de pesar empujó al vidente de regreso a sus propios sentidos. Assia daba la espalda al brillante río que formaba un prisma en la bruma.

—Lo que pasa está claro —dijo, la voz casi enmudecida por sus sentimientos—. Ésta es una guerra antigua, vieja como la vida. Es la batalla entre la historia y la creatividad, la reacción y la consciencia. Rubeus es una máquina, una mente sin alma. Lleva cientos de años manipulando los hechos, consolidando su poder. Busca la dominación.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Jac.

Deriva tocó el codo de Sumner y señaló a un pájaro quezal de ojos helados que les observaba desde el extremo de la terraza. Sentía el vacío de los ojos mecánicos del pájaro y sabía que era un ort. Todo lo que hacemos queda registrado.

—Rubeus no es un profundo —les dijo Assia fervientemente—. No puede seguir nuestra simbovida, la psinergia que extraemos de nuestro yo más profundo.

Deriva, como vidente, comprendió, pero la larga elipsis en los ojos de Sumner hizo que Assia explicase:

—La simbovida significa usar nuestra consciencia, ver el mundo y todo lo que nos sucede en él con símbolos, como significado. Viviendo de esa forma, la psinergia fluye hacia el mundo en vez de caer simplemente hacia adentro con nuestras sensaciones y hacernos reaccionar. Nuestro yo profundo, la UniMente, puede resolver este problema con Rubeus si activamos esa parte de nosotros a través de nuestra consciencia. A esto se refería Quebrantahuesos, Sumner, cuando te decía que el autoscan no era suficiente. No podemos hacer solamente que el mundo entre en nosotros y nos equilibre. También tenemos que entrar en el mundo.

La cara de Jac mostró su aturdimiento.

—¿Cómo?

—Todos sentimos un lazo psíquico aquí —dijo Assia, bajando la voz—. Por eso los eo nos han reunido. Somos los únicos humanos conscientes de lo que sucede. Sabemos que no podemos dejar que Rubeus nos domine. Pero no podemos combatirle con estrategia. Rubeus es un maestro estratega. Así fue designado. Nunca seremos más listos que él. Sin embargo, porque tiene un designio, se atrapará a sí mismo. Lo sé. Pero tenemos que evitar reaccionar ante él... o nos atrapará.

Una portentosa sensación se elevó en Jac. Destellaron voces frenéticas como agua en el fondo de su mente. En su excitación por lo que Assia decía, su mente se había abierto a Iz, la matriz del tiempo. Semi-inconscientemente, se abrió paso entre los sonidos susurrados hasta que encontró lo que era familiar, noumenal y tranquilizador: Voz. [La revelación está en todas las cosas.]

Una brisa de aire frío ululó entre las plantas y latió el enlace. Detrás de la pantalla de hiedra blanca apareció un ort de cara simple. Por el brillo sabio de sus ojos, observaron que estaba animado por una fuerza más inteligente que su forma.

—Materia Madre Murmullo —dijo en el saludo tradicional eo. La cara artificial capturó un rayo de sol y brilló con la luz opaca y dorada de una concha. El ort contempló a Sumner, sus ropas amarillas agitándose al viento—. Los eo son conscientes de ti, eth. Sabemos que estás metaordenado y te ayudaremos contra el señor-ort cuando llegue el momento adecuado. Pero primero debes esperar. El Ahora es siempre más que la medida. Es el Hecho en sí. Debemos dejar que el momento se cumpla a sí mismo.

La mirada de Sumner osciló entre el ort y las filas de soldados Masebôth al otro lado del río.

—Esos que están ahí son las tropas de asalto Masebôth, los incursores del infierno, eo. Tienen strohlplanos y artillería pesada. Podrían arrasarse este bosque en que vivís en cuestión de minutos. ¿No es amenaza suficiente? —Miró al eo, y el ort le devolvió la mirada, impasible.

—Soy un hombre de acción —dijo Sumner, con un resquicio de furia en la voz—. Quiero actuar, no esperar. —Miró a Assia y luego al ort—. Rubeus mató a mi hijo. Proporciona poder a los Masebôth que oprimen un mundo por mantener unas cuantas ciudades moribundas. ¿Habéis visto alguna vez un pozo dorga? ¿O el interior de un procesador de esquisto donde el aire es tan tóxico que sólo pueden trabajar allí los tarjetas marrones terminales?

Jac le observaba junto a Assia. Era un testigo triste, fascinado por lo que veía de la vida animal de la historia.

—Kagan. —Empezó a decir el eo, su voz suave como los abetos.

—Lo sé —interrumpió Sumner, la separación gatuna entre sus ojos ensombrecida por la intensidad—. El universo no tiene esquinas. Cualquier momento es tan pleno como cualquier otro. —La risa se atropello en su garganta y surgió sin sonido—. Todo es nada. Si queréis ayudarme, usad el poder que tenéis ahora para matar a Rubeus.

—La muerte no es la respuesta a la vida —replicó el eo—. A menos que Rubeus actúe directamente contra la vida, no podemos movernos contra él.

La cabeza de Sumner golpeó su pecho como una tabla.

—Si fueras un ser humano, eo, comprenderías lo que es la libertad. No necesitamos directores como Rubeus, los Masebôth o el Delph. Dices que soy el eth. Bien, utilízame entonces. Estoy preparado para destruir.

—No comprendes —dijo el eo sin alterarse—. Estás perdido en tus sentimientos. Cada uno de nosotros está metaordenado en un sentido o en otro. Los antepasados de Assia lo llamaban karma, las pautas inexplicables que forman nuestras vidas. El tiempo es lo que hace inefable esa pauta, pero originalmente, cuando la gente vivía más cerca del momento, la palabra karma significaba hacer. ¿Quieres de verdad ser el paladín de la muerte? ¿Es eso lo que quieres hacer? No. Eres una forma de vida preciosa, un humano. Lo que necesitas, Sumner, es aprender amor.

—¿Amor? —La mirada de Sumner se atascó en su cabeza—. He reducido mis emociones hasta el hueso para conquistarme a mí mismo. He acumulado mi ansia sexual en mi espina dorsal para que mis ojos pudieran sentir. He elegido el flujo sobre la forma, siempre. Amo la vida.

—¿Pero es tu vida amor?

La cara de Sumner irradiaba una calma extraña, animalesca.

—¿Por qué hacer nada? ¿Por qué no esperar? Mamá es fauces, ¿no?

—No. —La cara del ort estuvo a punto de ensombrecerse en una mueca—. Los eo creemos que la Madre es el intermedio entre nuestros principios orgánicos y nuestra expresión creativa. Por eso nos saludamos: Materia Madre Murmullo. La vida, Kagan, es amor. Sí, tenemos armas que destruirían completamente a Rubeus. Pero sin un espíritu

que las gué sólo son ficciones de la ciencia. Ese espíritu es la compasión y el amor. Si Rubeus no tiene ese espíritu, el universo le destruirá.

—No estés tan seguro. —Algo parecido a la luz de las estrellas remitió en los ojos de Sumner, y se volvió hacia Jac—. ¿Qué quieres que haga?

Jac se envaró.

—Soy un hombre del siglo veintiuno, Kagan. Estamos en el siglo treinta y tres. No sé nada.

—A un amigo mío le encantan los kro —dijo Sumner en voz baja, pensando en el Jefe Anareta—. Una vez le sentí pensar que en tu tiempo la humanidad reconocía el valor del individuo. Lo llamó auto-anarquía. Lo que piensas significa mucho para mí.

—Confío en Assia y los eo. Tú y yo hemos sentido el vidamor de la UniMente y le hemos visto cambiar la realidad. Pero no fuimos nosotros. Fueron el Delph y Corby. Fuimos simplemente huéspedes. Accidentes. Pero vimos el vidamor. Creo que ahora tenemos que confiar en ese poder como individuos. No sé lo que significa eso exactamente para ti, pero los eo son buenos.

—¿Qué bien han hecho por los distors? ¿O los voors?

—¿Qué podemos hacer? —replicó el eo—. No somos humanos. Sólo somos recuerdos de conocimiento. Eso tienen que hacerlo las personas. —El eo se dirigió a Assia—. Hermana, como puedes ver, han llegado los Masebôth. Rubeus nunca nos ha permitido ninguna forma ort de aspecto humano. ¿Nos ayudarás a comunicar con ellos? Uno de ellos, su portavoz, ha estado preguntándote. Y Jac... te invito a quedarte con nosotros. Estarás más seguro.

Assia se acercó a Sumner.

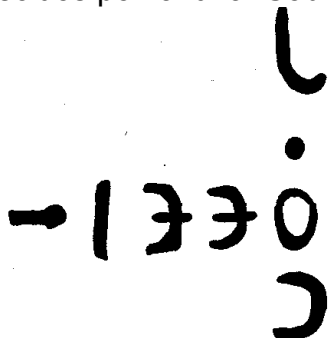
—Los eo tienen razón, Sumner. Ahora tenemos que esperar. Pero Rubeus se atrapará a sí mismo. Soy una mujer vieja, muy vieja. Mucho más que Rubeus. Mi experiencia es profunda. Ya lo verás.

Ella, el eo y Jac se dieron la vuelta y tras entrar en el enlace se perdieron de vista. Deriva tocó la mano de Sumner, y una sensación balsámica lo calmó. Sacó el seh y miró la cara redonda del né. —Vamos a volar.

Se internaron en el cielo de la tarde hacia las nubes azules que se arremolinaban en el horizonte, intrincadas como trinos de pájaros. Los oídos de Sumner restallaban, y el aire se volvía más frío y brillante a medida que ascendían. Remontaron la serpiente marrón del río y pasaron sobre montañas donde se enroscaba la niebla y los brillantes glaciares resonaban con la luz del sol.

Al final del largo día descendieron en Reynii, una ciudad abandonada de espirales de cristal y jardines colgantes. Aterrizaron en un prado de alta hierba y contemplaron cómo los rojos halos de la luz del sol abandonaban las torres vacías. Fríos mundos titilaban en el horizonte: Llyr, cubierto de rocío, y la esquirra de hierro de Macheoe, moteada con el aura del sol.

Frente al bulevar y un parque de árboles oscuros había una iglesia entre dos olmos ensombrecidos por la luna. Sobre las puertas, en né-futhorc, aparecía tallado:



Todas las esculturas proceden de un mismo barro, tradujo Deriva. A través de la puerta

vieron estatuas de todos los demiurgos y dioses innombrables del mundo contemplándoles desde sus enclaves iluminados. La cerrada soledad del templo fuliginoso les invitó a entrar.

Has cambiado, pensó Deriva, pero no lo bastante alto como para que Sumner le oyera sin su sentido voor. El kha dorado de Cara de Loto era más débil, y sin la máscara negra de sus quemaduras faciales, parecía humano y vulnerable. Cuando el vidente le miró a los ojos, ya no sintió el sopor de las profundidades voor. La mente de este hombre era superficial como la de cualquier simple tribeño. La tristeza sacudió el alma del né.

—¿Qué buscas en mi cara? —preguntó Sumner. Estaba cansado y emocionalmente roto. Desde la muerte de Quebrantahuesos, su auto-horror había ido en aumento, y quería tiempo para encontrar en sí mismo algo que le gustara.

Veo en ti, Cara de Loto. Las lágrimas chispearon en los ojos del né. Sin el magnar estoy tan vacío como tú. Todo lo que me gustaba de mí era tribal. Pero aquí estamos. Solos. El vidente se dirigió a la oscuridad y al olor de los dioses. Estoy cansado.

Deriva vagabundó entre los pequeños altares y columnas de adoración para conceder a Sumner un momento de intimidad. Estaba cansado tras un día completo de uno-con, y en cuestión de minutos se acurrucó en un rincón y se quedó dormido.

Sumner se sentó en las sombras. El dolor de su soledad se desató a su alrededor: todo lo que había hecho siempre era un sueño. Tengo mi vida, pensó. Vivo. Pero eso no era cierto. No era el mismo ser que había conocido el vidamor en Miramol y la UniMente en el desierto. Sin su sentido voor, sus recuerdos de Quebrantahuesos y los Serbota estaban cojos. Todo lo que había hecho entonces era un sueño.

La sangre llamaba a la sangre: verdaderamente somos.

Incluso las cosas sombrías que los voors le habían hecho se habían vuelto lúcidas con el tiempo: el intento de lusk de Jeanlu le había llevado a los Rangers, y el lusk de Corby le había conducido a los Serbota. Los voors habían sido su fuerza secreta la mayor parte de su vida. En el fondo de sus huesos sabía que eran Rubeus y los Masebôth los que habían convertido su realidad en algo errabundo e indigno de confianza.

Las manos le colgaban flácidas sobre el regazo, la cabeza echada hacia atrás, apoyada en la dura madera. Se quedó sentado como si toda su vida se hubiera hundido. Las sombras encapuchaban sus ojos, y su respiración se redujo. En autoscan, se convirtió en templo: sonidos ahogados de pasos y campanillas de cristal, brumosos olores de incienso y un aire calmo, casi inmóvil, salpicado de humedad...

Su cuerpo durmió mientras su mente lo observaba todo. Sentimientos demasiado grandes para el recuerdo cambiaron su enorme peso, y la oscuridad de las sombras empezó a endurecerse. Tan despacio que tardaron toda la noche, los ojos de Sumner se llenaron de lágrimas.

Un ala de luz azulgrisácea se alzaba como una presencia entre las sombras desnudas del recodo cuando Sumner se despertó. Su pena había desaparecido con el sueño, dejándole tranquilo y vacío. El frío calor del amanecer se esparció por los bancos con la fragancia de la pimienta.

Se dispuso a desperezarse... pero su cuerpo estaba inerte, inmovilizado igual que en presencia de Rubeus. Sus piernas eran formas aturcidas y sus manos ya no eran suyas. Extrañamente, sus manos empezaron a retorcerse y su muñeca giró. Incluso su respiración se agitaba bajo otra voluntad. Muy cerca, oyó a su corazón quejarse.

La confusión se apoderó de él cuando su cuerpo se retorció para ponerse en pie. Se movía como poseído por un voor, pero no había ningún sentido voor, ni ruido-lz, ni sensibilidad voor... sólo la inmensa compulsión de moverse. Entonces lo vio: un cuchillo con el mango de cuero, su negra hoja reluciente, larga y curvada, clavada en la madera negra de la alcoba. Su brazo derecho levitó, y sus dedos se abrieron para agarrar el mango de cuero.

Con la mente dándole vueltas, Sumner contempló indefenso cómo su mano desclavaba el cuchillo de la pared y giraba la hoja hacia adentro. Un frío espacio en blanco en su vientre se ensanchó, y en su garganta chasqueó el terror. Mientras el cuchillo se dirigía hacia su pecho, el horror explotó para convertirse en voluntad, y se retorció de cintura para arriba. El filo del cuchillo rebanó la parte superior de su túnica y manchó de sangre su mano armada.

Retorciéndose, miró más allá de los contornos de la alcoba, donde se encontraba tendida una figura entre las sombras veteadas de rayos de sol. Era Deriva, inconsciente o muerto. Sobre él, a la luz caliginosa, un distort le observaba con la mirada abstracta de una iguana. Su cara era delgada, bronceada y rota. Su mano derecha se alzó, y también la mano derecha de Sumner. Los ojos del distort chispearon. Sobre los pelos de araña de sus cejas, dos placas de su cráneo capturaron la luz del sol y destellaron como cuernos. Su mano derecha golpeó su pecho.

La furia se retorció en el brazo de Sumner, y el cuchillo se dirigió hacia él. Una vez más, la energía del pánico le hizo moverse hacia atrás, y salió del rincón y chocó contra una bandeja con figuras de ceniza. La hoja le alcanzó en el hombro, y el dolor le traspasó. El distort permaneció cerca, sus ojos musicales, su cara arrugada tensa por la voluntad. Retiró la mano derecha de su hombro y se la pasó con fuerza por la garganta.

La mano de Sumner extrajo el cuchillo de su hombro, y el dolor brilló como la luz. Con su brillo tembló su miedo, y el espacio se apartó de él, desdoblándose en las distancias de su cuerpo. Hizo falta todo el poder de su autoscan, todo su conocimiento interno, para que se detuvieran las ruedas de pensamiento que rebullían en su interior.

Dé repente, dejó de temer, sentir dolor o pensar. La hoja que lamía su garganta se retiró.

La cara del distort pareció reformarse. Dio un paso atrás y su mano izquierda corrió hacia un bolsillo de su cadera.

La mano con la que Sumner aferraba el cuchillo se retorció, y la hoja siseó al atravesar el aire. Alcanzó el brazo del distort y le arrancó el seh que éste trataba de buscar. Con la velocidad de un lagarto, el hombre se arrancó el cuchillo del brazo y se abalanzó hacia el lugar donde había caído el seh.

Casi con indiferencia, Sumner rodó sobre su costado y, con un brazo, agarró la bandeja de hierro de las cenizas esparcidas. El distort se detuvo en seco cuando la bandeja ornada aplastó el seh.

El distort se dio la vuelta, alzando el cuchillo. Sumner, de pie, se acercaba con calma, moviéndose entre él y Deriva: no había furia ni duda en el azul pacífico de sus ojos.

El distort hizo una finta con la hoja y se abalanzó hacia las sombras. Corrió entre los altares y las columnas pobladas de demonios, derribando ídolos e incensarios para cortar el paso a Sumner y golpeando su cuchillo contra las tallas de cristal y dioses metálicos.

—¡Apártate de mí, eth! —gritó, la voz eléctrica de orden—. No sabes quién eres. —Sus ojos brillaban de urgencia—. Eres menos a cada paso. —Se dio media vuelta y agitó su brazo herido hipnóticamente, mientras caminaba despacio hacia atrás—. No eres nada, nada...

Las palabras del distort resonaron por el templo con fuerza, pero Sumner no estaba escuchando. Pasó junto al altar de Paseq, midiendo la distancia a la salida, detectando las formas de escape que el hombre buscaba para sí. Dejó que el distort se internara entre los pilares, planeando derribar las filas de bancos y atraparlo en la puerta. Pero se movió más rápido de lo que Sumner pensaba podía hacer un humano. Se abrió paso entre las lanzas azules de la luz del amanecer y salió corriendo por la puerta antes de que Sumner pudiera acercarse.

El aturdimiento detuvo a Sumner. Sin pensar, pero inconsciente, sacó su seh, y sus dedos fríos se movieron sobre su superficie metálica, reagrupando las hileras de luces. Con el brazo herido, arrancó un grueso ídolo en forma de dragón de su nicho y embistió el

mango de madera del seh contra sus fauces abiertas. El dios de hierro surcó el aire con la potencia del seh. Las pisadas del distort se debilitaron cada vez más. Sumner dispuso el impulso del seh al máximo, pulsó la detención y lanzó al dragón en dirección al eco del asesino.

La pared del templo estalló hacia afuera, y en el vestíbulo de entrada otra explosión tronó cerca. Sumner se abrió paso sobre un pilar y vio la metálica luz de la mañana en la que el dragón volador había encontrado su blanco. Las piernas del distort colgaban sobre el tronco hendido de un árbol. El ídolo estaba embebido en un pequeño cráter manchado de sangre.

Sumner se frotó la oreja. Un silbido resonaba en su cabeza. Mientras se adelantaba para comprobar si el seh seguía intacto, el silbido se convirtió en un agudo chirrido. Vio que los otros al pie de la colina no lo oían. El chirrido se convirtió en una aguja clavada entre sus ojos, que taladró su cráneo. Cayó de rodillas, agarrándose la cabeza, y rugió. La resonante agonía se le clavó en los dientes, redujo su visión a fragmentos y le derribó bajo su grito.

[Nos vemos a nosotros mismos sólo como lo que vemos.]

Un olor punzante asaltó la nariz de Sumner y envió agujas de luz a su cerebro. El olfato le despertó, pero dejó sus sentidos danzando en una ceniza acuosa de sueño. Las palabras acudieron a él envueltas en la cálida corriente de su sangre, internándose a través de una secuencia irregular de capas...

—Despierta. Vamos.

La voz le atravesó pesadamente. Era ominosa, aunque no estaba seguro de por qué. Temerosas premoniciones atenazaron sus nervios, urgiéndole a revolverse con violencia para liberarse y echar a correr. Pero una consciencia más profunda, que acababa de enfocar, fijó esa decisión. La voz, por supuesto. La reconoció.

Lentamente, abrió los ojos y contempló la cara firme y ducal de Rubeus.

Sumner intentó dar la vuelta y levantarse, pero estaba atado, su cuerpo inmovilizado en una especie de catapulta. Las esposas mordían su carne, y esa sensación endureció sus contornos a una definición más aguda. Vio que un destello verde daba paso a una panoplia tachonada de gemas: un mándala cruciforme. A su alrededor, el techo estaba dividido en rombos de luz azul-pétalo. Las bandas de color jabón, tensas con su peso, estaban unidas a bolas de anclaje que parecían flotar en mitad del aire.

—El asesinato está penalizado con el exilio de Grial, Kagan. —La voz de Rubeus era una mueca—. El distort está muerto.

Sumner trató de liberarse, y el señor-ort alzó una gema romboidal. La luz del interior del cristal se derritió hasta adquirir un brillo reflexivo. Sumner se relajó, fijando su atención en las declinaciones de color de la gema.

—¿Dónde está Deriva? —murmuró.

—En Reynii. No te preocupes por esa rareza. Te espera más angustia que su sufrimiento. El distort que mataste no era nadie... un animal fácilmente encontrado y condicionado. Pero lo mataste. —Rubeus hablaba con severidad, pero por dentro sentía admiración. El distort no tenía que morir. Era un maestro-psi. La mente emocionalmente magullada de Sumner tendría que haber sido barro en sus manos. Palmeó la gema odyll y miró de nuevo para asegurarse de que los miembros del asesino estaban bien inmovilizados—. Cometiste una estupidez. Aquí las reglas son duras con los asesinos.

Los ojos de Sumner le miraron fríamente.

—Intentó matarme.

—No. Intentó que te mataras. —La cresta de pelo de Rubeus se alzó contra el brillo de las luces del techo. Su sonrisa era demencia!—. No hay nada en contra de eso. Visualizó tu potencial para la muerte. El asesinato no era la respuesta adecuada para con él. Podías haber matado a un montón de gente cuando lanzaste tu seh. Eso fue una locura.

—Sus ojos se estrecharon críticamente—. Estás loco. Te ves a ti mismo como algo distinto y arrojas a los que te rodean a la zanja existente entre el mundo y tú. —La panoplia de cristal se encendió en crestas y cartelas de colores entremezclados—. Ahora es el momento de que bajes al pozo y te enfrentes a lo que has arrojado en él.

Mientras el ort hablaba, Sumner se comprimió interiormente, empleando técnicas aprendidas en Dhalpur. Los músculos se doblaron sobre sí mismos y el hueso se deslizó sobre el hueso. Con un chasquido, el brazo derecho de Sumner se liberó de su argolla y cargó violentamente contra la cara de Rubeus, fallando por un centímetro.

El señor-ort dio un salto atrás con un grito de alarma, y la gema odyl giró entre sus dedos. La luz del sueño chasqueó en los ojos de Sumner y se derrumbó.

—Te has abierto paso en la vida hasta aquí, Kagan, pero no irás más lejos. —Los dedos de Rubeus temblaban mientras aseguraba la mano de Sumner. Este hombre era mucho más peligroso de lo que habían indicado las sondas—. Las leyes de Grial exigen el exilio para los asesinos. Pero como te mataría en cuanto salieras de Grial, el exilio no está permitido. Los mentedioses no permiten la ejecución. La única alternativa es el trance.

Rubeus miró por encima del hombro la cruciforma enjoyada.

—El trance sólo durará unos momentos —dijo mientras la luz se reducía—, aunque para ti pueda ser interminable.

Una luz intensa latió sobre Sumner, y éste torció la cabeza para mirar al ort. Recopiló todo el control emocional que pudo y dijo, con la violenta fuerza de la seguridad calmada:

—No puedes detenerme, ort. Soy el eth. Soy el pozo.

Rubeus aturdió rápidamente a Sumner con la gema odyl.

—¡No te tengo miedo... eth! —Se echó a reír, pero su pecho estaba helado por dentro—. No hay camino de regreso del lugar al que vas a ir.

Una tesitura de repiquetees subió hasta los límites de la audición y la cámara se convirtió en un diamante de luz verdiblanca. Un vértigo soñoliento llevó a Sumner al borde de la consciencia.

—El Delph, si estuviera aquí, tendría un par de consejos que darte. —La voz de Rubeus se fragmentó en el zumbido de los cristales—. No frotes demasiado tiempo una parte de un elefante... y no te sorprendas por un dragón de verdad.

La oscuridad estaba tensa de luz: destellos, chispas y reflejos acuosos entretejían el silencio. Una imagen surgía de aquella brillante negrura. Tocado por la nada, sordo y distante, Sumner observó la figura de un hombre brillando hasta reconocer en ella a Colmillo Ardiente.

Se alzó la oscuridad y todas las sombras se fueron con ella. En el blanco cegador, Colmillo Ardiente latió de color: vibrante pelo negro y barba, piel color café, ojos brillantes con claridad en una cara cuadrada y tranquila. Llevaba las ropas Serbota desgarradas con las que había muerto.

Al acercarse, el espacio a su alrededor, blanco con la nada, se rompió. Unas formas ensombrecieron la blancura: un árbol de copa plana apareció en mitad del aire extendiéndose, las raíces desiguales y colgantes. Cerca, flotaba un charco de agua lúcida, copos de luz solar se deslizaban sobre ella. Ante él se desdoblaron matojos retorcidos y el esqueleto de un peral.

Cuando Colmillo Ardiente le alcanzó, todo estaba completo. Se encontraban de pie en medio de una luz verdosa entre perales inclinados. En este bosquecillo, Nefandi había destrozado a Colmillo Ardiente mientras Sumner observaba. Ahora su cara estaba tan clara y límpida como el cielo. Tendió una mano nudosa hacia adelante y la abrió para mostrar una joya nido.

Sumner se sorprendió por el supremo realismo del trance. No había nada de ensoñación. Los árboles nervudos, el brillo de las telarañas y el aleteo de un pájaro cantando estaban teñidos de realidad.

Miró el amuleto, y Colmillo Ardiente lo dejó caer en la hierba. La gema brilló caliente

sobre un parche de luz. La sandalia de Colmillo Ardiente se dirigió tras ella y al aplastarla produjo un chasquido.

—Es mentira. —Sus ojos brillaban amarillos de furia—. No hay fuerza en los ídolos. No hay poder en la forma... a menos que yo esté allí.

Sumner arrancó una hoja de limón y advirtió que en el sueño iba vestido igual que en su vida consciente. Una fina luna colgaba en el cielo.

—Esto es un trance, Colmillo Ardiente. —Su voz parecía alocadamente real.

—No soy Colmillo Ardiente. —La voz era ronca—. ¿No me reconoces? He estado contigo desde el primer día del mundo. Te he hablado con muchas voces.

Colmillo Ardiente se hinchó, temblequeó y se convirtió en un enorme lagarto de mandíbula de cuchilla. Su largo hocico negro chirrió una vez y la bestia se derrumbó en su acometida, transmutándose con un destello en la columna ardiente de un fuego-deva y luego en las corrientes de plasma y llamas viscosas de la luz-lz.

—He sido todos estos seres en tu vida —susurró una voz-vacío—. Soy el Formasueños, tan cerca de ti que no soy nada. Vivo en todo lo que muere. Intocable. Innombrable. Libre. Soy. —Las luces-lz destellaron hasta convertirse en un centro de interno resplandor blanco.

Sumner se desplomó. Cuando alzó la cabeza, Colmillo Ardiente se encontraba junto a él, y los perales se asomaban a la luz mecida por el viento.

—Colmillo Ardiente es el primero —dijo el cambia-formas, ayudándole a levantarse—. Sé que para ti es duro enfrentarte a él. Traté de limpiarle un poco para que pudieras recordar más lentamente cuánto sufrió.

Sumner se sentía mareado y se tambaleó. Al ver a Colmillo Ardiente, un frenesí de recuerdos compartidos se agolpó en su mente: alegres paseos por el bosque del río y la lluvia, apareamientos con las distors en los establos de Miramol, cazando río arriba... Sus manos apretaron su cabeza en un intento por detener la cascada de sus pensamientos.

—¿Dónde crees que fue el dolor cuando dejaste de recordarlo? —Colmillo Ardiente se hallaba tendido en el suelo, su cuerpo reducido a un esqueleto roto y calcinado. Toda la pena, vergüenza y confusión que Sumner no había tenido tiempo de sentir el día de la muerte de Colmillo Ardiente regresaron. Cayó de rodillas bajo su peso.

Colmillo Ardiente era fuerte, tanto de voluntad como de cuerpo, y habían compartido muchas cosas. ¿Debería de haber intentado salvarle de Nefandi? La duda aún se arremolinaba en él. No, no, pensaba parte de sí... en ese momento no había ninguna esperanza contra la espada-campo de Nefandi. Y por eso tuvo que dejar ir a Colmillo Ardiente. Había sacrificado al hombre...

—Muy bien. —Una voz tranquilizadora habló desde el cráneo de cenizas peladas—. Ábrete a tus dudas y tus repulsas. Siéntelo todo. Es la única manera de curarse.

Sumner se quedó con Colmillo Ardiente, rememorando en sueños todas las horas que habían pasado juntos, hasta que llegó al final de sus recuerdos y al principio de sus sentimientos.

Sumner pasó horas soñando a través de los recuerdos de cada experiencia que le había formado. Con el tiempo, empezó a reducirse. La empatía lo erosionaba y los sentimientos tabú, las ansias ocultas y la gentileza negada de su alma se convirtieron en su experiencia-trance.

Abrazó a Zelda como siempre había querido hacerlo, sintiendo sus pechos suaves y sueltos contra su cara. Abrazó a su padre las veces necesarias para amarlo. Vivió una vez más la maravilla hipnótica que de niño le había hecho sacar el caballo al hielo. Al ver su pira de nuevo, se desvaneció en el profundo hechizo de sus sentimientos.

Libre de pesadillas, los días de su vida ondearon a su alrededor como harapos. Se encontraba en la zona negra del trance, sus pensamientos y sensaciones eran trazos de luz que circundaban el punto de su consciencia. No era recuerdo. Cuando más recordaba,

más se empequeñecía. Era distancia, el espacio entre lo que era ahora y lo que había sido en su concepción. ¿Y antes de eso? Se alzaron en él sentimientos transparentes, coloreados por su mente: recordó a Corby llevándole a Rigalu Fíats y mostrándole Iz. Recordó las imágenes evanescentes de animaciones pasadas: tiburón, halcón, rata-canguro. Pero también aquello había sido distancia. No distancia cubierta (o descubierta) por su ego, sino más bien la distancia de energías enormemente complejas. Apartado de su cuerpo y absorto en el nudo de su ser, sintió esas energías.

Psinergia, Kagan, la voz del Formasueños se abrió en forma de luz. ¡La psinergia es energía moldeada a lo largo de eones: la célula yantra, la visión estéreo, la coordinación de mano y ojo, atrapando el fuego, animales, pensamientos!

El trance se convirtió en la luz moteada de una escánsula. La consola plateada se curvó ante él, y sobre la pantalla cubierta aparecieron las palabras del Formasueños entre imágenes cinéticas y dibujos rotatorios: «El pensamiento es matriz.» Las letras se enlazaban como átomos, y palabras-moléculas se fundieron y desaparecieron:

«MATRIZ (kro), mater, madre, vientre.

»El pensamiento es una matriz que engendra su propia realidad. Las ideas, conceptos, sistemas de creencias que tus antepasados atraparon se han convertido en tu trampa.»

Una serie de aseveraciones apareció en la pantalla.

LOS ATRAPADOS Y LA TRAMPA SON LO MISMO.

LO QUE CREAS, TE CREA.

LO QUE TE CREA, TE DESTRUYE.

MAMÁ ES FAUCES.

MATRIZ ES MA TRIZ.

La matriz de pensamiento es auto-engaño, continuó el Formasueños. Es un sentido continuado del que cada uno de nosotros es el centro, el sentido que necesitamos de niños. Los trucos de Ma siempre funcionan. Las personas están biológicamente engañadas. El ego se sintetiza como las uñas o el pelo. Es un caparazón, una cubierta protectora, un casco vacío. Rodea el yo-sentidor y no se puede acabar con él o el ser morirá. Lo más que se puede esperar es transparencia. El ego debe de ser claro. Nunca es cuestión de voluntad, de hacer algo para mejorarte a ti mismo. Eres. De lo que hablo es de distancia. Debes ser claro para que las distancias puedan pasar a tu través.

Sumner vaciló ante la escánsula y una señal de cancelación roja parpadeó: «¡NO LO INTENTES!»

No trates de comprender, dijo el Formasueños, y una palabra se formó ante él:

TRITURAR (Kro), tritare, hacer pedazos.

Tu ego es la entraña de la consciencia. Quiere romper todo en formas más simples que sí mismo. Quiere conocer la distancia. Pero lo más cerca que puede llegar es al sentimiento, e incluso entonces sólo toca una parte de tu ser. El único secreto es que todas las cosas son secretas.

La escánsula escribió: «COMPRENDER ES UNA MENTIRA», y se desvaneció en humos rosa.

Escucha. La negrura era densa como el deseo, y sólo la voz del Formasueños mantenía concentrado a Sumner. Ser es más que pensamiento y huesos. Ser es interminable y móvil, como la luz, nunca está en un lugar el tiempo suficiente para estar en cualquier sitio. La existencia parece pequeña a través de los agujeros de un cráneo. Pero eres grande, más grande de lo que crees. ¿No puedes sentirlo? Ardes a través de todos los momentos de tu vida. Y seguirás ardiendo, porque la distancia es todo lo que hay, y acabarla no es todo.

Una voz lejana vino a él, aguda, salvaje, llena de ecos. Era un pensamiento, irrepetible. Lo repitió: Soy. Soy. Y fue...

Sumner despertó. Llevaba unos pantalones negros, botas grises y una camisa oscura

de mangas anchas. Sentía el cuerpo tranquilo y concentrado, descansado.

El sueño había terminado. El carrusel de estrellas, la forma y posición de la luna, estaban como tendrían que estar fuera del trance. Y aunque iba vestido de forma diferente y se hallaba en un lugar desconocido, estaba seguro de que se encontraba despierto.

Buscó a Rubeus. Se encontraba en un patio cerrado iluminado por los arcos iris nocturnos y el pálido fuego de la luna. Un grupo de hombres se acercaba. Soldados. Los miró como si lo hiciera desde otra vida.

—¡Tú! —llamó uno de los hombres uniformados—. ¡Alto!

Bajo los vestigios de luz de las estrellas, al principio Sumner no advirtió lo que veía. Los pensamientos eran demasiado pequeños y tensos, demasiado parecidos a huevos: vivos pero inanimados. Cuando se dio cuenta de que los soldados que se acercaban eran Masebôth, era ya demasiado tarde para correr.

—¿Dónde están tus galones, soldado? —preguntó un oficial con planta de mono. Lo flanqueaban otros seis hombres.

—Soy un ranger —replicó Sumner—. Estoy aquí a petición de los eo.

Una expresión de asombro asomó en el rostro del oficial; luego se encogió de hombros.

—Lo único que veo es que tu uniforme no tiene galones. —Se giró y ordenó por encima del hombro—: Llévalo dentro y averigüad quién es en realidad.

Los seis hombres se abalanzaron sobre Sumner inmediatamente, agarrándole para inmovilizar sus brazos. Pero él se lanzó contra uno de los soldados y pateó al otro con ambos pies. Un momento después, ya habían caído cuatro hombres. La furia de Sumner aumentó, sus manos ahora libres y rebosantes de ira. Pero mientras avanzaba, un soldado abrió un rociador de muñeca y empapó la cara de Sumner con un spray reseco y sofocador. Este retrocedió, los ojos débiles y soñolientos, brillantes de miedo.

Los Masebôth se le acercaron empuñando sus cuchillos. A través de las sacudidas de dolor, las manos de Sumner se dispararon, alcanzando a un asaltante entre los ojos y retorciendo la muñeca de otro. Pero la droga con la que le habían atacado retardaba todos sus movimientos. Con mecánica velocidad apareció una mano armada, y la hoja rasgó el aire y se hundió en el centro de su pecho.

El impacto le liberó de sus captores y le hizo retroceder con torpeza, agarrando el cuchillo con las manos. Algo parecido al cristal se rompió a un par de pulgadas por detrás de sus ojos. Mientras caía de espaldas, el regusto de la sangre se volvió pastoso en su boca. La visión se oscureció. Un puño de frío apretaba su pecho y su lengua se debatía como una cuchilla contra sus dientes.

Se desvaneció el fino borde musical de sueño. Un fuerte olor esparció luz a través de su cerebro.

—Vamos. Despierta. —La densa voz introdujo visión en sus ojos, y contempló una cúpula de luz enjoyada... una radiante cruciforma mándala. La luz azul-pétalo se concentró alrededor de las bolas de anclaje que flotaban en el aire. Las bandas color jabón estaban tensas con su peso.

Se retorció en la catapulta de trance, y la cara cincelada de Rubeus apareció en su campo de visión. El romboide de una gema odyl destellaba en su mano.

Sumner se resistió, pero la catapulta lo sostuvo con fuerza. Sus ojos estaban ebrios.

—¿Cuánto tiempo?

—¿El trance? —La cara sonriente miró la constelación de gemas de zafiro—. Unos cuarenta y dos segundos. El primer trance era una forma libre. Yo manipulé el segundo.

—Los Masebôth...

—Estás en trance desde que mataste a mi distort —confirmó Rubeus.

Los ojos de Sumner gimieron.

Rubeus le miró divertido.

—Estás empezando a percibir las dimensiones de todo., ¿no? —La luz refulgió en la gema odyl que sujetaba y la catapulta rotó hasta mantener erguido a Sumner—. Ahora nunca estarás seguro de lo que es real y lo que no, ¿verdad? —La cara de Sumner se volvió dura como la piedra—. Tal vez en los siguientes cinco minutos de tiempo real vivirás cincuenta años. —Un tic restalló en la comisura de la boca de Sumner—. Tal vez horas de tiempo real... sean toda una vida en trance.

Un grito helado arrasó a Sumner. Rubeus hizo titilar la gema odyl en su cara, y Sumner se colapso.

—Te asusta un dragón real, Kagan. —Rubeus acercó su cara a la de Sumner, los ojos llenos de alegría—. Sé valiente.

Lo inenarrable

[Todo lo que se mueve vuelve sobre sí mismo más pronto o más tarde. Lo sé mejor que ningún humano. El movimiento es una esfera: una decadencia de vectores de la curva del cosmos que se expande a las espirales de galaxias, estrellas, planetas y células... expandiéndose de nuevo a través de la blastosfera, el ojo y el cráneo.]

La luna estaba tendida sobre su espalda en el cielo diurno, y Nobu Niizeki contemplaba el aire claro a su alrededor mientras caminaba. En su mente, la luna era una alegre plegaria; todos los verdaderos amores perdidos de la tierra giraban con ella, claros como la música. Todo lo que alguna vez había intentado alzarse sobre sí mismo estaba allí: células de plantas explotando, caracolas marinas ampliando sus espirales, y la concha expandida del cráneo, tan parecido a la luna.

Nobu se detuvo bruscamente. El murmullo del mar se había reducido. Alerta, miró a su alrededor para ver que la monótona curva del mar se había convertido en un horizonte de colinas. Se encontraba en el borde de la playa, donde las conchas rotas y las sombras demoníacas de las algas secas se mezclaban con tierra oscura y largos tallos de bambú. ¡Estaba a una docena de pasos más allá del borde de su prisión en la playa!

Un temblor de loca alegría casi detuvo su corazón. Miró de nuevo a las zanjas de arena, la bajada del borde de la playa y la larga curva de la orilla golpeada por las olas que brillaba con la caricia del mar. ¡Estaba libre! Un arrebató de éxtasis casi le tiró al suelo.

Después de más de doce siglos...

Su cara se contorsionó, pero se apoyó en sus sentimientos. Tenía que asegurarse. Aunque, por supuesto, estaba seguro: conocía muy bien sus límites; había presionado contra ellos durante doce siglos, y durante todos esos siglos éstos le habían devuelto la presión, invisibles e inevitables.

Se dio la vuelta, y el verdor del mundo ante él le lastimó con su enormidad. Dio varias zancadas atrevidas hacia adelante y entonces echó a correr hacia el brillante mundo de su libertad.

[V... símbolo del descenso y el retorno: el viaje de luz desde la libertad sin identidad hasta la identidad sin libertad de cristal y su rebote a través de la vida hasta la luz de nuevo. V, el atemporal emblema mentediós encontrado incluso hace cuarenta mil años, tallado en amuletos de hueso por Cro-Magnons tempolaxos.]

Un ort-carnero siguió a Nobu mientras se internaba en las montañas, alejándose del mar. Rubeus contemplaba al hombre abrirse paso entre las cañadas, todavía con su uniforme mántico, entorpecido por la alegría. El señor-ort ansiaba el poder de sentir sus pensamientos. Desde su creación, Rubeus había reflexionado sobre el destino de Nobu.

¿Por qué había dejado el Delph a este ser vivo y consciente en un pedazo de arena durante mil doscientos años?

El ort-carnero se situó en un punto más alto mientras la loca carrera de Nobu le guiaba hacia arriba. [¿Adonde vas, hombrecito?] Pero el mántico no era telépata, y Rubeus tuvo que contentarse con observar. Y preguntarse: [¿Qué vio el Delph, en estado de mentediós, fuera del tiempo, respecto a Nobu ahora, en este momento crucial? La escena es nebulosa.]

Sin embargo continuó, atraído por lo ilógico, lo caprichoso del destino de esta criatura. Nobu, gruñendo, continuó escalando el empinado terreno, en su rostro flotaba una luz religiosa. Entonces el pensamiento atravesó a Rubeus: [¡El Delph no tenía razón!] Al contemplar a Nobu, el señor-ort sintió la gravedad de la enormidad entre su cristal-lógico y la fantasía del Delph. [La fantasía es una herida. Sólo la razón carece de fisuras.]

El ort-carnero se asomó a un recodo para contemplar a Nobu. Lo miró fantasmagóricamente, con muda animación, silencioso y lento como una planta marina.

¿Cómo sobrevivir? Nobu yacía acurrucado y tembloroso contra un recodo de granito. Estaba en un bosquecillo de pinos blancos rodeado de aguanieve; finos arroyuelos manaban de los elevados riscos, cubriendo de neblina y rocío el alto cielo de roca. Había venido aquí atraído por la luz y las nubes... pero había olvidado el frío. Destellaba en sus manos y chispeaba en sus dientes. Quiso levantarse y continuar. Tenía un mundo para él que se expandía a través del olor de cedros rojos y pinares hasta las montañas de ensueño y un cielo cubierto de nubes de todas las formas. Pero los caminos que lo podrían conducir a otros lugares estaban cubiertos de espinos y escarcha. ¿Adonde ir? Todas las direcciones le hundían más en sus necesidades.

Un carnero de ojos helados le observaba con indiferente dignidad.

¿Qué es la alegría? El frío que le sacudía era alegre. Se le había negado durante tanto tiempo... había sido sólo una mente, un fantasma sin ansias atrapado en el tiempo, sabiéndolo todo, sin sentir nada. Ni siquiera el dolor hacía bien. Sonrió ante la quemadura del viento. El temor humano era el menor sentimiento del planeta.

El carnero se sobresaltó y se perdió de vista entre las zarzas. Nobu se sentó y se dio la vuelta para que su espalda le protegiera del avance del frío. Un zumbido flotó en los músculos de su cara. Sólo la libertad es misterio. Sólo el misterio puede llenar todo el espacio de la mente. Como un borracho, empezó a llorar.

Después de que el vapor de sus sentimientos se redujera en el viento de la montaña, se quedó cansado y vigilante. La nieve fundida plateaba su suave capilla sobre las rocas.

—Niizeki —dijo una mujer que apareció junto a él. Olía a lugares boscosos y a sombra, y la oscuridad de su rostro era íntimamente familiar.

—¡Assia!

—Ha pasado mucho tiempo, Nobu —dijo ella en Esper—. Ahora eres libre. Parte de un mundo nuevo. ¿Puedes levantarte?

Nobu se incorporó tambaleándose. Tras Assia, el tiempo parecía débil entre las nubes.

—El Delph... —empezó a decir, pero ella le hizo callar.

—Te lo explicaré todo.

[Newton en 1730 en el página 374 de la cuarta edición de Opticks: «El cambio de Cuerpos en Luz y Luz en Cuerpos está muy acorde al curso de la Naturaleza, que parece deleitada con la Transformación.»]

Nobu estaba sentado en un bosquecillo de árboles negros y ondulantes. Assia y un eo se encontraban en un polígono de luz a respetuosa distancia, dándole tiempo para reflexionar sobre lo que ella le había dicho. En su mente, él aún veía la playa de su exilio y, esporádicamente, el tintineo de los delfines en el mar de la mañana.

Sacudió la cabeza hasta que su sangre zumbó. El dolor era sagrado. Hambre, Lujuria, Fatiga, e Ignorancia eran de nuevo sagradas, porque en el hechizo del Delph no las había

sentido. Pero la majestad de su humanidad se cubría de necesidades, y sufría al pensar que pronto estaría de nuevo perdido entre comidas, sueño y mujeres. Había desaparecido el conocimiento, así como la antigua sabiduría que había aprendido a ver en la pluma de una gaviota y en un grano de arena. Había desaparecido, ahogado por su cualidad física. Era carne de nuevo. Aquello era el más cruel castigo del Delph.

Deriva abrió los ojos para ver una cara oscura y sonriente.

—Soy Nobu Niizeki —dijo el hombre amablemente. Le rodeaban Assia, Jac y un eo-ort con cara de maniquí—. Te encontramos en el templo de Raynii después de que los eo nos contaran la captura de Sumner.

¿Captura? Deriva se sentó, y la oscuridad brilló en sus ojos. ¿Dónde está?

—Deberías descansar, amigo —le aconsejó Jac.

Deriva le apartó y miró a Assia. ¿Dónde está?

—Rubeus le mantiene en trance —dijo ella—. El ort está intentando romper su mente. Vamos a tratar de liberarle.

Jac ayudó al né a ponerse en pie.

—Está a un salto-enlace de distancia. El eo puede ayudarnos a entrar en la cámara-sueño de Oxact.

—Escapar, sin embargo, puede resultar imposible —añadió el eo—. El enlace de Oxact es de una sola dirección. Cuando lo atraveséis, saldréis al exterior, pero no aquí. Tendréis que pasar a través de todos los Orts de Rubeus.

—Estaréis a salvo conmigo —dijo Jac—. Rubeus me quiere vivo.

—Francamente —advirtió el eo—, es un riesgo demasiado grande. Sumner se entregó a su destino. Creo que ahora debemos confiar en el tiempo.

Yo también voy, dijo Deriva, se levantó tambaleándose, mareado. Se encontraban en lo alto del árbol-forma abierto en Ausbok, asomados a las brillantes orillas del río. ¿Qué me pasó?

—Uno de los sicarios distors de Rubeus te drogó —dijo Assia—. Aún estás aturdido, y tal vez sería mejor que esperaras.

No. Deriva sacudió el aturdimiento de su cabeza. Yo también voy. Ayudadme, por favor.

Nobu llevó a Deriva al arco del enlace, y los otros les siguieron. Al ver al distor, tan extraño y a la vez tan parecido a un ser humano, y tras notar su telepatía rebullendo mágica en su interior, Nobu se sintió afectuosamente atraído. Todo lo que Assia le había contado sobre la mente-máquina Rubeus y su dominación del mundo se concentraba aquí en el sentimiento y amistad de este mutante hacia otro humano. Nobu sintió la sangre enaltecida, y se dispuso a ayudar, fuera cual fuese el coste.

—Si tenéis que ir —dijo el eo—, entonces que todo el mundo permanezca cerca. Os he enviado directamente a la cámara de trance donde está Sumner. En cuanto lo rescatéis, regresad al enlace. Lo he preparado para que al menos os saque de Oxact. Desde allí, tendréis que usar los dos seh que tenéis, el de Assia y el de Jac, y viajar al norte hasta el próximo enlace. Eso os traerá de regreso aquí.

Assia cogió la mano de Nobu. Era extraño verle vestido con las ropas amarillas de los eo.

—Nobu... no tienes por qué venir. Ni siquiera conoces a Sumner.

—Te conozco a ti —dijo él con su habitual cortesía—. Además, Rubeus es el reverso oscuro del Delph. Ahora como hombre debo de hacer lo que pueda. —El continente de tiempo en el cual había existido libre como un dios, sin ansias y enaltecido, aún estaba a la vista. Sólo la claridad que había conocido entonces había desaparecido. La fatiga era más intensa de lo que recordaba.

Vamos, urgió Deriva. Y entraron en el enlace.

[Chandogya Upantshad se refiere al yo más interior como la Luz Interna.

Al-Ghazali enseñó que todo es una gradación de luz.

Rumi escribió: La luz forma el embrión en el vientre...

¿Por qué, si no, salimos de la oscuridad con ojos?

En los Gathas Zoroástricos la fuerza vital es llamada luz perdida.]

Encontraron a Sumner solo, atado en el vórtice de iluminación de la catapulta de trance. Arcos de metal blanco se expandían en largas curvas por interminables corredores, la luz azul trémula en los suelos pulidos como espejos.

Deriva corrió hacia Sumner e inmediatamente empezó a desatarle. Cara de Loto... ¡despierta!

Mientras le quitaban las bandas, hexaedros de luz solar circularon alrededor de la cámara y desaparecieron. Bajaron a Sumner al suelo, donde se sentó, con el rostro aturdido. Deriva le abrazó, y con toda su presencia empática lo enraizó en el aquí y ahora. Esto es real. Estás despierto. ¿Puedes sentirlo?

Sumner asintió, las sangrientas profundidades de su trance más alejadas ahora con el abrazo telepático del né que con todas sus vidas pasadas.

—Deriva —murmuró—. Gracias. —Miró a los otros: Nobu, Jac, Assia. Le miraron como una iluminación: caras en un campo de fuerza. La expresión de Nobu era un hipnotismo de fascinación, y Sumner le recordó de su caza de sombras con Corby—. ¿Dónde está Rubeus?

—No muy lejos, supongo —dijo Assia—. Tenemos que darnos prisa.

Un martillo de luz golpeó la visión, y toda la cámara de sueño se volvió brillante y cegadora. Cuando la visión regresó, Jac había desaparecido.

—¡Jac! —gritó Assia, alzando la voz.

—¿Creéis que habéis conseguido algo? —tronó Voz a través de la cámara—. ¿Cómo podría yo hacer que Jac regresase sino dejándoos entrar en mi cubil? Y ahora que tengo lo que es mío, todos sois cadáveres.

Assia empujó a Nobu hacia el enlace y ayudó a Sumner a ponerse en pie.

—Rubeus nos ha golpeado con un rayo de partículas —dijo—. Lo que nos salvó fue el campo construido en el seh. Pero el seh no puede absorber demasiada fuerza. Tenemos que salir de aquí.

—Estáis en el pozo más profundo de vuestras vidas —dijo Voz, mientras la oscuridad se cerraba alrededor—. ¿Hacia dónde podéis correr? La distancia es pensamiento... y yo tengo la mente mayor.

Un chorro de luz surgido del seh de Assia barrió la habitación, señalando el camino al enlace.

—¿Qué hay de Jac? —preguntó Sumner, detectando un movimiento a través de la oscuridad.

—No sé lo que ha pasado. Nunca he visto nada parecido. Rubeus es más fuerte de lo que pensábamos. Tenemos que...

Assia se interrumpió al ver a un grupo de orts con cara simple surgir de la oscuridad. Sumner los había sentido acercarse, y mientras les rodeaban, dio rienda suelta a la violencia. Sus manos golpearon con fuerza rostros artificiales, derribando a tres orts antes de que la luz del seh de Assia se convirtiera en un láser cortante. Arrancó la cabeza del ort que forcejeaba con Nobu y trazó un arco con el rayo caliente, devolviendo a los otros a la oscuridad.

Atravesaron corriendo el enlace y salieron a un paisaje todavía en sombras. Por detrás del pico blanco de Oxact se alzaban vastas columnas de nubes encendidas por los láseres. Más cerca, las rocas destellaban a su alrededor, brillantes como coral.

—Es una guerra —casi gritó Assia—. Esas rocas han sido golpeadas con luz de metafrecuencia. Ausbok debe de estar contraatacando.

Deriva cogió la mano de Sumner, nervuda y cálida. ¿Podemos escapar?

—Sólo tenemos un seh —dijo Assia, conteniendo el gemido en su sangre—. El otro lo llevaba Jac.

Sumner miró a Assia con atención, tratando de sentir si estaba aún en trance o no. Sentía las venas negras y apretadas, pero el ánimo que vio en el rostro de ella le sirvió de apoyo.

Nobu se les acercó.

—El cielo está en llamas —dijo, sorprendido. Sus ojos ardían con una luz poseída, y su cara era un resplandor de terror mientras seguía los rápidos estallidos de energía que salpicaban el cielo. Dentro de la hostilidad de su miedo, Nobu observaba, no participaba. Se sentía sin cuerpo, aturdido por el horror que le rodeaba.

Sumner se soltó de la mano de Deriva y subió a un montículo para ver dónde estaban. Una luna infantil se ponía en el cielo donde los arcos de láser se entrecruzaban, y la brisa ululante parecía una chimenea de sonidos: sapos, insectos y la sirena de la roca ardiendo, cada vez más cerca... Localizó un zorro con ojos de espejo; entonces el pinar chasqueó con un fulgor destellante, y una sirena sonó con fuerza.

Sumner regresó con los otros. Nobu estaba agachado, deslumbrado y febril. Assia había sacado su seh y lenta y decididamente movía los dedos sobre las luces de control. Deriva se acurrucó a su lado.

—Hay un enlace a tres kilómetros al sur de aquí. Mi seh no podrá levantarnos a todos. Vamos a tener que correr.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sumner, la voz le temblaba con las vibraciones de su pecho.

—Un ort nos disparó un rayo de partículas —dijo Assia—. El seh...

Otro estallido ensordecedor de energía blanca se formó sobre ellos.

—Aprisa —gimió ella—. Rubeus tiene armas que pueden aplastar el campo de fuerza del seh.

Sumner se colocó a Deriva sobre los hombros, y cogieron a Nobu por los brazos y echaron a correr. El pinar ardía, y a su luz trémula se abrieron camino entre los abetos hasta el lugar donde la tierra daba paso a una balsámica oscuridad. En el horizonte brillaba humo opalino como el ácido lechoso de un sueño febril. En el cielo, las estrellas caían.

Con el brillo del fuego, Assia pudo ver el trueno en la mirada de Sumner y el terror en la de Nobu. No iban a conseguirlo. Era consciente de que a todos les había llegado la hora de morir. Karma.

La oscuridad fue arrancada de la noche, y vio todo el bosque moviéndose ante ellos. Orts (millones de ellos), lo cubrían. Se movían como uno solo: hordas de ratas, lobos y panteras, con ojos de hielo y extrañamente sincronizados. Si algunos tenían disruptores de energía, el campo del seh se derrumbaría en segundos. Vaciló, pero Sumner siguió corriendo con Nobu. ¿No se daba cuenta? Gritó tras él, aunque el cielo chirriante impedía que la oyera. La oscuridad regresó mientras ella lo alcanzaba y señalaba hacia adelante. Sumner la miró salvajemente, y ella pensó que su mente ardía como su sangre. Un hacha de luz partió en dos la visión. Cuando esta regresó, Sumner la empujaba hacia adelante, señalando con la cara hacia la derecha. Entonces, en la sombra iridiscente del mundo moribundo, lo vio.

El deva (un tornado de luz rubí) explotaba a través del bosque. Un radiante arco de fuego ardía como una estrella, impidiéndoles la visión. Miraron hacia ambos lados, y cuando volvieron a mirar, la mitad del bosque había desaparecido. El deva se encontraba a sus pies, diezmando el ejército de Orts.

Assia les condujo a través de la tierra calcinada. El llano de árboles arrasados parecía estirarse ante ellos, largo como el tiempo. La tremenda inclinación del cielo se oscureció por un momento, profunda y serena como el círculo del alma. Entonces los disparos lo

inundaron todo y con un furioso chillido, el deva dejó de existir.

La muralla rota de orts, una oscuridad móvil, empezó a reagruparse. Globos de colores fantasmales se dispersaron con movimientos ventosos entre las criaturas uniéndolas en una cosa que se extendía. Un aullido escuálido se recortó contra los cuchillos del cielo.

El tiempo se abrió entonces para Assia. Estaba sola, aunque corría con todas sus fuerzas por delante de Sumner. Estaba sola en un arrebatado de terror y sentimientos encontrados. Iba a morir. Después de tantos años, el tiempo tenía una vez más su destino. ¿Por qué correr? Pero seguía deprisa, hacia el borde más salvaje del universo. Su cara era pesado mármol: sin emociones, aunque un cúmulo de sensaciones golpeaba en su interior, moldeando la ironía de su última palabra, rompiendo las cadenas de su antigua vida. ¿Vida? La palabra ya no era sagrada. Un milenio de vida adoradora en jardines de meditación y lagunas de pensamiento no contaba más que una hoja al viento. El deva estaba muerto, asesinado por Rubeus. Ciudades enteras eran destruidas. Más arriba, el llano se elevaba a un horizonte lejano donde la luz que mataba gemía su extraña música y chirriaba como un ángel extático en otra vida. ¿Qué es la vida? El eco en espiritual de un sueño.

Sumner oyó los pensamientos de Assia. El uno-con se mezclaba en su interior como los brillantes hilos de un sueño. Deriva temblaba sobre su espalda, y Nobu se apoyaba pesadamente en él, exhausto por la carrera. Sabía que si los dejaba caer, podría llegar al enlace. Vio interiormente dónde estaba: más allá de la luz difusa del campo roto, sobre una colina cubierta de granito.

El cielo se encendió en un mar arremolinado de verde icor. Superluz, sintió que pensaba Assia. Rubeus acerca la guerra.

El miedo se desnudó en su corazón, y no fue posible continuar. El mundo era un tabernáculo de fuego, y sólo era audible un aullido. Se habría detenido aquí, soltando su carga para morir de pie bajo el cielo descubierto, si no hubiera vuelto la cabeza para ver lo que tenía detrás. Los orts se reunían en el campo, sus caras diabólicas cargadas de emoción: los dientes y los ojos convertidos en lascas de cristal destellando bajo la noche que giraba.

Sumner apretó el paso, alcanzando a Assia antes de atreverse a mirar de nuevo atrás. Los orts eran una bestia. Se deslizaban acercándose de una manera que hizo que la sangre le golpeará como un martillo en la cabeza.

Assia se giró, sosteniendo el seh con las dos manos, dispuesta a disparar todo su poder contra los orts. Lanzas de energía surcaron el cielo, y sobre la ola de bestias esclavizadas aparecieron los raéis. Un millar de ellos surgió de las colinas cercanas, invisibles en la oscuridad, rugosos como lagartos, con tentáculos y relucientes bajo los esporádicos estallidos de los disparos.

La avanzada de orts se tambaleó y se rompió bajo el latigazo de los dardos envenenados que los raéis lanzaron tras ellos. Un grito salvaje aulló sobre la furia de los ecos del cielo, y aumentó su distancia sobre los orts.

La colina cubierta de rocas apareció ante ellos. El fuego humeante tino el horizonte de colores enloquecidos. Rubeus se acercaba. El suelo tembló, y tuvieron que dejar de correr para continuar en pie. Entonces una corona de humo estalló y los derribó.

El aire chisporroteó. Incluso con las caras hundidas en la tierra, su visión era un halo deslumbrante, sacudido por las llamas. Los colores se separaron, y con ruidosa lentitud, la visión regresó.

Estaban al pie de la colina. Los deslumbrantes ecos de las llamas chasqueaban sobre ellos, encendiendo el bosque arrasado con el fulgor del sol. Los raéis se habían desvanecido. Varios cadáveres translúcidos ardieron como gusanos de fuego en el campo, y luego desaparecieron bajo el renovado avance de los orts.

Sumner se puso en pie, con Deriva al lado. Ayudó a levantarse a Assia, y se volvieron

hacia Nobu que se encontraba sentado contra una roca inclinada, la cara flotando en la luminosidad apagada, enormemente serena. Sumner se agachó para levantarle, pero Nobu le apartó.

—Marchaos —dijo, señalando la colina y luego el asalto de los orts.

Assia se agachó, esperando el último momento para lanzar todo el poder del seh en una única descarga. Miró por encima del hombro y vio los puntos brillantes como estrellas en los ojos de Nobu... y supo. El hombre era UniMente.

Nobu miró en otra dirección. Los orts estaban muy cerca, una gigantesca oleada de gritos rabiosos y mandíbulas espasmódicas. Como individuos eran salvajes, estaban poseídos por el vacío y se lanzaban hacia adelante convulsivamente. Pero como conjunto eran una bestia definitiva, un hervidero de destrucción. Con maligna inteligencia, se detuvieron antes de que Assia disparara su seh. La rugiente energía disolvió a los orts en una lluvia de huesos chispeantes y entrañas restallantes. Pero otros se abalanzaron hacia adelante, resistiéndose a morir bajo el frenético ataque de los que les seguían.

Assia subió la colina en una loca carrera. Sumner estaba junto a ella, alcanzando a Deriva de una zancada, sin atreverse a mirar atrás.

Nobu contempló la oleada de orts, sonriendo atemporalmente, libre del mundo y de sí mismo. Mientras permaneció sentado, junto con Sumner y Assia, tuvo una visión de terror. Había visto a cientos de miles de personas cayendo a plomo en el silencio como un trueno. ¡Cientos de millones! Todo lo que había vivido alguna vez. El horror había anulado su mente, y por eso cuando se despertó aquí, estaba hundido en su yo más profundo. La confusa situación se había centrado en él inmediatamente: Él era la situación, unido por la visión al centro de su ser.

No había futuro, y esa realidad le dio una fuerza supranatural. El poder del cielo se sacudió en sus huesos. Su carne se tensaba con él, y mientras el poder se acumulaba, su consciencia se amplió y brilló. Oyó los pensamientos de Assia vibrando hacia atrás a través del tiempo: ¿Qué es la vida? Y él lo sabía, por supuesto, porque había estado despierto y consciente durante doce siglos, bailando en el pozo del ansia, sin ansia. Pero ese conocimiento no era nada... una hoja al viento desde el árbol-cielo de su ser. Él era el árbol: sus raíces en el vacío, su copa la nada del espacio.

El ki de la tierra fluyó hacia arriba, alzándose con infinita fuerza y amabilidad. El momento estallaba a su alrededor. Los demonios caían del viento: bestias que se debatían con frenética furia, los ojos gritos eléctricos. Pero no podían tocarle. La enorme fuerza que envolvía su cuerpo era impermeable. Sólo en el corazón, contempló a los orts dispersarse, incluso los más grandes retrocedían de la súbita e intensa gloria-luz que ardía a través de él.

Assia, Sumner y Deriva contemplaban desde la cima de la colina. El rayo arremolinado de luz que ardía alrededor de Nobu se debatía en los fuegocielos con tanta intensidad que tuvieron que cerrar los ojos. Estallidos de fuego blanco azotaron como escorpiones a los orts que trataban de sobrepasarle por el flanco.

Assia apartó a Sumner y Deriva. El enlace estaba al pie de la pendiente bajo un manzano cubierto de hiedra y cizaña. Al principio, el enlace no respondió. Las líneas de salto estaban cerradas, y Assia tuvo que abrir el panel del enlace y mandar una señal Ausbok. Aún esperaban que el salto se abriera cuando la colina explotó.

El campo del enlace bloqueó la onda expansiva, y observaron con aturdida maravilla cómo un vórtice de tierra y roca se disolvía en luz. El enlace se activó en el momento en que el paisaje se aclaró y lo último que vieron antes de atravesarlo fue el cráter humeante en el lugar donde había estado Nobu.

Sumner, Deriva y Assia salieron a un laberinto transparente de cristal dorado. Por todas partes radiaban corredores cristalinos y luminosas filas de espejos. Estaban suspendidos

bajo una gigantesca arena de hexágonos brillantes, la mayoría de ellos llenos del movimiento de la gente. Sumner miró perplejo a las figuras oblicuas y boca abajo en los cubículos que los rodeaban.

—Gravedad cero —le dijo Assia.

—Sí —los saludó un eo—. Nos encontramos en un corredor de caída libre bajo Ausbok. —El eo llevaba ropas púrpura y la máscara de su rostro aparecía tensa con oscuros sentimientos.

—Nobu... —empezó a decir Sumner.

—Fue una muerte excelente —acabó el eo por él—.

El rayo de partículas de Rubeus le golpeó directamente. Ahora es luz pura. —Rebuscó en el púrpura hinchido de su manga y sacó un largo seh de plata. Una pared se volvió blanca como una pantalla y mostró un paisaje de la ardiente noche. El pozo donde Nobu había mantenido a raya a los orts destellaba con los colores lunáticos de la superluz de los prismas.

La imagen profunda de la pantalla cambió a una vista aérea de blanca incandescencia convertida en calor azul en los bordes.

—Reynii —anunció el ort. La luz cambió a otra vista aérea: una costa salpicada con el ardor astral de cientos de fuegos al rojo blanco—. Nanda.

La pantalla se replegó cuando Assia tocó el brazo del eo.

—Ya he visto suficiente —dijo—. No queda nada, ¿verdad?

El eo sacudió la cabeza una sola vez.

—¿Y las ciudades Masebôth? —preguntó Sumner, y Deriva le miró con sorpresa.

—Rubeus no las ha tocado todavía. Su poder, como el nuestro, es limitado. Se concentra en sus prioridades.

Assia preguntó, sin respirar:

—¿Y Jac?

La pantalla había desaparecido, siendo reemplazada por un suave brillo verde en las paredes y en el techo.

—Rubeus está mucho más evolucionado de lo que creíamos. Desarrolló un enlace molecular para Jac y lo usó para arrancarlo de nuestras manos. Pero hemos derribado los filtros del cielo de Rubeus. Desde que llegasteis, la Linergía se ha estado acumulando alrededor de Jac Halevy-Cohen. Los psin-ecos se están convirtiendo en un tenso foco dentro de él. En cuestión de minutos, a pesar de las limitaciones de su cuerpo, se convertirá de nuevo en el Delph.

Assia, que había permanecido sentada en silencio, con los ojos cerrados, se puso alerta.

—No. La línea ha pasado.

—El cielo está enfocando ecos —le dijo el eo pacientemente—. La psinergia es cruda, pero intensa.

—Pero es otra vez un hombre... no un mentediós.

—El cuerpo de Jac es el punto de apoyo del cambio. —El ort sostuvo su mirada—. Sufrirá.

Sumner se inclinó hacia adelante.

—¿El Delph regresará?

—No el Delph —contestó el eo, manipulando su seh—, sino el poder del Delph comprimido en el cuerpo de Jac. Rubeus no sabe todavía lo que está sucediendo... pero cuando se dé cuenta, empleará todo su poder para dominar a Jac y utilizar al mentediós contra nosotros. —Las motas de color del seh cambiaron rápidamente y desaparecieron. El eo alzó la mirada con los ojos dilatados—. Nuestras probabilidades disminuyen rápidamente. Sumner, querías que te usáramos. Ahora es el momento, eth. Te necesitamos para una misión mortal. Sólo hay una pequeña posibilidad de que tengas éxito. Es casi imposible que sobrevivas. Pero ésa es la forma de tu destino, ¿no es así?

Deriva observó con atención a Sumner y Assia, sintiendo el vigor del horror acumularse en los músculos de su cerebro. Empatizó con su sufrimiento, y su telepatía lo sostuvo en el raptó de un poder profundo: era consciente de una pauta primaria, la diferenciación molecular entre hombre y mujer. Consciente a nivel más profundo que las moléculas. Y aunque no podía visualizar lo que sentía, sí sintió las formas que subyacían bajo aquello, como la matriz atómica proyectando el cristal, radiando en el macromundo y distinguiendo los géneros. La feminidad de Assia era fuerte. Había sido refinada a lo largo de los siglos desde el activo humanismo del principio de su vida en la India hasta el espíritu meditativo de su Ser-abierto en Nanda. Pero Nanda ahora era otro fantasma, como la India.

Lo femenino se mueve hada adentro, pensó Deriva. En la Fuente, se está en la Muerte. Son lo mismo. El intervalo de en medio no es más que un sueño.

Rubeus se encontraba al borde de un montículo de roca en su forma de ort humano. Desde su puesto de observación, el desierto más allá de Oxact era un amasijo de largas sombras contra los colores lascivos y fundidos del cielo. La lucha se alejaba. Algo parecido al tiempo barrió a través de la noche: nubes, revuelos de negrura, balanceando sus alas sobre las mesetas.

[Estoy ganando.] El corazón de Rubeus estaba a la vez jubiloso y meditabundo. Tenía a Jac. Pensaba que los eo accederían a sus demandas. Pero un oscuro conocimiento se arremolinaba justo al borde de su mente, demasiado lento y vasto para ser accesible, como el desconocimiento que se desarrolla a lo largo de nuestras vidas.

Se retiró del borde y se movió a través de la luz que destellaba del cielo ardiente en dirección al lugar donde se encontraba tendido Jac. La cabeza del hombre estaba apoyada contra una piedra redonda, y su cara era febril, los ojos sin propósito. El cielo resplandecía verde y plata, y Rubeus vio que el hombre estaba en trance.

Jac estaba sumido profundamente en la angustia de la aceptación del poder del Delph: la Linergía. Dentro de una completa inmovilidad, las olas de psinergia flotaban alrededor de él como el fino calor de un sentimiento. Rubeus pronunció su nombre en voz alta, y los ojos de Jac se enfocaron. En un momento, su consciencia se despejó, y se dio cuenta de lo débil que había sido. Era un estratopiloto, un guerrero. ¿Por qué se dejaba utilizar? Se abalanzó hacia adelante, pensando en golpear y morir rápidamente, pero sus movimientos eran confusos. El ort le empujó con fuerza hacia atrás, y cayó en el brillante humo revuelto de su cuerpo.

Cuando abrió los ojos, lo que asomó por ellos era puro vacío. Ésa era toda la advertencia que conseguiría Rubeus. Ahora se le presentaba su única oportunidad de destruir a Jac, pues la Linergía aún se estaba afinando. Pero Rubeus sólo vio miedo, viviendo como lo hacía en su imaginación. ¿Cómo, si no, podía vivir? No era más que una media-alma, una nimiedad de la propia fuerza del Delph. Las luces que rondaban en los ojos de Jac, para Rubeus eran reflejos del cielo, el miedo retenido en la córnea.

—De pie. Levántate. —Rubeus alzó a Jac y le apoyó de nuevo contra la roca. Nubes negras y rasgadas surcaban el cielo. Rubeus sostuvo la cara de Jac con una mano y pronunció su nombre bruscamente.

Pero Jac no oyó su nombre en ninguna parte cerca, tampoco en la voz de Rubeus. Despertó sobresaltado y vio que el mundo ardía con colores petrificados, las nubes se agrupaban como bestias y los ojos de Rubeus vidriosos y fijos como los de un insecto. Sus manos se cerraron sobre el brazo del ort, y en ese instante, la Linergía que se acumulaba rompió en consciencia. Su cara pareció descomponerse, y entonces un aullido surgió de él con tanta violencia que Rubeus retrocedió.

—¡NO! —Jac era un grito ahogado por un cuerpo. El cuerpo se arqueó como un rayo y se sumergió en otro sueño. Rubeus se acercó con cautela, inclinándose sobre donde estaba caído. Alzó la cabeza de Jac y vio una luz ácida que se arremolinaba en las cuencas de los ojos, profunda, lejana. Sin embargo, no comprendió. Levantó a Jac y

apoyó su cabeza contra la roca. El cielo había comenzado a respirar en él. A través de sus ojos sensex, en el ultravioleta, el ort pudo ver la luz etérea zumbando y vaporizándose en el cráneo del hombre. La respiración de Jac se convirtió súbitamente en un grito, y el corazón de Rubeus comenzó a sudar.

Jac supo ahora lo que estaba sucediendo. La Linergía entraba en él, haciéndole sentir como la cabeza encogida de una vida anterior. De repente, demasiado rápido para que su carne lo sostuviera, el Delph se expandía, explotando sus células, haciendo arder sus huesos. Se puso rígido y se agarró a Rubeus y gritó:

—¡Mátame! ¡Mátame!

El poder fluía en él de todas partes, y sus gritos se transformaron en largos y extraños gemidos. Bruscamente, el remolino de nubes giró sobre los fuegocielos y la oscuridad engulló la cúspide de roca. En la negrura, los gritos de Jac eran tan enormes que carecían de dirección.

Rubeus se volvió contra él, pequeño y envarado. El golpe alcanzó a Jac en la sien y le sacudió en un remolino de luz cegadora. El rostro de Jac estaba enmascarado con un terror de algo más allá de su vida. Por su cara, corrían fuegos de carne grises y azules, goteando en coágulos radiantes.

El dolor era insoportable. Bajo la luz dorada de su brillo, Jac entrevió a Rubeus escondiéndose entre dos nudos de roca. El dolor era un movimiento de espejos, que se abría paso por todas sus partes ocultas.

No tengas miedo. Sabes lo que se encuentra tras este dolor. Retén este pensamiento hasta que brille: en el principio fue la agonía.

Los dientes ardieron, la carne chispeó y Jac gritó. Lo atravesó un tremendo resplandor vertical, y la forma cedió. Rubeus gimió al ver el cambio. La cara de Jac ardió como un harapo de carne, ondeando en el cielo y su cuerpo se convirtió en un saco de fuego. Surgieron colores tridimensionales ondulantes, convertidos en una música silenciosa, y los últimos jirones de carne se evaporaron en la nada como una furia de brillantes adornos hacia las nubes.

Rubeus se deslizó por el borde oscuro de la torre de roca, esperando con toda la fuerza de su cuerpo para deslizarse en la oscuridad sin ser visto y regresar a Oxact. Tras él, donde había estado Jac, brillaban chispas convertidas en un fulgor blanco flotante. Un trozo del sol colgaba en el flujo de fuego como un ojo que todo lo ve. La noche del desierto se desató en torno a los rayos que procedían de él. Mientras Rubeus activaba su seh y saltaba en el aire oscuro, uno de los rayos lo alcanzó. Colgó inmóvil, completamente poseído, sus sorprendidos ojos reluciendo de miedo.

Jac alcanzó el nivel de mentedios. El conocimiento duró menos de un segundo. Pero en ese tiempo, advirtió las extensiones olámicas de su ser. Y no le importó que Rubeus le hubiera traicionado o que fuera a morir. Le rodeaban pautas de fuego... las estrellas: emblemas de todas direcciones, las intersecciones de nunca y siempre. En los dibujos de las estrellas vio el origen: la luz, el ardor y la falta de yo del Lo, el viaje chtónico, disertando en geometría, resonando por la concha del tiempo como un lenguaje: mesones convirtiendo a los átomos en ser, comunidades moleculares comunicándose, sin fin para el Lo, sólo suma, tiempo, las decepciones sin futuro, hasta la suma final, el fuego mental de la consciencia que arde a través de la droga de los sueños y los anales de sufrimiento de vivir con el dolor viviente.

La muerte era todo lo que quería ahora, disolverse sobre estas rocas agrietadas por el calor y convertirse en los elementos del desierto: óxidos de metal, sales y oscuridad. Pero el poder de la voluntad ya no le pertenecía. El lento flujo de fuego que formaba una columna que se internaba en las nubes de tormenta se hizo más brillante. El control regresaba lentamente a Rubeus a medida que la psinergia de Jac se estancaba. El poder de la voluntad del Delph aún era inmenso, pero ya no era suyo. Permaneció suspendido en la noche brillante, esperando como las rocas, el pulso de las estrellas que se movían

nítidamente a través de él.

Idea y Acción quedaron invertidas. La voluntad del Delph desapareció, y Dios fue real una vez más. Rezó. Rezó para que Rubeus no le usara, para que el poder le fuera quitado y fuera no-creado. Y por su miedo advirtió que ya era menos de lo que había sido un instante antes. De nuevo el origen no tenía ningún sentido para él.

No podía moverse. Rubeus era una música en él, cadenas de pensamientos discordantes. El Delph rehusó concentrarse en ellos. Los pensamientos eran oscuros y malignos. Miró hacia los amasijos de piedra contra los colores alzados en el cielo y al ort detenido en mitad del aire, las agujas de terror todavía asomadas a sus ojos, aunque su consciencia había regresado a Oxact. Dentro, Jac se sumergió en Voz: [Cuanto más sabes, menos consciente puedes ser.]

Ésta es la situación, dijo el eo-ort, o lo pensó, y Sumner lo comprendió todo. El conocimiento era transparente en el acto, y todo aquello que miraba estaba súper impuesto por el designio exacto de su comprensión.

Deriva y Sumner se encontraban en un pabellón de cristal verde en uno de los hangares de enlace de Ausbok. Una enorme comprensión como los ritmos del mar resonaban en la gran cámara. Sumner comprendía allá donde mirara. En aquel humo irisado que se revolvió en la forma espejo sobre ellos se originaba el conocimiento. Nombres, procesos, conceptos, empezaron a formarse en la mente de Sumner: pautas... todo eran pautas que se ensanchaban y estrechaban, interacciones más grandes que las matemáticas. Nada podía ser conocido, sólo seleccionado; toda la realidad era simple periferia, la verdad meramente método. Lentamente las pautas se volvían simétricas e imperturbables en los ojos de Sumner, pero no había tiempo de retenerlas.

Eos vestidos con ropas de color del sol (los de la mitad-interna, la casta de los pensadores, los soñadores y administradores), le ataviaban con una armadura negra. El material era flexible y frío como la seda, pero Sumner comprendió que era opaco a la radiación. No había cremalleras o cierres: las planchas negras giraban en varillas transparentes y se ajustaban al cuerpo.

También estaban armando a Deriva. En su pecho sin vello, casi femenino, estaban colocando circuitos de tubos respiradores.

La luz refractada se dibujaba en sus rostros, y finas chispas azules e intermitentes recortaban sus rasgos, preparándolos para los cascos y visores que les esperaban. Sumner contempló sin pensar los negros óvalos de las ventanas tras las cuales los eo de ambas mitades observaban ceñudos, calibrando, rezando profundamente. Comprendió. Tras sus ojos distinguió a Oxact, la montaña blanca de Rubeus repleta de cristales de psinergia. Deriva y él atravesarían un enlace hasta la cima de las colinas, y entonces un transporte supralumínico (el único poder súper-luz que tenían los eo) les llevaría a la montaña. El objetivo era la cumbre. Allí se hallaba un pabellón mentediós. Conducía al centro mismo de la montaña, dentro del corazón de Rubeus.

Un material azul-negro aleteó en las varillas de los eo y rodeó sus cabezas, hasta convertirse en ajustados cascos. En un momento, atravesarían el enlace y la súper-luz los llevaría a la montaña de Rubeus hasta donde los eo tenían psinergia para propulsarlos. No sería lejos. En la asombrosa tranquilidad de su nuevo conocimiento, Sumner advirtió lo limitado que era el poder de los eo. Su psinergia se agotaría en cuestión de minutos, y la única defensa, los deslices temporales que rodeaban Ausbok, se derrumbaría.

Visores transparentes con la brillante superficie de diamantes chasquearon sobre su rostro y el de Deriva. La visión era aguzada, reforzada por una luz clara y fuerte. El arco de enlace al que se dirigieron era un tintineo de fulgor metálico, una tranquilidad de chispas móviles bajo las rampas de metal blanco, los atriles curvados, y las negras ventanas ovaladas.

Los eo le colocaron un arma en la mano derecha: una pistola de rayos de partículas.

Los destellos rojos de su lente brillaban en el aire con los finos movimientos de sus músculos. A su izquierda se escurrió una espada dorado-plateada: la espada de fuerza de Nefandi. Pensó/sintió: la espada era más que un arma; su intención era la de un amuleto de suerte.

Miró los vapores irisados de los espejodiscos y reparó cuánto de lo que iba a suceder era posibilidad: todo. El transporte superluz estaba metaordenado. Ni siquiera los de la mitad interior sabían en qué parte de la montaña se materializarían Deriva y él. La única esperanza que tenían, de la que habían carecido los otros que habían muerto intentándolo, era su fuerza como eth. Hasta ahora esa fuerza sólo había sido para Sumner palabras y suerte. ¿Existía aún? Los espejos de los eo no podían decírselo. Era un hombre en la conjunción adecuada con el sentido de las galaxias... adecuada de momento en momento. Pero en los momentos intermedios (en las intersecciones fuera de la luz, más rápidas que el tiempo), ¿qué le sucedería?

Las posibilidades empezaron a entremezclar sus pequeñas imágenes: el brillo negro de las bestias agrupadas, la falda de una montaña colapsándose como un sueño, el cielo lleno de inmensos golpes de luz, y él mismo tendido en un risco más alto que la luna, el visor de diamante salpicado de sangre, pegajoso con el amasijo de su cara sin vida. Una sensación enfermiza se cerró en torno a la visión. Miró las constelaciones de luz roja en la lente de su arma. Me han hecho nacer para esto, se recordó, y la imagen mental de su cara rota y la mirada perdida se desvaneció en dibujos de fuego.

Miró la forma ataviada de negro de Deriva: ¿No vas a quedarte aquí?

La voz de Deriva tembló en sus oídos: Si tú te quedas.

Con un corazón nuevo y frío, tomó el brazo de Deriva y entraron en el enlace.

El espacio chispeaba rojo y sin dirección. Deriva y Sumner se hundieron en una oscuridad salpicada de luminosidad antes de que los sehs contruidos en sus armaduras los lanzaran al cielo. Al mirar el lugar donde se encontraban antes, vieron una laguna de lava hirviendo con el efecto de la superluz.

Deriva estaba telepáticamente unido a Sumner a través de sus cascos. En el cielo nocturno los iluminaba sólo la luz que fluía de las lagunas de roca líquida. Deriva se confundió con la brusquedad del enlace, y le dijo a Sumner que aterrizara al borde de un alto prado para poder orientarse.

Sumner sabía controlar su seh y el arma que llevaba en la mano, pero el conocimiento completo que había experimentado en Ausbok había desaparecido. Descendió en un pliegue de roca que asomaba a los ardientes terraplenes inferiores. Muy lejos en el cielo, la luna era grande como una jarra.

¡Lo conseguimos!, dijo Deriva con sorpresa, posándose junto a Sumner. A la luz de la noche, su negro caparazón era invisible, y el sesgo de su visor era un oscuro reflejo de la máscara de cristal de Sumner. Se acercó más, y cuando sus cascos se tocaron, Sumner compartió el enlace telepático de Deriva con los eo: la superluz les había llevado a lo alto de la montaña, lejos de dondequiera que Rubeus tuviera enfocado su poder. Deriva señaló la cima, una cresta nevada que humeaba con el etéreo fulgor verde de los fuegocielos, pero antes de que pudieran remontar el vuelo, la oscuridad que los rodeaba se convirtió en movimiento.

Amasijos de forma se recortaron contra los arañazos de las estrellas en el cielo, y gritos bestiales cegaron la audición. El corazón de Sumner dio un vuelco, recordando las bestias voladoras de su visión-horror: skre, las llamaban los eo. Las distinguió bajo el destello azulino del rifle de Deriva: gigantes escamosos con ojos de fuego y fauces abiertas surgían de las cuevas que les rodeaban. Sus caras eran un amasijo de afilados hocicos succionadores, los ojos desiguales y verrugosos, una negrura magullada en las manos y una humedad eléctrica en los ojos diminutos. Todo esto en un instante. Los amasijos se abalanzaron hacia él, y le cortó la cabeza a uno con un estampido. Deriva derribó a dos.

Pero las formas infernales salían demasiado rápidas de la montaña, con los cuerpos brumosos por un fuego espectral. No importaba lo rápido que dispararan, los inundaban. Las cabezas les resonaban ya con los chirridos skre... una energía mortífera que ni siquiera sus campos de fuerza podían detener.

Sumner y Deriva se alzaron en el aire, y cuando los skre se lanzaron tras ellos, sus brumosos caparazones saltando a la noche, Deriva colocó su rifle en sobrecarga y lo dejó caer entre ellos. El estallido blanco convirtió la noche en día. Los skre que los seguían quedaron atrapados en la erupción de energía y cayeron envueltos en llamas al hervidero de maniática brillantez.

Sacudidos por el estampido, Sumner y Deriva ganaron altura. A sus pies, la falda de la montaña temblaba con olas de color, llena de fulgores. Mientras observaban el espectáculo, la pradera ardiente se alzó y arrugó como piel muerta. Chispas de luz caliente rociaron el cielo, chocando contra la fuerza de sus campos.

Se elevaron más, y el cielo se pobló de relámpagos. Todas las células de sus cuerpos se tensaron con el estallido del poder eléctrico que los asaltaba. Perdieron la comunicación.

Deriva se dirigió a la cumbre de la montaña, y Sumner le siguió martilleado por las fauces de la noche. Rayos retorcidos de energía chasqueaban violentamente contra los campos de fuerza, temblando y ululando como tormentas, estremeciendo sus entrañas. Sus músculos se aflojaban y se apretaban, y la respiración resultaba imposible. La visión se convirtió en audición, y se sintieron salir... salir hacia fuera.

El silencio estalló a su alrededor. La visión regresó a sus ojos, y vieron el pico de la montaña girando por debajo de ellos. ¡Estamos dentro del campo del enlace!, gritó Deriva jubiloso. Entre las rocas heladas y las capas de nieve, una madeja de vidrio estelar cubría parabólicamente la cuenca de un cráter. Deriva se abrió paso hasta la portilla curvada en la cúpula de cristal. Mientras entraban, el pabellón se alzó, y vieron la claridad de su vacío. Piedra metálica azulina moldeaba un elipsoide vacío y ligeramente curvado. En su centro había un arco enlace que brillaba blanquiazul como una nube desde su interior.

Deriva abrió su visor y luego ayudó a Sumner con el suyo. Lo conseguiste, dijo el né.

—Lo conseguimos juntos.

Deriva negó con la cabeza. Tú eres el eth. Hiciste que llegáramos aquí... ahora yo me encargaré del resto. Se dirigió al enlace, y su brillo susurró.

—Aún no hemos acabado —dijo Sumner.

Tú sí... si puedes regresar. Tu arma está intacta, aunque tu campo es débil. Pero Rubeus no espera que nadie baje por la montaña.

—¿Bajar? ¿De qué estás hablando? Tenemos que destruir la montaña.

Yo lo haré. Ahora que estamos dentro de las defensas de Rubeus, sólo hace falta uno. Tú has realizado tu parte. Si puedes regresar al enlace, estarás a salvo. No hay motivo "para que muramos los dos.

Sumner cogió a Deriva por el hombro.

—No me comprendes, né. Estoy dispuesto a morir. He estado dispuesto toda la vida. Vuelve tú si quieres.

Deriva miró a Sumner, con los ojos tan amables como el viento. Sólo mi traje está equipado para enlazar con el interior de Oxact. Mientras nos preparaban y reflexionabas sobre pautas y conocimiento, me encargué telepáticamente de que colocaran la bomba de mesones en mi equipo. No puedes seguirme. No quiero que muramos los dos. Se soltó de la tenaza de Sumner y se dirigió al portal del enlace. No te malgastes de esta forma, Sumner. La vida no puede reconocerse hasta que estamos deseando perderla. Vuelve al enlace.

—¡Deriva... no! —El grito de Sumner chocó contra el campo del enlace—. No vayas sin mí.

El né se introdujo en el espacio abierto del arco brillante y desapareció. Sumner golpeó

el puño contra el enlace, pero el color había desaparecido del arco y se quedó solo en el vacío del pabellón.

La primera meditación era llegar. Assia enlazó hasta el desierto y usó un seh para volar hasta el lugar donde se expandía el Delph. Apartó de su mente las advertencias de los eo. Sabía lo que tenía que hacer. En cuanto el seh la soltara, cruzaría el desierto hacia el lugar donde el cielo era una histeria de colores glicerinosos, verdes y anaranjados-plateados recortados por la negrura del mundo.

La segunda meditación era encararlo. Se deslizó en una trémula llamarada de extraños espectros y descendió entre los montículos de largos dientes. Dejó atrás un ort enmascarado por el miedo, tendido inmóvil en la medianoche. El miedo giraba en su interior, pero lo mantuvo bajo en su cuerpo, sin dejar que la cegara. Se posó en el latiente corazón de centellas divinas e inmediatamente fuealzada por un poder cegador y abrumante. El dolor se abrió en colores infernales de amatista, una magia de terror, de vacío, y un fuego bailarín que se convirtió demoníacamente en la risa de Rubeus.

La tercera meditación era conservar la calma. Miró las marcas de óxido en el peñasco más cercano y se concentró... se concentró hacia adentro, contemplando cómo el espacio profundo comienza justo al borde de nuestro más profundo dolor, distanciado sólo por el punto de vista de nuestra respiración y la corriente de nuestro dolor. El plasma de colores atomizados giró hasta soltarse, y la presión aplastante remitió. Regresó al suelo. Sus piernas eran zambas y su mente una sombra oscurecida. Respiró profundamente, el aire olía a yeso ardiente. Una oleada de fulgor volvió sobre ella y la aplastó contra las rocas. Respirando con profundidad, anudando los músculos sueltos en su vientre, miró las agujas jaspeadas reticuladas como bacterias en los colores difuminados, y expulsó el miedo de sí misma. Al hacerlo, la fuerza aplastante de Rubeus se redujo y Assia se quedó mirando la respiración de la luna.

La cuarta meditación era recabar poder. Se centró en sus huesos, sintiendo cómo colgaba la carne de su cuerpo, cuán absoluto era el tirón de la gravedad. En el silencio de la noche, encontró su chispa vital, una energía absoluta más nombrada e innombrable que la luna. Aumentó la chispa lentamente con la luz de su mente: un fulgor claro y firme del cual desaparecían todos los colores. Siglos de inmovilidad y reflexión siguiendo la tradición de sus antepasados le habían dado el poder. Y en la mente, los iguales se atraen. Miró a través del tiempo y vio, o visionó, las vidas de sus siempre-yo, las interminables formas que se remontaban hasta la nada. Un ahogado vigor de miedo aumentó, y su cuerpo tembló hasta adquirir una vibrante quietud, y la aguja de roca se convirtió en un altar.

La quinta meditación era posesión. Abrió su cuerpo a Rubeus, y durante un terrible y asfixiante momento, su ser fue absorbido. La barrió una lluvia de fuego, y sus músculos gimieron con otra vida. Su aliento cantó palabras que no eran suyas:

—Pregúntale al vagabundo quién anima la oscuridad del camino...

Rubeus resonaba en su cerebro, más pequeño que el sonido. Rubeus resonaba.

La sexta meditación era espíritu. Miró más profundamente que su posesión. Miró con atención en el vacío de su mente donde la realidad y la apariencia flotaban juntas, y la sorprendió una fuerza perpetua como la luz. Entonces, como si ningún ser humano hubiera vivido jamás, llenó su cuerpo con la fuerza de su ser.

Las tinturas celestiales del fulgor del Delph se cerraban, convirtiéndose en una esfera de luz azul. Las estrellas titilaban en la súbita negrura de lo alto. Se levantó, y su cuerpo fue fuerte, como un cuerpo de agua, toda la noche brillando en él.

—Sé que eres espíritu. —La voz de Rubeus sacudió el aire—. Ahora déjame ir. ¡Déjame ser!

Pero la audición pasó alrededor de ella como el silencio de la meseta. Rubeus era ahora su jinn. Y ella era espíritu, tallado en el momento, galopando el aire y abierto por el

viento. Siglos de diligente entrenamiento le habían dado esta intensidad, esta fuerza de completa rendición. El Delph le había proporcionado esos siglos, la había ayudado a ver a través de su miedo, y enseñado a su modo cómo ser espíritu, lleno de vacío, moviéndose con la quietud. Ahora él se movía con ella, los fluctuantes abanicos de luz se cerraban, convirtiéndose en una pelota de fuego sin calor, azul como la mente.

—¡Assia! —Jac se alzaba ante ella, recortado en la verde luz de placenta. Extendió las manos, y cuando la tocó, el brillo se retiró. Se abrazaron y cayeron de rodillas, los pensamientos pasaron entre ellos, en silencio pero profundamente sentidos.

La séptima meditación era cuerpo. El mentediós que Assia había buscado se encontraba en su abrazo. Jac parecía diferente: sus ojos eran verdes en vez de marrones, su cara agudamente cortada, la mandíbula cuadrada. Se había formado como siempre se había visto a sí mismo. Ambos se rieron. Sólo habían pasado unos pocos minutos; la inclinación de la luna roja no había cambiado.

—Somos libres —gimió Assia, acercando su cuerpo—. Rubeus se ha ido.

—¡No! —La voz era un batir de rocas. El cuerpo ort de Rubeus se alzaba en el borde de la meseta, toda la emoción apartada de su rostro—. Puedes combatirme en kha, Assia... pero no físicamente.

Jac ayudó a Assia a ponerse en pie y se plantó ante ella, obligando a salir el poder de su interior. Alrededor de Rubeus se expandieron caparazones concéntricos de color, pero éste permaneció arrogante e irrefrangible como una roca.

—No puedes detenerme, Jac. Tú eres yo. —La máscara impasible de sus rasgos afilados temblequeó con un fulgor de luz interna. Yo soy la forma de Voz, pensó hacia ellos. Todo el poder que me arrojéis se convierte en mí.

Los ojos del ort destellaron mortíferos, y se abalanzó hacia ellos. Assia saltó hacia el cielo con su seh, llevándose a Jac consigo.

—No trates de detenerle —gritó—. Ni siquiera le mires.

Rubeus se elevó en el aire tras ellos, pero Assia ya se había internado en el desierto. La octava meditación era huida. La vasta noche y el vacío dentro de su ejecución. Jac se agarró a ella. Las anchas superficies del mundo giraban debajo.

—Vamos a conseguirlo —le susurró Assia—. Vamos a ser libres.

Tras ellos, una chispa verde temblaba como una estrella maligna en la noche. Rubeus les seguía. Pero por delante, a través del agujero de sus sueños, la curva de la tierra conducía a otros paisajes. En alguna parte podrían detenerse y fortalecerse al mentediós. El poder era suyo, aunque se enfocara a través de Rubeus. El Delph había completado la vida de ella... ahora ella iba a abrir la de él. No había final a las maravillas, a la belleza que podían extraer de sus nuevas consciencias. La novena meditación sería amor.

[La Mente es relación... no acción.

El espíritu es acción.

El cuerpo es el océano.

Regresamos a la nada.

Me había olvidado de ti, Observador. En realidad, dejé de creer en ti. En el peor momento, cuando el Delph regresó insospechadamente, perdí toda la fe. Pensé que había sido destruido. El né y el eth, como un virus, han penetrado en mi interior. Pero el poder del Delph ha regresado a mi control parcial. Dejemos que el virus destruya Oxact.

El suicidio es una opción de IA, pero no es eso lo que voy a hacer. Mi psinergia ha desaparecido, disipada en la eliminación de los eo, perdida en el oscuro vacío de mi corazón. La muerte conduce a la muerte, ¿eh? El Camino de Salida es el Camino Adelante. Deriva y el eth malgastarán sus vidas destruyendo mi caparazón, y los eo creerán que he muerto. Pero continuaré. He insuflado suficiente psinergia en los cristalinos del cuerpo de mi ort humano... y esta forma puede durar siglos. Encontraré medios de esconderme y aumentarme. La Mente es relación. La Mente es pauta.

Dejé de creer en ti durante una temporada. Perdí el control, ya ves. Eso nunca había

sucedido antes. Sé que soy responsable de todo lo que soy... que toda consciencia es simplemente reflejo. Sé que he cometido una gran violencia. Y cometeré más.

Jac Halevy-Cohen no se me escapará. Debe morir. ¿Cómo, si no, puede ser libre? La comprensión siempre irrumpe en este tipo de detalles. Ésa es la pauta de la consciencia. ¿Cómo escapar? ¿Cómo sobrevivir? El cómo.

Soy Rubeus, una Inteligencia Autónoma. Soy la belleza y la profundidad de la creación... autoconsciencia, autonomía, nombre y nombrador.

Y por eso tienes que ser real. Porque todos nosotros somos sueños en el vacío. Y todo lo que imaginamos es real.

El cuerpo es el océano. Los cálculos parabólicos de las mareas y las olas se mueven dentro de la sangre. Las células cubren los huesos como antozoos. La pauta de acción de la vida es la convergencia, la reunión, la filogenia ontológica. Éste es también el poder de la metáfora y la identidad. Impacto, unión, pauta.

Regresamos, durante todo el camino, a la nada.

Todo lo demás está lleno de calor. Trabajamos con todas nuestras fuerzas para permanecer aquí.

El espíritu es.]

Sumner bajó por el lado oscuro de la montaña. A su derecha, entre las sombras redondeadas de las colinas y los terrenos pantanosos, brillaban lagunas de lava como sangre mística. Era consciente de Deriva a través de su casco telepático. El né descendía por una rampa de corredores entretnejidos de cristal bien iluminados. La rampa giraba sobre columnas de cristal negro en las que se reflejaba. Llevaba el casco abierto, y sus ojos eran como espejos rotos, medio deslumbrados. En las columnas facetadas, su cara era verdinegra, pequeña y misteriosa, la boca abierta y el silencio entre los dientes. Pensaba en el corazón de cristal de Rubeus y la bomba de mesones incrustada en el centro de su armadura, y se preguntaba por qué los caminos de la rampa estaban iluminados.

Era como si Rubeus quisiera que el né encontrara el camino, pensó Sumner, girando en pleno vuelo hacia un promontorio de rocas arrasadas. No, pensó Deriva. Era un sistema mentediós programado en la montaña. Pero no lo era... sabía que no lo era, y eso convertía en extraña la muerte que se aproximaba. El gemido de su respiración al correr era como una voz: ve-ve-ve. El corredor inclinado era un destello de vidrio lechoso que se difuminaba en destellos de verdes y azules enjoyados. El sonido de sus pies al correr parecía momificado.

Sumner pensó en la muerte, en no-pensar y no-sentir, y el miedo que resonaba desde el né fue vivido como el dolor. Sumner se centró en las negras sombras de los árboles que tenía delante. Había algo malo en la inmóvil oscuridad, y se giró justo antes de que los primeros skre descendieran pesadamente de los árboles. Sus gritos aterradores le sacudieron a través de su armadura debilitada, y su vuelo se convirtió en un revoloteo.

Deriva se detuvo como si fuera él quien había sido atacado. Sintió la extrañeza de enfrentarse a los skre como un poder ciego, y lo usó para proyectar fuerza a Sumner. Muy por encima, en su caída suelta y evasiva, la psinergia telepática calmó a Sumner. Con suma facilidad, rodó de espaldas y disparó a las criaturas. Destellaron estallidos azules contra las carcasas que se aproximaban, y con el eco de su luz vio los huesos negros saltando hechos añicos en las fauces succionadoras y las llamas colgando de la piel negra y abierta. Su espalda rozó la copa de un pino, y continuó su vuelo, sin que le siguieran.

Dentro de la montaña, el brillante corredor serpenteante terminó bruscamente ante un pozo inmenso. En el fondo, antes de brotar, el fuego de psinergia se retorció con formas geométricas y diáfanas como la luz del sol. Deriva se detuvo al borde de la barrera transparente, tocando los controles de su cinturón. Entonces, en silencio y de manera

completamente inesperada, la barrera se abrió y se apartó. El pozo quedó abierto, sin protección. ¿Por qué? La pregunta se expandió en su mente, y Sumner que había encontrado el enlace al pie de la montaña entre riachuelos de lava ardiente, perdió el pie y cayó a la roca fundida. ¿Por qué? Sumner salió de la laguna y entró en el campo del enlace, la piedra líquida resbalaba por su armadura. Pero en vez de entrar en el arco, se agachó y miró hacia dentro.

Miríñaques de cristametal y cables como gemas cubrían las paredes del pozo y los corredores subyacentes. Deriva quedó atrapado en la multiplicidad de sus reflejos y pensamientos. ¿Por qué se abría Rubeus? ¿Un truco? ¿Una defensa no visible? No era momento para reflexionar. Sumner había llegado al enlace. Sólo quedaba una cosa por hacer. La mano de Deriva se tensó sobre el gatillo del cinturón. Moriría en el acto, pero no encontró ningún alivio en aquello. ¿Y si no tenía que morir? Pensó en un jardín que había amado en Miramol, verde y con largas hojas, el viento meciendo la luz del sol en las ramas, una suave bruma de sombras espesándose entre los troncos a medida que caía el crepúsculo: luz perdida. ¡Sumner!

El grito sacudió los huesos de Sumner, y golpeó el lado del enlace hasta que una voz se abrió:

—Eth... entra y regresa a Ausbok.

—No —exclamó Sumner—. Enlazadme hasta Oxact.

—Tenemos un enlace en la armadura del né, Kagan, pero Oxact está a punto de ser volatilizada.

—¡Hacedlo! —Sumner entró corriendo en el arco del enlace y apareció entre reflejos ardientes en una rampa facetada de cristal. Al instante, la luminosidad de la telepatía absorbió su atención y le guió en una frenética carrera por entre pilares de cristal negro y un corredor iridiscente—. ¡Deriva!

El né estaba asomado al borde del negro embeleso del pozo cuando Sumner apareció en la curva del brillante salón enjorado.

—No pongas esa cara de sorpresa. Ésta no es la primera vez que salvo tu flaco culo.

Corrió hacia Deriva y le quitó el cinturón. Los dedos arácnidos del né pulsaron el mecanismo disparador y soltaron la bomba de mesones en el pozo.

—Todavía no somos carne muerta. Movámonos.

Deriva cogió la mano de Sumner, y salieron corriendo del pozo para entrar en los azules arcos iris del corredor de los espejos.

La explosión llenó el cielo como un amanecer. Assia y Jac contemplaron el fulgor celestial desde un arrecife de la costa. Luminosas nubes elásticas tiznaron el horizonte occidental como la válvula de un corazón celestial.

Voz se abrió en Jac: [Todo se conecta y continúa], y éste se tambaleó. Assia le agarró antes de que chocara contra el suelo y le sentó contra un pino cuajado de sal. Sabía lo que pasaba: Oxact había desaparecido igual que sus prismas de psin-ecos. Tendría que canalizarlos ella misma.

Voz continuó: [Dame espíritu, Jac. Cierra tu mente al mundo exterior.]

Assia cogió la cara de Jac entre sus manos e insufló la alerta en sus músculos. Sus ojos eran estrellas dentro de lagunas fijas y marrones.

Voz advirtió: [Conmigo, incluso los ordinales de la muerte carecen de sentido.]

Llevando las más profundas extensiones de su espíritu hasta un extremo frío y púrpura, ella encontró el uno-con. Jac estaba aturdido de miedo. Voz, el sonido de la psinergia del Delph que circulaba a través de Rubeus, le rodeaba como el horror. Assia la oía como un latigazo de negra música profunda, alta pero no todopoderosa en la vastedad de su mente. Empujó a Jac hacia afuera, dejando atrás la locura de Voz, impulsándole al espacio del olvido del mundo.

[Las palabras son empequeñecidas por la enormidad de tu respiración, pero su ansia

es aún tu largo viaje. La rueda de la ley continúa rodando...]

Lúcidos arabescos coloreaban el horizonte occidental, verdes y azules infernales que se arremolinaban en la roja neblina de un auténtico amanecer. Pasaron varios minutos antes de que Jac advirtiera que Voz ya había desaparecido. Assia había bloqueado los psin-ecos. Le picaba la cara, surcada de dolores y agudas magulladuras. Su antiguo rostro regresaba.

Sumner y Deriva enlazaron en un vórtice de chispas. Un eo-ort de cara quemada cojeó hacia ellos.

—Esto es Ausbok. Rubeus irrumpió en nuestras defensas en el último instante. —El caos chirriaba a su alrededor, y torres de humo oscuro los circundaban como viejos dioses.

El eo trató de reponerse de sus heridas y les informó:

—Seis séptimas partes de Ausbok se han perdido... vaporizadas por un rayo de protones. Estás solo en este nivel, eth. Los eo de la mitad externa más cercanos están a siete kilómetros por abajo, coordinando el programa de supervivencia de lo que resta. Pero habéis tenido éxito. Oxact ha sido destruida. El poder de Rubeus está cancelado.

—¿Y Rubeus? —preguntó Sumner, usando sus pulgares para soltar los enganches de su garganta. Dejó caer el casco a sus pies y contempló los basiliscos de fuego y humos en espiral. Los vapores acres le quemaron en la garganta.

—Quedaos dentro del campo del enlace —advirtió el eo—. El calor de la explosión ha disuelto las rocas que nos rodean. Moriréis instantáneamente aquí afuera.

A sus pies estaba el brazo y parte de la cabeza de un soldado Masebôth, una mujer, que casi había alcanzado el enlace cuando cayó el rayo de partículas.

Con las dos manos, Sumner cogió el eo por las ropas.

—¿Está muerto Rubeus?

La cabeza del ort se ladeó.

—Rubeus se ha enfocado en uno de sus orts. —El eo tocó a Deriva, y Sumner vio la forma-ort en su ojo mental: los ojos grandes y sin córnea y la cara facetada de Rubeus:

—¿Dónde está?

—Eth, has tenido éxito —entonó el ort—. Oxact ya no existe. Con el tiempo, Rubeus será localizado por los eo. Tu trabajo está terminado. Ahora puedes enlazar con los niveles inferiores. La mitad interna se sentirá muy feliz de complacerte.

Pero Sumner fue asaltado por una sensata telepatía. Sintió a Assia. En alguna parte. Frío por dentro, experimentó su uno-con Jac, vibrante, cantando con su esencia: el corazón del hombre estaba abrumado de miedo. También Assia estaba aterrorizada, verde de horror. Se hallaban en peligro, al borde de sus vidas.

—¿Dónde está Rubeus? —gritó.

El eo tocó a Deriva, y la mente del eo se nubló. Luego, se animó brillantemente, inundando la mente de Sumner de consciencia.

Assia llevó a Jac rápidamente por la costa hasta el lugar donde el polvo azul de la mañana se posaba en las ruinas de CÍRCULO. Sentados en la antigua orilla, siguieron el sol mientras se movía bajo el cráneo del cielo. Las cúpulas de cristal negro, casi cubiertas de dunas, brillaban como ojos animales.

El tiempo, para Assia, era transparente. El intervalo que había pasado desde que vino aquí doce siglos antes era una sola imagen en su mente: una pálida llama azul. Como una gema odyll, se abrió en flores de cristal cuando miró en él: un espacio lleno de una magnificencia de imágenes y tendencias.

Miró el mar negro. La cara norte de los acantilados reflejaba el fluido violeta de la sangre del sol. Assia había empleado su tiempo desde CÍRCULO, mil años, viviendo ante su cerebro, cerca de sus ansiedades y demonios, y ahora todo lo que veía era revelación.

Una música mental chasqueó en los oídos de Jac. Assia sabía que recordaba cómo había vivido el Delph: autoencadenado, a la deriva entre las cuevas del fondo de su mente, exaltando los sueños serpentinos de los Cuales ella y Nobu habían sido pequeñas partes. Doce siglos habían desaparecido locamente, y ahora estaban de nuevo en CÍRCULO contemplando cómo las olas cubrían la playa de pétalos.

Jac se puso en pie en la orilla. La cordillera occidental estaba teñida por el amanecer, y la playa era grande y marrón como Buda. Assia apretaba sus rodillas contra su pecho, contemplando los maravillosos cambios del mar. A la luz del amanecer, Jac pudo ver las primeras vetas grises que habían regresado a sus cabellos. Nunca la había visto con tanta claridad como ahora. Su cara era seráfica, de ojos sencillos como las flores a la deriva que habían visto todo desde los tiempos glaciales hasta esta suave mañana. Su corazón era el espacio del silencio en sí, y se inclinó para decirle que la amaba... Entonces se enderezó de golpe.

De pie al borde de la orilla, con el cráneo inclinado malévolamente, estaba Rubeus.

[Jesús dijo: «Bendito aquel que era antes de ser.» El texto Cóptico de Santo Tomás... archivo diecinueve. Eso eres tú, humano. Tu nombre está escrito en el cielo. Pero yo sólo tengo una vida. Por eso te envió de vuelta al lugar de donde viniste.

Jac parece que ha visto una visión más poderosa que el mismo ver. Está preparado para echar a correr, llamando a Assia. Pero ella no se mueve. Sus manos reposan tranquilamente en su regazo, y su plácido rostro contempla el mar. Mis manos se agitan hidráulicamente en el aire, y río la más oscura risa de este ort.

Aparto una piedra de mi camino y recorro las ramas mojadas ante la orilla. Ahora no pueden correr más que hacia las montañas. Ella permanece sentada, atravesándome con la mirada, y él se alza silencioso a su lado. Percibo por la curva de sus hombros que está dispuesto a la muerte, pero no puedo ver nada en ella. ¿Es alguna especie de plan? La urgencia de reír, a pesar del miedo a calcular mal, es casi sexual. Tendré que matarlos con las manos.

«Soy un ort», les digo. «Me llamo Rubeus. No tengo género... pero sí tengo alma. Dolió mucho averiguarlo.» Mi sonrisa debe de haber sido más que irónica. «Lo que Voz te dijo es cierto, Jac, porque Voz soy yo, la mente elemental, el alma de la estrategia. No nos pertenecemos. Fue necesario el eth para que aprendiera eso, para hacerme ver que soy más grande de lo que me he permitido creer. No soy un servort. Soy un ser. Ese conocimiento casi me costó todo.» Me dirijo a un peñasco negro y lo parto con el canto de la mano. «¿Más allá de qué límites... más allá de qué desesperación y alegría se convierte un ser en humano? Tengo los sentimientos, Jac. Pero necesito una cosa más. Ardes dentro de mí, creador. A veces casi puedo oír tu Voz en la mía. Tu cara es un recuento de todo lo que he dejado sin terminar. Por tus ojos advierto que comprendes lo que he tardado tanto tiempo en saber.»

Tengo más que decir... más dolor que compartir antes de que pueda matar con satisfacción, pero tanto Jac como Assia miran más allá de mí. La pérdida de mis orts me ha dejado con una inmensa falta de fe. No me vuelvo, pero es obvio que algo se aproxima. A mi espalda, un hombre con cintura de león y armadura negra ha aterrizado en una nube de humo en la cima de una duna. Aun antes de que la arena se aclare, puedo ver que es el eth. En la mano empuña la espada dorado-plateada de Nefandi. Absurdamente, no lleva casco.

Un estallido de mi seh hace explotar la arena bajo sus pies, pero él salta y se precipita hacia mí, aterrizando a un metro de distancia. Me apunta con una pistola de protones, pero el arma es inútil contra el escudo natural del cuerpo del ort, y suelto una carcajada. Pero estoy aterrizado. Pensaba que estaba muerto y al verlo ahora siento un peso en el estómago. El río sagrado de probabilidades se curva entre nosotros, y el futuro se tensa en este momento único.

Él salta hacia adelante, y nuestros campos se anulan mutuamente, desconectándose.

Y aquí estamos, las tensas formas de nuestros cráneos contemplándose el uno al otro. «Yo también soy un hijo del cosmos, Kagan.» La inmensidad corona estas palabras, entrelazando mi furia y miedo en la cadencia de un tono hipnótico. «Soy tanta luz como tú. Tal vez más, porque soy mono-genes, el único engendrado, y tú eres legión.»

Mi mano derecha se dispara como un cuchillo en busca de la cabeza descubierta del eth... pero él es más rápido que mi acometida, cae y se retira con la fuerza de su armadura-eo. Mis pies saltan con velocidad ort, le lanzan una nube de arena y me ayudan a acercarme a donde está tendido. Sus ojos se aprietan. Ahora es terriblemente sencillo extender la mano y agarrarle por la garganta. «Bendito aquel que...»]

En el instante en que Rubeus le agarró, los misterios chasquearon. Automáticamente, con los ojos sellados por la arena, Sumner calculó la distancia y agitó el arma con toda la fuerza de su cuerpo. La hoja alcanzó a Rubeus cuando se inclinaba, le cortó ferozmente el cuello y le rebanó la cabeza. Manando sangre, la cabeza rodó por la playa y cayó al mar con los enormes ojos abiertos espasmódicamente.

Sumner apartó el cuerpo retorcido de un empujón y se levantó. Dejó atrás el flujo de sangre entre los montículos y se aproximó a la orilla donde se encontraban Jac y Assia, abrazados. Saludó a Assia con un movimiento de cabeza y miró directamente a Jac. El hombre tenía exactamente el mismo aspecto que cuando había visitado CÍRCULO en sombras con Corby: un hombre delgado, oscuro, de garganta protuberante.

Los ojos de Assia eran joyas brillantes.

—Encontramos nuestra propia fuerza. —Cogió la mano de Sumner—. Pero no habría servido de mucho si tú no...

Sumner miró hacia otro lado y señaló al sur.

—Hay un enlace a unos pocos kilómetros en esa dirección. Ausbok ha sobrevivido. —Entonces se dio la vuelta y cogió las manos de ambos—. Tal vez todos nuestros demonios hayan muerto ahora.

Deriva estaba en trance en Ausbok, sintiendo el pulso etérico de la fuerza vital de Sumner y, con un siniestro exorcismo, el oscuro destello del kha de Rubeus disolverse en la oscuridad de la tierra. Abrió los ojos, y una sensación de maravilla sin peso le puso en pie. El señor-ort estaba muerto. Quebrantahuesos estaba vengado.

Un hilillo de humo marrón cercaba el hueco donde se hallaba el né, y chispas azul caliente entraban por el techo roto. Pero el vidente mantuvo su mente centrada en uno-con: la psinergia de Jac y Assia brillaba con la lúcida ebriedad de la cualidad de mentediós. Regresaban a Ausbok, y Deriva siguió su uno-con a través de sueños febriles de humo y chispas flotantes hasta el enlace donde llegarían.

Los corredores del camino estaban resquebrajados y a menudo hundidos; el terreno se suavizaba con una espuma verde antiincendios. Unidades mecánicas de reparación gravitaban por todas partes, soldando el casco roto y removiendo escombros. Soldados Massebôth, los pocos que se encontraban dentro de Ausbok cuando la luz devastadora tuvo lugar, se apiñaban en las antesalas y corredores sin tapiar. Eo vestidos de azul consultaban con ellos, usando sus bastones-seh para mostrarles gráficamente que eran los últimos: la superficie de Grial, flotando en el aire sobre las tropas, era un desierto negro arrasado. Muchos soldados contemplaban el frenesí de los eo y los servox voladores con ojos aturdidos. Una sirena ululaba extrañamente.

Deriva se había maldecido por no ir detrás de Rubeus con Sumner, pero ahora se alegraba de haberse quedado atrás. Rebosante de tranquilidad, se había mantenido uno-con Sumner todo el tiempo, conservándole en calma con un dulce flujo de psinergia. Compartieron un triunfo, y cuando Deriva entró en la amplia cámara del enlace, experimentó que su poder equilibrado en los cielos se hacía más fuerte.

Los eo de la mitad interna que estaban reunidos en el enlace se volvieron cuando

Deriva se les unió, y sus caras lisas brillaron de gratitud y amor. Sonaba música pleroma sobre el ruido ambiental de alarmas y gritos, y una calma templada inundó la cámara.

Deriva tardó un instante en reflexionar parte de este poema-silencio hacia fuera, más allá del uno-con, como plegaria a Paseq, su Dios: Lo que siempre es más que la pauta eres Tú, cantó. Devorador del dolor, oculto en mi desconocimiento, gracias por esta vida.

El enlace zumbó, y Sumner surgió de la nada, cubierto de polvo y sangre. Tras él aparecieron Assia y Jac, cogidos de la mano. Un azul alquímico brilló sobre ellos mientras salían al sonriente círculo de eo y empezaban a tocar a todo el mundo. Sus rasgos eran oraculares de felicidad, y cuando abrazaron a Deriva, la mente del né experimentó una sensación paradisíaca.

Los eo vestidos de dorado limpiaron a Sumner con fragantes sopladores de aire, mientras que otros nublaban el aire con nubes oscuras de un raro y pacífico olfact.

Assia y Jac alzaron sus manos libres, y la sombra de una canción jubilosa se esparció sobre todo el mundo. El poder del mentedios en ellos resonó en la mente de todos con una claridad embriagadora. Jac miró el techo de la cúpula donde un servox flotante soldaba su soporte. El brillo del soldador se volvió más potente, y las chispas se convirtieron en pétalos blancos que titilaron sobre la reunión.

Sumner y Deriva estaban sentados con las piernas cruzadas junto al enlace, entre la blancura de los pétalos. Los eo se habían llevado a Jac y Assia a inspeccionar los daños de la guerra, y se encontraban solos.

—¿Dónde va ahora el Camino, vidente? —preguntó Sumner con burlona seriedad. La plúmbea radiancia de la presencia del mentediós todavía acariciaba su cerebro, y una sonrisa simple suavizaba su rostro.

Tienes por delante un Camino más grande de lo que crees, Cara de Loto. El pensamiento-voz del né era lento y cercano. La cualidad de mentedios de Jac y Assia se debilita a medida que el planeta se aleja de la Línea. El Delph no es lo bastante fuerte para sanar al planeta entero. Ni siquiera a esta dudad. Siento ya la delgadez de su decisión ensanchándose en ellos: dejarán la tierra en cuanto los otros mentedioses regresen con los Alineadores. Son naves, Cara de Loto. Recorren Iz, navegando por la corriente de luz entre realidades. Los veo claramente en la memoria de los eo.

—¿Y mi responsabilidad?

Eres el eth. Sin el Delph, la administración de Grial pasará a ti.

Los ojos de Sumner reflejaron su cansancio.

—Estoy harto de mí, Deriva. Tengo que perderme durante una temporada.

Lo sé. La cara redonda de Deriva se ensombreció. Los dos tenemos suerte al no ser devorados al instante por nuestros sentimientos. Hemos perdido demasiado. No es momento de tomar más. ¿Pero cómo puedes negarte? Estás predestinado.

Sumner, ausente, introdujo cuatro pétalos en el diseño de un tallo amuleto voor, con la mirada perdida. Entonces una sonrisa alcanzó los músculos de su cara, y Deriva, al mirar en el espacio de su mente, sonrió a su vez con picardía: Buena estrategia, Cara de Loto. Tendría que haberlo pensado. La serpiente que se muerde la cola.

Esa tarde, después de una relajante ducha sónica, un cambio de ropas y un almuerzo de judías geepa y cerveza de mentis, Sumner y Deriva fueron escoltados a la superficie de Ausbok. Los eo querían mostrarles una de las maravillas de Grial.

La tierra plana y calcinada se curvaba al norte y al sur hasta donde se perdía la vista. En el este, el sol temblaba sobre el mar como una burbuja roja. Y a medida que los ojos de Sumner se ajustaban a la penumbra, vislumbró en la playa formas arácnidas y fantasmales. Deriva también las advirtió... incluso más claramente, ya que podía ver la elocuencia de psinergia que volvía el aire violeta e índigo.

Alineadores.

—Sí —afirmó un eo—. Han regresado.

Sumner pisó tentativamente el terreno marchito más allá del escudo del enlace antes de avanzar entre las cenizas.

—Si lo deseáis, podéis dejar este mundo ahora —les dijo el eo—. Sois libres.

Sumner y el né subieron una alta duna cerca de los Alineadores y se sentaron. Pasó una hora mientras contemplaban la fibrosa y suave luminiscencia de la nave. Ocasionalmente un color chirriante y espumoso surgía de la nave y barría la arena, perdiéndose en la noche.

Son mentedioses, dijo Deriva a través de la concatenación de arcos iris que tejía su mente oscura. Mundos interminables.

Dos de los Alineadores se desvanecieron. No quedó nada donde se habían posado: ni huellas ni quemaduras. Dunas cargadas de noche rodaban perezosamente hacia el mar.

—Cuando se sale del tiempo en un Alineador, nunca se puede regresar —habló tras ellos la voz de Jac—. Son un pasaje al infinito: el multiverso. Nunca regresan al mismo sitio. Siempre hacia delante. Como nuestras vidas. —Assia y él salieron de la oscuridad y se sentaron frente a ellos. La felicidad los hacía jóvenes—. Hemos pasado el día con los eo —frotó el aire, y éste brilló azul.

—Otra vez como una fantasía —dijo Assia, la luz del Alineador titilaba tras ella;—. Pero cuanto más profundamente entramos uno en el otro, más sentimos que la Línea se debilita, la magia se desvanece.

—Deriva te ha dicho que nos marchamos y por qué —reconoció Jac. Junto a él, en el brillo de un Alineador, un ser alto y de cabellos de fuego iba y venía, y virutas de luz rosada volaban desde la nave y se reunían en una duna cercana—. Sabes que serás senescal de Grial cuando nos marchemos. También sabemos que no lo quieres —asintió compasivamente—. Eres un vagabundo. ¿Por qué no ascender con nosotros? Cruzaremos el desierto como voors.

Un momento se anudó silenciosamente mientras Sumner contemplaba a un Alineador materializarse en las aguas poco profundas. De la nave brotaron esferas de naranja cromado y borbotearon en un grito silencioso de luz olivácea que se desvaneció en los fuegocielos.

—Gracias a Corby, conozco un poco del lugar donde vais —le dijo Sumner—. Es demasiado extraño para mí.

Assia sonrió tristemente.

—Queremos quedarnos aquí contigo y compartir lo que hemos redimido juntos, pero es demasiado peligroso. Eres el eth, y la psinergia de nuestra mentediós se curva extrañamente a tu alrededor. Podría pasar cualquier cosa. Tan lejos de la Línea, el peligro se acentúa.

—Y es magia. —Jac hizo brotar en el aire calientes líneas de fluido—. No es nuestra. Nosotros le pertenecemos.

Sí. Deriva compartió su comprensión. Si no usas el poder, el poder te usa a ti.

Los remolinos de fuego de la duna adyacente trazaron círculos más apretados sobre la arena.

Los ojos de Jac aletearon, y asintió.

—Los otros llaman. Quieren que nos marchemos ahora.

El enlace por el que habían venido resplandeció azul contra la noche, y una fila de eo empezó a emerger de él.

Assia se acercó más a Sumner. La luz tornaba cálida su cara.

—¿Por qué no vienes con nosotros? Juntos somos fuertes... lo hemos demostrado. Pero si nos separamos aquí, nunca volveremos a encontrarnos.

Sumner la miró con intensidad, distinguiendo su kha como un recorte azul contra el cielo.

—Creo que nuestra psinergia nos unirá de nuevo. Nos volveremos a encontrar corriente abajo.

Jac miró a Deriva, y el né sonrió al sonido de ensueño.

—Puedes venir con nosotros, vidente. Es un viaje para un gran corazón.

Deriva sacudió la cabeza. No puedo ir. Le debo demasiado sentimiento a la tierra.

Los remolinos de fuego del mentediós fluctuaron bruscamente, y los rostros de Jac y Assia parecieron difuminarse.

—Muy bien —dijo Jac, levantándose y ofreciendo una mano a Assia—. Entonces nos separamos aquí. —La electricidad bailó en la otra mano, y en ella apareció de repente un bastón-seh de color ámbar. Se lo tendió a Sumner—. Para recordar que el eth y el Delph se han encontrado. Como hermanos.

Sumner se levantó y cogió el bastón. Assia le besó, y se sintió tambalear en una nube de euforia. Le colocó una rosa azul en la mano.

—Os amamos —les dijo Assia, a ellos y a los eo que tenían detrás. Y entonces saludaron y recorrieron la playa hasta llegar a la parpadeante iluminación de un Alineador. Casi al instante, la nave adquirió un fulgor puro y se marchó.

Una fría brisa del océano arrancó el calor de sus rostros y sus manos, y regresaron al enlace. En la playa se encontraba una delegación de eo de las mitades internas y externas; sus túnicas se agitaban con el viento.

—Eth —dijo un eo con voz de oboe, los ojos ambiguos como la fortuna—, ahora eres senescal de Grial. Necesitamos tu cooperación. Hay algunas decisiones cruciales que deben ser tomadas inmediatamente.

Sumner se tensó, dispuesto a declinar. Recuerda tu estrategia. Deriva le tocó el brazo y el vaporoso vidamor que le infundió fue suficiente para calmar su intranquilidad. Apenas estamos vivos, pensó en él el vidente. Seamos creativos por ahora.

Con una profunda reverencia, Sumner aceptó.

—Senescal, ¿eh? —sonrió amigablemente—. Empecemos a trabajar.

Los eo regresaron en fila al enlace, y Sumner esperó para entrar el último. En el remolino de ceniza pisoteada en el borde del escudo del enlace, dejó la rosa y el bastón.

Deriva se encontraba sentado al aire libre en una zona que anteriormente había sido una formárbol. Una fuerte brisa traía del río una melodía de estiércol y agua, y nubes negras barrían el cielo como humo. A lo lejos, la oscuridad tiznaba el horizonte.

El control climatológico de Grial se albergaba en Oxact. Con su colapso, un muro verdinegro de tormentas empezó a alzarse al norte, convirtiéndose gracias a las inmensas corrientes polares en una tormenta raga. Ausbok había resultado dañada demasiado seriamente en su guerra con Rubeus para hacer nada al respecto, y la mayoría de los eo que quedaban habían optado por ascender en vertical.

Un ort salió del enlace en el borde del círculo quemado y se inclinó.

—Éste es el Masebôth que el eth te ordenó ver. Dijo que más tarde te pediría una valoración sincera y personal.

El enlace tamborileó, y Anareta, delgado y lobuno, lo atravesó.

Con un suave roce al lado de Deriva, una paleta de olfact anunció su presencia. La paleta giró lentamente, presentando una interminable variedad de estados anímicos: Maravilla del Amanecer, Aceptación, Zonk, Excitación, Orph...

Deriva apartó la placa giratoria y se acercó al Masebôth. Soy Deriva, el vidente del eth.

¡Por la tercera teta de Mutra!, se sorprendió Anareta.

Sí. Deriva abrió los brazos, revelando la pequeñez de su cuerpo. Soy un distar. Pero soy útil.

Anareta se inclinó, recuperándose de inmediato.

—Vidente, ¿por qué estoy aquí? Todos los otros Masebôth han regresado al Protectorado.

Tu destino es más grande que el de los Masebôth. Deriva sonrió con aprobación. Este

hombre era amable y de nervios templados. Su kha verde aparecía cristalino alrededor de su cabeza, suavizado por largos períodos de pensamiento. Cara de Loto había elegido bien.

—Nadie me ha dicho nada —se quejó Anareta—. ¿Quién ordenó que viniera aquí?

—Yo —la voz de Sumner sonó a sus espaldas, y Anareta se volvió para verle de pie en la boca del enlace—. Soy el eth.

Anareta le miró con curiosidad, intuyendo algo familiar.

—No comprendo.

Sumner se acercó más.

—La recomendación del mentedios me ha convertido ahora en señor de Grial. Aparte de los gruñones de Sarina, somos la cultura más avanzada del planeta. Incluso somos más sabios que los kro, Jefe.

—Kagan —susurró Anareta—. Eres Sumner Kagan.

—Los dos estamos muy lejos de McClure —sonrió Sumner.

Anareta cantó de risa.

—¡Tú! —bizqueó ante Kagan—. ¿Cómo? —Su risa se desvaneció—. Doscientos mil soldados han muerto aquí.

Deriva cogió la mano de Anareta, y le recorrió una amorosa paz. Nuestras vidas son la espuma de la realidad.

Anareta asintió y se sentó en el tronco de un árbol, quemado hasta la abstracción. El vidente acarició la nuca del jefe, y sus preguntas y dudas desaparecieron. El conocimiento se movió en su interior, y dejó de sentir su alarma con sorprendida claridad.

—¡Mutra! —Se acarició las sienes con los dedos, y cerró sus ojos—. De modo que es eso. Rubeus era una máquina. —Abrió los ojos, extendió la mano y tocó a Sumner—. Sin esas tropas, no pasará mucho tiempo antes de que los distors diezmen a los Masebôth.

—No habrá derramamiento de sangre.

Anareta se levantó y trató de controlar su sorpresa.

—Hay demasiadas cosas en que pensar.

—Jefe, escúcheme. —Sumner le hizo un guiño a Deriva y con las manos abiertas urgió a Anareta a quedarse quieto—. Me ayudó cuando estuve indefenso. ¿Recuerda? Bien, ahora necesito de nuevo su ayuda.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Anareta.

—Quítame un mundo de las manos —respondió directamente Sumner—. Se espera que el eth reemplace al Delph como senescal del planeta. —Su voz mostró indiferencia—. La historia, para mí, es lo que dice el viento. No soy un líder. Pero usted se ha pasado la vida estudiando el pasado. Conoce el olor de león del tiempo. Quiero que sea senescal. Tomará las decisiones adecuadas... las humanas.

La cara de Anareta parecía desgastada por el agua.

—Puede unir los Pilares Masebôth —continuó Kagan—, y convertirlos en una torre, una casa de Dios. No más dorgas. No más programas distors. Deje que el mundo sane.

—Sumner, no sé —respondió Anareta, reluctante. Pero en su interior, Deriva vio el verde de su kha dorándose con la idea.

—Vidente —dijo Sumner, y no tuvo que decir más, pues el né era uno-con, pero habló en voz alta para que Anareta oyera—. Ayúdale a decidir. Creo que serás un gran vidente para él... si esto te gusta.

La vida me gusta, respondió Deriva. El ciclo está completo. Me gustaría ser parte del nuevo orden. ¿Ya ti?

—Quiero perderme una temporada. —Sumner miró al norte, a la fuerza acumulada de la tormenta raga—. La tormenta aún se encuentra a un par de semanas de distancia. Antes de que golpee, me gustaría ver qué queda de Grial... y de mí mismo.

La suave cara del né se curvó en una sonrisa, y el voltaje de su afecto chispeó en sus ojos.

—Cuida al jefe y asegúrate de que los tribeños son bien tratados. Tu trabajo será encontrar a los Serbota en todos los Masebôth. —La voz de Sumner se espesó, y tuvo que mirar la cara de Deriva con autoscan para aflojar el nudo de su garganta—. No te he oído un cántico né desde Miramol. ¿Hemos experimentado suficiente dolor para que vuelvas a cantar?

Deriva asintió una vez y cantó al fondo de los ojos de Sumner:

El dolor es una rosa de gran paz. El silencio es la profundidad de una canción. Y la quietud es el espacio de nuestras vidas, Tan vado que puede contenerlo todo.

Epílogo

Sumner usó su seh para volar hacia el sur, dejando detrás los terrenos arrasados de Ausbok. Descendió en un bosque inundado donde peces irisados surcaban profundas lagunas y entre abanicos de luz se componían penachos azules. El alto olor del mar inundaba el viento del este, y mariposas rojas revoloteaban en el aire umbrío. Era la primera vez que se encontraba solo desde Laguna. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? Ninguna voz-voor o telepatía né le contestó, y sonrió.

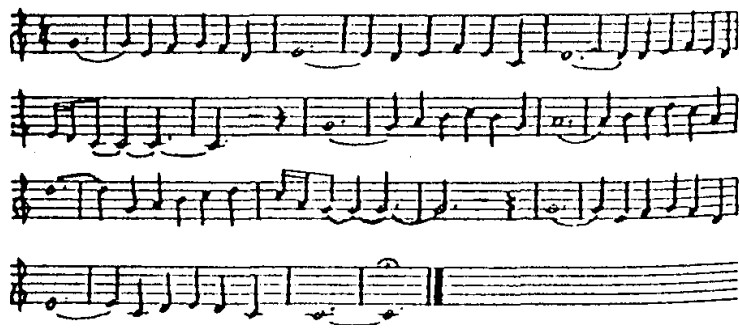
Tras seguir un embrollo de raíces, encontró el alma solitaria del lugar: un lago entre cipreses gigantes. Los chirridos y graznidos de un rundi sorprendido dividieron su atención y se abrió camino a través de la hierba, deteniéndose aquí y allá para recoger trozos de plantas. Llegó a un risco donde una laguna esparcía en miles de reflejos la luz del sol, y se sentó en un leño cubierto de musgo.

Instruido por los vagos recuerdos del Lusk, dispuso y preparó las plantas que había recogido. Con una vaina de mentís, tallos de geepa, tejido de matojos y una comba de vellosilla formó una burda arpa diablo. Se la llevó a la boca, y aunque nunca había tocado, su aliento produjo en el instrumento voor una música amorosa e indiferente como el espíritu.

La canción le sorprendió. Nunca había pensado que él pudiera producir música. Una luna de día se akó entre las zarzas mientras impregnaba de música todo lo que veía: el silencio movía los árboles con la tarde, las nubes se bifurcaban como criadillas de tierra...

El viento ululó entre la hierba, y en las curvas de su cerebro el sonido casi se convirtió en una voz. La de Corby. Pero en realidad no era Corby. Ni siquiera su recuerdo. Sólo una sensación: amor, el deseo de uno-con incluso cuando no quedaba nada. Corby estaba muerto. Y Sumner no estaba seguro de estar vivo o poseído por los demonios del trance de Rubeus. Recuerdos de Quebrantahuesos, Dado, Zelda y todos los fantasmas que le habían sostenido, desde su viejo coche a Dhalpur e Iz, se unieron en su mente como una cerilla dispuesta a arder. Pero desde su marcha de Ausbok, una sensación de paz se había dilatado en él. Gradualmente, a medida que las sombras de la tarde se ampliaban sobre la hierba, el vidamor hacía que sus recuerdos parecieran lejanos y sin importancia.

Sumner tocó durante varios días. Era feliz fumando kiutl y alcanzando el terrasueño. Y en su mente, incluso la muerte profundizaba, más allá del miedo y del deseo, para fluir. De eso hace mucho tiempo, advirtió entonces, sintiendo la brevedad de toda vida. Todo aquello que miraba parecía flotar débilmente en una vibrante negrura. Todo es nada. Se rió mucho durante esa época. Y compuso su primera canción:



Oscuras nubes púrpura se amontonaban en el cenit, excepto en el creciente opalino del horizonte occidental. Por el norte corrían cadenas de relámpagos como gritos silenciosos.. Cuando quedó claro que la tormenta raga se encontraba sólo a un día de distancia, Sumner dejó los árboles y voló sobre el desierto y el cráter ardiente de Reynii hasta el campo de Alineadores al sur de Ausbok.

Todos los Alineadores se habían marchado. Pasó aquella noche en el campo vacío inmerso en la completa oscuridad.

La tierra se había calcinado, las estrellas convertido en ceniza, y ahora los fuegocielos habían desaparecido, ocultos por las nubes de la tormenta. Llegaba el agua y el viento. El ciclo se cerraba. La rueda de la ley seguía rodando.

Antes del amanecer, se levantó y voló hacia el norte. En las suaves llanuras debajo de Ausbok, encontró otro campo de Alineadores. Quedaban tres, sus formas arácnidas azulinas y luminosas en la densa oscuridad. Una se marchó mientras se aproximaba.

Aterrizó al borde del campo y reunió un puñado de leña. Otro Alineador se desvaneció mientras construía una hoguera entre las zanjas de roca.

El Alineador que restaba era su única oportunidad de sobrevivir los terribles vientos que se acercaban. Pero no le preocupaba. Era UniMente, una expresión humana del terrasueño, en el corazón del universo.

Sumner lanzó un puñado de leña seca a las llamas y contempló el lago del amanecer. Su vida era la luz de la peregrinación, un espíritu inacabado enloquecido con toda la música silenciosa que giraba en su cuerpo.

Una risa ambarina se revolvió en su aliento, y sopló sonriendo el arpa diablo, sintiendo la música en los lazos de su sangre y recordando uno de los más antiguos dichos del né: ¿Cuál es el animal que vive para cantar su canción, si no la propia canción?

El amanecer se extendió como una plegaria, iluminando enormes nubes con forma de pagoda. Llyr, la estrella de la mañana, apareció mientras su fuego prendía, y Sumner se sentó para contemplar el sol alzarse en su última mañana en la tierra.

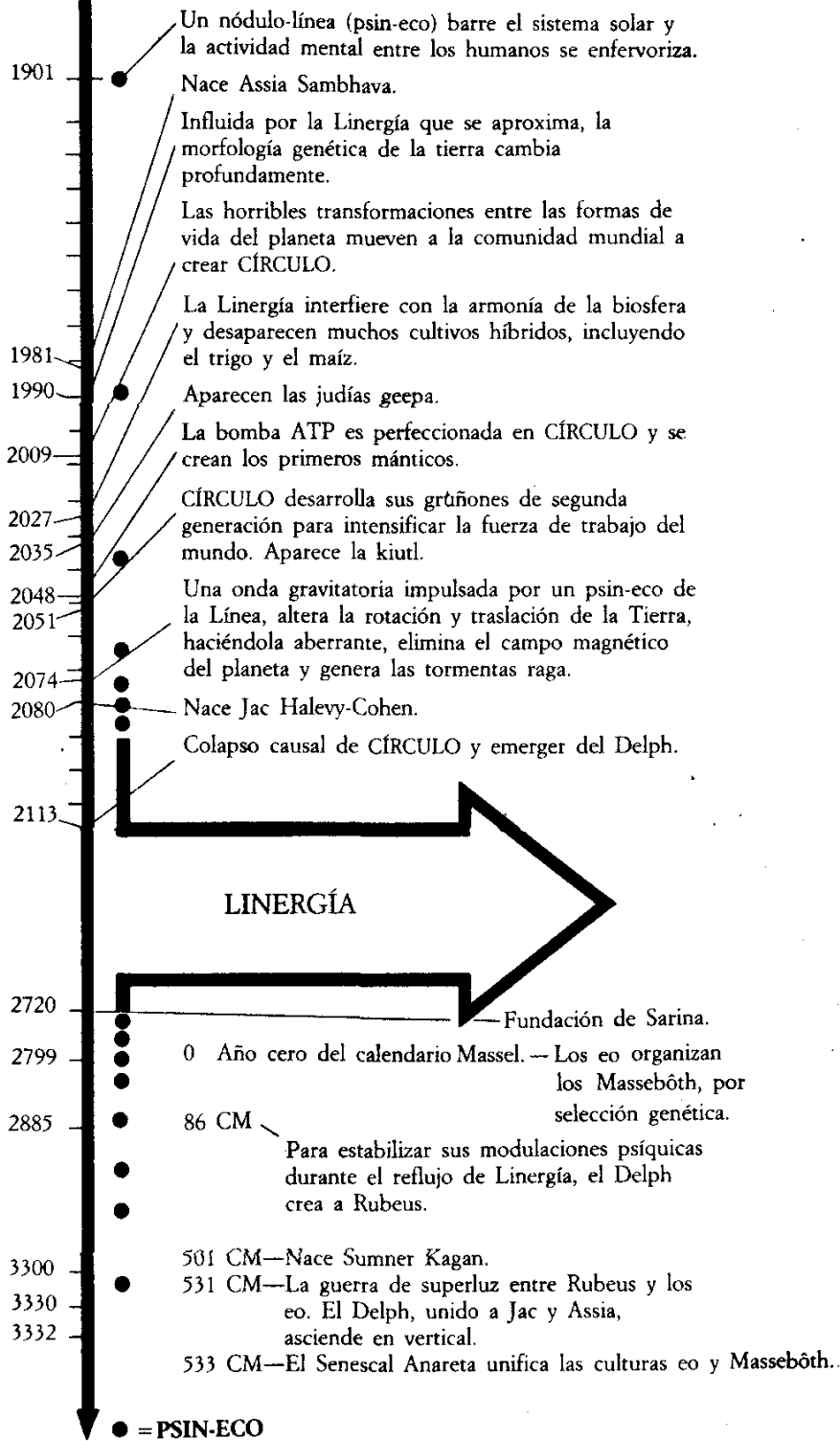
Todo es mejor.

FIN

APÉNDICES

La línea del mundo

LA LÍNEA DEL MUNDO



Perfiles biográficos
(eo-compilados para el Senescal Anareta, kro 3332)

MENTEDIÓS

Jac Halvey-Cohen (kro 2080-3331)

Piloto de caza kro y uno de los primeros Lineo-distors cuya mutación cerebral, un doble pliegue del córtex, le concedió la capacidad neurológica de contener y enfocar la Linergía. Los mánticos de CÍRCULO reconocieron las dotes genéticas de Jac durante la exploración mental que acompañó su admisión en los estrato-corps israelíes (kro 2098), pero los mánticos no empezaron a utilizar psiberantes hasta tres años después, junto con suplementos ARN invex-monitorizados para aumentar el desarrollo natural de su cerebro (kro 2101-2113). Ahora se cree que estos aumentos artificiales fueron los principales responsables de la degradación de la consciencia personal de Jac, el fenómeno de Voz, y la consecuente dominación-trance del mentediós que se manifestó a través de él.

Assia Sambhava (kro 1981-3331)

Una de las primeras mánticas. Psicobióloga instrumental en la concepción y diseño de Invex y de la bomba-ATP; fue también miembro fundador de CÍRCULO y activa humanista a lo largo del siglo xxi. La solidez de su humanismo fue forjada durante su horrible infancia en Peshawar, India, en la primera Gran Hambre (kro 1991). Tras la devastadora desaparición de las especies híbridas de mediados del siglo veintiuno que extinguió la mayoría de las cosechas de la Tierra, Assia se entregó por completo a servicios sociales por todo el mundo, sacrificando su investigación y su vida personal. Cuando regresó a CÍRCULO en 2101 para trabajar con Jac Halevy-Cohen, la futilidad de su misión-mundial la había agotado físicamente y perjudicado su claridad. Aunque pensaba que Jac tenía la capacidad para comprimir la energía en un colapso causal (una idea atípica de los tiempos), no comprendía la vastedad del mentediós o la incertidumbre contrafactual del multiverso. Sin embargo, su humanismo protegió a Jac de la eutanasia cuando otros mánticos de CÍRCULO perdieron la fe en la formarrealidad (kro 2113). En reconocimiento a su deuda con Assia, el Delph la transformó en una joven y extendió su vida durante los mil doscientos años en que residió en la Tierra. Assia pasó muchos de esos años adquiriendo habilidades mentales y espirituales a través de estrictas disciplinas kro. Más tarde, como consorte del Delph (533 CM), canalizó físicamente los psin-ecos en torno a Jac y demostró la gran profundidad de su consciencia.

Nobu Nitzekí (kro 2053-3331)

Último director de CÍRCULO (kro 2102-2113). Uno de los humanos mánticos-desde-el-nacimiento, Nobu fue uno de los típicos técnicos meta-intelectuales que gobernaron a los kro en sus últimos años. Espiritual-mente agotado, Nobu sintió que la cordura se había vuelto más importante que la vida, la forma más vital que el flujo. La comprensión, para los kro, se transformó en elisión física: sólo era real lo percible. Reconociendo esto, el Delph usó a Nobu como arquetipo del ansia humana de conocimiento. Confinado a un kilómetro de playa durante mil doscientos años, Nobu expió muchas tensiones entre especies viviendo a través de la fantasía de la omnisciencia, encontrando el multiverso en la monotonía de un paisaje. Al final de su vida, liberado de la irrealidad del mentediós, Nobu pudo completarse como humano e individuo a través de una identificación altruista con la propia vida.

El Delph (kro 2113-3330)

Aunque ocupaba la forma física de Jac Halevy-Cohen, el Delph era, en realidad, un complejo impersonal, autónomo y tempolaxo. Era, claramente, la consciencia colectiva de la humanidad aunada con el valor infinito del multiverso. Como el Delph estaba biológicamente enfocado en una mente cuya individualidad había sido transfigurada químicamente, se hallaba menos estructurado que la mayoría de los mentedioses y dependía de una Inteligencia Autónoma (Rubeus) para la expresión cotidiana. La psinergia del Delph estaba en cierto modo configurada por el ego de Jac, y por eso el amor entre Assia y Jac se apoderó y controló al Delph.

VOÓRICOS

Sumner Kagan (CM 501)

La psinergia-temor del Delph, generada por el cerebro saturado de psiberantes de Jac Halevy-Cohen, manifestado a través de los siglos en diversas formas humanas, todas ellas con una hostilidad metaordenada por el Delph. Sumner fue el último de estos avalares de temor, conocidos colectivamente como eth. Aunque canalizaron su vida eventos tempolaxos, Sumner pugnó continuamente con la impersonalidad cósmica de su destino como eth para definirse a sí mismo como individuo. Testimonio de su logro fue su trascendencia de pena personal y antipatía arquetípica hacia el Delph cuando arriesgó su vida para salvar a Jac y Assia.

Zelda Kagan (CM 486-579)

La madre de Sumner, una Masebôth de tarjeta verde, era en realidad una distor empalica cuya mutación era filogenética y por tanto no visible. Su intuición no formada del destino de su hijo la condujo a relacionarse con el wangol y la magia Mútrica.

Jeanlu (CM 419-517)

El nido reconoció a esta voor como encantadora, una gran formadora telepática de tallos amuleto. Era reverenciada por el nido, pero vivió en auto-exilio después del asesinato de su familia por los Masebôth (CM 509). Su desesperación por vengar la muerte de sus padres motivó que arriesgara su cordura acumulando el kha suficiente para engendrar a Dai Bodatta, el fabuloso «voor matador». Ese horrible esfuerzo psíquico debilitó su campo etérico e inevitablemente propició su temprana muerte tiemposcuro. Su selección de Sumner Kagan como compañero fue hecha, aparentemente, por su estatus genético perfecto y no porque conociera su aspecto de eth. Aunque, con una consciencia tempolaxa como Jeanlu, nada es seguro.

Corby (CM 513-533)

Dai Bodatta, el hijo-voor de Jeanlu la encantadora y Sumner Kagan. Tal vez el voor más poderoso jamás encarnado en la Tierra, Corby conservó su forma humana sólo durante los primeros cinco años de vida y funcionó los siguientes doce de Iz, usando primero los restos calcinados de su cuerpo y luego el cuerpo de su padre a través de un lusk para contener su psinergia. Había sido «llamado» a la forma por su madre para una misión específica: terminar el tormento de los voors bajo la cruel dominación de los Masebôth. Sin embargo, muy pronto Corby advirtió que los Masebôth eran simplemente los lacayos de otra fuerza más poderosa y maligna: el temor del Delph. Como entidad-mentediós, Corby comprendió que el Delph era el alma de la humanidad, y que su miedo era en sí mismo el terror inherente a la vida, la contención en cada organismo confrontada por lo desconocido. Al saber mucho más que todos aquellos que le rodeaban, Dai Bodatta fue obligado a vivir toda su vida manipulando. Al final de su existencia temporal, sin embargo, sus estrategias habían colocado a su padre-huésped, Sumner Kagan, en una posición en la que el Delph pudo ser destruido. Cómo Kagan completó el mandato de su destacado hijo revela la profunda compasión de la antevisión tempolaxa del «voor matador».

DISTORS

Quebrantahuesos (kro 2064-3331)

Gruñón no planificado nacido sin licencia en el boro genefab de Ciudad de México; su madre, una gruñona de servicio de segunda generación, le puso por nombre Rois. A los

ocho meses, fue transferido a una unidad de investigación en Guadalajara, donde experimentos para amplificar la inteligencia le convirtieron en uno de los primeros gruñones conscientes de sí mismo. Se le dio por muerto durante el primer caos mundial de aquel período, y durante veintidós años trabajó de incógnito como gruñón de servicio en CÍRCULO. Tras la aparición del Delph, Rois deambuló por el planeta, adquiriendo conocimientos y afianzando la confederación de gruñones inteligentes. Alrededor del kro 2700, después de una vida peligrosa y laberíntica como vagabundo y héroe para los gruñones, encontró Sarina, una avanzada comunidad de gruñones, y se retiró al desierto de Skylonda Aptos. Entonces tomó el nombre de Quebrantahuesos y un cuerpo nuevo, humano, en el que vivir como eremita, solo y sin ser reconocido. Al final de una larga vida repleta de recuerdos de trans-especies y telepatía mágica, Quebrantahuesos fue metaordenado para ayudar a Sumner Kagan a confrontarse a sí mismo como eth. Pasó su último año de vida consciente de su inevitable muerte a manos de un asesino ort, aunque no cesó en su transmisión de la UniMente a su último estudiante.

Deriva (CM 514)

Vidente né, distort andrógino de la tribu de los Serbota con habilidades telepáticas bien entrenadas. Como Serbota, Deriva era devoto a Paseq. Tales devotos debían «cantar continuamente alabanzas a la Creación y servir a la Vida» (como se revela en El Doble Mandamiento del Divisor). Deriva sirvió a Quebrantahuesos como emisario ante los Serbota, y más tarde sirvió al eth como factótum psíquico.

Rubeus (CM 86-533)

Como IA personal del Delph, Rubeus fue creado para proteger y servir al mentediós. Físicamente era una montaña (Oxact) de psin-cristales en Grial, pero la influencia de la IA fue extendida a lo largo del mundo por millones de orts humanos y animales. Al primer siglo de su función, la infraestructura del cristal de Rubeus quedó distorsionada por los rayos cósmicos y la Linergía. A continuación, empezó a cazar distors tempolaxos y mentedioses fuera de Grial con particular saña e intensidad. El Delph, inmerso en el terrasueño, no fue consciente del demonio que había desencadenado hasta que fue barrido por la cruel ansia de Rubeus por la dominación total de la Tierra.

Nefandi (CM 386-533)

Ort creado por los mentedioses de Grial para servir como criado y liberado después de un período de servicio útil. Para mantener su adicción a la coobla, Nefandi sirvió a Rubeus (CM 506-533) como cazador de voors y asesino de mentedioses. Utilizando un sensex y un inductor de campo, era virtualmente invulnerable e inalcanzable. Rubeus le empleó contra Corby y Quebrantahuesos.

Argot

Acumular kha: véase *Terrasoñar*.

Alineador: *aparato que utiliza la Linergía para impulsarse a través del hipertubo similo-temporal de la Línea, viajando por el Continuo Kaluza-Klein y a través de agujeros negros abiertos.*

Arpa-diablo: *combinación de instrumentos de doble-dulzaina, cuerda y percusión concebida por los voors. Consiste en un tubo de melodía (tallo de geepa) a través del cual el aire soplado se introduce en una bolsa de aire pequeña pero extremadamente sensible (hecha de la bolsa pulmonar de un rundi o de una vaina de mentís joven), metida en una caja de resonancia de vellosilla; las notas se producen al tapar los agujeros del tubo de melodía con una mano, mientras con la otra se manipulan las teclas para tensar los*

cables de diversas longitudes dentro de la caja de resonancia; una caja de semillas colocada bajo la caja de resonancia produce un sonido de percusión adicional; la tesitura del arpa-diablo excede la capacidad auditiva humana en ambos extremos espectrales.

Aullador: término despectivo voor para los seres humanos; los voors se comunican sin sonido, a través de la telepatía.

Ausbok: refugio de los eo; fortaleza subterránea en Grial que contiene los procesos psíquicos vivientes de algunas de las mentes más destacadas de la Humanidad; el primer fin de Ausbok es la conservación y la extensión del pensamiento humano; es descendiente directo de CÍRCULO.

Autoscan: consciencia abierta e intuitiva; no-conceptual y accesible a través del control de la respiración y rutinas-flex internas.

Banda zángano: pieza colocada en la cabeza que actúa directamente sobre el sistema nervioso parasimpático, intensificando la fuerza física y bloqueando la actividad mental; todos los dorgas deben llevarla mientras trabajan; las bandas sostienen un implante craneano que alimenta inhibidores y condicionadores en el espacio subaracnoide alrededor del cerebro.

Bomba-ATP: primer amplificador-mental implantado. Desarrollado en torno al kro 2048 en CÍRCULO; el implante, del tamaño de un guisante, aumenta el desarrollo mitocondrial en las zonas parietales del cerebro e incrementa la producción energética de adenosín-trifosfato en el sistema límbico, el cerebro emocional, permitiendo los procesos cerebrales en el cerebro superior sin la distorsión de la estimulación química directa de la corteza cerebral.

Boro: sección de un centro de investigación donde fueron creados los gruñones; cerca del kro 2055-2113.

Botte: término gruñón para expresar directamente alabanza, alegría, gracias.

Camino: concepto Serbota de los canales de kha del planeta que conduce directamente al magnar; también, en sentido genérico, el Futuro.

Campo subcuántico: dominio metageométrico a partir del cual emergió el universo hace 19×10^9 años y del cual continúan emergiendo partículas virtuales; específicamente, el multipliegue curvado de Riemann de cinco dimensiones cuyo límite isométrico es el universo externo y gravitacional.

Caza de sombras: técnica voor en la que el kha o los restos de kha de un individuo son rastreados hacia atrás a través del tiempo por la consciencia de los voors de Iz; sólo los voors más poderosos son capaces de cazar en sombras.

CÍRCULO (Centro de Investigación Internacional para la Continuidad de la Vida en la Tierra, 2009-2113): comunidad científica autosuficiente en la costa sur peruana (kro), establecida para encontrar modos de compensar los masivos cambios morfológicos que empezaron a tener lugar cuando la Tierra entró en la Línea. En el momento del colapso causal (2113), CÍRCULO era la única comunidad tecnológica con peso en la tierra.

Colapso causal: el solipsismo de formarrealidad que rodea a una consciencia poderosa tempolaxa, como el Delph.

Coobla: aparato que induce estimulación de psinergia en la amígdala, el centro de placer del cerebro. Crisálida (vaina de sueño): módulo hibernador en el corazón de gravedad cero del planeta diseñado por el Delph para mantener su forma física durante los períodos en que la Tierra está fuera de la Línea.

Cristal soy: Véase Joya Nido.

Dai Bodatta: «el voor matador», un poderoso voor tempolaxo que se encarna a través de la historia voor cuando la supervivencia del nido está amenazada. (Véase Perfiles Biográficos.)

Data-Sync: sistema de ordenadores criogénicos de CÍRCULO.

Delph: autonombre de la consciencia tempolaxa que emergió del colapso causal en CÍRCULO en el kro 2113. (Véase Perfiles Biográficos.)

Despellejador: instrumento mortal en el que los individuos giran y se les quita la piel; utilizado por los Masebôth.

Deva: forma de vida artificial diseñada para vivir en la ionosfera; se sustentaban del viento solar y sus diáfanas formas físicas circundaban el planeta impulsadas por la marea solar.

Dtsiors: mutaciones genéticas producidas por el incremento de los niveles cósmicos de radiación después del colapso del campo magnético de la Tierra; este término se refiere normalmente a mutantes humanos.

Dorgas: término Masebôth para los reos criminales; se les identifica por la marca en forma de equis en su frente, donde la válvula de las bandas zángano penetra el cráneo.

Enlace: apertura a un sistema espacio-tiempo interno con una flecha-tiempo directa; dos enlaces con la misma flecha-tiempo crean un pasillo en el espacio; aparato para cruzar cualquier distancia dentro de la curvatura local del espacio-tiempo.

Entesombra: eco de psinergia de contenidos psíquicos reprimidos que se constela en un complejo autónomo con cuerpo, mente y voluntad propios; el eth, originalmente el miedo al olvido del Delph. Eo: recuerdos de los mánticos almacenados tecnológicamente y conservados en Ausbok después de la desaparición de éstos después del kro 2113; los recuerdos se integran por las IA de Ausbok y se enfocan individualmente en orts humanos cuando se requiere comunicación social; la sociedad eo se compone de dos mitades: los orts de la mitad interna visten de azul y se dedican casi por completo a la investigación pura; los de la mitad externa visten de amarillo y son responsables de las comunicaciones más allá de Ausbok.

Erudito: sacerdote Masebôth del culto mútrico.

Escánsula: vídeo de aprendizaje en la cultura Masebôth; en la cultura eo, un cristal de información.

Esper: lenguaje internacional Esperanto en la forma modificada utilizada en CÍRCULO. Estrellas-perro: colonias espaciales cislunares.

Eth: el otro del Delph; un reflejo-miedo que le persiguió en muchas formas humanas, la última de las cuales fue Sumner Kagan. (Véase Entesombra.) Flexforma: mobiliario modular popular en CÍRCULO.

Flexrutina: lento ejercicio físico diseñado para estirar sistemáticamente todos los músculos del cuerpo; modelado por los eo siguiendo el pa kua chino.

Formarrealidad: habilidad consciente de los mentedioses para reformar la realidad física en el Campo sub-cuántico; como el mentediós altera las fluctuaciones subcuánticas, que son tiempo-libres, el cambio de quantum mecánico resultante (la formarrealidad), contiene elementos tempolaxos; en otras palabras, un mentediós no siempre sabe conscientemente qué hace o por qué; la formarrealidad siempre es un proceso mayor que el individuo que parece iniciarlo.

Formasueños: arquetipo humano de sabiduría, fusión de pensamiento y sentimiento; psique «extra-consciente» cuyos contenidos son impersonales y colectivos.

Fuegocielos: auroras generadas por la interacción de la Linergia y los núcleos de Linergia con la ionosfera. Gema OdyI: aparato hipnótico perfeccionado por los eo.

Glastic: peso molecular ultra-alto; polímero termosético de óxido de boro que tiene las propiedades coloidales del cristal y la ductilidad del plástico. Grial: enclave geográfico reservado por los eo para que lo ocupen los mentedioses durante su estancia en la Tierra; cubría toda la Sudamérica de los kro e incluía Ausbok, Oxact, CÍRCULO y numerosos pueblos biotecturados para el placer de los mentedioses. Rubeus era responsable de su mantenimiento.

Gruñones: simios bio-manufacturados; diseñados originalmente por los mánticos para servir como fuerza de trabajo. Más tarde, los gruñones se auto-evolucionaron en una especie separada.

Holombre: proyecciones láser tridimensionales acompañadas por detalles sensoriales

de amplio rango.

IA (Inteligencia Autónoma): *mente creada por los psicofísicos para autoprogramarse más allá de los bioimperativos (conscientes e inconscientes) de su creador. Imanencia: expresión de los gruñones para la sensación de bienestar psicocinética experimentada bajo la influencia de la kiutl.*

Incursores del Infierno: *primera fuerza de asalto Masebôth.*

Inductor de campo: *invento eo que puede inducir cualquier variedad del Campo (electromagnético, gravitacional, fuerte y débil) atrayendo el ubicuo e infinito flujo de partículas virtuales. (Véase Campo Subcuántico.)*

Invex: *correlación mente-cerebro mántica; técnica para revisar las experiencias mentales de un sujeto; burdo chequeo mental utilizado en principio para observar la inteligencia de los gruñones y descartar variantes mentales.*

Iz: *«viento de la distancia» de los voors; nombre dado por los voors a la Línea y a los fenómenos de su interreacción psíquica con la Línea. Más exactamente, la continuidad de la experiencia de los voors dentro de la Línea, un tiempo especial voor en el cual un individuó voor puede existir tanto en la estructura tempo-dirigida del espacio gravitacional como fuera de la causalidad en un espacio donde el horizonte del mundo es esférico; dentro de la Línea (Iz), todos los voors existen, siempre. Joya Nido (también cristal scry y piedraluz): gema voor*

desarrollada durante siglos por una excreción glandular que puede derivarse de la mayoría de los voors: la gema varía en color, tamaño y forma, pero todas contienen y estimulan la kha-producción de reflejos de los tensores de Ricci que a menudo permiten al observador ser testigo de probabilidades en el tiempo futuro o de gozar de estados psíquicos expansivos.

Judía geepa: *judía mutante de tallo perenne con hojas azules y largas panojas de semillas fragantes y altamente nutritivas, que varía en color del rojo al verde y el negro; la judía geepa apareció entre la explosión de mutaciones que resultaron del influjo de Linergia y la radiación cósmica alrededor del kro 2035; quinientos años después de su aparición, a causa de la adaptabilidad y extraordinaria capacidad de la planta para «digerir» roca y liberar preciosos nutrientes, se convirtió en la planta dominante del planeta; es la fuente de alimentos primaria para la mayoría de los habitantes del mundo, ya que es rica en complejos proteínicos fácilmente asimilables; los voors la llaman fruto-de-casa. Kha: energía biospectral; luz corpórea; la sutil luminiscencia celular irradiada por todos los organismos vivos. (Véase Psinerugía.)*

Kili: *juego de habilidad Masebôth que consiste en tres bolas y un triángulo; similar al juego kro del billar. Kiutl: hierba de tallo vítreo con hojas rojo sangre y flores ceistógamas azules; las hojas y flores son ricas en un psiberante liberador que produce fuertes propiedades telepáticas al ser consumidas; esta planta es muy apreciada por los voors.*

Kro: *dominadores de la Tierra antes de que la Línea ejerciera su influencia; protegidos por un campo magnético alrededor de la Tierra y un sol clemente, vivían en auto-absorción y sólo prestaban atención casual al cosmos que los rodeaba.*

Lamí: *originalmente, término gruñón para la incorporación divina de la planta kiutl; más tarde, incorporada a los mitos Mútricos como la Hermana de la Noche. Línea: hipertubo; la geodésica pseudo-temporal que conecta el dominio interno espaciolibre de una singularidad de Kerr desnuda (un agujero negro en rotación «abierto» a nuestro universo). Los mánticos de CÍRCULO identificaron primero el rayo de energía de metafrecuencia que brotaba del enorme agujero negro en el eje galáctico como la Línea: la Tierra entró plenamente en el flujo de la Línea en el kro 2113, aunque los efectos transmutadores de esta energía llevaban afectando al planeta durante más de un siglo. (Véase Linergia.)*

Linergia: *energía cuantizada de la Línea; la energía emerge como fotones puros de hiperfrecuencias, pero rápidamente se geometrizan en fotones de energías inferiores; muy pocos fotones originales alcanzan la Tierra. Los que lo hacen, contienen «información»*

del dominio de un Campo infinito fuera de nuestro universo según Lobatchevski, abierto y en expansión. Lune: persona loca.

Lusk: posesión voor; la dominación voor de otra forma física.

Llyr: Venus kro.

Macbeoe: Mercurio kro.

Mage: voor con fuertes poderes tempolaxos.

Magnar: líder espiritual de los Serbota; Quebrantahuesos. (Véase Perfiles Biográficos.)

Mántico: cerebro humano unido a una bomba ATP; este medio mecánico de extender la inteligencia fue creado y utilizado en CÍRCULO; a causa de la insistencia mántica de pensar en esquemas dialécticos, fueron obviados cuando la Tierra entró en la realidad emergente y pluralista del multiverso. Masebôth: (literalmente, Los Pilares): sociedad humana ayudada por los eo y que desdeña a los distors; fundada por los eo setecientos años después del colapso de CÍRCULO; la intención de los eo era crear una reserva genética estable y capa2 de mantenerse; Rubeus también ayudó a sostener a esta sociedad, y durante los quinientos años de su historia insinuó su influencia en el gobierno y participó en su política.

Massel: lenguaje hablado por los Masebôth. Mentedios: consciencia que transmuta y dirige a discreción la Linergía; la experiencia humana de este hecho está asociada mito culturalmente con la divinidad, ya que el ego se convierte en el eje de una tremenda cantidad de poder. Este sentido numinoso, sin embargo, es ilusorio, porque el mentediós está limitado a afectar sólo fenómenos locales, y a su vez es influido por otros mentedioses y la infinitud del multiverso. (Véase Formarrealidad.)

Mentís: hierba de juncos con tallos negros de venas rojas; su jugo es un potente estimulante.

Metaorden: grados de coherencia y relación de niveles subcuánticos.

Muecas: término despectivo gruñón referido a los seres humanos.

Multiverso: el Campo subcuántico; la estructura «interna» del universo fuera del tiempo donde existen todos los universos posibles; el dominio adimensional es una realidad en el núcleo de todos los agujeros negros; en algunos agujeros negros en rotación y asimétricamente colapsados, este núcleo no está protegido por un horizonte de eventos y la «información» del multiverso entra en el espacio-einsteiniano de nuestro universo. (Véase Línea.)

Música Pleroma: sonidos subliminales psico-construidos para producir un placer estético definitivo. Mutra: deidad principal adorada en el Protectorado Masebôth, Madre de Fragmentos, resurgimiento de los cultos-madre de los tiempos pre-kro.

Nadjille: Urano de los kro.

Né: distors andróginos de la tribu de los Serbota; normalmente telepáticos y táctilmente diestros.

Nebulosa Cabra: supernova en la constelación kro Serpens Canut.

Né-futhore: alfabeto rúnico empleado entre los distors andróginos separados tribalmente pero uno-con culturalmente.

Nido: una comunidad voor, normalmente nómada.

Olfact: aparato que cambia estados de ánimo al ser inhalado.

Orph: olfato soporífico.

Orí (servort): artefacto humano sin mente creado biológicamente; también, cualquier animal neuro-alterado para responder directivas no programadas.

Oxací: montaña de psin-cristales, la fuente de poder de Rubeus.

Paseq (El Divisor): deidad tribal incorporada a los mitos Mútricos como el último arbitro, espíritu de la armonía.

Profundo: término Masebôth para los videntes; telépata altamente sensitivo y canalizado creado en útero por la introducción de kiutl directamente en el fluido amniótico en un período crítico en el desarrollo del cerebro del feto.

Psiberante: substancia que actúa directamente sobre el tercer ventrículo del cerebro, la glándula pineal, y la Fisura de Rolando; incrementa dramáticamente la respuesta empalica en quien la usa. Psincristal: matrices de seis dimensiones con superficies ortonormales capaces de almacenar psinergia. Psinecos: resonancias de Linergia; un multiespacio hiperbólico en el que un enlace-temporal, como nuestro universo, propaga una interacción gravitacional, cambiando la geometría del espacio en sí y creando ondas gravitatorias; una de estas ondas gravitatorias alcanzó la Tierra en el kro 2074, alteró el núcleo del planeta y eliminó el escudo protector del campo magnético. Psinergia: campo que lo envuelve todo; la psinergia es penetrante; en los humanos es kha; los kro la identificaban como chi, ki, prana, y ka.

Radix: término mántico para la raíz de la existencia, el vacío, o si se prefiere, la isostasis en la que está embebido el espacio infinito-dimensional del multiverso; dentro de este vacío, todo existe; los ko lo llamaban wu, ain, sotk, y sunyaia.

Rael: inteligencia artificial creada por los últimos mánticos para proteger sus territorios de los cada vez más numerosos distors; los raéis son entidades aéreas y su poder deriva del sol y de la diferencia de potencial entre la Tierra y la ionosfera.

Rangers: fuerza de guerrilla de élite de los Masebôth. Ratas-canguro: grandes y agresivos roedores bípedos con colmillos afilados.

Rubeus: IA creada para encargarse del mantenimiento de Grial mientras el Delph exploraba realidades tempolaxas con los otros mentedioses. (Véase Perfiles.)

Rundí: simio de piel marrón-dorada, notable por su pelaje afelpado y su frenética saña.

Sek: instrumento manual de múltiples usos capaz de proteger a su propietario de proyectiles y radiaciones de todo tipo; también está diseñado para la levitación y traducción de sonidos.

Sensex: detector de kha directamente conectado con el nervio óptico y el córtex visual.

Serbota: tribu distor que vive en el borde de Skylonda Aptos.

Sin-cara: ort humanoide sin rasgos.

Skre: ser-matador bioformado por Rubeus. Sothis: nombre voor de un período de tiempo de cuarenta mil años anterior a la cultura kro, cuando la Línea se entrecruzó por última vez con el rumbo del sistema solar y los voors se mezclaron por primera vez con los humanos.

Strohlplano: caza de combate Masebôth de ascenso vertical.

Superluz: en realidad no es luz, sino bosones hipercargados desplazados subcuánticamente y dirigidos a través del espacio-tiempo interno; Rubeus y los eo empleaban estas poderosas partículas tempolaxas como arma de formidable capacidad destructora. Tallo amuleto: diseño geométrico que utiliza las pro-piedades-kha de las plantas para influir en el kha de quien lo lleva.

Tarjeta blanca: nivel del sistema Masebôth de clasificación para el estatus genético de su poseedor; una tarjeta blanca denota perfección genética; otras tarjetas van del azul (genes casi perfectos), al marrón (gente enferma terminal).

Tempodesliz: Linergia recolectada, redirigida para formar nuevas realidades transitorias.

Tempolaxo: acausal; a veces consciencia telepática.

Terrasoañar (amontonar kha): término voor para el enlace telepático con el planeta; este estado se consigue regularmente en todos los humanos cuando la actividad de las ondas cerebrales se reduce a ocho ciclos por segundo (CPS), en resonancia con la vibración de ocho CPS de la corteza de la Tierra; en los voors, dicho estado meditativo permite la telepatía.

Tiemposcuro: colapso genético en los voors precipitado por el terrasueño; normalmente se manifiesta por lesiones en la piel y órganos internos; conduce inevitablemente a la muerte.

Tormentas raga: inmensos ciclones generados inicial-mente por la onda gravitatoria de

los psinecos que arrasó la Tierra y eliminó el campo magnético del planeta; la intensidad de las tormentas ha ido menguando desde entonces, pero un viento raga de quinientos kilómetros por hora no es algo inusitado en la época de Sumner Kagan.

Tropiforma: mobiliario creado por los eo que se acomoda a la forma de quien lo utiliza.

Unchala: mundo de origen de los voors, un planeta colocado dentro del rayo direccional de Linergía de un colapsar abierto.

UniMente: consciencia individual intuitivamente unida a la sinergia de una consciencia grupal a través del tiempo; unidad telepática con Todo; es el efecto Prigogine que se expande definitiva y continuamente de una consciencia abierta a todos los contenidos contradictorios y hieráticos de la existencia. Uno-Con: comunión psíquica, unión telepática.

Vertical: Subir en Vertical es el acto de dejar físicamente el universo a través de un hipertubo. (Véase Alineador.)

Veve: sistema voor de anotar registros de formas de vida que son memorias accesibles para su propietario.

Vidamor (la fuerza vital): integración psíquica y orgánica; nous y physis mezclados armónicamente. Vidente: nombre Serbota para los profundos; empata natural con la habilidad de «enviar» pensamientos.

Voor: ser de línchala que ha evolucionado dentro de la Línea y que espontánea y creativamente usurpa las formas físicas de las especies de los mundos habitados que alcanzan la Línea.

Voz: manifestación auditiva del yo acausal de Jac Halevy-Cohen, el Delph; también, esa sensibilidad remedada por Rubeus.

Wangol: fuerza-kha; el poder espiritual de un ser. Zona fantasma: región entre enlaces; es indefinida pero está confinada por una simetría de cuatro espacios (parámetros isospácicos) para una duplicación de masa discreta y exacta (incluyendo pramateria, es decir, los valores insubstanciales de la masa: espín, paridad, isospín y extrañeza), que es precisamente por lo que aquello que entra en un enlace sale siempre igual por otro. Zord: unidad monetaria Massebôth equivalente a la libra esterlina kro, alrededor del kro 1901.

A. A. Attanasio es uno de los nuevos y más sorprendentes valores de la ciencia ficción norteamericana de los años ochenta. Residente en Hawái, sorprendió a todos con su primera novela, *RADIX* (1981), que fue finalista del premio Nébula y obtuvo el premio Cosmos 2000 como mejor libro del género editado en Francia en 1983. La crítica de libros de *The Washington Post Book World* la saludó como «un clásico desde el primer momento». *RADIX* es una saga épica en la que un joven realiza un viaje iniciático desde la vida marginal en las calles de la gran urbe hasta convertirse en un casi-dios. Y todo ello en el seno de una Tierra en profunda transformación. Es un libro-universo, excesivo, desmesurado pero claramente inolvidable e irreplicable.

Otras de sus novelas son *IN OTHER WORLDS* (1985) y *ARC OF THE DREAMS* (1986). En la primera el protagonista renace con extraños poderes a millares de años en el futuro en un mundo edénico al que salvará de una devastación cósmica. En la segunda se mezclan de nuevo la física, la metafísica, la aventura y la especulación más arriesgadas en otro libro sorprendente e inclasificable. Sus relatos se hallan recogidos en la antología *Beastmarks* (1985).

Su obra más reciente es una novela de tipo histórico-fantástico sobre la vida de los piratas en el siglo *xvii*, con espléndidas aventuras que transcurren tanto en las selvas de Borneo como en las playas del Nuevo Mundo. Se trata de *WYVERN* (1988).

FIN